

COLECCIÓN PEDRO DE ANGELIS

Luis de la Cruz

**Viaje desde el Fuerte de Ballenar
hasta Buenos Aires**

Sebastián Undiano y Castelú

**Proyecto de Traslación de las Fronteras
de Buenos Aires al Río Negro y Colorado**

Silvestre Antonio de Roxas

**Derroteros y Viajes a la Ciudad Encantada
o de los Césares**

Tomás Falkner

Descripción de la Patagonia

II

EDITORIAL PLUS ULTRA



En los días de la emancipación americana, y aún en tiempos del Virreinato, latía constante la preocupación por una posible invasión de los ingleses, como ocurrió más adelante, lamentablemente. Ya el gobierno español "sintió la necesidad de poner en más estrechas relaciones los pueblos de América que podían hallarse aislados por efecto de un simple bloqueo por parte de Inglaterra". Esta amenaza lleva en un momento a don Luis de la Cruz, miembro de una distinguida familia de la Concepción (Chile), a ofrecerse para explorar los pasos de la Cordillera en busca de un camino "que pudiese servir al tránsito de las mercaderías", y con un pequeño grupo se internó en los terrenos ocupados por los indios, bajando desde las cumbres "hacia las pampas de Buenos Aires". Cincuenta y una largas jornadas de audaz viaje, describiendo "La Naturaleza de los Terrenos que comprenden los Andes poseídos por los Peguenches y los demás espacios hasta el Río Chadileubú". Siguen luego las páginas de un "Proyecto de Traslación de las Fronteras de Buenos Aires al Río Negro y Colorado, por Sebastián Undiano y Castelú, al que se agrega el Itinerario de un Camino, desde Buenos Aires hasta Talca, por José Santiago Cerro y Zamudio".

Continúa el presente volumen con "Derroteros y Viajes a la Ciudad Encantada o de los Césares", por Silvestre Antonio de Roxas, que vivió muchos años entre los indios Peguenches; una carta de don Agustín de Jáuregui al Virrey del Perú y, entre otros trabajos históricos, la Declaración de F. Villagran y J. M. Prieto. Finalmente "Descripción de Patagonia y de las Partes adyacentes de la América meridional", conteniendo un estudio del suelo, producción, flora, fauna, valles, ríos, montañas, lagunas, así como religión, gobierno, costumbres, lengua y particularidades sobre las Malvinas, escrita originalmente en inglés, por D. Tomás Falkner.

Comisión de Fomento y Agricultura

VIAJE A LA ZONA DE LA CORDILLERA DE LA NEBLINA
DEL MUNICIPIO DE LA CORDILLERA DE LA NEBLINA

PROYECTO DE LEY PARA LA PROTECCIÓN DE LA ZONA DE LA CORDILLERA DE LA NEBLINA

CONFERENCIA DE LA COMISIÓN DE FOMENTO Y AGRICULTURA

CONFERENCIA DE LA COMISIÓN DE FOMENTO Y AGRICULTURA

PEDRO DE ANGELIS

Colección de Obras y Documentos

TOMO II

VIAJE A SU COSTA DEL ALCALDE PROVINCIAL
DEL MUY ILUSTRE CABILDO DE LA CONCEPCIÓN
DE CHILE, Don LUIS DE LA CRUZ

PROYECTO DE TRASLACIÓN DE LAS FRONTERAS
DE BUENOS AIRES AL RÍO NEGRO Y COLORADO
por SEBASTIÁN UNDIANO Y GASTELÚ

DERROTEROS Y VIAJES A LA CIUDAD
ENCANTADA O DE LOS CÉSARES

DESCRIPCIÓN DE LA PATAGONIA
por Don TOMÁS FALKNER

PERROTE ANTELOS

Colectores de Obras y Documentos

TOMO II

VIAJE A SU COSTA DEL ALCALDE PROVINCIAL
DEL MUY ILUSTRE CABILDO DE LA CONCEPCION
DE CHILE, Don Luis de la Cruz

PROYECTO DE TRASLACION DE LAS FRONTERAS
DE BUENOS AIRES AL RIO NEGRO Y COLORADO
por Sebastian Lindano y Gastel

DEBROTOS Y VIAJES A LA CIUDAD
ENCANTADA O DE LOS CESARES

DESCRIPCION DE LA PATAGONIA

por Don Tomas Falkner

COLECCIÓN

DE

OBRAS Y DOCUMENTOS

RELATIVOS A LA HISTORIA

ANTIGUA Y MODERNA

DE LAS PROVINCIAS

DEL RÍO DE LA PLATA

POR

PEDRO DE ANGELIS

TOMO SEGUNDO

CON PRÓLOGOS Y NOTAS DE

ANDRÉS M. CARRETERO



PLUS ULTRA

COLECCION
DE
OBRAS Y DOCUMENTOS
RELATIVOS A LA HISTORIA
ANTIGUA Y MODERNA
DE LAS PROVINCIAS
DEL RÍO DE LA PLATA
POR
PEDRO DE ANGELIS
TOMO SEGUNDO



Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Printed in Argentina - Impreso en la Argentina

© by Editorial PLUS ULTRA

Corrientes 569, piso 1º - Buenos Aires, 1969

VIAJE

A SU COSTA

DEL ALCALDE PROVINCIAL

DEL MUY ILUSTRE CABILDO

DE LA CONCEPCIÓN DE CHILE

DON LUIS DE LA CRUZ

Desde el fuerte de Ballenar, frontera de dicha Concepción, por tierras desconocidas, y habitadas de indios bárbaros, hasta la ciudad de Buenos Aires; auxiliado por parte de su majestad de un agrimensor, del práctico don Justo Molina, de dos asociados, tenientes de milicias, don Ángel y don Joaquín Prieto, de dos dragones, un intérprete, y siete peones para el servicio y conducción de víveres, en 27 cargas

BUENOS AIRES

IMPRENTA DEL ESTADO

1835

VIAJE

A SU COSTA

DEL ALCALDE PROVINCIAL

DEL MUY ILUSTRE CABILDO

DE LA CONCEPCION DE CHILE

DON LUIS DE LA CRUZ

Desde el fuerte de Bollan, frontera de Chile con
cepacion, por tierra desmontada y habiendo de
indios bárbaros, hasta la ciudad de Buenos Aires;
auxiliado por parte de su majestad de un capitán
por el puerto don Justo Molina de los casados
tenientes de milicias don Ángel y don Joaquín Pi-
to, de los dragones, un intérprete y siete peones
para el servicio y conducción de ciertos cañones

BUENOS AIRES

IMPRESA DEL ESTADO

1835

EL VIAJE DE LUIS DE LA CRUZ EN 1806

Pedro de Ángelis hace observar en su *Introducción*, que las condiciones personales de don Luis de la Cruz llegaron a lograr de los indios lágrimas en el momento de la despedida. Esto sólo bastaría para comprender que la realización del viaje que comentamos revistió todos los alcances de una verdadera epopeya y que, tanto de la Cruz como los demás españoles que le acompañaron, fueron reencarnación del espíritu aventurero, romántico y al mismo tiempo desenfadado que animó a los primeros conquistadores y colonizadores que pisaron tierra americana.

Don Luis de la Cruz era un americano, como lo fue Vértiz y Díaz de Guzmán, pues había nacido en la villa de Concepción, Chile, el 25 de agosto de 1768. Ingresó a las milicias en 1791 como teniente de caballería, y sus condiciones personales promovieron su ascenso a ayudante mayor en 1798. Dos años después ascendió a capitán y viajó a Buenos Aires en cumplimiento de una misión confidencial.

Este viaje le sirvió de antecedente para la realización del que llevó a cabo en 1806, y cuyo diario y relación acompaña el presente volumen.

De regreso a Chile ascendió a teniente coronel y luego a coronel.

Intervino en las acciones militares y políticas que llevaron al intento de separación de su patria de la corona española e intervino en la acción de San Carlos, donde cayó prisionero. Esto significó un amargo cautiverio, pues fue trasladado a las cárceles militares de Chillán, Callao, Valparaíso y finalmente a la isla de Juan Fernández, de donde retornó en 1817.

Durante el tiempo de su prisión rechazó favores y ofertas de libertad si se incorporaba al ejército español.

A su vuelta se reintegró al ejército, siendo destinado a Talca. Desde ese momento cumplió varios cargos militares y políticos de importancia con las nuevas autoridades, rodeado de prestigio y consideración. Falleció en Santiago de Chile en octubre de 1828.

El relato de su viaje consistió en la comunicación oficial a las autoridades españolas de Buenos Aires y de Santiago de Chile. La versión entregada en la primera de las ciudades mencionadas sirvió a de Ángelis para incorporarla a su colección, t. I, Buenos Aires, 1836.¹

El mismo está dividido en dos partes. La primera corresponde al diario llevado y la segunda a las consideraciones que le mereció la experiencia recogida y que contiene la mayoría de las observaciones sobre el pueblo peguenche, como llamó de la Cruz a los indios que conoció.

El Diario, por su parte, está dividido en dos, con un total de 51 jornadas, iniciado el 7 de abril y cerrado el 20 de setiembre de 1806.

La realización del viaje le demandó una preparación consistente en la llamada a parlamento a los caciques e

¹ En la edición original de la Colección, p. III, dice 1336, debiendo decir 1836.

indios principales para comunicarles el objeto de su viaje y obtener el apoyo necesario, lo mismo que el libre tránsito por los territorios a recorrer. Esta precaución era necesaria, pues las tribus indígenas siempre desconfiaron de las intenciones de los españoles que con tropas, aun en corto número, se internaban en sus zonas de habitat.

El parlamento tuvo resultados favorables y, por medio de distintos mensajeros despachados, de la Cruz obtuvo el apoyo de muchos caciques, especialmente de Manquel y posteriormente de Carripilun.²

De acuerdo a las instrucciones que se le dieron, debía buscar un camino adecuado para el tránsito de carretas, con el objeto de establecer una vía comercial entre Concepción y Buenos Aires para fomentar el desarrollo ulterior del mismo y de la zona comprendida. También en ellas se le señaló la obligación de recabar informaciones para un posterior fomento de las relaciones con la costa patagónica. Lo interesante de esto es que en la parte pertinente se dice "nuestras costas", significando con claridad que las autoridades españolas consideraban al litoral atlántico como bajo su posesión.

Esto debe ser destacado pues para 1806 la Patagonia, tanto en el litoral marítimo como en su interior, estaba bajo la jurisdicción del virreinato del Río de la Plata.³

² De la Cruz escribió Carripilun, pero otros viajeros y estudiosos indican Caripilun o Caripillun o Carripilum. Estas diferencias en las grafías de las voces indias constituye un verdadero acertijo para comprender el significado. Por ello el relato es por momentos oscuro.

³ Para una información detallada sobre las cuestiones con Chile respecto a la Patagonia ver nuestra Introducción a la Expedición al Nahuel-Huapi, de Conrado Villegas, Editorial Sudestada, 1969.

Esta circunstancia no ha sido considerada hasta ahora por ninguno de los que trató este tema del viaje y sin embargo, a nuestro criterio, es de ser señalado por las intenciones que se manifiestan.

También, para un mejor conocimiento previo de las dificultades que podría encontrar, de la Cruz consultó el relato del padre Cristóbal Molina. Este sacerdote había nacido en España, sin saberse a ciencia cierta el año exacto de su iniciación en la vida, pues algunos biógrafos indican 1492 y otros 1494. Se sabe con certeza que llegó a Panamá en 1533. De allí pasó al Perú para auxiliar a Pizarro. Luego pasó a Chile con Almagro en 1535. Estuvo en la fundación de Mendoza en 1561 y regresó a Santiago de Chile poco después. La mayor parte de su vida la dedicó a catequizar a los indios del Arauco. De sus intervenciones en los hechos políticos y de su conocimiento de la zona y de las parcialidades indias que reconoció, extrajo materiales para su obra sobre conquista y población del Perú, a la que acompañó un mapa, que se encuentra actualmente en los Archivos de la Casa de Contratación. Falleció en 1578. Su obra sobre el reino de Chile, por lo minuciosa, en lo que corresponde a las condiciones geográficas, fue considerada como fuente de consulta imprescindible.

De la Cruz también atendió a las observaciones que Justo Molina realizó con motivo del viaje que efectuó en 1805, sobre la zona recorrida en el Neuquén y que le acompañó en 1806.

De ambas experiencias entresacó numerosas informaciones que trató de verificar personalmente.

El Diario de de la Cruz, además de contener observaciones directas sobre el terreno recorrido y de las informaciones allegadas por los indios, contiene numerosas

reflexiones sobre la marcha de numerosas actividades. Por ello hemos de separar las observaciones siguiendo la misma división que el autor realizó en su extenso informe.

El Diario: Como hemos indicado anteriormente, el Diario de Luis de la Cruz se inicia con las instrucciones impartidas por las autoridades españolas con asiento en Santiago de Chile y continúa con la información sobre el parlamento mantenido con los indios. La descripción inicial del terreno recorrido no tiene notas para nuestro interés, pues corresponde a Chile, pero ya cruzada la cordillera de los Andes las observaciones que realizó son de mucha importancia, pues confirman las realizadas por otros viajeros anteriores, o las rectifican fundamentalmente.

Así es posible señalar que algunas parcialidades indias fueron llamadas por el autor "llamistas", queriendo significar que el habitat de ellas eran los llanos. Esta designación ha sido tomada como indicación de una parcialidad étnica, creando una confusión más a la existente en materia de división entre las razas indígenas.

Es interesante la observación que de la Cruz hace sobre la costumbre de los indios de tomar mate en cuanta ocasión se les presentaba.

Al respecto bueno es recordar las indicaciones del padre Cattáneo sobre el mate en la zona del Río de la Plata, pues lo indicó como la bebida obligada para preceder y cerrar todas las actividades de los habitantes de la zona. La costumbre del mate pasó a Chile, donde para el año 1800 estimadamente se consumían cargamentos de yerba por valor superior a los \$ 500.000. También es de interés indicar que la apropiación de esta costumbre por los indios, a miles de kilómetros de la zona originaria del mate,

demostraría el grado de asimilación a las costumbres de los blancos, aun cuando para algunos estudiosos esto podría servir como índice del estado de anulación de las antiguas costumbres y, al mismo tiempo, para demostrar que el proceso de decaimiento interno de la organización de los indios estaba en franco progreso.

Antes de salir del triángulo neuquino, de la Cruz hizo dos observaciones interesantes. Una de ellas corresponde a la mención de haber encontrado restos de animales marinos, lo que vendría a demostrar el proceso de elevación gradual del terreno a través de siglos, convirtiendo a viejas riberas marinas en regiones interiores, cubiertas con vegetación. Estos restos marinos, especialmente caracoles, son mencionados por varios viajeros anteriores y posteriores a de la Cruz, confirmando sus observaciones directas. La otra es la existencia del llamado "betún de sal". Esta observación debe ser tomada con mucha precaución, pues en el momento de la realización del viaje el betún servía para designar a elementos varios y de diferente origen. Sin embargo, a nuestro criterio, es posible que la observación pudiera servir para indicar la presencia del petróleo, que en épocas muy posteriores se descubrió.

En la página [80] * el autor indicó haber visto piedras extraídas de los vientres de guanacos. Esto corresponde a enfermedades de los animales y no a la creencia generalizada en aquel momento de que eran ingeridas para facilitar la digestión.

Un poco más adelante, de la Cruz se refiere [82] a las prevenciones de los indios con respecto al *gualicho*, pues estimaban que por su intermedio se acarreaban enferme-

* Los números de página corresponden a la edición Príncipe.

dades y sortilegios. Esta observación se repite en la página [84].

También es muy interesante la indicación que hace sobre las prevenciones que los indios manifestaron sobre el interés de los blancos con respecto a los lugares donde se decía que existía oro, pues desde la época de la conquista los españoles se manifestaron despiadados con los indios para extraerles el secreto de los yacimientos, y posteriormente inhumanos en el trato que se les dio en el laboreo de los mismos. Así se manifiesta Manquel, pues con claridad indicó el viajero que si no fuera por la traición que representaba para sus hermanos de raza, le indicaría con precisión la ubicación de los lugares de donde los indios, desde tiempo inmemorial, hacían extracción del mineral.

Un poco más adelante en la lectura, se halla otra observación muy importante referida al sentido familiar de los indios, pues destruye afirmaciones antojadizas. Por estas últimas, los cronistas desaprensivos afirmaron que el indio en general no mantuvo cohesión familiar, respeto por su mujer, amor por sus hijos, etc. Esto queda destruido en las palabras de de la Cruz, pues sostiene que los indios por él frecuentados y conocidos, mantenían relaciones familiares firmes y, si bien éstas no se ajustaban a los cánones de la civilización blanca, no por ello significaban la destrucción o el desconocimiento de las obligaciones familiares.

El relato, a partir de la página [94], señala que el viajero y su comitiva se internaban en terreno desconocido por los blancos. Por ello que sus observaciones, a partir de este momento, tengan la importancia de las informaciones recogidas por los indios y transmitidas al blanco.

En algunas frases anteriores se hizo referencia a las can-

tidades de yeguarizos sueltos que vagaban por los campos y que eran conocidos con el nombre genérico de *caballadas alzadas*. Algunos cronistas las designaron como *yeguadas alzadas*. Creemos que esta última designación corresponde a la influencia que existió entre el fenómeno de animales sueltos en grandes cantidades y la costumbre india de matar a las yeguas para alimentarse y aprovechar sus cueros. Muchas veces los cronistas indicaron con precisión las cantidades de yeguadas sueltas y a continuación la indicación, también precisa, de la existencia de potros en ellas. Por eso sospechamos que la designación de *yeguadas* corresponde a una traslación mental entre objetos y hechos.

Entre las páginas [99] y [106] existen numerosas e interesantísimas observaciones referidas al comercio con animales vacunos y a la vida y existencia de cautivas o cautivos.

Respecto a lo primero, el viajero indica haber visto rastros del paso de numerosos rodeos de vacunos y lanares en dirección a la cordillera y haber presenciado un rodeo de más de 5.000 cabezas vacunas. También en ellas se indica que Puelce es el lugar de encrucijada de las distintas rastrelladas que cruzaban el campo y que allí se daban cita partidas de indios para recibir esos rodeos y realizar la conducción. El relator atribuyó en parte ese comercio a la migración de parcialidades indias hacia el oeste por la permanente persecución y hostigamiento que los indios pampas realizaban. Al respecto es necesario señalar que Vignatti ha estudiado muy a fondo el problema de las migraciones y traslaciones de parcialidades indias en el seno de nuestra pampa, atribuyendo a este fenómeno la causalidad de la desaparición de algunas parcialidades étnicas y que algunos estudiosos del tema no supieron

comprender en su verdadero significado. Por nuestra parte creemos que el fenómeno está perfectamente comprendido en de la Cruz, pero que incurrió en un grave error al atribuir nombres a parcialidades indias que no eran las indicadas.⁴

Por el relato de una cautiva de la Cruz se enteró de las intimidades del comercio realizado por los indios con los animales sueltos, orejanos o realengos. De sus palabras se desprende que conoció muy a fondo las modalidades de este comercio y que los animales arreados para Chile no eran exclusivamente de origen claro, pues testifica haber encontrado numerosos animales marcados con las marcas de las estancias de la actual provincia de Buenos Aires.

Hay en el relator un oculto sentido de disfrazar la realidad que culpaba a las autoridades de Santiago de Chile que eran sus superiores, pues conocía a la perfección el aliento constante de éstas para las parcialidades indias que introducían en la jurisdicción chilena las haciendas robadas. Por ello su deseo de disimular la magnitud de los robos, la complicidad de las autoridades y el deseo de desacreditar a algunas parcialidades indias que no estaban en buenos términos con las autoridades de Buenos Aires ni de Santiago. Esto no significa en ningún momento que sus palabras pudieran allegar responsabilidades mayores a las que correspondían a las incursiones de los indios en las estancias o en los llanos aún no poblados para apoderarse de los animales, pues numerosos testimonios coetáneos al relato de Cruz así lo indican con toda claridad.

⁴ Sobre las distintas parcialidades indias existentes en nuestro territorio de las pampas, nos hemos de referir al tratar las expediciones de García.

La misma cautiva le relata la causa de su negativa a alejarse de entre los indios cuando el viajero le ofrece la oportunidad de reincorporarse a la vida de los blancos. Son sus hijos quienes la retienen, pues su amor es más importante que los beneficios de la civilización avanzada. Esto se repite más adelante [176], donde el viajero relata la conversación mantenida con un cristiano cautivo, pues éste tampoco desea alejarse porque tiene hijos entre los indios. La motivación es importante, pues está tomada por numerosos poetas y relatores, llegando a la sublimación en el *Martín Fierro*, de Hernández, pero con signo contrario.

En los tratos mantenidos con los indios que le acompañaban y algunos otros que se le presentaron a lo largo de su ruta, de la Cruz se entera de la importancia que tenían las Salinas Grandes para los indios, pues allí se dirigían para aprovisionarse de sal, que era de muy buena calidad, y para realizar comercio con los blancos que anualmente expedicionaban con el mismo objeto. Casi a continuación de ello, de la Cruz hace una observación muy interesante y que explica algunos fenómenos ocurridos entre las poblaciones fronterizas y los relatos de las fuerzas militares destinadas a mantener las líneas de fortines. Dice Cruz que cuando se reúnen de 50 a 100 indios, a éstos les parece mucha gente, una multitud. A nuestro criterio este concepto de los indios sirve para explicar el porqué muchas veces en los relatos recogidos de boca de los indios o de cautivos se atribuye una gran concentración a las partidas armadas en malón.

Un análisis frío y desapasionado de los relatos correspondientes a los malones acaecidos da como resultado primero la exageración entre las apreciaciones del número de atacantes, y en el recuento de los muertos o heridos

de ambas partes se comprende la mezquindad de las cifras. Esto indicaría que los encuentros armados eran realizados entre muy pocas personas y que la mentalidad mimética de la zona de frontera se apropió del concepto indio de una gran multitud para atribuirles un poder de ataque y de reservas humanas que nunca tuvieron.

Las críticas y estudios científicos aparecidos en los últimos años, como el de Sánchez Albornoz-Guerra, demuestran que, pese a la falta de números fiables, las concentraciones ecuménicas y demográficas de indios en el territorio de nuestras pampas, está muy lejos de ser el fantasma relatado en las versiones de los españoles derrotados o triunfantes. A nuestro criterio estos relatos adolecen de la falla principal de su poca verosimilitud, pues en el caso de las derrotas se atribuía mayor cantidad a los atacantes para justificar el contraste y, en el caso de las victorias, para demostrar la valentía y los riesgos corridos y vencidos.

Salvo casos muy excepcionales, las incursiones indias estuvieron realizadas por pequeñas cantidades de indios montados, pero como procedían por sorpresa el éxito era casi siempre muy seguro.

En la página [107] se hacen referencias a la sublevación india de 1770, indicando su peligrosidad. Al respecto es de señalar que ese año los indios se confederaron para llevar un ataque general contra las posesiones de los blancos en la zona de Cuyo, y que los resultados fueron muy perjudiciales para los blancos. Sin embargo estos ataques no se realizaron sobre la zona pampeana, salvo alguna incursión esporádica.

Este levantamiento general respondió a las requisitorias de los caciques más importantes para reclamar mayores entregas de vituallas por parte de las autoridades cuya-

nas y al mismo tiempo se realizó como táctica, pues los indios acostumbraban a efectuar ese tipo de incursiones para intimidar a los blancos y obtener ganancias extras.

Avanzando en su camino, de la Cruz se ocupa de describir el río Chadileuvú, del que dice que anteriormente se le conocía como Ocupal. La descripción del río y de sus alrededores es muy buena, y a nuestro criterio una de las mejores que se realizaron durante la época colonial. Cercano al río se encontraba el paraje llamado Retrequén, donde los indios extraían sal y que, a criterio del viajero, era muy buena.

Un poco más adelante de su relato, de la Cruz se hace eco de una versión india sobre la existencia de un animal que tiene las características de varios otros sin ser ninguno de ellos. Aquí es donde entra la fantasía mezclándose con la realidad, pues el animal descrito es imposible de existir. A nuestro criterio el referido animal era un gato montés, más grande de lo común, adornado con los atributos que el temor de los indios le tenía a los animales salvajes.

La segunda parte del relato contiene muy buenas observaciones generales y la conversación mantenida con Carripilun.⁵

A poco de iniciada, de la Cruz indica la costumbre india de lavarse la cabeza con la sangre de los yeguarizos que mataban. Esto contradice en parte las afirmaciones de otros viajeros que señalan la costumbre de beberla. Po-

⁵ El nombre de este cacique tiene varias grafías, pues algunos documentos lo señalan como Caripilun, otros como Carripilum. Sin embargo, y pese a las diferencias señaladas, aún no se ha realizado un trabajo general ni exhaustivo sobre su vida, ni de los otros caciques o indios que se destacaron. Es una ausencia que hasta el momento ningún estudioso ha podido remediar.

siblemente existieran ambas y los relatos parciales no fueran excluyentes.

Hay que señalar que las indicaciones recogidas o expuestas por observación directa, en lo que se refiere a los ríos de la zona que recorrió a esta altura del relato de don Luis de la Cruz están preñadas de verdad, como la confluencia del Diamante y del Desaguadero y la desaparición del Chadileuvú, para aparecer posteriormente.

Al respecto es bueno señalar que los ríos indicados en primer término tenían contacto de confluencia, pero que la acción de un teniente gobernador, cuyo nombre se nos escapa, los separó. Esto ha dado lugar a numerosas porfías entre los distintos relatores y viajeros, pues unos aseguraban que eran dos brazos de un mismo río, otros que eran dos ríos que confluenciaban y por último que eran ríos diferentes, sin ningún punto de contacto.

Con respecto al otro río es necesario señalar que lo indicado por el abad Molina y que Cruz recoge en su relato, era correcto.

No es así en lo referente al Nahuel Huapi, pues las versiones recogidas de boca de los indios fueron dispares. Para algunos indios, Nahuel Huapi había varios, dos de mucha importancia y otros menores, y en [164-5] se realiza una descripción casi totalmente correcta de la zona circunvecina y del lago referido. Sin embargo las versiones sobre las direcciones de los ríos, de sus nombres correctos, sus afluentes y desagües, manifiesta un pandemonium de interpretaciones. También es muy buena la descripción que de la Cruz hace de Quillán, como del lago Nahuel Huapi y de su isla.

A nuestro criterio la confusión se debe atribuir a dos razones fundamentales. La primera de ellas al intento de los indios de provocar confusión en las informaciones

recogidas por los blancos, para evitar su penetración y asentamiento en zonas que estimaban privativas. La segunda, a la designación que los indios del norte, o del sud, daban a un mismo accidente geográfico, pues de acuerdo a la ubicación de su habitat éste quedaba al norte o al sud, al este o al oeste, y por ello la variedad de nombres. Muchas veces las descripciones recogidas sobre el curso de un río variaban fundamentalmente, pues para algunos indios los cursos de agua estaban orientados hacia el norte y para otros en dirección contraria. Esto creó una incomprensión casi total y, por ello, las descripciones realizadas en base a las indicaciones de los indios no coinciden de un viajero a otro. También debe agregarse a lo anterior, que muchas zonas desconocidas por los blancos eran reservas de los indios o consideradas como sagradas, por lo que las informaciones dadas eran totalmente erróneas, para desorientarlos y evitar su penetración, que en muchos casos era estimada como sacrilegio.

Los avisos despachados por de la Cruz hasta las tolde-rías de Carripilun tuvieron la virtud de apaciguar a este poderoso cacique y hacerlo concurrir para tener parlamento amistoso.

El encuentro y la conversación mantenida están magníficamente expuestos y posiblemente sean las mejores páginas del *Diario* de don Luis de la Cruz.

La llegada de los jinetes indios, sus galopes a toda carrera en torno del pequeño grupo de viajeros, los tiros de salutación y para alejar al gualicho, constituyen a nuestro criterio trozos para una antología, pues tienen claridad y fuerza descriptiva. Muchos años después, Lucio V. Mansilla consignó escenas semejantes dándoles el ingrediente de su cultura superior pero sin superar el grafismo de la

descripción. Esta escena de saludo se repitió en ocasión de la llegada de Payllaquin [160].

El parlamento mantenido con el cacique ha sido ampliamente comentado en reiteradas publicaciones, por lo que no insistimos en él detalladamente. Sólo hemos de indicar que las razones manifestadas por Carripilun son de una fuerza y de una certeza imposibles de rebatir. Entre sus argumentos señala que es llamado alzado o rebelde por las autoridades españolas al negarse a rendirles pleitesía en nombre del rey español. Indica con claridad que sus padres, sus abuelos y sus antepasados primeros ya vivían en esa tierra, que era su casa con muchos años de anterioridad a la llegada de los españoles. Por ello estimaba que el dueño real de la tierra era él en su calidad de cacique y no los españoles, que se apoderaban por la fuerza y las malas artes de los bienes que eran considerados como bienes comunes de las tribus que mandaba. Sin embargo, en prueba de buena voluntad estaba dispuesto a parlamentar con los blancos, para evitar las consecuencias desagradables de la guerra.

Hay que señalar aquí que Carripilun fue uno de los indios convocados por José Francisco de Amingorena para mantener parlamento en el fuerte San Carlos, jurisdicción de Mendoza. En esos momentos Carripilun era uno de los indios más importantes, considerado como respetuoso, resuelto y orgulloso, según el criterio español, y aceptado como cacique insustituible por los pehuenches.⁶

Este parlamento fue ordenado por el marqués de Avilés en su camino a Buenos Aires y en conocimiento de las rivalidades existentes entre los indios, procuró evitar las desastrosas consecuencias de la rebelión de 1780. Las

⁶ A. G. N. Sala IX-3-5-5-; VII-2-5-3.

paces fueron logradas en 1799 y se mantuvieron casi sin variantes.

Los antecedentes de Carripilun eran conocidos por de la Cruz, por lo señalado anteriormente, y esto explica el buen trato y la palabra discreta que mantuvo en todo momento con el cacique referido.

Las conversaciones mantenidas por de la Cruz con Quillán son muy ilustrativas sobre los resquemores que los indios guardaban sobre ofensas anteriores y muchas veces desaparecidas. En un momento de su charla el indio indicó que "... lo querían echar al otro lado del mar..." [166]. Esta referencia estaba relacionada con los indios tomados prisioneros por los españoles y mandados encadenados a España. Este hecho ocurrió muchos años antes de la fecha del viaje de de la Cruz, pero la memoria de los indios no olvidaba la ofensa recibida en la persona de uno de los indios, que era tomada como ofensa inferida a todos los integrantes de la tribu.

Para apaciguar los resquemores de Quillan, de la Cruz hizo una discreta referencia al poder que tenían los *hechizos* de los españoles y del poder material y militar que los respaldaba. Aconsejó prudencia en las reclamaciones y los tratos que los indios tuvieran con los españoles para no dar lugar a romper las paces concertadas, y Puelmac [167] se refirió a la reunión mantenida años antes con Simón Gorondo, que había tenido por resultado la firma de un acuerdo de paz entre indios y blancos.

Las visitas de indios a su campamento y los parlamentos generales o individuales que el viajero mantuvo con los indios, le permitieron apreciar en profundidad muchos aspectos de la idiosincrasia indígena y le afinó sus dotes de observación, pues numerosas referencias de los indios con respecto a sus propiedades en ganados le llevó a mirar

con mucho detenimiento el camino que recorrió. Por ello indica las características del comercio que los indios mantenían entre sí [183] y la presencia de las osamentas de animales vacunos y yeguarizos que cubrían los costados del camino. También esto le inclinó a observar con detenimiento los rodeos, y pudo constatar así la existencia de animales señalados con marcas españolas, índice de los robos que cometían y que hemos indicado más arriba.

También de la Cruz señala con claridad la modalidad que los indios tienen para cazar los animales sueltos. Para ello proceden a describir un círculo de personas montadas o a pie, en torno a la manada, estrechándolo de a poco y cazando los animales que intentan escapar, por medio de las boleadoras.

Esta operación la describe más adelante [186], coincidiendo en lo básico de la operación.

A muy poca distancia del fuerte de Melincué, de la Cruz encontró los campos perforados por las mulitas, y señala el peligro que representan para los viajeros inadvertidos.

El encuentro con la partida española proveniente de Melincué expresa un poco de recelo por parte de de la Cruz, por la frialdad del trato recibido por Jurau, y ello se manifiesta cuando hace alusión a la vida no limpia de los funcionarios españoles destacados en la frontera, que aprovechaban todas las oportunidades que se les presentaban para comerciar con los indios y sacarles las ventajas posibles, ocultando sus faltas en la investidura de sus cargos respectivos [199].

Más adelante el viajero, ya en su destino fronterizo, hace una muy buena descripción a la población de Melincué señalando sus deficiencias y ventajas.

La llegada de las noticias sobre la invasión de los ingleses a Buenos Aires, la ocupación de la ciudad y la hui-

da de Sobremonte, es señalada por de la Cruz, con la indicación de que el pueblo en general se sublevó contra las autoridades del lugar, pasando días de verdadera anarquía y angustia, por las noticias traídas por los desbandados y desertores.

Cierra su diario indicando sus peripecias para llegar a Córdoba a ponerse a las órdenes de Sobremonte y su regreso a Buenos Aires, donde lo cierra "... Capital de Buenos Aires, y setiembre 20 de 1806 ..."

La Demostración: Terminada la escritura de su diario, de la Cruz inició una *Demostración*, consignando en ella las jornadas cumplidas con indicación de las distancias y presentadas en un cuadro cruzado muy útil e inteligentemente realizado. También contiene algunas observaciones sobre posibilidades de marcha, de acuerdo a los distintos medios de transporte utilizados.

La "Descripción de la naturaleza de los terrenos ...": Esta parte es una de las que más interés tiene de todo el relato de de la Cruz, pues en ella están consignados los accidentes geográficos con amplitud y detalles mínimos.

En la misma hace referencias a las observaciones del jesuita Imonsff, a las informaciones recogidas de los indios y a su observación directa. Hay que señalar, como se dijo anteriormente, que las informaciones indicadas en esta parte no son todo lo correctas que se deseaban, pues están basadas la mayoría de ellas en las indicaciones de indios o en observaciones personales que respondían a conceptos errados, pero que en su época eran tomados como ciertos.

Un análisis crítico detallado demandaría una extensión imposible de comprimir en este trabajo, pero para demostración nos referimos a lo anteriormente señalado sobre

los ríos y lo que indica en sentido que desde el Limay es posible introducirse, navegando, hasta la costa patagónica.

También hay indicaciones de una ignorancia mayúscula, sobre las posibilidades prácticas de realizar la navegación de los ríos, pero a ello hay que advertir que con las embarcaciones de poco calado que se usaban, tal vez fuera posible efectuarla en cortos trechos y en algunos ríos. La concepción de de la Cruz sobre los beneficios de la navegación de los ríos recorridos, está teñida de las ideas de su época, en que se consideraba a todas las posibilidades de las regiones desconocidas o mal conocidas, como el cúmulo de todos los éxitos frustrados. Era la revancha a las postergaciones sufridas y por ello los vaticinios de progreso, adelanto y poblamiento que se daban a muy corto plazo con resultados muy superiores a los que en la actualidad se tienen.

El "Tratado . . .": A continuación, de la Cruz trata sobre la vida de los indios, haciendo una magnífica descripción de las vestimentas, costumbres y hábitos de vida, que recuerdan las relaciones clásicas de Falkner y Muster.

Sin embargo, esta parte ha sido muy poco considerada por los estudiosos y hay que señalar una observación de de la Cruz sobre la armadura que se le atribuye a los indios como vestimenta habitual para entrar en combate.

Señala que, a su pedido, un indio se vistió con ella, confeccionada en cuero, pero que quedaba prácticamente inmovilizado, por lo que ignoraba la utilidad práctica de la misma. Falkner y Musters se refieren a ello, indicando el primero que estaba confeccionada con cueros de tapir, lo que a nuestro criterio es una fantasía y una exageración. Sostenemos esta opinión en base a la no existencia del

tapir en la Patagonia ni en la zona de la pampa cercana a ella. El doctor Molinari ha tenido la amabilidad de permitirnos leer las observaciones que hace al viaje de Falkner, sobre este tema en especial.

Este investigador paciente y concienzudo sostiene la posibilidad de que los indios de la Patagonia o de la Pampa, pudieron llegar a poseer cueros de tapir por trueque. No estamos en condiciones de negarlo o afirmarlo, pero lo que es de importancia para nosotros es señalar que los estudiosos de ahora y los relatores de antaño, consignan el hecho, olvidan lo indicado por de la Cruz, sobre la inmovilidad que ocasiona la armadura de cuero y lo más importante, que sólo algunos caciques la poseían. En nuestra opinión, la armadura referida era un signo de mando, un atributo de la condición de cacique, un sortilegio mágico para triunfar en el combate y no un arma ofensiva ni defensiva.

Hace muy poco tiempo el investigador de Río Negro, Casamiquela, ha descubierto una armadura de caña, aun cuando no ha dado a conocer la descripción de la misma hasta el momento. Sospechamos que ella —que coincide casi en un todo con una práctica de indios de Alaska— es otra forma del atributo de la dignidad de cacique.

De la Cruz señala que está confeccionada con cueros de guanaco, doblados sobre sí mismos varias veces, constituyendo una almohadilla impenetrable para las lanzas y según algunos investigadores, para las balas de los arcabuces, lo que no creemos.

De todas maneras, lo indicado por de la Cruz ha quedado en el olvido, por lo que hemos detallado el hecho para rescatarlo.

Indica luego de la Cruz la existencia de un solo idioma entre los distintos etnos, como si todos fueran desgaja-

mientos de un mismo tronco, designados con nombres arbitrarios y que corresponden a las características de su ubicación geográfica y a lo más saliente de su habitat.

Ya Milcíades Alejo Vignati ha indicado con precisión el error de este concepto recogido, no sólo por viajeros o relatores, sino también por estudiosos, por lo que no hemos de abundar sobre este error de Luis de la Cruz.⁷

Una interesante observación de esta parte del trabajo de de la Cruz, lo constituyen las indicaciones sobre las celebraciones guerreras, religiosas o las prácticas de sus médicos.

Señala con precisión el origen y los tratamientos a que se sometían las pinturas para lograr su utilización. Esto ha sido tomado por la mayoría de los estudiosos como la fuente insustituible de conocimientos sobre el tema, pero discrepando sobre la finalidad de las mismas.

A nuestro criterio la utilización de las pinturas en los indios, tiene carácter mágico, tanto en la vida como en la muerte. Se pintaban en ocasión de entrar en batalla, para celebrar oficios religiosos o para curar enfermos, circunstancias pormenorizadas ampliamente por Fraser en sus conocidos trabajos *La rama dorada y Tabú*. Esto no fue ampliamente desarrollado por el viajero que nos ocupa, aun cuando existen algunas alusiones en su relato que lo dejan traslucir.

Respecto al concepto que tenían los indios sobre la guerra, es interesante señalar sus palabras: "La guerra la miran como la última desgracia..." [31] que contraría la opinión de sus contemporáneos, pues se estimaba que la

⁷ Milcíades Alejo Vignati, *Los habitantes protohistóricos de la pampasia bonaerense y norpatagónica*, Investigaciones y Ensayos, N° 8, julio-diciembre, 1967, pp. 37 y ss., Buenos Aires, 1968.

guerra era el estado natural de los indios, ya que las incursiones indias, provocaban reacciones de violencia que obligaban a presionar sobre las autoridades para que dispusieran la salida de partidas armadas para castigar a los indios por los robos y matanzas que realizaban. De la Cruz señala también la diferencia que existía en el contenido de la palabra *malón*, según fuera dicha por indios o blancos. Para aquéllos, era el resarcimiento de una ofensa y la última medida que podían adoptar en ese sentido. Para los últimos era la ofensa que los indios causaban a la dignidad del blanco conquistador. Esta disparidad de contenidos, señala de manera clara las diferencias insalvables entre unos y otros y explica el porqué durante tantos años se luchó de manera incansable y encarnizada.

La guerra y sus consecuencias, de acuerdo a la opinión de de la Cruz, se debía atribuir a las malas artes usadas por los españoles en el trato con los indios, a las artimañas utilizadas para estafarlos, a los robos continuos de terrenos y especialmente al desprecio que el blanco tenía al indio. El idioma de los indios, conocidos por algunos jefes militares, era utilizado para poder engañarlos más a fondo, ya que les prometían grandes cantidades de cosas a cambio de las pieles —por ejemplo— pero que no cumplían en la proporción correspondiente. Esta práctica ininterrumpida, provocaba la desconfianza permanente entre los indios y los agravios pequeños eran tomados como imperdonables. Esta tensión entre las dos agrupaciones humanas provocaba continuas fricciones que terminaban la mayoría de las veces en la guerra parcial o total.

Algo más adelante [36] el viajero se refiere a la división geográfica existente entre los indios, cometiendo errores por falta de información y confusión en el significado de

los hombres con que los indios se designaban a sí mismos y a sus vecinos.

La organización política: El relato de don Luis de la Cruz, referente al significado del cacique, la importancia de su designación y el papel que cumplía en la organización política y militar, ha sido tomado por numerosos interesados en el tema, pero sin mencionar la fuente informativa.

En ella se indica que la dignidad de cacique no respondía a herencia, sino a elección. Esta recaía sobre la persona que fuera más "... guapo, de mejores discursos y comodidades...", agregándose a ello su valentía para el combate.

Referente a lo que estimamos como código ético, los indios tenían como grave falta o delito el homicidio, el adulterio, el robo y la hechicería.

La muerte provocada debía ser pagada en especies a los derecho-habientes y si éstos rechazaban el resarcimiento, podían matar al matador. La mujer adúltera podía ser arrojada del hogar y estaba considerada con desprecio por los demás integrantes de la parcialidad, pero podía llegar el caso de que el marido ofendido podía llegar a matarla, si tenía el consentimiento de los parientes de la infiel. En caso de robar y ser descubierto, se podía pagar por lo robado o devolver la cosa. La única falta que siempre tenía la pena de muerte era la hechicería. Para este delito no había compensaciones o resarcimientos y las personas sindicadas como delincuentes en esa calidad morían quemadas.

De la milicia: Don Luis de la Cruz describe con mucha precisión la táctica habitual de los indios en sus ataques,

tanto contra los blancos como contra los indios: avance sigiloso al amanecer y ataque por sorpresa.

Para contrarrestarlo, las parcialidades indias acostumbraban mantener guardias rondando los asentaderos, especialmente en las épocas de fricciones o ante noticias de avances de los españoles. Estos por su parte descansaban en las guardias fronterizas o en las señales del campo sobre avances de partidas, pero la mayoría de las veces, los establecimientos avanzados sobre la pampa eran sorprendidos y destruidos por el ataque sorpresivo.

La descripción de la batalla sostenida entre Huilliches y Pehuenches [41], mandados por Raycan y Cohiquimila, respectivamente, tiene rasgos de los relatos épicos de la antigüedad y de la Edad Media, donde el desafío entre los principales guerreros era la tónica común. "... Ya podían acometer, que el día era corto ...", dice uno de los indios, señalando que el tiempo para pelear no les habría de alcanzar. Posteriormente, los relatos de Rider Haggard sobre las guerras de los zulúes, tiene reminiscencias de estos encuentros indios, aun cuando su autor, posiblemente, no tuviera noticias del Diario de de la Cruz. Esto demostraría que la valentía y el desprecio al enemigo son rasgo común de todos los hombres y de todas las épocas.

Estas guerras y luchas entre los indios, están llenos de indicaciones que explican las migraciones hacia la zona del Mamil Mapú y aclaran las separaciones entre parcialidades de un mismo etnos, y la existencia de un lenguaje común a todos los indios, aun cuando el lenguaje propio fuera distinto. Este fenómeno lingüístico ha provocado numerosas equivocaciones en los estudios etnográficos y lingüísticos, pues basándose en la existencia de un lenguaje común, se ha perdido la perspectiva de las distintas razas.

Aquí de la Cruz destaca también el uso de las corazas y de las pinturas en los hechos guerreros, destacando su poca utilidad práctica y su posible uso para asustar a los rivales.

Refiere que el mejor botín de las incursiones eran las mujeres y los niños; las primeras para casarse o venderlas entre sí y los segundos para cobrar rescate a los españoles.

La medicina: En este aspecto el viajero señala las prácticas empleadas para curar a los enfermos, basadas en el poder sobrenatural de los curanderos o machis. Es de indicar que de la Cruz insistió en la designación de *las machis* atribuyendo esta función a las mujeres de manera exclusiva. Con posterioridad se ha comprobado que hombres practicaban la medicina, pero con la característica de ser invertidos. Esta condición era muy apreciada entre los indios, pues sostenían que eran hombres para las mujeres y mujeres para los hombres.

Examen crítico del Diario: Las autoridades de Buenos Aires nombraron una comisión para analizar, aprobar o rechazar los informes elevados por don Luis de la Cruz al término de su viaje. Esta comisión se interesó en el tema y su informe final fue adverso. Para ello se basaron en los conocimientos que se tenían por las informaciones recogidas por otros viajeros o relatores que habían estado o no en las zonas recorridas por el autor. Prueba de ello son las refutaciones que se le hicieron sobre los nombres y ubicaciones de accidentes geográficos y despreciando las relaciones de de la Cruz, basadas en las informaciones recogidas en las conversaciones mantenidas con Carripilún, objetando las mismas en razón de que el informante era

un indio que se había mantenido alejado del poder directo de los españoles. Estas y otras objeciones carecen de importancia, aun cuando es necesario hacer la salvedad de que el Diario de don Luis de la Cruz contiene inexactitudes, como lo hemos manifestado anteriormente.

ANDRÉS M. CARRETERO

NOTAS AL VIAJE DE LUIS DE LA CRUZ

Con el objeto de facilitar la comprensión del mismo agregamos a continuación los significados de las distintas palabras o vocablos indios incluidos en el texto. Al mismo tiempo y para complementar la información damos los significados de las palabras usadas para designar las parcialidades indias.

Guilliches o huilliches: Gente del sur. Su habitat geográfico estaba comprendido desde la desembocadura del Agrio hasta Lonquimay en Chile y se dividían en dos ramas: pichi-huilliches (gente chica) y vitahuilliches o butahuilliches (gente grande). Estos últimos no eran mapuches (araucaños) sino cheuúlches y tenían idioma propio.

Peguenches o pehuenches: Tribus indias que vivían en la zona donde existía el pehuen. (Pehuen es una variedad del pino cordillerano llamado *Araucaria brasilensis* y *Araucaria imbricata*. El piñón contiene una sustancia farinácea utilizada por los indios para su alimentación y también para fabricar chicha.) Significa gente de los pinares.

Moluches o muluches: Parcialidad indígena a quien los españoles llamaron aucaces, según la conocida versión de Falkner. Significa guerrero. La voz *moluche* es corrupción de *nguluche* (gente del oeste), según lo indicado por Esteban Erize.

Coyques o coligües: Caña maciza utilizada para construc-

ción de las lanzas, especialmente en su variedad runquil (chusquea culen).

Malalcura: Corral de piedra.

Luan: Variedad de la Scalonia Spec., llamada por los indios siete camisas.

Colehues: Ver colihues.

Pichi: Pequeño.

Chacay: Amarillo.

Mallines: Pasto.

Coyron: Variedad de pasto.

Pichachen: Zorrino pequeño.

Villocura: Piedra de oro.

Uñorquin: Donde se sabe jugar al uño. Uño, juego de pelota nacional araucano.

Chapaleo: Lugar donde hay agua barrosa.

Manquel: Buitre o cóndor.

Mancol: Palo o garrote derecho.

Mamilmapu: País o lugar del monte. También lugar donde hay leña.

Payllacurá: Espaldas de piedra.

Llanquitur: Deformación de llanquethú, caña caída.

Cudileubú: Río de las piedras de afilar.

Malón: Según el código oral de los mapuches, significa resarcirse de un perjuicio usando la fuerza y la astucia. El malón no era una acción depredatoria sino una acción de guerra concebida y ejecutada como tal. Malonman: robar animales en el malón y capturarlos. Maloten: hacer malón. Según el Diccionario Enciclopédico Espasa-Calpe, malón es irrupción inesperada de los indios. /Fig./ Felonía inesperada que uno ejecuta en daño de otro; mala partida. (*Op. cit.*, t. 32, p. 544, Barcelona, s/f.) Para la descripción de un malón ver Rómulo Muñiz, *Los indios pampas*, Editorial Bragado, Buenos Aires, 1965.

Laques: Boleadoras.

Choigues o choiques: Avestruz americano. Tiene dos varieda-

- des, Rhea Americana y Rhea Darwinini, la primera en la pampa bonaerense y la segunda en la zona patagónica.
- Limay: Crustáceo que vive escondido en las arenas de las playas (Hippa cromita).
- Maloca: Invasión en y a tierra de indios, con pillaje y exterminio. Es la contrapartida del malón.
- Yana: Arbusto de la familia de las cambretáceas (Ximenia americana).
- Chaquira: Abalorio de vidrio muy menudo, de variados colores.
- Rima-mallín: Estero o bañado donde crece la llamada hierba de perdiz.
- Vutacura: Piedra grande con ánimas.
- Chacai: Árbol espinoso. Prospera en la zona de deslinde entre la región boscosa y la pampeana. Fue también llamado pino negro y los indios solían usarlo como abortivo.
- Michi: Especie de molle.
- Pacha o pochoa: Pez parecido a la trucha.
- Cauque: Pejerrey grande de agua dulce, hoy casi extinguido.
- Moncol: Globo, bola, cosa redonda.
- Yaques: Árbol cordillerano de frutos comestibles.
- Quilo: Gramínea.
- Ñilgues, corrupción de ñillhue: Cardo.
- Arrayán: Arbusto del género Mytus, llamado comúnmente como mirto. Sus bayas son comestibles y fue consagrado a Venus en la antigüedad.
- Pire mahuida: Sierra de la nieve o donde hay nieve.
- Tilqui: Plomo, estaño.
- Neuquen: Cosa que baja con mucho declive.
- Millanechico: Agua de oro.
- Chillan: Ensillar.
- Epulauquen: Dos lagunas.
- Ligleubu: Arroyo de la plata o con plata.
- Malalque: Corral que persiste.
- Pliquillan: Flecha caída.
- Maitén: Árbol utilizado en la medicina indígena para calmar

dolores. Su nombre ha sido incorporado a la lengua española (*Maytenus boaria magellanica*).

Auquinco: Agua que resuena.

Puan o puam: Palabra que se pronunciaba antes de comer o beber. También se usa como salutación por el alma de los difuntos. Según Perón, puam es llegar.

Malalque: Corral de agua.

Payen: Cobre o hierro rojizo.

Pucom maguida: Sierra del mensajero.

Quenico: Parece agua.

Chachaguen: Lugar del tatita.

Auca maguida: Sierra del bagual.

Cobuleubu: Río caliente.

Luanco: Agua del guanaco. Lugar donde beben los guanacos.

Currumalal: Corral negro.

Payllacura o paillacurá: Piedra de la madre viuda.

Curaco: Agua del peñasco.

Llamaquen: Parece piedrita verde de adorno.

Chadico: Agua salada o agua con sal.

Chical: Brujo.

Currimamil: Monte negro.

Chadileubu: Río Salado.

Limen maguida: Sierra de la chinche.

Caman: Fruto comestible de cierto árbol cordillerano.

Coscorobas: Aves cuyo plumaje tiene el color del guanaco.

Ranquilinos o ranquelinos, de ranquel, deformación de ranculche: Gente del carrizal.

Tuay o tuai: Vuelta, giro.

Lelbun mapu: Lugar de llanura o lugar llano.

Mallin lauquen: laguna con pasto o donde hay pasto en la laguna.

Pichiloo: Caserío chico.

Gualanelu: Lugar donde hay huala, especie de pato zambullidor, parecido al macá.

Leubú-mapú: Lugar o tierra de los ríos, o donde hay muchos ríos.

- Loncohuaca o loncoguaca: Cabeza de vacuno. Olascoaga dice las vacas del cacique.
- Llancatuas, deformación de llancatu: Cuentas de vidrios.
- Butalauquen o vutalauquen: Laguna grande.
- Mamibil: Donde está la madera o el palo.
- Lancú, deformación de lancùmn: Hundir, echar a pique.
- Cura lauquen: Laguna de la piedra.
- Camarico o camaricu: Voz quechua mapochizada, según Etize, que significa obligación de entregar alimentos y animales a los incas en viaje.
- Butalmapus: País o región grande.
- Guayli, deformación de huaillil: Púa, y también rodaja de espuela.
- Butacura-malal: Corral de roca.
- Loncoché: Persona principal, jefe.
- Peñingué, deformación de peñihuen: Así se designa a los hermanos y primos entre sí, pero sólo entre los hombres.
- Pel-lanquen: Cuello de la laguna o laguna con forma de cuello.
- Michinquelú: Ternero colorado.
- Guaguaca: El maíz del vacuno.
- Melinqué: Ser cuatro; lugar donde hay o son cuatro.
- Achapalla: Mala estaca.
- Chicalco: Agua del chanar. También puede ser chanar con agua o donde hay agua en un chañar.
- Naguelco: Tigre del agua.
- Chollol mahuida: Sierra de los cascabeles.

BIBLIOGRAFÍA

- Cabrera, Pablo: *Los aborígenes del país de Cuyo*, Córdoba, 1929.
- Escalada, Federico A.: *El complejo "tehuelche"*, Buenos Aires, 1949.
- Furlong, Guillermo: *Entre los pampas de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1938.
- Grenon, P.: *Las pampas*, Córdoba, 1927.
- Harrington, Tomás: *Observaciones sobre vocablos indios*, Buenos Aires, 1935.
- Hervás, Lorenzo: *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas y numeración, división y clases de éstas*. Madrid, 1850.
- Lafone Quevedo, Samuel: *La raza pampeana y la raza guaraní*, Buenos Aires, 1900.
- Moreno, Francisco P.: *Recuerdos de viaje*. "El Diario", número 1041, Buenos Aires, 1885.
- Moyano, Carlos: *Viajes de exploración a la Patagonia*, Buenos Aires, 1931.
- Pozz, José: *Apuntes sobre la vida material de los indios tehuelches*, Buenos Aires, 1931.
- Sánchez Labrador, José: *El Paraguay católico*, Buenos Aires, 1936.
- Viedma, Antonio de: *Diario de un viaje a la costa de la Patagonia*, Buenos Aires, 1837.
- Vignati, Milcíades A.: *Los habitantes protohistóricos de la pampásica bonaerense y norpatagónica*, Buenos Aires, 1968.
- Villarino, Basilio: *Diario del piloto de la real armada don . . .*, Buenos Aires, 1837.
- Zeballos, Estanislao: *La conquista de quince mil leguas*, Buenos Aires, 1965.

DISCURSO PRELIMINAR

AL

VIAJE DE CRUZ A LAS PAMPAS

Mientras que intrépidos argonautas visitan los senos más retirados del mar glacial, y avanzan hasta las latitudes más elevadas del otro hemisferio, una parte considerable del continente austral queda aún desconocida e inaccesible a sus propios moradores. Los celos con que la corte de España miraba a los que frecuentaban estas cosas, y el temor de verlas ocupadas por alguna potencia extranjera, han contribuido principalmente a este atraso, que ha trabado los progresos de la ciencia y el desarrollo de la población en esta parte del globo.

Antes que el señor general Rosas pensase en llevar las fronteras de Buenos Aires hasta la línea del Río Negro, las sierras del Volcán, del Tandil y de Tapalquén, eran las vanguardias de nuestro territorio, que sólo por el lado de la costa se extendía hasta el establecimiento de Patagones en las barras del Río Negro. Desde estos puntos hasta el Estrecho media una distancia considerable, en una región habitable, de acceso fácil, y sin más obstáculos que los que opone la falta de población y de recursos. Un gobierno que hubiese sido menos apático que el de Es-

paña, hubiera empleado una parte de los caudales que sacaba de América en examinar un país que le pertenecía, y en arrancar de la barbarie a las tribus que lo ocupaban. Pero, si se exceptúan unas pocas tentativas que se hicieron para reconocer la costa patagónica, ningún otro trabajo científico acometió la metrópoli para explorar el sud, en el largo período de más de tres siglos. Así es que gravita sobre los nuevos gobiernos todo el peso de esta inmensa tarea; y el que la emprenda, puede contar desde luego con los aplausos de los contemporáneos, y la admiración de la posteridad. ¿Qué mayor gloria que la de ensanchar los límites del orbe conocido, y de remover las pocas trabas que impiden llevar los beneficios de la civilización a una región desconocida?

El viaje que publicamos es una prueba de lo que debe esperarse de un carácter activo y de un genio perseverante. El gobierno español, enredado en la política europea, que había tomado un aspecto alarmante desde que Napoleón manifestó su ambición y sus talentos, sintió la necesidad de poner en más estrechas relaciones los distintos pueblos de América, que podían hallarse aislados por efecto de un simple bloqueo por parte de Inglaterra, e inculcó a los virreyes de Buenos Aires y de Chile de hacer indagar los pasos de la cordillera para descubrir algún camino carril que pudiese servir al tránsito de las mercaderías, en el caso que quedase cortada la comunicación marítima. Un vecino de la Concepción, de una instrucción limitada, pero emprendedor, sagaz, y celoso del bien público, se presenta a llenar este encargo: y para dar más realce a este servicio, se compromete prestarlo a su costa. Se admite la oferta, y don Luis de la Cruz despliega una actividad asombrosa en sus preparativos de viaje. Con un pequeño séquito, con cortos auxilios, y muy escasos cono-

cimientos del país que se propone atravesar, se arroja como un cóndor desde las cumbres de la Cordillera hacia las pampas de Buenos Aires.

Rodeado de peligros, y casi sin defensa en medio de pueblos bárbaros, los subyuga con el prestigio de sus palabras, y hasta llega a arrancarles lágrimas de ternura al despedirse de ellos. En los parlamentos con los caciques, la posición que ocupa es siempre eminente. Les habla con circunspección, pero con firmeza, y nunca se deja acobardar por la aspereza de sus modales, la arrogancia de sus discursos, ni por la violencia de sus amenazas. Esta parte del viaje de Cruz merece ser estudiada, porque da una idea cabal del carácter de los indios, y de los arbitrios que conviene emplear para domesticarlos. Lo demás no tiene más mérito que el de ser el primer ensayo de una empresa que se presentaba como imposible. Los detalles topográficos son incompletos, algunos de ellos erróneos, y todo lo relativo a la historia natural se resiente de la falta de conocimientos científicos en el autor. De las costumbres de los indios nadie ha hablado con más acierto que él, y en esta parte no creemos que tenga competidores. Su estilo es fácil, y bastante correcto: pero la mezcla de palabras araucanas, desconocidas a la casi totalidad de sus lectores, lo hace a veces ininteligible. Procuraremos disipar esta oscuridad, explicando la mayor parte de estas voces, en un pequeño vocabulario chileno que estamos redactando.

Don Luis de la Cruz pertenecía a una familia distinguida de Chile, y recibió una educación análoga a su estado. Mientras duró el gobierno español no ejerció más cargos que los consejos; pero luego que asomó para su patria el día de la independencia, se echó en las filas de los bravos que debían defenderla.

La energía de sus opiniones lo hizo expectable en el primer Congreso que se reunió en Chile en 1812, y cuando un ejército realista, al mando del general Osorio, vino a amagarlo, Cruz dejó el puesto de representante, y marchó con las fuerzas que se organizaron para repeler la agresión. El contraste que sufrieron las armas de la República en Rancagua restableció momentáneamente las autoridades españolas en Chile, y expuso a los patriotas a la más violenta persecución. Cruz fue deportado a la isla de Juan Fernández, donde permaneció en el más duro cautiverio, hasta que el general San Martín triunfó en Chacabuco. Desde entonces siguió la suerte de este jefe, que lo condecoró con el grado de general, en premio de los importantes servicios que le había prestado en Lima en clase de comandante general de marina. Desempeñó también, en varias épocas, las funciones de gobernador intendente de las provincias de Santiago y Valparaíso, y de presidente delegado de la República. Ignoramos la época de su muerte.

Buenos Aires, 22 de enero de 1836.

PEDRO DE ANGELIS

VIAJE

A su costa, del alcalde provincial del muy ilustre Cabildo de la Concepción de Chile, don Luis de la Cruz, desde el fuerte de Ballenar, frontera de dicha Concepción, etc.

En el ante pondré un testimonio del itinerario, o instrucción y pasaporte, que como reglas para mi expedición he recibido del señor gobernador intendente de la referida ciudad; y también de los parlamentos, y tratados que se celebrasen antes de mi partida con los indios Peguenches en este fuerte de Ballenar: y a fin de no ofuscar las relaciones de la ruta con largas disgresiones sobre la calidad, y naturaleza de terrenos, de volcanes, de la salubridad del clima, de las aguas y sales, de las yerbas, arbustos, árboles, de animales cuadrúpedos, peces, pájaros, etc., trataré de estas materias en el diario como vistas, reservando el hablar de la utilidad y naturaleza de las desconocidas por tratado separado, luego que llegue a Chadí Leubú, por lo que respecta a los montes y planes siguientes hasta el río: y así lo dividiré en dos partes. Lo mismo digo para describir las costumbres de los habitantes, su número, aduares, etc., que lo haré hasta pasar sus terrenos; pero no podré omitir expresar en cada día las juntas de indios

que se ofrezcan, las parlas y visitas que me hagan, pues contribuirán a la inteligencia de las dificultades o franqueza del viaje, y de las demoras que por esta razón puedan originarse.

También omitiré, hasta la conclusión de la expedición, tratar de la utilidad y conveniencia que pueda resultar a los dos reinos de nuestra comunicación; y de todo lo demás que se me previene en el itinerario; porque sin completo conocimiento de los naturales intermedios, de sus usos, de sus terrenos, especies comerciales apetecibles, y otras noticias que iré adquiriendo con el trato y práctica, no podré tratar antes con acierto.

INSTRUCCIONES

Primera. — Respecto a que el objeto de la expedición es dirigida a esclarecer todos los puntos de utilidades y conveniencia que puedan resultar a los dos reinos, de la comunicación y comercio directo por esta nueva vía, y teniéndose presente que del diario practicado por don Justo Molina, resulta haber, desde el fuerte de Antuco hasta la capital de Buenos Aires, sólo la distancia de doscientas treinta y dos leguas, por un cómputo estimado en su viaje; deberá preferirse esta dirección por la más ventajosa, y que no deberá variarse, si otros motivos de mayor gravedad no obligasen a ello: y de consiguiente, el referido Molina será quien en esta parte señalará el rumbo que ha de llevar la expedición.

Segunda. — Luego que se entre por las cordilleras, ha de ser la primera atención del comisionado reconocer los parajes por donde pueda verificarse el tránsito de carretas que han facilitado don Justo Molina y el español Montoya; con el fin de que, si de regreso dispusiese el superior gobierno de Buenos Aires se haga la experiencia con la noticia de estos informes, pueda realizarse oportunamente y con acierto. A cuyo efecto tomará las apuntaciones y noticias de los pequeños obstáculos que se encontrasen

fáciles de vencer, designando los puntos y calidad de trabajo que haya de ejecutarse en cada uno.

Tercera. — Como entre los individuos que lleva a sus órdenes el comisionado, es uno de los principales el agrimensor don Tomás Quesada, en calidad de geógrafo, tendrá especial cuidado de que éste lleve un diario exacto de la ruta, y de la demarcación topográfica con los rumbos de ellas, y sus distancias, con una noticia puntual de la naturaleza de los terrenos por donde se transite: y así mismo que observe en los parajes convenientes las variaciones de la aguja magnética, para corrección de las direcciones, o rumbos del viaje, y señalarlas en el plano con el debido acierto.

Cuarta. — El comisionado llevará un diario circunstanciado de las distancias que se caminan, por la estima del reloj, a un paso constante y arreglado, para fijar las jornadas, la calidad de los terrenos, abundancias o escaseces de pastos, los embarazos de ríos despoblados, montañas fragosas etc. con noticias de los recursos que ofrezcan para vencer las dificultades del tránsito, la abundancia o escaseces de aguadas para los viajes o su calidad.

Quinta. — Se informará de la numerosidad, fuerza, carácter y costumbres de los habitantes, y naciones de indios, intermedias y vecinas; y riesgo que ofrezca la comunicación y tráfico de los españoles con respecto a ellas.

Sexta. — De los sitios en que puedan fundarse poblaciones o fuertes auxiliares, con qué seguridad, arbitrios y costos.

Séptima. — Cómo puede conquistarse la amistad y allanamiento de los naturales, para nuestra internación.

Octava. — De las ventajas que de ella puedan resultar al comercio, y a la entera reducción y posesión de estos grandes espacios.

Nona. — Cómo se podrá extender hasta nuestros establecimientos en la costa patagónica, y demás noticias que en el curso de la expedición se adviertan ser oportunas; para según ellas calcular la conveniencia que resulte de este proyecto, por lo que hace al adelantamiento del comercio ultramarino y marítimo de la provincia de Buenos Aires, con esta de la Concepción y el Perú; según la entidad y clase de artículos que se propongan internar y extraer de ellas recíprocamente: y lo que sobre todo perjudique, o interese a la real hacienda, y buen gobierno, por los reales derechos que reporte, gastos que se ocasionen en nuevos resguardos, y daños generales consiguiendo a la amplitud del contrabando por esos despoblados: atendiendo igualmente al uso que podría tener la franqueza de estos caminos, en comparación de las proporciones que ofrecen los de Mendoza en derechura a la capital de Santiago. Estos importantes puntos, que tiene recomendado la capitanía general de este reino para el comisionado de esta expedición o exploración, merecerán toda la atención para su desempeño.

Décima. — Es consiguiente que el comisionado solicite de los caciques y respetados del tránsito, y de los que saliesen a su encuentro, sus nombres y paraje de su residencia, para la debida noticia del gobierno, conforme a lo que va prevenido en la instrucción quinta.

Undécima. — Cuidará del buen orden de su comitiva, y que los caciques y Peguenches que han de acompañarle, sean tratados como conviene al buen éxito de su empresa: y hará entender, por medio del intérprete, o del dragón Pedro Baeza, a los gobernadores, caciques o indios de respeto del tránsito, el objeto de su viaje, en los términos que se expresará en el pasaporte que a este efecto ha de llevar. De cuyo tenor se enterarán todos los individuos de

la comitiva, y los auxiliares Peguenches, para que uniformemente, y sin variación alguna en lo sustancial de su contenido, lo expliquen a los indios del tránsito, y se eviten graves perjuicios que de lo contrario podrían resultar al objeto importante de su expedición.

Duodécima. — A su llegada a Buenos Aires dará cuenta al excelentísimo señor virrey del resultado de su expedición, lo mismo que, en primera oportunidad, al excelentísimo señor general de este reino, y a mí: solicitará de su excelencia los auxilios que necesite: y recibirá sus órdenes relativas a su comisión, dando oportuno aviso de su regreso. Plaza de los Ángeles, veintisiete de marzo de mil ochocientos seis. — *Luis de Alaba.*

Copia del pasaporte que se cita en la advertencia once. — “Don Luis de Alaba, Caballero del Orden de Santiago, Coronel de infantería de los reales ejércitos, Comandante General de la frontera del reyno de Chile, y Gobernador Intendente de la provincia de la Concepción, etc. — Por cuanto el Rey Nuestro Señor (que Dios guarde) tiene mandado se le informe los medios de facilitar las comunicaciones de la provincia del vireynato de Buenos Aires con las de este reyno de Chile, por los países de los indios intermedios: — Por tanto, hago saber a los gobernadores y caciques del tránsito, desde el fuerte de Antuco en esta frontera hasta dicha capital, que el Alcalde provincial del Cabildo de la ciudad de la Concepción, don Luis de la Cruz, acompañado del agrimensor don Tomás Quesada, y del práctico don Justo Molina, y asociados, don Ángel y don Joaquín Prieto, tenientes de milicias de caballerías con quince individuos más para el servicio de esta expedición, pasa comisionado por el Exmo. Sr. Capitán General de este reino, D. Luis Muñoz de Guzmán, para hacer un nuevo reconocimiento del camino más directo a la expre-

sada capital, que es el único objeto de este viaje; sin que sea la intención del Soberano hacerles ningún perjuicio o daño, así como no se hace a los indios que habitan en el camino, que transitan, con toda franqueza y libertad, los españoles para Valdivia; ni cuando ellos se internan en nuestros países, en que son recibidos con agrado y protección del gobierno, por todos los jefes y comandantes de las plazas: que antes bien, se solicitan y quieren su amistad, trato y comunicación, para que se hagan sociales, y disfruten de los beneficios que son consiguientes, cuyas ventajas y utilidades les acreditará la experiencia. Que sólo se desea reconocer si el camino es más corto, y cómodo para comunicarnos por sus tierras con los españoles que viven en Buenos Aires; contando con que los gobernadores y caciques contribuirán gustosos al lleno de nuestras ideas, y sanas intenciones. Y espero que en esta ocasión permitirán el paso al referido don Luis de la Cruz, con toda su comitiva, que va auxiliada de los fieles amigos Peguenches; pues así lo pido en nombre del Rey mi Señor, a cuya real persona se dará aviso, y recomendará su buena voluntad, que no dudo franquearán para que todo se facilite, y que atienda con particularidad a los que más se distingan y propendan en la realización de este proyecto. Dado en la plaza de los Ángeles, sellado con el sello de mis armas, y refrendado de mi secretario, a veinte y siete de marzo de mil ochocientos y seis años. — *Luis de Alaba*. — Por mandado de su Señoría. — *Santiago Fernández*".

Enterado de estos antecedentes, el señor gobernador intendente deseoso del buen éxito de mi expedición, y para mejor consolidar los medios de asegurarla, me comisionó para que con el teniente de dragones don Nicolás Toledo, que fue el oficial más a propósito que se encontró en aquella plaza, tratásemos en ésta de Ballenar con los

caciques Peguenches, que ya se habían citado y debían parecer muy pronto, los puntos que me acomodasen para mi pronta salida; que dicho teniente me entregase en manos propias de ellos, como lo acostumbran cuando recomiendan sus correos, y les agasajase con los obsequios que se les prometieron en la junta celebrada en los Ángeles, a fines de noviembre último con mi asistencia, que presidió el señor coronel, comandante actual de los Ángeles, don Fernando Amador de Amaya, sobre el objeto de esta expedición, de su mayor seguridad, y que algunos Peguenches, como auxiliares, me acompañasen.

Al poco rato que salí de lo del señor intendente ya despedido, pues al siguiente día veintiocho caminaba él para la plaza del Nacimiento a presidir una junta de indios Llamistas, estuvo a verme el referido teniente Toledo, que ya había recibido las órdenes de acompañarme: me lo hizo presente, y acordamos salir para Antuco el veintinueve.

Antes de amanecer, partimos de aquella plaza, y por comodidad nuestra alojamos en Antuco, un pueblo distante de este fuerte cuatro leguas. Habrán allí hasta veinte casas vecindadas, con muy buenas huertas, arboledas, regadas de varios arroyos, que desprendiéndose de los montes del sur, a que está inmediatamente situada, bañan con profusión todo el plan. Cuatro leguas o cinco antes de llegar a dicha puebla, se introduce uno a este cajón, que por una y otra banda son montañas espesísimas; con el bien entendido, que la primer caja que se ofrece corre de norte a sur, y de esa otra al este, que es la de Antuco en que estoy; y no se estrecha hasta llegar al cerro de Volcán. Tendrá esta abertura de cercos en partes una legua, en otras mucho menos. Es vega pareja toda carretera, su piso de trumau pedregoso, y llena de arbustos, de romerillos rarales, y otros que rumian los animales en las inverna-

das. Sus aguas dulces, preciosas por su claridad, y golpeadas entre piedras y maderas excelentes en los cerros de ambas sierras. El gran río de la Laja la parte, y a él confluyen todas las vertientes de ambos costados. El lado del sur de esta abra, está cedido a los vecinos, de la puebla, de cuyos terrenos acopian cosechas de todas clases, de granos y frutas. Para sus siembras desmontan las faldas, déjanlas volteadas en los sitios, y las reducen a cenizas, incendiándolas: sin más abono, desparraman trigos, que con una reja de surcos tapan, y de aquí hacen cosechas de ciento por uno, según me lo han asegurado muchos vecinos de razón.

Al lado del norte del río se halla el potrero de Tupán, cuyas tierras gozan de la misma fecundidad.

Nos hospedaron en la población, en casa del juez diputado don Mariano Meyado, quien me aseguró habían padecido mucha seca en el verano, como que sólo contaba en él una corta lluvia: por cuya causa se quejó de muy escasa cosecha de trigo; y preguntándole por la cantidad que había sembrado, y lo que había cosechado, me contestó, que su siembra fue de fanega y nueve almudes, y su cosecha de ciento sesenta fanegas. Lo tuve a quimera, y deseando desengañarme, no tardé mucho en averiguar la verdad, preguntándolo con separación a otras personas de la casa; y todas ellas convinieron en ambas cantidades.

Allí tuvimos noticia que aún no habían llegado los Peguences al fuerte en que debían recibirme; por cuya razón determinó el teniente quedarse en lo de dicho juez. Pero yo que deseaba ver el río, recorrer los montes y sus proporciones, registrar el cerro del Volcán, que me aseguraban distar de este lugar dos leguas, y una mancha de escoria, con cuyo derrame se interceptó el camino antiguo de Prancoyán, que era más recto que el que hoy se tra-

fica, bien temprano seguí a este destino, y a las nueve de la mañana estuve en el fuerte.

Está situado en un cerrillo, que tiene treinta varas de elevación sobre el plano de la vega: en su cima, un círculo de pellines parados circunda una casa de paja fabricada sobre postes; su longitud es de dieciséis varas, y su latitud de seis. La tercera parte de este edificio sirve de habitación al comandante, que lo es un sargento de dragones; y los otros dos tercios están divididos en cuartel, y una pieza para pertrechos de guerra. Al frente del Volcán tiene la estacada la puerta, con su puente levadizo, y a ambos lados troneras con cañones de a cuatro.

A las cuatro de la tarde llegó el capitán de amigos, Leandro Jara, noticiándome de que dejaba los Peguenches alojados en la Cueva, lugar que dista siete leguas, según dicen, de este fuerte. Y pasando para Antuco, le previne trasladase la noticia de los indios al teniente Toledo, y que regresase al siguiente día, como que debía servir de intérprete en la junta de *parla*, que se iba a celebrar.

En la misma tarde recorrí la ribera del río que demora al norte, tres cuadras distante de este fuerte. En partes se despeña encajonado, y en otras, ofrece puertos; pero siempre baja tan correntoso que juzgo imposible poderlo vadear. Levanta su correntada comúnmente unos penachos de agua en las alturas de las peñas, y bajos en las concavidades, que al paso que atemoriza su braveza, agradan a la vista los diferentes colores que con el sol se manifiestan en el agua. Esta rapidez, que cuando más abajo se disminuye, a las cuatro leguas de aquí, descubre vado cómodo en varios brazos.

He reconocido también que, desde antes de la puebla, lo que es en este cajón, le entran a la Laja el río Rucoheco, otros varios arroyos, y un estero grande, llamado Quillay-

leubú, esto es, aguas de *quillayes*, así como Rucoheco, aguas de *rucos*, especies de venados monteces.

También se ve a la otra parte de la Laja la embocadura del río de la Polcura, que dista una legua de este castillo, y por entre riscos fragosísimos, se descuelga de entre dos montes elevados del potrero de Tupán.

Las maderas gruesas o corpulentas y elevadas de estas sierras, son los robles y coygues. Las primeras estando apellinadas son de mucha duración y aprecio para las fábricas. Las segundas, de poca consistencia, y por eso poco apetecibles.

He solicitado de estos patricios razón de las yerbas que aquí se conozcan, y sólo me han nombrado el ñancú, cachanlagué, doradilla, ñopequén, y el árbol de culén. De todas ellas hablaré a su tiempo, explicando sus virtudes.

El treinta y uno me he entretenido en recibir a los indios, tratándolos amistosamente, que han ido llegando sucesivamente; y al oscurecer, llegó el teniente don Nicolás Toledo, con el capitán de amigos.

El primero de abril fue la junta en la puerta del fuerte; y según lo que se les propuso por nuestra parte, y lo que ellos dijeron por la interpretación de su capitán, fue del tenor siguiente: Estando en dicha puerta con el teniente de dragones, y los dos de milicias que me acompañan, se congregaron los caciques Calbuqueu, Pilquiñán, Leinirri, Manquelize, Pichuntur, Laylvó, Puelmanque, Payllacura, Treca, y habiendo saludado a su estilo con dos abrazos, nombraron a Calbuqueu para que hablase por todos; costumbre que observan en sus parlamentos.

Admitiendo éste la elección, hizo presente que deseaban recibir las órdenes que se les comunicasen de parte del gobierno, cuya obediencia habían heredado de sus antepasados, citando por testigos de su observancia a los co-

mandantes de estas fronteras: que así fueron siempre mirados los Peguenches como hijos, y lo experimentaban hasta ahora; y que ¿cómo no habían de ser prontos para moverse, y haber salido a este fuerte, habiendo sido llamados por su Toquiquelo?

Se les contestó, que nuestros jefes sabían distinguir los méritos, premiándolos, de los delitos que los castigaban, y que haciéndose ellos dignos de aprecio por sus buenas acciones y fidelidad, serían siempre estimados. Que en la actualidad debía yo pasar a Buenos Aires, por comisión del excelentísimo señor capitán general del reino, a consecuencia de reales órdenes de su majestad, para reconocer el camino que descubrió don Justo Molina el año pasado. Que ya de esta expedición se les había tratado en los Ángeles, en la junta que celebró el señor coronel comandante de aquella plaza, a fines de noviembre último, a la que concurrieron muchos de los presentes, y le prometieron que, recibiendo de su mano la mía, conducirían mi persona con seguridad hasta entregarla al señor virrey: en cuya confianza me veían en camino con toda mi comitiva, y no dudábamos sabrían cumplir sus ofrecimientos. Que siendo así, el señor virrey tendría complacencia de conocerlos, y entonces verían por sus ojos, sin quedarle duda, a estos Peguenches, de quienes se les había ponderado eran fieles vasallos de nuestro monarca.

Todos respondieron que estaba bueno, pero que faltando en el congreso su gobernador Manquel, nada podían resolver, ni hablar en la materia. Que luego llegaría, y entonces podían satisfacer el deseo de nuestros superiores; que se irían a descansar, y se les mandase dar víveres y vino para celebrar el gusto que tenían de verse entre nosotros.

Cumplidos sus deseos, enterraron el día, y pasaron la noche en embriaguez.

El 2, como a las diez de la mañana, estando yo con el teniente de dragones, y los asociados en la puerta del fuerte, llegaron los caciques citados, presididos de Manquel, y su capitán, con mucha comitiva de mocetones y mujeres. Así que nos saludaron, dijeron que les era preciso nombrar de nuevo a un cabeza (esto es a uno de los más ancianos caciques), que explicase sus respuestas, reparos, determinaciones y resolución, con que finalizarían la parla: que si Manquel era su gobernador, Levinirri¹ tenía muchos méritos, que juntos a su ancianidad, lo hacían recomendable, y por lo tanto se veían obligados a elegirlo de dumuguelu. Aceptó Levinirri con agrado la elección, y usando del nombramiento, puso el reparo de no ver la persona del gobernador intendente, o del comandante de los Ángeles en la junta, y la del comisario o lengua general, intérpretes necesarios por costumbre para parlamentar; y que por ese defecto más bien esperarían a que viniesen, que quebrantar un antiguo uso.

Se les contestó: —Que los atenciones del real servicio, en que muchas veces se veían empleados nuestros jefes, les quitaban los arbitrios de poder atender a muchas partes, especialmente cuando les ocurrían asuntos que debían solemnizarlos sus personas: que en la actualidad se hallaban en el nacimiento, asistiendo a una junta de Llamistas con el comisario y lengua general: que ya hubieran todos querido tener el gusto de ver a sus Peguenches amigos, y hablar con ellos; pero que, no pudiendo hacerlo sin detenerlos mucho tiempo, cosa que les perjudicaría, priván-

¹ Este indio es ciego, y tiene mucho arte y constancia para pedir, por cuya causa le dan la primacía en hablar.

dolos de las comodidades de sus toldos y de otras atenciones, querían más carecer de un rato gustoso, que ocasionarles la menor demora. Que también acordaron, que este congreso no debía reputarse como junta parlamentaria, sino como una ceremonia solemne para que me recibiesen en sus manos los que me debían acompañar hasta Buenos Aires; sobre cuyo viaje ya habían tratado en los Ángeles con dicho señor comandante: y ahora sólo para ratificar la entrega, nombró el señor gobernador intendente al teniente don Nicolás Toledo, que veían presente. Que este sujeto, de comandante en este mismo fuerte, supo tratarlos amistosamente, desempeñando sus obligaciones, y sabiéndose granjear sus amistades, por cuya razón fue elegido, como que se complacerían de verlo; y que su capitán, Leandro Jara, traduciría fielmente sus razones, de cuya conducta nos parecía nada tendrían que recelarse. Se convinieron, y aceptando la disposición del señor gobernador siguió.

Que hacían memoria de dicha junta y parla, pero que estando presentes los que entonces se ofrecieron para la ida a Buenos Aires, ellos mismos debían en la ocasión decir el estado de sus disposiciones. Que él, a nombre de todos, volvía a ofrecer la franqueza de sus tierras, que les son comunes, y que de ellas podría el señor gobernador disponer a su arbitrio para establecer el camino por donde más acomodase.

Pasaron un rato en silencio. Pero, rompiéndolo con imponderable arrogancia el cacique Calbuqueú incorporándose, exhortó a su nación, diciendo: —Que ya me veían presente, reconviniéndoles con mi venida, con mi presencia y con sus propias razones, por aquella solemne oferta que se me hizo en los Ángeles: que debía estar firme, pues no había habido cosa que la variase. Que extrañaba el ra-

to de silencio en que habían quedado sus compañeros, y que ¿adónde estaba el orgullo con que antes se ofrecieron? ¿Que si se habían olvidado alguna vez de que deben a los españoles la posesión de sus tierras? ¿Que si no se acordaban que por ellos fueron muchas veces vencedores de sus enemigos? ¿Que cómo podrían negar las haciendas que por ellos mantienen? ¿Que por quiénes se veían temidos de las demás naciones? ¿Que si querían ya acabar la correspondencia de los Peguenches, y la unión con los españoles? ¿Que adónde estaba su fidelidad y la conservación de la que tuvieron sus genitores? ¿Y que adónde se hallaba el que hacía cabeza de su nación, que no miraba por ella en la única vez que sus amigos y protectores la necesitaban? Que él ofreció a su hermano Payllacura, mocetón de valor, esfuerzo y práctico del camino, para que acompañase a la expedición, y lo tenía pronto y preparado para la marcha: y que hablasen los demás.

Puelmanc dijo: —Que él no habló porque no le tocaba; pero ya que era tiempo decía, que se había ofrecido, y sabría cumplir su palabra, así como la supo empeñar. Pero que debían acompañarle caciques de estas reducciones, pues habiendo él sido de Mamilmapú, y también Payllacura, si fueran solos ¿qué dirían sus paisanos, en llegando a su tierra con la comitiva, sino que los dos habían sido autores del proyecto? Que también estos mismos Peguenches, que hoy se desentienden, después los acusarían de entremetidos; y en fin, que sin Laylo a lo menos, no convenía moverse; y que hablase Manquel que lo había ofertado en los Ángeles.

Manquel contestó: —Que no se acordaba de haber hecho oferta alguna: y aunque así hubiese sido, en la actualidad no tenía cómo cumplirla, porque se veía solo y lleno

de pesares con la muerte de su mujer y un sobrino, y que respondiese Laylo.

Éste dijo, que no podía ir, y que si lo ofrecieron, cumplierse la palabra quien hizo la promesa.

Yo que asistí a la parla que se tuvo con estos indios en los Ángeles, y oí la oferta de Manquel, y aceptación de su hermano Laylo, le reconvine, diciéndole: —Que ¿cómo podían haberse olvidado de lo que prometieron repetidas ocasiones en presencia de aquel señor comandante, de todos los caciques que hoy les acompañan, y Peguenches que nos escuchan? Y mirando a Manquel, le pregunté: ¿Que si él no era el gobernador, en quien debía resplandecer la firmeza y constancia, y que si por esta razón no estaba obligado a dar ejemplo de invariabilidad a sus vasallos, y estimularlos a que supiesen conciliar la buena amistad y correspondencia con los españoles? Que sus mismos caciques dijese lo que sentían de esta acción, que si era o no de un Peguenche generoso, como debía ser; y que, repugnándome reconvenirle más, por una oferta que virtió de su propia voluntad, dejaba a sus mismos patriotas que lo hiciesen si quería volver por su honor, en especial a Calbuqueu, cuyas acciones fueron siempre honrosas, haciendo resplandecer su fidelidad, y brillar en sus procedimientos la de sus antepasados.

Éste, que no podía ocultar el ardor y cólera que le oprimía, por el silencio y tibieza de Manquel y Laylo, apenas pronunció el intérprete su nombre, cuando, haciendo bien presente su persona, dijo: —Que no era posible negar la verdad, de que Manquel había ofrecido para el viaje a su hermano, y éste aceptado el nombramiento, con lo que quedó comprometido. —Y volviéndose a los demás caciques (como cuidadoso), les instó suplicándoles, que le comunicasen ¿qué causas habían de novedad, que de

nuevo extrañaba en sus hermanos, y si no había cosa alguna, que tomasen el partido de esforzar a los pusilánimes a que cumpliesen lo tratado? Que ésta era empresa en que su nación granjearía nuevo crédito. Que el señor virrey quedaría complacido de que, mediante ella, se venciese. Que la indiada intermedia formaría mejor concepto de los Peguences, viéndolos unidos con los españoles, y se harían más temibles. Que esta experiencia era la más recomendable que podría proporcionárseles, y no era justo perder el tiempo de labrar el mérito de acompañarla; y por último, que comprometida la cabeza de una tribu, no podía sin infamia faltar al pacto.

Tomando entonces de su cuenta los caciques reconvenir a Manquel y a Laylo; y viéndose éstos por todas partes combatidos, dijo el segundo: —Que había asegurado ya que no iba; pero que daría para que me acompañase una parte de su corazón, cual era su hijo Cheuquellan, quien hacía veces, llevando recado de él, y de su hermano Manquel, para los habitantes de Mamilmapú, y de las Pampas. Acreditando la satisfacción que tenían de mi persona y comitiva, no les iría mal; sino antes bien les dispensaría muchos bienes, como ellos lo estaban experimentando. Que les mandaría decir, que mis designios y órdenes que llevaba, eran de establecer una paz perpetua; y por medio de descubrir y franquear un camino cómodo y recto, para traficar desde aquí a Buenos Aires, era en cierto modo proporcionar una unión de indios con españoles, y de los españoles de Chile con los de Buenos Aires, cuyo proyecto les debía proporcionar comodidades y ventajas, que sólo por tal arbitrio podían asegurarles.

Cheuquellan convino con la determinación de su padre, a vista del general movimiento que su anterior tibieza había causado en el congreso; pero por Puelmanc repitió

que debía ir otro de los principales; y fue preciso instar de nuevo los caciques, para que se animase alguno más a acompañar la expedición.

Todos se excusaron, ya por sus edades, ya por falta de salud, y Manquelipi, cacique mozo y bien acreditado, puso la excusa de no tener suficientes caballos para emprender un viaje tan dilatado. Yo que deseaba su compañía, por tener largas noticias de su fidelidad y valor, le apoyé sobre el justo inconveniente que ponía, y supuesto no era otro, su escasez de cabalgaduras, me daría la satisfacción de llevarlo con las mías que eran buenas; y que en llegando con felicidad a Buenos Aires, en que él tendría a mi entender mucha parte, le regalaría doce caballos para su regreso, y para que después los poseyese como obsequio de un amigo. Aceptó el partido, y quedó fijo en seguir la caravana desde el día en que partiese.

En este estado, y ratificándose todos en sus promesas, practicando el rito que acostumbran, recibieron de mano del teniente comisionado la mía, con el cargo de entregarla del mismo modo al señor virrey, y ellos me entregaron las de sus diputados, para que a mi regreso se los devolviese de la misma suerte en presencia del señor gobernador intendente, a quien me presentarían, cumpliendo bien sus mensajeros. Calbuqueu añadió, que la primera entrega que harían de mi persona, sería en el fuerte al comandante, y que respecto a que el actual los ha cuidado, servido con paciencia y puntualidad, esperaba la gracia del señor gobernador que lo mantuviese en este destino hasta entonces.

Pidieron permiso, siendo ya más de las dos de la tarde, para retirarse a comer, asegurando volverían al siguiente día a despedirse, y a recibir los agasajos que en los Ángeles se les ofertó les darían para esta ocasión.

El 3, como a las nueve de la mañana, volvieron los caciques con todo su acompañamiento, y después de haberles tratado sobre varios puntos correspondientes al buen éxito de la expedición, y rectitud del camino que deberemos llevar, quedamos en que a principio de la luna próxima se juntarían conmigo en el lugar de Triquicó para continuar la marcha. Representaron que, así como parte de los suyos, acompañaban mi comitiva, cuya gente les hacía falta para su defensa y seguridad, imploraban el favor del señor intendente a fin de que les auxiliase con sus dragones armados, antes de que la cordillera se cierre: pues pudieran los Guilliches venir a maloquearlos; o acaso a la expedición, a quien entonces con este favor podrían socorrer, y tomar la debida venganza. Se les aseguró que se harían presentes sus instancias al señor gobernador; y habiéndoles dado a cada uno de ellos chupa, sombrero, añil, tabaco, chaquiras y bastón, se concluyó la junta, tributando cada uno de los obsequiados finos agradecimientos, con expresiones de la mayor gratitud.

A las cinco de la tarde del mismo día, llegó al fuerte el cacique Carrilón, y avisando al capitán Jara, se le mandó entrarse. Así como pasaron los abrazos de salutación, aseguró: —Que su venida no había tenido otro objeto que el de obedecer al llamado que se le hizo por parte del señor coronel comandante de los Ángeles, para que concurrese a este destino a recibirme; comunicándole también que ya era tiempo en que partía para Buenos Aires, como se les previno en los Ángeles la luna de noviembre último. Que fue muy pronto en ponerse a caballo con sus mocetones; pero como vive más distante de los otros caciques, nunca pudo darles caza; y supuesto que ya los Ulmenes de su nación habían tratado del asunto, y se había concluido la parla, nada le restaba que decir; pues su vo-

luntad era una con la de los demás, y uno su corazón: que celebraría estuviese yo contento, y tuviese feliz éxito en mi viaje.

Se le dieron las gracias de su razonamiento, y el teniente comisionado, a nombre del señor gobernador intendente, y del señor comandante de los Ángeles, le recomendó el que me hospedasen, y recibiesen bien en sus tierras, así como se hacía con ellos en las nuestras: y que si estos obsequios se les hacía por causa de que eran caciques de respeto, yo también era uno de los Guillmenes de Concepción, por cuya circunstancia debían prestarme sus atenciones. Que sus buenas obras, sus buenas palabras y acciones las encaminasen hasta Mamilmapú y Pampas, recomendándome a aquellas naciones, las que tendrían largas noticias de su nombre y de su fama. —Dijo, que lo haría con sumo gusto, y con la seguridad de que tenía una hija casada con el cacique Quintep, que vive en aquellas pampas; la que tendría a vanagloria obsequiarme, respecto a llevarle noticias tuyas y recomendaciones.

Con esta insinuación, valiéndome del afecto que representó en la memoria de la hija, le hice presente: —Que de los caciques de la junta, cada uno había tomado parte en la expedición, ya dando caballos a los que no los tenían, y ya mandando sus embajadores; que ¿cómo él se había de excepcionar? ¡Que se diría, si su nombre no sonaba en aquellas tierras! Que discurrirían que ya era muerto, o que su amistad se había acabado. Que hiciese un buen ánimo y se determinase a acompañarme, o a lo menos mandase a su hijo. —¿Qué gusto, Carrilón, le continué diciendo, no tendría tu hija de ver a su amado padre anciano, que ya quizás lo juzgará muerto? Rebozaría de gozo, y tú no podrías sujetar las lágrimas al ver en tus brazos una cosa tan tuya, que siempre la habrías tenido en tu cora-

zón. Y cuando no vayas, si remites a tu hijo, le darás a esa pobre la satisfacción de ver a su hermano, y de recibir por boca de él noticias de su buen padre. Ea, pues, amigo, labra este mérito en los últimos años de tu vida, con el que honrarás nuevamente a tu familia, y le dejarás esa otra recomendación, para que nuestros jefes la distingan. Da ese buen día a tu pobre hija, que su suerte la destinó a lugares tan remotos, y espera el que tendrás a nuestro regreso, que ése será sin igual, después de haber vencido un viaje tan demoroso y por terrenos desconocidos. Puso sus excusas, y también su hijo Llancamilla, famoso mocetón que traía a su lado: pero, haciéndole nuevas instancias y reconvenciones, al fin prometieron que en la noche lo pensarían, y se retiraron con víveres y vino para su alojamiento.

El 4, cerca de las doce, volvió Carrilón con su hijo y acompañamiento. Nos hizo una larga relación de sus méritos, y aseguró que del mismo modo la había hecho a su hijo, para estimularlo a que con gusto y honor se recibiese la pensión de acompañarme; pues sabía bien que, a nombre del rey mi señor, me mandaba el señor capitán general, y señor gobernador intendente a solicitar la paz y comunicación de los caciques del intermedio, para asegurarla también por sus tierras con los españoles de Buenos Aires; de cuya comisión debía pasar a dar cuenta al mismo excelentísimo señor virrey. Que la empresa la contemplaba útil para todos, y todos debían interesarse en ella: que yendo él, tendría parte en cuanto yo hiciese, pues lo solicitaba para mi desempeño y auxilio. Que hablase por mí con todos los términos que requiere la amistad, y me favoreciese hasta rendir la vida, que lo haría en servicio de su nación y del rey. Que cuidase de no separarse de mi lado, porque entonces pasando yo, pasaría

él, y muriendo, moriría. Que no sabía decirle cuál de los dos términos sería más bien recibido en su corazón, pues no es menos honroso en un Peguenche morir en manos de sus enemigos que ganar una victoria. Que por esta causa hasta en su ancianidad entró siempre a los malones; y que ya tenía bien visto su cuerpo cubierto de heridas, cuyo vestido era el que más apreciaba. Que jamás supo volver la espalda, porque no se imputase de cobarde: que estos principios no debía olvidarlos para que le sirviesen de regla, y que obedeciese siempre a la prudencia del que lo mandase, porque la intrepidez era buena cuando en ella se aseguraba una victoria dudosa.

Recibió Llancamilla con afabilidad estos preceptos; prometió acompañarme gustosamente, y también cumplir los consejos de su padre. Tuvieron entre ambos su conferencia sobre lo mismo; y pasada, tomó Carrilón en su mano la de su hijo, y me la entregó, poniéndola entre las mías. Me suplicó lo cuidase, pues era pobre, y no podría habilitarlo de todo lo necesario: dispensase sus faltas como a mozo, y lo corrigiese como padre. Que tuviese presente, en llegando a Buenos Aires, recomendarlo al señor virrey con las veras de su patrocinante y mediador, para que su excelencia le dispensase algunas mercedes. Le prometí hacerlo así, y dándoles iguales agasajos que a los antecedentes de la junta, se despidieron hasta el día citado en Truquincon.

El 5, a las seis de la mañana, salí del fuerte acompañado de don Justo Molina, del agrimensor, de un práctico y del dragón Pedro Baeza, con el designio de reconocer el estado del camino de Prancollan; pues se pondera su rectitud para el lugar de la Cueva, sitio preciso a que llegare. Anduvimos por una vega arriba, con el rumbo este, cuarta al sueste, más de una legua entre el río de la Laja,

dejándolo al norte, y unas sierras cubiertas de montes, y con muchos esteros que de sus riscos desaguan al río. Así que pasamos el último estero, que se llama de los Coygues, vencimos una subida pedregosa de una cuadra, en cuya cima se separa el camino que fuimos a reconocer, del que hoy se trajina, que dejamos al nordeste, cuarta al este. Continuamos por una subida parada, de piedra suelta y arena, que tiene por regulación de reloj veintisiete cuadras, y de plano ocho en la meseta, que se presenta entre el monte ignívomo, y el de la sierra Velluda. En este punto llegamos al farallón de escoria, que se ve penetrada de piedrecillas amarillas cristalizadas. Está unida y férrea, y con puntas agudas, que ni a pie puede andarse en ella sin peligro: su anchura es hasta donde finaliza la abra y plan, que se ve entre las dos cordilleras, exceptuando muy corta distancia para descender a la otra parte donde está la Cueva. A nuestro parecer, tendrá de ancho más de media legua, y de grueso, en los sitios que habían hoyadas, diez o doce varas. Debe pues suponerse que, siendo todos los volcanes de mucha extensión en sus faldas, y que sus cimas concluyen en punta, cuanto más arriba, es mucho menos esta materia; ya por la menor extensión, ya porque son parados y deben sujetarse menos, ya por la inmediatez a la boca, que vendría ardiendo, y por eso más líquida para correr. Sólo viendo tan copioso derrame, y los demás conductos por donde con la misma profusión se explayó, se puede inferir la profundidad y circunferencia interior que tendrá el volcán en su seno; y cuál será su efervescencia subterránea, pues arrojó tantas materias fundidas, que no pueden mirarse sin admiración. Poder facilitar este tablón para pasarlo en carretas, sería muy costoso: y aunque arriba se manifiestan cortados tres o cuatro conductos por donde se descargó, los demás, muy angos-

tos, podrían trozarse con facilidad: pero no me fue posible ir a reconocerlo, porque me lo impedía un derrama del mosto material, que al lado izquierdo de mi situación baja hasta el mismo río de la Laja, en donde se llama la Piche Escoria. Y siendo ya muy tarde, no podía dar toda la vuelta necesaria; por cuya razón resolví hacer esta diligencia, en llegando a la Cueva con la comitiva, por donde podría vencerla con más facilidad, o al siguiente día, si se ofrecía alguna causa de mayor demora en el fuerte.

Desde que pensé hacer el reconocimiento de este camino, determiné encumbrarme hasta la misma cima del monte, para reconocer la extensión de la boca y materiales inmediatos que tiene. El comandante del fuerte y otros patricios, a quienes previne que por esta causa no volvería a comer y que no me esperasen, procuraron persuadirme que no me sería posible sin perder la vida: asegurándome que con cualquier peso se hundía la tierra, y que llovía y tronaba muy fuerte. Que a más de esto, había tradición de dos indios que perecieron en igual arrojó, sin que se supiese el fin de ellos. Yo procuré disuadirlos de esta creencia, y en especial con haber hecho la prueba de subir y bajar; pues en tiempo de calor se mantiene apacible el fuego, y hasta el mes de mayo que arrecian las aguas, es cuando se inflama de tal modo, que a la mayor parte del obispado se dejan ver las llamaradas. Puede muy bien ser cierto que los indios hubiesen perecido en el proyecto, por haber llegado incautamente a algún conducto que el volcán tenga en sus más elevadas faldas, como que desde abajo, y más bien desde el sitio en que estuve, se descubren varias cráteras, por las que infiero serían erupciones de escoria, pues desde allí nacen donde se ven arder. La voracidad del incendio interior produce un continuado

susurro ruidoso, que según el viento se percibe, y según el tiempo se acrecienta; hasta tal término, que produce el estruendo tan fuerte como de un cañonazo.

Nada pude adelantar en el proyecto, por el impedimento de la escoria, y menos en la creencia de estos naturales, de que era asequible subir y bajar al volcán. Pues habiéndose ido toda esta mañana apacible y hermosa de que estuvimos en la escoria, sopló un nortecillo que fue suficiente para traer tal concurso de nubes, que a las cuatro de la tarde ya estuvo sobre nosotros una fuerte lluvia, la que duró hasta el siguiente día, y le sucedió una nevazón que cubrió las cumbres de la sierra Velluda, y del volcán de las cordilleras del Toro, que están de la otra parte del río, y de cuyo cordón depende el potrero de Tupán y las de Malarcura, que tenemos al sur de este fuerte.

En estas gentes incultas la agua y nevazón no provino de otro principio que de haber subido al monte ignívomo con ánimo de registrarlo, y de aquí no fue capaz sacarlas, por más persuaciones que les hice.

El 6, a los dos de la tarde, empezó a aclarar, a serenarse el tiempo, y yo a disponer mi salida para internarme a las cordilleras. Hice un cómputo del poco terreno que ayer anduvimos, y del mucho tiempo que gastamos: así determiné que había de medirse a cuerda toda la travesía de la cordillera, a fin de no dejar dudas de la extensión de estos montes, y de sus dificultades que deben facilitarse para carreterías. Para ello hice medir un cordel de setenta y cinco varas, y comisioné a mis dos criados que lo tirasen, y al soldado Pedro Baeza, para que vaya parándose en el extremo de cada cordelada, cuya cuenta previene al agrimensor debía él contar a mi presencia. Hice poner fuera del recinto las cargas de víveres y equipaje, y di las órdenes convenientes para que las caballerías estuviesen prontas al amanecer.

VIAJE

JORNADA I

Desde el fuerte de Ballenar hasta el sitio de la Cueva

(Abril 7 de 1806)

A las dos de la mañana estuve en pie, y al poco rato toda la comitiva: se acomodó toda la parte del equipaje y rancho que estaba afuera, se avisó al potrerillo, y cuando resplandeció el día, ya aparejada la tropa se puso en disposición de caminar, a las seis y media que estuvimos a caballo. Tomamos el rumbo del este, cuarta al sudeste, poniendo nuevamente la aguja, y mirando el abra que hacen los montes del Volcán y sierra Velluda. El primer punto de la mensura fue en la puerta del foso, que está en el plan del castillo: caminamos catorce cuadras de senda carretera, y allí pasamos una montaña, ó arboleda de caygues, robles y arrayanes, situados en sitio parejo, y regados de un estero, que, corriendo de sur a norte, se introduce a la Laja, que a nuestra izquierda, o al norte de la senda, traíamos.

A las dos cuadras, pasamos un estero de bastante agua, que se titula Malarcura, cuyo nombre trae de la cordille-

ra que lo produce. Al sur del paso, o vado que es pedregoso, hay una poza de bastante profundidad, cuya vista es agradable por la claridad del agua; que es tan cristalina, que manifiesta hasta la más mínima piedrecilla del fondo. Corre sobre peñascos grandes y medianos, cuyos inconvenientes tiene el piso de su caja, la que orillando ha tomado la costa para arriba. Por espacio de cuatro cuadras, nos pusimos al frente de otro gancho de agua, que baja por una abra de la cordillera de Malarcura, y un risco que depende de la sierra Velluda, a confluir en este mismo punto, al que con el nombre de esta cordillera pasamos. Este arroyo hermosea el sitio, pues precipitándose por entre grandes rocas, fulmina nieblas, que penetradas de los rayos del sol, se hacen visibles los colores de un arco-iris.

Continuamos la marca, y andadas cuatro cuadras, nos hallamos en un sitio que se conoce por alojamiento de los indios. Hay muchos coygues, que lo hacen abrigado: lo riega el estero antecedente, y todos los terrenos inmediatos abundan de preciosos pastos.

Ascendimos y descendimos un cerrillo de piedra y arena, fácil de componerlo para carros, con cuatro y media cuadras de atravieso, y siguiendo un camino llano carretero, con algunos arbustos de romerillos y rarales. Venimos el estero de los coygues pedregoso, y una cuadra mas de igual terreno, en donde se enteró legua.

Continuamos caminando por camino carretero: a las siete cuadras estuvimos en otro estero, llamado de los Lunes, porque en su ribera hay madera de *lun*. Tiene pasado un repechillo de media cuadra, fácil: y a las dos y media de buena senda, pasamos otro esterillo, que se nombra de los Colegues.

A poco trecho de terreno parejo, pasamos otro arroyo

con el nombre del Pino; y con siete cuadras más de este sitio, llegamos al Fuerte Viejo, que se asoló el año del alzamiento último, que fue el de setenta del siglo pasado. En su inmediación se sigue otro estero, titulado Tubunleubú. Tiene caja pedregosa de una cuadra, pero plana: y a las cuatro, encontramos otro, llamado Coygueco; el que pasado, se presenta una cuestecilla pedregosa de una cuadra.

En esta altura es donde me aparté antes de ayer, para ir al reconocimiento de la escoria, hacia el sur. Todos los esteros referidos tiene su curso al norte, y confluyen a la Laja.

Proseguimos caminando por vereda pareja, y a las dos cuadras, vencimos una falda arenosa, que del seno del volcán se estrecha a la Laja, y mudamos rumbo al nordeste, cuarta al este.

Por él seguimos un repecho ríscoso y bajada del mismo piso, imposible de poderlo vencer en carretón, sin compostura. Tiene de atravesio tres cuadras hasta su plan, que es el que hace el referido cerro del Volcán a la Laja, y por el que seguimos la ruta, pasando el esterillo del Pempeco.

Trascendimos otros dos esteros, y una mancha de escoria que se conoce por la Pichi. Tiene de atravesio cuadra y media; es menuda y de fácil compostura, y en este sitio se enteró legua.

Continuamos el camino, en parte de escoria menuda, y en parte de piedra redonda, tres cuadras hasta llegar a un repechillo muy corto: seguimos por llano dos más, y pasamos otra cuestecilla de piedra y arena, de una cuadra. Llegamos al plan de Chacay, que es alojamiento de indios; ameno, fértil, con buenas leñas para fuegos, man-

zanos, y regado de seis arroyos que nacen de Pongales, al pie del monte del Volcán.

Pasado este lugar, continuamos por escoria doce cuadras de senda, siempre por plan; y de este punto comenzamos a subir un fácil repecho, casi insensible, de la misma escoria, en el que podrían rodar carros si no fuera por ella: y estando al borde de una profunda laguna o poza de piedra, que ha hecho un salto de la Laja, se completó otra legua.

Proseguimos por escoria, y subiendo hasta tres y media cuadras mas, entramos a un prado de arena, frente a un árbol de coygue, que solo está pendiente de un cerrillo de la cordillera del Toro, que está de la otra banda del río la Laja; desde cuyo sitio, con cinco y media cuadras, pasamos el terreno de arena, subiendo una corta cuestilla, y llegamos a la abra que hay entre el cerro del Volcán, y la cordillera dicha del Toro, que fue el objeto de nuestro rumbo.

En este sitio hay una hermosa laguna que no tiene distintivo, sino sólo por la de un nacimiento del río la Laja. De ella dimana, pues, este río caudaloso: es en su nacimiento un estero corto por sobre toscas, pero bien se conoce, que por debajo de las lajas filtra mucha agua: pues como cosa de seis cuadras antes de llegar a su nacimiento del río, tiene mucha más agua, y más abajo, mucha más, sin que tenga en todo este espacio otra confluencia.

Por la orilla de esta laguna, y extremos del monte ignívomo, tuvimos aquí noticia que debíamos caminar hasta el lugar de la Cueva, debiendo formar un medio-círculo forzosamente. Por esta razón no moralizamos los rumbos, que de nada servían por la necesidad de la senda.

Y continuando, repetimos en otra mancha de escoria, sobre terreno parejo de ocho y media cuadras de travesía.

Ya la senda se siguió de arena, sin más inconveniente que algunos peñones, que por espacio de diez cuadras separadas, y en distancia de una cuadra y más, impiden el paso de carretas.

Vencimos estas dificultades, y por camino siempre de arena apretada a la ribera de la laguna, llegamos al sitio de la Cueva, con seis leguas, treinta y tres cuadras, a las cuatro y tres cuartos de la tarde. En este sitio alojamos por esperar el equipaje, que llegó a las ocho de la noche. Desde las dos y media de la tarde se levantó un viento que nos batía de cara; pero tan frío que no tiene lugar la ponderación: pues veníamos sin poder tomar las riendas de la caballería, y en igual conformidad llegaron los arrieros. Duró el viento hasta las tres de la mañana, que el tiempo empezó a descomponerse, y nos cayó una llovizna tupida en el resto de la noche, que sería de una hora.

Queriendo vencer el reconocimiento de la escoria y del volcán, paré en este lugar, pero fue en vano, pues duró la nieve de la noche del cinco de tal modo, que en las hoyadas impedía el paso.

El nombre de Cueva tiene este lugar de una aleta de piedra que pende de un cerro: suelen en ella abrigarse los viajeros; y confieso que no me guarecería en ella, por más incomodidades que me proporcionase el tiempo: pues es de tosca toda trizada, por cuyas canales destila agua de continua, que su piso está empapado y amenazando venirse abajo. A la redondez de esta punta de cerro, que está al poniente del remate de la laguna, y pende de las cordilleras que nacen de la misma Velluda, hay una hermosa vega de mallines, bañada de cuatro arroyos: los tres del sud de la Cueva, y el otro al norte; todos corren para

el oriente a introducirse a la misma laguna. A ella misma confluyen otras tantas, cuantas quebradas tiene la cordillera del Toro, que venimos, y estamos mirando su cordón de la otra parte.

Todas estas cordilleras son de peñascales amarillentos, y entre rosadas; a excepción del volcán, que todo es arena negra escoriosa. No tiene pasto, sino en sus planes algunas matas de coyron grueso. Leña tienen algunas de leyngas, y de otros arbustos, y pudieran servir para fábricas medianas las primeras, porque hay algunas gruesas.

Hasta este lugar han llegado los Guilliches a maloquear a los Peguenches; y en cierta ocasión, que estos traían para sus tierras españoles de auxilio, la aprovecharon, y pillándolos dormidos, mataron a varios de ellos. De que daré mejor razón.

Las primeras nevadas que caen no llegan a los bajos ni vegas: la que he citado cubrió todas las cimas, y no por el camino, ni aquí he encontrado la menor parte de nieve.

JORNADA II

Desde la Cueva hasta pasada la cordillera de Pichachen

(Abril 9 de 1806)

Salimos de este lugar a las seis de la mañana, y tomando el rumbo con que partimos del fuerte, atravesamos la vega, y dos esteros formados de los cuatro ayer dichos; y subiendo una subida fácil de tierra arenisca, se completaron desde el punto, en que quedó la cuerda antes de ayer, tres cuadras, con las que contamos siete leguas.

En este cerrillo, que hace frente a la laguna, hay bellas proporciones para formar un castillo, pues tiene elevación. Casi en su altura una hermosa vertiente de agua, leña y maderas de leyngas inmediatas. También hay un crucero de dos caminos, el uno que pasa por la Villocura, y el otro para Trapatrapa, muy cerca: los que favorecerían.

En este sitio se puso la aguja, y atendiendo a los objetos de la ruta y sus huellas, continuamos con el mismo; y siguiendo por piso parejo carretero, a las seis cuadras, que es donde cruzan los dichos caminos, estuvimos en una vega, que se nombra Pichonquin.

Con catorce cuadras más de igual piso, descendimos por una fácil bajada, de media cuadra, a otro esterillo, nacido de un famoso valle del lado del poniente, llamado

Paylale-Chimallen, y completamos legua; llegando a otro, que nace de las mismas faldas, en unas montañas de leyngas, y corre al oriente. Es de advertir, que vinimos caminando por entre el cordón de la cordillera del Toro y de la sierra Velluda, y que de sur a norte viene en este cajón un río que se nombra de los Pinos, y confluye a la laguna; y a él todos los esteros que hemos pasado, desde que mudamos de rumbo, y también otros que se divisan descolgarse de las cordilleras de su otra parte.

Proseguimos caminando, y a las cinco cuadras, pasamos otro arroyo, que a distancia de una cuadra del camino, tiene un precioso salto, y sigue el curso de los antecedentes; y a las once más, mudamos rumbo al nordeste, cuarta al este. En este lugar hay un crucero de caminos, el uno para los Pinales, y el otro para Unorquin, y otro para Pichachen, que es el que continuamos.

Desde este sitio, con catorce cuadras, pasamos el río de los Pinos, y poniendo la aguja para demarcar su curso, lo notamos al nor-nordeste: y habiendo cortado el cajón de su carrera, y entrado a otro de atravieso para el este, a las veintidós cuadras, llegamos al estero de Cayagué, que corre de sur a norte, hasta el plan de esta abra, y de ahí toma al este, a incorporarse con el río Antinion. En este lugar contamos legua.

A las cuatro cuadras, estando al frente del sur de una cordillera de montes de leyngas, mudamos rumbo al nor-nordeste, poniendo por objeto de él una abra de la cordillera de Pichachen, por donde debíamos pasar. En este atravieso pasamos dos esterillos del propio curso del de Cayague, y subiendo un corto repecho de arena, y tendido, y estando en una mancha de arbustos de sierras, se enteró otra legua. En este punto nos abrigamos tras de los arbustos por un rato, pues corría un viento parecido

al del 7, en los planes del Volcán. Prosiguiendo la marcha por dos cuadras de igual camino carretero, y pasado otro esterillo de igual curso, empezamos a subir el cerro de Pichachen, cuyo piso de arena gruesa, pero no suelta, es de muy fácil explanación para carreteros, así por lo tendido de sus lomas, como por lo blanco del piso. En lo que comprende la subida, se pasan dos arroyos que confluyen del mismo modo que los anteriores, al de los Pinos: y estando en la abra a que nos dirigimos, contamos de repecho veinte y seis y media cuadras. Aquí se puso la aguja para demarcar lo que nos hemos separado de la línea del Volcán a Buenos Aires, y queda del este a oeste. Seguimos la derrota del nor-nordeste, y a mitad de la bajada, cerca de un mallén, de que nace un arroyo para el oriente, se completó legua.

Proseguimos bajando, y a las diez y media cuadras estuvimos en el plan del cerro, y pasamos un estero que corre de poniente a oriente, y a su inmediación, otro que viene de una famosa vega del norte; y juntándose con el antecedente, toman su curso por un cajón de cordillera al este. Tomamos alojamiento de esta parte del estero, en una punta de loma que en su misma cima tiene montes de leyngas, agua muy buena y mallines, sitio muy a propósito para un castillo. Todas las vertientes de esta cordillera corren de esta parte, y para el oriente: en todos estos bajos hay abundancia de mallines, arbustos, y en las faldas de los cerros, muchos montes de las expresadas leyngas, y mucho coroyon.

Los dos esteros, que juntos he dicho toman su curso al este, se titulan en un cuerpo, Reynguileubú.

JORNADA III

Desde Pichachen hasta Mancol

(Abril 10 de 1806)

A las siete de la mañana se puso en marcha la caravana, y continuando la mensura desde la orilla del estero que baja del cerro de Pichachen, punto en que quedó ayer siguiendo el rumbo y curso del estero de Reynguileubu a su orilla del sur, caminando por buen camino, y mirando en las quebradas de una y otra parte de las cordilleras, montes de leyngas, se enteró legua en un pedregalillo por que pasamos.

Proseguimos caminando, y midiendo por igual calidad de terreno, fácil de compostura para carretas; pasamos varios esterillos que nacen de las cordilleras que traemos al sur, y corriendo al norte se introducen en el bajo al de Reynguileubu, y vencida una corta bajada para entrar a un plano hermoso que se titula Chapaleo, el que tiene extensión hacia el norte, y es bañado de dos esteros grandes, se completó otra legua.

Seguimos midiendo siempre a la orilla que veníamos de Reynguileubu, y a las ocho cuadras, que es el lugar donde se incorporan los dos esteros de Chapaleo a Reynguileubu, pusimos la aguja para notar el rumbo del camino

que era el del nordeste, cuarta al este, y lo continuamos por igual terreno hasta el lugar del Mancol, en el que pasamos el río con treinta y siete varas de anchura, y tres cuartas de profundidad; habiendo medido siete y media cuabras por el último rumbo.

Tomamos nuestro alojamiento al pie de una punta de cerro riscoso, la que disfruta del nombre Mancol. Eran las nueve y 55 minutos de la mañana cuando llegamos; pero hacía un calor, que no pude sufrir el vestido. A distancia de una cuadra, de donde pusimos los toldos, salen dos arroyos abundantes, que brotan de la tierra por entre piedras; el agua es tibia, y de gusto azufrado. De ella se forma una lagunilla que desagua al río. Toda la ribera de esta laguna es salitrosa; y entre ella, punta de cerro y río, tenemos nuestra estancia. De este punto, para el nordeste y este, hay una famosa vega de mallinar, cada una con su arroyo, que corriendo de oriente a poniente, confluyen al mismo río.

Al poco rato que estábamos alojados, llegaron a este sitio dos peguenches de la reducción del cacique Manquel, con una tropilla de caballos muy gordos, que bajaron por una loma que demora al nordeste, entre esta punta de cerro, y otro que se llama Mauli-Maulla, que miramos al este. Salí al encuentro de los indios. y procurando comprarles caballos me dijo el uno, que se llama Neculman: que no podía vender, porque los tenía en engorde para ir conmigo a Mamelmapú. Lo celebré, y le hice entender lo bien que hacía en tratar amistosamente aquellas tribus, pues tenían muchas haciendas, y entablando comercio con ellas, se harían presto ricos, porque sus mantas, lanas, y tras obras de las que aquí hacen sus mujeres, allí valen tres, ó cuatro veces más. Hablamos un gran es-

pacio sobre mi expedición, y se retiró muy gustoso con unos bizcochos que le di.

Poco después llegó a nuestra estancia el indio Payllacura que nos ha de acompañar en el viaje, hermano del cacique Calbuqueu. Este vino de Antuco, que todavía andaba por allá con muchos de los que salieron a la junta. Llegó con la cara moreteada, y herida cerca de un ojo, de resultas de una pelea que sobre embriagados tuvo con sus compañeros. Me le manifesté condolido de su trabajo, y le insté a que se alojase; y lo hizo de muy buena voluntad, como que venía con este deseo.

Cerca de las oraciones pasó el hijo de Laylo para sus toldos, ya de regreso del fuerte; y al poco rato estuvo Laylo conmigo a pedirme de cenar, comunicándome que estaba alojado con su mujer cerca. Procuré que viniese con su familia que los obsequiaría, pero disculpándose con tener sus cargas que traía ya descargadas, le hice dar pan y charque, y se retiró.

A las oraciones llegó a mi tienda un español, Matías Acevedo, con mensaje del cacique Treca: el que se reducía, a que acababa de llegar de sus tierras y había sabido que el peguenche Curaleu había andado en tierras de guilliches y llamistas, en que se trataba de que Llanquítur saliese con gente a atajar, o acabar con mi expedición. Cuya noticia confirmaba una india, que fugitiva se vino de lo de Guerahueque a Cudileubu, la que era parienta del gobernador Manquel; asegurando que dicho Guerahueque había montado a caballo con toda su gente para asistir a la junta que debía celebrarse antes de la partida de Llanquítur. Laylo, que se volvió con Acevedo, presencié el recado, y hablando con él sobre el particular, se admiró de tales providencias, y virtió las expresiones de que me acompañara él, si supiera eran ciertas estas dispo-

siciones, aunque sus caballos estaban malos. Le ofrecí de los míos, para que escogiese como se determinase a verificar su promesa, y contestó, que sin saber lo cierto no podía moverse.

Previne a mi gente que vigilasen a Manquel, y a los demás caciques que quedaban en Antuco, con el objeto de hablar con ellos sobre este antecedente, y que me llamasen a Curaleu para indagar su origen.

Retorné a Treca mis agradecimientos por su fidelidad, y se devolvió Acevedo y Laylo para su alojamiento.

A las ocho de la mañana se levantó un viento sur tan fuerte, que nos desclavaba las cargas, y el calor del día se convirtió en un frío, semejante al que pasamos antes de llegar a la Cueva.

El 11 bien temprano tomé la escopeta, y con un criado y el dragón Baeza monté a caballo: me siguieron don Justo Molina y el capitán Jara: estuve un rato en el alojamiento de Laylo, con sus dos mujeres y una sobrina tenían entre sus piernas un fueguecillo. Les di tabaco para que mitigasen el frío, obsequio que les agrada, y es lo primero que piden. Luego seguí las corrientes del río en busca de patos: acerté un tiro, me pasé a la otra banda con los que me acompañaban por buen vado, con el objeto de ir a una laguna que me decían había allí inmediato; y caminamos al oriente hasta llegar a una vega de mallines que tiene dos lagunillas chicas con algunas totoras en la ribera, e insondables, según convienen los prácticos. Continuamos la marcha como cosa de una cuadra más adelante, y en la falda de un cerrillo, al oriente, encontramos una cueva, parecida a los hornos que Molina describe en su historia de este reino; aunque mucho mayor, y en piedra maciza. Tenía la puerta cerrada, y descubriéndola, me tendí para ver lo que tenían dentro los

indios, y sólo había unas estacas de madera partidas, las que cargan para armar sus toldos.

Allí cerca de esta cueva está la laguna que buscaba. Tendría dos cuabras de longitud, y una de amplitud, formada en medios de varios cerrillos sin desagüe, y por eso muy profunda. No había en ella patos ni otras aves, y nos regresamos.

Cuando llegué a mi estancia, me avisó el dragón estaba un español en el alojamiento de Molina, hablando de las noticias anteriores de los guilliches, y le hice llamar. Vino al instante, y preguntándole quién era y de dónde venía, me contestó que se llamaba Vicente Saez, viviente en el cerro de los Guanacos, y que venía de las Salinas Grandes de los Peguenches.

Le repetí diciendo, que me hiciese una relación prolija de las noticias que sabía acerca de las determinaciones de los guilliches, para impedirme el paso, y el origen de ellas para poderme gobernar. Me contestó, que él había ido a dichas Salinas con el peguenche Llancaquir, y éste le había contado, que el cacique Manquelipi le aseguró que Molina tenía la culpa de que fuesen españoles a Buenos Aires, reconociendo sus tierras; y que si habían salido de su casa, no volverían a ella. Y que Llanquitar, llamista, esperaba mi expedición en Mueco, lugar del otro lado de Chadileubú, escaso de agua, para asaltarla allí.

Que también le dijo, que el mismo Manquelipi mandaba correos a los guilliches, avisando de las providencias que se daban, y del tiempo en que debía caminar mi comitiva, y que cuando salió a la junta dejó prevenido el Cocavi para los mensajes.

Que él, para saber mejor las ideas de estos indios, le dijo a Llancaquin, que con el caballero que marchaba a Buenos Aires iba un cuñado suyo, que ya estaba alquila-

do; y le contestó el indio, que si quería morir que fuese, y de no, que se hiciese el enfermo. Y me añadió, que varios peguenches decían, que el cacique Manquel estaba muy amigo de los españoles, y que al cabo le cortaron la cabeza.

Le hice varias reconvenciones para indagar mejor la verdad, especialmente sobre la fidelidad del cacique Manquelipi, quien estaba comprometido en acompañarme, y que antes siempre dio pruebas de su buena amistad. Que yo había de hacer llamar a Llancaquin, para mejor averiguar la verdad, y a todos los demás autores de esta novedad: y me contestó, que lo que él había referido era en los mismos términos que lo que había oído al citado indio. Le pregunté que ¿para dónde iba?, y me dijo, que para los Ángeles, con cinco cargas de sal que había venido a sacar; y lo despedí que siguiese su camino.

Recomendé de nuevo a los vigías me avisasen de cuando pasase Manquel, pues juzgaba conveniente hablar yo con él, antes que los suyos, de quienes me recelaba pudiesen haber ideado esas novedades, a fin de que no me permitiese pasar, y se me negasen los auxilios de peguenches.

El viento no cesaba, pero por no perder la ocasión de la estada de Payllacura enfermo, que estaba recibiendo favor, y también que de una en otra hora llegaría su hermano Calbuqueu que se lo llevaría, lo hice llamar para tomar noticia de los pampas en donde se crió, y de los patagones por donde pudiera haber andado. Estuvo muy pronto en mi tienda, y recibéndolo con todo el cariño necesario, le hice de nuevo presente cuánto sentía su enfermedad, pero mientras lograse el gusto de tenerlo, experimentaríamos siempre una caridad fraternal, pues le tenía, como a hermano, cierta lástima. Me contestó dando-

me los agradecimientos, y ponderándome que, por conocerme la lástima que le aseguraba, y un cariño más grande que el que merecía a los suyos, me vino a buscar.

Le aseguré que estaba deseoso de saber por los lugares que había andado, pues nada me había contado de su vida, que era lo primero que hacían los hombres cuando contraían nueva amistad. Me respondió, que era hermano del cacique Calbuqueu, y cuando era niño vivía Calbuqueu en tierras de los guilliches, y por ciertas quejas que éstos tomaron de él, se vino su hermano con sus toldos a estas tierras, como que era descendiente de estos peguenches, y a él lo dejó con un indio, llamado Rancuhil, el que se fue para las Pampas, temiendo los malones de los dichos guilliches, y se lo llevó. Que éste fue a vivir un día distante de la Guardia de Luján, a un lugar llamado Cachacama, a orillas de un río que se titula Yobarranca, que nace de un cerro conocido por Leubumaquida. Que muerto el indio su protector, se acogió a lo del cacique Cachimilla.

Le supliqué me dijese todos los guilmenes, o cabezas de aquellas reducciones, para tener noticias de ellos antes de conocerlos, pues al cabo había de tratarlos para que hiciesen todos una paz general, y poder comunicarnos francamente, que era el deseo de mis superiores y nuestro rey: que les tenía mucha compasión de verlos separados de nuestro trato, careciendo de comodidades que los españoles les proporcionarían.

Me contestó que él conoció a los caciques Cachimilla, que ha dicho, Payllaquan, Quludel, Carrichipay, Guitralas, Cayoan e Ingayleubú, que entre todos ellos gobernarán doscientos mocetones. Que su jurisdicción, o el que goce de sus tierras, llega hasta el río Chadileubú; pero viene

por las Salinas, quedando al norte, libre la del cacique Carripilun, y de otros muchos de su reducción.

Le pregunté, que también habría estado en la costa patagónica, pues ya le conocía que era amigo de correr mundo, y adquirir conocimientos. Me contestó que en tres ocasiones fue a aquella costa, y también en un establecimiento de los españoles. Que en la costa hay pocos indios, porque con los malones se han acabado.

Le pregunté por los gobernadores, cómo se llamaban, quiénes los maloqueaban, con quiénes tenían amistad, de qué se mantenían, si tenían hacienda o siembras, qué trajes gastaban, qué armas, y qué clase de tierras poseían.

Me respondió, que sólo conoció al gobernador Napayanté, y que a éste lo mató en un malón Linconau, pampista de la reducción de Quinchipi. Que también los maloquean los nomentuchus del sur, que son los que los consumen, y que éstos también habitan en la costa. Que éstos tienen parcialidad con Canigcolo, a quien acompañan para maloquear a los guilliches y llamistas: que se mantienen todos los costinos de llarras, guanacos, choygues, y de otros animales selváticos, porque no tenían vacas, ni otros animales comestibles domésticos: que siembras de ninguna clase usan, y los trajes que gastan son lloycas, esto es, unos ponchos de pieles de guanacos, que los trabajan con costuras prolijas y muy limpios; teniendo la experiencia que desde que sacan el cuero, lo secan en las manos, sobándolo; de cuyo modo no sólo queda suave, sino también de consistencia y blanco. Que sus armas eran de machetes o cuchillos, laques y flechas, y en el uso de estas últimas eran tan famosos que no les iba animal que pillasen a tiro de laques, ni volátil al del arco. Que así como salen los guilliches y peguenches a caballo a guanaquear y choyguear, salen aquellos a pie en pan-

dillas, sin otra cubierta que las lloycas: que ejercitados en esta caza corren mucho, y hacen encierros de estos animales, con mejor arte y más prontitud que éstos de a caballo.

Que cuando andan en estas cazas botan las lloycas, y quedan en cueros; así como andan de continuo sus mujeres, sin más abrigo ni decencia que una tira de pellejo de guanaco a la cintura, a modo de braguero. Que cuando hacen caza de multitud de choygues y guanacos, charquean, salan y secan las carnes, para lograr su duración. Que son de mayor corpulencia que ellos, y que todos los demás indios que conoció. Que sus habitaciones son de toldos, de la misma clase o hechura que los de los guilliches; pero no de pieles de caballo como éstos usan, sino de guanacos que son los únicos que logran. Que para guinantucarse, o mudarse de un lugar a otro, tienen algunos, uno u otro caballo de carga en que cargan sus casas, pero no para andar en ellos, porque ni lo acostumbran ni tienen avíos. Que sus camas son de lloycas arriba y abajo, y nada más. Que sus tierras son buenas, en las que él anduvo, y tienen leñas bastantes para fuegos, y aguas; y que el río más grande que conoció fue el de Limaylembú, o Nusquen, según otros lo llaman, porque siendo formado de uno y otro río, unos no le quitan el nombre de Nusquen hasta su embocadura a la mar, y otros el de Limaylembu.

Que en sus malones son bravísimos, y no se dan hasta morir o vencer; y que Canigcolo tiene tanto ejército, por los muchos patagones que saca a la retaguardia, que vienen a pie con flechas.

Aunque le hice otras muchas preguntas, no me dio otra razón que la expresada. Obsequié a Payllacura muy bien, y se retiró contento a acostarse, pues había ya bien comido, y era más de la una.

Al poco rato recibí un mensaje de Manquel con un mocetón, nombrado Labado; diciéndome, que ya venía, que sólo tardaría lo que él ocupase de tiempo en pasar a sacar unos caballos de un potrero inmediato a mi hacienda: que suspendiese marchar en caso de haberlo determinado. Le contesté que lo esperaría, supuesto se hallaba tan cerca, y que celebraba viniese sin novedad.

A las cuatro de la tarde, llegó a mí Toledo, con el teniente Felipe Mellado, y después de habernos abrazado y celebrado vernos, le hice dar unos biscochos, tabaco y mate; y así como lo vi complacido, le hice relación de mis incomodidades por el viento que había experimentado en este alojamiento. También le di las gracias de que varios de sus peguenches me habían hecho sus ofertas de lo que necesitase. Que ésta era acción de amigo, y prueba de humanidad y hospitalidad; pues no pudiendo cargar los viajeros todo lo preciso, necesitaban muchas veces de auxilios, que no era razón negárseles; y más, siendo los habitantes de los caminos, amigos. Que tenía muchos deseos de llegar a sus toldos y a los de sus vasallos, para conocer, tratar amistosamente y obsequiar a sus parientes y demás personas. Que ya había notado en sus tierras muchos campos sin habitantes, que los suponía viviesen juntos, para no carecer de las ventajas que son consiguiéntes a la sociedad y unión de las personas, así como nosotros lo usábamos, formando ciudades y otros pueblos menores, según las multitudes de gentes que podían avecindarse. Y contestándome a todo con bastante artificio, le pregunté. ¿Que si toda su parentela vivía en estas tierras con él? y me contestó, que para inteligenciarme mejor de su casa me hacía saber, que por parte de padre era guilliches, pues sus antepasados por esta línea, todos nacieron en los pinales de Cunquitra, de cuyo lugar vino su padre

a casarse a estas tierras, que las baña el presente río de Reynguilecubu. Que ya casado, se quedó aquí, y nació él peguenche, cuando por el orden natural debía haber sido guilliche, pues las tierras llaman a los varones, y no a las mujeres. Que cada día se alegra más de aquella determinación, de haberse establecido aquí su padre, pues por ella ha disfrutado del trato y amistad con los españoles, a quienes ama. Que las propiedades de aquellas tierras no las ha enajenado, y serán suyas, y de sus descendientes siempre. Que sus parientes, por la madre, todos los tiene aquí los que le quedan.

Le repliqué, que he oído que Cayuquen, guilliche, está casado con una sobrina suya en Gueyeltue. Me respondió que es cierto, que el cacique Millanen y Cayuquen están casados con sobrinas de él; que la de Millanen fue viuda de su famoso capitanejo el Tricao, y la de Cayuquen: que a ambas las cautivaron en un malón; fue muy tierna: cuyo malón fue en esta forma. Que siendo su capitanejo Trico, hombre guerrero y afortunado, se comprometió con el cacique Calbuqueu para ir a maloquear a los guilliches, y lo verificaron con tanto ardid que los pillaron desprevenidos, los vencieron, y lograron traérseles muchas haciendas. Pero enconados los guilliches, tomaron el partido de seguirlos por los rastros de su regreso, y a los tres días que estaba Tricao en sus toldos, descuidado, dormido y sin gente, le entraron aquellos enemigos agraviados y revestidos de furor, que no sólo saqueaban los toldos, sino que también mataron al Tricao, sin haberlo dejado ni aun tomar la lanza: rescataron la multitud de cautivas que habían traído, y se llevaron otras muchas, entre ellas la viuda, y la otra de que se trata. Que cerca de este sitio en que estoy, sucedió esta desgracia, de la que no puede acordarse sin renovar sus sentimientos.

Le pregunté, que si desde entonces no ha visto a sus sobrinas; y me contestó que este verano vio a la casada con Cayuquen, cuando fue con don Justo Molina a lo del cacique Guerahueque a tratar de esta expedición de parte del señor gobernador intendente, a fin de que por parte de los guilliches no se siguiese atajo: que allí cerca vivía Cayuquen, y desde que ella supo que allí estaba, vino a verlo al alojamiento. Que el gusto que tuvieron fue imponderable, y no dejó de aconsejarla (cuando estuvieron más solos), que así como viese a los guilliches alzados, procurase huirse, y venirse para lo de él; de cuyo hecho lograría regresar a sus tierras, a vivir entre los suyos, y a prevenirles que no estuviesen descuidados. Que se acordase de la sangre peguencha que corría por sus venas, y tendría espíritu para vencer esta ocasión que le recomendaba.

Le hice ver el riesgo en que la dejó comprometida; y le procuré descubrir si tendría gusto de verla: y me dijo que sí.

Hablándole de nuevo. Yo soy ahora, amigo, le dije, el que te doy la nueva y buena noticia que tu sobrina la verás presto, esto es, si no mienten tus vasallos; porque se halla en el toldo de Curaleu, según me mandó avisar ayer Treca, y otros que lo han confirmado. No te asustes por su venida, que aquí me tenéis: se asegura que el mismo Curaleu anduvo en los guilliches y ha traído varias novedades, y que ella se huyó por haber montado Guerahueque a caballo con toda su gente, y Llanquitur, haber salido para las Pampas, y como éstos dejaron a sus mujeres solas, se valió tu sobrina de la oportunidad de veniros a cumplir el consejo que le dejaste. Es guapa peguencha, Manquel, y no puede negársele es de vuestra casa. Ahora yo te deseaba como necesario para tomar las providencias con-

venientes al cumplimiento de mi comisión, y no dudo de tu amistad y franqueza me la franquees: porque todas serán para tu mayor seguridad también.

Me es forzoso hablar con tu sobrina, y oír sus razones, no menos las de Curaleu, y algunas de Llancanquir que comunicó a Vicente Saez, sobre las disposiciones de esos guiliches tan temidos, y para esto necesito de tu autoridad: esto es, que los hagáis venir a mi presencia para tomarles sus declaraciones, y examinarlos de un modo que conozcamos la verdad descubierta. De ésta inferiremos si la salida de Llanquítur ha sido para las pampas, y con el objeto de maloquearme, y las resultas que pueden sobrevenir a vosotros de la fuga de esta muchacha, que pueden culparte de ella, supuesto la viste y hablaste, como poco ha me has dicho, e irritándose su marido y parientes, veniros a robar. Tomadas sus razones, veremos los partidos de seguridad que nos convengan: pero, para que nunca me culpen de no haber oído bien, de poca inteligencia o de mala disposición, quiero y deseo que las razones de estas personas se tomen en junta de todos los caciques cabezas, con quienes me entenderé después de recibidas, para disponer con mejor acuerdo y madurez. Me respondió que pensaba muy bien, y que él tenía mucho consuelo de tenerme en sus tierras en un tiempo tan crítico, como el que se le prevenía: que Calbuqueu estaba para llegar, y en el momento me lo traería para que comunicase con él también mis proyectos; pero que sería de su mayor gusto dejase el sitio en que me veía, que era muy incómodo por el mucho viento. Que me fuese luego para el lugar de Rime Mallin, más cerca de su toldo, en donde me podría tratar con más frecuencia, y de consiguiente acordar sobre los demás puntos antecedentes. Le prometí hacerlo así, y se retiró a su alojamiento de noche.

A poco rato se me avisó que el indio Lllancanquir estaba cerca, alhajado de viaje, con comercio para nuestra frontera; y en el instante hice que el capitán Leandro Jara fuese a decirle que lo deseaba conocer, y necesitaba hablarle algunas razones antes de que continuase su viaje; y que así le había de merecer el favor de que me viniese a visitar.

Al siguiente día, 12 del citado, estuvo Lllancanquir en mi toldo, y después de las ceremonias de política le pregunté, que si había andado con Vicente Saez en las Salinas. Me contestó que no, pero que uno de sus mocetones fue con él.

Le traté sobre que si sabía de mi viaje, y qué le había contado de las resultas que podría tener en él a Saez? Dijo que nada ha sabido ni ha oído de mi expedición otra cosa, que el estar ya en marcha, esperando a sus caciques que deben acompañarme, y que a Saez, ni a otro español le ha conversado de la materia, porque no se ha ofrecido.

Le reconvine sobre que me dijese la verdad, refiriéndole todas las expresiones de Saez, las que me era de importancia averiguar, hasta saber su origen, para tomar mis providencias, y dar cuenta a mis jefes: y no menos convenía a los peguenches saber la verdad, así para preparar la defensa, como para perseguir a los guilliches que faltaban a los tratados de paz que tenían entablados; y que esperaba, si era fiel a su nación, no me ocultase palabra de las que había oído, ni concepto que hubiese formado acerca de la infidelidad de algunos, por prevenciones que hubiese visto. Este contestó: Que Saez era un embustero, que jamás, como ha dicho, le ha tratado sobre el particular, ni le ha nombrado al cacique Manquelipi, que es fiel amigo de los españoles, y de los mejores conas peguenches, para asunto tan criminoso como el que le ha fulmi-

nado. Que sólo en el verano, antes de haber ido el gobernador Manquel a lo de Guerahueque, oyó que los guilliches no querían que pasasen españoles para Buenos Aires: pero, así como fue, no ha vuelto a oír expresión alguna, ni aun entonces habló con Saez del asunto.

Le insté con que no podía negar, lo que dijo a Saez; contándole éste que un cuñado suyo iba conmigo, le aconsejó que no lo hiciese, pues perecería ciertamente en el viaje, y que se hiciese enfermo. Se rió, diciendo: Que mejor era callar, porque no sabía cómo pudiese un hombre mentir tanto: que Saez merecía ser castigado, y que me suplicaba le creyese a él, que era hombre de conocimiento, y que ya podría él ver a Saez. Adelantó que Curaleu había andado entre los guilliches en conchavo; que a éste podía creérsele; y si había oído alguna novedad, la contaría sin faltar un ápice de lo que fuese cierto. Le pregunté que ¿si no había hablado con él, y con una sobrina de Manquel, que se vino de los guilliches y se halla en los toldos del mismo Curaleu? Me contestó, que no ha hablado con ninguna de estas personas, pero sabe que la fugitiva no es la sobrina de Manquel, como aseguraban, sino otra chinilla.

Le manifesté que ya estaba muy satisfecho de su ingenuidad, y habiéndole dado un buen almuerzo, tabaco y un pañuelo, se retiró.

JORNADA IV

Desde Mancol a Rime Mallin

(Abril 12 de 1806)

Desde el momento que se retiró Llancaquir, hice alistar la caravana, y aprontando las caballerías, dejamos este sitio en que nos mortificó el viento sin cesar, sino por muy cortos ratos.

La cuerda siguió por una vega abajo, continuando el rumbo del cajón. Pasé yo al alojamiento de Manquel a comunicarle que ya me encaminaba al lugar de su prevención. Le hice conversación de la declaración de Llancaquir, y se alegró en extremo, persuadiéndolo también a que todas serían novedades, y a que esperaba tener franco pasaje.

Le dije, que siempre era preciso que hablésemos con Curaleu, y esto había de ser en junta, como se lo tenía suplicado, y así le dejaba al capitán para que esperase a Calbuqueu y a Manquelipi, y con ellos se fuese a mi toldo. Quedó en esto, y yo continué mi marcha: y pasando otra vez el río de Reynguileubu, y con un corto repechillo, fácil de allanar, seguimos la mensura por entre lomas de pastos coyron tendidas. Lo más del camino carretero, el resto de fácil explanadura. Pasamos por cerca de la cueva

de piedra, inmediata a la laguna ya citada; y al frente de una cordillera, con vetas de piedras coloradas, se enteró legua. Andando siempre por igual camino, llegamos con diez y seis cuadras, hasta un lugar donde la senda se estrecha al río. Desde este sitio enderezamos al alojamiento, que nos fue preciso repetir la pasada del río; y andando después como cosa de seis cuadras por una vega arriba, entre dos lomas a la orilla de un arroyo que baja de la altura que teníamos al norte, por sobre piedras y yerbas de apio, tomamos alojamiento. El lugar se titula Rime Mallin: la agua es muy buena, en el plan mucho pasto, y en los cerros copiosos coyronales y arbustos para fuego; tierras muy buenas para haciendas, y todos los bajos de regadíos para chacras en la estación del verano.

A las doce y diez minutos, que estaba haciendo componer las cargas, tuve en mi nueva posada a los tres caciques, Manqueu, Calbuqueu y Manquelipi; y habiendo tenido una larga conversación con ellos, por su demora y bebida que entre los españoles tuvieron, cada uno me contó lo que se beberían de vino, y que al último compraron tres cargas, y se las bebieron en los coygues, antes de llegar al Chacay. Nos reímos bien, y contentos sus ánimos, entré a decirles: Amigos, desde el tercer alojamiento que tuve en estos montes, me empezaron a correr tus compatriotas tantas novedades, amenazas y mentiras, que aunque no perturbaron mi ánimo, ni me hicieron variar de proyecto, ni conocer el temor a los guilliches, con quienes me asustaban, con todo, no dejé de haberme enardecido contra ellos; porque faltaban a los tratados del parlamento, celebrado en Negrete, sobre la libertad de comercio. Esta franqueza no puede haber, sin permitirse los tránsitos de una a otra parte; y a más de este comprometimiento, en que entonces quedaron, el que por diciembre tuvo

Guerahueque con Manquel en sus toldos. No sólo, pues, me injuriarían a mí en caso de sujetarme, sino al rey, mi señor, en cuyo servicio voy empleado; y a vosotros mismos, por cuyas tierras paso, y quienes me auxilian. Contra vosotros era el golpe, su infidelidad, traición inmediatamente; mucho siento el decirlo, pero el caso requiere hable con claridad.

Confesaron todos que así era; pero que no fuera extraño que pensaran con ignominia, cuando estaban acostumbrados a semejantes acciones, sin respetar sus tratados, ni pactos.

Yo que deseaba imbuirlos en estos sentimientos, celebré el buen recibimiento que les hicieron, para facilitar por medio de ellos los obstáculos que podrían ofrecérsele a mi expedición, e incontinentemente les dije: Y hasta ahora nada tenemos de nuevo, sino voces producidas del vulgo. Estas regularmente son despreciables; pero la mentira, hija de algo es, y es preciso averiguar quién parió la que ha corrido para desengañarnos si fue falsa desde sus principios, o si es verdad en su origen, para prevenirnos. No me parece empresa dificultosa, pues siendo cierta, en la parte de que Curaleu anduvo entre los guilliches, y que una muchacha que allá estaba cautiva se halla en estas tierras, es fácil hacerlos venir, y que nos orienten de cuanto sepan, hayan oído y presuman. A esta moza y a Curaleu, salvo el parecer de vosotros, soy de sentir les demos audiencia en junta: esto es, que todos nos juntemos los que aquí estamos, y también Carrilon, Pichuntur, y demás caciques que nos auxilian, cuya causa una es: los recibamos en un lugar, les preguntemos y examinemos, como la importancia de la materia lo exige, y los antecedentes que ustedes tienen para recelar de ellos. Yo confieso estar recibiendo de vosotros favores, pues me tienen en sus tie-

rras, y de todos modos no quisiera fueran tantas las pensiones que les causa. Todos viven más adelante de este sitio que la generosidad de Manquel me ha franqueado; si aquí se hace la junta, todos se pensionarán, y ¿yo sin moverme de mi estancia? No lo permitiré; y así quiero y les suplico me asignen un lugar, que venga a estar en medio del círculo que forman sus habitaciones (esto es, si la costumbre no exige el que tales funciones se celebren en lo del cabeza principal; que entonces mis ruegos no deberían tener lugar); que avisándome el día en que nos hemos de saludar allí, y tomar un asado de mano de mi cocinero, procuraré estar más temprano para tenerles a todos prevenidos el mejor acomodo que pueda proporcionarles a medio día. Para mis caballerías está muy bueno este valle, por sus aguas y pastos: espero el nuevo favor que me concedáis, no mover mi caravana, que yo iré solo con las personas que necesite, y concluido nuestro trahun, yo me regresaré, o a caminar para adelante, que es mi mayor deseo, o a poner en efecto lo que acordemos.

Dijeron a una, que jamás pensaron darme ni permitirme en sus tierras incomodidades que ellos pudiesen remediar: que el asado me lo admitían, pero sería en mis toldos, a los que vendrían con todo gusto, que a otro lugar raso, donde el sol y el viento me mortificasen. Les repliqué que no: que deseaba ver sus tierras más adelante, y que deseando complacerme como ponderaban no podrían excusarse a darme gusto. Respondieron que muy bien, y que los dejase acordar del lugar. Trataron mucho rato, y al fin designaron el de la Capilla a cuyo sitio era práctico el capitán que me servía de intérprete, y que si no tenía inconveniente, sería la junta dentro de cinco días, inclusive el en que estábamos. Les manifesté que todo estaba muy bueno, y muy a mi gusto.

Calbuqueu me preguntó, que si traía bocas de fuego: y les contesté muy pronto, que 28 para servir a mis peguenches, y defenderme de los que quisieran declarárseme como enemigos, y que con 100 peguenches no tendría miedo a todos los guilliches ni a Llanquitor, con otros que pudieran incorporárseles. Me alabaron el que viniese prevenido, y que con atención a mi buena defensa, me proporcionarían los mejores auxilios.

Ya les tenía prevenido un buen desayuno, y medio mazo de tabaco: todo lo tomaron con gusto, y al acabar de comer llegó Laylo, y sentándolo a la redonda, le hice también servir. Así que empezó a comer, les comunicó a los compañeros que había novedad de cierto entre los guilliches y llamistas; porque Curaleu le acababa de mandar mensaje, diciéndole que él había llegado poco ha de aquellos lugares, que Guerahueque había salido para los llanos, y Llanquitor con bastante gente, para Mamilmapu. Me comunicaron las razones de Laylo, y atendidas, les dije que todo era enredos y mentiras, y que se hiciese la junta, que allá veríamos a Curaleu, y que por ahora nada más teníamos que hablar. Manquelipi prometió llamar a Curaleu, y a la mocetona para el día de la citación, pues de camino pasaba por las puertas de sus mismas habitaciones: que ya se había ofrecido para acompañarme, y no se desistía, siempre que yo me animase a caminar. Siguiero murmurando sobre los procedimientos de Guerahueque y Llanquitor, y acabaron su conversación diciendo, que no escarmentarían sino con acabarlos a todos. Que vendrían a parar en eso, si salían con mi expedición; porque no se habían de quedar con la injuria hecha, y ellos impunes. Concluida su conferencia, se retiraron, y yo seguía acomodándome, y dando las órdenes de seguridad a los arrieros para que velasen en la tropa. Cal-

buqueu y Manquel, que oyeron estas disposiciones, volvieron a hacerme presente que en sus tierras ni me robarían, ni se me perderían animales; que no tuviese recelo de ellos, ni de sus mocetones, y así que no incomodase a mi gente, ni a mis caballerías. Les aseguré que ni de ellos, ni de sus vasallos tenía desconfianza, y que estas precauciones me eran precisas, porque muchos de mis animales tiraban a huirse, y después se maltrataban más las caballerías en buscarlos; que también mi gente debía irse acostumbrando a las vigiliass, porque en los caminos por donde pueden andar enemigos no debe permitirse descuido, y que los españoles estábamos hechos y criados en el trabajo, y sin dormir más de lo preciso, cuyos desvelos no debían molestarnos, si estas tierras no tenían la virtud de influir sueño. Pero tampoco lo creía, porque yo me sentía lo mismo que siempre; y así les agradecía las promesas de seguridad que me daban, y por complacerlos dejaría a mi gente por sola aquella noche que se abandonase al ocio y sueño, y en lo de adelante seguiría con el mismo método que había traído desde la salida de Antuco. Se retiraron satisfechos.

El 13, a las siete de la mañana, monté a caballo para ir a reconocer las cordilleras que miraban al sur, acompañado de don Justo Molina, y el dragón Baeza, con el capitán de amigos; y pasando el río por otro vado de piedra grande, muy correntoso, y atravesando el camino que trajimos, fui por lomas de pastos de coyron de muchas vertientes y mallines, de arbustos, de nirres, chacayes, de michis, de yaques, de carrimamines, y de otros, cuyos nombres ignoraban los prácticos; de mucho apio en las vertientes de quequbo, de tapilaquen, de urrecacho, y otras desconocidas yerbas, que por las faldas abundaban. Y al llegar a su cima siempre por trumaguales, llenos de cuevas

de ratones, que los caballos a cada instante se enterraban, había un pretil derrumbado, en el que están de manifiesto muchas vetas de piedra jaspes, de rosado y blanco, y otras con morado y amarillo, que formaban unos cordones preciosos. Nos elevamos más, hasta casi la misma cima, donde se veía un pedazo de cerro blanco, cuyo objeto fue el de mi atención desde mi alojamiento; y reconociéndolo, era una parte del cerro de piedra blanquisca, toda traspasada de otras piedras negras, férreas y de otros colores. Quise adelantarme más, pero se formó una borrasca de viento y nubes que nos pareció llovería, y nos bajamos, siendo ya más de la una de la tarde.

A las tres y más de media de la tarde, estuvimos en nuestra posada, y acabando de comer, empezó a llover mucha agua, que cesó después de las nueve de la noche.

El 14, tuve en mi toldo toda la mañana a Manquel, hasta después de comer. Mucha parte del tiempo ocupó en peticiones, y el resto le traté sobre el régimen de nuestra vida, y las ventajas que conseguiría, en su anciana edad, con nuestro trato familiar, que le serviría para conocer las comodidades que nos son de él consiguientes, tanto en este siglo como en el otro. De todo hizo admiración.

El 15, anduve la mayor parte de la mañana por las sierras del norte: nada de particular y primoroso vi, sino un potrero de mallines, regado de una famosa vertiente. Los arbustos, tierras e yerbas, de las comunes; y a poco más de las doce que regresé, llegó Manquel a visitarme, conduciéndome un ternero de regalo. Por las faldas del cerro inmediato lo enlazó a la cincha del caballo, con tanta destreza y agilidad como un campista de veinte y cinco años, y pasará de sesenta. Corría por las faldas, y por entre peñascos con la misma franqueza que por un terreno limpio y llano. Le acompañaban dos sobrinos,

ambos hijos de su hermano Laylo; el uno como de catorce a quince años, y el otro como de siete a ocho; todos con lazo, y sin diferenciarse en el manejo del caballo, y seguridad en el avío o silla.

El 16, vino Treca a ofrecerme sus haciendas, por si acaso necesitaba carnes para el mantenimiento de mi comitiva: común introducción entre ellos, siempre que necesitan alguna cosa, y que la quieren pedir. Recibiendo mis agradecimientos, se interesó por una mula de las que traía en mi tropa, ofreciéndome por ella una yegua de carga, buena y gorda. De consiguiente que aconsejase, y dejase bajo de su tutela a un muchacho español, llamado Juan Saez, que tenía en su casa; quien con la libertad que disfrutaba de andar de toldo en toldo, iba dando en ladrón, como que al cacique Manquel le había hurtado un herraje de freno: que su fin sería el que lo atravesasen de una lanzada si lo volvían a pillar; que él lo sujetaría, poniéndolo de ovejero, y le pagaría también su servicio. A su primera solicitud me le negué, y a la segunda le dije, que ellos no debían dar posada a ningún español vagabundo, según uno de los tratados en el último parlamento a que asistí, por las malas consecuencias que se seguían a su nación y a la nuestra. Que debían dar parte al señor gobernador intendente de cualquier sujeto que, sin ocupación honesta, se internase a sus tierras, a fin de que lo hiciera prender y darle destino. Que en mi persona no residían facultades para entregarle a ese individuo; pero ya que se hallaba en sus tierras, y que había de invernar entre ellos, constándome por noticia su buen gobierno y honroso proceder, que conservaba sin ejemplo entre los suyos, me trajese al muchacho, y lo aconsejaría, que si había proporción para nuestra frontera se saliese a vivir entre cristianos, cuya religión profesaba; y si no lo conseguía,

invernase con él, dándole gusto, y cuidándole su ganado hasta la primavera que se franquease la cordillera, en cuyo tiempo podría yo regresar: y si lo hacía por estas tierras, me lo sacaría para afuera, y de no, lo llevase en la primer salida que hiciese, y lo entregase a uno de los comandantes de las plazas, dándole de él la misma noticia que a mí me ha comunicado.

Luego me presentó al muchacho, que lo había dejado entre mis criados, y hablándole en los términos referidos, prometió uno y otro cumplir mis consejos, y se retiraron.

Al poco rato llegó a verme un indio, llamado Callbutripan, que de viaje pasaba para las plazas. Su introducción fue que, deseando conocerme, abandonó el camino que llevaba: que en el día era peguenche de estas reducciones, y poco antes era de los ranquelinos de Mamilmapu; pues aunque aquí nació, fue a crecer y envejecerse en aquellas tierras, que ahora abandonó, por venir a morir en las que fueron de sus padres, y a disfrutar de los tiempos pacíficos que gozan estos peguenches. Lo recibí muy gustoso, y le pregunté el tiempo que estaba por acá, y que me diese razón de los ritos y costumbres de aquellas tribus, por cuyas tierras debía pasar, para darles un trato conforme a sus máximas; porque mi viaje no sólo se dirigía a conocer la ruta, y solicitar la más corta y cómoda, sino también a granjear las voluntades de los indios. Me aseguró que en esta primavera pasada se vino; que las costumbres de aquéllos son las mismas de éstos y sus ritos iguales, y que, en llegando a Chadileubú, adelantase un mensaje a Carripilun, comunicándole mi ida, a fin de que no pensase que iba a malón. Que él le mandaría con el cacique Puelmanc muchos recados para que me recibiese bien, pues era su íntimo amigo, y en oyendo su nombre tendría gran placer; y que para poderme ponderar, le die-

se un pañuelo para su uso, y llancatus. Me fue preciso complacerle, y se retiró cerca de las ocho de la noche, dejándome gustoso del rato que traté con él, porque ha sido el indio de mejor persona que he visto, aunque de rostro grave y viejo, pero muy agradable de semblante, de buena conversación y expresiones.

El 17, a las cinco de la mañana, estuve a caballo con los dos tenientes de milicias, mis asociados, don Justo Molina, el capitán de amigos y un criado, para concurrir a la junta; y como cosa de legua y media, orillando por abajo el río de esta parte, por muy mal camino, y muy pedregoso que anduvimos, llegamos a los toldos del cacique gobernador Manquel. Fuimos muy bien recibidos de él, y de su mujer doña Carco, de sus mocetones y parientes, que del seno de cinco toldos salieron al marimari. Estaban almorzando al salir el sol. Nos hicieron apearse, y que nos sentásemos en unos pellejos de carnero, y pasada media hora nos pasaron en el asador un asado de ternero, suplicándonos lo tomásemos, que estaba hecho con prolijidad. A este tiempo llegó el indio Curaleu, el convocado con la moza para la junta. Fue recibido con mucho agasajo de Manquel, y su mujer lo hizo abrazarse; y poniéndolo en igual asiento al nuestro, me recomendó las razones que me diese como invariables.

Luego que se sentó, dijo: —Que tenía mucha satisfacción de conocerme, y por tener que salir precisado para Antuco, había emprendido su viaje antes de la junta, con el ánimo de pasar a saludarme a mis toldos, y ver lo que se me ofrecía, porque el cacique Manquelipi lo había llamado: que la muchacha que tuvo en su casa la había entregado a su padre, luego que llegó; que era hija de Mariñan, y no sabría si la habían llamado también. Que había procurado con mucho empeño alcanzar el día antes a mi

alojamiento, para evitarme la incomodidad de que hoy hubiese montado a caballo; pues habiendo tenido noticia que lo necesitaba, para la averiguación de ciertas novedades que habían corrido autorizadas de su nombre, no quería tardar más tiempo de sacarme del error en que quizá me pondrían los enredosos y embusteros. Y estando enterado y satisfecho que nada había dicho, porque nada de recelo había notado entre los guilliches, supondría no tendría precisión de ir al lugar de la junta. Le respondí: —Que no podía asegurarle si los enredos y mentiras tuvieron en mí aceptación alguna, pero sí consideré preciso siempre oírlo, por contestar a mi gente y a los peguenches, en quienes conocía cierto temor y desconfianza, de que era preciso sacarlos; así porque no se acobardasen los que debían acompañarme, como porque conociesen que lo que les decía y aseguraba, lo debían recibir como de un amigo que los estimaba, y deseaba proceder con acierto, en un asunto de tanta importancia como el que llevaba a su cargo. Que a todos nuestros conceptos debía preceder el uso de la reflexión; y que ¿cómo podría yo creer que los guilliches y llamistas me habían de querer sujetar, y acabar con toda mi comitiva, cuando iba auxiliado de peguenches, y como un embajador, llevando las razones del señor capitán general del reino, y señor gobernador intendente de la Concepción, a consecuencia de otros preceptos tan elevados, como son los de nuestro rey y señor a quien sirvo? Sé que los guilliches son hombres racionales, y que habían de mirar su ruina en solicitar la mía, porque ¿qué no debían esperar de ustedes, por la parte que les cabía de sus embajadores que me han de acompañar? Y ¿qué de la Concepción, Santiago, Mendoza y Buenos Aires, cuya razón es una en los agravios que me hiciesen? Persuádanme primero que los llamistas y guilliches están

aburridos con su vida, las de sus hijas, y con sus tierras y haciendas, y entonces hallaré fundamento para creer en lo que han supuesto; pues de tal proyecto se les seguiría su total destrucción: porque una infamia, una infidelidad y una traición tan clásica, como ésta, no se justificaba sino con una entera desolación. Así, Curaleu, con estos principios salí de mi casa. Yo no solicito hacer mal a nadie, sino antes bien, como todos vuestros compatriotas lo tienen recibido de mi mano. Yo voy a transitar por tierras vuestras, que vosotros mismos me habéis franqueado, y por las de mamilmapu y pampas, en donde usaré de las atenciones que exige la razón y política, hasta dar mi embajada a aquellos gobernadores, y tratar sobre los demás puntos que convengan al real servicio. No tengo que andar por tierras guilliches, y ¿por qué nos han de salir a hacer mal, por el corto interés de mi equipaje, de los cuatro caballos y mulas que me conducen? ¡Tan pobres y viles son! No lo creo. Ya sé que sois peguenche, hombre de bien, y te creo; pero también te suplico que, supuesto tienes con ellos cambios, conchavos o permutas, si vas allá díles la verdad de lo que me habéis oído. Antepónles primero mi caridad, mi trato y mi desinterés, y luego no excuses razón de las que me oíste, y te aseguro que convendrán conmigo en las reflexiones que hagan.

Repitió: —Que ninguna novedad oyó sobre mi expedición, ni tampoco la trajo la mocetona: que mientras que él anduvo en aquellas tierras, salió Guerahueque con comercio para los llanos, y oyó decir que Millalen salía luego para Mendoza con el propio objeto. Que en esto mismo convenía la muchacha, y ninguna otra razón daba, porque él la había examinado, y le parecía que si yo seguía para la junta, no habría necesidad de llevarla, pues ya la había oído Manquel, Laylo y todos sus mocetones, quienes po-

drían declarar sus razones a los otros caciques, si querían hacerle el favor de permitirle seguir su viaje.

Quedaron satisfechos los caciques, y Laylo todo avergonzado, que antes había dicho, que este Curaleu le había noticiado por un mensaje de la certeza de las novedades. Me preguntó Manquel que si continuaría Curaleu su marcha. Y le respondí que por mi parte no había embarazo. Le hice dar un pañuelo llancatus, y medio mazo de tabaco, y se despidió dándome los agradecimientos.

Al poco tiempo, que eran las nueve y media, monté a caballo con mis acompañados, el cacique Manquel, Laylo, su hijo Cheuquellan y otros varios mocetones, y caminando bastante a prisa por camino pedregoso de faldas, como a distancia de media legua de los toldos de que salimos, subimos un pretil que hace el cerro al lado del norte del mismo río, de cuya ribera no nos hemos separado; sumamente parado, que apenas lo vencieron los caballos. En su cima estuvimos en un hermoso plan de lomas bajas, cuya vista es deliciosa, porque está rodeado de cordilleras, hasta formar un medio círculo al norte; que al lado del sur lo corta el río de que nos separamos. Continuamos por dicho plan, dejando al lado del sur un cerrillo, de una piedra que está en la mitad de la llanura, y al poco trecho entramos a un cajoncillo de estero de invierno, en el que hay varios pozones y mallinares: y caminando por su caja, llegamos a una vega que parte el plan de oeste a este, por la que corre un arroyo con el mismo rumbo: y siguiendo su curso, como cosa de ocho o nueve cuadras, llegamos al lugar de la citación, a la una y media de la tarde. No habían llegado los otros caciques; y para defendernos del sol que quemaba, en un arbusto de maitenes tendimos mantas que nos hiciesen sombra.

Como cosa de seis cuadras más abajo, está el sitio que

llaman la Capilla, originado de una capilla que estaba levantando el reverendo obispo fray Ángel de Espineira (que lo fue de la Concepción), en tiempo que era religioso *de propaganda fide*, y estando en paredes, temió cierta revolución que lo hizo abandonar la fábrica, y retirarse para nuestros establecimientos.

Árboles no hay en todos estos contornos, sino unas cortas manchas de arbustos de chacayes, yasques, michis y algunos débiles maitenes; pero sí bastante pasto. En el propio sitio de la capilla está la toldería de una india Raypí, hermana del difunto peguenche Rayguan, que es tutora de sus sobrinos. A este Rayguan mataron los de Malalque, ocho años ha. Era indio de mucho crédito por su valor. Era rico de bienes de fortuna, y he visto a un hijo suyo de edad de 16 años, al parecer, llamado Himiguan, el herraje del finado canónigo Cañas, que cautivó Llanquitur, famoso salteador, a quien mataron en malón los peguenches Puelmanc y Cayucal, auxiliados de nuestros españoles, y de los de Malalque.

Al cuarto de hora que estábamos a la sombra de nuestros ponchos, llegaron Calbuqueu y Livinirri, con algunos mocetones. Después que nos saludamos, dijeron que sin embargo de haber sabido por Curaleu, que los guilliches y llamistas estaban quietos, cuya noticia les había hecho quedarse en sus toldos a Puelmanc y Manquelipi; con todo, no quisieron ellos dejar de asistir, persuadiéndose el que podría ocurrir yo, aunque estuviese cerciorado de lo mismo. Les contesté: —Que les estimaba su atención, y por no faltar a la que debía tenerles, quise más antes pensionarme en venir, que en dar nota de impolítico; y que ya que nos veíamos juntos, tomaríamos alguna cosa, y no le faltaría a Calbuqueu de qué tratar. Soltó la risa, y dijo que materia había de sobra, con sólo

hablar del acopio de mentiras que nos contaron. Y le contesté: —¿Y no podríamos cortar la conversación, si habláramos de los daños que originan, y perjuicios que en la sociedad acarrearán los embustes y enredos, cuando encuentran con jefes crédulos, como vos habéis sido? Yo os suplico, amigos, no acreditéis en lo sucesivo novedad dicha de mocetón, ni de otros españoles con quienes tratéis. Ocho días estoy parado con mi comitiva, gastando los víveres que me eran precisos para el viaje, y otro tanto se ha adelantado el tiempo y atrasado mis caballerías, que cuando lleguen a las pampas donde las aguas escasean, ya irán sin fuerza: y si así os hiciera relación de cuantos atrasos he recibido, y recibiré por esos noveleros, quedaríais espantados. Sed, pues, vosotros ahora los que procuréis remediar mis perjuicios en partes. Ya no hay novedad, ya no hay qué hacer sino caminar; yo estoy pronto y lo deseo: mandadme mañana a vuestros mocetones que deben acompañarme para continuar mi marcha, o citadme un plazo corto, y algún lugar más adelante para juntarme con ellos. No sea, amigos, que se formen otras especies, y se suspendan de nuevo vuestros ánimos con más perjuicios míos, y del rey nuestro señor.

Dijo Calbuqueu: —Nuestros mocetones hasta ahora están sin prepararse, nos es necesario algún tiempo para aviarlos, y dentro de diez días te alcanzarán en Trenquicó, si determináis ir a dar aquella vuelta que dio Molina, y andar por el camino malo que él anduvo. Puelmanc es muy práctico: ha andado por todos los caminos, y de aquél dice lo que yo te he dicho: sube muy al sur para descender otro tanto al norte, las aguas muy distantes y malas; y en fin, en tus tierras andas; por cualquiera parte que quieras, puedes enderezar. Tú te desengañarás, y si estimas algún día estas razones, y tomas este consejo de Cadileu-

bu, de que es el mejor y más corto, te irán a encontrar nuestros mensajes al lugar de Tilqui, en donde harán quemazones tus mozos, que será el aviso que nos mandéis por el aire.

Tuvieron los indios su rato de conferencia sobre el punto de los caminos: todos convenían que el de Molina era más vuelta y peor; pero Manquel decía, que el que seguía por el cajón de Reynquileubu a las juntas de Cobuleubu con Neuquen, aunque tenía algunos estrechos al río, era el más recto. Yo traté con Molina sobre estos datos, y me dijo que todos eran unos embusteros, y que le creyesen a él.

Repitió, hablándome Calbuqueu: —El hecho o disposición de venir prevenido de armas de fuego, es digno de nuestra mayor complacencia, y determinamos que los nuestros lleven también sus lanzas: pues no puedo menos de decirte, que los llamistas y guilliches no son de confiar, y los ciega la codicia y el rencor que conservan con los españoles. Tus yanás, esto es, tus criados han de ser por precisión cobardes, y a los primeros encuentros y escaramuzas de los indios te desamparán. No lo dificultéis, por más que los conozcáis. El indio Caullan acaba de llegar de lo de los guilliches, y asegura que él vio y encontró a varios que salían armados para las pampas. Guerahueque, que había vuelto de su conchavo con los muluches o lel bunches, en el momento presidió una junta que se hizo en sus tierras: no esperéis bonanza de ella, ni te persuadas a que fuese para prevenir malocas contra Canigcolo, porque actualmente están tratando de paces. Todos sentimos verte caminar desamparado a dejar tus huesos, como de caballo, botados por el campo, y también mandar a nuestros peguenches, a nuestros hermanos, que perezcan contigo, y dejen sus familias desamparadas. Me-

quita, pues, amigo, sobre el particular, y me encontrarás razón.

Les dije, amigos: —Yo salí de mi casa, dejando comodidades, mujer e hijos, conociendo que los llamistas y guilliches eran infieles, y aún en la actualidad estaban mal con nosotros, a causa de que se remitían 200 hombres de tropa para resguardo de Valdivia: la que no dejaban pasar, suponiendo iban a repoblar la Villa Rica. Entonces no tuvo temor: ¿y cómo pensáis acobardarme ahora? Yo no tengo en todo mi viaje que pasar sus tierras: ¿y para qué necesito sus voluntades? ¿Tienen dominio en las vuestras? ¿A qué me han de salir en ellas? ¿Les voy a hacer algún mal? ¿Por qué razón, pues, podrán ofenderme? ¿No son racionales? ¿Qué les han hecho los españoles, sino sumos bienes que cada día les proporcionan, como vos lo sabéis? ¿Caullan no es mocetón? ¿No es yana? ¿Podréis asegurar que no es novelero, que no es embustero, y no es ardidoso como los otros anteriores? En mis yanás tengo confianza; son nacidos en mis tierras, y los conozco por experiencia. Vos, Calbuqueu, estáis muy engañado. Díme, ¿dirá más verdad Caullan que tu gobernador Manquel? Pregúntale a éste, ¿qué le dijo Guerahueque, cuando por diciembre le fue a tratar de mi expedición? ¿No lo sabéis bien que le contestó, que por su parte no se nos seguiría perjuicio; fundándose en que él no tenía qué hacer en lo que vosotros dispusieseis por vuestros mapus? ¿No es Guerahueque el que manda a los guilliches, y sujeta a los llamistas? Pero quiero condescender con todo lo que dijiste. ¿Ya sabes que podrán ganarme, yendo prevenidos? ¿No has visto el estrago que hace una bala? Y también te concedo que me maten, y a toda mi comitiva: pero esto sería sin razón, sin justicia, y quebrantando pactos muy solemnes. Y ahora díme, ¿qué

se les esperaba? Su desolación, la pérdida de sus tierras, de sus haciendas y de sus vidas; y así ¿no estimaré arrojar mi vida por el aumento del estado y de la corona? Calla, Calbuqueu, que yo te tenía por más hombre, y espérame un poco. Haz cuenta que te estás disponiendo para dar un malón a los guilliches, y sabes por tus dioses, o tigres, que con pérdida de cuatro vidas u ocho, te quedas victorioso, acabándolos; de dueño de sus tierras y de sus haciendas. ¿Y no fueras? Pues haz esta reflexión, y no temas perder a Payllacura, que ya está en principios de su vejez.

Contestaron todos que los peguenches estaban prontos; pero que sería pidiendo auxilio a 10 o 12 dragones, para que acompañasen la caravana, a lo menos hasta Chadileubu o Mamilmapu, y de allí que se volvieran a servirles a ellos de resguardo. Les prometí que lo solicitaría con el señor gobernador intendente, quien sabría si era o no conveniente, y no dudaba lo mandase, porque conociesen ellos que los españoles de todos modos quieren estén seguros. Pero que teniendo determinado medir a cuerda toda la cordillera, cuya operación era despaciosa, me darían permiso para moverme pasado mañana: que en Trinquicó o Tilqui me juntaría con los caciques compañeros, y mientras eso, podrían llegar los dragones, por si fuesen para entonces precisos.

Quedaron gustosos; les di tabaco y chaquiras, y a las cinco de la tarde me despedí de ellos; y a las ocho y tres cuartos de la noche estuve en mi tienda, después de haberme perdido por la oscuridad de la noche, y haberme casi precipitado con mis acompañados en un inmenso risco.

El 18, bien temprano tuve a Manquel en mi toldo, a presenciar la salida del propio que debía mandar al señor gobernador intendente en solicitud de los dragones. Tras

él su mujer doña Carco, una hermana, una nuera, dos mo-
cetonos más, ocho indios, su hermano Laylo con dos hijos
grandes y tres medianos, y una caterva de chicos que los
acompañaban a la visita. Me trajeron tres corderos de
regalo, los que me salieron bien caros, porque era preciso
obsequiar a toda la compañía. La doña Carco es india
muy agradable en su trato, pero no de facciones; y aunque
es común en ellas, con todo hay otras de mejor parecer.
Será como de 50 años, y bastante expresiva para hablar.
La visita me duró hasta las tres de la tarde, y para el
lugar, les di de comer muy bien, y cosas para ellos ente-
ramente desconocidas, que las celebraron. A las tres y
media de la tarde se retiraron.

En el resto del día y parte de la noche, acabé de des-
pachar el propio para el señor gobernador: su dirección
fue hasta Antuco, para que de allí fuese el pliego al co-
mandante de los Ángeles, y éste lo dirigiese al señor inten-
dente.

JORNADA V

Desde Rime Mallin a Butacura

(Abril 19 de 1806)

Bien temprano hice aprontar la venida de los animales para marchar: y, aunque reconocidos, faltaban veintidós que se habían desgarrado aquella noche, a las ocho de la mañana, dejando este buen sitio, por la misma vereda que entramos a él nos pusimos en el punto donde quedó la mensura el 12. Y continuando el rumbo, por calidad de terreno como parejo, y de alguna piedra redonda, se enteró legua sobre las dieciséis cuadras, que quedaron pendientes frente a unos pretilles de piedra, que hacen cima al cerro, del lado del sur.

Caminamos por el mismo rumbo veintiocho cuadras y media, que se completaron al entrar a un faldeo pedregoso, y de trecho de dos cuadras que se estrecha al río: en cuyo sitio, mudando de rumbo, se dirigió la caravana al este, cuarta al sudeste.

Continuamos la marcha por buena senda, con sólo el atravesio del río, que lo pasamos por buen vado de piedra menuda, y hasta unos sauces, y un carrizal que hay al norte de dicho río, se completó otra legua. Este sitio es una hermosa vega, donde hay un frondoso mamano, y

siguiendo media cuadra más, nos alojamos a las 11 de la mañana. El lugar se llama Butacura.

En esta vega invernan regularmente algunos indios, así por el pasto que hay en sus contornos, como por la poca nieve que cae. Y al poco rato de estar alojados, llegó el gobernador Manquel con parte de su toltería y familia; y apenas se desmontó, cuando se vino a mi toldo, dejando a su mujer armando el suyo.

Su visita se redujo, a que se había venido con toda su familia, y le seguían sus parientes para lograr el gusto que les proporcionaba mi visita y buenos consejos. Que todas las tierras y buenos pastos tenía a mi disposición para mis cabalgaduras; que había de parar algunos días con ellos, así como debía ir a otro lugar a esperar a los dragones y peguenches que debían acompañarme. Les di los agradecimientos debidos, y que todo sería de mi gusto en su compañía, la que me proporcionaría la ocasión de no hacer cosa que con él no la consultase.

Al poco rato nos pusimos a comer, en cuyo tiempo llegaron tres indios al toldo de Manquel, y el uno de ellos cubierto de una lloyca de guanacos, cuya noticia en su idioma, se la comunicaron con bastante susto entre cinco, o seis mocetones, que a la puerta de mi carga estaban tendidos: pero es imponderable la suspensión de ánimo que Manquel padeció al oír de que venía con pieles vestido. Medio se entrelevantó, y me dijo: —*Curreo guilliches, lengua, lengua*. Me reí, y llamé al dragón Baeza, quien al punto vino, que se hallaba en el fogón: y apenas lo vio, cuando se explicó que había llegado correo de los guilliches, y me preguntaba qué contendría. Le respondí, que vendría a darme parabienes por mi feliz llegada, y él, porque estaba también acompañado con una comitiva de españoles. Que el gobernador se me mandaría ofrecer como

era regular, solicitando el que lo ocupase, y deseándome felicidad hasta la conclusión de mi comisión. Soltó la risa y siguió comiendo, y yo dándole por el susto que le daba un indio empellejado de día, de paz, y en medio de sus mocetones, que ya después sabría lo que contenía el expreso, y que viniese a conferenciar conmigo sobre la respuesta, si era en materia que pudiese confiarme. No quiso moverse hasta que yo le dije que fuese a recibir al embajador, y parándose, me respondió: que iría después que me hiciese presente una súplica que traía, y que lo perdonase. Hice decirle que pidiese, pues bien sabía que deseaba complacerle: y me hizo relación de un caballo que en fines de noviembre le había robado, del cual había tenido noticia por un español, nombrado Bruno Jara, que paraba en poder de un mayordomo de don Manuel Riquelme, vecino de Chillan; y así que escribiese al comandante de Tupacel, para que lo hiciese entregar al teniente de amigos, Felipe Mellado. Le prometí que luego lo haría, y que le mandaría la carta así que estuviese escrita; la que al poco rato le llevaron.

En todo el resto de la tarde no pareció Manquel a mi toldo, ni yo quise indagar sobre el contenido del correo.

Al tiempo de cenar, me contaron los dos tenientes asociados que habían ido a visitarlo cerca de la noche, y hallaron a Manquel sentado con los tres indios forasteros. Que el uno Boroano: y así como se hicieron presentes, sin interrumpir la parla que tenían, les hizo señas se entrasen a su habitación. Y como ellos preguntaron a doña Carco, si aquéllos eran los guilliches; Manquel les contestó: "También sabe uno de ellos hablar español." Advertencia del indio, a fin de que no hablasen algo que no les sonase bien.

Al siguiente día temprano, tuve a Manquel con sus tres

huéspedes en mi tienda, que venían acompañados del capitán. Éste se adelantó, y me dijo, que si les daba licencia para entrar de parte de Manquel. Les respondí que sí: y habiéndolo hecho con ceremonias de formalidad, se sentaron, y Manquel dijo:

“Mi amistad, y la de este cacique (mi pariente), vienen a franquearte un mocetón, para que, llevando recados de mi parte y la suya, podáis tener mejor pasaje por Mamilmapú.”

En el momento que los vi entrar, conocí que uno de los forasteros era el cacique Millatur, que también salió de la junta de los Ángeles, de que he hecho mención, y quien entonces ofreció dar un mocetón de auxilio en este viaje.

Le contesté: —Que su voluntad la tenía conocida por experiencia; que cada día le recibía nuevos favores, y éste se lo agradecía tanto, como a su compañero y pariente, a quien ya me parecía haberle visto en los Ángeles, y también haberle oído ofertar un vasallo para que me acompañase: que su nombre debía ser Millatur, y de estos mismos peguenches que gobernaba. Que no me olvidé de él en Antuco, ni tampoco después, en estas tierras: que lo eché de menos, y si no pregunté por él, fue porque supuse el que se hubiese arrepentido de aquel propósito y no se pensase que el interés del mensajero, más que la inclinación, me había hecho recomendarlo a la memoria. Con bastante desembarazo se explicó de esta suerte: —Las razones que supe vertir por mi boca, a favor de los españoles, siempre fueron nacidas de mi corazón, y las supe cumplir como que procedía conforme a mi voluntad. Si en esta ocasión hubiera faltado, la causa hubiera sido otra, y el culpado yo para tu pensar. No tengo la fortuna de adivinar, y no podía saber de la junta de Antuco, ni de tu venida sin esta virtud, no dándoseme parte de ello. Cita-

ron a todos los caciques, menos a mí, y no sé hasta ahora qué razón hubo: si fue porque allí esperaban socorro, y les parecía que no alcanzaría para ellos yendo yo, hicieron mal; pues jamás tuve interés, sino en servir alguna vez a quienes siempre nos auxiliaron. Si fue por desacreditarme, obraron peor, porque jamás supe desacreditar a mi nación, sino antes bien recomendarla. Corrió ahora la voz de tu llegada a nuestras tierras; corrió la novedad que deseabas caminar cuanto antes; y apenas lo supe, cuando monté a caballo con un sobrino cual es éste, que así lo nombro, porque está casado con una sobrina mía. Él es nacido en Boroa, y de muy mediano se fue a las pampas, donde se crió en lo de Quinchepi. Fue a buscarlo un hermano después de muchos años, y por retornar con su asistencia los bienes que había adquirido o merecido de aquel cacique, no quiso tener el gusto de venir a ver sus parientes, hasta que él mismo se lo mandase. Se llegó este tiempo, y se vino para lo de los guilliches, cuyas tierras debía pisar para pasar a las suyas. Allí estaba su suerte, como dicen. Allí estaba una sobrina mía, cautiva desde mucho tiempo ha; y éste, aficionándose de ella, y sabiendo que era mi parienta, se la robó, y se vino con ella a mis toldos, donde la tomó por mujer, con mi gusto y el de todos mis parientes. Tiene éste, parientes y amigos en los pampas. Ha estado muchas veces en Buenos Aires, y es práctico de los caminos y riesgos, donde pudieran ofrecerse para precaverlos.

De toda esta narración podrás inferir, que es fiel y agradecido, pues no quiso desamparar al que lo crió por venir a lo de sus parientes, y que así sabrá corresponder la estimación que de él hagas. Y también que, habiendo tenido valor para robar la mujer que hoy posee, será cona, y en cualquier peligro podrá defenderte, hasta rendir la vida.

Aquí está Mariñan, que así se llama: recíbelo de mi mano, si te parece bien, que ya lo tengo bien aconsejado, a fin de que te guarde el respeto debido, y haga por ti, a mi nombre y el suyo, los mejores oficios de amistad, para que se te facilite y ceda cuanto apetezca tu buen deseo.

Me paré, y recibí de su mano la de Mariñan, diciéndole: —Millatur, de tu mano, amigo, recibo la de tu sobrino, que apreciaré como lo merecen tus expresiones. Por ellas conozco un talento superior, y que aventaja al de otros muchos de tus paisanos; si no es que el mejor explicarte deba provenir de tu mayor fidelidad, y mejor voluntad que nos tenéis. Ninguno ha hecho lo que vos. Tú me has venido a buscar, y yo he buscado a los otros. Tú te vienes a disculpar, cuando otros me culpan porque los solicito. Tú me vienes a presentar tu sobrino para que me acompañe, cuando otros se valen de pretextos frívolos para no ir. Tú vienes sin interés, cuando otros ni por hartos se hallan satisfechos. No tengo expresiones para corresponder de parte de mi nación las que tu corazón ha vertido por tu boca: pero nuestras acciones te sabrán hacer ver nuestra gratitud. Esta acción generosa la recomendaré a mis superiores, para que llegue al trono de nuestro soberano; y supongo que tu gobernador que me oye, y que diariamente ha presenciado todo lo que ha pasado estos días, se alegrará que así me exprese, para de algún modo retornar las fuerzas que te acabo de recibir. Doy a él también las gracias por la parte que tiene en haberte traído, y ved si soy de algún modo útil alguna vez para servirte, que sabré con gusto acordarme de esta hora, para emplearme en complacerte.

Seguimos tratando más de una hora, entre los cuatro, acerca de la expedición. Hice varias preguntas a Mariñan sobre los indios pampas, patagones y guilliches: no me

dio respuesta de importancia. Le di a cada uno de ellos chupas, pañuelos, sombreros, añil y tabaco; y emplazados para la junta, se retiraron, quedando Manquel conmigo muy contento, ponderándome la fidelidad de Millatur.

A Manquel le reconvine sobre el encargo que le hice de que me consultase sobre la respuesta que había de dar al correo de los guilliches. Me respondió, que los mocetones lo habían engañado. Le aseguré, que muchos días antes tenía conocido que a cada instante padecía errores, y todos los de su nación: que ya iría tratando a españoles formales, y hombres de bien; con el tránsito y franqueza de sus tierras, y con esta comunicación, adquiriría mejores conocimientos. Con mucha afabilidad me confesó, que así había visto, que cuanto le había yo asegurado había sido cierto, y salido como se lo prometía. Que con las antecedentes novedades, si no me hubiera hallado en sus tierras, se hubiera originado una general perturbación y movimiento.

Le pregunté, que si Millatur no le había traído alguna cosa nueva. Me respondió que no, y queriéndomelo asegurar mas, le insté que me confesase la verdad, pues tenía experimentado que cuantos venían de otros toldos llegaban con esa introducción, y por eso los recibían, poniéndoles asiento, y sentándose a la redonda a escucharlos. Me confesó que algo de *guera dungo*, esto es de mala novedad, había traído. Le di el pésame, y le supliqué me contase sus trabajos, que procuraría consolarlo. Respondió que no; porque yo no creía, y luego me reía de él: y a este tiempo lo llamaron de sus toldos.

El 31, estuvo Laylo a visitarme, y me prometió traer a su mujer y familia que querían conocerme. Le insté que lo verificase, aunque tenía muy escasas ganas de ello, por-

que a este indio le había notado un no sé que, que no puedo explicar, y podrá colegirse de la narración del viaje.

No tardó mucho tiempo en volver con su mujer, una cuñada, dos parientas, dos nueras, y una gavilla de chicos, independiente de tres de pecho, que las madres traían en brazos. Los obsequié con todo lo que en esta ocasión mis facultades alcanzaban. Conversamos mucho sobre la fertilidad de estas tierras y de sus habitantes, que ya irían conociendo cuanto les importaba la paz, que gozaban del regazo de tus mujeres é hijos, que los alcanzaban a criar y a ver grandes. Que así se multiplicarían, y que si antes tenían el gusto de verlos nacer, en la misma hora debían considerarlos esclavos, o víctimas de sus enemigos.

En este estado me avisaron de una mula que se había desgarrado de la tropa, y que habiendo llegado al toldo de un indio no quería entregarla, sino antes bien la había ocultado. En la misma actualidad llegó Manquel y Treca, y le dije al primero lo que me acababa de referir el arriero, y que hiciese en el momento entregar la mula; que ni yo ni los míos ofendíamos, ni perjudicábamos a sus mocetones, sino antes bien los tratábamos con agrado, y los regalábamos: y que estuviese advertido, que si el indio no le obedecía en entregar el animal, yo sabría hacerle entender el atrevimiento que había cometido en guardarse lo ajeno, y en no obedecer las órdenes. Contestó Manquel, que mandaría un mocetón por la mula, y no la dejaría de traer. Se verificó, y le di los debidos agradecimientos, ponderándole, que entre nosotros el delincuente ya padecería la infamia de ladrón, y no hubiera quedado sin castigo. Y vamos a otra cosa, que ya esto lo habéis remediado del modo posible. Contadme el *guera dungo* de Millatur, cuya curiosidad me trae inquieto. Sonriéndose, me prometió que sí lo haría: pero antes de verificarlo, le había de conceder

una gracia, que era de no salir de sus toldos hasta el miércoles, porque esperaba un correo ciertamente de los guilliches, y quería tenerme a su lado para entonces. Le dije, amigo, ese correo que decís será como el del otro día, no lo esperes tan luego. Yo me perjudico con estas demoras. Traigo víveres para dos meses y medio solo. Todo se va acabando con las tardanzas de ustedes para moverse; y para que no digáis que no cedo a tu solicitud, sí haré lo que pedís, y vamos al cuento que lo empezó.

Millatur es hombre de verdad, y me aseguró que sabía que el guilliche Guerahueque estaba mortalmente herido por un hijo: pues estando éste en un cuarto de una mujer de su padre a deshoras de la noche, fue sentido, y levantándose Guerahueque a matarle, él lo recibió dándole una puñalada, de la que ya habrá muerto. Le dije: —Manquel, si es muerto o no, no lo sabes, pues tampoco debes creer esa novedad, cuyos principios no son razonables. Millatur está engañado, y tú también. Yo te estimo y deseo no vivas confuso de tanta mentira y novedad en lo de adelante: examina bien lo que te cuenten para creerlo, y dentro de pocos días no te darán razón sino de lo cierto, porque temerán el que descubras los enredos—. Me prometió hacerlo así, conviniendo también Treca en ello, que nos había estado oyendo. Permutaron dos caballos por dos frenos, y dos corderos por un mazo de tabaco, y se retiraron.

El 22, recibí un mensaje del cacique Calbuqueu, sobre que su hermano, que debía acompañarme, salía el 23, para pasar a juntarse con mi comitiva dentro de cinco días: que le mandase decir el camino que seguía, y el lugar donde quería esperarlos, para que fuese prevenido, y les avisase a Puelmanc y a Manquelipi, que los pasaba a llevar de sus toldos. Que también me comunicaba, de que Gue-

rahueque estaba en paz con Canigcolo, y que si me parecía bien que ellos también la solicitasen, que le mandaría a dicho Canigcolo una embajada sobre el particular. Que me había oído en Rime Mallin, que les sería muy útil tratar amistosamente a aquel indio, frecuentar sus tierras, y comerciar libremente; y que si era de mi aprobación el proyecto, aconsejase a Manquel para que se cumpliese, que él daría mocetón y lo remitiría cuanto antes.

Obsequié al del recado, y le contesté: —Que estaba muy bien el que su hermano saliese por mañana; que mi dirección era por la ruta de Molina, hasta conocer su calidad, y si era mala, como me lo habían asegurado, vendría a desengañarme de la de Cudilenbú. También que en Triuquicó, o en Tilque sería el lugar donde me juntaría con los peguenches, y el signo de mi estada sería una quemazón que haría mantener de continuo, la que los guiaría sin pérdida de terreno. Que sobre el proyecto de paz que quería entablar con Canigcolo, le aseguraba era el mejor partido que debía tomar, y con todas sus fuerzas protegiese su determinación hasta ponerlo en práctica: pero con el bien entendido, que la paz había de ser correspondiente a las naciones amigas de una y otra reducción o tribu, con franqueza de comercio y trato libre, para poder entrar y salir sin temor de traición, ni pérdida de intereses, ni vidas. Que la menor infracción que se experimentase, o por cabeza, o por vasallos, sería toda la nación obligada a entregar los delincuentes, para que fuesen privados de la vida con ignomina por los agravios; y en caso de no hacerse así, se entraría a nuevos tratados. Que la amistad de nosotros les es inseparable, y la mas útil que puedan desear, y por el tanto la deberá admitir Canigcolo entre los límites de los puntos citados, debiéndonos recomendar desde ahora, para que no se embarazase en este

punto, que le hará el tiempo conocer ser el más ventajoso. Que de esta materia había tratado conmigo, yendo de camino para Buenos Aires, y había convenido en ella con sumo gusto, y que si acaso se encontraba con mi comitiva, o algunos de sus vasallos que transitan las tierras intermedias, me recomendase como a hermano para que me protegiese y auxiliase, en cuanto fuese preciso, de cuya acción quedaría agradecido. Que por lo que respectaba a Manquel, yo lo aconsejaría hasta persuadirlo a ello, y que le daría un obsequio para que se le mandase a Canigcolo en mi nombre.

No tardó mucho Manquel en venir, y con descuido le entré en conversación de lo muy conveniente que le sería una paz entablada sólidamente con él, y que no debía omitir diligencia alguna a este fin. Me contestó, que siempre pensaba enviar sus palabras a lo de Canigcolo. Yo le aseguré, que Calbuqueu era del propio sentimiento, y podrían unirse los dos para verificarlo: se retiró ya con esta tentativa después de comer.

A la tarde se me llenó el toldo de mocetones, mujeres, y chicos al último socorro: a todos contenté, y los despedí diciéndoles, que estaba ocupado, como que debía salir al día siguiente.

A las seis de la noche, me fui con el capitán de amigos de intérprete para lo del Manquel, a quien hallé a la orilla del fuego, con su mujer, y diez individuos más, entre hombres y mujeres, chicos y chicas que formaban una rueda, o círculo. Se pararon para recibirme, y poniéndome un pellejo de asiento, lo tomé y les dije: Que la gratitud en que les estaba, y el trato que habíamos tenido habían engendrado en mí un cariño que me hacía sentir su separación: que mi marcha con el favor de Dios sería bien temprano, y podían ir viendo en lo que me ocupaban,

porque deseaba complacerlos. El indio y su mujer me hicieron un expresivo razonamiento tal, que habiendo tenido Manquel sus pesares en los días antes de mi llegada, me aseguró que el gozo que había tenido su alma con mi compañía le había podido borrar aquellos sentimientos, que cundieron tanto en su ánimo, que quiso dejar el mando, y abandonarse al desprecio de los suyos. Que mis instrucciones, manejo y consejo, lo han llenado de ideas más altas, lo han ensanchado, y desde luego quisiera por algunos días más no separarse de mí: que no sabía cómo dejarme allí en la invernada. Que me deseaba toda felicidad en mi expedición, y si volvía por sus tierras, en señas de su voluntad, a mi regreso me iría a encontrar a lejanas distancias, para darme un fuerte abrazo, y llevarme víveres.

Me di por muy satisfecho, y como lo vi algo enternecido desde que hizo memoria de sus trabajos, me pareció oportuna ocasión para entrármele hasta descubrir algunas confianzas útiles sobre la amistad de Canigcolo, y le dije: Manquel amigo, el título de amistad es una prueba de la mayor confianza. Yo os miro, y a toda esta familia que me oye, con mucha lástima, y para que me lo creas, no necesito de otras expresiones que repetirte lo que antes oíste por tus preguntas: que soy oriundo de este reino, tu compatriota, y de cierto modo tu hermano. ¿Por qué te amáis tanto con sus compañeros Peguenches sino por esta razón? ¿Por qué defendéis sus partidos, sus propiedades, sus fueros, sus tierras? ¿No es por esta misma causa que ambos nos liga? ¿Por qué te parece me véis en tu casa, sino por noticiarte de bienes imponderables que nuestro Monarca os promete por medio de nuestra comunicación? Deje mis comodidades, mi mujer, mis hijos por daros este gusto, y haceros entender cuanto os conviene franquear tus tierras y solicitar las intermedias, para que todos nos hagamos

unos. ¿Cuándo pensabas hacer a tu nación una, unida con la nuestra, y que se hiciese tan respetable con la protección de un Soberano? ¿Esperabas en tus días, ni en lo de tus hijos, esta gloria? Apenas, amigo, oí que el Rey mi señor quería haceros entender su benevolencia, cuando estuve pronto en venir a comunicárosla. Ved pues, si es esta acción digna de vuestro aprecio y de vuestra confianza; y os dijera más, si me dieras mejores pruebas de tu amistad. Me miró, y me dijo: ¿Qué quería hiciese, cuando debía estar satisfecho, que conocía los buenos oficios en que andaba, y que amaba a todos los españoles? Y ¿por qué así podría desconfiar? Supuesta pues, tu amistad, amigo, seguí diciéndole, bien podéis conjeturar que, si se abre este camino que ando reconociendo, y se entabla por él un comercio franco con los del obispado de Concepción, y los del virreynato de Buenos Aires, conoceréis a todos los comerciantes, y adquiriréis porción de amistades, como la habéis tenido ahora conmigo. Cada una de éstas os franqueará en tu casa lo que te falte, y así de día en día nos iremos amando, hasta hacernos unos ambos reinos, y unos contigo, que entre todos formaremos un cuerpo tal, que sus acciones, sus fueros y sus derechos serán unos; y este cuerpo será tanto más respetado, cuanto más sea el número de las parcialidades que lo compongan: será más feliz, cuanto más comercio corra, y cuanto mayor sea su quietud y paz. Así pues Manquel, yo deseo fomentar nuestro reino, y el de Buenos Aires, cumpliendo con las órdenes de mis superiores que traigo. ¿Cómo no querré que se extiendan más nuestros dominios por medio de la amistad, y que nos unamos también con los pampistas, patagones y guilliches, para que en ningún tiempo podamos tener desaveniencias con estas naciones? ¿Para que ellas, como nuestros compatriotas, logren de nuestra felicidad, y

también para que nuestros enemigos extranjeros, teniendo noticia de nuestra unión, no intenten despoblar a aquellos paisanos que residen en la costa u orillas del mar, en la Patagónica? ¡Ah! Manquel, viejo sois, pero eternizarías tu memoria, si tú fueras capaz de proporcionarnos amistad con esos pobres indios, poco menos que salvajes, que carecen de comunicación racional. ¡Cuándo se olvidaría tu nombre entre ellos, si de tu mano recibieran este bien! ¡Cuándo, si las comodidades que adquirirían se lo recordarían al amanecer, al comer, al beber, al vestir y en todos los términos de la vida! ¿Qué crédito no tomaría ante el trono de nuestro monarca, y cuándo se borraría tu nombre de los libros que se formasen sobre este aumento de nuestros estados? ¿No sabes que nuestros primeros padres fueron unos, y que con esta atención somos hermanos? No tengas, pues, a novedad la lástima y el amor que les manifiesto. ¿Ignoras que los extranjeros, nuestros enemigos, surcan los mares de la costa patagónica? ¿No sabes de sus poderosas tierras? ¿Y qué extraño sería que esta nación hiciera un desembarco en aquellas costas de muchas gentes, que por fuerza tomasen posesión de aquellos terrenos, y con soborno, o dádivas captasen la voluntad de los indios? Y entonces vosotros, que no erais enemigos de aquellas tribus, ¿qué haríais, cuando esos extranjeros, con el pretexto de favorecerlos, quisiesen acabaros por tomar vuestras haciendas y tierras? No lo dificulteis. Esos forasteros, que llamais vos moros, tienen necesidad de terrenos; de todos modos han de procurar posesionarse de aquellas tierras. Sus habitantes son indefensos, y los han de vencer, según el orden regular: y aunque me diréis, que en caso de que os combatieran, nosotros os auxiliaríamos, te lo concedo; pero sería siempre preciso salir a la guerra, y abandonaríais tus familias,

tus toldos, tus haciendas; y lo mismo nosotros. ¿Qué pérdida no origina una guerra? ¿Qué muertes no causa? ¿Cuántas familias no quedan abandonadas? ¿Y habrá quien asegure la victoria antes de ganarla, siendo iguales las fuerzas? ¿No sería mejor, amigo, poner los medios en tiempo para evitar estos desastres que podrían formarse por nuestra inacción? Los arbitrios que te propongo son fáciles, y útiles a todas las tribus. Si haces una paz firme con Canigcolo, que es vecino, y acaso amigo de los patagónicos y magallánicos; si nos recomiendas, hasta franquear su amistad y conocimiento, no dificultes conseguir el proyecto, y díme tu sentir con la confianza que yo lo he hecho.

La atención con que escuchó la traducción de la antecedente relación, me daba pruebas de que le agradaba; y así como se concluyó, me dijo, que cada instante le aumentaba su confianza, y con la mayor que jamás pudo tener, me contestaría, y siguió: —Amigo, ya me veis viejo, y los años de mi vida los he contado trabajando para mi nación, y su felicidad. Apenas se cuentan muy pocos que estas manos dejasen la lanza, y éstos han sido después de la paz que se entabló por el parlamento general; pues antes con ella la defendía, entregándome a la muerte, primero que mis mocetones. No me descuidé también de extender mis deseos a más, y así he llegado hasta más adelante de Mamilmapú, y hasta lo del mismo Canigcolo, sobre quien me has tratado, ya con el pretexto de conocer las fuerzas de aquellas naciones, ya por granjear sus amistades en caso de ser muy superiores. Vais por Mamilmapú, y no tengo para que decirte de lo que te desengañarán tus ojos. De Canigcolo te diré lo que nadie me escuchó sino mi Carco, que me acompañó a la expedición. Seis días caminé para llegar a Guechuguebun, donde Ca-

nigcolo estaba situado, y antes de estar en sus tierras pasé el río de Limayleubú muy caudaloso y profundo. Tiene de anchura en aquel pasaje tanto como el de Biobío en Gualqui y Concepción. La balsa era de cueros sopladados: me pasé sobre ellos, que un caballo a nado los tiraba, y mi mujer que temió pasarlo de esta suerte, amarrada con un látigo de la cintura, y con las manos de la misma balsa aterrada, lo pasó nadando. Es Canigcolo de rostro agradable, afable, y de muy buena presencia, y dice su buena contextura con su corazón. Me hospedó y recibió muy bien; me emparenté con él, y tratamos muy largamente sobre nuestros estados y conservación. Me contó de la alianza que tiene con los patagones, que son gente de a pie, muy ágil y robusta, y la infantería en sus malones, armada de laques y flechas. Así también que un navío de dichos moros ingleses naufragó dentro de la boca de Limayleubú, a distancia considerable del mar, que no lo vieron entrar los indios, sino que después, andando a las riberas del río, algunos por las huellas dieron con la gente que era bastante porción, y estaban albergados en las barrancas del mismo río, en las que habían formado cómodas habitaciones. Que dichos ingleses traían gallinas, cerdos, ovejas, y otros animales desconocidos de aquellos habitantes, y también un intérprete para que los hablase y explicase el uso de los animales. Que quedaron allí algún tiempo, y siempre obsequiaron a los indios, dándoles diferentes cosas vistosas, y de los mismos animales que he referido, para que procreasen. Que, cuando menos pensaron, se desaparecieron, y presumía que se hubiesen embarcado en otras embarcaciones que anduviesen por aquella costa, y que alguna se hubiese internado al río. Que los cerdos, gallinas y ovejas se han aumentado: harán cuatro años a que pasó esto. Que no dificultaba con Ca-

nigcolo conseguir su amistad, y la de la nación. Que hablará con Calbuqueu sobre el proyecto de que me mandó tratar, y estando en él, mandará un expreso luego que se cierren las cordilleras: pues antes no puede verificarse por temor de los guilliches inmediatos, que son sus enemigos, y si encontraran el mensaje, lo matarían, y después nos vendrían a maloquear, sin más motivo que el de solicitar su amistad.

Le insté sobre que viese, en siendo tiempo a Calbuqueu y no se olvidase de mis consejos, que le regalaría chupa, sombrero, bastón y otras burlerías, para que las mandase en mi nombre a Canigcolo en señas que quería su amistad, tratándolo; y a él le dejaría memorias, para que no echase en olvido mi encargo. Que viniese con su mujer a mi tienda, y tomaría un buen mate, pues ya no volverían tan luego a tomarlo, sino hasta mi regreso; y con ellos me levanté, y vine para mi posada, en la que tratamos hasta las nueve y media de la noche sobre el particular. Le di los agasajos para Canigcolo, y a él un par de espuelas de plata.

El 23, a las tres de la mañana, estuve en pie con el ánimo de caminar; y a las cinco y media llegó la tropa con falta de animales que se habían desgarrado. Por esta razón, y que era preciso buscarlos, determiné parar, dando providencias para que los solicitasen hasta encontrarlos.

A las siete de la mañana tuve al cacique Treca de visita, diciéndome que los animales parecerían, y que ya él había mandado a un mozo que los diligenciase, y no viniese hasta dar con ellos. Me trajo dos corderos para el viaje y una ternera. Le di los agradecimientos, y le regalé un par de uples, un tupu, un pañuelo, una corbata de mi uso, un sombrero, un mazo de tabaco, unas gargantillas,

y un poco de añil. Se fue tan agradecido, que me mandó un caballo de paso para mi silla, advirtiéndome que era bueno, y no importaba que se perdiese. Quise no admitirlo, porque no traía necesidad de él, y me convenía más dejarlo agradecido: pero me aconsejaron que lo recibiera, y lo hice, dejándole dos de los míos, para que se sirviera de ellos, que también eran buenos, y me pudieran servir para llegar a mi casa en mi regreso. Así compuse mi voluntad y la suya.

Pero después tuve a Manquel en mi presencia, y habiéndonos saludado, y tratado sobre Treca algún rato, y de sus comodidades, le moví de nuestra antecedente conversación. Me hizo muchas promesas de cumplir bien con mi encargo; y que, así como fuese tiempo de mi regreso, mandaría llamar a Canigcolo, para que lo conociese y tratase con él. Que me daría noticia de todos los terrenos de su situación, hasta la costa de Chiloé, Osorno y Valdivia; como que, en esa ocasión que allá estuvo, lo había convidado para ir de paseo a Osorno, prometiéndole que en tres días estarían allá, y sin pasar más cordillera que unos lomajes cortos y bajos. Que sólo por este indio es posible adquirir aquellos conocimientos, pues aunque algunos guilliches suelen internarse, pero nunca tan adentro que puedan dar razón sino de oído, como la que él da.

Me le manifesté de nuevo agradecido por la nueva oferta que me hacía, y le ponderé que sería muy de mi gusto encontrarme aquí con ese famoso indio, a quien obsequiaría hasta merecer su amistad, y hacerme merecedor de su confianza.

Me encargó que le guardase el secreto sobre cuanto había tratado de Canigcolo, porque tenía encargo de Gue-rahueque para callar con nosotros hasta su conocimiento;

con amenazas de que, si llegaba a saber, le quitarían los mocetones mismos la vida.

Le pregunté, que ¿cuándo trató de esto con Guerahueque, que le puso este precepto? Contestó, que cuando por noviembre fue a sus tierras a tratar de esta expedición. Que se ofreció la conversación de Canigcolo por los muchos malones que venía a dar a los guilliches, de que se lamentó, ponderando de que vivía en continua inquietud. Que él se ofreció a tratar de paz, o ir de mediador a lo de dicho Canigcolo, para que se verificase, y para persuadirle que podría conseguir cuanto apeteciese, le dio razón de conocerle, y ser amigo. Que entonces le dijo, que no era conveniente el que se supiese de esta amistad, pues podrían matarlo, sin que tuviese otro delito que éste.

En el resto del día no hubo cosa notable, sino haber parecido los animales que faltaban, mediante la exigencia de Treca, y disponernos para la marcha.

JORNADA VI

Desde Butacura al río Tocaman

(Abril 24 de 1806)

A las 8 de la mañana, que ya estaban todas las cargas levantadas, y la mayor parte de los indios e indias de Manquel con nosotros, para darnos el último adios, me despedí de todos ellos, y una india vieja, hermana de Manquel, al darme el abrazo, me dijo: —Pobre caballero, que soñé anoche saciabas la sed de los guilliches: mucho siento te vayas—. Así que me explicaron sus razones, les dije: —Si tus gentes, si tu nación, si todos vosotros no fuerais cobardes, y temierais tanto a los guilliches, no soñarías con ellos. Yo no les tengo miedo, ni creo en sueños, ni deben hacerlo vosotros, y así confía que he de tener felicidad, y mejor que la que aquí me habeis franqueado—. Todos los indios tomaron la conversación sobre el sueño, que tiene sobre ellos tanto dominio, que en sucediéndoles fatal, dejan cualquier empresa; y yo salí, pasando la vega y el río. Continuamos el rumbo del 19, y trepamos una subida algo parada y pedregosa, que tuvo diez cuadras hasta su cima.

Hace un hermoso plan arriba, y al tomando al sudeste por camino carretero, y sin piedra, proseguimos midiendo,

dejando al norte la toltería del cacique Carrilon, cuyo sitio es bañado de cuatro arroyos copiosos que corren al oriente, nacidos de unas vetas de piedras, que a distancia de una cuadra de la senda se miran, y al llegar al estero de Coyague, se completó legua.

Continuamos por igual camino; pasamos una cuadra muy pedregosa de piedras grandes y medianas, y a las veinte y una cuabras, un famoso estero de bastante agua, llamado Chacayco, y siguiendo tres cuabras más el rumbo, mudamos la dirección al est-sudeste. Estos dos esteros corren hacia el oriente también.

Por este rumbo y buen camino, con quince y media cuabras estuvimos en la altura del cajón del río Tocaman, al que llegamos con 23 cuabras, contando de siete y media al descenso del cajón. Este río tiene de ancho media cuadra: su piso de piedra corre de sur a norte; se introduce al de Reynquileubu, ya confluído de todos los que he referido, que hoy pasamos. Las faldas de estas cajas están llenas de arroyos, nacidos de mallinares, pajonales y carrizales: todos entran al río, haciendo el cajón primoroso y muy fértil.

Pasado el Tocaman, empezamos a subir por fácil cuesta trumaguosa, con algunos reventones; y a las siete cuabras, frente a un mallinar, dejamos la mensura, y tomamos alojamiento al pie de un frondoso manzano, por cuyo pie corre al este un esterillo de muy buena agua. Al poco rato que estábamos alojados, llegó un mocetón del cacique Carrilon, diciéndome que deseaba verme, y que por la mañana lo verificaría, si lo esperaba un rato. Le contesté, que de esperar estaba cansado, porque en lo de Manquel había parado muchos días como había él sabido: que no obstante, deseando yo también verlo, y saber de su hijo que debía acompañarme, lo esperaría hasta medio

día, no más; porque no dejaba de hacer alguna jornada, aunque fuese corta.

Mientras se despedía este mensaje, llegaron con su tol-dería y víveres, para invernar en este sitio, tres familias de indios de la reducción de Carrilon. Se llamaban las cabezas de los toldos, Meliñan (hijo del finado Ylaman, cacique gobernador que fue de estos peguenches. Murió en malón que les dieron los de Malalque, incorporados con los peulches), Caysumilla y Traquel. Todos vinieron a verme con su gente, así que se apearon.

Traquel me ponderó haber en el río mucho pescado, y con este motivo me fui con un anzuelo a su ribera, y dispuse también preparar la balsa de lobo que traigo para pasar los ríos, y una red, y que me siguiesen los balseros, para que echasen algunos lances. Estuve a la orilla de una poza de más de una cuadra de largo, que era bien profunda, se tiraron tres lances: ni en ellos, ni en el anzuelo se consiguió pescado, y nos retiramos burlados, y entumecidos de frío, porque la helada ya blanqueaba por los campos.

El 25 monté a caballo temprano: anduve por todos los planes del cajón, que, como he dicho, son mallinares y de vertientes. El apio que hay es en mucha abundancia, y apenas habrá un chorro que no corra sobre pedernales muy buenos.

A las diez no parecía Carrilon, y temiendo que me engañase, como acostumbran, hice recoger la tropa, y que se empezase a aparejar. A las doce se levantó carga, y así que estuvo todo preparado para marchar, hice saliese la caravana, despidiéndonos de estos indios a quienes regalé como a todos los anteriores.

JORNADA VII

Desde el Tocaman a Treuco

(Abril 25 de 1806)

Seguí la comitiva con la cuerda, poniéndola en el sitio que aquí finalizó la mensura, y continuando el rumbo, a las seis cuadras que estuvimos por igual clase de camino o subida, se enteró legua. En este punto hay un prado de más de cuadra de mallín, y un arroyo corriente. Proseguimos, y con veinte y una cuadras concluimos el repecho del cajón, que remata en un pedregal de diez o veinte varas de atravieso.

La bajada y subida, que forman la caja de este río, comprenden cuarenta y una y media cuadras: pero es de advertir que hay algunos trechos planos, en que sin compostura podrían rodar carros.

Puestos, pues, en la cima, dimos vista a una llanada hermosa; y poniendo la aguja para demarcar el rumbo, según nos dijo Molina, seguía el camino. Tomamos al nordeste, cuarta al este, por buena senda carretera. Caminamos media legua, y otra media, con algunos cortos y fáciles descensos, hasta un estrecho pedregoso de una punta de loma a un zanjoncillo, en que corre una preciosa vertiente para el norte, en cuyo lugar se enteró otra legua.

Esta aguada tiene su nacimiento en un bajo de las lomas que dejamos al oeste, en donde hay un prado muy pastoso.

Continuamos por senda carretera, y a las doce y media cuadras pasamos un estero, llamado Guitalechecura, de esta parte se atraviesa una loma pedregosa, que vencimos subiéndola y bajándola con facilidad, quince y media cuadras, hasta llegar a otro estero nombrado Treuco, en cuya orilla tomamos alojamiento por lo muy pastoso del lugar, habiendo leña bastante, y buenos abrigos.

Desde este sitio se mira al poniente un cerrillo con un cogollo de peñas muy grandes que forman tres ganchos. Se distingue por el nombre del estero que nombré, Guitalechecura. Me ponderó Molina abundaba de piedras en forma de balas de todos calibres: fui a verlas, y aunque las hay parecidas, no con perfección. Es cosa común en muchos lugares de estas cordilleras, y en especial me han asegurado, que al lado del oriente de las Salinas Grandes, por cuyo camino vamos andando, hay un valle nombrado Muluchemelico, que sólo se compone de piedras redondas y de todos tamaños, que apenas podrán encontrarse algunas que no sean idénticas a los calibres usados. También al sur se ve otro cerrillo con meseta, formada de piedras que parece una corona, y al sudeste, otro que remata en punta como volcán; y en fin, por donde se quiera mirar, hay objetos dignos de atención; y en especial los grandes mallinares entre las aberturas de lomas muy pastosas, y muchos arbustos de chacayes y michis, que aunque no agradables a la vista, son útiles para hacer fuego. Es el mejor sitio que he visto para crianzas de animales, desde que entré a los Andes.

En este sitio inverné dos años ha el cacique Manquel; y a éste, que estaba aquí cuando fue comisionado don Justo Molina para reconocer el boquete de Alico, y por

él pasar estos montes, y enderezar con rectitud a Buenos Aires. Pero él lo que hizo fue, pasar la primera cordillera, y tomar el cajón que hace con la de Epulauquen, que se le sigue hacia el sur, caminando, pasó el estero de Daguacque, el de Liglenbú y el de Rarin-Leubú, por el plan del lugar de la capilla que cité, cuando traté de la junta que allí hice con estos peguenches. Luego pasó Neuquen, a quien se incorporan todos estos ríos y esteros, y por estas lomas del norte llegó aquí. Es consiguiente que no verificó el reconocimiento de aquel tránsito de cordillera, que aunque no fuera tan franco como éste, pero es por línea mucho más recta desde Buenos Aires a Concepción y su puerto. Hoy mismo, tratando con él sobre los motivos que tendrán los indios para no vivir en este lugar, me contó que sí invernan en él; y para prueba me dijo, aquí estaba Manquel cuando he referido.

JORNADA VIII

Desde Treuco a Treuquico

(Abril 26 de 1806)

A las dos y veinte minutos de la mañana estuve hoy en pie, con el deseo de hacer alguna jornada regular, y antes de venir el día estuvo aparejada la tropa, y salimos cuando se asomaba la aurora. Pasamos el estero, continuamos el rumbo subiendo una loma baja, por la que podrán rodar carretas, dejando a una y otra banda vertientes, que corriendo al poniente se incorporan en Treuco; y a las ocho y media cuadras, se tarjó legua, frente a un cerrillo llamado Piu Maguida, que mirábamos al norte. Por este mismo rumbo y clase de camino, se enteró otra legua.

Entramos a una vega de la misma abundancia de pastos, mudamos rumbo al este, cuarta al sudeste, por el que caminamos; y llegando a una vertiente de agua, que en el mismo camino sale de la tierra a borbotones, y que corre hasta una cuadra en donde se resume, se completó otra legua.

Media cuadra más, caminamos en una corta subidilla, y estando en una meseta de lomas, que por allí forman faldeo al cerro de Caycaden, pusimos la aguja, y mirando la cumbre del volcán al noroeste, continuamos nuestra

marcha al este. Por este rumbo caminamos diez y ocho y media cuadras, por terreno desparejo de faldas del cerro, que todo necesita compostura para carros; y empezamos desde este punto a descender para un cajón, que hace el cerro de Caycaden con otra cordillera. Contamos por bajada diez y siete cuadras, con las que se enteró otra legua; y continuando igual camino, a las catorce cuadras estuvimos en el plan. Tiene esta bajada treinta y una cuadras, todas de faldeo pendientes del cerro, y muy paradas; el piso es pedregoso, sobre trumau de todos colores; ya amarillo, ya colorado muy encendido, ya menos; ya azulejo, ya aplomado, y de los colores del terreno, las piedras. Tres arroyos se descuelgan del camino al sur, los que forman un estero en la caja, y antes de llegar a ella, hay por cuatro cuadras un atravieso de piedras de yeso, cuya veta traspasa a todos los cerros del sudeste y sur. También se encuentra una mina de tierra, y piedras cardenillos, y entre los indios se pondera de muy rico este cerro.

Pasado el estero, y siguiendo su curso al costado del sur por el mismo rumbo que traíamos, a las seis cuadras estuvimos en una quiebra, que hay una mina de piedras de caracoles, y otras con tallas de estrellas; cosa digna de atención, y de unas y otras tomé algunas. Continuamos la marcha, siguiendo el cajón; poco más adelante encontramos varios terrenos de árboles petrificados, aun estando en su misma situación: pero de una piedra como poma, sin perder las vetas, y concavidades de la primera sustancia. Y llegando hasta un lugar donde el estero toma su giro al norte, en cuyo sitio se mira de la otra parte de la caja una barranca minada de cuevas de tricaú, se enteró legua.

Todo el terreno de este cajón necesita de compostura,

para carretas, porque es desparejo, tiene estrechos muy pedregosos, del cerro del sur a la caja, y en partes, algunas cuestecillas pedregosas y pendientes.

Desde este sitio, seguimos por senda carretera hasta estar al frente de un cerrillo de piedras y tierra colorada, en donde se enteró legua. Continuamos por igual camino, aunque en partes sus cortas quiebras, veinte cuadras, y caminamos quince más al este: pasamos el esterillo de Treuquico, que por una y otra parte está rodeado de carrizales: su curso es de sur a norte por un hermoso valle. Tomamos alojamiento en su propia ribera, al abrigo del carrizo. A las doce cuadras, poco más para el norte de este sitio, hay una cueva, cuyo centro es de sal maciza, y se llama el lugar de las Salinas de Treuquico.

Desde que bajamos a Caycaden, a una y otra parte de la senda, hemos venido dejando lomajes de tierras de las mismas calidades que en él conté. Hay muchos arbustos por todos lados de michis, chacayes, callimamines, colli-guayes, quiscos, retamillas, maytenes, y algunos sauces en la orilla del estero de Caycaden.

Poco más de veinte cuadras al oeste de este lugar, dejamos una mina de tierra tan blanca como la cal cernida.

Todo este terreno está lleno de pisadas de guanacos, y los indios ponderan que hay muchísimos, y también avestruces. Siguiendo esta vega para el norte, se resume este estero a las diez y seis cuadras; y a la legua poco más, corre el río de Neuquen de poniente a oriente.

Poco después de las oraciones, a uno de los rondeadores de las caballerías se le arrancó el caballo ensillado, y fue tal el espanto de la tropa, que en el momento se desaparecieron todos los animales, tomando cada uno el costado que se le presentó. El desparramo nos causó la incomodidad de haber pasado los unos a caballo la noche, y los

otros con el cuidado de la pérdida que podría experimentarse.

En toda la mañana del 26 sólo vimos los del a'ojamiento cinco animales, que azorados se presentaron sobre las lomas del este, y a las once llegaron tres arrieros con setenta, faltando diez y ocho.

Yo me veía por todas partes confundido: deseaba caminar para llegar al lugar de la citación en Tilqui, pues ya en este sitio no había encontrado a los indios, que desde Butacura mandé llamarlos con el capitán Jara, y el teniente don Joaquín Prieto, a fin de que no me demorasen más. Veía que el camino en el cajón del Tocaman, y Caycaden presentaba dificultades costosas para facilitarlas, y que cada día nos íbamos separando más de la línea recta, que para tomarla tendríamos que bajar mucho: y en este estado, llamé a Molina a quien le dije, es preciso me señale usted la dirección que debemos tomar de aquí adelante, para según ella ir a reconocer el otro camino que me recomendaron pasaba por el otro lado de Nñuquén: y me señaló una punta de cordillera que mirábamos al sur sudeste, por cuyo pie del sur debíamos pasar; y para ello teníamos que bajar al nordeste toda esta vega hasta Neuquén, cuya caja me aseguró seguíamos. En este estado suspendí resolver, y él con el dragón Baeza que hablaron con los arrieros, y les dijeron que diez y ocho animales que faltaban habían tomado el camino, se dispusieron a seguirlos, y tomaron su partida.

Ya determiné yo pasar todo el día así, por esperar a Jara y caciques, como por ver si los animales aparecían. Anduve largo rato por la vega abajo, y en donde se resume el estero, se extiende y aumenta la anchura del mallín que hay por la orilla. El agua es salobre; pero no tanto que incomode tomarla.

A las 12, llegó Jara con el teniente don Joaquín y el cacique Manquelipi. Les pregunté la causa de su demora, y por qué no venían los otros indios, Puelmanc y Payllacura; y el teniente me contestó que Puelmanc decía, que el camino que traía era muy malo, y de mucha vuelta; que ya había visto el camino que había andado, y para adelante me restaban retazos muy peores. Que dispusiese pasarme a Tilqui, y que allí me saldría él para guiarme por otro camino.

Le pregunté, que cómo le había parecido aquella ruta: me contestó, que era mejor que la de Pichachen.

Me inteligenció de Manquelipi de todo el camino hasta llegar a las juntas con el de Molina; y me lo ponderó de mejores aguas, y de menos vuelta, que lo conocí por la dirección que me señaló. Me mostró hacia el nordeste, de la otra parte de Neuquén, distante la cordillera de Tilqui, cuyo cordón sigue al sur, por donde la descabeza Molina, y el otro camino pasa por sus principios, donde nace un estero que también se llama Tilqui.

Con esta instrucción hallé por conveniente tomar el consejo de Puelmanc, y marchar en el día para Neuquén; y así hice traer la tropa y aparejar.

JORNADA IX

Desde Treuquico a Cudileubu

(Abril 27 de 1806)

A la 1 y media de la tarde, que ya estuvieron cargadas y en disposición de caminar las cargas, le mandé a Jara se quedase en aquel sitio, para que, cuando llegasen Molina y Baeza con animales, los guiase para el lugar donde debíamos parar, que se lo explicó Manquelipi; y empezamos nuestra marcha hacia el norte por la vega abajo. Atravesamos una loma baja, y a la legua, y doce cuadras, estuvimos en la orilla del río Neuquén, que corre de poniente a oriente, ya junto con todos los esteros que desde Pichachen he nombrado. Lo pasamos por buen vado sobre piedra menuda: es correntoso, de cerca de una cuadra de ancho, de profundidad de más de vara. Y siguiendo por el mismo rumbo, a las seis cuadras estuvimos en la ribera del poniente del río Cudileubu, al abrigo de unos hermosos sauces, donde Manquelipi me dijo debíamos alojar, y esperar a los que atrás quedaban.

Le insté a que se alojase con nosotros; pero no admitió, asegurándome que alcanzaba a sus toldos, y sólo me señaló el rumbo que debíamos seguir, y me demarcó el sitio

que debíamos tomar en Tilqui, lugar que, al nordeste del que teníamos, distaría dos leguas.

Luego que se voltearon las cargas, hice que un arriero se volviese a Treuquico a acompañar al capitán Jara, mientras llegaban los seguidores de las caballerías, y después se vinieran todos juntos.

Este río de Cudileubu corre de norte a sur: tendrá un tercio de agua menos que el Neuquén, y se le introduce como cosa de tres cuadras del vado en que lo pasamos. Estamos en la caja de uno y otro río, que ambos son de una vega bastante ancha.

Las riberas de uno y otro, y sus pisos, son de piedras redondas chicas de todos colores, a similitud de nuestras playas marítimas chilenas: la caja cubierta de arbustos de los referidos, y de unos matorrales de pajas muy espesas, y cortaderas. Pasto poco, y algunos sauces, arruinados con las continuas quemas que los indios hacen cuando transitan estos terrenos.

Nuestro alojamiento vino a estar frente a una poza de agua, que en el mismo río formaba el plan del sitio: y deseoso de ver si había pescado, hice armar la balsa, y tender la red. Al primer lance, que fue poco después de oraciones, salió una pocha, que es semejante a la trucha, y al segundo, dos cauques.

El 28 por la mañana recorrí todas estas inmediaciones. Los cerros que forman las cajas de los ríos, son areniscos y vetosos de varios colores; lo mismo que sus piedras de que abundan: los pastos malos. He visto también varias matas de cizaña, yerba amarga, y maleza, que arruina en nuestras tierras los sembrados y viñas.

He encontrado algunas perdices muy grandes, y con copete en la cabeza, distintas en estas dos partes de las chilenas. No pude tener el gusto de cazar una, por los

muchos arbustos y yerbas donde se ocultan, propiedad en que convienen, con mucho ardid, con las nuestras.

A las 10, poco más, llegó el dragón Baeza, y los demás que quedaron por las bestias perdidas. Trajeron quince, dejando perdidas dos mulas, y un caballo bueno que traía el dragón. Volví a mandar otros dos mozos, que los buscasen por todos los zarzales de Treuquico, en donde pudieran haberse ocultado.

Así que hicimos medio día, hice entrar a pescar, y en cuatro lances que se echaron, salieron cuarenta piezas, entre pochas, truchas y cauques. Bastante prueba de que hay mucho pescado en este río, y mucho más habrá en el de Neuquén, que trae más agua.

En el resto de la tarde, puesto en una altura, mirando el punto de Butacura, de donde salimos el 24, el medio círculo que veníamos haciendo hasta Treuquico, y el que nos faltaba que hacer para despuntar la cordillera de Tilqui, noté la mucha vuelta que se da por el camino de Molina, y que me era preciso hacer reconocimiento del de Puelmanc, desde el mismo puesto de Butacura. Desde que llegué a mi alojamiento, mandé llamar a Molina, para que se dispusiese para salir al día siguiente conmigo a reconocer el camino; y me contestó hallarse enfermo. Al poco tiempo estuvieron de regreso mis dos mozos, sin haber encontrado las tres bestias perdidas.

Al cerrar la noche se levantó un viento oeste, como el que experimentamos en Moncol, pero más frío, como que nos hallábamos en situación más húmeda, por el bajo de la vega, y los dos ríos; y a las siete y tres cuartos de la noche oímos un estruendo como de pieza de artillería. Pensé fuesen los dragones pedidos al señor gobernador intendente, que hubiesen llegado a Treuquico, y como no nos encontrasen, hubiesen disparado para hacerme sa-

ber su paradero, y tomar por la contestación conocimiento del mío: y luego hice disparar una escopeta. Nada resultó, y debió ser algún estruendo del volcán.

El 9, continuó el viento con la misma fuerza, y habiéndose mejorado Molina, dispuse salir con él al reconocimiento de la ruta, y que los tenientes comisionados se pasasen con la caravana a Tilqui, para lo que los informé del rumbo que debía llevarlos, y sitio en que debían parar.

JORNADA X

Desde Cudileubu a Tilqui

(Abril 30 de 1806)

En el intermedio de la noche, el oeste se cambió en norte, y el cielo, cubierto de oscuras nubes, amenazaba un fuerte temporal. Me era conveniente salir de esta situación húmeda y fría antes de que lloviese; y así, posponiendo mi primera determinación, hice levantar cargas, y salimos todos juntos.

Pasamos el río de Cudileubu con el rumbo al este, así también la vega de esta parte, y llegando a unos cerros, con cuatro cuadras de tierra amarilla y piedras de varios colores, tomamos al este, cuarta nordeste, para subirlos. El repecho desde su principio fue parado, y en su cima vencimos un pretil bastante dificultoso, que pensaba el que las cargas hubiesen rodado: en fin no sucedió la menor desgracia. Tenía una cuadra.

Estando en su cima, que se compone de un plan grande, y con algunas quiebras, con el mismo rumbo caminamos hasta descenderlo por fácil bajada, y nos hallamos en una famosa vega, en cuyo sitio nos juntamos con el camino ponderado por Puelmanc. En este punto tomamos, al este-nordeste, por camino carretero, con sólo el estorbo de al-

gunos arbustos que rozan, y pasando un esterito al oriente, y de un monte de yaques, alojamos con tres leguas andadas.

Este lugar es pastoso, y su mayor abundancia es de coyronales: hay muchos choigues, quirquinchos, y guanacos, porque todos los campos están con vestigios de estos animales. Sus leñas son de arbustos, de retamillas, yaques, quilos, quiscos, y otros comunes. En la orilla del arroyo, que se consume poco más al sur de nuestro alojamiento, hay romazas, ñilgues, payco y apio: y en fin, es prado alegre y grande; guarecido desde el sudeste hasta el nordeste de un cordón de cerros o cordilleras; al nordeste una abra, por donde pasa el camino que hemos de llevar: al norte una punta de cordillera, que es gancho de la que titulan Piu Maguida, y al noroeste otra abra por la que viene el camino de Puelmanc, con el que nos incorporamos luego que estuvimos en este plan. Al este, más acá de los cerros, se divisa una caja grande de un estero que corre al sur, el que se llama Tilqui, y va a entrar a Neuquén, que corre de poniente a oriente, a distancia de dos leguas y media de este punto.

En este lugar me previno Manquelipi juntarse conmigo, y como sus proporciones nos franquean la posible comodidad, y para las caballerías, mejorándose el tiempo, haré el reconocimiento del camino, parando la caravana hasta vencerlo, y que lleguen los caciques.

El 1º de mayo amaneció lloviendo, pero siempre corriendo norte. La tupición era tan grande, que no se veían ni los cerros inmediatos. A las ocho de la mañana repuntó el oeste, se empezó a deshacer la niebla, y aclararse la atmósfera. A las doce se manifestaron los montes de Piu Maguida, de Cudileubu, los del cajón de Richachen. Este de Piu Maguida, y la sierra Velluda, que también se ve,

todos nevados, pero ninguno de los que han quedado al sur de la ruta que hemos traído desde Butacura.

Por la disposición, o aparato del tiempo, pensé que descargase algún gran temporal, de aquellos que experimentamos en Chile, con menos preparativos; pero como ya está deshecho, es consiguiente que aquí llueve mucho menos, y nieva también menos que en las cordilleras del poniente.

El 2 de mayo, a las siete de la mañana, estuve a caballo con Molina, Jara, el agrimensor, y un criado para salir al reconocimiento del camino. A las tres y media estuve en la tolдерía de Puelmanc, y al poco rato que dejé ésta, en la de Manquelipi. A ambos cité para entre dos días que debían estar en Tilqui, asegurándoles que al siguiente regresaba yo. Al capitán Jara dejé en lo de Manquelipi para que los hiciese aprontar. Seguí el camino, e hice mediodía en la ribera de un estero, inmediato al toldo de un indio, llamado Calbutripay, que me visitó en Rime Mallin, comunicándome se vino de Mamilmapú en la primavera pasada.

A las 2 y media de la tarde continué el camino hasta ponerse el sol, y alojé en la cima de una abra de la cordillera Pucom Maguida, cerca del nacimiento de un estero, que se titula Millanechico. La altura de esta cordillera es una de las nevadas. Corrió toda la noche un viento helado, y como no teníamos otro equipaje que los avíos, nos maltrató más, y puso en la necesidad de pasarlo cerca del fuego.

RECONOCIMIENTO

Desde Butacura a Tilqui, por Cudileubu, el 3 de mayo

El 3, continuamos la marcha antes de aclarar, y a las ocho y media estuvimos en Butacura, sitio de donde salimos el 24 para Tocaman. Tomamos ahora al norte de donde estuvimos situados, repechamos una subida de trumau, y piedra redonda de dos cuadras, y nos pusimos en el borde de una llanura hermosísima. Aquí se puso la aguja. Al norte mirábamos una piedra tan grande, que parece un cerrillo puntiagudo. Al mismo rumbo, poco más distante, la caja, o bajo del estero de Rarinleubu, que nace al oriente de las cordilleras de Moncol. Más lejos el de Ligneubu, que se descuelga de la misma cordillera hacia el oriente; y como de las cordilleras de Chillan, llamadas Epulauquen, que mirábamos al nor-noroeste, otro cajón, por donde corre al sudeste el estero de Dagucque, el que se une con Ligneubu, y en un cuerpo se introducen a Neuquén, y también los antecedentes. Y al norte la cordillera de Barbarco, por donde viene el camino de Malalque; de su lado del poniente el río Neuquén, y de su oriente el de Barbarco, que se une con Neuquén. A este plano o abra hacen un medio círculo completo las cordilleras de Mancol, al oeste y nordeste. Al nor-noroeste, la de Epulauquen; al norte la de Barbarco, y un gancho de ella a nor-nordeste; y al nordeste y este la de Pucom Maguida. Es regado por todos los esteros referidos, y los que se descuelgan al poniente de Puconí Maguida, que todos confluyen a Neuquén, que corre de norte a sur. Pero por el mismo pie del referido monte Puconí Maguida, y descabezándolo, se incorpora con el de Renquileubu y del Tocaman, y toma al oriente.

Por esta abra fue por donde cortó don Justo Molina para ir a Treuco en busca de Manquel, para pasar a Buenos Aires el año de 804, en que fue comisionado para que se internase por el boquete de Alico.

Atendiendo al camino que debíamos tomar, nos dirigimos al nordeste por camino llano pero pedregoso, de piedras redondas sobre trumau, y entrando a un cajoncillo de estero de invierno de bastante piedra, topamos dos estrechos del plan del cajón, cuyo espacio es corto, y necesita facilitarlos para carros: que vencidos al poco trecho, entramos en una vega, por donde baja Rarinleubu hasta Neuquén. Pasamos por el lugar donde tuve la junta, y cortando la vega cerca de la capilla, pasamos una corta subida suave, y al poco rato la descendimos insensiblemente, hasta llegar al río Neuquén, que por buen vado da el agua a la cincha del caballo; y tiene de ancho una cuadra: lo pasamos. Hasta esta parte contamos dos leguas.

En esta ribera pusimos la aguja, y por el este-nordeste continuamos la marcha por un repecho de la cordillera de Puconi Maguida. Su elevación es de seis cuabras de piedra grande y menuda sobre trumau, y no muy parada. Desde este punto empezamos a faldear, y pasando tres vertientes, que corren al sur, y se introducen al estero de Millanechico que corre al poniente, pasamos también éste: vencimos otro repecho más tendido, y con algunas faldas suaves, hasta llegar al abra de la cordillera donde nace el estero, en cuyo sitio dormimos anoche. Hasta aquí hay dos leguas desde el río.

En esta abra hay un malal o castillo de piedras, por naturaleza, el que se nombra Palal Maguida, y se refugiaron en él estos peguenches, en un malón que les dieron los de Malalque.

Por el mismo rumbo proseguimos bajando, y por mejor

senda, aunque con varios atraviesos cortos que necesitan componerse para carruajes: a media falda nos acercamos al estero de Quilmanque, que nace de una quiebra que dejamos al sur, y llegando al plan, pasamos un estero que nace al oriente de esta cordillera, y allí cerca se une al que he nombrado Quilmanque. Y siguiendo la orilla de éste por camino carretero, pasamos por tres vertientes que brotan salitre, y destilan algún agua salada, del que se forma un chorrillo que corre por el mismo plan: el salado al norte, y el dulce al sur, por cuyo medio caminamos; dejando de la otra parte del estero Quilmanque, la toltería de Pilquillan, cacique nombrado, y de la del salado, el camino que de estos peguenches va para Mendoza. Y antes de llegar a una mancha de maitenes, que se mira por la orilla abajo de estos esteros, pasado el que hay en la toltería de Calbutripay, se enteraron otras dos leguas.

En este sitio mudamos rumbo al este, estando de norte a sur con el cerro de Caycaden: y cortando los dos esteros, y una loma baja con corta subida y bajada, con veinte cuadras llegamos al río de Cudileubu, ya junto con el de Quilmanque.

Si se quiere ahorrar esta loma, se toma la vega abajo de la toltería de Manquelipi y Puelmanc, hasta llegar a las juntas de Quilmanque con Cudileubu: sigue por la caja de éste, que todo es camino carretero, hasta venir a este punto, sin más vuelta que de ocho a diez cuadras.

En este sitio pusimos la aguja; y mirando a una punta de cerro, que hace risco al río, y desde donde toma su curso al sur para enderezar a Neuquén, tomamos al sudeste. Caminamos, después de pasado el río, por buen plan hasta pasar un estero de agua azufrada, que viene al poniente a introducirse a este río; y de este lugar atravesamos un plan pedregoso, y lo descendimos con una bajada

de una cuadra tendida, hasta llegar al objeto de nuestra dirección: en cuyo frente hay una vega de tierras blancas, que pasadas, subimos una loma con cortas quiebras; y continuando la cima de unas lomas hasta un alto de trumau flojo, pasado un pedregalillo, se completaron otras dos leguas.

Desde este lugar tomamos el rumbo al este-nordeste, y caminamos treinta cuadras de igual senda, hasta llegar al alojamiento.

Por la relación hecha de esta ruta, y de la del Tocaman y Caycaden, se conocerá cuán más fácil de compostura, y cuán más recta que aquélla es ésta.

Toda la cordillera de Puconi Maguida es de los mismos panizos que la de Caycaden. Hay también minerales inagotables de yeso, a su levante. En el cajón de Quilmanque, preciosas piedras jaspes, y en muchísima abundancia; y en el estero de Millanechico, muchísimo oro, según ponderan los indios, y puede ser muy bien cierto, porque el nombre significa *agua de oro*.

No menos son de aprecio las abundancias de piedras aplomadas de cantar. En todo el atraveso del abra hay buenos pastos y mallines. Aguas y leñas de arbustos comunes, sin más particularidad en esta especie, que la mancha de maitenes, y muy raros sauces.

En muchas partes hay también minerales de carbón de piedra, especialmente en las faldas de la cordillera por las cajas de esteros.

El 4, cerca de mediodía llegó a mi toldo Mariñan, el mocetón de Millatur, que debe acompañarme: lo recibí con mucho comedimiento. Le acompañan cuatro mocetones, y trae veintidós caballos para su marcha. Le pregunté por el hijo de Laylo y de Carrilon, que ya tardaban; y me contestó, que Laylo con el hijo estaban alojados en la orilla

de Cudileubu; que no se vinieron con él, porque se habían perdido dos caballos; que estarían aquí en el resto del día: pero que del hijo de Carrilon nada sabía.

Estando comiendo, llegaron Puelmanc y Manquelipi: éste con un hijo, y sólo dos caballos; y aquél con dos hijos y dos mocetones, con veintiséis caballos buenos. Tras de ellos llegó Payllacura con un mozo, y ocho caballos. Les di de comer, celebrándolos mucho, y les regalé una caja de dulce, que estimaron y ponderaron muchísimo.

Luego preguntaron por el hijo de Laylo, y les di la razón que Mariñan me había dado. No creyéndola, empezaron a murmurar de él, y de toda su casa, diciéndome que no vendría.

En el momento mandé a Baeza que lo fuese a buscar, y cuando no lo hallase en Cudileubu, lo siguiese hasta Butacura. Los indios dijeron que, en caso de que el hijo de Laylo no viniese, ellos no podrían continuar el viaje: porque ¿cómo se internarían a tierras ajenas sin mensaje de su cabeza?

Más de una hora me llevé persuadiéndolos de que vendría, y cuando no viniese, que no necesitaba de él para llevar ellos noticias de la voluntad de Manquel, pues la oyeron en las repetidas juntas hechas. Que les sería muy recomendable el mérito de acompañarme, habiéndose el otro arrepentido, y otras reflexiones. Pero nada saqué, sino que sus corazones estarían tristes, mientras no viniese el mensajero de Manquel.

A las 7 de la noche estuvo Baeza de vuelta, porque encontró un mensaje que me mandaba Treca, con cartas del señor gobernador intendente, y del señor comandante de los Ángeles, conducidas por un cabo de dragones, y nueve soldados, que estaban en la toldería de Manquel, desde la noche antes. En el instante estuvieron los indios

a saber lo que era de Laylo, y les di por razón, que ni en Cudileubu, ni en sus toldos estaba: que no tardaría en llegar, porque se habría separado buscando sus caballerías.

Que ya tenían en sus tierras diez dragones, que pedí al señor gobernador intendente, a instancias de ellos; que viesen por sus ojos, que lo que prometían los españoles era cierto, y no faltaban a sus palabras; que del mismo modo irían experimentando cuanto les he asegurado acerca de nuestra amistad, y de la expedición. Que no sintiesen la falta del mocetón de Laylo; que a mí me bastaba con ellos, y les sería más importante ir los cuatro. Recibieron muy bien la noticia de los soldados, me dieron los agradecimientos de tan buen auxilio; pero al mismo tiempo, moralizando sobre la tardanza de Laylo, dijeron, que el no venir Laylo, y revolverse de tan cerca, contendría cosas de importancia, y la menor sería querer echar el cuerpo fuera en permitirnos pasar; y que sin saber o descubrir sus máximas, les era imposible continuar la marcha.

Les hice ver que nos convenía salir sin demora al siguiente día, y que yo regresaría a buscarlo; que no me volvería sin él, o Manquel, que importaría más: que mi comitiva con ellos iría caminando, y saldría yo a alcanzarlos. Esta propuesta les hice por irlos alejando de sus casas, pues bien penetraba yo que Laylo no vendría. Aceptaron, pero con la condición que yo en el día debía volver, porque no podrían pasar sin mí más de un día: convine en ello.

JORNADA XI

Desde Tilqui a Auquinco

(Mayo 5 de 1806)

A las 3 de la mañana ya estaba en pie, y con caballo ensillado; hice aparejar y aprontar la comitiva, hasta empezar a cargar. Traté un rato con los indios sobre el manejo que debían llevar en la marcha, y que, aun a costa de trasnochar, estaría con ellos en el alojamiento que tomasen. Hice a Baeza y a un criado que me siguiesen, y enderecé para Cudileubu.

No perdí instante en galopar, y a las 8 de la mañana ya tenía recorrida toda la ribera de Cudileubu, en donde sólo encontré los vestigios de Laylo, de sus animales, y del fuego que tuvo: me trasladé a la de Neuquén, pero nada sacaba, sino ver huellas, para arriba y para abajo del río. Dudoso, pues, del éxito que tomaría, nos paramos en un alto; y hacia el norte, muy arriba del cajón de Cudileubu, divisamos unos bultos como de caballos, y al parecer se exhalaba un humo de una quebrada. Seguí para aquel destino, y cuanto más me acercaba, conocía ser de ciertos animales caballares el objeto de mi atención. Llegamos al sitio: el humo eran unas tierras azulejas, y los seis ani-

males caballos, de otros indios que estaban allí engordando.

Regresamos de aquel sitio hasta las juntas de Cudileubu con Neuquén; y volviendo a tomar rastros, seguimos seis huellas de caballos que iban por una senda bastante amplia, aguas abajo de dicho Neuquén. Caminamos por ella más de tres leguas, y habiéndonos perdido en una que-mazón, ya dudé de que Laylo pudiese haber tomado aquella dirección.

En este punto hice suspensión, y tratando con Baeza si nos alcanzaría el día para llegar al alojamiento de la comitiva, me respondió que no; pues teníamos que desandar todo lo andado, y después la jornada del día. Le aseguré que habíamos de alcanzarla, aunque fuese en la noche; y pareciéndome, que cortando el norte por los cerros que tenía de atravesio, podía salir a las vegas de Tilqui, me entré por un cajón de dos lomas altas, y a las 16 o 20 cuardras que anduvimos, encontramos un estrecho, que fue preciso rodearlo por las faldas de un cerro: volvimos a él de nuevo, topamos piedras, y vetas particulares, al parecer, de buenos metales. Más adelante chorros, tracas, y caracoles petrificados, que de cada especie tomé una pieza. También un pedazo de cadera, al parecer de ballena petrificada; y saliendo del cajón nos fue preciso encumbrar un cerro parado, de tierras entre blanquecinas, de muchas vetas de las primeras piedras aplomadas, relumbrosas, y muy pesadas que vi. Vencimos la subida, pero nos encontramos en un inmenso risco, sin más bajada que por donde habíamos trepado.

Desde este alto nos pareció que otro cerro contiguo nos proporcionaba poder pasar a las subsiguientes lomas: pasamos a él con mucho trabajo, y con no menos lo subimos tres veces, y dos bajamos unos precipicios, que hasta aho-

ra sólo serían conocidos de fieras y guanacos. Nuestras cabalgaduras fatigadas y sedientas ya no caminaban sino a un tranco desmayado; nos era preciso aliviarlas a veces, caminando a pie, y tirándolas: pero notando que ni aun así nos sufrirían, las desensillamos un rato, para que tomasen fresco y alimentos. A nosotros también la sed y el calor nos incomodaban, y fue poco el rato que convine esperar. Seguimos por el filo de una loma, que cuanto más andábamos era más suave, y al fin descubrimos el plan de Tilqui, al que enderezamos con sumo gusto. Llegamos al sitio de donde habíamos salido por la mañana, a las 4 y tres cuartos de la tarde. En la aguada refrescamos las caballerías, y nosotros saciamos la sed. El dragón me instaba a que pasásemos allí la noche, porque no era práctico de la senda que la caravana había tomado; amedrentándome con que los animales no sufrirían la caminata. Yo le animé, asegurándole el conocimiento y experiencia que tenía de mis cabalgaduras, y que no podía faltar a los indios: y con esto seguimos a paso ligero por una senda pareja, aunque peligrosa, siempre al este-nordeste, rumbo con que llegamos a la orilla del estero. A poco más de 6 cuadras pasamos otro, nacido de la misma cordillera, y con igual curso al sur. Más adelante otro, que todos en el bajo forman uno, y consiguiendo el nombre de Tilqui, se incorporan al Neuquén.

Seguimos por una subida, que luego descendimos por terreno pedregoso y de trumau: el atravieso tendrá 4 cuadras. Trepamos otra subida de piedras, planas como tablones, que tendría cuadra y media, y la bajamos con media cuadra. Pasamos otro esterillo con varios mallines por su ribera, que nace de las faldas, al sudeste de dicha cordillera, y se incorpora también al de Tilqui; y desde aquí comenzamos a subir un repecho tendido y largo, cu-

bierto en muchas partes de piedras sueltas planas, y de todas vetas, que el arte no las hubiera puesto en tan buena disposición, para enlozar patios, y calles, etc. Y llegando a la mayor altura de la loma, con sólo crepúsculos de luz, tendimos la vista, y se nos presentó al frente una hermosa llanura, con una laguna, cuya ribera albeaba, y circundada de unas faldas tan blancas como la nieve, por el nordeste, este y sudeste; y en medio otro cerrillo, que dividía el llano de la misma materia. Me persuadí fueran salinas, pues no tenía razón para creer fuese nieve. Confieso no haber visto cosa más deliciosa, y que por aquel instante olvidé la incomodidad que traía con las cabalgaduras, cuyas fuerzas se iban agotando. Seguí con gusto para el bajo; y antes de estar en él, se nos oscureció enteramente. Miraba por todas partes por si veía fuego, seña que me deberían poner para distinguir el alojamiento de mi comitiva, y al cabo de andar titubeando, entre arbustos espinosos y médanos, columbramos un fuego hacia el norte, seña que nos hizo conocer el que andábamos perdidos. Empezamos a cortar para la hoguera, pero ya nuestros animales cedieron sus últimas fuerzas, y ya a pie, ya a caballo llegamos al alojamiento a las nueve y media de la noche.

Así que estuve allí, pedí agua, y me pasaron un vaso: pero sin embargo de lo seco que venía, conocí al primer trago ser agria. Pregunté al agrimensor lo que había andado la caravana, y cómo se llamaba el lugar: me respondió, que dos leguas y diecinueve cuadras, y se llamaba Auquinco; que todo el camino fue al este-nordeste.

A este tiempo llegaron a verme los indios, y enterados de cuanto hice por encontrar a Laylo, echaron fuera de sus pechos algunos resentimientos que de sus procederes tuvieron antes, y también de Manquel. Los consolé, pro-

metiéndoles que bien temprano contestaría con el mozo de Treca (que caminó este día con la comitiva) al señor gobernador intendente, y comandante de los Ángeles, y al cabo, que estaba en lo de Manquel con los dragones, y encargaría a éste que hiciese nos alcanzase Laylo con su hijo. Me suplicaron no mandase a este mozo, hasta que no volviese un hijo de Molina, que detrás de mí salió esta mañana para lo del mismo Manquel, en busca de un hermano que había llegado con los citados dragones. Les pregunté, ¿que quién lo había mandado? Me contestaron, que su padre; y lo hice llamar. Le reconvine que ¿cómo había mandado a su hijo sin darme parte, para haber dado algunas providencias para la tropa, y por consiguiente sobre la revuelta de Laylo? Y que, ¿por dónde le dijo a su hijo fuese, que no se encontró conmigo, ni pasó por las juntas de Cudileubu? Me respondió que, después que yo salí, determinó el mandarlo, por que fuese a traerle un hijo que venía de Tucapel, para acompañarlo en el viaje; y que éste le mandó decir, que no tenía caballo en qué alcanzarlo, y mandase por él, remitiéndole caballería. Le dije, que ya estaba enterado, y a los caciques, que no devolvería al mocetón de Treca, hasta que no llegase el hijo de Molina, de quien tendríamos noticia de Laylo, y del recibimiento que Manquel le haya hecho, si se ha regresado.

El 6, antes de amanecer, recordé al capataz, y le previne hiciese venir luego la tropa, y se aparejase. Yo esperé con caballo ensillado la aurora, y llegando, monté en él, y con Baeza me fui a reconocer aquellos objetos que me deleitaron antes. Las lomas que veía albas son de yeso enteramente. La laguna es salada, y toda la playa tiene un betún de sal, tan alba como la misma nieve.

El esterillo que corre por nuestro alojamiento nace de

una cordillera, llamada Puni Manguida, que está al oeste-noreste de la laguna: forma tres lagunillas en el plan, antes de llegar al cerrillo del medio del círculo. De su otra parte está la laguna grande, que aunque salada, como he dicho, su agua, pero no desagradable. Toda la vega, que tendrá por una legua de atraveso, es pastosa, y por todas sus inmediaciones hay arbustos de los comunes. Así como volví, hice levantar cargas para marchar.

JORNADA XII

Desde Auquinco a Tril

(Mayo 6 de 1806)

Mientras se cargaba me vinieron a hablar los caciques: tratamos de la hermosura del sitio, y ellos de la mucha abundancia de sus guanacos, y avestruces que en él hay: que cuando llegaron ayer encontraron más de sesenta juntos en el plan, y cazaron tres. Me dieron dos piedras, de las que crían en el vientre; que por ser las primeras que veía, las celebré. Y viendo que ya la tropa estaba dispuesta, les dije: —Amigos, a caballo, que son más de las ocho. Caminó la comitiva, y tras de ella la junta por el mismo rumbo de ayer: descabezamos la punta del norte de la vega, y comenzando a subir una loma baja, y dejando al este un camino, que los indios me dijeron iba para las salinas de Puan, antes de llegar al mayor alto de la loma, que toda es de trumau y camino carretero, se me llegó Puelmanc, y me suplicó, hiciese parar la caravana, porque querían cazar guanacos y choygues, pues con la bulla y gritos de los arrieros se espantarían. Convine, y se repartieron los indios. Así que tomaron alguna delantera, continuamos la marcha por un plan del mismo terreno: como a las 8 cuadras, vimos un hermoso avestruz, que venía

corrido y como a encontrarnos: y le salió de a través el hijo de Manquelipi, quien le tiró los laques, y enredó con ellos que no pudo moverse. Seguimos caminando, y como a las 4 cuadras, empezamos a descender por igual bajada: faldeamos unas lomas bajas, por las que venía un indio corriendo a 7 guanacos, que se le fueron sin hacer presa; y vencíéndolas, nos entramos a un cajón de aguas de invierno, o llovedizas, que ruedan de las lomas del sur y norte; por el que caminamos dos tercios de legua, hasta llegar a una hermosísima vega, bañada de un estero que sale al oriente de la citada cordillera de Puni Maguida, a cuyo costado está la vega. Se llama Tril, y a la orilla del estero, que es salado, nos alojamos a las 10 y más de media.

En este lugar hay cal de piedra, mucha arenilla blanca, y alguna negra, piedras cristalinas, mariscos petrificados, muchísimos guanacos, avestruces, marras en la misma abundancia, y mucha leña de arbustos para fuego. La cordillera repetida de Puni Maguida, para esta parte está cubierta de escoria: en sus faldas se divisan lomas enteras de yeso, hasta cerca de esta vega. Al norte hay un cerrillo puntiagudo como volcán, cuya altura se conoce ser de una piedra. En todos estos contornos hay piedra de cantería; y en los más distantes al oriente, tierras de color de bermellón.

JORNADA XIII

Desde Tril a Cobuleubu

(Mayo 7 de 1806)

A las 6 de la mañana, estuvo toda la comitiva a caballo, y continuando el mismo rumbo, la atravesamos con más de dos leguas medidas, hasta llegar a un cerrillo bajo, que lo pueden pasar carros: y pasado otro llano más corto, llegamos a un esterito de agua salada imbebible, que pasamos: en cuyo sitio se ven al sudeste muchos terrenos de color, y lomajes carmesíes como bermellón. Seguimos por buen camino, entramos a un cajón amplio de tierras lloviznas, y saliendo de él, proseguimos por llanos entre dos lomas bajas. Dejamos al lado del norte un cerrillo pedregoso de muchos pedernales; bajamos, con descenso de diez o doce varas, a otro plan hermoso, y al salir de él, dejamos de una y otra parte de la senda varios extremos de lomas, cubiertas de piedras de cristales, que con los rayos del sol resplandecían como preciosísimas piedras.

Seguimos por camino carretero, y por igual clase de terreno trumagoso, y al este se nos manifestaron muchos cerrillos de arena y piedra, con cimas ya como casas, ya como torres, y algunos como fuertes, que parecían poblaciones de las nuestras. Los perdimos de vista, y nos intro-

ducimos a dos lomas, que hacen caja a las aguas rodadas, y es formada de peñasquerías, por una y otra parte, color de fierro, y con vetas de piedra blanca, por cuyo cajón, pueden rodar carruajes: tiene más de media legua de largo. Salimos de ella, y entrando a la de Cobuleubu, que es una vistosa vega, por su extensión y verdura de pajales, llegamos atravesándola con doce cuadras, hasta el río referido. Corre en este plan de oeste-sudoeste a este-noreste: lo pasamos en buen vado de piedra menuda; tiene de ancho más de cuadra, de profundidad cerca de vara y media, y bien correntoso. Su agua entre salobre, pero no tanto como la del estero de Tril, y en su ribera, de esta parte, nos alojamos, habiendo andado seis leguas y veintiocho cuadras, todas medidas.

Cualquier ponderación que se haga de estos terrenos y montes, por los objetos distintos y desconocidos que a cada paso presenta la naturaleza, es muy corta; pues para describir de algún modo útil a la inteligencia, ni debía venir de marcha, y con los distintos cuidados que me rodean, ni ser de tan cortas luces: porque a la verdad, para dar completa idea, se necesitaba entrar a ellos con sólo este fin, para especularlos despacio y con prolijidad. También, el que no se recelase riesgo en las especulaciones, porque ahora a cada momento los presentan sus naturales.

Desde que llegué a Moncol, no hubo día en que no ocurriesen nuevos temores, y así toda mi comitiva más quería regresar que dar un paso adelante. No se veía indio que no viniese despavorido, formando dificultades inaccesibles; y para hacerles ver que serían originadas de particulares fines de sueños de una vieja, de otra mujer, o de un indio de crédito que ellos recomendaban, se necesitaba emplear uno el discurso y el tiempo más importante. Ni me hubiera servido mi resolución, ni el desprecio

que hacía de sus dichos, si ellos no hubieran creído que el reloj era cierto adivino, que yo traía para que me comunicase las disposiciones de las naciones. Laylo, que lo vio sobre mi mesa, y observó el sonido en medio de varios concurrentes, virtió la especie: y aunque yo les signifiqué su destino, no lo creyeron, por dar más autoridad al indio, que les ponderaba, que ¿cómo había de temer, ni ignorar las cosas, cuando a él le estuvo el gaucho sacando la lengua?

De ambas materias trataré, con el conocimiento que voy adquiriendo, en el lugar que he prometido. Ahora la toqué, porque en este mismo sitio donde estoy escribiendo, ha empezado Puelmanc a fundar nuevos obstáculos, que les rechacé, con decir que no me hablase de eso, que el miedo no lo conocía, y riesgo había cuando uno se descuidaba. En fin.

Este río, me han inteligenciado estos caciques, que es la línea divisoria de estos Peguenches, con los de Malalque; pero no en cuanto a las Pampas, pues éstos disfrutaban de la propiedad y dominio de tierras hasta Chadileubu.

Su nacimiento, dice Manquelipi, asegurando ha corrido la mayor parte de su extensión, que es la cordillera de Curideguin, distante de este sitio diez días de camino: que su primer origen es de un hermosísimo mallinar, el que dista de los españoles de Maulé poco más de un día.

Que de sus tierras hasta este sitio le confluyen los ríos siguientes: Currimurín-leubu, Colimal-leub, Collimamil-leubu, Rauguico-leubu, Liucuyán-leubu, Coyguecó-leubu y Yanechí-leubu. Que en saliendo de estas cordilleras, corre solo sin introducirse a Neuquén, arrimándose a la senda que debemos llevar por unos días: después que nos separemos de su ribera, alojaremos a distancia de tres leguas,

y otros de ocho, y otros de cinco hasta Puelec, por cuyo frente toma ya su dirección para la mar.

También me han asegurado, que por el costado del sur, su línea divisoria con los guilliches es el estero de Cariguenague-leubu, cinco días de camino en su caballo, sólo antes de llegar a Limayleubu; que es decir, que son cincuenta leguas de menos goces, que los que Molina aseguró en su diario por la división a Limayleubu.

A Limayleubu ponderan estos naturales, que es el río mayor que corre al oriente de los Andes; que nace de las cordilleras de los primeros guilliches, parciales de los llamistas y enemigos de Canigcolo y Patagones; y que no descubre vados, porque es muy profundo; que le confluyen Neuquén, y otros varios esteros.

Conviene en que el estero de Cariguenague, en las Pampas, corre hacia al sur, entre Neuquén y Limayleubu, y que se incorpora a éste, antes de las juntas con aquél.

También, que Cariguenague nace de la cordillera, nombrada Deguin, que los divide de los referidos guilliches, hacia el poniente: y por último, que el atravieso, de sur a norte, desde este río a Cariguenague, es de doce días de camino.

Para adquirir noticias de estos indios se necesita irlos introduciendo insensiblemente a la conversación, sin que ellos conozcan es con el objeto de saber de sus terrenos, propiedades, etc.: pues son tan recelosos que, yendo el agrimensor en Auquingo a ver un escarpado de piedras toscas de cantar, en la tarde que llegó allí la comitiva, le fueron a decir que ¿si iba a buscar oro? Que ¿qué hacía? y que se retirase. Es también cierto, que a mí jamás me han embarazado, ni reparado el que ande a pie o a caballo, por todas partes donde me parezca conveniente: que trepe a los cerros, que me apee a tomar tierras, o piedras;

pero siempre he tenido la precaución de prevenirles alguna curiosidad, y deseo de salir de ella. En el propio lugar de Auquinco, como dije, en él fui a ver la laguna, y yeseras, con sólo la precaución de que la noche antes alabé la hermosura del sitio, que lo había de ver antes de salir, y cuando llegué, se me juntaron todos con sumo gusto a preguntarme que ¿cómo me habían parecido aquellos cerros tan blancos? Les ponderé aquellas minas, y en método alegre les supliqué si tenían algunos cerros de oro, o plata, me los enseñasen, que gustaba con ellos ver, y especular cosas desconocidas. Contestaron riéndose, que sí lo harían cuando los hallasen; y continué advirtiéndoles las utilidades del yeso, para introducirlos al interés que debían tener en la amistad de los españoles, pues con el trato de ellos adquirirían conocimientos importantes.

Así, hoy 8, como se levantaron, saqué de una petaca una aguja hermosa, de muy buena pintura y caja; llamé a unos de ellos, y la puse en la orilla del río, y como todo le pareció bien, gritó a sus compañeros que concurriesen a ver lo que era lindo, y se movía solo. No quedó uno sin venir. Les expliqué sus usos, y llenos de placer me traje a los caciques a mi toldo, en donde matearon a su gusto, y después almorzaron; y mientras duró uno y otro, estuvimos tratando del río, de sus terrenos, y de lo demás que he expresado.

Por todo el diario de ayer se conoce, que no tuvimos más agua que la del esterillo salado, hasta llegar a este río, que no deja también de tener su sazón; y me falta advertir, que desde la vega de Tril hasta este lugar tampoco hay pasto, pues todos los terrenos son trumagosos y de arenilla escoriosa; pero sí abundan los arbustos, especialmente de los de marras, que en muchas partes, para que pudieran pasar carros, sería necesario rozarlos.

En este sitio tenemos mucha extensión de vega, hacia el sur y norte, circundada de lomajes bajos, areniscos y con vetas de todas clases de piedras y tierras. Por el bajo que prestan las del norte, se divisa el cerro del Payen, a distancia de veinte y cinco leguas. Al norte, cuarta al este, la cordillera de Pichachen, tres días de camino de aquí, según dicen los indios. Al oeste, cuarta al sureste, la cordillera de Puconi Maguida presentada de costado, que distará su plan tres leguas, y hace caja a este río, y por todos los demás costados no se miran sino cerros bajos.

A las 10 del día, montaron los caciques a caballo, con el proyecto de buscar yeguas o caballos alzados, que dicen hay muchos por estos contornos; y al ponerse el sol, que acababa de llegar el hijo de Molina de lo de Manquel, estuvieron aquí sin presa alguna. Me estaba dando razón Molina, que Laylo y su hijo se habían vuelto, y llegado a sus toldos con el pretexto de los dos caballos, que se le huyeron de Cudileubu. Que Manquel había tenido muy a mal la vuelta, y que estaba en disposición de montar a caballo con su mujer, y seguirme. Me aparté para que se allegasen los indios a tomar esta razón, y oírlos producir.

Apenas entré a mi toldo, y empezaron a preguntar. ¿Qué era de Laylo? ¿Qué de su hijo? ¿Qué de Manquel? Y cída su resolución de volverse, y la que tenía Manquel, moralizaron en voz baja sobre el proyecto, y dijeron a Molina que eran unos embusteros. Que ¿por qué no maneó Laylo sus caballos? Que los soltarían de propósito. Que ¿por qué no vino a entregar a su hijo, así como tuvo caballería para volverse, y después fue a buscarlos, y los mandó? Que ni Laylo, ni Manquel tenían palabra, honor, ni procederes honrados. Que sus promesas serían para recibir chupas y demás agasajos. Para tener en sus toldos soldados, pues con este auxilio estaban acostumbrados a

salirse con las inhumanidades que querían; y por último, que no creían; y que teniéndolos resueltos a caminar, continuarían conmigo, y se vería que no hacían falta los mensajes de Manquel ni de Laylo. Que ellos me darían las quejas que tenían de Manquel y de su hermano, allá en su pecho, que lo abrazaban. Que entonces los conocería bien, y no tendría esperanzas de ellos. Bien enojados volvieron las espaldas, se fueron a su alojamiento, desensillaron, se tendieron, y trataron de nuevo de la materia.

Yo que de todos modos y sin reparar perjuicios, deseaba un compañero de la casa de Manquel, por tener el nombre de gobernador, y que sin duda sería reparable para los caciques intermedios que faltasen sus recomendaciones, sentí el oírlos tan encaprichados; y al poco rato, proponiéndome solicitarlos, los mandé llamar con el capitán Jara, para que viniesen a acompañarme en el mate, porque estaba triste, acordándome de mi mujer e hijos. Al punto vinieron.

Ya sentados dentro de mi tienda, me dijeron que estaría pues triste, viéndome en tierras ajenas, y tan distante de mi familia. Les contesté, que como no había de estar, cuando mes y medio hacía que me había separado de mi casa, de mis hijos y de mis comodidades, en cuyo tiempo pensaba haber concluido mi comisión, y estar libre de los temores que son consiguientes, y que aún no me hallaba en la tercera parte del camino. Proseguí: —Mi tardanza, amigos, ha dimanado de accidentes inevitables a los viajeros, y ella ha causado el atraso de mis bestias, el consumo de mis víveres, y otras incomodidades que no está hecha mi persona a sufrir: pero habréis reparado, cuando me mirasteis, mi rostro igual, siempre afable, y siempre contento para con vosotros, como si estuviera en mis tierras entre los placeres, y en medio de la seguridad. No

me negaréis esta verdad; mas ahora que estoy acompañado de vosotros, que os he recibido como hijos ¿qué podrá afligirme cuando me habéis complacido con vuestras compañías, que me prometen cierta franqueza, y seguro en las tierras que hemos de pasar? Cierto es que por esta parte estoy contento: pero algo tengo de nuevo en el alma que me oprime el corazón. Me he acordado que había creído llevar conmigo cinco peguences, y que en vosotros no veo sino cuatro: no tengo pues completo mi deseo, uno me falta, y si sois mis amigos, me ayudaréis a buscar arbitrios para solicitar otro compatriota, con el que se completará el número que deseo tener de los cinco. No por esto penséis que me intereso en que condescendáis con mi gusto, sino sólo en que, oyéndome cada uno, me diga con verdad su parecer, que si es más fundado que el mío, me daré a la razón, alabando el mejor dictamen. Soy, y todos los que me oyen, racionales, y conozco en vosotros ciertas luces naturales, dignas de toda alabanza. Decid, pues, ¿gustáis oírme?

Respondieron, que dijese cuanto quisiese, pues conocían en mi espíritu cierta bondad que merecía complacerse.

Proseguí: —Ya oisteis, compañeros, el recado de Manquel, que condujo Molina, y también como Laylo se revolvió. Ya está conocido, y también conozco a Manquel, que sabe faltar con lo que promete. Así no es de asegurar el que ahora cumpla lo que me ofrece; pero no sé qué me queda en que pueda en la ocasión tomar a su cargo cumplir con la en que él mismo puso a su hermano. Estará corrido, avergonzado, y su corazón de hombre le estará allá dentro representando, que por los españoles se ve auxiliado de soldados, con ellos a su puerta, como mis jefes, y que ¿cómo ha faltado a prestarme un homenaje o un mensaje, que en nada le perjudicaba, sino antes bien

le prometía en la ocasión, honores, créditos, y se aseguraba de recompensas que sólo por este medio debía esperar merecer? Así verán sus ojos las prendas que él, que su hermano y su sobrino recibieron de mi mano por el motivo de haberme ofrecido un embajador de su parte; y no dirán todos ellos ¿cómo faltamos a nuestras promesas con estas memorias que nos causan la infidelidad e inconstancia? Soy, pues, de sentir hacer la tentativa de llamarlo; de cuyo proyecto sacaremos, o acabarlo de conocer, para lo sucesivo no darle crédito, o que sabe volver por su honor, para tenerlo en la buena reputación que antes se mereció, y de que se haría nuevamente digno. Si se consigue, llevaré en el número de mis cinco amigos y compañeros un igual al de mis hijos, que todos los días miraré en vosotros, y también el no perder a un amigo que ya lo miraba de confianza con el frecuente trato que tuve tantos días con él en sus toldos; pues no debíais dudar que la familiaridad engendra un amor parecido al de la sangre, si me queréis entender por lo que os lo digo. No debe, pues, perderse una amistad a los primeros resentimientos; y es de consiguiente necesario disculpar algunas faltas, porque ni los genios son iguales, ni los hombres tan cumplidos, que no tengan mil defectos. De otro modo siempre seríamos, unos de otros, enemigos y habréis notado en muchas veces, que haciendo acciones a vuestro parecer en obsequio de vuestros compañeros y amigos, éstos las han recibido como injurias y agravios, que debieron ser gratitudes. Por estas razones, para consolidar la amistad de Manquel, quisiera llamarlo, supuesto que me ha mandado decir que vendrá, si quiero. Si lo hace, conoceré que es digno de mi aprecio; y si no, lo abandonaré como satisfecho de su ingratitud. El perjuicio que puede resultarnos de su llamada, aun cuando no venga,

sólo será el que padezcamos alguna más demora en el camino; pero os hago presente que ganamos el menos maltratamiento de nuestros caballos, y el completo conocimiento de su carácter, para no confiar más en él. No solo seré yo el de esta ganancia, pues conozco en vosotros ciertas quejas, por las que dudáis también de su fidelidad y de su amor. Sobre ellas no puedo menos de advertiros, que el superior es siempre el blanco de sus vasallos, que le es imposible proceder al gusto de todos los súbditos, ni consultar a todos para proceder, porque entonces todo el gobierno sería confusión; y por ahora es bueno suspendáis vuestros juicios, y no critiquéis más sobre los resentimientos que de él os he oído. También ganáis en la demora, caso que venga, hacer presente a vuestro jefe, que necesitando sus respetos para que os recomienden vuestros servicios, convinisteis gustosos en tardaros más en la marcha: y si no viene, para que yo haga presente al señor virrey esta mayor prueba de vuestra fidelidad y subordinación. Sírvaos yo de modelo, que he padecido demoras tan grandes por vosotros mismos, y que aún no me desisto de esperar a vuestro compañero. Espero sufrir esta en vuestra compañía con gusto completo, y que la mía vos no la recibáis mal. No os propongo discurráis esperando aquí quietos, porque no aseguro el que venga, sino solo el que caminemos despacio, y parando donde haya comodidad para nuestras cabalgaduras. Espero, pues, me digáis como amigos la verdad de lo que sintáis sobre mi proyecto.

Manquelpi, que tomó la voz para responder, trató con Puelmanc más de un cuarto de hora de la materia, y al fin se convinieron en parar conforme yo dispusiese, asegurándome que cierta honradez que conocían en mis pro-

cedimientos, no les daba lugar para contradecir a mis disposiciones.

Les advertí que el siguiente día se mataría una ternera que traía en pie; que tomarían buenos asados, y pasado mañana o al siguiente día, seguiríamos nuestra derrota, pues ya el pasto estaba escaso y trillado. Les pareció bien, y después de cenar se retiraron.

Luego me puse a escribir a Manquel llamándolo, y haciéndole ver, que su hermano, a quien él ofreció, había faltado al tiempo preciso: que por su oferta se habían originado tres gastos de agasajos que recibieron en esta virtud. Que sólo viniendo él podría poner en cubierto un defecto que con ningún otro arbitrio se borraría; que entregase al cabo de dragones los agasajos que le dejé para Canigcolo, para que éste se los llevase al cacique Calbuqueu, con una carta que le incluía, previniéndole los remitiese en siendo tiempo.

Al mismo cabo le encargué el puntual cumplimiento en este asunto, y el buen orden de la tropa: que remitiese cinco dragones en caso de poder continuar las cabalgaduras, y cuando no, que me mandase a uno, y viniese en uno de dos caballos míos que dejé en lo de Treca.

Contesté al señor gobernador intendente, y al señor comandante de dragones, orientándolos de mis demoras y sus causas, y del estado actual de la expedición, y que de Chadileubu le remitiría el diario formado hasta allí, para en caso de perecer más adelante, quedase constancia de él, y del buen arbitrio que se ofrecía por Cagnicolo, para conseguir el descubrimiento de las tierras Patagonas, y caminos para Chiloé, Osorno y Valdivia, por estos montes.

El 9, bien temprano, remití el expreso, recomendando-

lo a Treca, para que prestase los auxilios que se necesitasen, y aconsejándolo que instase a Manquel a que viniese, pues por lo más que sentía sus defectos era por ser su pariente, y él tan mi apasionado. Le remití nuevo agasajo. En el resto del día no ocurrió cosa notable.

JORNADA XIV

*Desde Cobuleubu hasta la boca del estero de Ivierno,
en donde hace isla el río, y hay carrizales*

(Mayo 10 de 1806)

Con bastante noche dispuse la marcha, y a las cinco y tres cuartos siguió la caravana al cacique Puelmanc. Tomamos la misma dirección del río al este, cuarta al nordeste. Sólo en partes se distinguía camino, porque ya en otras estaba cegado de arbustos, y de unos matorrales de paja cortadera, que en montones abundan. Nos desprendimos de la vega del río hacia el norte, atravesamos una punta de loma baja, continuamos por un plan, desagüe en muchas partes de las quebradas y cajones del norte que forman los cerros. Descendimos una bajada parada de media cuadra, en cuyo sitio repetimos la marcha por la caja del mismo río, que desde este punto es muy tupida de las pajas referidas de yaques, guicos, y otros arbolillos, cuyo espacio sería de diez a doce cuabras, y prosiguiendo por camino más amplio, con cuatro leguas seis cuabras, llegamos a un cajón bajo con solo una quiebra, cuyas arenas denotan ser curso de aguas en las lluvias, y embocadura al río; que lo es también de un gancho, que del mismo se desprende para formar una corta isla con

carrizales. Alojamos en este lugar: goza del mismo nombre del río.

En todo el trecho del camino no hay pastos, sino en las vegas y orillas del río, y eso, grueso y escaso. En los lomajes no se ve ni una sola mata. Todas son tierras trumagosas con algunos arbustos, ya de color blanco, ya amarillo, ya azulejo, ya colorado por una y otra parte de Cobuleubu. Todos estos terrenos tienen su betún de escoria, y por consiguiente algunas piedras grandes y medianas, y muchas de ellas de color de fierro, que suenan al tocarlas casi como una campana. En este alojamiento dejé una mula que se empedró.

JORNADA XV

Desde dicha isla hasta otra del mismo Cobuleubu

(Mayo 11 de 1806)

Salimos de este sitio a las siete de la mañana, por el antecedente rumbo con que llegamos, y atravesando una loma baja pedregosa, que en su altura tiene minerales de piedra de la misma especie que las referidas del día 8. En el plan que arriba hace, que es bien grande, hay multitudes de unas piedrecillas negras lustrosas, y llenas de recortes por todas partes, en quienes parece anduvo el arte: de cuyo espacio descendimos con una hora andada, una corta bajadilla bien pendiente de poco más de media cuadra, y tomando al este, entramos a la vega del río. Aquí mucho más emboscada de pajas y arbustos chicos, y por ella abajo, ya separándonos del río, ya acercándonos, y en partes por terrenos limpios, y en otras con arbustos con tres y media leguas medidas, llegamos a un bajo que hay bastante saucería, varias islas, y por una y otra parte se estrechan las lomas que sólo dejan una corta caja a Cobuleubu. Todo el camino, y lo que se comprende con la vista, son terrenos iguales a los de ayer. Vine tratando con los caciques sobre la esterilidad de estos campos, que son sin destino, ni puede dárseles aplicación,

sino es la misma ribera, y que pudieran haber muchas minas, porque en terrenos semejantes, las hay en Chile muy ricas. Me contestó Manquelipi, que así decían, que había riquezas en todos estos lugares, y de manifiesto en la tierra de Chachaguen, que demora al norte de este alojamiento, y está a distancia de ocho a diez leguas. Me aseguró, que en un cajón de un estero que baja de dicha cordillera, está el oro de manifiesto. Le dificulté mucho sobre la realidad de su aserto, y se afirmó tanto, que dijo: que si no fuera hacer traición a su nación, descubriría las riquezas, y que el camino es pedregoso, y por eso muy áspero. Que él me llevaría a que por mis propios ojos me desengañase. Dejé la conversación en este estado, porque no me considerase interesado a un descubrimiento, que siendo el monte tan notable y conocido, como que está ya fuera de las sierras, será facilísimo hacerlo en lo subsecuente, si se logra la apertura de esta ruta.

El 12, pasamos en este lugar, por dejar descansar las bestias; pues siendo de las de peor condición las que traigo de real hacienda para la conducción de los víveres para los indios, ya vienen en deplorable estado; y también por esperar las resultas del cacique Manquel. Lo he prevenido a los indios, quienes aceptaron con gusto la disposición, y me suplicaron les mandase hacer un cotón a cada uno, para guarecerse del frío. No me dejaron de poner en confusión, porque jamás había notado en el corte de los dichos cotones: pero con todo, habiendo muestra de manifiesto, entre mis mozos, les prometí cumplir sus deseos. Y estuvieron servidos los cuatro caciques, a las ocho de la noche, con sus cotones encintados y muy decentes que luego se calaron, dándome repetidas gracias.

JORNADA XVI

Desde las islas y carrizal de Cobuleubu hasta Quenico

(Mayo 13 de 1806)

A las siete de la mañana estuvo la caravana a caballo, y tomando la ribera abajo del río, anduvimos al sur sureste, por camino bueno, y con muchos arbustos, veinte y tres cuabras. Nos apartamos del río, tomando al este, introduciéndonos a un cajón de lomas bajas pedregosas, y de terreno de trumau flojo y vetoso como el antecedente. Para salir de él, trepamos una subidilla de un tercio de cuadra. En este punto estuvimos en un plan hermosísimo del mismo terreno que el anterior piso, y cubierto de arbustos. Al norte, cuarta al noroeste, demora la sierra de Chachaguen, cuya cima es de peñasquería muy quebrada; y al sudeste la de Auca Maguida. Hasta este punto, en que se enteró legua, sólo puede contarse la cordillera, pues ya para adelante todo lo que se distingue son llanuras.

Continuamos por camino carretero, y como cosa de seis cuabras, antes de llegar a un bajo, o abra de una loma muy baja, se midieron dos leguas, y mudamos el rumbo al nordeste, cuarta al este, por el que nos dirigimos. A la legua que seguimos esta derrota, divisamos de nuevo la caja del río Cobuleubu, a distancia de dos leguas, poco

más. Este río, desde donde nos apartamos de él, empieza a hacer un medio círculo, tomando al sur, y pasando por el pie del norte de la citada cordillera Auca Maguida, se dirige al nordeste, hasta unos cerrillos de tierras blanciscas, y otra a manera de castillo: desde cuyo sitio toma su carrera al este sureste y sureste, para los llanos, que se conoce muy bien desde este punto, porque le forma caja un cordón de lomillas y cerrillos, que se distinguen superiores hasta después que la vista no alcanza a los llanos. Proseguimos por el rumbo, e igual senda, por entre muchos arbustos de los comunes, y pasadas algunas quiebras del terreno, en trecho de ocho o nueve cuadras, llegamos a un cajón muy pedregoso, que se titula Quenico, en donde tomamos alojamiento, con seis leguas, veintitrés cuadras andadas.

El día de hoy ha sido el más penoso de camino que hemos experimentado, porque el viento oeste no ha cesado desde las cinco de la mañana un momento. El tropel de cerca de ciento y cincuenta animales, que vienen en piso trumagoso, y en muchas partes flojo, formaba una densísima nube de polvareda, que no sólo los ojos, sino la boca, narices y oídos han padecido. Los mismos indios, que están acostumbrados a estos sitios, se adelantaron, y los hemos venido a encontrar poco menos que ciegos. Nuestra guía fue el rastro que el mismo polvo lo cegaba; y si no es porque noto la variación del rumbo, nos hubiéramos perdido, pues el marinero perdió las huellas por venir a veces cerrando los ojos en las mayores volcanadas. Hubiéramos pasado una noche igual al día, porque en todos estos contornos no hay agua sino aquí, y ésta es de vertientes en pujíos chicos, que sólo forman una fuente pequeña. Las caballerías, por la jornada pesada y sin agua, han padecido y atrasádose mucho. Dos caballos cansados

se han alejado en el atravieso, y otros han quedado con pocas fuerzas para seguir. En todo el camino no hay una mata de pasto, sino en este sitio algunos coyronales.

El mucho viento me ha impedido poder atender a otros objetos que hubieran hecho más palpable la ruta; porque muchas veces que quería mirar a una u otra parte, me era preciso echar mano a los ojos llenos de tierra.

JORNADA XVII

Desde Quenico a Luanco

(Mayo 14 de 1806)

A las ocho y tres cuartos de la mañana, partimos de este lugar, dirigiéndonos al nord-noreste, conforme a la ruta que tomó el cacique Puelmanc que nos guiaba, y para poder con acierto computar por el reloj las distancias que anduviésemos, como que todo el terreno es igual en lo de adelante, y suspender de la mensura que nos demora, mandé que se tomase la cuerda, y se siguiese con ella, hasta que yo avisase.

Saliendo del bajo, en que alojamos, por una corta subidilla pedregosa, y pasando una loma baja de seis cuabras de atravieso, también con piedra el piso, llegamos a un plan en el que hay un hermoso puquio, y tres sitios al norte en que está vertiendo el agua, y se harían unas famosas fuentes, si se limpiaran. Seguimos la marcha por camino parejo trumagoso, siempre con muchos arbustos, y algún pasto de coyrón: a las diez y tres cuartos, que hacían dos horas, se enteraron dos leguas.

En este sitio se puso la aguja, y demora al noroeste, cuarta al oeste; el cerro del Payén, y al oeste, cuarta al noroeste, el de Chachaguen: y entre éste, y el de Auca

Maguida, que ya no lo distinguimos, ofrece el camino objetos conocidos, e invariables desde muchas distancias, para no perder la dirección.

Quise de nuevo volver a repetir en la mensura, y continuando con ella, y rumbo a la legua y nueve cuadras, llegamos a una profunda cueva de piedra; que sacando el reloj, vi habíamos andado hora y cuarto, y ya hice guardar la cuerda con el debido conocimiento, que una legua por hora debe estimarse.

Esta cueva, como dije, es de piedra; su circunferencia tendrá de boca en círculo doce o catorce varas, y duplicada cantidad en el plan. El asiento está lleno de tierra volada, y será desde la creación, porque no se le conoce derrumbe. Hay también en este lugar muchas piedras de escorias, y en otras varias partes del camino hasta llegar al lugar de Luanco, en el que estuvimos a las dos y cuarto de la tarde, y tomamos alojamiento con cinco y media leguas andadas.

Este sitio es una famosa vega, que de oeste a este tiene quince cuadras, y a su remate unos lindísimos y abundantes pujios sobre toscas. En ellos saciaron su sed nuestras caballerías, y sin embargo de que son bastantes, no se conoció disminución. Se nota la pujanza con que brota el agua por entre las rendijas de las piedras, y como es cristalina, se hace más hermosa y apreciable, aunque no le falta su sal para no ser dulce.

El viento tuvo hoy sus intervalos, pero nos causó la velocidad de ayer tal conmoción en la naturaleza, que no ha habido uno de la comitiva que no haya velado, y padecido una sed insaciable. Los indios se la han pasado a viajes al agua, y a la una de la mañana ya estaban en un fogón, quejándose del desvelo y sequía, que les era en vano querer dormir, ni procurar humedecerse.

A las nueve de la mañana volvió a soplar el viento, y ya fue trayendo varias nubes oscuras que nos prometían aguacero. Yo lo deseaba, para que el polvo se aplacase, y se reverdiesen los campos; y a las doce poco más, cayó una corta granizada, y poco después de estar alojados, una lluvia de poco más de media hora, muy parecida a las que experimentamos en Chile.

Los caciques vinieron a cubrirse en mi carga, que estaba punto menos que en el campo; y mientras duró, tratamos de la cueva tan notable en el escampado parejo, y terreno pedregoso. Ha asegurado Puelmanc que siempre la conoció, y por caso particular, que sólo en una ocasión oyó decir mantuvo agua de las lluvias, que sin duda serían entonces muy copiosas y continuas.

En este mismo sitio se junta el camino que anduvo Molina, con el que hemos traído: y así que salió el sol, el 15 puse la aguja y noté que el Payen está de este sitio al oeste-noreste, al oeste el de Chachaquén, y al sureste el repetido camino de Molina.

Aquí tuvimos la desgracia de que un caballo, que traía reservado para adelantar un expreso a lo de Carripilun, amaneció muerto por haber comido cierta yerba venenosa que se conoce en estos campos; y por haberse desgarrado muchas caballerías, padecimos demora en el aprontamiento.*

* La yerba venenosa que hay en estos campos, debe ser el queembo de los Andes. cuyo efecto se conoce, pero no la yerba que lo causa; porque unos indios lo asignan a una, y otros a otra. En Chile tenemos, por el partido de Cauquenes cerca de Talca, una yerba que se titula loca, que es nociva: la conozco, pero no la hay aquí, ni tampoco el nombrado *chucho*, tan venenoso, de los países de Córdoba, que siendo dulce, engaña con su sabor a los animales para matarlos.

JORNADA XVIII

Desde Luanco a Carcaco

(Mayo 15 de 1806)

A las once y diez minutos dejamos este sitio, dirigiéndonos al este. El camino llano, y a las pocas cuadras, topamos pujios de agua y vertientes, pero todas salobres. A las dos leguas entramos a un corto pedregal de escoria; que pasado, nos introdujimos de nuevo a otra vega, y repitiendo por algunos otros muy cortos pedregalillos. A la una y cuarenta minutos, con dos leguas y diez y ocho cuadras, estuvimos en el lugar de Carcaco, en que alojamos, por haber un pujio abundante de buena agua, bastantes arbustos para fuego y pasto de coyrón. Todo el terreno que hoy hemos andado, es parejo y plano; de suficientes pastos.

En estos anteriores días habrá llovido mucho por estos lugares, porque hemos dejado muchos pozones de agua del tiempo. En este alojamiento se enfermó una mu'a, y la dejamos abandonada por no estar capaz de seguir.

JORNADA XIX

Desde Carcaco a Guacagué

(Mayo 16 de 1806)

A las nueve y diez minutos proseguimos nuestra dirección por la misma derrota del este, a veces por camino, y otras sin él: nuestra guía era el cacique Puelmanc. Los arbustos comunes en su calidad y abundancia, algunos cortos atraviesos de piedra escoriosa y menuda, y mucha agua llovediza; y a las dos y tres cuartos de la tarde, como una y media legua, estuvimos alojándonos en Guacague: y antes de llegar, pasado un monte de arbustos, hice contar la tropa, en cuya diligencia pasamos ocho minutos.

Es de notar que al poco rato que salimos de Carcaco, dejamos una vertiente de agua que corre un corto espacio, y se resume en el médano, mucho mejor que todas las antecedentes, desde la salida de la cordillera, y el lugar de su situación sería muy cómodo para cualquiera población.

Muchas perdices, infinidad de marras, y huellas de animales caballunos, que habrá alzados en estos despoblados, hemos visto por todo el camino.

Ya que estuve acomodado, vinieron a mi toldo los caciques, y sentados a su uso, dijo Puelmanc: —A poca distancia de este alojamiento es el lugar de Puelce, donde se

junta el camino por el que trajinan los llamistas y guilliches con éste. En este lugar es el riesgo: ahí puede haber indios esperándonos, si acaso se han determinado a maloquearnos; y más si unos con otros se convocaron, como nos dijeron en los montes, que debían juntarse ahí por necesidad. Será pues bueno prevengáis tu gente: hagáis recorrer tus armas, dar tus disposiciones a tus rondadores, y en fin cuanto halles por conveniente para nuestra seguridad; quedando advertido que en nosotros tenéis unos amigos que hasta perder la vida seremos tuyos.

Les contesté que a todos estimaba la visita, la advertencia y oferta, y que en presencia de ellos dispondría lo que mi gente debía hacer: que se esperasen para que estuviesen también entendidos, me dijese lo que no estuviese a su gusto, y me advirtiesen lo que no alcanzase a discurrir.

Llamé inmediatamente a mi gente, y parado entre todos ellos fuera de mi tienda, les dije: —Antes de montar a caballo, señores, y cuando nos convenimos en venir, os dije bien claro, que esta expedición se hacía por tierras desconocidas, que las habitaban indios, de quienes hasta ahora no teníamos otras nociones de su carácter que de bravos guerreros y salteadores, como que saltearon en muchas ocasiones las caravanas que salieron de Buenos Aires. También os dije, que debemos ir a solicitar a Carripilun, que fue capitán del difunto Llanquitur, que cautivó y quitó la vida al canónigo Cañas, por el mismo camino de Buenos Aires a Mendoza. No me descuidé así mismo de advertiros que los guilliches y llamistas, enemigos de los peguenches que traemos por amigos, trajinaban este camino; y así que en venir, arriesgabais vuestras vidas: pues en buenos términos solicitabais la muerte, porque siempre queuviésemos algún encuentro, si no los ganásemos, o pereceríais en el encuentro, o en la fuga. ¿Pues por dón-

de habíais de tomar, que no quedaseis entre ellos? Os dije a todos y a cada uno, que yo solo, lleno de amor al real servicio, y deseoso de que por medio de mi sangre se aumentase el estado, y se hiciesen más felices y seguros estos reinos, me sacrificaba gustoso a esta empresa, desafiando en buenos términos a la muerte. No sé, amigos, lo que os animó a vosotros (hablo con algunos de los sirvientes de la comitiva). Si fue el prest que venís ganando, estamos pues ahora en el caso de que pudiera proporcionarse ocasión de defender vuestras vidas para gozar del premio que esperáis en la ganancia; pues con consideración al riesgo os ajustasteis: y por los demás que ya conozco, a los unos que me sirvieron desde mucho tiempo, les animó el deseo de complacerme, mostrarse agradecidos, y hacerse más dignos de mi protección; y a los otros, los enlaces de la sangre, juntos con los buenos deseos de hacerse útiles al estado. A todos, pues, es ahora cuando les debe animar aquel mismo motivo que los violentó a venir. Sí, amigos, estoy prevenido por estos caciques que estamos en el riesgo, que pudieran aquí, o más adelante acometernos enemigos. Así me parece que estoy a la cabeza de un ejército invencible, si sólo por un rato os mostráis valerosos y fuertes: porque ya habréis notado que son cobardísimas estas naciones, y estoy persuadido que, aunque nos salgan doscientos indios, antes de media hora huyen, como observéis estas órdenes.

Primera. — Que cuatro arrieros, que serán nombrados a satisfacción del capataz, salgan a rondar las caballerías; prevenidos, que los cuatro anden a distancia de media cuadra de los animales, teniéndolos siempre en medio, y vivamente observen por todas partes de su costado si ven gentes, y cuántas: con el bien entendido, que si son dos, o uno, comunicándose con la debida precaución la noticia

unos a otros, y quedándose uno en la tropa, los demás a ellos, hasta prenderlos, y traérmelos aquí para recibirles declaraciones. Y si son más tirarán un tiro, y se arrimarán dos con la tropa a este mismo sitio a toda brevedad, a fin de favorecerla; y otros dos procurarán cortales el paso, mientras yo de aquí mando refuerzo, para lo que se amarrarán mis mejores caballos.

Segunda. — Para en caso de que nos asalten, ninguno se desnudará, y siendo catorce nuestro número, once con pistolas, y tres sin ellas, los tres cuidarán de los animales al lado opuesto del enemigo y los once formaremos dos filas dentro del recinto de nuestras cargas y aparejos, que son bastantes para atajar sus caballerías: y formando dos filas, les haremos fuego sucesivamente. Teniendo el cuidado la primera, que así que descargue, dejarles el terreno a la segunda para que imite ésta a la primera sin turbación: y tengan entendido que en el valor y entereza de ánimo consiste la mayor parte de la victoria, y que acertados los primeros tiros, nuestro es el campo; porque estos indios en muriendo uno, es consiguiente el que todos han de morir, y luego huyen.

Tercera. — Nuestros peguenches se formarán a nuestros costados con sus machetes y laques, que son las únicas armas que traen, y de las que usarán como les convenga; no cesando por un instante de gritar y balar como acostumbran, así para acobardar al enemigo, como para hacer creer, que es mayor nuestro número. Así lo espero de ellos, y de su valor, y que en esta ocasión sabrán acreditar más su fama, como que es en servicio de nuestro soberano. Y en fin, el artificio que gasten los enemigos en combatirnos, nos ha de ordenar a nosotros; y estad seguro que yo os dirigiré en todo instante con la voz y con el ejemplo.

Cuarta. — Ninguno se separe, porque siendo tan pocos,

seremos perdidos: no nos podemos favorecer sino en unión, y el continuado estruendo y balas ha de acobardarlos, espantarles sus caballerías, y hacer que mueran. Ni huya, porque el que lo hiciese, es por entonces, si lo merezco, el objeto de mis balas; y si se escapa y queda con vida, será para siempre habitante de estos desiertos, sino se entrega a sus enemigos: porque de mi comitiva bien puede huir, pues sabría, así que pareciese, hacerles quitar esa vida, y corazón vil que gozaba sin merecerla. Y ya bien sabéis que sé cumplir lo que con razón prometo.

Quinta. — El dragón Baeza reconocerá todas las pistolas, y estando corrientes y bien cargadas, como tengo prevenido, las cebará con pólvora fina, y les echará a todas los cartuchos en la boca un poco, para que la ceba no se quede sin prender: y haga saber a los indios estas disposiciones.

Enterados de ellas, las aceptaron, y dijeron que esperaban, que aunque salieran doscientos indios, habíamos de correrlos: porque, en oyendo las tralchas se perdían, ni podían sujetar sus caballos, y que les parecía que estando a pie mis españoles estábamos más seguros.

A los indios les hice dar de cenar, y luego se retiraron a su estancia, que estaría treinta pasos de la mía.

A las 3 de la mañana estuvimos todos en pie, hice hacer varios fuegos para hacer creer mayor número de gente; y al salir el lucero se arrimó la tropa a las cargas, en donde se mantuvo hasta venir el día en que se dio principio a aparejar.

Estando en este ejercicio vinieron los indios contentísimos, diciendo: ¿Ya aquí no tenemos novedad, y qué disponéis? ¿Salís de aquí? me preguntó Puelmanc. —Le contesté que saldría inmediatamente, y mandaríamos batidores hasta el lugar de Puelce. Que éstos deberían sa-

Este esquema histórico de dos grandes constelaciones de poder —la del latifundio señorial o la de la ciudad metropolitana tradicional, pequeña o grande— dominó el proceso del siglo xix, antes de que la América latina se incorporase a las nuevas formas o corrientes del siglo xx en los países australes (carne, lanas, cereales) o en la primera posguerra en los países del área tropical. La “república señorial” fue el producto histórico de estas constelaciones de poder, sobre las que se apoyó el “estado representativo” (patriciado latifundista, burguesía tradicional, clase media de profesionales, letrados y burocracia) y sobre las que se constituyó un cuerpo desconocido en la “vida colonial”: el *ejército permanente*, la *jerarquía militar* y la *guardia pretoriana*.³ Las guerras de independencia generaron los cuerpos militares profesionales y la dinámica de fuerza, ya que de una parte la alta jerarquía fue asimilada por la estructura latifundista (al ser cargada de tierras y elevada en el rango social) y de otra se configuró la guerra civil —la disputa a tiros— como uno de los mecanismos ordinarios de la acción política. “El poder público —escribía uno de los más perspicaces filósofos de la Colombia de mediados del siglo xix, Manuel M. Madieto⁴— no ha sido un protector del derecho sino

la Escuela Nac. de Antropología de México, profesor supervisor, Antonio García, México, 1963), o en el área araucana de Cholchol, en la provincia chilena de Cautín. Estas investigaciones se mencionan, no con un sentido exhaustivo sino simplemente ejemplar.

³ “El militarismo, plaga detestable y que por una singular contradicción se ha hecho casi universal en el presente siglo —decía el filósofo social José M. Samper en el *Ensayo sobre las revoluciones y la condición social de las repúblicas colombianas* (ob. cit., p. 134)— no existió en Colombia durante el régimen colonial. Los regimientos españoles eran muy poco numerosos, relativamente, y la autoridad militar, enfrenada por la civil, no se hacía sentir sino en los cuarteles”.

⁴ *La ciencia social o el socialismo filosófico*, Bogotá, Imp. N. Pontón, 1863, p. 273.

un instrumento de opresión, que mudando de nombres a cada instante, se ha conservado fiel a su naturaleza tradicional."

Esta imagen de la "república señorial" no sólo muestra la consolidación histórica de las constelaciones tradicionales de poder, sino su constante reforzamiento,⁵ por medio de las guerras civiles, la adjudicación de tierras fiscales a las "nuevas clases", las reformas liberales de desamortización de bienes de manos muertas (confiscación de latifundios eclesiásticos) y el despojo del patrimonio territorial de las comunidades indígenas.

Las modernas constelaciones de poder

Desde el punto de vista de los "tipos y niveles de crecimiento", los procesos de modernización capitalista no se orientaron en el sentido de reemplazar las antiguas constelaciones de poder, sino que se superpusieron a ellas, creando otras nuevas y originando un intenso proceso de reacomodos geográficos. La fulminante aparición de la gran ciudad metropolitana y la impetuosa colonización de los *territorios interiores de reserva* —el *Planalto Brasileño*, el *Cinturón Subtropical* del Ecuador, la *Ceja de montaña*

⁵ Jacques Lambert, (*América latina - Estructuras sociales e instituciones políticas*, Edit. Ariel, Barcelona, 1964, p. 122), ha comprendido certeramente esta problemática de la supervivencia de la estructura latifundista dentro del marco de la organización del Estado, al sentar que "debido en gran parte al latifundio, la América latina ha llegado a la fase de la democracia representativa, de la centralización y de la omnipotencia del Estado, sin haber disociado, en las regiones rurales, el poder político de la propiedad de la tierra".

en Perú, la *ladera andina* en Colombia, la *región pampeana* en Argentina o la *región de los lagos* y la *floresta* en Chile— modificaron la imagen de la geografía tradicional y de los *niveles locales* de crecimiento.

Tanto la gran ciudad metropolitana (Buenos Aires, Montevideo, San Pablo, Lima, etc.) como la colonización interior de las áreas vitales de reserva, aparecieron vinculadas a la dinámica del mercado internacional y a las normas inglesas o norteamericanas de economía comercial y financiera.

Tres constelaciones definieron el nuevo proceso y los nuevos niveles de crecimiento:

a) *Los complejos generados en la colonización de las áreas vitales de reserva*, colonización de las “*terras roxas*” en el corazón del Brasil y crecimiento simultáneo de la *fazenda cafetera* y de la ciudad-mercado; formación de la estancia ganadera y de la economía de chacra en la región pampeana argentina; ocupación de las laderas subtropicales de la cordillera andina en Ecuador y Colombia, de la “*ceja de montaña*” en el Perú, de los “*Yungas*” en Bolivia, por medio del complejo cultural del café (plantación de mercado y agricultura complementaria de subsistencia).

b) *Los enclaves coloniales* (esto es, áreas integradas al mercado, las leyes y los sistemas de poder de la nación metropolitana), constituidos primero por medio de “*campos de extracción de minerales y petróleo*” o de la *Plantation* en los países de economía tropical (bananos, caña de azúcar, algodón, café) ⁶

⁶ Si bien posteriormente se examinará el problema de las estructuras de tipo latifundista, debe señalarse dos grandes y frecuentes riesgos: el uno, el de idealizar los grados de racionalización de las plantaciones tropicales, especialmente las sometidas al control hege-

y posteriormente por medio de los complejos industriales y la estructura supranacional de los "conglomerados".

- c) Las grandes ciudades metropolitanas, de formación aluvional e hipertrofiada, en las que han ido concentrándose el grueso de los recursos técnicos y financieros del crecimiento capitalista y la mayor proporción —la más calificada y enérgica— de la fuerza nacional de trabajo.

La gran ciudad metropolitana ha encarnado la modernizada fisonomía del crecimiento capitalista, en cuanto se ha centrado en ella los servicios del Estado, la industria manufacturera, la capacidad ocupacional de la mano de obra especializada, la estructura básica de financiamiento, los centros de cultura superior, las élites políticas y las formas más racionalizadas del "mercado nacional".

Es esta la razón de que la imagen física de la América latina haya aparecido tan profundamente modificada en el curso del siglo. En el trasfondo del tipo de crecimiento de las grandes ciudades, se ha definido un doble sistema de relaciones: uno, orientado hacia afuera, hacia los centros de decisión de la "nación metropolitana", por medio

mónico de la inversión extranjera; y el otro, el de no diferenciar la *plantation* (enclave colonial) y la *plantación*, tipo de empresa fraguado en los procesos de colonización de las tierras interiores de reserva, por medio de movimientos campesinos (laderas subtropicales de Los Andes en Colombia y Ecuador), de inmigrantes europeos asimilados (Brasil) o de procesos expansivos de hacendados, pequeños propietarios y comuneros indígenas (Perú y Bolivia). La idealización de la *plantation* es frecuente aun en analistas tan comprensivos del problema agrario latinoamericano como el profesor Jacques Lambert (*América latina, ob. cit.*, p. 137). *Latifundios arcaicos y plantaciones modernas*, o el economista norteamericano Thomas F. Carrol (*El problema de la reforma agraria en América latina, ob. cit.*, p. 237).

de la organización comercial, financiera y bancaria; y otro, hacia adentro, hacia una vasta periferia rural incorporada al sistema de economía urbana por medio de una estructura colonial de relaciones de intercambio. El funcionamiento de estas formas de *colonialismo interior*, explica algunos fenómenos característicos de las *áreas de influencia* de las modernas ciudades metropolitanas de la América latina: la concentración de la propiedad territorial, de acuerdo a la ideología latifundista sobre la tierra; la retención de una masa campesina con bajos niveles de tecnología, de ingreso y de vida; o la conservación de las formas clásicas de desocupación disfrazada de la tierra y de la mano de obra agrícola. Ni siquiera en estas áreas se ha desechado el esquema tradicional de prácticas extensivas, malas rotaciones, ganadería de praderas naturales, métodos de explotación indirecta, o ha funcionado una escala abierta de ascenso social o se han modificado las estructuras de tenencia por la vía comercial de la compra-venta de tierras.

La experiencia social en estas áreas de influencia de las grandes ciudades, niega la hipótesis de que esas concentraciones metropolitanas sean inevitablemente *focos de irradiación* tecnológica y cultural en las áreas campesinas de la periferia, con la excepción de aquellas medianas empresas —familiares o capitalistas— orientadas hacia la explotación intensiva (horticultura, tambos lecheros, economía de chacra) y operadas por nuevos tipos de clases medias rurales. No existe correlación alguna entre la acelerada migración campesina a las grandes ciudades, con tasas de crecimiento del 5 % y del 7 % anual, y la propagación compensatoria de tecnologías de usos intensivos y elevada productividad, demostrando no sólo la rigidez de la estructura agraria tradicional —en respuesta a la presión nacional sobre la tierra— sino la incapacidad de asimilar las normas de funcionamiento de la moderna economía capitalista. De otra parte, ni la población activa

que migra del campo a las grandes ciudades encuentra en ella una adecuada ocupación en su aparato productivo, ni esa movilización elimina los "excedentes demográficos" y la desocupación disfrazada de la mano de obra rural.⁷

En la infraestructura social de la gran ciudad metropolitana, se definen dos elementos de caracterización: la periferia rural o área sometida a unas normas coloniales de dependencia; y la periferia urbana, constituida por cerca de la tercera parte de la población latinoamericana concentrada en ciudades, que se ocupa en economías marginales y se instala en los cinturones de tugurios (*favelas* en Río de Janeiro, *Villas Miseria* en Buenos Aires, *Barrios Callampas* en Santiago de Chile, *Colonias Proletarias* en México, *Barrios de invasión* en Bogotá y Cali, etc.). Lo característico de la estructura ocupacional de la gran ciudad metropolitana es la creciente hipertrofia del sector

⁷ Los estudios del Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola—CIDA— en Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Guatemala y Perú, han demostrado que "la emigración hacia las ciudades aumenta cada año, pero no reduce la presión demográfica en el campo. La población rural de los países estudiados por el CIDA era en 1950 de 59 millones. La siguiente década aumentó 19 millones. De este total de 78 millones, emigraron de las zonas rurales 11 millones, es decir, 14 % del total o una de cada siete personas. A pesar de este intenso éxodo, la población rural aumentó en 8 millones de personas, algunas de las cuales abandonaron las regiones agrícolas desarrolladas para establecerse en tierras no explotadas" (*La estructura agraria en siete países de América latina*, Solon Barraclough y Arthur L. Domike, Edit. ICIRA, Santiago de Chile, p. 23). De otra parte, si la presión del mercado urbano y los tipos de crecimiento agrícola hubiesen estimulado una modificación en la estructura de la tenencia y una redistribución de la tierra, sólo se necesitarían 700 mil de los 4,4 millones de trabajadores atados a la economía de minifundio y podrían emplearse —con el potencial económico de las explotaciones de gran escala— 25 millones de trabajadores adicionales (*ob. cit.*, p. 18).

de "servicios" (el 21 % de la población activa latinoamericana en 1945 y el 30 % en 1963), así como la proliferación de las actividades marginales.⁸ Las corrientes migratorias que desembocan en el Gran Buenos Aires, el Gran Santiago, el Gran Montevideo —una vez agotado el ciclo de la torrencial inmigración europea— expresan la inflexibilidad y carencia de incentivos de la estructura latifundista y el poder de atracción del centro metropolitano sobre su periferia colonial.

El enclave colonial es, históricamente, una área satélite de la nación metropolitana, de sus normas de poder, de su cultura y de sus sistema de mercado. Los principios normativos de la *plantation* en Honduras o Guatemala, del *campo petrolero* en Colombia o Bolivia, del *centro minero* en Perú o Chile, del *sistema ferrocarrilero* en los antiguos esquemas de comunicaciones en México o Argentina, se han guiado por las exigencias de la economía metropolitana y de sus centros de decisión. La *plantation*, el centro de extracción de minerales, el campo petrolífero, tendrían que definirse como economías frontera integradas al sistema de mercado de la Metrópoli —Inglaterra o Estados Unidos— y cuya actividad exportadora de bananos, azúcar, cobre, petróleo, no ha generado un verdadero "sistema de comercio internacional" sino un "sistema restringido de intercambio entre dos áreas de un mismo espacio económico". La exportación "colombiana" de petróleo crudo ha sido, estrictamente, una transferencia física de aceite crudo desde un campo norteamericano de extracción hasta unos centros industriales de refinado, comercialización

⁸ Hay generalmente en las ciudades —dice Raúl Prebisch en *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, ob. cit., p. 28—, una plétora de mano de obra de muy inferiores ingresos: además de la gente desocupada, todos los servicios personales no calificados, desde el servicio doméstico hasta el ínfimo comercio callejero, así como las actividades artesanales de carácter pre-capitalista.

y consumo en los Estados Unidos. La exportación “hondureña” o “guatemalteca” de banano se ha caracterizado como una transferencia de productos que efectúan compañías norteamericanas desde una sección colonial de cultivo hasta un mercado norteamericano de consumidores. La localización geográfica del enclave colonial no es lo que determina su naturaleza, dinámica, normas y frontera, sino su integración funcional a la economía de Estados Unidos o de Inglaterra, por medio de los propios mecanismos norteamericanos e ingleses de operación y hegemonía. En términos estrictamente económicos, la actividad exportadora que realizan compañías norteamericanas *desde* América latina a los Estados Unidos, no es un auténtico *comercio internacional de la América latina*, sino un tipo de comercio norteamericano entre unos campos de la periferia que transfieren materias primas y alimentos al gran centro de elaboración manufacturera, capitalización y consumo final.⁹ Este esquema de comercio no está

⁹ El economista chileno Osvaldo Sunkel, al examinar los elementos de una estrategia de desarrollo (expansión y diversificación de las exportaciones, cambios estructurales internos en el sector agrícola y en la actividad manufacturera, cambios básicos en la forma de las vinculaciones financieras externas), profundiza en los riesgos de una política de expansión y diversificación de las exportaciones que no tome en cuenta su naturaleza y la participación de las inversiones extranjeras directas. “Hay sin embargo, dice (*Política nacional de desarrollo y dependencia externa, estudios internacionales*, N° 1, Universidad de Chile, abril 1967, p. 63), un elemento muy importante que influye decisivamente en aquellas dificultades para aumentar y diversificar las exportaciones y al cual rara vez se hace referencia. Me refiero al hecho de que las actividades exportadoras tradicionales de nuestros países son casi todas de propiedad privada extranjera, no siempre en la etapa productiva pero sí en la de la comercialización. Se trata concretamente de empresas subsidiarias productoras de materias primas para la industria elaboradora matriz localizada en un país industrializado, o sea, oligopolios internacionales integra-

muy lejos del que se fundamentó —hasta hace medio siglo— en el acarreo de caucho o de té desde las plantaciones inglesas en la India, por medio de transportes ingleses hasta el mercado metropolitano regido por la City. La participación india en el comercio de té con Inglaterra, era semejante a la participación de los países caficultores en el ingreso originado en el procesamiento y comercialización del café en los Estados Unidos. Ahora bien: este tipo de “comercio internacional”, ha funcionado en dos direcciones: desde los campos de extracción a la metrópoli —abasteciéndola de materias primas y alimentos— y desde la metrópoli a los campos de extracción, transfiriéndoles plantas de reenvase o de transformación de manufacturas metropolitanas (productos químicos y farmacéuticos, patentes y marcas, etc.) o excedentes de ahorro. Estas bases han servido para conservar el espejismo de un comercio internacional y de una industrialización incipiente —tal como lo enseñó la economía clásica— pero no para suministrar a los hemisferios atrasados las oportunidades y recursos indispensables a su inmediato desarrollo desde adentro. De allí la falacia de orientar la política latinoamericana de desarrollo como si el nudo de la problemática consistiese en sustituir importaciones y en negociar relaciones de intercambio y no en modificar la estructura misma de las relaciones de intercambio y en integrarse,

dos verticalmente. En consecuencia, el ‘comercio internacional’ en estos casos pasa a ser un simple traslado de productos de proceso de la sección ‘extracción’ o ‘cultivos’ a la sección ‘elaboración’. No existe en estos casos ni mercado ni precio, y es imposible determinar el monto de las utilidades realizadas en la actividad primaria. Éstas dependerán de una decisión arbitraria de la empresa con respecto al precio y serán función principalmente de la política impositiva de los países en que están localizadas la empresa matriz y la subsidiaria.”

conjuntamente, a la estructura pluralista del “mercado mundial”.

Como lo han señalado algunos economistas y sociólogos latinoamericanos —Celso Furtado, Aníbal Pinto Santa Cruz, Osvaldo Sunkel, Alonso Aguilar, Henrique Cardoso, Pablo González Casanova— el problema del “enclave colonial” no podrá enfrentarse sino en la medida en que se modifique el *esquema tradicional de desarrollo*, profesado tanto por las clases dominantes en la América latina como por los centros de poder en los Estados Unidos.¹⁰

Queda así diseñado el esquema de esas cuatro grandes constelaciones de poder —la estructura latifundista arcaica y modernizada, el centro metropolitano y comercial de las áreas campesinas e indígenas en las que persiste una estratificación étnica, la gran ciudad metropolitana y el enclave colonial— que dislocan o desarticulan los procesos de integración nacional y determinan tipos desiguales de crecimiento. Lo característico de este esquema es la yuxtaposición de diversos tipos de crecimiento en diversos niveles, diversos estratos del sistema de mercado y diversas formas sustitutivas del *crecimiento nacional*. A menudo se confunde el desarrollo de las grandes ciudades metropolitanas con el desarrollo nacional, el auge de una constelación latifundista con el crecimiento de las regiones o el florecimiento de ciertos tipos tradicionales de “mercado local” con la expansión de la economías de mercado.

¹⁰ “Si bien no existe unanimidad sobre todos los aspectos del complejo problema, dice Celso Furtado en *La hegemonía de los Estados Unidos y el futuro de América latina* (columna 10, Buenos Aires, Nros. 6 y 7, 1965/66, p. 23), por lo menos con respecto a un punto ya existe una doctrina perfectamente afirmada en los Estados Unidos. Este punto es el que cabe a las empresas privadas norteamericanas un papel básico en el desarrollo latinoamericano y que la ejecución de la política ‘ayuda’ de los Estados Unidos debe realizarse, principalmente, por intermedio de esas empresas.”

Este enfoque teórico permite sustituir la rígida doctrina de la estructura dual (una atrasada y otra desarrollada, una arcaica y otra moderna, una que crece y otra que no crece), por una *doctrina pluralista de estructuras cuyo crecimiento se efectúa a ritmos desiguales y en diferentes niveles*. La problemática esencial de la estructura latifundista no consiste en que posea una radical intolerancia a la modernización tecnológica y al crecimiento, sino en que impone unos patrones locales y endógenos de crecimiento, por fuera del marco de la presión nacional sobre la tierra. La problemática esencial de la gran ciudad metropolitana, no radica sólo en que concentra una desmesurada proporción de población activa y de recursos, sino en que falsea la imagen de la industrialización y del "mercado nacional", imponiendo su propio sistema de integración y crecimiento. La problemática esencial de los pequeños centros metropolitanos en las regiones atrasadas de comunidad indígena, no se proyecta sólo en el pertinaz funcionamiento de una anacrónica estructura de dominación social, sino en la desarticulación de los procesos de integración y en la imposición de unos patrones absolutamente locales de crecimiento. La problemática esencial de la comunidad indígena en las *regiones de refugio* ¹¹

¹¹ "En la lucha por la ocupación del territorio —dice Aguirre Beltrán (*El desarrollo de la comunidad en las regiones de refugio*, edic. Unión Panamericana, Washington, 1964, p. 8)— los grupos de cultura menos evolucionada van siendo empujados —en el curso de su desarrollo histórico— hacia las regiones, climática y topográficamente marginales, que los grupos humanos de tecnología simple, consideran bastante para mantener una vida de subsistencia.

"Estas regiones menos favorecidas son llamadas regiones de refugio no sólo por su marginilidad y aislamiento sino, además, porque sus características ecológicas las sitúan como zonas de reserva que la tecnología de los grupos humanos más avanzados no pueden dominar sin la inversión de grandes esfuerzos, esfuerzos que nunca

—más allá de las constelaciones de poder que se manifiestan en diversos ámbitos de la “vida nacional”— no radica sólo en la presión ejercida sobre los recursos físicos de áreas ecológicamente marginales, sino en sus formas inexorables de encapsulamiento.

En cada una de estas constelaciones se descubre un centro dinámico y una periferia, una estructura de dominación y unas áreas satélites, una economía receptora de acumulación y otra economía tributaria, un sistema de intercambio desigual de la producción y los ingresos entre “centro de poder” y sus ámbitos coloniales. Estos caracteres definen las dos reglas más negativas en la estructura del crecimiento desigual en los países atrasados:

- a) la de que existe una *simbiosis entre el centro de la constelación y su periferia satélite*, de manera que el crecimiento del “centro” se efectúa a expensas del atraso de la periferia;¹² y
- b) la de que cada una de estas constelaciones impone

ponen en práctica mientras tienen a la mano recursos fácilmente explotables.”

¹² Esa simbiosis existe entre la gran ciudad metropolitana y su periferia colonial, entre el latifundio y sus comunidades satélites o entre la ciudad mestiza —*ladina, chola, misti, winca*— y su constelación de pueblos indígenas. Refiriéndose a esta última forma de dominación social, dice el antropólogo mexicano Gonzalo Aguirre Beltrán (*Regiones de refugio*, Edic. Instituto Indigenista Interamericano, México, 1967, p. 228) que “el ladino vive en simbiosis con el indio y toda su economía gira en derredor de la utilización de la fuerza de trabajo nativa; si careciese de ella, su sistema de seguridad se vendería por los suelos”. En algunas regiones mexicanas en las que se quebró la estructura de la hacienda de peones acasillados, sin haber sido sustituida por otra —como en el Bajío de Guanajuato— el “vacío de poder” rural se llenó por medio de la estructura de dominación de los poblados.

sus propias normas y velocidades de crecimiento, en un cierto nivel.

Esta peculiar estructura del crecimiento desigual y asimétrico —en diferentes ritmos y niveles— define la naturaleza de uno de los más graves problemas de estructuras de la América latina: el de la inexistencia de un enérgico poder integrador y de un verdadero “sistema nacional de mercado”. La superposición de este repertorio de constelaciones que funcionan cada una en su propia órbita, ha ido definiendo la economía de los países latinoamericanos como *economías de pequeños espacios*, ineptos para la “vida nacional”, para la “revolución industrial” y para un proceso de desarrollo sostenido. ¿Hasta dónde puede la estrategia de desarrollo enfrentarse a la problemática de la integración en todos los niveles, sustituyendo el *esquema tradicional de los cuatro tipos de crecimiento* por un *proyecto nacional de crecimiento y de vida*? Aparentemente, ha sido ya superado el problema de la integración en América latina, efectuándose una sospechosa unanimidad en relación con aspiraciones como la de *integración latinoamericana*. La verdad es que resulta más fácil plantear la integración en términos latinoamericanos que nacionales, ya que la primera puede adelantarse sin cambios estructurales (en la fase de mejoramiento del intercambio y de complementación de cierto tipo de recursos), en tanto que la segunda es el tema de la revolución nacional.

Quinta Parte

Estructura de las economías desequilibradas

Los alcances de la problemática

No es este un análisis sistemático de la “economía interna” de la América latina, sino una exploración selectiva en aquellas estructuras que obstruyen o desarticulan el desarrollo y operan como mecanismos multiplicadores del atraso. En este sentido, lo fundamental es diseñar un cuadro de estructuras cuyos desajustes, tensiones o desequilibrios, se transmiten a los núcleos vitales de la “sociedad nacional” como un sistema de reacción en cadena. Lo esencial en la problemática del latifundio, por ejemplo, no consiste sólo en su anacronismo o en la persistencia histórica de la gran propiedad, sino en que es un tipo de estructura que no está hecha para funcionar dentro del marco de una “economía nacional en desarrollo”: sus patrones de crecimiento, de tecnología, de autoridad, de relaciones sociales o de distribución de los ingresos, corresponden a esquemas —antiguos o modernos— de economía colonial, insensible a las “motivaciones nacionales” de industrialización, justicia social y construcción de un tipo moderno de Estado. Es en esta condición histórica que consiste el radical anacronismo de la estructura latifundista en la mo-

derna sociedad latinoamericana. Ahora bien: como esa estructura funciona dentro de una sociedad que aspira a participar de las grandes conquistas político-culturales de la historia contemporánea —ganando un sitio propio dentro de ella— su desajuste, sus tensiones, la inflexibilidad de sus tipos de crecimiento, perturban y desarticulan todos los esfuerzos encaminados a conquistar esos objetivos estratégicos. La experiencia histórica de los países industriales, capitalistas o socialistas, demuestra que el proceso de desarrollo nacional ha exigido la abolición previa de las estructuras agrarias de tipo latifundista.¹

Los factores económicos que expresan, generan y propagan una dinámica de desequilibrio, podrían ser comprendidos en el siguiente cuadro de aproximación:

I - Factores componentes de la estructura del desequilibrio:

- 1) inadecuación radical de la estructura agraria de tipo latifundista;
- 2) regionalización del crecimiento económico y resis-

¹ Podría señalarse como caso excepcional el de Inglaterra, país en el que coexistieron, durante largo tiempo, la revolución industrial, la moderna organización capitalista y los latifundios señoriales. Pero es necesario recordar que en Inglaterra tanto la geografía como la organización política hicieron posible desencadenar una de las primeras revoluciones capitalistas de Europa, unificando el Estado, eliminando las barreras ulteriores y aboliendo las fuerzas de resistencia del poder local. La conservación del latifundio, se explica, históricamente, por la carencia de presiones internas, estando resguardada la isla metropolitana por un denso cinturón de países coloniales abastecedores de materias primas y alimentos. Ver sobre el problema, *Bases de la economía contemporánea. Las coyunturas revolucionarias del capitalismo*, Antonio García. Bogotá, 1948, Edic. RFIOC, p. 124.

tencia a las fuerzas integradoras de la "sociedad nacional";

- 3) desarticulación de los crecimientos sectoriales de la economía;
- 4) estratificación del sistema de mercado;
- 5) crecimiento aluvional de las ciudades metropolitanas;
- 6) industrialización periférica, incoherente y sin revolución industrial;
- 7) modernización de los patrones coloniales de inversión privada extranjera;
- 8) bloqueamiento o distorsión de las estructuras de financiamiento;
- 9) hegemonía de las estructuras de poder sobre los factores estratégicos del crecimiento capitalista;
- 10) resistencia de la estructura educacional a las exigencias de un tipo de desarrollo desde adentro y autosostenido.

II - *Fenomenología del desequilibrio económico:*

- 1) crecimiento desigual y desequilibrado: clases, regiones, sectores;
- 2) desigualdad creciente en la distribución social de los ingresos;
- 3) expansión progresiva de los procesos de desempleo (población y recursos físicos, técnicos y financieros): paradoja de la dilapidación en una economía de escasez;
- 4) fuga de la "inteligencia" científico-técnica a las naciones metropolitanas;
- 5) dinámica de la descapitalización interna;
- 6) la inflación como producto de la estructura del atraso (desajustes estructurales).

La delineación comprensiva de este cuadro maestro de factores, permite diseñar una *fenomenología del desequilibrio económico*, esto es, un repertorio de fenómenos que proyectan, absorben y transmiten el desequilibrio a todas partes o estructuras de la vida social, impulsando los sensibles mecanismos multiplicadores del atraso. A esta categoría del conocimiento corresponden procesos como el de descapitalización interna característica de los países dependientes o fenómenos como el de fuga de la "inteligencia" científico-técnica hacia la nación metropolitana o las explosiones inflacionarias que no sólo señalan un derrumbe transitorio de los sistemas monetarios latinoamericanos sino que expresan y dinamizan la incoherencia del crecimiento y el desequilibrio estructural.

Factores componentes de la estructura del desequilibrio Inadecuación radical de la estructura latifundista

La estructura latifundista es un producto histórico de la economía colonial de dependencia: el "latifundio señorial" aparece como un remanente de la colonia hispano-portuguesa y la "plantation" moderna se define como un exponente clásico del nuevo colonialismo, perfeccionado en las explotaciones asiáticas y africanas. En eso consiste el que, pese a los notables procesos de modernización agrícola en los países australes y a la creciente presión nacional sobre la tierra,² en la casi totalidad de países latinoamericanos

² Para los fines de este análisis se emplea la expresión "presión nacional sobre la tierra" para designar esa suma de exigencias originadas en el crecimiento explosivo de la población (alimentos), en la demanda industrial de materias primas, en los requerimientos

la estructura agraria demuestre una radical incapacidad de responder a las "motivaciones nacionales" y a las exigencias del desarrollo económico y social. Ni la presión política del Estado y de las nuevas fuerzas sociales, ni la explosión demográfica, ni el proceso de innovaciones culturales desatado por la industrialización, han logrado modificar esa resistencia natural de la estructura latifundista a los "esquemas nacionales" de desarrollo. El hecho sustancial consiste en que esa estructura no ha sido modificada por la influencia pertinaz de las culturas y presiones externas —las del Estado, la industria manufacturera, la ciudad metropolitana, las clases articuladas a la "nueva época"— sino por la presión violenta de los estados nacionales de subversión social. Independientemente de las ideologías, el *hecho histórico* se define en el sentido de que la estructura latifundista no ha sido modificada por el flujo de las innovaciones político-culturales, sino por el golpe intolerante de la revolución armada. Los casos de Argentina, Uruguay y Chile, son ejemplares para demostrar que ningún proceso de industrialización y de perfeccionamiento institucional del Estado ha servido para modificar la *ineptitud radical* de la estructura latifundista frente a las "exigencias nacionales" de una economía en desarrollo y para transformar el latifundio, de acuerdo a

financieros del Estado y en las necesidades de los campesinos sin tierra o con muy poca tierra (colonos, aparceros, precaristas, minifundistas, comuneros indígenas, etc., con aptitudes para transformarse en un empresario agrícola). Las primeras constituyen las "formas externas" de presión sobre la tierra y las segundas las "formas internas", originadas dentro del campo mismo. Se entiende que esa "presión nacional" no sólo se ejerce sobre la tierra sino sobre la suma de recursos físicos que la condicionan, estructuralmente. Sobre el problema consultar *Reforma agraria y economía empresarial en América latina*, A. García, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1967, p. 29 y ss.

los supuestos populistas y tecnocráticos, en *gran explotación capitalista*. Entre 1957 y 1965, en la élite de países latinoamericanos localizadas en la zona templada, “la producción por habitante disminuye, a pesar del ritmo comparativamente más lento del crecimiento de la población en esa parte de la región y, como resultado, el crecimiento por habitante en conjunto queda reducido a menos del medio por ciento”.³

Frente al conflictivo proceso de cambios característico de la nueva historia latinoamericana, la estructura latifundista adopta ciertas formas de modernización tecnológica y empresaria, pero acentúa la cohesión de las clases terratenientes, consolida su sistema de poder y radicaliza sus esquemas coloniales de división del trabajo y distribución del ingreso rural. Este tipo de reacciones aleja aún más la posibilidad de que las élites latifundistas —antiguas o nuevas— ganen la capacidad de comprender la “problemática nacional” del desarrollo en los términos en que podría hacerlo una clase capitalista en una sociedad moderna.

Es esta condición histórica la que inhabilita al latifundio para transformarse en economía de producción en gran escala y la que impide a las clases latifundistas ganar el rango, la mentalidad y las aspiraciones de un moderno empresariado. De allí que cuando los tecnócratas o los ideólogos populistas hablan de la necesidad de la “concentración” para organizar economías de producción en gran escala, están desconociendo la diferencia esencial que existe entre *concentración señorial* y *concentración empresarial de la tenencia agraria*: la primera corresponde a la “ideología señorial” sobre la propiedad de la tierra —como factor de rango y poder—; la segunda a la ideología capitalista que clasifica la tierra entre los bienes de pro-

³ *La Alianza para el Progreso y las perspectivas de desarrollo de América latina*, Washington, Edic. Unión Panamericana, 1967, p. 43.

ducción. La noción anacrónica de la tierra carecería de graves consecuencias, si no constituyese la estructura del monopolio latifundista sobre el mejor activo de tierra agrícola de América latina. La contrapartida del monopolio latifundista sobre la tierra y los recursos físicos es:

- a) carencia absoluta de posibilidades de transformar a unas seis décimas partes de la población activa rural (colonos, aparceros, minifundistas, pequeños arrendatarios, comuneros indígenas, etc.) en un nuevo empresariado agrícola;⁴
- b) ausencia de condiciones para crear un "mercado rural de trabajo" que opere como mecanismo de redistribución del ingreso agrícola y de elevación de los niveles de empleo productivo de la fuerza de trabajo rural;
- c) obturación de las vías de acceso a los mecanismos institucionales de crédito, mercadeo y capitalización rural para la enorme masa de pequeñas economías campesinas, condenándolas a operar dentro de un marco de frustración e indigencia;
- d) alejamiento de las posibilidades de transformación cualitativa de la agricultura latinoamericana, incorporando a ella las grandes innovaciones tecnológicas, aportadas por la moderna revolución industrial;
- e) bloqueamiento de los procesos de organización de las masas campesinas en estructuras de participación democrática y de presión social, retrasando su integración al "sistema nacional" de vida, de comunicación y de valores;

⁴ Se parte del concepto de que no todos los campesinos pueden y quieren transformarse en empresarios agrícolas y, de consiguiente, en beneficiarios directos de la reforma agraria. Carecería de sentido el proyectar una reforma agraria como medida redistributiva destinada a dotar de tierra a "toda la población campesina" incluyendo los obreros y peones agrícolas.

- f) control latifundista sobre los recursos institucionales de técnica y financiamiento, originados en el Estado o en otros circuitos de la "economía nacional".

Semejante estado de cosas —que tan a fondo perturba las condiciones y posibilidades del desarrollo latinoamericano— no ha podido sustentarse sin una formidable acumulación de poder en manos de los grandes propietarios latifundistas. La industrialización, la expansión del Estado, el auge de las grandes ciudades, el aparecimiento de nuevas fuerzas sociales que expresan políticamente su descontento y sus aspiraciones, han reducido ese poder, pero no han tocado sus bases. Sólo esta situación paradójica explica el que en medio siglo de modernización económica de la América latina, no hayan variado apreciablemente los grados de concentración de la propiedad sobre la tierra (la ecuación concentración latifundista/pulverización minifundista), ni los niveles generales de productividad, ni el esquema de uso de los recursos físicos, ni las condiciones de empleo de la fuerza de trabajo, ni los grados o envergadura de la miseria rural. En el México de 1910, el 1 % de los propietarios poseía el 97 % de la tierra y el 96 % disponía del 1 %. En la Bolivia de 1950, el 3,5 % de los propietarios poseía el 95 % de la tierra, con promedios de 4.490 hectáreas. En la Cuba de 1958, 22 personas, naturales o jurídicas, controlaban cerca del 70 % del área azucarera y el 20 % de la superficie agrícola total. En la Venezuela de 1950, no obstante las presiones desatadas por un gobierno populista en la década del 40, el 1,5 % de las explotaciones poseía el 80 % de la tierra y el 54 % (unidades inferiores a 5 hectáreas) apenas disponía del 1,2 % de la superficie explotada.

En algunos países —como México, Cuba, Guatemala— la concentración ha estado asociada con la hegemonía extranjera sobre las áreas neurálgicas del crecimiento. En el México de 1910 —en el que funcionaba la fórmula abso-

lutismo político/liberalismo económico— “las inversiones de propiedad norteamericana representaban más de la mitad de la riqueza nacional: es decir, que los norteamericanos poseían más, no sólo que el resto de los extranjeros, sino más que todos los mexicanos juntos”.⁵ En la Cuba de 1958, 13 personas extranjeras formaban parte del grupo de 22 que controlaba las siete décimas partes del área azucarera y casi una quinta parte de la extensión total de la isla. Esos coeficientes de concentración y pulverización de la tenencia de la tierra son extremos, pero no excepcionales. Es posible que no se repitan, exactamente, las proporciones cuantitativas, pero sí el *fenómeno cualitativo* característico de cualquier tipo de estructura latifundista. La ecuación concentración latifundista/pulverización minifundista se formula actualmente así, en tres grupos diferenciados de países: ⁶

⁵ *El financiamiento del desarrollo económico*, Alfredo Navarrete R., México, Edic. Nacional Financiera, 1960, p. 3.

⁶ La estructura agraria en siete países latinoamericanos, Solon L. Barraclough y Arthur Domike, *El trimestre económico*, N° 130, México, 1966, pp. 239/248.

Países de América latina	% de las ex- plotaciones	% de la tierra	% de la mano de obra agrícola	% del va- lor de la produc- ción
<i>Países semi-industrializados de la zona templada *</i>				
Argentina:				
Latifundio	0,8	36,9	6	15
Minifundio	43,2	3,4	30	12
Tipos familiares	48,7	44,7	39	47
Chile:				
Latifundio	6,9	81,3	38	57
Minifundio	36,9	0,2	13	4
Tipos familiares	40	7,1	28	16
<i>Países cafetaleros con proce- sos de modernización agrícola e industrial:</i>				
Brasil:				
Latifundio	4,7	59,5	21	36
Minifundio	22,5	0,5	11	3
Tipos familiares	39,1	56	26	18
Colombia:				
Latifundio	1,3	49,5	4	15
Minifundio	64	4,9	58	21
Tipos familiares	30,2	22,3	31	45
<i>Países de estructura agraria dual ** y mayorías indígenas:</i>				
Ecuador:				
Latifundio	0,4	45,1		19
Minifundio	89,9	16,6		26
Tipos familiares	8	19		33
Guatemala:				
Latifundio	0,1	40,8	7	21
Minifundio	88,4	14,3	68	30
Tipos familiares	9,5	13,4	13	13
Perú:				
Latifundio	1,1	82,4		
Minifundio	88	7,4		
Tipos familiares	8,5	4,5		

* El valor agregado en el sector manufacturero representa cerca de

Este cuadro fundamentado en investigaciones recientes,⁷ demuestra que ni siquiera en los países semi-industrializados de la zona templada se ha roto la ecuación tradicional concentración latifundista/pulverización minifundista. En Argentina —país en el que la industria manufacturera representa cerca de la tercera parte del producto bruto interno— las explotaciones de tipo latifundista representan el 0,8 %, controlan el 40 % de la tierra, ocupan apenas el 6 % de la mano de obra agrícola y contribuyen con el 15 % del valor de la producción; y en el otro extremo de la escala, las unidades de tipo minifundista constituyen el 43 %, apenas disponen del 3 % de la tierra, deben soportar una carga laboral del 30 % de la mano de obra y aportan casi tanto como los latifundios (el 12 % del valor de la producción). Esta sorprendente imagen del agro argentino, demuestra que es muy elevada la concentración de la tenencia agraria y muy bajo el nivel de eficiencia de la gran explotación latifundista, ya que con el 40 % de la tierra produce apenas un valor equiparable al de los sectores minifundistas que operan con el 3 %. De acuerdo a esta severa imagen, sin el ascenso empresario de las unidades de tipo familiar y de las clases medias rurales (cha-

una tercera parte del producto interno bruto de la Argentina (período 1955-1964, variando del 34,2 % al 33,5 %) aproximadamente la cuarta parte del PIB de Chile (23,8 % en 1955 y 26,4 % en 1964) a precios corrientes de mercado, *Industrialización en América latina: Algunos Problemas fundamentales*, Consejo Interamericano Económico y Social, Viña del Mar, 1967, p. 89.

** Se entiende por estructura agraria dual a la que está compuesta por dos tipos muy definidos de latifundio: el constituido por la *plantation* o las economías nacionales de plantación (banano, caña de azúcar, algodón, etc.) y el representado por la “hacienda arcaica de colonato” (hacienda de “mozos colonos” en Guatemala, de “huasipungueros” en Ecuador o de “feudatarios” y “arrendires” en el Perú.

⁷ Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, Washington, 1965.

careros y tamberos) se habría derrumbado la estructura agraria latifundista. Las explotaciones intermedias representan no sólo el mayor aporte en el valor de la producción agropecuaria, sino la mayor capacidad ocupacional de mano de obra agrícola: a esta circunstancia social debe atribuirse el que las políticas populistas no se hayan orientado hacia la reforma agraria sino hacia la regulación de rentas y aparcerías, no existiendo una verdadera presión campesina sobre la tierra,⁸ ni fuerzas capaces de modificar la naturaleza del latifundio.

En el otro extremo de la escala latinoamericana, se localiza un país de estructura dual y elevada gravitación de la comunidad indígena, como Guatemala, en el que los

⁸ La prevalencia de las ideologías de clase media, explica la propagación de una noción tecnocrática del problema agrario argentino. "El problema agrario se reduce —dice Arturo Frondizi en *El programa agrario del MID. El problema agrario argentino*, Buenos Aires, Edit. Desarrollo, 1965— a hacer que la tierra produzca en las mejores condiciones posibles de economía. Para ello, hay que desalentar al latifundio y minifundio *improductivos*, incrementar la tasa de capital-hombre ocupado y dotar al campo de los instrumentos modernos de producción. La verdadera reforma agraria es la que, en su aspecto económico, provee al productor de los recursos financieros y técnicos necesarios para hacer de su actividad una verdadera empresa moderna y de alto rendimiento; es la que, en el aspecto social, transforma la comunidad rural proveyéndola de energía, caminos, servicios sanitarios, vivienda confortable, transportes, televisión." Este enfoque de la reforma agraria como una política de tecnificación de la agricultura, es el mismo adoptado por ideólogos tradicionalistas como Federico Pinedo o por los líderes de la Sociedad Rural Argentina. "La más grande conquista que puede hacer el pueblo argentino en materia agraria, dice Pinedo (*Reforma agraria, necesidad o prejuicio. El problema agrario argentino*, ob. cit., p. 131), la reforma o revolución agraria de mayor trascendencia que puede acometerse es la que lleve a sacar de la tierra lo que ella puede dar, cualquiera sean sus propietarios."

latifundios de "mozos-colonos" de "plantation" no alcanzan a representar el 0,1 % de las explotaciones, disponen del 41 % de la tierra agrícola, ocupan el 7 % de la mano de obra campesina y apenas contribuyen con una quinta parte de la producción agropecuaria. Los estratos minifundistas —que son su natural contrapartida— comprenden a cerca de las nueve décimas partes de las explotaciones que en el 14 % de la tierra deben soportar una carga laboral de las siete décimas partes de la mano de obra y contribuir con el 30 % del valor de la producción agropecuaria.

A este marco estructural corresponde un esquema cerrado de uso de los recursos físicos, humanos o institucionales, en el que juega un papel secundario el problema de la ocupación y la productividad. Aun países de tan elevado potencial en recursos físicos como Argentina, cultivan menos del 10 % de su superficie y destinan una elevada proporción a pasturas naturales.⁹ En las áreas más atrasadas de latifundio de colonato —como en la Bolivia de 1952— los coeficientes de ocupación económica de la tierra no llegaban al 0,8 % del área disponible en las haciendas y el activo de tierras anualmente en producción no pasaba del 1,5 % de la superficie ocupada en explotaciones agrícolas.¹⁰ Esta caracterización de la estructura latifundista como economía de acaparamiento y dilapida-

⁹ *El desarrollo económica de la Argentina*, Naciones Unidas, segunda parte, México, 1959, p. 129.

¹⁰ Censo de 1950: la extensión ocupada en explotaciones agrícolas era de 33 millones de hectáreas aproximadamente y la cultivada en fincas de 654.000 hectáreas, de la que tendría que descontarse la fracción de tierras que habitualmente se deja en descanso, por períodos de 3 a 12 años, de acuerdo a las prácticas tradicionales de rotación y de "aynocas". *La reforma agraria y el desarrollo social de Bolivia*, Antonio García; *Reformas agrarias en América latina*, México, Edic. Fondo de Cultura Económica, 1965, p. 407.

ción de recursos físicos, no sólo tiene validez en las áreas de colonato y tecnologías tradicionales, sino aun en aquellas dominadas por la imagen moderna de la "plantation", con frecuencia definida como un tipo de explotación intensiva y altamente racionalizada.¹¹ En Cuba, la caña de azúcar representaba el 56 % del área cultivada,¹² pero las empresas azucareras utilizaban solamente un poco más de la mitad de los dos y medios millones de hectáreas bajo su control y los rendimientos medios de azúcar por unidad de superficie sembrada con caña, no llegaban a la mitad o a la tercera parte de los registrados en Hawai, Perú o Indonesia.

En Guatemala, la United Fruit Co. poseía 188.339 hectáreas, de las que sólo cultivaba el 15 % en 1953 —en el momento de aplicarse la reforma agraria— habiéndose caracterizado no sólo por ser la mayor poseedora de tierra

¹¹ Aun analistas agrarios tan comprensivos como el economista norteamericano Thomas F. Carroll, diferencian la hacienda tradicional y la plantación en que "las tierras de las primeras son cultivadas de manera extensiva, y las de las segundas, intensivamente". *El problema de la reforma agraria en América latina, controversia sobre Latinoamérica*, Buenos Aires, Edic. Instituto de Desarrollo, 1963, p. 237. El análisis de experiencias como las de Cuba o Guatemala, demuestra que las técnicas intensivas sólo se han empleado fragmentariamente, que se han combinado prácticas intensivas con otras muy extensivas y que en el esquema general de uso de los recursos físicos domina un criterio de subempleo o dilapidación.

¹² De acuerdo a este esquema rígido de economía monocultora de exportación, apenas se destinaban cuatro décimas partes de la superficie cultivada a otras actividades agrícolas y ganaderas. Cerca de la mitad de las tierras de las empresas azucareras no se cultivaban, encubriéndose el desempleo en un mantillo de pastos naturales. Chonchol, *Las reformas agrarias en América latina*, ob. cit., p. 472.

ociosa, sino por haber constituido un monopolio sobre los mejores suelos planos, húmedos y costeros del país.¹³

Estas normas de ineficiencia y dilapidación de recursos era comprensible, históricamente, en las condiciones económico-sociales del siglo XIX, pero no cuando han entrado en operación las nuevas influencias de cambio: la economía de exportación, la industria manufacturera, la explosión demográfica, la gran ciudad metropolitana, la gravitación de las luchas sociales y la expansión orgánica del Estado. Las exportaciones agropecuarias han representado más del 80 % del comercio exterior de la América latina (excluyendo un caso tan excepcional como el de Venezuela) y para 14 países que no son grandes exportadores de petróleo o productos minerales ese porcentaje asciende al 90 %.¹⁴ En las décadas de los cuarenta y los cincuenta, la tasa de incremento de la productividad fue apenas de 0,7 % anual y en el período 1957/1965, la tasa de incremento de la producción agropecuaria por habitante no pasó de 1 % en las zonas tropicales y de menos del

¹³ La dilapidación de recursos físicos no sólo ha adoptado la forma extrema de desocupación absoluta de tierras, sino la forma disfrazada del monocultivo intensivo sin prácticas conservacionistas. "Cada once años —dice Mario Monteforte Toledo en *Guatemala: Monografía sociológica, reformas agrarias en América latina*, ob. cit., p. 709— las tierras sembradas de banano, sin adecuadas prácticas conservacionistas de los suelos, tienen que abandonarse por las infecciones de la 'sigatoka' y del 'mal de Panamá', sirviendo entonces a la compañía para proponer su devolución al Gobierno a cambio de nuevos privilegios."

Los países con cultivos de banano —dentro de esta estructura colonial de la *plantation* (Colombia, Honduras, Ecuador)— han tenido que afrontar el mismo problema de la devolución y venta de tierras infectadas y no fácilmente recuperables.

¹⁴ *La Alianza para el Progreso y las perspectivas de desarrollo de América latina*, 1961/1965, Washington, Edic. Unión Panamericana, 1967, p. 46.

medio por ciento en la zona templada. En el período 1934/38 a 1965, los índices de producción agrícola llegaron en México al nivel de 324, mientras apenas fueron de 133 en Argentina, 196 en Brasil, 166 en Chile, 193 en Perú y 135 en Uruguay:¹⁵ o sea que mientras en México la producción se triplicó, en el resto de los países latinoamericanos no logró siquiera duplicarse en cerca de tres décadas de intensos procesos de modernización. En 23 años de decisiva importancia en la historia argentina —de 1935/39 a 1955/57— la producción agropecuaria apenas se incrementó en un 26 %, correspondiendo un 58 % a las regiones de los nuevos cultivos industriales y un 15 % a la región pampeana,¹⁶ en la que el incremento de la productividad por hectárea fue inferior al medio por ciento (0,3 % anual).

Mientras la productividad agrícola crece en los países industriales con mayor rapidez que la de la industria¹⁷ (expresando el explosivo y reciente proceso de la revolución agrícola), en América latina ni siquiera puede compararse con las tasas de incremento de la productividad

¹⁵ *Cómo funciona el sector agropecuario de México*, Edmundo Flores, *Revista de Comercio Exterior*, México, N° 9, p. 702 —Entre los trienios 1951-53 y 1963-65, la tasa de crecimiento del producto bruto agrícola fue del 3,6 %, inferior a las tasas de crecimiento poblacional en algunos países latinoamericanos. *Estudio económico de América latina*, 1966, Comisión Económica para América latina, 1967, p. 37.

¹⁶ En el período de 23 años, la productividad por hectárea en la región pampeana se elevó, en total, en 8 %. *El desarrollo agrario argentino*, Horacio C. E. Giberti, Buenos Aires, Edic. Eudeba, 1964, pp. 70/71. No obstante la tradición cerealera de la pampa argentina, la producción de trigo por hombre y por hora es de 47 kilogramos, frente a 125,5 kilogramos en los estados Unidos o a menos de 2 kilogramos en algunos países andinos como Ecuador.

¹⁷ *Nueva política comercial para el desarrollo*, Raúl Prebisch, México, Edic. Fondo de Cultura Económica, 1964, p. 65.

industrial, con excepciones como las de México y Cuba. Este fenómeno tiene un significado más profundo del que corrientemente se le atribuye en América latina, ya que de una parte expresa el desajuste creciente entre industrialización urbana y agricultura latifundista y de otra proyecta el creciente distanciamiento entre la élite de países industriales y el proletariado de países del tercer mundo.

El sistema de relaciones sociales de la estructura latifundista se caracteriza por un amplio espectro que va del asalariado capitalista en las estancias argentinas o en las plantaciones comerciales centroamericanas, a las formas arcaizantes del colonato, el peonaje, el "asalariado marginal" y las formas señoriales del arrendamiento y la aparcería. Ha sido usual en América latina considerar todas las formas del arrendamiento y la aparcería como instituciones típicamente capitalistas, si bien su naturaleza social sólo puede definirse dentro de un cierto contexto histórico de relaciones agrarias. En la mayoría de los países,¹⁸ las "tenencias precarias" constituyen una expresión del monopolio señorial sobre la tierra y están articuladas a la estructura de dominación social. Las aparcerías se practican usualmente, dentro de ese contexto paternalista, imponiendo el terrateniente las normas de uso de la tierra,

¹⁸ Un caso excepcional, en el panorama latinoamericano, es el de Argentina, país en el que existe un moderno sistema de regulación pública de los contratos de arrendamiento y aparcerías, como efecto de las intensas presiones desatadas por los movimientos populistas y el pequeño empresario agrícola (usos, plazos, seguridad, inversiones, etc.). Esta política de adopción de formas auténticamente contractuales, ha logrado disminuir la gravitación de la renta fundiaria en la estructura de costos, del 23 % del costo total del trigo, hace 30 años, al 5 %. *El desarrollo agrario argentino*, Giberti, ob. cit., p. 79.

el régimen de inversiones y las proporciones de distribución de los costos y del producto agrícola.

Una caracterización social de toda estructura latifundista, es la correspondiente a la compleja fenomenología de la "marginalidad campesina", que comprende tanto las formas arcaicas de la "inmersión" y el arraigo en las haciendas de colonato como las condiciones indigentes de una vasta población de minifundistas, comuneros indígenas y peones que no tienen acceso a la tierra, a los recursos asistenciales del Estado o al mercado de capitalización rural. La marginalidad social del campesinado no sólo consiste en la no participación de éste en los objetivos, aspiraciones y conquistas de la "sociedad nacional", sino en su radical inadecuación a las economías de producción en gran escala, a las formas racionales de organización del trabajo y al consumo de masas. La marginalidad campesina es una expresión del círculo vicioso característico de la estructura del atraso:

El monopolio latifundista sobre la tierra genera la sobrevaluación comercial de los recursos físicos y el control hegemónico sobre los recursos institucionales de técnica, comercialización y financiamiento.

La sobrevaluación comercial impide la modificación del esquema concentración latifundista/pulverización minifundista y la transferencia —por vía del mercado— de tierras ociosa en el minifundio.

Los bajos niveles de empleo, de producción y de ingresos de la población campesina, le impiden a ésta tener acceso a los servicios institucionales y superar las condiciones de marginalidad social y económica.

La desocupación de recursos físicos en el latifundio y de fuerza de trabajo en el minifundio, genera una economía de bajos niveles de empleo y bajos niveles de ingreso de la población campesina.

empezaron a ladrar los perros, y a desprenderse de nuestro alojamiento como para el norte. Parecía que cargaban con gente, y como podría ser que anduviesen indios en esta isla, internados de los que vio el arriero, me levanté, e hice se reconociese el campo, y se previniesen las armas. Nada se encontró, pero lo pasamos en vela el resto de la noche.

El 28, a las siete de la mañana, llamé a Puelmanc, y Manquelipi, y les dije que cuanto antes montasen a caballo para ir a saber de los indios: me pidieron caballos para ir, y dándoselos al poco rato estuvieron de vuelta con cuatro ranquilinos, o de Mamilmapu, y el uno de ellos sobrino de Manquel. Vienen de viaje, según dijeron para pasarse a las cordilleras; que traen sus haciendas, y están situados una legua para abajo de nuestro punto a la otra banda del río; que ayer subieron hasta ponerse a nuestro frente por una quemazón que columbraron, y pensando podrían ser peguenches que venían, deseaban verlos, para saber el estado de las paces entre ellos. Que estas tierras están inhabitables con los malones, y actualmente se hallan en ellos los ranquilinos. Manquel tuvo mucho gusto de ver a su sobrino, y de que se fuese con haciendas para sus tierras. Puelmanc tuvo sus sentimientos, pues los forasteros le comunicaron, que en estos días pasados había muerto en un malón un pariente suyo, y después de comer se retiraron con uno de los mocetones de Mariñan, que fue a ver a una parienta que venía entre ellos. El río lo pasaron nadando, como que vinieron en pelo, y cuando fueron estos indios a buscarlos, ya los encontraron de esta parte.

A las seis de la noche llegaron los que han buscado los caballos de Manquel y míos, con sólo éstos, y no los de él, sin haberlos encontrado sino los vestigios que pasaron

de Puelce para adelante. Volvieron a hacer nuevos sentimientos, y a llorar mucho; sin embargo que les hice la reflexión de que dentro de dos días estarían en Butacura; que los vendría a encontrar en sus tierras gordos y descansados a su regreso; que ya los tendría libres de pérdida por estos lados de que se maltratasen y quedasen cansados, como he dejado yo ya cinco caballos, y dos mulas, y dejaré aquí todos los que no puedan vencer el atravieso de Menco sin agua. Previne al capataz la salida para mañana, y que diese orden a los arrieros que madrugasen con la tropa.

JORNADA XXIV

Desde el Desaguadero hasta la orilla del pajonal de Tripaque

(Mayo 29 de 1806)

A las nueve y tres cuartos de la mañana, salimos de la orilla del Desaguadero, después de haber estado desde que salió el sol esperando el que apareciesen las bestias de los caciques con nuestras caballerías en disposición, y tomando al noreste, atravesando un médano montuoso de arbustos y con pasto, a las 24 cuadras estuvimos en otro río, gancho del que hemos dejado, cuya ribera está cubierta de carrizales, y a una y otra parte viene formando lagunas preciosas y grandes: lo pasamos a vado con agua a la cincha, y de anchura tendría 40 varas. En esta isla que, según dicen los indios, tendrá 6 leguas de sur a norte, hice dejar 6 caballos que venían muy maltratados, porque aquí pudieran hallarse convalécidos a la vuelta, por razón del agua, que adelante no la hay.

Luego que estuvimos de esta parte, pregunté a Puelmanc, que si había más adelante agua, y respondiome que sí. Hice caminar; tomamos en este lugar el rumbo noeste, cuarta al este, y siguiendo por igual clase de médano, dejamos a las 6 cuadras al lado del sur una hermosa laguna

dependiente del brazo, y continuando 28 cuadras más, alojamos a la orilla de un pajonal de otra laguna, que se llama Tripaque, y también nace del río, y otras muchas que le siguen hacia el sur.

El sitio que comprenden estos ríos es muy parecido al de las lagunas de Guanacache, que pinta el abad Molina, desde los 30° hasta los 33° de latitud, y 309° de longitud; con la diferencia que Chadileubu las hace por separado en una línea hasta las juntas con el Desaguadero, que está al sud-sudoeste de nuestros alojamientos, por 5 o 6 leguas. También en que aquéllas tienen el desagüe de este río, que titula el Desaguadero, y el de éstas se resume por 15 o 20 leguas de camino más, al mismo rumbo, con el nombre de Chdaileubu en una hermosísima y profunda laguna, que ya he dicho se titula Urrelauquen, que es decir, *Laguna amarga*.

Él pone en su mapa que el río Diamante entra al del Desaguadero en los 352°, y siendo así no puede ser cierto lo que Puelmanc dice, de que el que hemos pasado es el Diamante: a no ser que sea ya unido al Desaguadero, y en este caso debe perderse, pues todas estas aguas se resumen sin la menor duda.

También en su mapa pone al Diamante como el penúltimo al sur, que nace de las cordilleras al oriente, y el de Naguelguapi, el último; siendo cierto que corre Chadileubu al famoso Cobuleubu, y Neuquén hasta Limaileubu, que pudiera ser el de Naguelguapi.

Es de notar también que hay algunos indios que aseguran, y especialmente el peguenche Tripainan, que este río de Chadileubu, más al sur, pasado una travesía de médanos, va a brotar en unos menucos, u ojos de agua que ya vuelven a formar un considerable cuerpo que corre hasta el mar. A las 8 de la noche entraron los caciques a

mi toldo, con el objeto de tratar sobre los expresos que debían anticiparse a Carripilun, de lo que hasta ahora no se ha vuelto a hacer mención, porque don Justo Molina ha estado enfermo. Se le propuso a Puelmanc, y contestó que Molina hasta ahora seguía indispuesto, y no estaba capaz de marchar a la ligera, que él es conocido de todos los habitantes de Mamilmapu y es precisa su persona en el atravieso de Meuco a lo de Pilquillan, por si acaso se encuentran algunos indios que podrían extrañar la comitiva, y quererla ofender: que estando en lo de aquel indio, se adelantará, y quedarán con más seguridad nuestras personas. Le pregunté que si Carripilun, y los otros cabezas no tendrán a mal que nos entremos a sus tierras sin avisarles. Me contestó, que viniendo él en nuestra compañía no lo tendrían a mal: que él les diría, que no quiso dejarme solo hasta no dejar mi persona con las recomendaciones necesarias. No me pareció mal el proyecto, porque debiendo siempre parar en lo de Pilquillan, lo haríamos, entre tanto él se adelantaba a lo de Carripilun.

Mientras estábamos en esta junta llegó el mocetón, que fue ayer, con los ranquilinos que cité, a ver a una parienta; y avisó, que antes de venirse, llegaron indios a la otra parte del río: pero no supo de qué nación eran, sino sólo que venían armados, porque vieron algunas lanzas desde esta banda. La noticia era de entidad, pues en las dos siguientes jornadas de Meuco se nos han anunciado los mayores riesgos por guilliches, y llamistas, y más viniendo por camino poco usado. Ellos se sorprendieron bastante; y c les fui a la mano diciéndoles, que pudieran ser amigos y venir armados, o temiéndonos por las novedades que a ellos les contarían de nuestra expedición, o por temor de otros enemigos. Que la puerta de esta isla en que estábamos, nos aseguraba un costado, y nuestros animales:

que para pasar un atravieso sin agua de dos días, era conveniente dejar las caballerías descansar donde tuviese bastante agua; que pararíamos mañana, y mandaríamos bien temprano a saber qué gente era, y con qué destino venía a estas tierras; qué número y qué fuerzas traía; que ellos y yo les mandaríamos el bienvenido, y que si su destino seguía para adelante, que nuestra voluntad y protección estaba pronta para que si gustaban se viniesen a incorporar con nosotros.

Quedaron gustosos con el proyecto, y al mismo moce-tón, que ya era práctico del lugar, le di un mazo de tabaco, para que bien temprano saliese con su mensaje.

A las 4 de la mañana salió, y a las 12 del día estuvo de vuelta, avisando que los indios eran llamistas, que no traían novedad, y que ya venían para acá; que él los encontró, y recibiendo las razones que llevaba, venían gustosos.

Al poco rato estuvieron en el alojamiento siete indios mozos, y uno como de 50 años, los que trajo a mi toldo a las seis de la noche Manquel y Puelmanc. El principal se llamaba Lincopay, guilliche del lugar de Lonquimay, vasallo de Millalen, que ya he nombrado en distintas partes, por las conexiones que tiene con estos peguenches. Sus siete compañeros vienen con él a conchavo a estas tierras de Mamilmapu, y su destino es la reducción de Carripilun.

Me ha asegurado viene con otros cinco, y el que hace cabeza en ellos es Caminillaquien, trae una hermana a ver a otro hermano, llamado Autequin, que vive en la misma tribu de Carripilun, y los que le acompañan es a comercio. Ha prometido que mañana nos alcanzarán, pues hoy no lo pudieron hacer, porque viene enferma la mocetona de una caída de caballo.

Así que tomé estas razones de él, pregunté que si ve-

nían otros guilliches, o llamistas para Mamilmapu detrás de él; y me contestó, que sólo otro indio, llamado Gurla, que trae el camino que da vuelta por el resumen de este río.

Le manifesté extrañaba que no viniesen llamistas y más guilliches, cuando tenía noticia que todos los años pasaban reducciones enteras para Mamilmapu, por permutar los ponchos por haciendas. Contestó, que era cierto, y que este año hubieran venido también, si no hubiera sido por el peguenche Caullan, que pasó a los llanos, en donde hizo junta de indios para darles noticia que los peguenches estaban alzados con los españoles, que todos venían a Buenos Aires, con determinación de acabar con los guilliches y llamistas que encontrasen. Que por esta razón se atemorizaron, y dejaron sus viajes para el venidero.

Manquel y Puelmanc, que oyeron estas razones, se rieron, y les dije: —Caullan es, Manquel, de tus peguenches, y es él que nos llevó las últimas noticias de que Guerahueque y los llamistas estaban unidos para impedirnos el tránsito por estos caminos; y es el mismo que a mí me dijo, que doscientos guilliches armados habían salido de las cordilleras con Llanquitar y Cunaquen con sólo el objeto de acabar con mi expedición. Éste es, amigos, un sedicioso, un infame, y debe desterrarse de las naciones un hombre que fomenta con sus enredos guerras. Nos pudo poner en tal estado con fingir en una y otra parte que querían maloquear. Vosotros debéis dar a ese peguenche una reprensión que no le deje en aptitud de continuar con su genio, y que escarmienten otros. Así se deben dar las satisfacciones al público y a las naciones amigas. Puedo aseguraros, que si mientras estuve en vuestras tierras, hubiera sabido el ardid de ese mocetón, yo os hubiera hecho ver allí cuál era su delito, y cómo debíais

haberlo castigado, para que no infestase vuestros terrenos: pero ya que lo hemos sabido tan distante, confío en vosotros sabréis tomar las satisfacciones que debéis. Recibieron muy contentos los consejos, y volviendo a Lincopay le dije: —Ya estáis satisfecho que lo que os dijo de nosotros, nos dijo también de vosotros, y con verme aquí deberéis creer que no recibí bien sus razones, ni le di crédito. Hizo muy mal Guerahueque, y los demás caciques que querían venir, de suspender su determinación, por las razones de un mocetón sin crédito de sus jefes. Yo hubiera celebrado encontrarme con ellos por aquí, así como tengo gusto de que estéis vos y tus compañeros conmigo. Los hubiera tratado con mucho amor, pues deseo conocerlos, y darles pruebas que solicito sus amistades.

Estos pasos que doy; este verme en campos desconocidos, y tratando con gente que sólo por noticias sabía que habían, es con el motivo que desean mis superiores, obedeciendo a varias reales órdenes, se trafique amistosamente por estas tierras, desde la Concepción a Buenos Aires. Es en buenos términos, solicitar hacer una unión de nuestras fuerzas con los habitantes de estas tierras; y es en fin que desea nuestro soberano hacernos un mismo cuerpo, y que por ese arbitrio merezcan su real protección, como logran de ella nuestros amigos los peguenches. Yo espero que a las primeras palabras que hable sobre materia tan importante, empezarán a conocer las ventajas que se les ofrece, y que esta internación mía a sus tierras, les franquee. Con nuestra protección se harán poderosos, respetados y fuertes. No habrá nación que les perturbe sus derechos de propiedad; ya se les acabarán los malones, pues la paz se extenderá a todos los límites de estas tierras. Y andando en pasos tan útiles para todas las naciones de este continente, ¿cómo debía presumir me sucedie-

se un destrozo que sólo merecía un bandido? No, Linco-
pay, son tus compatriotas racionales, y no hay hombre que
no se dé a la razón. No habrá alguno que proteja mi co-
misión, que yo no lo recomiende como merezca. Una
noticia de un río, de un estero, un nombre de un cerro, de
un llano lo asiento en un papel citando el autor que me
lo dio. No me contento con quedar yo solo agradecido,
sino que quiero que mis jefes, sepan vuestro buen modo
de proceder con fidelidad. El que intenta transitar por
tierras desconocidas debe inquirir los nombres de los lu-
gares, de los ríos, de las lagunas, sus situaciones, y todos
los objetos notables. Mis peguenches te dirán que tene-
mos nuestras conversaciones sobre el particular, y que en
momento tomó la pluma para trasladar cuanto me dicen,
a noticia del señor capitán general, y señor virrey de Bue-
nos Aires, a cuya ciudad he de pasar a dar cuenta de mi
expedición. Así se hacen los hombres conocidos, sin que
se pongan a la vista, y se hacen merecedores de la memo-
ria de esos grandes hombres. Si Guerahueque y Millalen
estuvieran aquí, tuviera la satisfacción que me instruyeran
de todos esos terrenos que ocupan; que hasta ahora desco-
nozco: me dieran razón de los grandes ríos que se descuel-
gan de los montes, y del origen de Limai Leubu, que hasta
ahora lo ignoro, como su cuerpo y curso.

Me contestó, que decía muy bien, y que aunque hubie-
ran salido armados a cortarme los pasos, habiendo sabido
el objeto de mi viaje, se presumía, no sólo me hubieran
franqueado el camino, sino también me hubieran auxilia-
do. Que sentía mucho no hubiesen venido sus caciques,
porque hubiesen celebrado conocerme, y no hubieran
sido menos que los peguenches en comunicarme todas las
noticias que les hubiese preguntado. Que por lo que toca

al río de Limaileubu él me daría razón de su nacimiento, pues lo sabía; como que salía de sus tierras.

Como toda mi conversación no se reducía a otra cosa, le admití la oferta; y reconviniéndole por ella, me dijo, que nacía de una hermosa laguna, llamada Alomini, que está en medio de las primeras cordilleras del poniente, hacia la derecera de Maquegua: que en su origen era río mediano, y después se hacía formidable, por los esteros que le entraban.

Manquel dijo, que ya sabía de la laguna que era muy grande, por cuya orilla había andado muchas veces, y que día y medio se caminaba por su ribera. Que al río que salía de esta laguna, le entraban a su caja, en medio de las cordilleras, los esteros, Matañanc-leubu, Rucachonoi-leubu, Quelguen-leubu, Pichi-leubu, Mayen-leubu, Naguelguapi-leubu, y que la laguna está situada en medio de las cordilleras Miquen y Guenuco. El guilliche confirmó ser cierto cuanto Manquel aseguraba, y seguí: —Que si tenían noticia, o conocimiento de la laguna de Naguelguapi. Me dijeron, que no había tal laguna de Naguelguapi. Les insté que cómo no, ¡cuando como cosa de quince leguas más al norte, del volcán de Rucachavi, estaba esa laguna! Que era muy dilatada, y tenía una hermosa isla en medio, cubierta de lindísimos árboles, y de la que dimanaba un famoso río, llamado Naguelguapi.

Respondió el guilliche, que no hay otro río que se descuelgue a los llanos de esta parte en tierras de ellos, que el citado Limaileubu; muy caudaloso, y que se introduce al mar; ni otra laguna grande que la que ha dicho de Alomini: que ésta tiene una isla en medio con varios chacayes y hermosos pinos, y no otra. Que Naguelguapi se llama un mallín que hay en las tierras del cacique Quiñillan; que de este mallín nace un estero que toma su nombre, y

se introduce a Limaileubu, como que pasa muy inmediato, y por esta causa me habrán contado que hay otro río del nombre de Naguelguapi. A todo convino Manquel que según ha asegurado, es muy práctico, de aquellos lugares.

De aquí es que al abad Molina no le dieron con la debida exactitud las noticias de la laguna, así como tampoco las de Neuquén, que se introduce a Limay de Cobuleubu que gira a la costa patagónica, y Chadileubu que se resume en estas pampas, tres ríos grandes que tienen su curso a esta parte, y los he pasado yo con toda la comitiva.

Ninguna otra razón me dio este indio por más preguntas que le hiciese; asegurándome, que en solas sus tierras ha trajinado, y para estas tierras de Mamilmapu, que jamás pasó a Limaileubu. Me hizo presente que venía caminando dos meses, que ya los víveres se le habían acabado, y que le hiciese favor de darle bastimento, que se incorporaría con mi comitiva hasta Meuco. Convine en uno y otro gustoso. Manquel me dijo, que habían traído unos parientes suyos dos caballos de venta, que debía darles cabalgaduras, y que los comprase. Los vi, y aunque sólo eran buenos para suplir necesidad, los compré, el uno por un freno, y el otro por un par de uples, y de ellos tomó uno doña Carca para su marcha. Se despidieron, advertidos que al siguiente día caminábamos.

JORNADA XXV

Desde Tripaque a un plan en la travesía de Meuco

(Mayo 31 de 1806)

A las siete y tres cuartos de la mañana, continuamos nuestra marcha, prevenidos de aguada por seguirsenos la travesía. Tomó la delantera el cacique Puelmanc, guiándonos, como ha acostumbrado, desde Tilqui; y prosiguiendo, por médano parejo y con los mismos arbustos expresados, entre los ríos, siguiendo el mismo rumbo del noreste, cuarta al este. A las cinco horas y cincuenta minutos, alojamos en un prado, pasado un atraveso de árboles grandes de curimamil, porque ya venía la tropa muy fatigada, y se había cansado una mula.

El cacique Puelmanc, con la comitiva de guilliches que iban delante, se alejaron, y así alojaron en otro lugar más adelante.

Aunque todos aseguran, que en estos terrenos no hay agua; pero yo lo dificulto, porque hay muchos teros, gallinazos, trinquis, halcones, águilas, muchísimas perdices chicas, y otras varias avecillas que no los habitarían sin ella.

JORNADA XXVI

Desde el plan de la travesía hasta Meuco

(Junio 1º de 1806)

Como habían quedado tan maltratadas del medanal * las caballerías, y les sería más aliviado caminar de madrugada, a las doce de la noche estuve en pie, e hice que se rodease la tropa y trajese al alojamiento: a las dos y media estuvo junta, y a las cinco en camino nosotros, siguiendo el mismo rumbo. A las dos leguas estuvimos en el alojamiento que tuvo Puelmanc, quien ya había caminado, pero dejó allí a Manquelipi para que nos guiase. En este sitio mudamos rumbo al este-noreste, y continuando por médano mucho más pastoso, algo desparejo, y más sólido, a las cinco leguas llegamos al lugar de Meuco, que es una veguilla pastosa, en donde hay dos fuentes de agua permanente, y algunas cortas lagunillas, que aseguran suelen secarse. La vega está rodeada de médanos que forman cerrillos. Todo lo que hoy hemos andado serían siete leguas por cómputo: pues aunque llegamos a las dos de la tarde, trajimos paso muy corto, e hicimos dos

* Digo medanal, porque el piso es de arena: pero advierto que ninguna parte de ése cubre la uña del caballo.

paradas de media hora para aliviar la tropa. Mucha más abundancia de pájaros que ayer vi hoy, y especialmente perdices chicas, que llaman *sello* los indios, conformes a las de Chile.

Al rato que estuvimos alojados, hice llamar a los indios, y estando juntos les dije que ya era tiempo de que se adelantasen a dar la noticia de mi venida, así a Carripilun como a Pilquillan, a Paillatur y a Quillan, pues podíamos encontrar algunos indios, y formar novedad de ver la caravana con tanta carguería y comitiva. Me contestaron, que decía bien, y que en la noche se trataría de la materia, después que comiese y me acomodase; porque sería bueno parase un día para refrescar las caballerías.

A las seis de la noche volvieron los caciques, y estando en mi carpa, les dije: —Ya os he dicho cuánto importa, y que nos es preciso adelantar noticias a estos habitantes de nuestra llegada a sus tierras. No demos motivos de resentimientos, sino de gratitud, a los que necesitamos. Aunque mañana pare aquí, es forzoso se adelante Puelmanc con don Justo Molina; y siendo el más cerca que tenemos, según vosotros mismos me habéis dicho, Pilquillan, vuestro amigo, a lo de éste pasarán primero; le comunicarán me hallo en este sitio, y haciéndole ver que vienen conmigo el gobernador Manquel, y los otros caciques, le suplicarán venga a visitarlos, o mande algún mocetón a enterarlos del estado de estos lugares, y que éste nos conduzca a sus toldos, para que allí nos orientemos de cuanto importe a nuestra seguridad.

Allí podré esperar la contestación de Carripilun; allí podremos encontrar guías que lleven Manquel a lo del cacique Paillatur y a lo de Quillan, cuya vista nos importa, porque la derecera del camino a Buenos Aires es por tierras de éstos, y no por lo de Carripilun, que queda muy

al norte, y que sólo necesitamos por ser la cabeza principal de estos terrenos; y allí nos surtiremos de carnes y cabalgaduras, que de uno y otro venimos días ha necesitados. De todo lo que le tratará Puelmanc, para que solicite de sus compatriotas estos auxilios, que se les pagarán por el precio que pidiesen.

Contestaron, que todo estaba bueno, y que saldría Puelmanc con Molina bien temprano, que pasarían a lo de Pilquillan, a quien harían venir, o que mandase a verme; que estando allí, se dispusiese la separación de Manquel. Pero que no había necesidad de que esperase la contestación de Carripilun, sino que siguiese mi marcha, que en el camino encontraría su respuesta; y cuando no fuese como deseamos, Puelmanc debería volver con celeridad a llegar antes que nosotros pudiésemos movernos de lo de Pilquillan. No me pareció mal el proyecto; hice llamar a Molina, y quedando ya advertidos que bien temprano saldrían, se retiraron.

A las tres de la mañana tuve a Puelmanc en mi toldo, después de haberse llevado en parla la mayor parte de la noche con sus compañeros, tratando de lo que había de hacer, y los recados de cada uno que debía dar. Me dijo que ya deseaba salir, y no veía la hora que llegase el día; que esperaba esta ocasión diese Carripilun pruebas de la mucha amistad que siempre tuvieron, que le hiciese favor de darle a él el agasajo que le mandaba para captarlo más, y que a él le diese un freno y un pañuelo, que el freno que traía estaba quebrado, y el pañuelo ya viejo. Hice cuanto me pidió, y poniéndome a escribir a Carripilun: llegaron a las cuatro Manquel y Mariñan, con quienes se puso a conversar hasta ser de día.

A esta hora vino Molina a ver lo que mandaba: le entregué el pasaporte del señor gobernador intendente, pa-

ra que se le interpretase, y una carta mía, cuyo contenido es el siguiente:

"Nuestro católico monarca (que Dios guarde) tiene recomendado a los señores, virrey de la capital de Buenos Aires, y capitán general del reino de Chile, te hagan ver el amor que os tiene, y te den pruebas de su benevolencia. Para cumplir estas reales órdenes, he sido comisionado por el referido señor capitán general, y me hallo en los umbrales de tus tierras, con la comitiva que te darán a entender las credenciales que incluyo.

"Espero sólo tu permiso para internarme hasta esos toldos, en donde deseo verme cuanto antes, y proponerte bienes que luego conoceréis por su valor. Para merecerlo, mando con ésta al cacique Puelmanc, y a don Justo Molina; uno y otro te dirán algo de mi trato y buen corazón, por lo que deberás prometerme mayor seguridad en cuanto diga. De ésta necesito también para proseguir sin recelo por tus tierras, y espero me la franquearéis, como mi persona y comisión lo exigen.

"Puelmanc te entregará por sus manos un obsequio que mi voluntad adelanta a los que tiene destinados, para que recibas de las mías. Espero lo tomes en prueba de mi buena fe, y deseo que tengo de servirte.

"Nuestro Señor te guarde muchos años. — Meuco, y junio 2 de 1806.

"Luis de la Cruz.

"Señor cacique, gobernador Carripilun, en las tierras de Mamilmapu."

Para que interpretase la carta y pasaporte, que como credenciales le incluí, comisioné al español Marcelo Molina, y se despidieron bien instruidos de cuanto debían obrar.

A las cuatro de la tarde llegó al alojamiento de Manquel un indio de estas reducciones, y después de las oraciones lo trajo a mi toldo. Me lo ofreció, diciéndome era su sobrino, que no lo conocía, porque era oriundo de estas tierras, y hacía más de cuarenta años que no veía a su madre, que fue peguencha, y también pariente de Treca. Que Pilquillan no venía por hallarse en otro lugar que el que Puelmanc dijo vivía, que a éste mandó para que fuésemos mañana a parar a su toldo, y que allí saldría también Pilquillán.

Recibí al indio con el agasajo que era regular, y habiéndomele ofrecido, y ponderado cuánto gusto tenía en haberle traído su tío Manquel, gobernador de los peguenches, y saber que era también pariente de Treca, cacique de toda mi estimación, le empecé a preguntar por los principales de su nación, sus habitaciones, dónde las tenían, y en dónde se hallaban Carripilun y Quillan. —Me contestó, que Carripilun vivía en el lugar de Maribil, dos días y medio distante de aquí. Que Quillan, cuatro días, cerca de las salinas de Buenos Aires; que Paillatur, en Chaquilque, a las dereceras de Buenos Aires: y así que todos los caciques estaban separados con sus reducciones. P.: —Que si ha estado alguna vez en Buenos Aires. Me contestó, que sólo en una ocasión, pero que es muy práctico del camino más recto, atravesando los llanos. P.: —¿Cuál era el camino más derecho, y cómo se llaman los lugares que se atraviesan para llegar en menos jornadas a Buenos Aires? R.: —Que saliendo de aquí por donde venía la luna, que era al este, cuarta al norte, es el más recto. Que primero se llegaba al lugar de Chaquilque, y después a Chiyeu, a Malcuaca, a Quilquil, a Cololanquen, a Tuay, a Aldirinanco, a Lelbun-Mapu; que ya ahí son las castas a Leubuco, a Catrilechi-mamil, a Trilís, a Moncolo, a Ma-

llin-lauquen, a Pichiloo, a Cumaloo, a Chalac, a Gualanelú, a Butanguencul, a Leubu-Mapu, y a Longoguaca; y de aquí ya está en tierras de españoles, y que con mis cargas, despacio en 10 o 12 días estaría en Buenos Aires. P.: —¿Que si hay aguas estables por todo el camino? R.: —Que todos los lugares que ha nombrado son aguas perpetuas, y que cerca una de otras como de aquí a sus toldos, y algunas poco más. P.: —¿Que si son corrientes las aguas, o de lagunas? R.: —Que son lagunas. P.: —¿Que si hay leña? R.: —Que sí, hay mucha leña y gruesa hasta más de la mitad del camino, y de ahí para adelante algunos arbustos, y dos días sin leña, que se hace fuego con achupalla. P.: —¿Que si todos los terrenos son parejos, capaces de rodar carretas, y si son pastosos. —¿Que si hay arenales, o son de tierra firme todos los campos? R.: —Que todas las tierras son llanas, muy pastosas, y de tierra firme; que por todas partes pueden rodar carretas sin el menor embarazo, porque no hay zanjones, ni barrancas, ni otro estorbo, que algunos árboles en este atravesio hasta lo de Quillan, que puedan por la vereda impedir el tránsito. P.: —¿Que si hay camino trajinado por los lugares que me ha nombrado? R.: —Que hasta las castas hay camino real, y de ahí para adelante se corta derecho a Luján. P.: —¿Que si podría llevarme por ese camino? R.: —Que sí me llevaría, pero que yendo a lo de Carripilun, me iba mucho al norte, y sería mucha vuelta. Que este camino lo sabía Puelmanc, y otros muchos indios, que me traerían por él a la vuelta, pues estaba muy cerca, como lo experimentaría, y que era mejor que los otros que van por lo del difunto Quintrepi, y otro para las fronteras del Sauce, porque tienen menos aguas y leñas. P.: —¿Que si este camino, que dice, está cerca del de las Salinas? R.: —Que está cerca, a distancia de dos días, o día y medio al paso.

P.: —¿Que si habrá recelo por ese camino, de que los indios nos sujetasen? R.: —Que en captando a Quillan, que es el más alzado, y la cabeza principal, ya los demás no valen, y están yendo todos los días a la frontera, y a las Salinas, cuando vienen españoles: pero que Quillan jamás se allegó ni a las salinas. P.: —¿Que si en todos estos lugares, o en algunos viven indios, que me exprese los que están poblados? R.: —Que en Cololanquen vive Cayupan, que en Tuay, Manquechen, y en Aldirinanco, Quillan; y de ahí para adelante todas son tierras despobladas. Que indios hay muchos afuera del camino, pero él no sabe decirme el número que habrá; que Pilquillan me dará más razón de todo cuanto desee saber, pues él es mocetón, y tiene pocos conocimientos.

Le pregunté a Manquel: —¿Que cómo tiene en estas tierras tantos parientes, y desde qué tiempo? ¿Que si siempre han sido estas tierras pobladas de indios, o fueron sólo pobladas cuando se vinieron los ranquilinos de la cordillera a habitarlas? R.: —Que en estos terrenos habitan indios desde tiempos inmemoriales, que así le oyó a sus antepasados, y siempre estas naciones fueron enemigas de los otros guilliches, que hoy gobierna Canigcolo. Que Quiñeipil fue gobernador peguenche, y tan guerrero, que siempre estuvo con la lanza en las manos, maloqueando a los guilliches y llamistas, y aun a éstos. Que encolezadas estas tres naciones, se comunicaban las lunas en que los habían de asaltar, y así a un mismo tiempo y a una misma hora, los entraban por diferentes partes, y los fueron destruyendo. Que hubo ocasión en que doscientos y más peguenches que andaban guanaqueando por el lugar de Auquinco (los que se alojaron en la aguada en que nosotros mismos nos hospedamos), de madrugada llegaron allí estos ranquilinos, y acabaron con todos, sin que hu-

biese quedado uno que lo contase, sino los cuerpos en el campo como bestias, y los rastros de estos nacionales, para conocer que ellos habían sido los del destrozo; Que así, pues, se fueron despoblando sus terrenos de hombres y de mujeres, llevándoselas cautivas; y varias familias que vivían por Ranquel, otras por Treuco, y otras por Cobuleubu, tomaron el partido de venir a implorar el asilo de estos mismos enemigos, por no morir en manos de ellos en aquellos montes. Que llegaron a Chadileubu, y de allí mandaron mensaje a estos indios, avisando que allí estaban, y venían a vivirse con ellos, y a ser esclavos voluntarios. Que entonces fueron a recibirlos, y se los trajeron: desde cuyo tiempo se vino la madre de este mocetón, y otros peguenches que aquí han procreado, y han llenado estas tierras. Que la mayor parte de habitantes, que en el día hay, son descendientes de aquellos montes.

Que él se acuerda, que desde Tilqui hasta Cobuleubu, había una reducción de más de seiscientos peguenches; en el Tocaman, Treuco, etc. otros tantos. Que en la Capilla y Codileubu más, y que eran tantos que no se conocían, sino las cabezas principales. Pero todos fueron muertos por los brazos de los enemigos. Que se consumieron sus padres, parientes, amigos y paisanos; que las haciendas saciaron la codicia de los guilliches, y de éstos, y en fin que sólo con lágrimas puede contarse tan lastimosa escena; y hacer memoria tan triste no es para este tiempo.

Le hice presente, que esas consecuencias eran precisas a las guerras, y al no tener conducta en ellas: pero que ya se les acabó ese tiempo de infelicidad; que ahora son nuestros amigos, y con nuestra amistad, no sólo son respetados, sino también temidos; no sólo son queridos, sino que se ven granjeando las amistades de todas las naciones:

pues nosotros, no sólo tenemos armas aventajadas, sino prudencia para hacer conocer y distinguir la razón. A este tiempo avisaron a Manquel que sus cabalgaduras no habían parecido, y se despidió con su nuevo pariente, prevenido de que bien temprano marcharíamos.

JORNADA XXVII

Desde Meuco a Tolvan

(Junio 3 de 1806)

A las nueve de la mañana montamos a caballo, y continuamos el rumbo y misma calidad de médano, sin ninguna madera, hasta una laguna llamada Gualico, donde se completó una hora. Desde este sitio mudamos el rumbo al nor-noreste, por el que caminamos tres leguas y seis cuadras, hasta la una y doce, que llegamos a los toldos de Angueñan, que es un sitio de médano con una fuente de agua dulce, y algunos árboles de algarrobos.

Más de veinticinco indios mocetones, de buena presencia, y bien montados, me esperaban en distintas puntas de cerrillos, con varios trozos de yeguas y caballos. Luego que desmonté, me trajo Angueñan un ternero de regalo, para que tomase. Además de que era preciso agradecer la fineza, se la estimé como que hacía algunos días que no tomaba carne fresca: se la correspondí, dándole añil, chaquiras, un pañuelo y un sombrero.

A las tres de la tarde se puso a la vista una cuadrilla de indios, sobre un cerrillo de arena, de los muchos que circundan esta estancia. Al poco rato vino un mensaje a los indios, diciendo que el cacique Naupayan estaba con al-

gunos mocetones a la vista; que ignoraba qué españoles eran los que estaban en este sitio; que si había novedad, pues, por novedad le contaron casualmente, que Molina y el cacique Puelmanc se habían internado para lo de Carripilun, sin hacer juicio de él; que había oído que venía un caballero, y antes de llegar a saludarlo, fuese uno de los indios que lo conducía a darle razón de quién era, a qué venía, y para dónde caminaba. Así que los caciques recibieron el recado, me lo pasaron, y mandé con Manquelipi, al dragón Baeza, y al capitán Jara, diciéndole, que con sólo saber que venía del reino de Chile, debía inferir que no tenía conocimiento ni de estas tierras, ni de estos habitantes, ni de los caciques que los gobernaban. Que mi deseo ha sido no faltar a las atenciones que debo en tierras extrañas; y por esta causa anticipé a Molina y a Puelmanc a lo de Carripilun, para que me permitiese pasar adelante, pensando era la única cabeza en estas reducciones: que desde este lugar fue a encontrarme el dueño de esta estancia llamado Angueñan, quien me aseguró podía seguir mi marcha sin la menor desconfianza. Que confiado en sus razones, me trasladé a este sitio, en el que tengo el gusto de divisarlo; y siendo servido de llegar a mi toldo, lo trataré un rato, me conocerá, y será enterado de cuanto desear saber. Tuvo un largo rato de parla con los del mensaje, y se dejaron venir a toda carrera, dando una media vuelta a mi toldo. Hice disparar tres tiros de pistola, y habiéndose apeado, vino a abrazarme con su capitanejo, y dos indios de respeto. Los entré al toldo, y le dije: —No creo debo hacerte presente, Naupayan, otra prueba de mi voluntad que tengo a estas naciones, y de la importancia de las noticias os conduciré, que el dejarme ver en tus tierras tan distante de las mías: cuando he hecho esta acción, en que ya podréis regular las inco-

modidades que he pasado, ¿por qué podría excusar la atención de mandarte un mensaje, avisándote mi llegada? Piensa bien en esto, y deberás disculparme, como que un forastero no conoce, y por esto no incurre en defectos de atenciones, que no pudiera prevenir sin ser adivino. Molina y Puelmanc fueron mis enviados, y aunque suponga que estos te conocerían por haber andado en estas tierras, pero no sabrían donde ahora vives, y por eso, ni me lo previnieron, ni advirtieron pasar a verte. Así, debéis disculparme, y perdonar a ellos. Ya me tenéis aquí, estoy en tus tierras, deseo hacerme tu amigo, y no hemos de empezar la amistad con sentimientos de poco fundamento, que acortan el tiempo con que debemos daros a conocer. Me respondió, que así como supo que Molina había pasado para lo de Carripilun a darle parte de un caballero que traía, dijo: —Carripilun, es el sol de estas tierras, irá a darle con celeridad la noticia; de mí no ha hecho juicio para pasarme a ver, menos lo haría para ponerme en noticia de ese guinca que viene. Así, pues, éste no tiene culpa, y voy a encontrarlo para conocerlo y ofrecerme; y también le haré presente que Molina, cuando pasó el año pasado, recibió en mi casa mil favores, se los hicieron también mis mocetones: les prometió, y a mí darnos cuanto se le previno, y ahora con desprecio se pasa por nuestras puertas sin hablarnos y sin preguntarnos cómo estamos. De nuevo le respondí, que no podía saber en dónde vivía, sin estar en el camino, y que yendo a lo de Carripilun, en donde deben juntarse los caciques de estos distritos, para que oigan los mensajes que traigo de mis superiores, allí esperarían verlo, tener la satisfacción de saludarlo, y corresponder sus finezas. Me contestó, que estaba muy bien; y sería cierto lo que le decía; que él no iría a lo de Carripilun, pues no era chiquillo para andar más pasos. Que

para cumplir conmigo era ya bastante con haber venido, y el sentimiento que tenía con Molina no podía quitárselo con palabras, porque éste lo había engañado, prometiéndole regalos para granjearle obsequios que entonces le hizo. Le contesté, que ya yo me le mostraría, regalándole alguna cosa, pero que quisiera fuera sin resentimientos a lo de Carripilun: porque en estos casos deben los hombres ceder de su derecho por mirar lo conveniente a su patria. Que yo ignoro si debe ir o no a lo de Carripilun; pero que siendo mi destino allí, le estimaría fuese sin etiquetas. Me respondió que alojaría, y me respondería por la mañana. Acepté y se retiró a alojar.

Seguidamente llegaron a visitarme porción de indias, con la familia de Pilquillán. Las más, vestidas de paño de segunda, y en su rito muy bien adornadas. Reparé en ellas, además de venir más pintadas que las peguenchas, que muchas eran lagañosas, y con los párpados hinchados, que continuamente se tiraban las pestañas; y preguntándoles que por qué era allí tan común en las mujeres la enfermedad de la vista; se rieron, y una me respondió que no era sino que para parecer bien, se adelgazaban las cejas, y se arrancaban las pestañas. Pudiera haberme sido sospechoso el axioma, si no hubiera notado que las más jamás eran las más escasas de este natural adorno.

Cincuenta y cuatro indios se juntaron en este sitio en el resto del día, prueba de los que habrá en estos lugares. Las precauciones tomé conforme al número de mi gente, y lo que más me recelaba, fue que me robasen las caba-llerías. A todos les hice dar tabaco y bizcocho.

A las siete de la mañana entró a mi toldo Pilquillán: me saludó, y echó una relación, como acostumbran los peguenches, ofreciéndoseme y pidiéndome. Le di un sombrero, chaquiras, llancatus y tabaco. Al poco rato entró Nau-

payen, y después de los primeros cumplimientos, le pregunté ¿que cómo se hallaba para acompañarme a lo de Carripilun? Me contestó, que solo hubiera ido a lo de Carripilun por conocerme; que ya había merecido esto, y lo excusase; que me acompañaría hoy con toda su gente hasta el alojamiento, y entonces se retiraría a sus toldos. Le pregunté, que si no asistiría a la parla que debía hacerse en lo de Carripilun: —me contestó, que diciéndole yo su contenido, me sabría responder según su intención, que era hombre formal, y no sabría variar. Le expresé, que mi venida ha sido, con el objeto de reconocer el camino por que anduvo Molina, y otros que se conociesen por más rectos y mejores, con el fin de entablar una franca correspondencia desde la Concepción a Buenos Aires, y desde Buenos Aires a la Concepción. Que esta correspondencia debía presumirle el principio más seguro para unirse con nosotros, de tal modo, que debíamos unos y otros formar un cuerpo: que lograrían la ventaja de tener a nuestra poderosa nación por amiga, y de consiguiente de protector a nuestro soberano; que mirándolos con la mayor ternura ha expedido sus reales órdenes a fin de que se ponga en uso este trato, comunicación y comercio. Que por este arbitrio quería hacerles ver su paternal amor y su real amparo y protección; que ya vería cuán útil sería a su nación esta buena correspondencia, y las ventajas que de ella se lograrían. Me contestó, que celebraba la noticia que le daba, y me agradecía las pensiones que habría pasado por venir hasta estas tierras: que por su parte no había embarazo al buen cumplimiento de mis deseos, y que cuánto hiciese Carripilun sobre la materia, él lo daría por bien hecho, y sabría cumplir por su parte cuánto él prometiese. Hablamos mucho rato sobre el asunto, sin que

él acordase cosa que no fuese a la mayor seguridad y franqueza de los tránsitos, y concluí la conversación dándole una chupa, llancatus, cintas y añil; y a sus dos capitanejos Llaminanco y Apeles, chaquiras, añil, tabaco y cintas.

JORNADA XXVIII

Desde Tolvan a Butatequen

(Junio 4 de 1806)

A las nueve y cuarto estuvo la caravana en camino; me despedí de Anqueñan, y siguiendo el rumbo al norte, cuarta al noreste, con el acompañamiento del cacique Naupayan y toda la indiada, seguimos el camino atravesando por la abra de uno de los cerrillos, que circundaban el lugar; entramos a un plan parejo de trumau, pastoso y sin leña; a las veinte cuadras llegamos a una laguna, nombrada Butalauquen. Prosiguiendo por igual senda a la misma distancia, pasamos a la ribera de otra, llamada Manibil: poco después dejamos otras dos chicas, que la una era salada, como las dos antecedentes, y la otra dulce; y caminando por camino igual, a la legua y treinta cuadras estuvimos en la laguna y lugar de Butatequen, que seis cuadras al este de ella tomamos nuestro alojamiento al lado del oriente de la toldería del capitanejo Llaminanco, junto a un pujio de agua dulce. Este capitanejo es la segunda persona de Naupayan.

Una porción de yeguas y caballos estaban inmediatos a su toldería; me han asegurado es costumbre de estos

habitantes hacer manifestación de sus haciendas a los forasteros, para que formen de ellos concepto de ricos.

Todo el tiempo que se tardó en descargar y acomodar las tiendas, se mantuvo a caballo Naupayan y su comitiva, y luego que estuve desocupado, se apeó a darme un rato de conversación. Me reiteró sus ofertas y franqueza; le repetí mis anteriores encargos, y se despidió con la mayor parte de los indios. Ya el capitanejo tenía comida prevenida, y fueron todos a comer allí.

La mujer del capitanejo vino al poco rato con un cordero: la recibí con mi mayor cariño, la obsequié, y pasada media hora fui a pagarle su visita. Repartí porción de agujas a todas las mujeres de sus toldos que componen el sitio; me celebraron como que les complacía el deseo, y me devolví a mi estancia. En estos toldos vi dos hijas de este capitanejo, que eran donosas.

A las 4 de la tarde nos pusimos a comer, y poco después avisaron del mensaje que había llegado de lo de Carripilun. Le hice entrar, y llamando al capitán Jara para que interpretase su razonamiento, me dijo: —“Que el corazón de Carripilun estaba como una fiera contra Molina, porque le habían asegurado que vino el año pasado a registrar sus fuerzas y tierras con objeto de venir a maloquearlo: que así tenía mandado, que luego que pasase sus primeros terrenos lo matasen, o botasen de ellos; pero así como recibió mi carta, sintió la tranquilidad que debía. Que este consuelo yo se lo he traído, y me esperaba, con deseos imponderables de que cuanto antes llegase con felicidad a sus toldos, que me ofrecía con toda su buena voluntad. Que juntara sus caciques y mocetones para que todos juntos con él reciban los consejos que de parte de mis jefes traigo. Pregunté al mocetón que ¿quién era, y qué órdenes traía de su superior? —Me contestó, que era el capi-

tanejo de Carripilun, que se llamaba Payllanancú, y las órdenes que traía eran de no separarme de su persona hasta no ponerme inmediato a la presencia de Carripilun. Le hice dar de comer muy bien, y poniéndole su alojamiento entre los míos, se retiró a visitar a todos los caciques de mi comitiva.

A las ocho de la noche tuve de visita a la viuda del difunto Tricao, de quien hice mención en aquellas tierras: fue muy regalada, y ella me obsequió con unas semillas de lancú, del que traté con la cautiva en Pulce, y es un grano inútil de pasto; y unas frutas del árbol chanal o chical, que es una graciosa avellana, y del gusto del dátil su comida.

JORNADA XXIX

Desde Butatequen a Rimeco

(Junio 5 de 1806)

A las nueve y cuarto monté a caballo, acompañándonos el capitanejo Payllanancú, y su mocetón, y enseñando la ruta que debíamos tomar, nos dirigimos al nordeste, cuarta al este, por senda pareja y con suficientes maderas, por los contornos de chicales, muy hermoso árbol, muy útil, tanto por el fruto, como por sus maderas que serán tan durables como los espinillos de nuestro Chile, que no les aventaja el fierro en duración, y así merecen todo aprecio para cercos y otros destinos, por la experiencia de que duran siglos. A poco más de una legua pasamos por la ribera de una laguna, llamada Riganco, en cuyo lugar nos salieron al camino dos indios a vender corderos, y por hablarlos y obsequiarlos, paré por media hora. Continuamos la marcha al noreste, cuarta al norte, subiendo una loma trumagosa y baja, capaz de rodar carros; y descendiéndola, llegamos a otra del nombre Chadilauquen, que en la cabecera del sur tiene una vertiente de agua dulce que le confluye, y ella es salada; proseguimos por su playa, como para el norte, estando llena de patos, y algunos arbustos, y separándonos de ella y de su cajón, que es muy poblado

de árboles de la especie referida ascendimos a otra loma baja, desde cuyas alturas por cualquiera parte que se extiende la vista, se columbraban multitud de árboles de los referidos. La descendimos por igual clase de camino, y estuvimos en un bajo, en que se encuentra otra laguna llamada Metanquil, que pasada, y un retazo de buen camino de terreno más firme aunque siempre trumagoso, llegamos al lugar de Rimeco a la una y tres cuartos de la tarde, en el que se encuentra otra laguna; y al lado del norte de ella tomamos alojamiento, al abrigo de unos árboles de los mismos. En esta ribera hemos encontrado muchos caballos, vacas y yeguas de Carripilun. Me ha dicho el capitanejo, que ya la toldería está cerca, y que antes de mediodía, podremos llegar a ellos.

Al poco rato que estábamos alojados, llegó el capitanejo de Naupayan, de cuyos toldos hoy salimos, que seguía también para lo de Carripilun, con el objeto de hallarse en la junta, a que dijo había sido hoy citado con precisión, después de haber salido nosotros.

Al poco rato que estábamos alojados, llegó el capitanejo de Naupayan, de cuyos toldos hoy salimos, que seguía también para lo de Carripilun, con el objeto de hallarse en la junta, a que dijo que había sido hoy citado con precisión, después de haber salido nosotros.

A las ocho de la noche llamé a mi toldo a Payllanancú, y le dije: —“Ya estoy por tus razones enterado que me hallo cerca de la toldería de tu jefe Carripilun. Mucho lo celebro, pues deseaba conocerlo y tratar con él, y confío que mañana se verán cumplidos mis deseos y solicitud. En haberte mandado Carripilun a recibirme y auxiliarme, ha recomendado tu persona, pues con esta sola acción, me ha mandado decir que sois su segunda persona, que eres toda su confianza y estimación, y por lo mismo creo que

así será, y que sabrás agradecer el aprecio que de ti haga. Te regalo esta chupa, este sombrero, estos llancatus, y este añil, que todo se aprecia en tus tierras. Mañana te vestirás con este traje, para llegar, anunciando que te he recibido bien, y te he apreciado como mensajero de tu gobernador: y será bueno que antes que caminemos, mandes adelante a tu mocetón, dando noticia que estamos caminando, y presto llegaremos. Pero para que procedamos con acuerdo en todo de nuestros amigos caciques peguenches, por la mañana trataremos de la ceremonia que ellos quieren usar, según sus costumbres que yo ignoro.

Quedó tan agradecido Payllanancú al obsequio, que con expresiones más que finas lo manifestó, y me contestó, que hablaríamos con los caciques supuesto yo lo quería, pero no porque él viniese sujeto a la disposición de ellos, sino mía. Yo le hice ver que estos caciques eran mis amigos, compañeros y el auxilio que traían de los montes, y que no sería posible hacer cosa sin que ellos tuviesen intervención, mucho más en materias de sus ritos, a que yo no faltaría por más proporciones que se me franqueasen.

El 6, bien temprano, volvió el capitanejo, y se juntaron los caciques en mi toldo, y fueron conformes en mandar con el mozo de dicho capitanejo, a avisar a Carripilun de mi llegada a sus toldos, y salió en el momento.

JORNADA XXX

Desde Rimeco a Cura Lauquen

(Junio 6 de 1806)

A las nueve y media de la mañana, monté a caballo con toda mi comitiva y más de veinticinco indios, que llegaron en diferentes partidas a mi toldo, de los citados para mi recibimiento; y continuando con el rumbo del noreste, cuarta al norte, por buen camino, pero siempre trumagoso y de iguales maderas, por una y otra parte de la senda, a la media legua encontramos seis indios, entre ellos Llan-canau. Tenía seis corderos de camarico: me saludó con arrogancia, y me hizo presente me tenía allí destinado dos, en señas de lo bien que apreciaba mi venida a estas tierras. Le di los agradecimientos por su agasajo y expresiones; e incorporándose en la comitiva, continuamos la marcha. Al poco rato me vino a encontrar el hijo de Carripilun, con cuatro mocetones, vestido de un fraque encarnado de paño de primera. Pasamos por la ribera de una laguna salada, que tiene dos fuentes de agua dulce a la orilla, y a las seis cuadras había seis indios de vigía, que así como se vieron, largaron las riendas a sus caballos, y se nos quitaron de la vista por entre unos árboles; pero no habríamos andado cinco cuadras, cuando se presentaron cerca

de cien indios, de los que se separaron cuatro, y los demás a todo correr de sus caballos, dando balidos empezaron a rodearnos, cortándonos la marcha, hasta habernos circundado cuatro veces; en cuya ceremonia hice tirar cuatro tiros de pistolas. Se retiraron a juntarse con los cuatro, entre los cuales estaba Carripilun vestido de la chupa que le mandé, en un famoso caballo, como un cuerpo delante, moviéndose a saludarme. Todos mis indios retornaron la ceremonia, tirándose en cada vuelta otro tiro, y concluidos nos encontramos dándonos las manos; y con arrogancia majestuosa, me dijo, que el gusto que había tenido desde que supo mi entrada a sus tierras ni le había dejado dormir ni comer con sosiego, pues como un caballo fogoso estaba su espíritu por salir a recibirme de una vez: que mi tardanza le incomodaba; pero ya tenía sus deseos cumplidos, y que le era feliz la hora y de entero gusto; y yo podría tener la satisfacción, que era el primer español que pisaba sus tierras, pues no se contaría de otro antes que don Justo Molina, a quien miró como indio, hijo suyo; pero había la distinción que él pasaba de un modo, y yo venía de otro. Que si los Toquiquelos no hubieran mandado a una persona de su posición, desde luego no hubiera permitido que pasase, ni le pisase sus terrenos, pues el dueño podía disponer a su satisfacción de lo suyo.

Le contesté: Que si él se alegraba de verme, yo me alegraba de su satisfacción, complaciéndome también de conocerlo; que en el hecho de venir solicitándolo, podría ya pensar el deseo que tendría de llegar a sus toldos, y lo persuadido que vendría de ser bien recibido. Que mi comisión no merecía otro recibimiento, que el que su buen discurso me hacía, pues un embajador de unos jefes, como los que me mandaban, debía ser bien recibido con la mayor atención. Que por esta razón, más que por otros res-

petos, me hacía acreedor de sus honras; pero por todos términos se las estimaba. Que mis superiores quisieron también valerse de mi persona, para que no le quedase a él, ni a ninguna de las otras cabezas que tenían jurisdicción en estas tierras, la menor duda de sus palabras; y que le estimaría, no siendo la presente hora oportuna para tratar de tan importante materia, citase a toda la gente que le acompañaba, para el siguiente día en que tendría el gusto de volverle a ver, y de que oyesen mis razonamientos. Me repitió, que las noticias que el cacique Puelmanc le había dado de mi manejo y procedimientos, y demás circunstancias que condecoraban mi persona, ayudaban a hacer más respetable la comisión. Le repliqué: —“Carripilun, el primer favor que os pido es que me conozcáis, para que puedas hablar con fundamento. Deseo el tratar despacio contigo, y el que me franquees un corto recinto de tus tierras para alojarme. Yo sé estimar las finezas, y mucho más cuando la persona que las hace es más digna: sé lo que me queréis decir, y yo quisiera en esta ocasión cumplir con mis deseos, más que con los tuyos. Pero te habéis de hacer cargo que vengo de muy distantes tierras, y que he venido granjeando voluntades para merecer la tuya; que conseguida, el tiempo te dará a entender quién es el que solicita en esta ocasión la tuya, y cuántos bienes se esperan de su venida.” R. Que el sitio donde debía alojarme me lo tenía destinado mil veces y muy cerca de su habitación, para lograr de mi compañía; y moviéndose todo el concurso, nos dirigimos a un plan arenisco, como lo era todo el contorno de su toldería, la que distaba cuarenta varas, con varios árboles de chicales. Así que llegamos, se apeó, y me preguntó, que si me acomodaba el sitio, que el agua estaba cerca, y pasto había por todos los contornos. Le contesté, que estaba muy bueno, y como yo

deseaba, cerca de sus toldos. Se allegó a que me apeara, y tomamos la sombra de un árbol, formando toda su gente un círculo de una fila. Me trató de las incomodidades que había sufrido en el viaje, de las distancias que tenía vencidas, de varios sueños que antes tuvo de la llegada de un español, a quien no podía menos que recibir con obsequio, que viajaba a Buenos Aires y volvía con felicidad, con sólo la pérdida del casquillo del bastón que se lo robaban. Le hice presente las incertidumbres de los sueños y las causas que tendría para haber soñado con la venida de algún chileno, e ida a Buenos Aires que le sería de consiguiente: y llegando mi tropa, me separé de él, para acomodarme y poderlo obsequiar. Ya que estuvieron las cargas en el suelo, le hice llevar una caja de dulce, y una porción de bizcochos. Todo lo repartió entre su gente, probándolo y haciéndoles ver los favores que le dispensaba. Puesto mi toldo, lo convidé a mate; el que tomó con abundancia, y se despidió prometiendo volver con presteza.

Al poco tiempo regresó, y me dijo, que esperaba toda aquella gente mis órdenes, y que estuviese cierto que estaba tan seguro como en mi casa. Le contesté, que a su gente sólo necesitaba yo para que estuviesen en su presencia al tiempo que le hiciese saber la causa de mi venida, y que esto sería al siguiente día, si lo hallaba por conveniente, pues ya era tarde y aún no había desyunádome. Me respondió que le acomodaba, pero esperaba de mi buen corazón supiese acreditarme de franco en la primera ocasión que los veía, porque sus vasallos tendrían a mal su benevolencia si no quedaban contentos.

Le contesté, que lo que traía para agasajarlos se lo repartí con dictamen suyo; que él sabría lo que venía, y me diría a quienes le había de dar más o menos, expresándome las mayores recomendaciones de algunos vasallos, y

en especial el número de caciques que tenía en el concurso. Me aseguró, que sólo el cacique Quechureu estaba en la junta, y que Naupayan vendría luego; pues al primer mensaje que le mandó, se excusó, y que le había retornado otro, que sin excusa se pusiese en el día a su vista. Que la repartición debía yo hacerla para que quedasen satisfechos de mi humanidad, y de su integridad.

Le di razón de lo que me quedaba después de haber obsequiado a los Peguenches, y que era preciso dejar para dar a los caciques, que me restaba que ver hasta llegar a Buenos Aires. Me dijo que era poco; y que sólo dos caciques había en el resto del camino. Le prometí, que yo proporcionaría los agasajos para contentar a todos; y conociendo que su interés era tan grande como el de los peguenches, mudé conversación, y pedí la comida, convidándolo, para la que me acompañó.

Ya que estuvimos solos, lo enteré de las conveniencias que venía a ofrecerle, con sólo tratarle de la franqueza que solicitaba de sus terrenos, para transitar libremente por ellos, y abrir una segura comunicación de los dos reinos de Chile y Buenos Aires, y que de ningún otro modo mejor podría el rey nuestro señor haber discurrido mostrarles su paternal amor. Que con este proyecto, haciéndole palpable los tesoros que les proporcionaba, y la gloria que a él y a sus hijos se le esperaba, de que en su tiempo se facilitase, y consiguiese un bien imponderable, como el que se le ofrecía. Me respondió, que así sería, y que el tiempo sería quien lo desengañase: y procurando mudar de asunto, lo dejé con su idea, por lograr de mejor ocasión, y se retiró.

Para quitarle que pudiese tratar con los suyos, y especialmente con sus viejas, cuya autoridad es respetable entre ellos, al muy poco tiempo lo fui a visitar, llevándole a

su mujer y a sus hijas, agujas, añil, abalorios y otras frioleras de las que apetecen. Fui muy bien recibido, me pusieron el asiento acostumbrado, de un pellejo, cerca del que él tenía arrimado al fuego. Estaba ya allí el cacique Naupayan, con quien traté de que como había vencido las excusas que me puso antes de venir: le hice varias reflexiones sobre lo conveniente que era a los hombres darse a la razón, despreciando sus infundados caprichos. Me entré a la averiguación del número de su familia; me dio a conocer tres hijos que tenía, con el que fue a encontrarme, y dos hijas casadas en su mismo toldo, y me dijo, que otra tenía casada entre los peguenches. El toldo es de la misma calidad de todos los demás, y no pudiendo sufrir el humo y fuego sin desagrado más tiempo, me despedí, prometiendo repetir mis visitas.

Me vine a mi estancia, a la que tras de mí entró su hijo, el casado: le regalé una chupa galoneada y un pañuelo. Con el obsequio zafó al instante; y tras él le mandé a Carripilun un par de espuelas de plata, un tupo de lo mismo, un sombrero franjado con todos los aderezos precisos, un bastón para él, y otro para su hijo, media docena de quesos, una porción de panes esquitos de dulce, otra cantidad de bizcochos, harina tostada, cruda, y dos cajas de alfajor. Me contestó con finas expresiones, mostrándome su agradecimiento, y me mandó pedir al criado que le fuese a cebar mate a su mujer. Fue remitido muy pronto con los aperos, y volviendo tras él a darme las gracias, entró pidiendo el intérprete, y así como llegó, dijo: Con sólo las primeras miradas que di a este caballero, conocí su buen corazón y la buena intención de sus Toquiquelos que lo mandan. Nuestra rusticidad sólo se vence con la franqueza, pues como carecemos de cosas buenas, tenemos una vida de perro, y sus propiedades. El perro ama a quien

le da, y le es también grato y fiel: dile, pues, que no dificulte le sea yo reconocido, y no le falte en las promesas que le haga. Soy racional, y no creo pueda otro hombre de respeto y de bien engañar a un cacique que vive en sus tierras, disfrutando de una quietud apreciable, respetado y querido de sus vasallos, al mismo tiempo que temido de los indios. No soy alzado, como otros dicen, ni traidor como otros aseguran; sólo conozco mis fueros, y cuán poderosa es la costumbre que nos gobierna. Dicen que soy alzado, porque el señor virrey difunto, que gobernó antes del actual, me mandó llamar, y yo le contesté a su mensaje que no quería ir: respuesta que me pareció propia al recado, porque si él me mandaba llamar como virrey, yo no quise ir como cabeza principal de estas tierras, independiente de su jurisdicción; y que soy traidor, porque he sabido defenderme de mis enemigos, y castigarlos a tiempo. No tengo por qué ser soberbio, pues ni poseo más bienes que mis vasallos, ni tengo otro caudal ni defensa que ellos; razón que me precisa a consultarlos para proceder con firmeza en cualquiera materia de estado. Ahora los veo a todos juntos conmigo, admirado de ver a un caballero con decencia que denota su carácter; con caciques peguences que lo acompañan; con comitiva de gente, con tanta carguería; y en fin, con un trato que nos da a entender es aquel, que antes dije soñé en mis tierras y en mis casas, y que no podía dejar de recibirlo y complacerlo. Por otra parte, conozco que los superiores que lo mandan, tendrán mucha autoridad, y que el señor a quien sirve podrá dispensarme fortunas que no esperaba, porque el más rústico debe conocer por el criado el poder del amo. Por obedecer, no hay duda, despreció los temores de la muerte, que son consiguientes al internarse a unas tierras desconocidas de indios bárbaros, como dicen los españoles. Con que,

¿cuál será su rey por quien se desprecia la vida? Así, Montoya, dile que estoy admirado, y con mi espíritu alegre, de tal modo, que sólo ahora me creo feliz, y espero de él sea mi buen pronóstico. Hizo esta relación con tanta autoridad y desembarazo, que jamás la noté en las parlas de indios, a las que me hallé presente: y por medio del intérprete, le contesté: —“Carripilun, la comparación que te haces de perro, en tu modo de discurrir, me da mayores pruebas de tu buen talento. El perro es símbolo de la fidelidad y de la gratitud. Ya hubo un gran rey de Suecia, que así se explicó en cierta ocasión, regalando una caja figurada de un perrillo. Nada más quiero de ti, pues creo sin duda tu buen entendimiento, con el que distinguirás las ventajas que te vengo a ofrecer. Ya supe desde mucho tiempo que eres cacique gobernador, que eres alzado, pues no querías tener comunicación con los españoles, y que eres bravo, porque te hacías temer de los demás indios. Celebro que por mi comitiva y corto equipaje, puedas conocer el poder de mis superiores, y el de nuestro monarca, a quienes ellos se sujetan y obedecen, lo mismo que yo: pero te advierto que éste es muy corto diseño para que puedas inferir su poder y grandeza. Ese señor se sirve de los sujetos más elevados que hay en sus dominios; éstos entonces llegan al monto de la dicha, y entonces es cuando resuenan por todo el mundo sus nombres, sus poderes y sus honores. No digo vos, sino yo, nos quedaríamos admirados de ver a uno de esos grandes con el tren y criados que le son precisos para tener una decencia proporcionada a su estado. Así, puedes admirarte de la multitud de soldados, de vasallos, de gobernadores, de capitanes generales, de virreyes y otros personajes, que gobiernan reynos, ciudades, plazas, partidos, etc., que todos lo sirven y de sus reales cajas tienen crecidas rentas. ¡Ese sí que es caudal inago-

table! ¡Cada uno de estos jefes manda a millares de personas poderosas! Ya sabréis cuántas de éstas hay en Buenos Aires, y todas están sujetas al señor virrey, y que son más distinguidas y apreciadas, cuanto más él las emplea con sus órdenes y comisiones. Yo soy uno de los principales sujetos de Concepción, y estos dos caballeros que me acompañan, y ya me veis obedeciendo al señor capitán general, y al señor intendente, que gobiernan en mi patria. ¿Y queréis que os diga más? Pues sabed, que tuve mucho gusto y complacencia que me destinasen a este servicio, en que arriesgaba mi vida, la pérdida de los cortos intereses que traigo como precisos, y el abandono de mi familia, haciendas y comodidades, a que estoy acostumbrado. Sabed más, que los temores, los desvelos, las caminatas y las demás pensiones, que son consiguientes a un viajero por tierras desconocidas, y tratando con gente inculta, no le he probado su desabrido, con sola la satisfacción de que vengo en servicio de ese rey grande, y que para ello fui elegido por mis superiores. De aquí infieres, cuán dichoso podrás llamarte si te haces digno de su patrimonio. Esto pende, amigo, de tu voluntad, pues con él te convido, y óyeme atento.

El rey, mi señor don Carlos IV (que Dios guarde), no pudiendo olvidar el que habitáis el centro de sus dos reynos de Buenos Aires y Chile, y que hasta ahora estáis privados de su conocimiento, protección, y de las utilidades que podríais conseguir con nuestra comunicación, ideaba arbitrios para proporcionaros, como padre poderoso, vuestro alivio. Al paso que lo deseaba, se veía por todas partes rodeado de dificultades, porque siempre fuisteis amigos de llevaros en los montes retirados, ocupados o de un temor infundado, o de una desconfianza heredada de vuestros antepasados, que concibieron de los españoles, por el

mismo buen trato que les dieron. Y diré más claro la razón. Vosotros fuisteis siempre pobres, porque vuestras riquezas y comodidades jamás se extendieron a más que al deseo de cazar animales silvestres para manteneros, y a sus pieles para vestiros; y después que llegaron los españoles a estos desiertos chilenos a procrear caballos, vacas y ovejas, para vuestro uso y sustento, y esto bien lo sabéis. Así pues, un pobre ¿qué podrá dar sin interés? Nada. Si da, es por esperar recompensa, y si no la consigue, queda agraviado: y como vosotros siempre visteis que los españoles procuraban vuestras amistades, y que nuestros jefes os han agasajado, discurrieron tus padres que nosotros por algún interés, y nuestros superiores por privaros de vuestras propiedades, les regalaban. Nunca fue así, Carripilun; a nosotros nos gobiernan leyes sabias, que son fundadas en la caridad. Nuestro monarca siempre estuvo compadecido de vuestras vidas miserables, y quiso siempre desvendaros los ojos de la razón, para que conocierais hasta dónde su poder y paternal amor, que quería manifestaros por medio de los que tiene al cuidado de estos reinos. Éste fue su interés y no otro. En fin, volviendo a mi asunto: estando, pues, el corazón de nuestro rey compadecido cada día más de veros lejos de nuestra amistad, acordó que, abriéndose una mutua correspondencia del reino de Buenos Aires con el de Chile por estos terrenos, uno y otro reino trataría con vosotros; que de uno y otro os haríais amigos; que de uno y otro os traerían los comerciantes lo que necesitáis, y que con uno y otro os uniríais: esto es, que seríais un cuerpo con los españoles y los españoles unos con vosotros. ¡Qué amor, Carripilun, tan calificado es el que nuestro monarca os tiene! ¿Qué más podríais desear, que tener las riquezas de nosotros, que lograr nuestras comodidades, que disfrutar nuestros conocimientos.

que tener nuestro auxilio para ser respetados y temidos de todas las naciones, como somos? Pensabais en vuestros días lograr de estas proporciones, de convidar a tus gentes con estos regalos, de hacerles estas ofertas, que el rey mi señor os hace? Dichosos sois; y Dios que te ama, quiso que en tus días se te propusiese este proyecto. Ved, pues, si mi comisión es digna de aprecio, y ved si os pronostico comodidades; ved si os prometo de parte de mi rey cuanto os podría franquear un padre. ¿No es así, amigo? Y puedo aseguraros que jamás temí en mi viaje: ya me decían entre los peguenches que doscientos guilliches me esperaban en Puelce, ya que en Meuco: ya que vosotros quedasteis sintiendo el no haber muerto a Molina, y que nos acabaríais. Yo despreciaba estas noticias, pues conocía que, viniendo a haceros bien por el orden racional, no podríais hacerme mal, ni permitirlo Dios.* Ya tengo experimentado que el nombre de Dios lo conocéis, y su poder también, como que en él suponéis el orden de todas las cosas, y por eso os hablo así. También espero de ti, que a más de recibir bien la propuesta que te hago, me habéis de acompañar a Buenos Aires, pues debiendo yo pasar hasta allí, a dar cuenta al señor virrey de mi comisión, deseo te ratifiques en su presencia, de lo que aquí me respondas, y que él con su conjunto de facultades, y superiores luces de que yo carezco, podrá de mejor modo hacerte conocer el bien que yo sólo en bosquejo puedo anunciarte, se te proporciona de parte de nuestro rey y señor.

* La voz pillam significa el autor de todo lo criado.

Quedando por un rato callado, le dijo al intérprete "Dado estoy, Montoya, dado estoy: y díceselo; díle que le creo su bonanza, y que cuanto me promete es verdadero. Que me escuche por un rato mis razones. Siempre los indios fuimos desconfiados de los españoles, porque muchas veces nos engañan, y como un solo engaño es bastante para engendrar desconfianza, no es mucho se conserve en nuestros ánimos el recelo. No podéis, amigo, negarme esta verdad, y te daré la razón y prueba de ello. Los jefes para tratar con nosotros, se valen de sujetos, que o prometen más que los superiores o no dicen lo que se nos promete. Por consiguiente, ellos también no dirán lo que nosotros aseguramos, y de aquí nace nuestra desconfianza con la experiencia que tenemos, de que en nuestros conchavos y tratos, rara vez no somos engañados por los comerciantes. También conozco que, entablada la paz y la comunicación que solicita, tomaremos conocimiento de todos los españoles que transiten, y del precio de los efectos, que uno y otro contribuirá a que no podamos ser alucinados de la ignorancia, como ahora nos pasa. Cierto será que te amenazaban con la venida, pues tu persona, comitiva y carguería era de meter codicia en toda la tierra. Un prisionero de tu carácter es de importancia, y una muerte de un sujeto así hace tomar nombre al que la ejecuta. Venías a pasar por terrenos despoblados que nuestras naciones transitan, y en donde, si hubieras perecido, jamás hubieran sido descubiertos los malhechores: por esta razón, se hace más de aprecio tu persona y valor, y la resolución de tus jefes que te mandaron para dar más fuerza a su solicitud; y te aseguro, que si tu no hubieras venido, no hubiera pasado Molina, ni los peguenches aunque hubieran sido acompañados de otro sujeto que no fuese a lo menos tu igual. Yo estimo las honras que se me han dado, cuando

un español de tu carácter se me manda. Cosa no oída. Así, he dicho a mi gente, es mi igual, y no puedo desairarlo. También un español Morales, de estas fronteras, me dijo, que Molina había pasado el año pasado por estas tierras con el designio de hacerse práctico, y descubrir nuestras fuerzas, para volver a maloquearnos con peguenches. Lo creí, pues trata con ellos y anda con ellos; y así tenía dada orden, que como volviese, se le hiciese regresar antes que experimentase el furor de mi corazón indignado: pero como Puelmanc me hizo relación de tu trato, de tu persona, de tus comodidades, y de tus circunstancias, se serenó mi espíritu, me vi satisfecho, y con un gozo imponderable, pues no me podía quedar duda ni de tus pa'abras, ni de tu destino. Ahora sí que iré de buena gana acompañándote hasta Buenos Aires, y lograré hacer la voluntad del señor virrey, que me tiene repetidas veces solicitado, y la tuya. Allí ratificaré en su presencia cuanto te he dicho y prometa más adelante, pues un corazón tengo y una palabra. Tú también le dirás el aprecio que de ti he hecho y haré. Me ofreceré como hijo, para que me aconseje, y obedecerle; y seré de aquí adelante soldado fiel de ese rey grande, que nos mira, siendo tan poderoso, como padre, solicitándonos para hacernos bien. Por ahora nada más te digo, que regaléis a mi gente, para que nunca me acusen de que me entregué sin benep'ácitos de ellos.

Le contesté: Yo tenía noticia de tu buen discurso, pero nunca pensé fuese tanto como ahora conozco. Dios te destinó para que usaras en esta ocasión de él, y que mediando tu autoridad, saliese tu nación de la oscuridad y vida miserable en que vive. Sea, pues, amigo, tu palabra estable. La comunicación que solicito, ha de ser perpetua y segura; esto es, que entablado el tránsito, no pueda cortarse, y que en él no se experimenten robos ni pérdidas; y para

la mayor seguridad se formen fuertes, castillos y postas por el tránsito, a fin de que los correos tengan todos los auxilios necesarios, como también los comerciantes; que al cabo todos ellos serán útiles para tus gentes: y para esto tu persona ha de dar principio en servir a su majestad, tratando con los Butalmapos de estas tierras, a fin de que todos ellos se hagan nuestros amigos, y que puedan gozar del bien que te ofrezco. Serás entonces más recomendable y más merecedor de la piedad y amor de nuestro soberano: le darás esa prueba de tu gratitud, a consecuencia de la piedad que te tiene, y por mi boca te comunica: serás (como dijiste) como perro agradecido y fiel, y así os dispensará muchos favores. Respondió: Mi reflexión, así como es, conozco ventaja en nuestros congresos a los demás caciques, que los componen, y está advertido que lo que prometo se ha de cumplir; y así de tu asunto nada más me habléis, que mañana tendremos nuestra junta, y veréis si te doy pruebas de ello. Le manifesté estar persuadido de su verdad, y empezamos a tratar de la calidad de sus tierras, haciendas y número de indios, de que hablaré a su tiempo. A las diez y media de la noche, después de cenar, se retiró a su toldo.

El 7, a las cuatro y media de la mañana, estuvo ya en mi tienda Carripilun pidiéndome mate, y habiéndome hallado escribiendo, me preguntó, qué era lo que escribía tan temprano, y le contesté el diario de mi viaje; esto es, una prolija relación de lo que veo, hablo y trato, y os diré para qué. La noticia de los terrenos sirve para saber para lo que son útiles, y así si son buenos y de siembras, que puedan los comerciantes introducir semillas, para que tengan salida cuando te destinéis a sembrar. De los montes, para que sepan que tienen leñas para fuego. De las aguas, para que no las carguen los viajeros. De sus escaseces pa-

ra que las traigan en los días que entren a los secadales. Del número de ustedes y sus trajes, para que a proporción de uno y otro, os internen los efectos que usais para vestiros, y en fin de cuanto tenéis de tus usos y costumbres, para que con completa inteligencia puedan viajar los españoles e introducirse a comerciar, para que no se perjudiquen por falta de conocimiento, ni vosotros carezcáis de lo que hubieseis menester. Se alegró y me dijo: no en balde te mandan a vos —seas pues, el principio de nuestro bien.

Al poco rato llegó Manquel, y haciéndole dar asiento, le dije a Carripilun: “este cacique y todos los demás peguenches que me acompañan debo recomendártelos, pues son, como yo, extranjeros, y los contemplo tristes, porque los he sentido muy callados entre la multitud de sus gentes. Cualquiera merced o cariño que les hagáis, lo hacéis a mi persona, y te lo agradeceré más. Si yo solicito nuestra unión y amistad, es de consiguiente la de ellos, pues son nuestros amigos; y así la misma franqueza debéis a ellos conceder y seguridad. Diviértelos, dándoles a conocer a tus gentes y recomendándolos. Respondió: Ya los he visitado a todos ayer, luego que me separé de ti el primer rato, y les repetiré visitas. Tuvieron entre los dos un rato de conversación, y Manquel se despidió, pero apenas volvió las espaldas, cuando me dijo: “estos peguenches son unos lobos indomables.” Me reí, y me repitió: “Son lobos, porque no tienen fidelidad con nadie.” Le repliqué: “Ya están dados.” Y me contestó: “Mientras están lejos de sus tierras; ya lo he dicho.”

Salió del toldo; fue a visitar a los peguenches: estuvo con ellos mucho rato, y a las siete volvió a preguntarme, que si sería hora de la parla: le respondí que cuando mandase. Y a este tiempo entró también el cacique Quechureu, diciendo que él no podía parecer en estas fronteras sin

hacer ver que era amigo, y que había prometido la paz, y camino; y así que le debía dar una constancia de ello para salir a su comercio con franqueza. Le prometí que le daría un papel que acreditase su amistad; y diciéndome Carripilun que lo hiciese, salió llamando a su capitanejo, que juntase a su gente.

En un plan cerca de mi toldo se formó en círculo toda la indiada que pasaría de ciento y cincuenta. Él andaba en cuerpo con su chupa, chamal y su bastón, arreglándola, dando paseos y órdenes por todas partes, como un sargento mayor; y en donde debía cerrar el círculo, puso a los ancianos, y a los caciques Quechureu y Naupayan; y estando en esta disposición, me mandó avisar que, cuando gustase, ya era tiempo.

A las ocho de la mañana entré al círculo por la abertura en que estaba, y dando lugar para que a mi lado lo acabase de formar mi comitiva, vino a tomar mi izquierda, y con la mayor arrogancia, dijo a los suyos: —Aquí tenéis este caballero a mi derecha, mandado de los superiores de Chile: a mí y a vosotros viene a visitar. Trae noticias muy favorables a nuestra nación, y sus palabras debéis atenderlas como mensaje del rey grande, y hablad con libertad lo que sintáis del bien, o mal que para lo sucesivo discurráis de su contenido. Respondieron que muy bien, y siguió un chivalto por un gran rato, en celebridad. Puestos en silencio, les dije:

“Carripilun, demás caciques y oyentes. Nuestro católico rey, don Carlos IV, etc. (que Dios guarde), compadecido de saber que hasta ahora estáis careciendo del trato y comunicación de los españoles de Buenos Aires y del reino de Chile, mandó a ambos reinos que solicitasen los medios de abrir comunicación por vuestras tierras, a fin de que por este arbitrio se unan con vosotros ambos estados. En

cumplimiento de su real orden, el señor virrey de Buenos Aires, destinó a don Santiago Cerro, para que pasase hasta la ciudad de Talca y Concepción, desde la ciudad de Buenos Aires, y el señor capitán general del reino de Chile, a don José Barros, para que reconociese los boquetes de Ancoá y Achigueno, y a don Justo Molina el de Alico y Antuco, y se internasen por estas tierras de Mamilmapú, hasta la capital de Buenos Aires. Esta fue la causa de la venida de don Justo Molina, el año pasado, por estos terrenos, a reconocer si eran o no transitables, y los obstáculos de ríos y secadales que podían impedir la dirección. Vuelto, pues, Molina, y dado noticia de la franqueza de la senda, me comisionó el referido señor capitán general, para el reconocimiento de la ruta, y que os diga que a nombre del rey nuestro señor, solicita le franquéis vuestros terrenos, para que los españoles de ambos reinos puedan mutuamente comunicarse y comerciar con seguridad y franqueza, sin que les podáis impedir el tránsito, ni irrogarles perjuicio alguno. También la amplitud de que puedan internarse a estos terrenos todos los españoles que quieran venir con efectos que os sean útiles, ya para vuestros vestuarios y usos, ya para vuestros alimentos, sin que les deis motivos de quejas, que así también se os permitirá el que vos podáis entrar y salir con igual franqueza, y seguro a los dos reinos, a vuestros comercios y a otras diligencias que gustéis, sin que podáis recelar el menor perjuicio, sino antes ser auxiliados y bien tratados por nuestros jefes y superiores. Y para que mejor lo entendáis, toda la intención de nuestro soberano, es que tratemos pacíficamente, que nos hagamos un cuerpo, que unamos nuestras fuerzas, que nuestra razón sea siempre una, para que de este modo puedan allanarse las incomodidades que por naturaleza tenga el tránsito que deba abrirse, y fortificarse

con fuertes, plazas y postas, si fueren precisas, como las hay en la ruta para Mendoza y Santiago; y se acaben los recelos que de vuestra separación y retiro son consiguientes. A esto es a lo que se dirige mi venida, y os suplico que reflexionéis sobre las comodidades y utilidad que se os prometen, las que espero vos mismo, Carripilun, se las hagáis ver, a fin de que no piensen como interesado las finjo; y aquí tenéis también estos caciques, vuestros compatriotas, que a nombre de su nación me acompañan para dar más vigor a mis palabras con su presencia, y a suplicaros distingáis las ventajas que con la propuesta se os ofrecen, y que ellos ya quisieran estar disfrutando." Ya tenía de antemano prevenido al dragón Baeza, que cada vez que se nombrase a nuestro monarca se disparasen seis tiros, y así, interpretado este razonamiento, se hizo con la debida puntualidad, y apenas salían los tiros, cuando Carripilum hacía su seña, para que continuasen sus vasallos con balidos; y contestó:

"Ya te dije, caballero, que mi tranquilidad y sosiego interior, sólo lo he conocido desde que llegasteis: he tenido a fortuna mía y de mi nación tu venida. Es mi corazón de los jefes que te mandan, y así estaré pronto a obedecerlos y servirlos como buen general. Esas voces que oís de mis gentes, significa que resuena en sus pechos la misma alegría que yo gozo. Sea en buen día venido y admitido el mensaje de nuestro padre el rey, que ha buscado este medio para mostrarnos su benevolencia, y no dificulten tus superiores que te comisionaron para esta empresa, el que sepamos cumplir con lo que te aseguro de mi parte y de la de mis vasallos. Están desde ahora francas nuestras tierras, para que puedan transitar todos los españoles que quieran, ya con comercio, ya sin él: podrán asegurar como quieran el camino; no se les hará perjuicio algu-

no, sino antes los favores y estimación que podamos, del mismo modo que me prometisteis experimentar los nuestros en vuestras tierras, que desde ahora se estiman. Conozco que tus ofertas, tu venida, las órdenes que se te dieron, y el origen de este, enlace y nudos que se han hecho, para que pudiesen llegar a nuestros oídos, sólo pudo fomentarse en un corazón de padre, cual me ponderáis es el rey mi señor, a quien todos desde ahora serviremos en prueba de nuestra gratitud." Y volviéndose al congreso, preguntó: ¿Digo bien? ¿qué decís? ¿quedáis contentos con esta respuesta que doy?: hablad si algo os queda. Libres somos, y estamos en nuestras tierras para manifestar sin recelo nuestros más ocultos pensamientos. El pueblo prorrumpió con gritos, diciendo: Muy bien, muy bien: Y mirándome, me preguntó: ¿Estáis servido? ¿no es esto lo que has venido buscando? Y le contesté: Carripilun, ¿qué tenéis que preguntarme, cuando me has complacido en cuanto deseaba?; pero no olvidéis tampoco mi nombre, que fue el primero que os ha anunciado mil fortunas de que eres digno goces, y sea larga tu vida para que las disfrutes. Sólo me resta el que estos dos caciques que tenéis a tu lado, cada uno de por sí hagan iguales promesas, o digan en términos claros su sentir, y que vos sepáis debéis ratificaros en presencia del señor virrey, de cuanto me habéis prometido, y hagáis saber a tu gente vais con este fin a Buenos Aires, prestándome la satisfacción de tu compañía: pues debo yo ponerme en su presencia a darle cuenta de esta expedición, que para llegar a estos términos, aquí tenéis a los peguences, que te satisfarán de cuantas juntas y parlamentos se celebraron con ellos.

Preguntó a los caciques Naupayan y Quechureu, que ¿qué decían? Ambos contestaron que se hallaban satisfechos y sumamente contentos; y Manquel, saliendo al

centro del círculo, hizo relación prolija del consentimiento que se les tomó para mandar a Molina, del que se le pidió para que yo viniese mandándoles que me acompañasen. Que todas sus reducciones estaban satisfechas de nuestra amistad y auxilios, y que ¿cómo podían haberse negado a una solicitud de que les resultaba beneficios? Y manifestándole Carripilun y Quechereu que ya quedaban inteligenciados, me dijeron. Ya creemos está esto concluido; y le respondí que faltaba el que sus vasallos, prometiesen su amistad perpetua y fidelidad, sin poner en ningún tiempo embarazo alguno, para asegurar el camino y ponerlo franco; y que sus caciques me diesen las manos, protestando ser perpetuos y fieles vasallos de nuestro rey, D. Carlos IV, y de sus sucesores. Contestaron, que estaban prontos, y en altos voces, todo el concurso aseguró su fiel amistad y franquezas de sus terrenos para ambos reinos; y poniendo sus manos Carripilun con las de los dos caciques, le pregunté: ¿Estas manos me entregáis en prueba de vuestra amistad y fidelidad, y en señal que no se moverán sin el consentimiento y aprobación de nuestros Toquiquelos? R. Que sí. Seguí: Pues tú, Carripilun, y tus caciques reciban esta mía en prueba de que deben cumplirse nuestros pactos, porque los derechos naturales son fundados sobre la razón que obliga en todo tiempo a los racionales: y resuene en estos campos hasta ahora desconocidos, el nombre de nuestro católico monarca don Carlos IV, (que Dios guarde). Toda mi gente gritó ¡Viva el rey nuestro señor, y que sean ponderados los jefes que hoy mandan los dos reynos, y el buen Carripilun! Se hicieron salvas de 24 tiros, y pidiendo dos bastones y chupa para Quechereu y Naupayan, tomando él un bastón en la mano, le dije a Naupayan: Toma, amigo este bastón, a nombre de nuestro rey y señor, con el que denotas la jurisdicción que tienes

sobre tus vasallos, a quienes como padre debes aconsejar la buena amistad y fidelidad que deben guardar con nosotros, y que no deben tomar las armas en las manos, sino con vuestro consentimiento y el de nuestros jefes, a quienes debéis consultar para resolver con su aprobación. Hice la misma ceremonia con Quechereu, y también a éste le di chupa, que ya al otro le había dado antes en sus jurisdicciones, como expresé; y volviendo a repetir en montones: ¡Viva el rey!, me vine con Carripilun, haciéndose otra salva, a mi toldo. A las dos de la tarde les di los parabienes, me los dio él también por el buen éxito de mi comisión, y no queriendo demorar más su gente, le supliqué la hiciese venir para regalarla. Se puso toda en ala al frente de mi toldo, y repartí por mi mano ciento cuarenta y siete atados de añil, y otras tantas sargas de chaquiras y tabaco, reservando a la gente de Carripilun para después. Se retiraron contentos y a gritos, y entraron a su puesto setenta y ocho mujeres, las que tocaron otros tantos atados de añil, chaquiras y agujas.

No menos fue la celebridad que estos tuvieron, en cuyo repartimiento tocaron las ancianas mayor cantidad, por recomendación de Carripilun, fundándose en el mayor mérito de ellas, y saber hacer daño para quitarle la vida. Yo me reí, diciéndole que todos eran artificios, que me las juntasen y trajese, que las sabría distinguir como enemigas del género humano, y que me hiciesen daño. Celebró mi discurso, diciendo que los Guecubos que yo traía eran poderosos, por cuya razón habría tenido valor para llegar hasta sus tierras, y que sabría muy desde antes que no podría tener novedad, ni las brujas poderme hacer daño, y por eso hablaba así. Le repliqué que los cristianos no tenían otro Guecub que Dios, el que quitaba la vida

cuando nos convenía. Me respondió con ligereza, que así sería.

El concurso de indios e indias a mi toldo no cesaba a ninguna hora, de suerte que ni me dejaban escribir, ni poder moverme, y le dije a Carripilun: Antes que te retires es preciso mandes a tu gente me dejen de molestar con estarme aquí entrando y acomuchándose con bullicio en la puerta. El que tenga que hacer conmigo lo recibiré gustoso, pero el que no, puede retirarse, porque mis ocupaciones no me dan lugar para estar atendiendo a tanto ocioso. Para conocerme, y para novedad, ya basta, y pasa a majadería, esto es estrecho y me sofocan. Les mandó se retirasen los que allí estaban, y él también lo hizo luego que comimos, fue cerca de la noche.

Este lugar, como he dicho, se llama Curalanquen, que quiere decir, Laguna de Piedras, por razón de que al norte de este alojamiento se hace en invierno una laguna sobre un plan pedregoso, que es el único de esta clase que hay todos estos lugares, en que no se encuentra una piedra. Es muy pastoso de coyronales, pero amargos, que no comen los animales, pero entre él hay carricillo, y en algunas partes gualputras y alfilerillo. Hay muy buenos terrenos para chacras, y algunos planes para trigos; pero pondera Carripilun que en algunos años abunda de tal modo la langosta mediana, que todo lo agota. Los indios no tienen labranzas de tierras, sino unas cortas chacarillas de zappallos, sandías y melones, que se reducen a diez o doce varas de circuito. Dicen se dan estas frutas muy hermosas, y la fertilidad de las plantas la he visto en algunas guías secas. Las aguas de todas las poblaciones son de pozos hechos a calla; pero en cualquier parte que se cave, a las tres cuartas, brota a borbotones, y no es mala.

El cacique Puelmanc, Carripilun y Lllancanau entraron

a mi toldo estando escribiendo el antecedente capítulo. Vino el intérprete, y por medio de él, me preguntó Puelmanc, que pensaba de mi viaje, y el lugar por donde debía hacerlo. Le respondí, que mi salida sería cuando Carripilun la mandase, pues en estando el dispuesto, yo no tenía más que montar a caballo y seguirlo; y sobre la ruta que debíamos continuar, la que Molina anduvo, porque esa era la orden que del señor Intendente recibí. Pero que si ellos sabían otra que estuviese desde este punto más directa, desde luego la tomaríamos; porque en este caso me previene dicho señor Gobernador abandonase la descubierta. Puelmanc dijo, ya tengo dicho que el camino derecho para Buenos Aires sale de Meuco por el norte cerca de las Salinas; de aquí cualquiera que se tome es torcido. Para nuestra vuelta, vendremos en rectitud a Meuco, y conocerás que Puelmanc jamás te mintió. Le contesté. Ya lo creo, Puelmanc, y lo echo de ver también, y así me lo aseguró el mocetón Anqueñan que me mandaste a Meuco, el que fue para que me trajese a tus toldos. Me preguntó ¿te dijo que el camino ida derecho por Chaquilque, Chiyen, Malalguaca, etc.; que pasaba cerca de lo de Quillan, y salía a Lelbumapu, donde empiezan las castas, y se introducen a las tierras de los españoles por Loncoguaca? R. Sí, en esos mismos términos creo me lo demarcó. Repitió, pues, por ahí es, y no necesitas más practico que yo. Yo te traje hasta aquí; yo te he acreditado; yo te recomiendo a nuestros jefes; yo he dicho a todos quien es el rey, por lo que tu me has enseñado; y te llevaré y serviré por donde quieras y gustes: pero será bueno que de aquí cortemos al Salto, por ahí cerca de donde Molina vino, porque quiero mudar caballos en lo de mis cuñados que viven en el mismo tránsito, y quiero también llevar

dos cabezas * de mis parientes, un hijo que tengo por esas tierras, y otros mocetones para no entrar solo a lo del señor virrey, para que vea que el peguenche Puelmanc sirve con amor, y con todos los suyos. R. Puelmanc, en todo dices bien, y supuesto que este camino que anuncias es derecho y el que trajo Molina, desde luego tendré mucho gusto en obedecer a mis jefes y complacerte a vos: pero será bueno venga Molina, para que lo tratemos con él, y yo quede enterado de tu verdad, y de lo que él produzca.

Carripilun dijo, hablándome: —Hermano, el camino recto para Buenos Aires ya lo dejaste en Meuco, y de aquí cualquiera que se tome será recto a mi casa, y no a tu dirección. En este supuesto, y que hay por medio otros pasos interesantes a tu destino y voluntad, me parece atendáis a vencerlos, primero que a tu rectitud; pues las pampas y las tierras, de aquí para adelante todas son de una clase y pueden venir cuantas carretas quieras, por donde se te antoje, sin embarazo. Para que lo que has conseguido de mí quede firme, y sin que jamás hayan quejas por parte de mi nación, te vuelvo a decir, que en el atravieso de aquí a Melinqué está la extensión de indios, y los más de ellos son de mi gente. Me es preciso pasar por sus toldos, y que vos mismo le manifestéis tu destino, y el de tu venida, haciéndoles ver que no me quedaron arbitrios para negarme, en vista de las utilidades que nos resultan del camino. Mas, a Quillan, que es el que manda todos aquellos terrenos desde Meuco hasta Loncoguaca, lo haremos salir a una junta, para que dándole tu embajada, y conseguido de una vez, nada tengas que hacer a tu vuelta, sino internarte con franqueza, como que tienes el permiso del ge-

* Por cabeza dan a entender, cacique o alguna persona de su posición.

neral. Este indio es el más alzado de estas tierras; es intratable: pero está casado en mi casa, y yo te ayudaré, debiéndote lisonjear que si lo vences, por hecho cuanto quieres. Mas, si no nos fuéramos por la ruta que te digo, podrían hacerme daño las muchas viejas que hay entre mi gente, por cuyo temor me he estado sujetando, porque siempre me anuncian ruina en mi ida a Buenos Aires, y ahora estas viejas de mi casa han soñado que me echarán al otro lado del mar. Por el camino que quieres llevar (a este tiempo entró Molina) pudieran atravesar los guilliches, que andan en malones con estos pampas, y si nos encontraran, nos robarían todas las caballadas, y nos ponemos en riesgo sin necesidad. A más de que, no es mucha las ventajas que consigues.

Enteré a Molina de cuanto da la relación de Carripilun, y del proyecto de Puelmanc, y me contestó que por Melinqué era vuelta, como lo experimentaría; pero que decía bien Carripilun, y así resolviese lo que me agradase, que él solo no podía tampoco guiar por su camino en las Pampas, porque no había venido, y sería preciso buscar práctico para cortar, y que con atención a la salida de Quillan, por cuyas tierras era la ruta más recta, ya se vencería toda la dificultad.

Traté con Puelmanc, y me convine en aceptar el proyecto de Carripilun, porque entró su yerno Quechudeu, y añadió: —Si no vas con Carripilun nada se hace; él ha de pasar a ver a sus caciques. y sin vos, si queréis tomar este otro camino, no pienses lo dejen ir, porque ya verás como le meten miedo, diciéndole que se morirá, y le harán daño las brujas, a que les tiene mucho temor; y así no lo dejes de acompañar, y de irte con él, porque todo tu trabajo es perdido. Me ratifiqué en que lo seguiríamos, aunque me perjudicaba, y que Puelmanc pasaría del camino a ver a

sus parientes, incorporarse con ellos, y luego con nosotros, donde le tuviese mejor cuenta, para lo que nos citaríamos en siendo tiempo.

Quedados de acuerdo sobre nuestra dirección, tratamos sobre los agasajos que me quedaban, y le dije, que sólo dos chupas y un sombrero, un mazo de lancatus, y un poco de añil. Dijo Carripilun, que eran muy pocos para hacer juntas, y lo que se haría era mandar él a su capitán, a darles parte que yo caminaba por órdenes superiores a Buenos Aires, que venía tratando de paces y amistades con la seguridad requerida, que él tenía concedida su amistad, hasta contarse como el principal vasallo del rey nuestro señor, y por lo mismo me conducía para la capital. Que por haberseme acabado los agasajos en tantas tierras que había pasado, no les mandaba suplicar juntasen sus gentes; pero que debiendo contar con la amistad que ofrecía, en señas de ella le mandase a cada uno unas piezas de éstas, y que en volviendo tendríamos juntas en cada reducción, en las que trataríamos con la formalidad precisa de un asunto que tanto les importaba. Que este mensaje llevaría también sus recados, y aseguraba que tendríamos las contestaciones como deseábamos, dejando sólo la junta de Quillan. Apoyé su determinación y se retiró, despidiéndose hasta el siguiente día.

Apenas salió el cacique, y entró a visitarme la mujer del capitanejo Llamin, con dos hijas y otra india más; tras ellas más de veinticinco indios se entraron y pusieron a la puerta. Les hice señas que se retirasen, y lo hicieron hasta quedarse muy cerca, y afirmándose sobre el toldo, ya estrechándose, y llegando a tanto el atrevimiento, que uno de ellos levantó una estaca de la carpa, y metió el brazo para tirarse unos manteles que estaban sobre una petaca. Así como columbré la mano me paré, y echando

mano a la espada, salí de un saltó a la puerta; pero en el momento se desaparecieron tan asustados, que se enredaron varios de ellos por los árboles. Así les sucedió a las indias que tras de mí salieron, y también se desaparecieron, prueba de la cobardía que los posee. Las indias mandaron a preguntarme, que si estaba enojado, y les contesté risueño que no, que sólo por asustar a los indios me había movido, para que conociesen su atrevimiento.

No tardó un credo en entrar riéndose un yerno de Carripilun, diciéndome, que bien podían sus chinas e indias apostar plata a correr, que no sabría hasta donde habrían llegado con el susto, pues no se habían contentado con quedarse por los alojamientos y estancias que habían en el campo, sino que se habían desaparecido. Le conté el paso, y lo celebró un rato, pasando al alojamiento de las chinas, que aún les palpitaba el corazón.

El 8, bien temprano, antes de amanecer, ya tuve a Carripilun en mi tienda, riéndose, y llamando al intérprete para que le contase como había sido la carrera de sus indios; que había oído el bullicio, y cascabeles de las corredoras. Vino luego el lengua, y no podía tenerse en pie, al oír el modo con que se desaparecieron. Al poco rato hizo venir a veintisiete mujeres, y ocho hombres de su familia, que tiene en sus toldos, y les repartí doble cantidad de agasajos que a los demás indios.

Viendo que ni él, ni sus otros caciques, ni muchos indios se movían de nuestro asiento, que tenían mi gente en vela, porque se iban desapareciendo algunos aperos y trastes; le dije a Carripilun, que su compañía me era gustosa, y por lo mismo por gozar de ella no podía atender a mis quehaceres, y especialmente al diario, en que no había trabajado por la continua inquietud que padecía con los indios, y así que esperaba de su favor me permitiese partir

para el siguiente día, hasta un sitio pastoso y con agua, en donde lo esperaría.

Me respondió, que supuesto lo deseaba, había cerca un lugar bueno para que me adelantase, en donde solía él vivir, cuyo sitio se llamaba Rinanco. Le di los agradecimientos, asegurándole que para el siguiente día estaría allá, y sin demora puse en noticia del capataz mi partida para que se dispusiese.

Carripilun no me dejó un momento desde esta hora, hasta las once de la noche, en que después de cenar me pasé a acomodar el tráfago y hacer que dejaran allí la balsa, unos aparejos, chiguas, pieles de vaca, y una carga de charque para Carripilun y su gente, que debía acompañarle en el viaje, a fin de aliviar mis mulas.

JORNADA XXXI

Desde Curalauquen a Rinanco

(Junio 9 de 1806)

Aunque la madrugada que di, fue de las mayores que he hecho, pero nada pude avanzar, porque amanecieron cuatro bestias perdidas, y era preciso domar cuatro mulas que se habían cambiado de las fatigadas por lobas. A las cinco de la mañana estuvo Carripilun conmigo, diciéndome, que la jornada era muy corta, y no tenía que apurarme. Le respondí, que ya vería cómo sólo en buscar los animales, y domar las mulas se iba la mañana. Hice enlazar el mejor caballo de mi silla que traía, y se lo regalé a Carripilun, para que tuviese experiencia de los bríos chilenos. Se retiró un momento con el caballo, mientras encontró a su hijo y lo hizo ensillar.

Le dejé en encargo las especies referidas que hice acomodar anoche con este destino, y también cuatro caballos y dos mulas de la real hacienda; un caballo mío al cacique Quechereu, otro caballo de mi silla a otro indio, llamado Antequen, y otra mula mía.

A las once y media, después de haberme despedido de todas las indias e indios, monté a caballo con mi comitiva, menos Molina y el capitán Jara, que quedaron esperando

unas bestias, y salió Carripilun acompañándome; y tomando al este-noreste, por camino parejo y llano todo de trumau, y los campos pastosos de coyron, a las veintiocho cuadras estuvimos en un sitio, que se conoce haber sido de población de indios, con tres pozones de agua, desde cuyo punto ya el lugar se llama Rinanco: y dejándolo, continuamos por una vega que tiene un espeso monte de chicales al norte, y lomas muy bajas al sur, hasta llegar al sitio de nuestro alojamiento; muy parecido, no sólo en el nombre, sino en su situación y aguada, al antecedente, con ocho cuadras que completaron legua.

En estos árboles de chicales ponderan los indios hay muchas abejas, y aseguran que sacan porción de miel. Entre estos indios hay cinco españoles, de ellos uno con una mujer, que dice que es casado, y un negro que se afirma fue cautivo de muy chico. A todos los protege Carripilun, y éstos le sirven de cuidar sus haciendas: llegando aquí, he encontrado a dos de ellos.

El 10, a las diez del día tuve a mi Carripilun de visita con su hijo; me dio expresiones finas de su mujer y familia, y me trajo de obsequio un caballito muy chico, de los que llaman mampatos o llauchas. Se lo recibí, porque sus instancias fueron grandes. Con él vino Molina y el capitán. Al poco rato llegó su capitanejo, y le dijo que ya estaba de marcha, y que le diese sus órdenes. Me avisó que lo iba a mandar adelante, a lo de los caciques Neyen, y a Oyquen, previniéndoles que no se ausentasen, que él se movía de sus tierras para Buenos Aires, en compañía de un caballero, que había venido de Chile a pedirle sus terrenos para abrir camino por ellos, y una paz firme y segura, que tenía admitida por razones que ahora no podía explicarles. Me pidió dos sombreros para mandarles y pañuelos, y no quedándome sino uno, dio el suyo, y les man-

dó en mi nombre el obsequio. El recado lo dio con una gravedad extraña, y concluyó: —Díle también a Oyquen, que yo le mando decir que ese genio inquieto que tiene, lo sosiegue, y que en volviendo nosotros de Buenos Aires, será tratado como debemos hacerlo; pero que entre tanto, aunque se vea agraviado, no tome las armas, porque la paz ha de extenderse a todos los butalmapus. Esto fue, porque estaba en actuales malones con los guilliches.

Me hizo darle tabaco al emisario, y después de comer, se retiró para sus toldos, y el capitán acompañado de dos mocetones, continuó su viaje.

Manquel vino a pedirme permiso, para ir con este capitán a ver unos parientes que tiene adelante, y que me saldría al encuentro: le dije que en muy buena hora, y aprontando con toda brevedad, le siguió.

El 11, me mandó Carripilun a su hijo, para que me acompañase, previniéndome que al siguiente día, debía caminar bien temprano, que él me alcanzaría luego, y dejándome ya de marcha, su hijo se adelantase a avisar al cacique Payllaquin, que íbamos de camino, que aprontase su gente, y mandase convocar al cacique Quillan que deseaba conocerlo, y tratarle de mi expedición.

JORNADA XXXII

Desde Rinanco a Calchague

(Junio 12 de 1806)

A las siete de la mañana salimos de este lugar, guiando nuestra ruta el cacique Puelmanc; tomamos el rumbo noreste, cuarta al este, por el que caminamos tres leguas hasta pasada una montaña de muy hermosos chicales.

Desde este sitio mudamos nuestra dirección al este, cuarta al sudeste; y andadas como ocho cuadras de terreno limpio, volvimos a entrar a otra montaña de los mismos árboles, cuyo atravesio fue de más de tres leguas, hasta el lugar de Calchague, que es un plan hermoso; y caminando hasta las dos de la tarde, estuvimos en una llanura, que al sur, a distancia de una cuadra del camino, tiene una loma baja al oeste, por donde pasamos, una corta mancha de los referidos árboles; al norte, otra mayor y tupida; al noreste, otra mucho mayor; al este, otra rala y mediana, y al sudeste, un árbol solo, redondo y frondoso que se distingue por su figura, y estará del alojamiento que lo tomamos, en el mismo camino, ocho o diez cuadras.

En este sitio no hay agua, pero la hay diez cuadras más atrás del camino, y en varias partes hay humedades, que haciendo pozos se descubrirán otras muchas.

La mayor parte de tierras que hemos hoy andado, son muy buenas para trigos, y lo mismo para crianza de animales mayores y menores. Las maderas son inagotables, porque los dos cordones que hemos pasado, de sur a norte, se extienden hasta donde la vista alcanza, y los hemos cortado en su menor latitud. Los árboles son todos muy grandes, pueden muchos tener tanto grueso como el vuelo de una gran rueda de carreta, muy ganchudos, y leña a propósito, para el fuego por su duración, y para cercos.

Todo el camino fuera carretero, si algunos árboles no ofuscaran la ruta; pero para cargas es bien franco. Desde que salimos hemos traído senda trillada, y palpable como de mucho trajín, y ha sido la misma que Molina trajo, según me ha dicho su hijo: ya notaré dónde nos separamos de ella. En estas tierras abundan los matacos, venados y vizcachas; muy pocos pájaros, y todo despoblado.

A las seis de la noche llegó un mocetón, que adelantó Carripilun, avisándome que venía de marcha, pero que hasta mañana me podría alcanzar. Éste me ha asegurado, que muy cerca hay agua más adelante, y está cerca también lo del cacique Payllaquin, adonde le dijo Carripilun que debíamos ir a alojar mañana.

JORNADA XXXIII

Desde Calchague a Puitril Malal

(Junio 13 de 1806)

A las seis estuvo toda mi gente a caballo, y tomando al este-noreste, por camino bueno, parejo, sólido, pastoso y de maderas, a las doce cuabras topamos una laguna, y una fuente rodeada de estacones, que para la mejor conservación del agua tendrán puestos los indios. Aquí saciaron su sed nuestros animales; y mientras bebían, estuvo con nosotros el cacique Carripilun, su mujer, un hijo casado, su nuera, dos mujeres más, un hijo soltero, un yerno y dos mocetones. Nos dimos las manos, y me dijo: —Que violento venía por alcanzarme, y merecer otra vez de mi compañía. Le retorné sus expresiones, y habiendo hecho en este lugar una estación de media hora, continuamos la marcha por igual camino, y a las nueve mandó Carripilun un correo al cacique Payllaquin, diciéndole ¿que si no le mandó el día antes a su hijo, avisándole que venía con una persona de entidad, para que ya estuviese con su gente en el campo, esperándolo para recibirlo?

No tardó mucho en volver el chasque con su hijo, que ayer se adelantó, y le dijeron, que su gente no había llegado, porque tarde de la noche llegó el mensaje, y sólo

ahora la andaba convocando. Se puso enfadado como una fiera, y por apaciguarlo, le dije: —Carripilun, las honras que me quieres hacer, las estimo como tus buenos deseos, y también celebro el que el cacique, por falta de su gente, no me obsequie con su recibimiento, pues no teniendo, como te he dicho, agasajos más que los que te he referido, me veo en la necesidad de no poder corresponder sus atenciones. Así, amigo, caminemos luego, que yo quiero irlo a ver a sus propios toldos.

Caminamos, y como a cosa de seis cuadras, antes de estar en ellos, salió con catorce mocetones bien montados, y dando terribles balidos, pasó a darme cuatro vueltas en circunferencia, que concluidas, tomó mi frente, y dijo: —Las atenciones que se merece este caballero, ya se conocen con sólo verlo acompañado de mi jefe, y las honras que nos hace, con experimentar, que a su sombra y a su derecha lo lleva, a presencia del señor virrey. Aquí me tenéis, señor; nada tengo que ofrecerte, que mi tío Carripilun no sea de ello dueño, y que ya te habrá ofrecido. Tengo mucho gusto de conocerte, y aunque quise recibarte como era debido, mi desgracia quiso que el chasque me halló durmiendo; y vos de madrugada.

Le contesté: —Payllaquin, tus expresiones son finas, y por hacérmelas vos más las aprecio, con sólo que me hayas dicho que eres sobrino de Carripilun. Éste es un sujeto digno de todo aprecio, y no puede distinguir a personas que no sean muy merecedoras. Celebro conocerte, y por tener esta satisfacción, me veis en tus tierras, mandado por el señor capitán general, que solicita vuestras amistades.

Carripilun dijo, vamos a alojarnos, que ya hablaremos despacio. Seguimos todos hasta llegar a la orilla de una laguna del tiempo, cuya agua estaba espesa de lo trillado

de animales. La reconocí y pregunté, que si no había pozos de mejor agua; me dijeron que no: y así nos alojamos, habiendo andado dos leguas y media.

Luego que se puso el toldo, entró a él Carripilun, el cacique Payllaquin, y los cabezas, Pilquiñan, Millatur, Guenchullanca y Maliquenú; y así que se sentaron, dijo Payllaquin: —Caballero, no es poca novedad para nosotros, y será también para las demás naciones, ver a un español de tu porte, por nuestras tierras, apaciguándolas y facilitando la comunicación de los españoles con nosotros, y en un tiempo en que estábamos avisados de no permitir transeúntes por estos terrenos, a consecuencia de la noticia que el español Morales dio a mi tío Carriplun, de que Molina vino a hacerse práctico para maloquearnos con los peguenches. Ya teníamos dispuesto que si éste volvía de Chile con cualesquiera otros que fueran, de desmontarlos y botarlos a pie para atrás. Así lo hubiéramos hecho sin otra consulta, pues lo teníamos ya acordado. Y peores cosas tenía dispuestas Payllatur, que a mí mismo me las tenía comunicadas.

Guenchullanca siguió: —Y no es menos de nuevo el que nuestro jefe te acompañe; pues de su vuelta no podríamos confiar, si no lo viéramos ya en camino; tus promesas habrán sido seguras cuando él se ha resuelto a caminar. ¿Qué haríamos nosotros sin esta cabeza, que nos ama como a hijos, y nos gobierna con una circunspección imponderable? Él sabe meterse en las mayores dificultades, y sin más armas que sus razones, salir vencíéndolas. La paz es su objeto, y mediante él estamos libres de malones y enemistades: gozamos con quietud de lo poco que tenemos, andamos sin recelo por todas partes; y así, si llegara a perecer entre los españoles Carripilun, no se nos podría

hacer mayor daño. Todos los cinco hablaron un gran rato sobre el punto, y luego que concluyeron, le contesté:

—Mi venida, caciques, nada tiene de nuevo, habiendo sido bien admitido por vuestro general, y viniendo ahora con él. A sus toldos llegué como mandado de los superiores de Chile, para tratar con él cosas de importancia para toda vuestra nación; y si os acordáis que en los mayores ardimientos de la enemistad los mensajeros se admiten con franqueza de una a otra parte, nada hay de reparo en mi venida, y mucho menos no teniendo novedad, ni nosotros con ustedes ni ustedes con nosotros. Si hubierais hecho con Molina lo que habéis dicho, hubierais traspasado las leyes de la humanidad que sabéis observar muy bien; y sin justicia, pues por el dicho de un español de mala fe, y que será de muy poca consecuencia, no se procede a perjudicar a un vasallo, que por obedecer anduvo en estas tierras. Y de no, respóndeme: ¿Qué mayores motivos teníais para creer a Morales y no a Molina? Me dirás: —Porque a Morales conocen, y a Molina no. ¿Y por qué entonces procedíais a obrar sin conocimiento del delito, y si Molina decía verdad, como es cierto, y Morales no, por qué castigabas al inocente? Vuelvo a deciros, que tu hecho hubiera sido criminoso, y te hubieras hecho digno de la indignación de nuestros jefes y monarca. Que vuestro gobernador vaya conmigo a presencia del señor virrey, nada tiene de extraño, porque en eso acredita su prudencia. Se ha enterado de mi comisión, y aunque me la ha contestado, quiere hacerle presente a su excelencia las respuestas que me ha dado. Tiene que tratar con él de puntos de importancia, y quiere cerciorarse de muchas cosas en que yo no puedo satisfacerle, porque carezco de facultades que se hallan en el señor virrey. Yo solicito la paz y franqueza de terrenos para abrir un camino por estas

tierras franco y seguro: me lo ha concedido Carripilun, pero el señor virrey, como principal encargado para esta empresa por el rey nuestro señor, le hará presente cuántas cosas son necesarias para el completo desempeño de su deseo, las que yo ignoro. Yo soy un comisionado, soy un mandado, y de mi diligencia debo ir a dar cuenta al señor virrey, viniendo encargado para que lo lleve, a fin de que tratando los dos, se ajusten, y queden firmes en su resolución. Se le franquea la seguridad con mi venida, se me ha mandado para que no recele de la verdad, y que no les quede que temer ni a él, ni a ustedes. ¿Respondedme, si alguna vez se mandó algún español, como yo, a sacar algún cacique? Sus capitanes u otros españoles o indios son los que entran a sacarlos; y así debéis todos vosotros estimar las honras que se os hacen, en haberme a mí comisionado, que ha sido también haceros ver de una vez el buen tiempo, la serenidad de nuestros deseos, y que llegó la época feliz para vosotros, que contéis con la protección de nuestro monarca.

Me dieron las gracias, por medio de un razonamiento bastante artificioso, el que concluyeron, recomendándome la persona de su cacique y familia.

Esta visita duró hasta cerca de las oraciones, que llegó el chasque que había ido a comunicar al cacique Quillan de mi venida. Éste trajo la respuesta de que por mañana estaría a visitarme, y que pasaría lo menos dos días, pues tenía mucho que hablar conmigo.

A esta hora me puse a comer con Carripilun, y al poco rato entró un español, llamado Francisco Castillo (alias Puntano) saludándome, y diciéndome, que el comandante del Portillo, en la luna pasada que allí estuvo él, lo quiso matar, y le dijo que mil pares de pistolas, y hasta pólvora y balas tenía para acabar con los indios con quienes no

quería amistad, y así que ¿cómo quería llevar al señor cacique para que le sucediese alguna desgracia? Ya puede considerarse la suspensión que haría en el ánimo de mi compañero esta noticia. Le pregunté: ¿Que si no estaba borracho cuando ese comandante le prometió esas pistolas y balas? Que quizá le diría que las tenía para favorecer a los indios: y volviéndome a Carripilun, le dije: —No creas a este indio o español, que sólo con que lo veas en estas tierras, ya puedes inferir qué clase de sujeto será. Jamás prestes oídos a personas de poco honor, que procuran siempre engañar con mala fe e intención. Éste, bien conoce que viéndome aquí no hay novedad, y por este medio injusto quiere meterte susto, como si en el pecho de un general como vos, cupiera temor.

Esta conversación duró hasta las diez de la noche, y otro español que andaba por afuera se dejó también decir que sería bueno nos cortasen la cabeza, así que me lo dijeron salí en su solicitud, y no pude dar con él. Mi ánimo era traérselo a Carripilun, y decirle que supuesto estaba en sus tierras lo castigase, pues no podía sufrirse ni disimular tal maldad.

Para que Carripilun me dejase, me valí de que quería ir a ver a su mujer, que ya estaría acomodada su casa, y así se movió. Estaba a todo campo, la noche mala, amenazando agua; pero ella muy serena. Le mandé acomodar un toldo de pellejos, y me retiré.

El 14, a las dos de la mañana estuve en pie por lograr de un rato de quietud y poder escribir, y estando en esto, a las tres y media, tuve a Carripilun a la puerta llamando: —Hermano. Lo hice entrar; venía con su mujer; nos pusimos a tomar mate, y pidió al lengua. Vino Montoya, y le dijo: —Díle a mi hermano que mi mujer no ha podido dormir esta noche de miedo, y está resuelta a no ir a

Buenos Aires, ni sus hijos, y quiere también que yo no vaya, porque anoche llegó a mi alojamiento un mocetón, que ha andado estos días en el Sauce con varios indios, y a uno llamado Numunir, lo mataron los españoles, cortándole la cabeza por robarle sus caballos.

Le aseguré que sería mentira, o que el indio iría a robar, y por esta razón lo matarían, así como ellos lo hubieran hecho, si hubiesen pillado algún español. Dijo que no, porque el mocetón le contó que el indio fue a buscar sus caballos, que los tenía maneados, y viendo que tardaba, fueron a buscarlo los compañeros, y lo encontraron decabezado, y el rastro de los caballos que se los habían quitado.

Los sosegué, asegurándoles su seguridad, con mi persona; que aún había que dudar de la relación, y que siendo cierta, habría sido el matador algún salteador, que también los hay entre nosotros, como entre ellos: y que le daríamos cuenta del hecho al señor virrey, a fin de que hiciese averiguar el delincuente, que entonces sería castigado y satisfecho. Que no era regular que su mujer, estando de camino ya, suspendiese marchar, ¿y qué se diría de él y de mí? Que si entre nosotros hubiera novedad, no hubiera yo venido a meterme entre ellos, etc. Al poco rato vino el cacique Payllaquin, con las mismas noticias; en dos horas no me era posible reducirlos. Al fin, cedieron, y para que no repitiesen en lo mismo, le di una chupa al cacique, y le dije me había de contar todas las tierras que había corrido, porque su arrogancia me daba especies de que tenía muchos conocimientos.

Me respondió, que era cierto; que había andado mucho, que es nacido en Guayli, cerca de Meuco, y que de mocetón se fue para los puelches del sur, con su padre; que era hermano de Carripilun, y éste tenía conocimiento de

aquellas tierras, y por esta razón lo llevó: que entre ellos se crió, y tuvo muchas amistades.

Le pregunté, cómo se llamaba el lugar donde se crió, y en cuáles otros estuvo, y qué tan lejos de los guilliches se hallan esas tierras. R.: —Que en Pulpagui, Catapulig, Catapulig, que es Malal-Guechuguegun, Butacura-Malal, Pilo-Limalal. Nanquilico, en el Malal de Lepeten: que en todos estos lugares vivió, y es práctico de ellos. P.: —Que a cuántos caciques conoció. R.: —A Tritriguen, a Pavnigui-na, a Quinile, a Guilguilchine y a Coline, que todos son muertos, menos Coline, que es mozo. P.: —Si sabe a Limay-leubu, y si de esta parte, o de la otra están los lugares que ha nombrado. R.: —Dipo, que sabe a Limay-leubu, porque en la orilla de esta parte fue donde estuvo. P.: —Que si sabe el nacimiento de Limay-leubu. R.: —Dijo que sí, porque ha visto que su origen es de la laguna Alomini, que es muy hermosa, y tiene una isla en el centro. P.: —Si está bien cierto de esto, pues yo tengo noticias que sale Limay-leubu de la laguna de Naguelguapí. R.: —Que Naguelguapí no es laguna, sino mallin; que de él nace un esterillo que entra al río de Limay-leubu. P.: —Que si estos terrenos de los montes, hacia el sur de la laguna de Alomini, no vio otra laguna grande, y que de ella saliese algún río que también se llamase Naguelguapí, y tuviese su curso por esta parte. R.: —Que se conoció otra laguna bien grande, que se llama Guechulauquen; que ahí habitan muchos guilliches; que su cacique era Melinaquel y Epumaquel: que esta nación está en medio de los muluches y guilliches. P.: —¿Qué ríos entran a Limay-leubu? R.: —Guechulauquen, y los demás que cité en la jornada 24. En este estado avisaron que el cacique Quillan ya venía. Pedí la comida, y acabando de comer se comunicó que estaba cerca. Carripilun me dijo que sería

bueno montase a caballo, para hablar con él, según era costumbre, cuando venía alguno de fuera, y que debiéndome yo computar como dueño del terreno, cuando se me había franqueado, esperaba me tomase la pensión sin repugnancia. Le contesté que yo era forastero, y Quillan venía a visitarme, circunstancia que no pedía esa atención; pero supuesto que así era la costumbre no quería variar de ella, y montaría luego. Pedí caballo, salí con él, con mis caciques, el intérprete y Molina. Caminamos una cuadra de nuestros toldos, y puestos allí firmes, vino Quillan con treinta y tantos mocetones chivateando, y se pusieron a distancia de cuatro varas a nuestro frente, puesto él un corto espacio adelante de los suyos. Su figura era la más ridícula que jamás vi: muy chico y viejo, los ojos ya gastados de mirar, y los dientes de comer; la cara teñida de negro, desde las cejas a la boca, un sombrero de lana negro viejísimo, con una tira de cotense muy puerca y vieja; un vestido de librea que sería encarnado, un poncho ordinario negro, un avío que no era sino grasa, y un caballo negro, flaco y viejo, competente a su ridícula persona, que me movió a risa mirarlo.

Nos adelantamos el terreno que fue preciso, para darnos las manos, y hecha la ceremonia, le dije: —Que celebraba conocerlo, y me tenía en sus tierras cumpliendo las órdenes del señor capitán general, y gobernador intendente, que ya sabía le había comunicado mi amigo Carripilun. —Me contestó con la cara torcida, que él también celebraba conocerme, y por tener este gusto había montado a caballo para venir a solicitarme y oír de mi boca las razones que por el mensajero de Carripilun había recibido. —Le hice una breve relación de mi expedición; le ponderé sus buenos efectos que tendría, habiendo sido bien recibidas y aceptadas mis propuestas por su general, quien

me acompañaba hasta la presencia del señor virrey, en cuyo tribunal se trataría con mayor formalidad y solidez de los puntos esenciales para consolidar los tratados concernientes a nuestra mutua comunicación, y a la seguridad requerida. Dijo, que le era a él tan de nuevo el que Carripilun hubiese admitido bien mis razones, como el verme en tierras, que no se usaba fuesen pisadas de españoles. Que antes de mi llegada, poco tiempo ha, se pensaba en quitarle la vida a Molina, si volvía: esto es, sin pensar que él viniese con solicitud de camino y demás añadiduras que yo he pedido, y que de repente se trastornó aquella disposición. Que nunca pensaron en que su jefe pasase a Buenos Aires, pues tenían pruebas bien ciertas, que lo querían echar al otro lado del mar, y que los esfuerzos e instancias que se le hacían eran por esta razón, y que al cabo se vería la mentira del camino y paces. Que los llamistas le habían mandado decir que nosotros estábamos alzados, y queríamos acabar con todos, y por eso había sido yo mandado.

Puedo confesar que mi espíritu jamás ardió en tanta cólera como cuando oí expresiones tan picantes, y de boca de una figurilla tan ridícula y fea, que podría llamarse monstruo hecho. Le respondí que o yo me engañaba en persuadirme que Carripilun era hombre de razón y entendimiento, o él no tenía discernimiento para conocerlo, y por eso decía le tomaba de nuevo el que hubiese aceptado mis propuestas; y que lo mismo debía decirle sobre el extrañamiento de mi entrada a estos terrenos. Que de uno y otro le daría los motivos, y eran que viniendo yo a ofrecerles comodidades que no podían esperar sino de un padre, como son las que se le proporcionan en nuestra comunicación y unión, que el rey nuestro señor les franquea por medio de un camino y comercio, las que sólo

unos hombres rudos, desagradecidos, sin razón ni medianas luces podrían desecharlas. Que ni al rey mi señor, ni a nosotros se nos aumentan comodidades, ni proporciones, como las que a ellos deben redundarles; que nosotros no necesitamos de sus productos, que sólo se reducen a cuatro caballos y vacas; y ellos necesitan de nuestras cosechas, de nuestros efectos de Castilla y hechizos, y de nuestras artes e industria para adquirir algunos conocimientos y utilidades, y salir de los errores de abusiones en que están imbuidos, que es el primer motivo, para que sean dignos de la conmiseración de un soberano piadoso, como es nuestro católico rey. Que Carripilun penetró desde que me oyó, hasta donde podía felicitarse su nación con este arbitrio, y por eso admitió la propuesta, y más siéndole consiguiendo la paz y unión. Que si él ni otro alguno de estas tierras puede ignorar las riquezas de los españoles y sus fuerzas. Que sólo la provincia de Chile tenía más gente que todas las tribus de indios, y que con cuatro o seis soldados que se les franqueaban a los peguenches eran temidos, sin embargo de que son un puño de indios, y así asolan a sus enemigos, y ¿qué fuera si les dieran mil o dos mil soldados? Que si ya han echado en olvido lo que muchos de los que me oirían padecieron, y por qué causa se ven aquí. ¿Que de dónde podrá hombre racional discutir, que quería el señor virrey desterrar a su jefe, y para qué cometería ni él ni yo ese engaño y alevosía? Que cuando fuesen reos de graves delitos, para escarmentarlos no necesitaban mis jefes de ardides, ni embustes, sino tomar venganza justa, pues sus armas y fuerzas son superiores a las de ellos, y saben hasta dónde alcanzan los fueros de la naturaleza; que nosotros no sabemos mentir, ni podemos hacerlo sin grave delito, e infamia en materia de tratos; y así sólo por no saber él lo que había dicho en

decir que se vería la mentira, podía dispensársele y tolerársele; que supiese distinguir los sujetos y tener más moderación en sus palabras. Que me pusiese presente al llamista que le trajo la noticia de que nosotros queríamos acabarlos, para que a su vista fuera convencido. Respondió: —Que ya estaba satisfecho, que él no había tratado con español de su posición, ni había salido a los españoles, ni a las Salinas, por no tener conocimientos con extranjeros que lo engañasen.

Puelmanc le preguntó, ¿que si no lo conocía, que si no sabía quién era? ¿Que si no era él de estas mismas tierras, que si no era hermano de todos, que si no lo tenía por de verdad? ¿Que si siempre no los aconsejó, y procuró su honradez y paz? ¿Que si él no sosegó estas tierras en sus mayores fuegos, y conquistó todas las cabezas para que el señor teniente coronel don Simón Geroldo viniese a una junta que se celebró en Luanlauquen? ¿Que si no oyeron todas aquellas palabras ciertas y promesas que les hizo, las que hasta ahora no se han falsificado? Que la razón porque temen a los superiores es porque no quieren dejarse de robos, de traerse las haciendas de los españoles y cuanto pillan. ¿Que si ya han olvidado que por los llamistas casi fueron asolados y consumidos; y hablándole a Quillan, le dijo: —¿Te has desmemoriado Quillan que te escapaste como zorra de las garras de los peguenches auxiliados de españoles? ¿No te acuerdas que por creer a tus llamistas, abandonaste a tu nación peguenche, cuya recomendación da algún aprecio a tu persona? No te dijeron entonces los llamistas, y a mí también, que los españoles estaban alzados; corrieron la noticia, y sólo algunos peguenches no se alzaron: y éstos por fieles a los españoles, con su auxilio nos acosaron y nos hicieron desamparar nuestras tierras. ¿No te acuerdas de este tiempo, Quillan?

¿No te acuerdas de aquellas aguas tan buenas, de aquellos pastos, de aquellos mallines? ¿Los vendiste, los diste por tu voluntad, los di yo, los dio Carripilun, etc.? No fue así. Los desamparamos por nuestras pocas fuerzas, por nuestro error, por los llamistas; ¿y así vienes con novedades de ellos? Ya eres viejo como yo, puedes hablar con experiencia. Yo me retiré a mis antiguos terrenos; estoy gozando de la tranquilidad, y de mis propiedades, que sólo el corazón de los españoles me pudieran proporcionar. Tenemos cuando queremos soldados que nos favorezcan, y con este servicio que hago a mi rey, ¿quién se me atreverá? Vengo con dos hijos que tengo, para que toda mi casa logre del mérito y ¿discurrís, que cuando se trató de la venida de este caballero, allá no corrían también novedades? También nos decían que nos iban a matar a todos, que por todas partes iban a entrar tropas; y con todo, despreciando a nuestros patriotas, salimos a los Ángeles, y vimos a nuestro compañero, a nuestro comandante, en quien no pudimos conocer sino su buena intención, su realidad y su corazón amable, y prometimos acompañarle hasta la presencia del mismo rey si era conveniente, y ¿qué te diremos, y qué te pueden decir estas gentes de tu nación ¿que ya lo conocen? Nada más que lo que antes te dije. En fin le dijo tanto a él, y a los demás de su partido, que se tardó más de una hora en su parla, y quedó tan enronquecido, que apenas se le oían las últimas expresiones. Carripilun siguió con otra relación, apoyando las razones de Puelmanc, y a las grandes causas que le movían a seguirme, y a franquear sus tierras, porque veía que era lo que les convenía, y pidiendo perdón Quillan de lo que se había pensado, y diciendo que ya estaba satisfecho, nos venimos a nuestros toldos.

Entró al mío Carripilun, Quillan, un zambo que traía a

su lado, dos capitanes, Puelmanc, y otros cuatro o cinco indios de los más viejos y más feos. Les hice pasar mate, se comían la yerba; y después tomaron la conversación de tal modo que hasta las diez de la noche me duró la parla; que es en unas voces tan recias y forzadas que sólo el que las experimenta puede conocer su destemplanza. Tuve que comprar una yegua para que cenaran el señor Quillan y su gente, la que en un momento, entrecruda se pusieron a comer.

Quedé bastante cansado de la visita, y a las dos de la mañana, que hice encender vela y me levanté, tuve un mensaje del señor Quillan, que le mandase cigarros y leña para el fuego. Le contesté, que estas horas eran destinadas para el reposo, y las que yo tenía asignadas para el cumplimiento de mi obligación: que si quería cigarros, que pitase de los que por la tarde le di, que le daría tabaco para que llevase a su casa, y si no tenía leña que la mandase a buscar con sus criados o sus mocetones; que no me volviese a mandar mensaje hasta que no fuese de día. El mocetón se fue temblando, pero escarmentó porque no volvió, y a Carripilun que venía bien temprano, le debió decir que yo le había mandado aquel recado, y se volvió también.

Luego que estuvo claro, di orden de que se trajesen los animales de carga y las caballerías para salir de aquel sitio, en que a toda hora teníamos indios, que ya alcanzarían a cien entre los que habían llegado de Payllaquin y los que trajo Quillan. Se habían robado la carne, y un cuchillo; y apenas se descuidaban mis españoles, cuando ellos ponían su atención en solicitar y robar. Me constaba que el tiempo estaba muy malo y podía llover, cuando llegó Carripilun a hablarme con Quillan. Les dije que pensaba en caminar, y Carripilun me contestó, que muy

bien, pero que fuese un poco más tarde, porque él esperaba un caballo. Convine, y di la orden que, en estando Carripilun complacido, se aparejase. Nos entramos a la carpa, y después de haber tratado de las amenazas del tiempo, lo adelantado del invierno, y que aún no había caído ningún aguacero fuerte, y de la calidad de aguas tan malas, y especial este barro que aquí bebían, le dije a Quillan. “—Ya habréis conversado bastante, amigo, con tu gobernador y compañeros. Ya estaréis libre de tus seducciones, y estaréis también cerciorado de que yo no soy embustero, ni mis jefes deben mentiros, ni a mí engañarme. No eres tan sin entendimiento, que dejéis de conocer que en cualquier época la más crítica que sea, deben las cabezas de los pueblos, o naciones, tratar por medio de chasques, o de comisionados, los asuntos que les ocurran, y éstos tienen lugar, y salvoconducto en medio de las armas, para entrar y salir con franqueza; así no es de extrañar, ni debéis sorprenderte, porque me veis aquí, y bien hospedado. Yo traigo aquellas credenciales precisas para que me atendáis, y respetéis, y me franqueéis auxilios (que te advierto, por ahora, no necesito) en estas tierras; y podéis estar cierto que sólo nuestro soberano, que debe ser de amor para vosotros, os puede proponer arbitrios tan ventajosos, para que os hagáis felices, después que nos habéis saqueado las haciendas, cautivado gentes, hecho salteos y otros excesos, en cuyos hechos habéis dado motivos para que fueseis dignos de su ira, y que os hubiera consumido, porque te traspasaste tantas veces de los fueros naturales. De todo esto se olvida, y lo echa fuera de sus sentimientos, por haceros conocer con bienes su poder y clemencia. Para esto soy yo mandado; pero vos que te halláis siempre con delitos, como dices, teméis y receláis, que siendo nosotros ofendidos, podamos por este

arbitrio tomar desquite. No lo creas, porque el desquite de nuestra corona sólo se dirige a que abráis los ojos de la razón, y conozcáis con nuestro trato y amistad lo mal que hicisteis, y que vuestros hijos, criándose en mejor tiempo, disfruten de comodidades que apenas vos en tu vejez merezcáis. Y por si acaso el haberte ayer explicado en aquellos términos groseros, que lo hiciste, fue por exagerar tu tolerancia o representar mérito para que yo te quedase más agradecido a fin de que te diese más, porque te ponderarían que yo venía vistiendo caciques, te advierto, que perdiste tu razonamiento laborioso y despreciable, porque apenas por casualidad conservo una chupa y un bastón, que aquí lo tenéis, y recibirás de mi mano, para que cubras con más decencia tu cuerpo, y el bastón, para que empuñándolo en tus manos, acordándote del rey mi señor, a quien deberás ser fiel de hoy en adelante, mandes a tus vasallos, los sujetos y reprimas, y como buen padre los aconsejes que sepan conservar nuestra amistad, intimándoles que serán castigados siempre que a ella falten. Aquí tienes también tabaco, añil y agujas para que lleves a tu familia y repartas entre tus mujeres e hijas. Todo lo recibió con prontitud, y me dijo, que traía dos hijas consigo que querían conocerme, y diciéndole que las llamase, vinieron al punto. Me fue preciso darles otra porción, y pasar un rato de conversación con sus mozas. Me dijo: —Este bastón que me habéis dado me asusta, porque para recibirlo y sostenerlo necesito de mucha protección. Es imposible sujetar a los mocetones sin que ellos vean que somos favorecidos del rey, cada uno es un jefe aquí, y en todas nuestras tierras. Y Carripilun le dijo: —Ésos son cuidados míos, Quillan, yo voy a hablar con el señor virrey, voy a buscar su mano derecha, su protección; me convida con su auxilio, su amistad: recibe lo que te

dan, que yo te ayudaré a sostener ese bastón, y no creas sino lo que este guillimen te dice, y lo que yo te aseguro. Nos conviene la paz, que es el mejor bien que puede proponérsenos. Payllaquin continuó haciendo varias reflexiones sobre lo mismo, y al poco rato avisando a Carripilun, que ya estaban ahí sus animales, se despidieron, diciéndome, que así que viniese su jefe de Buenos Aires se les debería hacer un parlamento para oír todas las disposiciones del señor virrey.

Yo hice aligerar nuestra despedida, y al caminar dejé encargadas a Payllaquin tres mulas y un caballo de la real hacienda, que admitió con gusto, prometiendo tenerlas gordas a la vuelta.

JORNADA XXXIV

Desde Putrimalal a Loncoché

(Junio 15 de 1806)

A las once del día salimos de este sitio, y con imponderable gusto, pues todos veníamos incomodados de la impertinencia de los indios. Raros fueron los que se quedaron, y era así mucho y muy lucido de caballerías el acompañamiento.

El camino que tomamos fue al noreste, cuarta al este, por senda amplia y muy trillada, igual a la que traíamos desde la casa de Carripilun; el terreno superior para toda clase de siembras: de muchas maderas de espinos y chicales, y muy pastoso. Y a la legua estuvimos en un plan limpio, donde hay una laguna permanente de agua clara, pero salobre; y a su inmediación estaba la toldería del capitán Guenchullan. Antes de ir a saludarlo, se despidió Payllaquin; toda la indiada, y yo haciendo caminar la caravana, pasé a hablar con este indio, que me pareció de mucha razón, el día que salió a recibirme con Payllaquin. Luego que le di tabaco, y repartí veintisiete agujas a otras tantas mujeres, que de tres toldos que de allí había, salieron. Seguí mi derrota por igual clase de terreno, aunque menos montuoso, y alcanzando mi comitiva antes de parar,

a las dos de la tarde estuvimos en el lugar de Retequen, toldería del capitán Maliquenú, a quien en cierta ocasión trasquilaron la cabeza los españoles. Inmediato a los toldos paramos, y como venía deseoso de tomar agua, pregunté dónde había, y me llevaron a un pozo, que sólo con verla, se me quitó la sed. Mucho aumenta a su mala calidad de estas aguas, el desaseo, pues botan las inmundicias dentro de los pujios, y las dejan en sus orillas, especialmente la de las carnes.

El tiempo seguía malo, y de él esperaba el socorro. Poco tardó en venir éste, pues no hacía una hora que estábamos alojados, cuando empezó a tronar, y llover tan fuerte, que jamás lo vi. Mi cubierta sólo era la carpa maltratada: se me pasó el primer gusto de tomar buen agua, y me entró la pensión de empezarla a sufrir con todo el cuerpo y todo el equipaje, pues no alcanzando a correr tanta como caía, se alagunó el sitio, y no tuve otro arbitrio que subirme al catre, en donde lo pasé hasta las diez de la noche, que cesó. Los truenos repitieron muchas veces y muy recios, y el viento sudeste cada instante era más fuerte.

Este capitán me mandó ofrecer un ternero, diciendo: --Que ahí tenía las vacas prontas para que lo tomase. Le contesté, dándole los agradecimientos, y que mejor tomaría un cordero que le sería de menos estimación; que a mí se me mandaba, no para pensionarlos ni incomodarlos, sino para tratar con ellos de mi diligencia: que le mandaba el valor del cordero, y me mandase su gente para obsequiarla, que quería conocerla.

El 16, temprano tuve al capitán con once indias; las celebré y obsequié a toda la familia, con añil y agujas. Recibí el cordero, y quedando muy contento, se fue a tratar con mi comitiva de indios.

Al rato vino a visitarme Chacquellan; me trajo otro cordero, le di a éste un rebozo y tabaco, y le dejé el encargo de dos mulas de la real hacienda, una mía, y un caballo de don Joaquín Prieto, con cuyos animales se regresó a su toldo.

JORNADA XXXV

Desde Loncoché a Retequen

(Junio 16 de 1806)

A la una de la tarde, después de comer, salimos de este sitio, dándoles las gracias por su bien hospedaje, al capitán, y tomando siempre al noreste, cuarta al este, por igual vereda y de tierra firme; a las dos y diez minutos, con legua y cinco cuabras andadas, llegamos a Retequen, que es una llanura hermosísima, con algunos árboles de espinos bien grandes, a la orilla de una lagunilla del tiempo. Alojamos, por asegurarme Carripilun que adelante no había agua cerca; el pasto hermoseaba el prado, y con bastantes haciendas de yeguas y vacas de Maliquenú y sus mocetones. Poco distantes de la lagunilla había pozos muy puercos, y sitios donde habrían poco ha vivido indios. Todos estos terrenos, antes de una vara que se descubren, vierten agua. En este sitio hallamos muchísimas torcazas, que continuamente se cubría la orilla del agua de ellas.

JORNADA XXXVI

Desde Retequen a Peñingué

(Junio 17 de 1806)

A las siete de la mañana montamos a caballo, y siguiendo la senda al noreste, por terreno muy bueno, parejo, pastoso y sin leña, caminando delanteras las caballerías de Carripilun, y él a mi lado, vinieron Puelmanc, Payllacura y Mariñan a decirme que tenían parientes más adelante, y con mi permiso pasarían a saludarlos, y a solicitar de ellos cabalgaduras, y dejar encargadas las que traían maltratadas. Les contesté, que en muy buena hora. Puelmanc me dijo que iría con Molina, pues tenía por donde iba algunas gentes que saludar, de las que había recibido favor cuando vino el año pasado. —Les respondí que era justo, y que no tenía embarazo por mi parte.

Le supliqué me pusiese a la disposición de todos los cabezas que viese, y de sus parientes, recomendando a todos los españoles que pudiesen entrar a sus tierras, dándoles los buenos consejos de que acostumbraba usar. —Me respondió, que así lo haría, y especialmente a un hijo que iba también a ver, y que solicitaría llevarlo al señor virrey, para que conociese a todos sus descendientes por finos vasallos del soberano, como antes me dijo. —Le prometí

que yo también lo haría, y que su persona me había dado mejores pruebas de fidelidad, que los otros; que había trabajado con gusto, y hecho acciones dignas de recomendación. Continuamos en la conversación hasta llegar a una mancha de espinales, de dieciséis a veinte cuadras de circunferencia, en donde encontramos dos pozos al poniente de ella, de buena agua. Todos pasamos a beber de ella, y Carripilun me dijo, que pasado el monte había una laguna salada, y unos pozos de agua dulce; que allí alojaríamos. Caminamos por entre la punta del norte de la montaña, y a las diez del día estuvimos con tres leguas en la ribera de la laguna Peñingué, en cuyo sitio se empezaron a descargar las cargas. Volvió Puelmanc a despedirse, y partió con sus hijos y Payllacura. Molina vino al rato, diciéndome que no había ido, porque sus animales venían fatigados, y no tenía a qué ir. —Le dije lo que Puelmanc me había dicho, y me respondió que iría ya lejos, y no podría alcanzarlo. Hasta este sitio hemos venido cerca del camino que trajo Molina.

JORNADA XXXVII

A Pel-lauquen

A las ocho y media se puso la caravana en marcha, y siguiendo el mismo camino que ayer trajimos, variando al noreste, cuarta al norte, por campos llanos y muy pastosos; caminamos cuatro leguas. En este punto mudamos rumbo al norte, cuarta al noreste; y continuando por igual terreno, a las dos y media de la tarde, llegamos a una laguna nombrada Pel-lauquen; en su ribera o playa del este, hay varias manchas de chicales y espinillos en abundancia. Aquí tomamos alojamiento con seis leguas andadas. El agua de la laguna es salada, pero hay pozos de muy buena.

Este sitio está lleno de vestigios de muchas poblaciones de indios que habrá habido; y hablando de ellas con el yerno de Carripilun, me ha contado que la toldería entera de indios que aquí vivió, murió de la peste de viruelas en estos años pasados.

El hijo del mismo cacique se enfermó esta noche de lipidia, por haber comido carne cruda, y bebido mucha agua; al fin, se ha aliviado facilitándole que vomitase, con cuya mejoría se consiguió poder continuar el camino, y que se desbaratasen las ideas del padre, que ya suponía que las brujas le habían hecho daño al hijo.

JORNADA XXXVIII

Desde Pel-lauquen a Michinguelú

(Junio 19 de 1806)

A las nueve y media montamos a caballo, y continuando con el rumbo de ayer, del norte, cuarta al noreste, y misma clase de terreno sin leña, pasando a las inmediaciones de unas lagunas muy saladas, lo mismo que las del anterior alojamiento, a las dos horas y media estuvimos en el lugar de Michinguelú, que es un medanillo, que formando un corto cajón, tiene una laguna en medio que dicen es perpetua, pero me es difícil creerlo.

Apenas estuve a pie, cuando vinieron a visitarme los caciques Millanan, y Cayunan, que ha sido de nuestros pequenches, quien se vino a estas tierras, como los otros que repetidas veces he referido. Por tres horas me tuvieron en sus arengas, que todas fueron dirigidas a elogiar a Carripilun, y a la falta que les haría si acaso pereziese en el viaje tan arriesgado que hacía; porque los hombres grandes tenían muchos envidiosos, y podrían a éste hacerle daño y morirse, por cuya razón no les era fácil moverse de sus tierras sin mucho temor: pero que si volvía con felicidad, y conseguía con el señor virrey algunos favores, entonces se llenarían de gusto, y se franquearía cuanto

su excelencia quisiese. Repitieron muchas veces estas mismas expresiones, y aunque les ponderaba la seguridad con que iba, y que no debían creer en daños, era en vano, y por último Millanan añadió que estas tierras tenían indios como arenas, y si su pariente Carripilun no volvía, ya se acabarían los arbitrios de que estos terrenos se comunicasen por los españoles. Le contesté: —¿Que digáis Millanan, que aquí hay indios como arenas? Es falso porque el terreno todo es arenisco, y no todo está poblado, sino muy desamparado. Yo quisiera que fuese como dices, porque mientras más amigos, mejor, y mientras más gente, más comercio debe haber, por el mayor consumo; pero puedo asegurarte, que en unas de nuestras ciudades hay más españoles que en trescientas leguas de vuestras tierras. Yo vengo tomando noticias de todas partes, porque por entablar comercio y paces con una nación, es punto esencial averiguar el número de habitantes y usos, para regular el consumo; y me parece sois muy pocos, y mucho menos de lo que nos pensábamos. Tu general irá y volverá sin novedad: entre nosotros no hay traición, no hay mentiras, tratamos con la verdad y decimos lo que solicitamos. Ahora las vidas dependen de nuestro Creador, y no como vos decís de tus brujas, o de las guerras; y sobre esta materia no me habléis más, porque ya os he prometido lo que debo y puedo prometer, como hombre de bien. Y si queréis pedir algo, bien lo podéis hacer de una vez, pues estoy muy práctico ya de tus costumbres, que cuando queréis conseguir algo, vuestras introducciones son dificultar las cosas de que se trata con vosotros. —Contestó, que tenía que pedirme cierto favor, y era que le consiguiera un pasaporte con el señor virrey, para que fuese estimado y atendido por las fronteras cuando saliese a su comercio, y que los comerciantes cuidasen de que los españoles no lo

engañasen, ni pidiesen más caro de lo que valen los efectos, que ellos suelen ir a buscar. También que tenía un yerno español, con varios hijos, llamado Bautista Prieto, natural del Río Cuarto, cautivo que se ha criado en estas tierras, a quien los españoles tienen prometido apresarlos, luego que lo vean entre ellos; y asimismo desea un papel, para que este yerno pueda correr con franqueza, respecto a que está casado con su hija, y que no quiere irse. También que a un hermano suyo, llamado Numuguirrí, lo mató un español en Santa Catalina, el que conoce aquel comandante, y esperaba que el señor virrey diese una orden para que dicho comandante hiciese pagarle los daños y perjuicios que se le han irrogado. —Le pregunté, ¿que si no deseaba conseguir otra cosa? Dijo que por ahora no. Y le contesté: —Cuanto me has dicho pondré en noticia del señor virrey para que su excelencia disponga lo que fuere de su superior agrado. Y reiterando sus instancias a fin de que no se me olviden sus súplicas, se retiró al alojamiento de Carripilun. Luego entró un español, llamado Alberto Aguirre, natural de la punta del Sauce, haciéndome también presente, que él fue cautivo de muy chico, y se crió y casó en estas tierras, que tiene cinco hijos, tres mujeres y dos hombres, que se halla con conveniencia, y deseaba le diese un papel, para poder salir a comercio para estas fronteras, o las de Mendoza. Le hice ver que yo no tenía facultades para darle pasaporte, y que le haría presente al señor virrey su instancia, para que dispusiese lo que fuere de su gusto.

En este alojamiento, se juntaron 22 indios con los dos caciques, y seis u ocho indias, entre ellas una ciega de Antuco, hermana del referido cacique Cayunan. Fue imponderable el regocijo que mostró esta india al oírnos hablar acordándose de sus españoles y tierras, y prometió que se iba este año con su hermano para los Andes.

JORNADA XXXIX

Desde Michinguelú a Rinancolob

(Junio 20 de 1806)

A las 9 del día estuvimos a caballo, y tomando el camino y mismo rumbo, acompañado del cacique Millanan, el español Alberto y varios mocetones que a la media legua se separaron, a la una y veinte minutos llegamos al lugar de Rinancolob, que son unos medanillos bajos, y entre ellos una corta laguna que dicen es perpetua, en cuya orilla alojamos. El color del agua es verde como las antecedentes. La necesidad sólo puede hacerla tomar; y aunque no es de muy mal gusto, pero se conoce que mucha parte de ella será de los derrumbes de las yeguas que en ella beben. En todo el camino, ni en lo que alcanza la vista, ni un arbolito siquiera se ve, ni lo hay en este lugar; para calentar un poco de agua ha sido preciso recoger huesos de animales, que engrasándolos arden. Yo no comprendo cómo puedan habitar estas gentes por estos páramos, y más siendo tan afectas al fuego. El terreno es muy bueno para siembras.

Antes de las oraciones estuvo a verme Bautista Prieto, el yerno del cacique Millanan, haciéndome la misma súplica que me hizo su suegro. No supo darme razón del nombre

de sus padres, que me expresó ser ya difuntos, sólo me dijo que tenía dos hermanos ricos, el uno de su nombre, y el otro Pedro. Lo estuve aconsejando sobre que saliese de la vida brutal que tenía, sobre la nulidad de su matrimonio, y las obligaciones que como padre se le seguían para solicitar los bienes temporales y espirituales de sus hijos y mujer. Conocí estar enteramente su corazón radicado entre estos bárbaros. Le pregunté sobre el número de indios que habitan por estas inmediaciones: —Me dijo que muchos, sin saber computar hasta cuántos podían ser. Le averigüé de las malocas, y demás costumbres, y me refirió ser comunes entre unos y otros, y especialmente que los guilliches, que son los que habitan al sur del camino de las Salinas, tienen enemistad con éstos, y que en las costumbres son iguales. Le traté de las haciendas que tienen y riquezas; y me contestó que las principales son las parcialidades de yeguas alcazas, que llaman castas, de donde toman alques cuantas pueden, y éstas las venden para todas partes de la tierra; y que también tienen crianzas de vacas, yeguas y ovejas, a que se reducen sus riquezas. —Pregunté, que si no había por aquí tigres en estos parajes. —Respondió, que a poca distancia encontraría un totoral, y que en él había tres tigres muy hermosos, que estaban haciendo muchos daños en las haciendas de los indios: que tuviese cuidado con mis caballerías, para que no se metiesen entre la totora por buscar agua, y se cazasen algún caballo. Me instó para que le solicitase el papel de franqueza con el señor virrey, y se despidió.

JORNADA XL

Desde Renancolob a Guaguaca

(Junio 21 de 1806)

A las ocho y media nos separamos de este alojamiento, tomando la delantera Carripilun con su gente: el camino siempre igual, igual el rumbo y los campos. La llanura imponderable, que por todas partes a corta distancia forma horizonte, y siempre se mira uno como punto en medio de un círculo: a las dos horas justas, estuvimos en el totoral de los Tigres, y a distancia de una cuadra y media de él me esperaba Carripilun.

Llegando a este sitio, hice parar mi caravana, y llegándome a lo de Carripilun, le dije: —Aquí es preciso, amigo, apresemos a estos ladrones, y hagamos bien a estas gentes, de quitarles estos enemigos, a quienes temen. Me enseñó luego el sitio en que estaba una bestia muerta, y frescal que tenían, pero me dificultó la empresa, y me aseguró el evidente riesgo que debía esperar de ellos, porque saltaban. Le pregunté, ¿que si estarían en el totoral? Y me señaló las huellas frescas que de la bestia al totoral habían pasado; y le dije: —¿Tú tienes miedo? Respondió, que mucho. —¿Y tu gente? —También. —Pues estate aquí, y me veréis que a mí nada me hacen, ni a mi gente. Llamé

a todos mis mozos, y ya los traía bien montados, ensillé yo un caballo chileno, que aún viene en muy buen estado, dispuse mi comitiva de a tres sujetos, dos de lazo, y uno de pistolas, con orden que si los hallaban parados, o sentados los enlazasen cada uno con su lazo, y tirasen encontrados, y el de las pistolas sobre estirado les descargase, según quisiesen defenderse; y si los hallaban tendidos en camada, usasen de las pistolas desde la proporcionada distancia. Cinco parcialidades formé en un momento, y nos introdujimos al totoral con espanto de mi Carripilun, e indios, pero fue en vano mi esperanza y deseo que tenía de la presa, más por los cueros que por ostentar nuestra industria y valor; sin embargo que en el caso era muy útil. No los hallamos, porque a la otra parte del totoral salían los rastros para el llano, por donde los buscamos también con bastante cuidado, y con los perros. En nuestras montañas hay leones muy grandes y feroces, y nuestros campañistas, que de ellos traigo dos famosos, a lazo los pillan y despedazan, mas luego que lo hacen con un cordero. Para la admiración de Carripilun y su gente, que son cobardísimos todos estos indios, fue suficiente el hecho de meternos al totoral, y haberlo registrado con la prolijidad que vio. Una hora tardamos en las andanzas, y a las once y media seguimos nuestra derrota, mudando el rumbo desde este sitio al nor-noreste, y a la una y media llegamos al lugar de Guaguaca, que es un medanillo con varios cerrillos bajos, entre los cuales hay tres lagunas permanentes, dos de agua amarga, una buena, y un pozo que es la mejor que he visto, y más clara desde Chadileubú, o más bien desde Tilqui. Es muy rara cosa que en los médanos que se suspenden algo sobre el plan de los llanos, y que son en realidad montones de arena floja que puso

la naturaleza, se hallen las aguas que son tan escasas en los bajos de tierras más sólidas.

En este sitio vine a hallar al capitán o capitanejo de Carripilun, como decimos en Chile, a Manquel y Manquelipi, que celebraron con rostros y expresiones finísimas mi llegada, al cacique de estas tierras Romiñancú, y a 46 mocetones que lo acompañaban. Me echó su arenga celebrando mi felicidad, y estimando los pasos y pensión que en beneficio de ellos había dado y pasado, haciéndome presente estar muy enterado de mi expedición por Manquel. Le contesté como merecía su razonamiento, y haciendo tender mi carpa y acomodarla, lo convidé a mate, al que asistió mi Carripilun. Tratamos largamente del viaje, y estando para despedirse, le regalé tabaco y añil, y se me ofreció por si acaso le mandaba algo para Melinqué, asegurándome que mañana salía para allá, porque tenía viaje desde cuatro días demorado, por sólo esperar el conocerme antes de su partida.

La oferta me fue utilísima, pues ya venía ideando los arbitrios de que me valdría para adelantar el pasaporte del señor gobernador intendente que traigo, a fin de que se me auxilie de prorratas en estas fronteras para mi comitiva, y así le dije que estimaba su oferta, y le había de merecer fuese con un dragón que condujera una carta para el comandante de esa frontera. Admitió mi súplica, y en el instante puse un oficio a dicho comandante, incluyéndole el pasaporte; y mediante él, pidiéndole veinte animales de carga, y dieciséis de silla para mi comitiva e indios, suplicándole también que si había oportunidad de alguna ocasión para Buenos Aires, trasladase al excelentísimo señor virrey la noticia de hallarme ya en estas tierras con felicidad; pues debiéndola ya tener por el señor gobernador intendente de Concepción de mi salida, deberá

estar recelando mi pérdida, por la demora. Le instruí también del mal estado en que vienen mis animales, y que yo seguía mi camino conforme las caballerías podrán sufrir. Al oscurecer se despidió el indio con el dragón que llevó el pliego, con orden que él mismo volviese con la prorrata.

Aunque el cacique se fue, su comitiva quedó en este sitio, como lo acostumbra, mortificando con sus peticiones, y metiéndose hasta lo último de las carpas y cargas, pero ya más tarde se fueron desapareciendo poco a poco, hasta quedar sólo cuatro.

A eso de medianoche oí una gritería, cantos y tambor a las inmediaciones de nuestro alojamiento; y averiguada la causa, era un machitum que estaban haciendo con una enferma en un toldo que distará como cosa de dos cuabras de este sitio.

JORNADA XLI

Desde Guaguaca a Guentcan

(Junio 22 de 1806)

Mientras la tropa vino al alojamiento, se aparejó y cargó, volvió de nuevo a ocurrir mucha parte de los indios, que en la noche se desaparecieron. La gente del campo se entretiene, y embelesa con cuanto objeto se le presenta a la vista; y así aunque la tropa antes de las seis estuvo pronta, no pudimos salir hasta las nueve y tres cuartos.

Se me presentaron también varios inconvenientes para presenciar el aprontamiento, porque no habiendo llegado el chasque de Puelmanc, que, como dije, en Pel-lanquen se separó de allí para lo de sus parientes con citación de encontrarnos en este punto, era preciso acordar si lo debíamos esperar o caminar, y para proceder sin dejar motivos de sentimientos, llamé a Carripilun y a Manquel, y estando juntos les dije: —“En este lugar fue donde Puelmanc nos prometió esperar, si llegaba primero que nosotros, y nos encargó que lo esperásemos, si él se tardaba. Tengo muy presente su fidelidad y servicios, por lo que se hace digno de que no olvidemos sus encargos, y también tengo a la vista, que todos estos contornos están talados de las haciendas de estos indios, y que mis cabalgaduras

no están en disposición de demorarlas en lugar que más se atrasen; también que el tiempo, como lo veo, amenaza algún temporal, pues las nubes y viento nos lo aseguran. Puelmanc es práctico de estos terrenos, y me parece que, dejando aquí al capitán Jara para que lo esperase, nosotros tomaremos la delantera hasta un sitio (que el tiempo nos puede esperar) en que haya mejores pastos, y que estemos más inmediatos a la frontera para recibir los auxilios que ayer pedí, y los demás que pudieran ofrecerse. Si vosotros discurris mejor arbitrio, estoy pronto a seguirlo, y podés decírmelo. —Contestó Carripilun, que el acuerdo era muy bueno, y que pararíamos un día en la jornada siguiente; pero que siendo Puelmanc práctico de todas estas tierras y atravesos, y Jara no, podría Puelmanc, juzgándonos más adelante, cortar a otro alojamiento, y en este caso el capitán se hallaría confuso, sin saber el destino que debía tomar; y así que él dejaría a Puelmanc recado, haciéndole presente, cuanto yo había dispuesto, y que él tomó el partido de que Jara nos siguiese, para que no pudiese culparme de desprecio a su encargo. Recibiendo bien su disposición, y mandando la salida, los dos caciques empezaron a tratar sobre cierto daño, que una tía de la mujer de Manquel, decía Carripilun, le había hecho a un mocetón suyo, el que le causó la muerte, y debía pagarla; o pereciendo la vieja, o dando doce yeguas, y un herraje, o unas espuelas, u otra prenda de valor. Manquel quería persuadirle que era falso el daño, que al regreso de Buenos Aires, quería llevarse por los montes a toda su familia, y que su parienta daría las doce yeguas; que era pobre, y se contentase con ellas. Duró tanto la contienda, que fue preciso se saliesen de la carpa para voltearla y cargarla, y al fin no supe de su resolución. Salimos, pues, a las nueve y tres cuartos, siguiendo la senda y rumbo de ayer. La

llanura, piso y pastos, iguales en toda la caminata: sólo vimos a distancia de media legua del alojamiento, dos árboles de chicales, y una legua antes de llegar a Guentcan, en donde paramos, otro. En este sitio, que también hay algunos medanillos, como en los dos anteriores alojamientos, hay una laguna estable, y un pozo de agua menos buena que la del antecedente. También como cosa de ocho cuadras al sur, hay otra hermosa laguna salada. El indio principal que aquí vive, se llama Ena, y dice Carripilun es su pariente; pero yo creo que será por Adán, pues no me cabe puedan darse vivientes con tantos parientes. Tres son los toldos que hay en este sitio, y en los tres, entre chicos, grandes y mujeres, habrá veinticinco personas. Una de las mujeres es española, cautiva, y se halla casada, con varios hijos; y según ella confesó, es Petrona Martínez, rescatada que fue por Antuco, en el famoso malón en que murió Llanquitar, en Carrera-malal: la trajeron con cinco españolas más a Mendoza, y de allí se huyó para estas tierras.

El 23, por la mañana, tuve de visita seis mujeres de estos toldos, trayéndome una de camarico, un rale de carne de vaca, más cruda que asada, una pierna de carnero otra, y un cordero otra. Les di los agradecimientos que debía, y las obsequié con añil, y unas pocas de las chaquiras que me quedaban. A Carripilun le pasé el asado, que se lo comió con sus dos hijos, vertiéndole la sangre por entre los dedos y boca. Luego me dijo que le había gustado la carne, y que le diese una vaca: tuve que comprarle una vaquilla, y la tomó a su satisfacción. En el resto del día, hasta las cuatro de la tarde, no ocurrió cosa notable.

A las cuatro de la tarde, llegó un mocetón a lo de Manquel, de lo de sus parientes; diciéndole, que anoche había estado en lo del cacique Curichipay, y que estaba muy

enfadado con Carripilun y nosotros, porque nos habíamos pasado sin pasar a verlo; y que estaba en disposición de venir a maloquearnos, o a lo menos a quitarnos las caballerías. Esta noticia me trajo el capitán Jara: la recibí riéndome, y le contesté: —Jara, ya me río de las novedades de estos indios, y si le he de decir a usted la verdad, no merecen otro recibimiento que reírse, y paciencia. Carripilun me dirá lo que pueda resultar; mis bestias están en estado de regalarlas sin sentimientos, o de abandonarlas, y averigüe usted dónde vive ese cacique, para que si está cerca, vaya usted con un mensaje mío a visitarlo, y que venga Carripilun.

Volvió Jara, diciéndome que había quedado Curichipay muy atrás, y que ya venía Carripilun. Poco tardó en llegar, y le dije: ¡Tus caciques no deben saber que mis bestias no están de codicia, o son tan ladrones, que por saciar sus deseos, roban cuanto se les proporciona; yo me río de sus palabras, pues al que viene proponiéndole comodidades, quieren desacomodarlo! Ya sabes lo que ha dicho y ha pensado Curichipay. —Sí lo sé —me contestó—, y le mandé decir que así como él trata con españoles, y no me da parte, traté yo ahora contigo, y no tuve antojo de mandárselo decir. Que yo nunca me sentí, y si él está ahora sentido, que venga de carrera a quitarnos los caballos, que las balas lo harán volver de repente, y que se acuerde de sus fuerzas y las mías.

En esto estábamos, cuando llegó Puelmanc, y apenas se apeó, cuando vino a echarme los brazos, diciéndome: —La pena que tuve estos días por andar fuera de tu mano derecha, tengo ahora de gusto al verme contigo, y hallarme bueno. Mucho te quiero; entre los míos no he tenido rato de sosiego. Aquí te traigo a mi hijo Leubumanque, a Imiguan y su mujer, a Quiñanancu, mi cuñado, y a Rapi-

ñan, los que deben acompañarte hasta la presencia del señor virrey; pues éstos son míos, y faltando yo, podrán suplir mi ausencia, porque no olvidarán mis consejos fieles. Quelechalquin, Millapan y Quinchepechun, que son éstos, vienen para pasar a la frontera con comercio, y te traen recados muy finos de su cacique Cheuqueñan, solicitando tu salud, felicidad en tu viaje, y ofreciéndote sus tierras y fidelidad para los españoles. Les hice a todos sentarse, les contesté a cada uno con particular cariño, pues el Puelmanc es digno del mayor aprecio, y les hice dar mate. Duraron las arengas hasta cerca de las ocho de la noche, y siguieron con Carripilun, que nunca se movió de mi carpa, y tiene particular gusto de introducirse en todas las parlas. A las nueve y más acabaron, y me fue preciso decirles que fuesen ya a descansar, que ya era tarde, y yo tenía que hacer. Todos salieron, menos Carripilun, que se esperó a cenar, y después se retiró, prevenido de que mañana debíamos continuar nuestra marcha.

El 24, amaneció una niebla muy densa, y por esta causa, así los caballos de los indios, como los míos, no pudieron hallarse temprano. A las siete llegó un mocetón de Manquel, y dijo que los rondadores de mi tropa andaban perdidos, sin poderse encontrar cada uno de dos que eran, con una tropilla de animales. Hice pronto que saliese el capataz a buscarlos con un práctico, porque no se perdiese también; y entre tanto vino Puelmanc a mi toldo con su cuñado Quinchañancú, y comenzando con la acostumbrada arenga, acabó diciéndome, que su cuñado por desear mi amistad, y hacerme ver su fidelidad, había venido, y que en muestras de ello, me traía un caballo de regalo, el que estimaría se lo recibiese. —Le respondí, que con sólo decirme era su hermano político, ya me decía que sería fiel, y amigo mío; que con sola la acción de querer rega-

larme el caballo, quedaba yo agradecido, y me llevaba toda mi voluntad; que ya sabía que mi intención no era de gravarlos, sino aliviarlos y favorecerlos; que cuando necesitaba caballos, los compraba, y que traía ya nueve gordos para mi silla, y que pudiesen servir a mi comitiva; que podría venderlo o regalarlo a otro, y así lograría por dos partes, pues yo le correspondería su fineza, y el otro el caballo. Puelmanc me instó, diciéndome: —Yo soy el que traigo a mi hermano, y desairas a dos amigos; ya te conozco yo, y vos también me conoces; no me dejes salir corrido y avergonzado de tu toldo, ¿qué dirán los que me vean despreciado? Será favor el que haces en recibirlo, que ya yo sé que no recibes. Le contesté: —Puelmanc, no pienses quiero despreciar tu obsequio que me haces con tu cuñado, que no te recibo el caballo, sino que lo hago porque no os perjudiquéis, desacomodándote de una bestia que necesitáis. Ya habéis visto que sólo a Carripilun recibí un caballito de poca importancia, y eso porque antes le di uno de la mejor calidad, que él recibió con gusto, y si tú quieres llevarte otros de mis caballos, o el valor que quieras ponerle a ése que me traes, yo quedaré agradecido de tu fineza, y tú te irás contento con el valor. Repitieron ambos sobre que les recibiese el caballo, y mandé se tomase, previniéndoles que se lo pagaría con algún obsequio que apreciaran.

A las once del día llegaron mi capataz y arrieros, que anduvieron perdidos, en estos llanos, por la niebla: hice aprontar la salida, y por esperar algunas caballerías de los indios.

JORNADA XLII

Desde Guentcan a Pichinlob

(Junio 24 de 1806)

A la una y veinticinco minutos de la tarde, tomando al nordeste, cuarta al norte, salimos del alojamiento por llano pastoso, y sin leña, y a las dos y treinta y cinco minutos, estuvimos en otros medianillos muy parecidos a los antecedentes, con una laguna en medio, de todo el año. El agua es mucho mejor que la anterior, y mandé se hiciese cerca de ella un pozo, y noté que a la media vara se dio en tosca, y empezó a brotar muy buena agua.

Desde este lugar empiezan a verse yeguas alzadas, que abundan por estas tierras, según aseguran los indios, y mientras mis arrieros descargaron, estuvieron de regreso con un potro de año.

Ponderan que es tan crecido el número de estas yeguas, que aseguran ser un cordón, desde la costa hasta estas fronteras, que es inagotable, y su origen lo funda en que algunas manadas de sus antepasados se alzarían, y de ahí se han procreado. Pero siendo cierto el que estos indios no conocieron los caballos, hasta la introducción de los españoles que los trajeron, y que ellos nunca han podido aumentar sus haciendas por el consumo de ellas para mantenerse, co-

mo que no usan de otros alimentos, es claro que estas castas deben haberse extendido por estos campos, procedentes de las yeguas de los españoles. También aseguran, que en ellas se encuentran muchos animales marcados, de los que a los españoles se les alcanza, e incorporan a ellas, como antes dije. Si es así, esta misma razón manifiesta que dichas yeguas fueron de los españoles, pues así como en el día se les vienen y pierden, sucedería entonces.

Yo creo, y debo presumirlo, que con el pretexto de estas yeguas, se acercan los indios a estas fronteras, y se introducen a las haciendas más próximas, y roban cuanto pueden, pues apenas he visto caballos y yeguas en todas sus manadas que no sean marcadas, y sería mucha casualidad que solo pillasen las con marcas.

Los llamistas, los guilliches, los peguenches y demás naciones, tienen con estos indios de Mamilmapu, un comercio muy vasto de animales, y para mantenerlo, roban hasta donde pueden. Nuestros montañeses, y ultramontanos tienen caminos y alojamientos, que designan las grandes cantidades que conducen, y desde que salí de la cordillera hasta este sitio, pueden contarse muy pocas cuadras en que no haya osamentas de animales muertos, que como maltratados y cansados los abandonan para que perezcan. La huella que hay, desde Mamilmapu hasta el anterior alojamiento, no la abriría entre el pasto tupido de coyron de que abundan estos campos, un continuo ejercicio de carros; y de aquí puede inferirse qué parcialidad de animales no conducirán. Hasta aquí he venido viendo ponchos, mantas, chameles y otras prendas de las que usan aquellos indios, y por cada una de ellas llevan doce, y dieciséis yeguas.

El indio Ena, que me acompañó hasta este alojamiento, me hizo presente, que de aquí adelante ya no habían po-

blaciones, y que los animales que fuesen fatigados, debía dejarlos por no perderlos. Le estimé la advertencia, y así le hice entregar siete, a saber, un caballo del teniente don Ángel Prieto, un rosillo del dragón Pedro Baeza, cuatro mulas y un caballo de la real hacienda. Me pidió le trajese, o le mandase por el cuidado, un par de estriberas de alquimia, y se las prometí.

JORNADA XLIII

Desde Pichinlob a Blancomanca

(Junio 25 de 1806)

A las ocho y tres cuartos de la mañana, comenzamos la marcha con el mismo rumbo, y por iguales campos. Los pastos muy abundantes, pero ni un solo arbolito. A la media legua pasamos por la orilla de una laguna hermosa, que dijeron los indios ser estable, y de buena agua, y desde ese lugar columbramos una gran tropa de yeguas alzadas. Paramos un cuarto de hora, para que los indios mudasen caballos, que quisieron apresar algunos para comer, y así que estuvieron en buenos caballos, en un momento formaron un círculo, a distancia de 16 a 20 cuadras del centro en que dejaron a la yeguada. Se acercaron a un tiempo, y lograron laquear, o bolear a dos; las mancornaron con bestias mansas, y siguieron su marcha alcanzándonos, pues nosotros, así que ellos se separaron, seguimos caminando. A la legua más de camino, dejamos otra laguna poco menos que la anterior, y hasta llegar a Blancomanca, que fue a las dos de la tarde, pasamos inmediato a otras tres lagunas, las dos medianas, y la una bien grande, todas permanentes. Este sitio es igual a los antecedentes

cerrillos de médanos, y también en la laguna que tiene en medio, y llegamos a él con cinco leguas nueve cuadas.

Por estas inmediaciones se han encontrado vástagos de un pasto que se nombra achapalla, y de ella nos hemos servido para hacer fuego y poder cocer la carne. No tuvimos ayer este hallazgo, y aunque las osamentas y bostas pueden hacerse arder, pero no en tiempo húmedo y de continua llovizna, como ha sido el que hemos experimentado, desde el agua que padecimos en la noche, que hasta ahora no se ha despejado el cielo.

Toda esta prima noche y alguna de las anteriores han retumbado truenos hacia la costa patagónica; y han sido tantos y tan continuos los relámpagos que a manera de un candil alumbraban. Tres truenos muy grandes también han pasado esta noche, y les sucedió un aguacero corto, que pasado, se tupió más la niebla.

JORNADA XLIV

Desde Blancomanca a Chicalco

(Junio 26 de 1806)

Muy temprano recordé al capataz, para que hiciese llamar a los rondadores de la tropa, con el deseo de caminar y llegar a tierras de españoles; y así, al venir el día, se estuvo aparejando; pero apenas fue bien claro, cuando se cubrió el horizonte de una niebla tan tupida que ya conjeturé sería imposible caminar. Poco tardó Puelmanc en venir y decirme que no podíamos salir sin que la oscuridad se deshiciese, que le faltaban tres caballos, y en pareciéndome avisaría. Le contesté que muy bien, puse mi tropa al pasto sobreaparejada, y cerca de las nueve vino Carripilun a prevenirme que saliésemos, pues el práctico no dificultaba ya tomar bien la dirección.

A las nueve estuvimos a caballo, siguiendo a todas las comitivas de indios; y como cosa de media legua que habíamos andado, se pararon los indios hasta que llegase. Ya que estaba con ellos, me dijeron que se veían confusos, y sin saber por dónde atravesarían. Les pregunté, si su dirección debía ser recta con la de ayer; me dijeron que sí. Hice poner la aguja, y que se tomase un tanto al este, por lo que nos habíamos inclinado al norte, y al poco trecho

que caminamos ya se deshizo la niebla, y se divisó el lugar de nuestra salida, y una mancha de árboles chicales, punto fijo que debíamos haber traído. Llegamos a ella, y encontramos allí a ocho indios de Mamilmapu que andaban tomando yeguas de las alzadas, los que nos siguieron. Habrá de atraveso, de Blancomanca a estos chicales que están al nordeste, cuarta al norte, una y media leguas, pues aunque anduvimos cerca de dos horas, nos tardamos algún rato en la vuelta, y en porfiar con los indios sobre la dirección que debíamos tomar, porque ellos querían avanzarse más al norte.

Continuamos caminando por el mismo rumbo media hora, y aquí volvieron los indios a repartirse para encerrar otra parcialidad de yeguas, que pasarían de quinientas. Hice parar mi tropa, mientras se alejaba la yeguada, y fue tanto el desparramo de piños que se formó en el campo, que vino un potro a pasar cerca de mis caballerías. Nos cupo muy a tiempo, porque el capataz lo enlazó, y lo hice domar por uno de mis arrieros en el mismo momento. Ya cansado de las carreras, parecía dócil, y lo será también porque es marcado.

En esta función paramos una hora, y después guiándonos el yerno de Carripilun, proseguimos nuestra marcha por el anterior rumbo. A la hora, poco más, de camino columbramos un árbol que fue nuestro objetivo; desde aquí nos empezaron a alcanzar y pasar los indios dichos, que quedaron entretenidos con las yeguas, y a las doce y media de la tarde estuvimos en una lagunilla cerca de la mata de chical, en cuya orilla estaban ya los indios alojados. Tomamos nuestro sitio a distancia de una cuadra de ellos, cuidado que tuve, porque su vecindad inmediata me es muy perniciosa. Les pregunté qué cuántas yeguas ha-

bían pillado, y me aseguraron que cinco ellos, y tres los otros indios citados.

De las cinco y media horas que tardamos en la caminata, la hora y media gastamos en las dos paradas, y las cuatro solo de camino, y algunos ratos muy despacio, porque las mulas vienen muy maltratadas.

Al poco rato de alojados, se limpió el cielo hacia el norte y oeste; se puso hermosa la tarde, pero hacia el sur al poco rato empezaron a formarse nubes muy oscuras. Cerrada la noche, repitieron los relámpagos, y a las once y media, se levantó un sur bastante fuerte, al que le sucedió un aguacero bien recio, de poco más de un cuarto de hora, y muy grandes truenos y relámpagos, que se alumbraba todo el campo.

El 27, amaneció sumamente cargado de nubes y cerrazón. Me avisaron los indios que era imposible caminar; contesté que pararíamos, y que mis animales necesitaban también descanso, pues tres mulas llegaron ayer cansadas.

Al poco rato tuve un mensaje de Carripilun, diciéndome que estaba con el sentimiento de que ayer mandó a un hijo a pedirme charqui, y no le quise dar, y que se veía sin tener qué comer. Le contesté que su hijo vino con el hijo de Molina, y le mandé charqui y tabaco. Que si lo gastó todo, yo le advertía que tres días ha le regalé un vaquilla, que antes de ayer mató una yegua, y que en su casa le di una carga de charqui para que trajese mantención; reservándome yo otra sola, para tres individuos que tengo de familia. Que mis españoles no saben comer carne de caballo como ellos, que nosotros no desperdiciamos, y sabemos guardar para el otro día, y ellos comen lo que necesitan en la hora, y lo demás lo abandonan y dejan para los perros; cosa que no debe hacerse en un viaje, principalmente cuando consiste el caminar en mil contingencias

que no dependen de nuestra voluntad: que ahí iban otros pedazos de charqui, y supiese que sólo un costal me quedaba, y ninguna otra cosa de bastimento, como él bien sabía.

Así como recibió el recado se vino muy contento a mi tienda, acompañado de Puelmanc, y de su capitán Payllaman. Me dijeron que estaba alojado muy lejos, porque tomé mi estancia una cuadra de ellos, y le contesté que mis ocupaciones pedían retiro, que ellos eran muchos, y cuando estaba muy cerca, a toda hora estaba mi carpa llena, y no podía hacer cosa alguna. Que tomaba la providencia de levantarme a media noche, cuando debía dar descanso al cuerpo, y aun a esa hora, que debían juzgarla destinada al reposo, así como columbraba alguno la vela, ya se recordaba para venir a visitarme; y en sus visitas eran tan constantes, que duraban todo un día, o toda una noche. Que también yo ignoraba su idioma, y necesitaba incomodar al intérprete para que me entendiesen: éste lo consideraba cansado y fastidiado, como hombre sensible, y no debía mortificarlo demasiado, pues la prudencia debe ser una de nuestras reglas para gobernarnos. — Contestó, que decía muy bien, que así era, pero que no podían sujetarse, aunque conocían que debían incomodarme. — Se sentaron, pidieron mate y quedaron firmes tomando su parla.

Los dejé conversando, y me fui a ver la laguna que me dijeron ser perpetua. Lo dificulto, porque es muy baja, y tan turbia por su poca agua, y demasiado trillada, que es más barro que agua. Para tomar un poco hice colarla tres veces, pero como el lodo es de una tierra tan suave, siempre pasaba espesa, y no es posible se aclare por más que se deje asentar, por lo liviano del trumau. El criado me señaló una olleta llena desde ayer, que dejó para que se aclarase, pero estaba lo mismo que la de la laguna.

Los indios no se movieron hasta después de comer, y el día siguió descomponiéndose cada vez más; el viento sudoeste se aumentaba también, y a las oraciones empezó a caer una lluvia tupida, parecida a las chilenas. Toda la noche se llevó lloviendo, ya más fuerte, ya en lloviznar, hasta amanecer, que se puso despejado el día.

Así como vi que los indios se movían, hice se empezase a aparejar, y le mandé a Carripilun recado, que si le parecía salir o no. Respondió que el día estaba malo para caminar, y que sería mejor esperar mejor tiempo. Me fui a su toldo, y lo hallé en el de Molina que estaba entre ellos. Le hice presente que tiempo bueno no debíamos esperar mientras la luna durase; que mantención sólo quedaría para cuatro días, cuando más; que no debíamos demorarnos tanto, porque pereceríamos, y que si él no quería salir, a lo menos me diese un práctico para adelantarme algún poco, pues el agua tenía enfermo a uno de mis asociados, y a un criado. —Me respondió que los prácticos que venían querían revolverse, y que no había práctico que me guiase; que el capitán Payllanancú decía que yo venía enojado con ellos, pues no lo visité ayer, y éste se revolvía con su hijo. —Le hice presente, que el capitán tomó mate, tabaco, y comió ayer en mi carpa muy contento, y se retiró cuando gustó, como él lo vio: que quería volverse, y por eso fundaba sentimiento sin razón; que por la tarde llovió, y no tuve lugar de visitarlos, porque mis ocupaciones y atenciones son más que las que, en el tiempo que paro, puedo vencer: que debo cuidar hasta de los animales, y bastimentos, porque de lo contrario hay desperdicio que no debo permitirlo; mucho más cuando ya no quedaba ni aun el suficiente. Que ellos sabían formar sentimientos, y yo no; que antes de ayer me demoraron por potrear, dejándome con mis cargas paradas, y luego que hicieron

la presa se adelantaron de tal modo, que ni columbraba, y si no hubiera sido por un indio que quedó atrás, no hubiera dado con ellos y, en fin, que mayor contemplación no cabía en hombre que la que yo traía con ellos. Me aseguró que su yerno Quechuden le dijo, que yo estaba enojado; y le contesté: —Bien se conoce que tu yerno dice lo que se le antoja, pues vive con nosotros, y si yo estuviera enojado no estaría allí. Y lo que te digo, Carripilun, es, que no tienes ninguna razón, ni la tienen los tuyos para fundar pretextos o sentimientos para volverse. Mi genio es uno, mis ofertas unas, mi diligencia una; y así nunca verás variación en mí. Y si con todo esto, quieren volverse algunos de los tuyos, pueden hacerlo, pues yo no puedo prometerle cosa que de mi mano no dependa, ni tengo más que darles que lo que les he dado. —Me respondió que así sería, y que por su parte no había novedad. Le seguí diciendo: pues si así es, yo caminaré hasta otra laguna inmediata de mejor agua, que hay aquí cerca, y pueden seguirme allí, si quieren estar conmigo. —Contestó que muy bien.

JORNADA XLV

Desde Chicalco a una laguna

(Junio 28 de 1806)

A las nueve y media de la mañana montamos a caballo, siguiendo al noreste, cuarta al norte; y a los veinticuatro minutos estuvimos en la orilla de una laguna del tiempo, de mejor agua, en cuya orilla tomamos alojamiento, y al poco rato que nos habíamos acomodado, empezó a llover fuerte; y en este mismo tiempo llegó Quechuden en nuestra solicitud, como que no se separaba de nosotros, tan fresco como si no hubiera oído lo que su suegro me dijo, y lo que yo le contesté, siendo él entreladino, como ya antes dije. Me hice el desentendido, así como me he hecho en muchas ocasiones de lo perjudicial que es el confiar asuntos de importancia a gentes ordinarias, y de pocas facultades, que los traten con los indios. Por interés de un caballo, de una ternera y de otras cosas de menor importancia, dicen a los indios lo que nuestros jefes no pensaron, ni pudieron soñar, ni nuestro estado quiso, porque contemplan de más favor y de más importancia a un indio, que a toda nuestra corona. Ésta es la razón porque los indios son tan desconfiados; y hablo con un conocimiento adquirido por experiencia en mi viaje, que es el

arbitrio más propio para conocer los procedimientos. Así los engañan, les piden, les prometen, los atraen al juego, y últimamente, los dejan imbuidos en unos principios que los aseguran en su infidelidad, inconstancias y temores, que los hacen rebeldes.

Luego que el citado Quechuden desensilló, me vino a decir: —El capitán Payllanan se va con un hijo de Carripilun, y el español Ramón. ¿No les mandáis que se vuelvan? Ellos no se volverán si no les mandas. Le contesté: —Ya te tengo dicho, que yo no puedo ofrecer más que lo que he asegurado, y es que por nuestra parte no deben tener temor los indios; que el señor virrey estimará sus personas, y distinguirá en su aprecio la de Carripilun y su familia: que desea tratar por su boca con ellos, sobre los puntos que han ajustado conmigo, y que los cuidará y puede regalar según sea de su superior arbitrio, y lo juzgue por conveniente. Y si el capitán, a quien no ha mucho he hablado, sobre que no se vuelva, y dado estas razones, quiere volverse, puede hacerlo con la libertad que tiene, y cuando guste; pero yo, Quechuden, estoy entendido que no se irá hoy, ni mañana, ni pasado mañana. R.: —Así será, porque se quedan a tomar yeguas con esos otros indios que están ahí en ese ejercicio, y hasta que no tengan muchas, no se mudan. —Pues bien —les dije—, este interés les hará quedarse, y yo no tengo qué ofrecerle ya, porque vaya, pues, le he regalado más que lo que por proporción debía darle; y aunque tuviera, no le diera por esa razón, sino por hacerle bien; y hazme el favor de no tocarme más sobre el particular, porque yo trato sólo de lo necesario y útil. Con esta contestación se quedó callado; y yo traté del acomodo de aparejos y cargas, porque el agua arreciaba, el viento aumentaba, y el día se iba oscureciendo.

Para hacer de comer fue necesario poner tasa, y dar ór-

denes estrechas para que a nadie se diese charque, que era lo único que quedaba, sin darme antes parte.

En todo el resto del día no ocurrió otra novedad; sólo el tiempo que cada momento llovía más, y amenazaba durar el temporal: todos nos veíamos mojados, porque si por una parte cubría algún pellejo, por otra el viento no sosegaba, y no era de menos incomodidad el que las velas también se acabaran.

Así como fue de día, y que el 29 no amaneció lloviendo, hice traer la tropa, y mandar a lo de Carripilun a ver si salíamos. Antes de llegar la contestación, vino Ramón a decirme que le mandase decir al capitán que caminase. — Le pregunté, ¿qué tú no te vuelves con él? — Si él no se vuelve, yo sigo. Y le dije: — Pues yo no le mando decir al capitán que no se vuelva; y me dijo: — Señor, los españoles son los que ponen así a los indios: ellos son unos pobres ignorantes, y les dicen que te digan que no quieren seguir; les ponderan que son muy grandes ellos, y por eso están así los indios. Le contesté: — Así será; y por ahora no te hago decir qué españoles son éstos, por no poner en ardor a Carripilun y al capitán. Pero te aseguro, que la primera novedad que vuelva a originarse, yo la averiguaré y sabré castigar al español como merezca. En esto llegó la noticia que los indios estaban ensillando, y al poco rato llegaron todos sumamente agradosos, especialmente Carripilun y el capitán.

JORNADA XLVI

Desde la laguna de Chicalco a la Ramada

(Junio 29 de 1806)

A las nueve y tres cuartos salimos del alojamiento, con toda la comitiva de indios, que eran cuarenta y tres, y más de ciento cincuenta animales que traían, siendo la mayor parte, de personas como de caballos, la de Puelmanc. Al cuarto de hora que anduvimos, hicimos suspensión de una hora, porque se pusiesen a corretear yeguas, que pasarían de quinientas las que se pusieron a la vista: apresaron tres, y a las doce en punto proseguimos caminando por el mismo rumbo del noreste, cuarta al norte. A la legua pasamos por una laguna de agua dulce y bien grande; estaba cubierta de cisnes, que pasarían de mil; de muchísimos flamencos en la orilla, y algunos pingüinos, ave de muy buen gusto, y muchos patos.

Continuamos marchando sin mudar nuestra dirección, y a las dos estuvimos en el lugar de la Ramada, que es conocido por una corta mancha de chicales que hay, y hacia el sur de ella, uno solo y varios arbustillos, y hacia el noreste otro. También hay agua en una lagunilla, pero del tiempo. El nombre de la Ramada tiene su origen, de

que los españoles tuvieron en este sitio una ramada, andando persiguiendo a los indios.

Todo el campo que hemos andado, es muy poblado de pastos, de tierras muy a propósito para toda clase de animales, y mejor para crianza de animales de todas especies, por las aguas, pastos y piso muy enjuto.

La jornada se hizo tan corta de sólo dos leguas y nueve cuabras, por secarnos: pues así los indios, como nosotros, hemos venido mojados, y a la una poco más, se empezó a despejar el cielo, y a verse el sol, que no fue posible perderlo.

JORNADA XLVII

Desde la Ramada a Chipaylauquen

(Junio 30 de 1806)

La compostura del tiempo sólo fue desde la hora citada hasta medianoche: amaneció el día oscurísimo y chispeando: pero aun con todo, quiso nuestra fortuna que Carripilun, al aclarar, vino a mi tienda, y me dijo que habíamos de caminar: acepté su propuesta con gusto, juzgando más tolerable andar lloviendo, que llegar al tiempo de no tener qué comer. Hice en el momento que viniese la tropa, y se aprontase; pero como me era preciso esperar el que se juntasen las caballerías de los indios, lo que no se consiguió hasta las ocho y media. A esa misma hora caminamos al noreste, cuarta al este, por igual clase de terreno, muy pastoso, sin leña alguna, y de un panizo propio para toda clase de sementeras.

Poco más de una legua habíamos caminado, cuando se divisó hacia el este una manada de yeguas, que pasaría de mil quinientas, y otra al norte mucho mayor. Se desparramaron los indios como han acostumbrado en tales encuentros, y en el término de media hora que nos demoramos, cada parcialidad tomó una, y mancornándolas con bestias mansas, seguimos caminando hasta las dos y

diez minutos, que llegamos al lugar de Naguelcó; que es un corral que forman dos lagunas. Entramos por un abra de bastante extensión, y tomando al sur-sudeste, para salir por otra igual, a los veinte minutos alojamos a las dos y media de la tarde, con cinco leguas y media andadas, en la orilla de dicha laguna, que es de agua dulce. El nombre de Chipay-leuquen, que quiere decir *pasto grande*, en lengua de estos naturales, es originado de que en este lugar hay unos matorrales de yerbas parecidas a nuestros lirios, en los que habitan muchos tigres, y debe haberlos aquí, pues cuando pasábamos entre unas pajas, se vio uno que lo hice dejar quieto, porque ya el agua nos venía rociando.

Aún no nos habíamos acomodado, cuando empezó a llover, pero tan fuerte, que los aguaceros chilenos son lloviznas para éstos. Allá me aseguraban que en estos tiempos, por estas pampas sólo caían unas rociadas como neblinas: pero lo cierto es que, así como yo experimenté que las carpas no resistían el agua, compré en la primera oportunidad, doce cueros de caballos, que los hice coser para cubrir mi tienda: pero aún éstos pasan, y muy pocas partes son las que se han reservado sin empaparse, si no ha sido lo que he cubierto con el capingo de barragán que traigo.

En mi vida he visto más patos juntos, que los que llamamos en estas lagunas esta tarde. Estaban sus aguas cubiertas de ellos, y tuve mucho gusto de verlos, esperando en que se proveería la despensa; pero no fue así, porque apenas me vieron acercar, que todos se volaron. No obstante, trece perdices venían ya, y siendo muchas las que hay por estos campos, no perdí las esperanzas de tener víveres de sobra.

Toda la noche ha llovido con un continuo tesón, y ama-

neció hoy lloviendo con igual fuerza; pero a las ocho y media escampó, y vino Carripilun y otros indios a ver si me animaba a salir. Les contesté que estaba muy pronto, y empezando a disponer los aparejos y cargas que estaban amontonadas, por favorecerlas del agua.

JORNADA XLVIII

Desde Chipaylauquen a Chadilauquen

(Julio 1 de 1806)

A las once y media estuvimos a caballo, y tomando al sur-sudeste, dejando a uno y otro costado lagunas, caminamos por la ribera, de la que teníamos en el alojamiento al este diez cuadras, hasta empezar a descabezarla. Desde este punto tomamos al noreste, cuarta al norte, por la orilla de la misma laguna, y caminando ocho cuadras nos separamos de ella, y a las dieciséis cuadras más, llegamos a la ribera del norte de otra que era salada, tan grande que no se le columbraba el fin de largo. Seguimos el rumbo por bañado, y dejando al oeste y al este otras varias lagunas, hasta haber andado tres horas y media, y columbrado al este una laguna casi redonda, que tendrá muy cerca de legua de circunferencia, también salada, mudando el rumbo al noreste, por él llegamos cerca de otra que mirábamos al sur, en donde alojamos a las cuatro de la tarde, con cuatro leguas y media andadas.

Todo el camino ha sido delicioso por el plan tan lleno de lagunas, y éstas tan pobladas de cisnes, coscorobas, flamencos y muchísimos patos. No puede darse mejor lugar para criar animales, pues todos los terrenos son

sumamente pastosos, y, como he dicho, abundantes de aguadas; porque apenas se andaría algún espacio en que por una y otra parte del camino no se viese agua dulce, además de las saladas, por cuya razón se llama Chadilauquen todo el lugar. También hay aquí al norte otra laguna dulce, y en este mismo punto otra, de cuya agua muy buena hemos bebido.

El tiempo siguió mejorándose, luego que montamos a caballo, y aunque en el resto del día tuvo sus variaciones, desde que cerró la noche, se puso el cielo limpio, que ya nos prometía bonanza. No nos era poco consuelo, pero fue por muy poco tiempo; pues a las dos de la mañana empezó a tronar al sudeste, a levantarse huracanes, y desparramarse agua como a puñados. La primera bonanza nos puso en descuido, y así nos empapamos muy bien: este aguacero duró hasta las seis de la mañana, que empezó a correr sur, y se limpió el cielo.

JORNADA XLIX

Desde Chadilauquen al Sauce

A las nueve y media de la mañana salimos por el rumbo noreste, cuarta al este, por planes enjutos y muy pastosos. A las doce cuadras divisamos al lado del sur otra laguna, y al norte otra, que tienen su comunicación por un bajo de media cuadra de ancho, por el que atravesamos. Pasado este lugar columbramos hacia nuestro rumbo una humareda, que dijeron los indios debía ser señal que en la laguna del Toro Muerto estarían los españoles, que allí debían esperar con la prorrata. La necesidad que traía de ella, lo escaso de víveres, y estarme los indios con la majadería que les diese ya la una cosa, ya la otra, que no tenía; y el verme más de dos meses entre estos bárbaros, que creyendo los vaticinios de sus adivinas, obedecen a éstas como infalibles protectoras de su nación, expuesto que de uno a otro momento inventasen que debíamos ser asolados, porque de nuestra venida se seguiría la perdición de ellos, como no faltaban quienes lo dijese, me hizo complacerme ver el signo. Todos los indios tomaron la delantera hacia el humo con tal viveza, que al poco rato ya no tuvimos otro objeto que nos guiase, que la misma humareda. Caminamos siempre, dejando a una y otra

parte lagunas grandes y medianas: pero a las cuatro leguas pasamos por la ribera del norte de una muy hermosa, y cerca de ella hay sus saucesitos particulares, por ser los únicos árboles que se divisan en todas estas llanuras. En todo el camino no vi mayor abundancia de pastos que los de hoy, ni tropas mayores de yeguas, que las que a una parte y otra de nuestra dirección columbrábamos. Proseguimos caminando, y a las dos y media de la tarde llegamos a otra orilla de laguna dulce, en la que encontramos alojados a los indios, que me dijeron se habían perdido por dirigirse al humo, que todavía lo mirábamos más de dos leguas de distancia, y que no sabían dónde se hallaban: pero que la laguna del Toro Muerto ya estaba atrás, y que habían mandado al cautivo Ramón para que viese si estaba allí la prorrata. Contesté que estaba muy bien; que les prevenía sólo que cuatro mulas y un caballo habían quedado cansados, que sería bueno pasar un día por no perder estos animales, y no se acabasen de cansar todos los demás. Carripilun y los otros caciques convinieron en la parada, porque ellos tenían también que secarse.

Al poco rato llegó Ramón diciendo, que no había encontrado la prorrata. Le pregunté, que si era él práctico de este lugar. —Y respondió que mucho, porque siempre andaba en potreadas por aquí, adonde concurren muchas yeguas, por las aguas. Le pregunté, que como se llamaba. —Y me contestó que el Sauce; y así se llaman todos estos contornos, por los sauces que hay a la ribera de las antecedentes lagunas. —Pregunté si estábamos muy perdidos y no me dijo que no, y que antes habían cortado más derecho.

Pregunté, que qué distancia hay a la laguna del Toro Muerto, por donde debíamos haber pasado. —Respondió

que de la laguna del Sauce poco más adelante, a una vista del rumbo que traíamos, la dejamos. Cerrada la noche se fue limpiando de tal modo el cielo, que al poco rato estuvo enteramente despejado y claro; tanto, que a las ocho de la noche ya estaban blancos los campos.

Amaneció un día de primavera, y al poco rato estuvieron todos los caciques a verme. Yo me hallaba acometido de un terrible resfriado, y me había quedado ya vestido en la cama; pero desde que los sentí, me puse en pie, y salí a hablarles. Empezaron a ponderar la hermosura del día, y al último me dijo Carripilun que si quería caminar. —Le contesté, que mi voluntad estaba dispuesta para todo, que si quería salir él, yo le seguiría muy pronto, y si se quería quedar, también me estaría aquí; que ya habría conocido en mí un náimo dispuesto para todo. —Dijo que así era, y le prometí que aun no me conocía todavía, y por mí podría regular lo que eran los españoles; que aunque no pasaban las vidas tan acostumbradas a las intemperies; pero cuando les eran precisas, se hacían tan amigos con ellas, que no sabían extrañarlas. Luego vi un humo hacia el rumbo de nuestra derrota, y les dije: —Aquel humo es mucho más acá del que ayer vimos. Confesaron que así era, y que podrían ser españoles, y diciéndoles que fuese uno, montó a caballo el capitán de Carripilun, y tiró para el fuego.

Yo hice también prender en el campo, y a eso de la hora y media, llegó el dragón que mandé a Melincué, con la prorrata que pedí, que fueron treinta y siete bestias para cargas y comitiva. El comandante de aquel fuerte, que se titula don Manuel Marin, me escribe con fecha 30 de junio; que la prorrata me la ha remitido con seis milicianos, quienes han pasado los mismos temporales que nosotros, y me han prometido, que pasado mañana estare-

mos en Melincué, pues dos días de camino sólo hay, aunque ellos salieron el último del pasado. Al poco rato se pusieron a la vista muchas yeguas: montaron a caballo algunos indios, y cuatro españoles de los de Melincué, y en menos de media hora pillaron diez.

JORNADA L

Desde el Sauce a Siete Árboles

(Julio 4 de 1806)

Aunque la mayor parte de la noche, hacia el día hubo viento norte, muy fuerte y destemplado, no acobardó a mi gente, como antes solía, con el deseo de caminar, y acercarse a tierras de españoles. El constipado que yo tuve se me pasó a un fuerte reumatismo; pero tampoco hice caso de él, así a mis horas acostumbradas estuve en pie. Al amanecer pedí las caballerías de prorratas, pero siendo muy lobaras no fue posible disponernos al estado de caminar hasta las nueve, en que montamos a caballo. Los indios tomaron la delantera, como siempre; yo con mi tropa de mulas y caballos, me les seguí continuando el rumbo noreste, cuarta al norte, y la caravana a mi siga. A la media hora que habíamos andado, vi parar la tropa, y al instante vino el capataz a decirme, que el dragón Contreras se había quebrado una pierna. Preguntádole que cómo me respondió, que el caballo había metido una mano en la cueva de una marra, o vizcacha, y había caído y le aplastó la pierna. Fui inmediatamente a verlo, y encontré ser cierta la quebradura en la canilla, cerca del tobillo de la derecha. Hice despedazar un cajón en que vinieron

velas, y del modo posible se le entablilló, y volviéndolo al caballo dejé al dragón Baeza, y a un arriero con él, para que lo trajesen muy despacio; y caminó la caravana al paso acostumbrado.

En estos campos no hay riesgo más próximo que el trastornarse con el caballo, pues habiendo muchísimas marras, vizcachas, quirquinchos, maticos, mulitas, chinkes y otros animalillos, que todos minan las tierras para formar sus habitaciones, y las bocas están confundidas con el mucho pasto, a cada hora pega uno tres, cuatro o más rodadas, como que muchas he visto dar a los corredores de yeguas, y quiso la casualidad que Contreras fuese el lastimado, siendo un mozo ágil y de buena voluntad que me hará muchísima falta.

Continuando, pues, la marcha por campos llenos, a una y otra parte de nuestra derrota, de lagunas muy grandes, perpetuas, y otras menores, y de muchísimos pastos, a las tres de la tarde estuvimos en un sitio que estaba rodeado de tres lagunas permanentes, en el que vine a encontrar a los indios alojados, y también yo me alojé con mi gente. Luego vino Carripilun a decirme esperaba un amigo de Melincué que venía a encontrarlo. Le pregunté, que cómo se llamaba, y me respondió que sólo lo conocía por el teniente Curau. Le dije, que me alegraba que tuviese tan pronto el gusto de ver a su amigo; y estando en esto, ya se divisó y fue a recibirlo. El amigo le trajo su obsequio de pan y aguardiente, y no fue tan pronto en apearse, como en darlo. La mujer de Carripilun me trajo dos panes, y al poco rato se empezó a sentir el efecto del aguardiente, pues se armó una gritería entre todos los caciques, y algunos indios, que pensé no dejase de tener algunas resultas. En fin tarde de la noche se sosegaron.

Poco ha que estaban callados, y se me aparecieron a mi

toldo Manquel y Manquelipi casi embriagados, y el primero me dije: —Tú eres nuestro padre, y nuestro bienhechor: ya estamos cerca de los españoles, que, con el favor de Dios, pisaremos mañana sus tierras; tu lado será nuestra defensa, pues estos indios ranquelinos tendrán por aquí amistades y se embriagarán todos los días. Han sido nuestros enemigos, y la bebida refresca los agravios: pudiéramos tener algún pleito, y así te pido dos soldados, para que estando enfermos me déis a fin de que os sujeten. Le contesté: —Manquel, dices bien, y desde ahora empezarás o conocer de nuevo el que os estimo como debo, y agradezco tu fineza de acompañarme, y la de tus compañeros. Mi lado lo tienes seguro, y te encargo no te apartes, pues, de mí; con eso te privas también de beber. Tú estás criado en Chile, donde el aguardiente es veneno; vuestra naturaleza no puede connaturalizarse tan pronto con este temperamento, al que vas entrando, y a más de los muchos males que ocasiona la bebida sin moderación, pudiera la del aguardiente ocasionarte una enfermedad de que quizá no escaparías. También privado, te pones pesado en tus expresiones, y ese espíritu que tienes se te aumenta con la embriaguez, y pudieras acordarte de cosas pasadas, que tú mismo andas borrando con los pasos y trabajos que conmigo has pasado. Así te suplico y te ruego a ti, y a mis demás peguenches, que no sean pronto en tomar; que llegando a algún lugar seguro donde puedan ponerse con separación, ya entonces beberán vino, o lo que quieran. —Respondió, dándome las gracias. Me preguntó por el dragón enfermo, lloró por el trabajo del compañero, acordándose, que él lo acompañó desde la cordillera a Peulec: fue al toldo a visitarlo, y le dejó un poncho con que venía embozado, para que se cubriese.

Visto el indio en el estado que estaba, no era posible

creer pudiese hablar, cuanto más hacer éstos discursos: pero es constante que estas naciones en sus borracheras, es cuando aprenden a proferir las oraciones que elocuentemente hacen, y así en ellas no hay chico que no se lleve hablando de hazañas, de trabajos, de tierras, de amigos, de enemigos y de los modos de vengarse; y quitándoles esta especialidad, en todo lo demás son unos salvajes, como tengo dicho en el tratado de costumbres.

JORNADA LI

Desde Siete Árboles, al fuerte de Melincué

(Julio 5 de 1806)

Así como salió el sol hice ensillar un caballo de mi silla con el avío del dragón Contreras, y mandé al dragón Baeza, y a un criado de mi mayor satisfacción, se aprontasen para caminar delante con el enfermo. Ya que estuvieron dispuestos, hice lo acomodasen proporcionándole el posible alivio, que marchasen con un práctico de los que vinieron con la prorrata; y siguiéndoles nosotros, a las nueve de la mañana, tomando al rumbo del noreste, a la media legua pasamos por la cabeza del sur de una laguna dulce y estable, y a la legua más, por entre dos de la misma especie, que las divide una lomilla, como de una cuadra y media de atraveso, continuamos marchando; y a las dos leguas, dejamos otra al norte, y siendo los planos enjutos, y muy pastosos, demuestran su fertilidad, por cualquier parte que la vista se extienda, aunque muy fríos por las frecuentes aguadas.

Siguiendo el rumbo, trascendiendo por entre una laguna del tiempo, llegamos al camino real que va para Men-

doza por los fuertes; caminamos por él, cosa de una legua, y dejándolo al sur enderezamos para el fuerte de Melincué. En una altura me esperaba Carripilun y los demás indios, para entrar al pueblo juntos. Ahí saludé al teniente don Pedro Jurau, y aunque ya me había hecho concepto de ser hombre ordinario, pues llegando a mis toldos no tuvo la atención de pasarme a saludar, y haber sabido que, sentado con las piernas amujeradas, había pasado la noche entre la borrachera de los indios; luego que lo vi me ratifiqué en mi idea, y adelanté el discurso, que cuando de él se había echado mano para teniente, cual sería la población y vecindario de Melincué, máxime habiendo sabido ahí mismo, que le prometió a Carripilum que su excelencia lo esperaba con el coche pronto a este cacique, para que entrase a Buenos Aires. Estos españoles, que con ofertas de este jaez tratan de la amistad de algún indio, es regularmente porque tienen que conseguir algún favor con nuestros superiores, y sus empeños se dirigen para amparar facciosos, foragidos y bandidos, o solicitar algunas incumbencias, para, en uso de sus facultades, cometer delitos enormísimos. Cansado estoy de experimentar iguales casos en nuestras fronteras; y allí, con la misma experiencia, tanto juicio se les hace a los indios de sus empeños, como si no los hicieran, ni ellos forman sentimientos de no conseguirlos, porque aprecian a estos amigos mientras les dan con qué embriagarse, y nada más.

En fin, continuando la dirección, empezamos a descender a un plan o bajo, que su panizo promete bastante fecundidad, y en él está situado el pueblo y fuerte de Melincué. Entré a él a las dos de la tarde, con toda mi comitiva, y siendo guiado por el cabo referido Ramón Machuca, que ya el teniente se había separado sin despedirse, llegamos a la puerta principal del fuerte, donde estaba

el comandante don Manuel Marin: nos saludamos, y nos introdujo a su habitación, en la que entraron todos los caciques e indios que cupieron. Le di a conocer a Carripilun, a Manquel, Puelmanc, Manquelipi, Payllacura y los demás, haciéndole una sucinta descripción de los méritos de cada uno, hizo hacer una salva en obsequio de Carripilun, que la recibió con entero gusto, asegurándole que el corazón no le cabía de contento, con aquellos tiros, que le habían demostrado el gusto que habría tenido de conocerlo. El comandante le prometió que así había sido, y cualesquiera otras proporciones y facultades que hubiese tenido, las hubiera empleado en obsequiarlo, por tener noticias de su buen corazón, y de las bellas acciones que había obrado con muchos españoles, y por ser un gobernador de todos estos terrenos de Mamilmapú; que podía estar seguro, que en todos los siguientes fuertes, harían de su persona igual aprecio, y el señor virrey sabría dispensarle los mayores obsequios de su paternal amor; pues sabía que deseaba conocerlo. La arenga fue contestada, y le mandó sacar su buena copa de aguardiente, que se fueron repitiendo a todos los demás. En este estado yo llice presente al comandante, salía a hacer poner mis carpas, y acomodar mi alojamiento. Él me ofertó su casa y fuerte, y dándole las gracias elegí acomodarme en un sitio desembarazado, menos de media cuadra de distancia al oeste-sudoeste del fuerte.

Como los indios, empezando a beber, no se satisfacen hasta que se duermen, iban consumiendo copas unas tras otras, y mientras más embriagados, más querían. Ya fueron algunos privándose, ya manoteaban, ya gritaban, ya empujaban al comandante, y ya se excedían en sus acciones; en fin el capitán Jara los fue sacando, y quedó al cerrar la noche, en aptitud de poder cerrar su puerta, a

tiempo que yo entraba al fuerte por huir de las majaderías, necias peticiones, y quejas que ya también me empezaban. Nos juntamos, y anduvimos entre ocultos de ellos hasta que se durmieron. Le supliqué que al siguiente día no les diese que beber, o porque podrían enfermarse, o porque tendría demora y más gastos, y que me hiciese traer dos vacas, para repartirles de prorrata. Me contestó, que no les daría más aguardiente, que me haría traer las vacas, pero no de prorrata, sino por su precio, pues no tenía ramo ni asignación de que pagarlas. Convine en satisfacerlas, pues me veía precisado a darles bastimento a toda mi comitiva, de que algunos días carecía, y tratando algún rato más de varios asuntos, nos separamos a nuestra estancia.

El 6, bien temprano, di vuelta a toda la población por su circunferencia. El costado del noreste, este y sudeste, lo forma una vistosa laguna que tendrá de circuito tres leguas, más que menos: sus aguas son turbias, y hace sus oleadas según el aire. Por los demás costados la llanura es imponderable, pastosa, y sin más leña que unas matas de conchiles, yerba gruesa, o arbustillo muy mediano, y espinoso. Su situación es pésima, porque estando en el plan con muy corta más altura que la laguna, que recibe las aguas de las lomas, y las que en su extensión deben caerle en las lluvias, está expuesta a una inundación general que la asolará de una en otra hora.

Según el comandante me ha dado razón, ya han quedado algunas casas anegadas muchas veces; y lo demuestran, pues siendo sus paredes de adobe de barro, todas están por los cimientos excavadas, derrumbadas, y como cosa de una vara de la base, sumamente húmedas.

Las calles están delineadas de oeste a este; el fuerte está a la misma ribera de la laguna, y por ella todo demo-

lido, arruinado, y en estado de experimentar su total destrucción. Ya no queda otra pieza, que la de habitación del comandante, y ella está al caerse, pues la humedad la tiene por los cimientos minada. Tiene de resguardo un foso que está lleno de agua, de la que entra de la misma laguna, y así en partes cegado, y sin ninguna defensa. También padeció este fuerte el 23 de junio del año pasado el estrago de que una centella incendió el almacén de pólvora, con cuyo efecto ya puede considerarse el estado en que quedaría.

Hay una capilla de tejas y adobe, calle por medio al oeste del fuerte. Para el lugar sería muy buena, si no estuviera también desmoronada por los cimientos. Su longitud es de sur a norte, y la puerta la tiene a este viento, que hace frente a un sitio desocupado, que deberá ser la plaza.

Todo lo demás del pueblo se reduce a 18 ranchos dispersos y mal formados; todos denotan la calidad de sus dueños, y sus pocas comodidades.

El comandante me ha parecido un hombre de demasiada instrucción para el destino, bastante religioso, y de buen talento, y lo demás de la gente por el contrario, a excepción del cabo citado, que procura desempeñar las funciones del servicio con honor y puntualidad.

Por esta razón he hecho hoy llevar el enfermo a casa de él: se lo he recomendado, y a su mujer le he dado cuatro pesos para su curación, y al comandante le he suplicado, lo atienda y socorra, quedando yo obligado a satisfacer los gastos que originen.

A las diez de la mañana poco más, el capellán me mandó recado, y un obsequio de unos zapallos que se los estimé. Se tocó a misa, como que era domingo: fui a oírla, pasando antes a saludar al referido capellán, que es un

religioso Francisco, del convento de Córdoba, llamado fray Carlos Barzola.

Después estuvo a visitarme: es muy afable. Me hizo presente residía en las chacras, receloso de que su pieza le viniese encima, por lo derrumbado de las paredes de la casa con la humedad, y por lo muy frío de este temperamento que lo enfermaba. Quedé contento con sus modales y conversación, y al poco rato que salió, vino el dragón Baeza, que había estado en lo del teniente Jurau, a ver a Carripilun que allí se alojó, y me dijo que había encontrado a un blandengue, que decía habían ganado los ingleses a Buenos Aires, con otros agregados necios para un hombre sensato, que lo hice callar. Me fui para lo del comandante hasta hora de comer, que volví a mi carpa.

A eso de las cuatro de la tarde, llegó un miliciano a lo del comandante, diciendo que en su casa dejaba dos blandengues, que venían de Buenos Aires, diciendo que el señor virrey se había marchado para Córdoba, porque la capital estaba ya poseída de ingleses. Dio orden para que fuesen los milicianos a traerlos, y verificándolo, los examinó con separación, cuyas exposiciones fueron éstas: —Que se llamaba José Manuel Gallardo, de la Punta, y estaba sirviendo al rey, al mando del capitán Domínguez, en el lugar de la Ensenada. Que el 25 de junio último se presentó a aquella costa una escuadra inglesa de nueve embarcaciones, que solicitaron desembarcarse por cuatro lanchas, y habiéndose formado la tropa en la playa se retiraron. Que subió la escuadra para los Quilmes, en cuyo lugar en la noche desembarcaron. Que el 26, en una loma contigua del mismo nombre, les presentaron batalla las tropas españolas de caballería, y luego que se acercó al enemigo, abandonaron el puesto a toda carrera, caminan-

do para el puente. Que el enemigo le siguió, pero como iba a pie, hubo tiempo para que el puente se incendiase, antes de que pudiese pasar, y en este estado cerró la noche. Que al otro día, por cuerdas, lanchas y a nado, se pasaron los ingleses a esta banda, y de allí que habría alguna disposición por parte de nuestros jefes, tiraron a son de su música por la ciudad, sin el menor impedimento, que los oficiales y soldados de todas tropas han tomado su derrota para donde han gustado, sin el menor impedimento, y que esto mismo saben, han visto y experimentado los soldados, Cristóbal Miranda y Faustino Suárez. Que también oyeron que el señor virrey se marchó, luego que se internaron los ingleses en la ciudad, para la de Córdoba. Que los caudales los sacaron para Luján, y de allí vinieron a revolverlos los ingleses, y otras cosas menos sustanciales que en todo convinieron los tres.

Aun con toda esta relación, conforme la común voz y la asentación que hizo un blandengue, que al poco tiempo llegó del fortín de Rojas, añadiendo que allí había llegado anoche un sobrino del señor virrey, con cinco oficiales, no podía convencerme para creerle. El comandante determinó mandar un chasque o correo al día siguiente, y le supliqué, me hiciese el favor de avisarme su salida, para escribir a aquel comandante, noticiándole de mi llegada, a fin de que me diese una individual noticia de lo acaecido, para resolverme a determinar lo más conveniente sobre mi expedición.

Ya es de suponer la confusión en que me vería: hecho cargo de una parcialidad de indios, tener que mantenerlos, y una larga comitiva sin caballerías, ni otros auxilios, en tierras extrañas, y con mis intereses perdidos en Buenos Aires, que tenía adelantados, por no traerlos con el

riesgo de indios, con los que contaba para mi subsistencia y regreso.

Ya desechando estos cuidados, ya meditando en los arbitrios de que me debía valer, y siempre firme en continuar, hasta lo del señor virrey, me acosté. Poco duró mi quietud, pues el tiempo que estaba descompuesto, paró en disformes truenos, y en correr con un fortísimo sudor, tan espesos meteoros de agua, que al poco rato descargando me hicieron salir con mi cama, a meterme en un rancho vacío, que aunque estaba anegado, y con el caballete, o cumbrera destapada, era palacio para el estado de mi antecedente habitación. Allí pasé el resto de la noche, hasta el venir el día, que ya entonces pudieron cubrirse las goteras, y portillos con las pieles de caballos, que se cubría la carpa. El día continuó penoso hasta las dos de la tarde siempre lloviendo, y para adelante se compuso para caer tan copiosa helada, que pocas veces la vi mayor. El 7 bien temprano, escribí al señor don Manuel Martínez, comandante de Rojas; y habiéndolo hecho también al comandante, dándole razón de las noticias que había adquirido, y de que ya he hecho mención, mandó a un miliciano.

Mis indios, por lo esparcido que estaba la perdición de la capital, adquirieron algunas noticias de las que me dieron aviso, consultándome si regresarían. Les hice ver cuánto faltaba para dar crédito a los que debían venir fugitivos, porque no traían pasaporte, y no se había comunicado a estas guardias ninguna orden, como se debía hacer en tal caso, dando las disposiciones convenientes para su seguridad, retirar víveres etc. Que teniendo la noticia cierta, que deberíamos esperar dentro de dos días, en contestación de las cartas que hoy había conducido el chasque para Rojas, sería yo el que les comunicaría cuanto hubiese

de nuevo, y el que les aconsejaría qué debían hacer; pero no dejaba de prevenirles que no siendo imposible el que los ingleses hubiesen ganado la ciudad, era ésta la mejor ocasión en que debían ofrecer al señor virrey sus fuerzas, en prueba de la buena amistad y unión que tenían pactada conmigo. Que así serían conocidas su fidelidad y gratitud al soberano que los ha solicitado en su propia tierra y casas; que así se harían más dignos de su real amor, y así lo obligarían a que los premiase con las manos abiertas, como ellos dicen. Más que debiéndose extender las ansias de los ingleses a sus terrenos, también les harían conocer de una vez su esfuerzo, valor e industrias militares de que son bien instruidos, para hacerles entender que en ellos jamás encontrarán hospitalidad ni alianzas, respecto a que se han introducido en contra de sus amigos, y españoles compatriotas.

Respondieron, que decía muy bien, pero que debía hacerme cargo que el socorro, prorratas y víveres de que necesitaban, para conducirse hasta la presencia del señor virrey, no les debía faltar como necesario, y que sabiéndose la existencia de su excelencia, desde luego se resolverían a lo que yo hallase por conveniente, ciertos de que no había de aconsejarles cosa que no les conviniese, debiéndolos mirar como padre.

Así prometí hacerlo, y ponderándole el estado de las noticias tan diferentes, como el número de los individuos que las daban, y que hasta ahora ni una letra de oficio había llegado a este fuerte, avisando la introducción de los enemigos, no podíamos dar asenso a ninguna de ellas: se retiraron.

El 8, ensillando caballo, acompañándome del intérprete Montoya y del dragón Baeza, me fui para lo del teniente Jurau, en donde estaba Carripilun. Le manifesté cuánto

me alegraba de verlo, y de que no tuviese novedad: le pregunté que si ya tenía alguna noticia de las que corrían, sobre la pérdida de Buenos Aires. —Me hizo relación de todas ellas, como que los primeros, segundos y demás que han venido, pasaron por allí. Le hice muchas reflexiones, para que no creyese. —Me contestó, que cómo no había de creer cuando había hablado con soldados que se habían hallado en el combate. —Le pregunté que cómo aseguraba que se habían hallado, que si él los había visto allí; y en fin convenciéndolo, y a Jurau que debía haberlo imbuido, y por consiguiente seguir instruyéndolo, le repetí la relación que ayer hice a los demás caciques. —Me contestó, que pensaba regresarse por mañana a sus terrenos; pero que supuesto esperaba noticia cierta de Rojas, se esperaba él también, para que con conocimiento del estado de las cosas, resolviese lo que juzgase oportuno, y que a todo estaba pronto como siempre. Concluída mi visita regresé al fuerte, comí pronto, y dediqué la tarde, para ir a lo del padre capellán, que vive en su chacra, y por último despidiéndome, quiso acompañarme hasta el fuerte, en donde me separé de él llegando a la capilla.

Volví a mi estancia, y apenas había puéstome a escribir, cuando llegó Carripilun tan borracho, que no podía sujetarse. Ya me fue preciso entretenerme en contenerlo, cuyo ejercicio me duró hasta las nueve de la noche, en las que se quedó dormido.

Poco después vino un blandengue, diciendo que había servido de artillero en el combate con los ingleses; que era cierto y verdadero que los ingleses estaban posesionados de la ciudad, y también que por mañana debería pasar para Córdoba por este fuerte, don Manuel Martínez, comandante de Rojas. Ya éste, y 19 más soldados que venían con él, corrieron que no había ya comandantes, que no

había sujeción; y mandándole el comandante que se esperase hasta tener noticia cierta, contestó, que sujetase a todos sus compañeros, y se estaría él, y de que no se iba. Llamó a la guardia el comandante y ya no encontró a ningún miliciano, ni a los que anteriormente tenía arrestados.

Aún no había querido jamás considerarme en este estado, de que me faltasen los auxilios, y confieso que el corazón no me cupo en el pecho, según se me acrecentó el espíritu contra el abandono e insubordinación. Salí de lo del comandante, y llamé a mi capataz. Le ordené que todas mis bestias fuese a buscarlas, y se encerrasen al corral, pues los desertores podrían llevarlas, haciéndole ver que el mayor trabajo nuestro sería vernos sin caballerías. A las doce de la noche sólo se consiguió recogerlas, y hasta entonces tuvo sosiego mi alma. Me destiné al reposo; pero debo decir al desasosiego, porque poco tardó Carripilun en recordar, empezar a romancear, a pedir aguardiente, a pedir caldo y otras veces agua. En esta tarea se pasó la noche, y al venir el día ya estuvo con la cabeza descargada para que pudiese retirarse a su estancia.

El 9 por la mañana, repitieron pasando soldados blandengues, que todos confirmaban la pérdida de Buenos Aires; y añadiendo que ya no había rey, ni jefes. Se puso tan insolente este pueblo, que ya ninguno quería obedecer al comandante. Ya me fue preciso creer en la desgracia, porque informándome que toda la tropa era patricia, y de la misma clase de la que iba conociendo, ¡cómo podría dirigirse, ni defenderse con milicias sin subordinación! No cabe en los límites del atrevimiento, la osadía de estos habitantes; y el temor de las balas los precipitaría al abandono, sin que bastase el honor de sus jefes para reprimir-

los, ni el mayor empeño, actividad, industrias y desvelos del señor virrey.

En el resto del día me entretuve con mis indios, haciéndoles entender que iba adquiriendo fundamentos para creer por verdadero lo que se contaba de nuestra capital, que bien podrían considerar cuál se hallaría mi espíritu, y cuál podría ser mi confusión. Que por una parte se me anunciaba la separación de ellos, que me habían acompañado, y sabido estimar hasta hacerse merecedores de mi voluntad, cariño y amistad; por otra, ver separado al señor virrey de su residencia, y con asuntos tan interesantes y arduos, a que debería atender en el día para reparar la pérdida; pues su salida debería haber sido con el objeto de no perder las provincias internas: porque debiéndole ser forzoso entrar en capitulaciones con los enemigos, siendo el gobernador de la ciudad y de todas estas jurisdicciones, entregando la ciudad, le hubieran también exigido por las provincias; y dejando, como dejaría a otro el mando del fuerte, éste no podía hacer más, que disponer de aquello que mandaba, y así quedaban nuestros estos campos, fuertes, ciudades, pueblos etc.; con cuyo partido deberá pensar en reformarse, uniendo las gentes, y reuniendo las tropas; que también arbitrara otros esfuerzos para invadir a los enemigos, sitiar la ciudad, y botarlos de ella; y en fin, que pocos tiempos pasaríamos sin que supiésemos con especialidad las circunstancias y pasos sucedidos; pues era imposible que su excelencia dejase de haber dado algunas providencias para estos campos: las que no habrían circulado o por morosidad de los comandantes de los fuertes, o por la falta de auxilios que ha habido. Contestaron que decía muy bien, y que sabiendo lo cierto, y la residencia del señor virrey, estarían dispuestos para hacer lo que les mandasen.

El 10, a las nueve de la mañana, tuvimos en este fuerte una comitiva de oficiales, que seguían para Córdoba, prometiendo que su excelencia estaba allí. Contaron prolijamente su campaña, y toma de Buenos Aires que los ingleses hicieron, asegurando que el número de éstos sería cuando más 1.800, y que el campo se perdió por la desunión y falta de subordinación de las milicias. Poco después llegó el chasque de Rojas, confirmando lo mismo, y una circular del señor virrey, su fecha en Chascomús, frontera de Luján, a 3 de julio, ordenando a todos los comandantes se mantengan y defiendan con honor sus puestos, pues son todas estas provincias del dominio de nuestro católico monarca, por cuya conservación determinó mantenerse en la campaña.

Ya que no hubo duda, miré el semblante de mi situación, y de mi comitiva. Verme forastero con mis conveniencias adelantadas en Buenos Aires y perdidas, sin ser conocido, y que todas las cartas que conducía de recomendación eran para la capital, se me representaron nuevos trabajos, nuevos temores, nuevos padecimientos y haciendo estos entes, se me aparecieron los indios juntos a ver lo que disponía.

Dándoles asiento, les hablé así: —Amigos y compañeros, ya no tenemos que hablar de la pérdida de Buenos Aires, porque es cierta, y sucedió el mismo día del temporal, que nosotros paramos en Chicalco, bebiendo de aquella pésima agua, revuelta y turbia a semejanza de la de avenida. Ya sabéis los estragos que la avenida de un caudaloso río causa, cómo se extiende por los campos, cómo arrasa con haciendas, y cómo todo lo devora y consume: pues sabed que peor es esta nación gananciosa que tenemos al frente, y que la ganancia y la victoria es madre de la superioridad y de la codicia. En fin, tratemos sólo de lo que debemos

hacer en este caso, y debo preveniros. Ya os es constante, soy remitido por el señor capitán general del reino de Chile, para reconocer el camino y campos intermedios desde la Concepción a Buenos Aires, a cuyo efecto me habéis acompañado, que debía venir consiguiendo las voluntades de los indios, para que nos concedieran poder abrir y asegurar un camino por estas tierras vistas, y que hemos transitado; y en fin, que siendo, así como nosotros, hijos del soberano, y queriéndolos no menos por el arbitrio de esta comunicación, ya hacernos unos, ya hacernos iguales, y a que todos seamos sus vasallos, y a que unos a otros nos ayudemos, atendamos y favorezcamos. De todas estas propuestas os he tratado; todo lo habéis admitido, todo aceptado, y principalmente las inviolables paces, que deben ser el fundamento de nuestra amistad. —Respondieron que así era, que así había sido, y que así sería siempre, y que conocían las ventajas que gozarían por nuestra correspondencia.

Seguí diciéndoles: —Ya lo tengo, amigos, creído, y ahora lo creo más, y debéis también creer que estoy precisado, y me es necesario pasar yo a presentarme al señor virrey, para darle cuenta de mi comisión. Me veo sin arbitrios ni facultades, sin conocimientos ni conexiones; pero me queda el buen ánimo, si queréis llegar hasta allí, siempre seré el mismo; pero os advierto que ignoro si su excelencia tendrá lugar en esta época para atenderos, esto es, para regalaros como vois esperabais; también, si con el movimiento general de todos los españoles, podremos lograr de prorratas, y estando tus cabalgaduras tan maltratadas, no es posible emprendamos viaje, contando con ellas. Yo no tengo ya facultades para poder comprar caballerías, sino las precisas para mí, y me viera con el dolor de quereros servir, y no poderlo hacer. Bien me conocéis ya: ya me

habéis experimentado, y no os queda que recelar de lo que os digo. No puedo, amigos, engañaros, me habéis servido y acompañado mucho, ya os quiero más de lo que pensaba, y espero me estiméis os hable con esta claridad: y aun cuando penséis que os hablo así por fines particulares míos (haciéndoos presente que tendría a gloria el llegar con vosotros a lo del señor virrey), mas quiero padecer esa nota, que no te veais después quejosos de mí, porque no os dije cómo podríais verte.

Me respondieron, que se volverían, pues conocían bien que tenía buen corazón, y que les decía lo que podría suceder, que ya sus caballos estaban postrados, y que resolverían volverse con el sentimiento de separarse de mí cuando esperaban no hacerlo hasta ponerme en casa.

Les contesté, que así también lo pensaba yo, pero que ni pendía de ellos esta desgracia, ni de mí; que Dios los había traído y él nos separaba; y aunque el dolor y sentimiento nos era consiguiente, no me era posible el remediarlo y que si mi fortuna quería llegase a presencia de su excelencia los recomendaría a todos según sus méritos. Que tenía presentes sus servicios, que no me olvidaría ni aun de las palabras que a favor nuestro habían vertido, y que todas sus finezas serían premiadas.

Puelmanc se levantó, me abrazó y dijo: —Compañero, todo lo que has querido conseguiste, nosotros te hemos traído: haz presente al señor virrey que nuestras tierras, nuestra amistad y la de todas estas tierras son tuyas. Que repetiré sirviendo al rey, como lo he hecho; que no se olvide de nosotros, ni de nuestros hijos, que nuestras fuerzas son tuyas, así como nos hemos de valer de las de los españoles en cualquier necesidad. Yo hablo por todos, porque conozco el corazón de mis compañeros; tennos lástima siempre, como habéis sabido tomarnos el corazón.

No tuviste novedad, no tuviste desgracia, no te faltó ni un animal, y aunque padeciste mucho, fue con nosotros. —Le prometí que así lo haría, y también en presencia del señor capitán general; y tratándoles de cuando habríamos discurrido habernos separado antes de llegar a Buenos Aires, ni ellos ni yo podíamos contener las lágrimas, en tanto extremo que me fue preciso salirme para afuera, porque ellos tienen a mal dunto el llorar antes de partir.

Uno a uno fueron saliendo, y llegando al poco rato Carripilun, que entró a la casa del comandante, me mandó llamar allí, que estaban todos los oficiales presentes, en cuya presencia me dijo, con su acostumbrada arrogancia. —Hermano, ¿en qué pensáis? ¿Ya es cierto que el señor virrey está en Córdoba? —Le respondí, pienso en pasar a Córdoba, porque es cierto que allí está su excelencia. Prosiguió: —Pues yo de aquí me retiro ya, y dile cómo os recibí en mi casa, que te prometí el camino, la paz, unión y amistad; que tengo ganados los cuatro Butalmapus; que no hay otro nombre como el mío, y que monté a caballo para venir a conocerlo, y por buscarlo como a padre. Que yo no tengo sino una sola palabra, y lo que una vez digo y prometo lo sé cumplir; que yo te traje por aquí y a todos tus caciques, y puede mandar a mi casa cuando guste, que estoy pronto a obedecerle; pero adviértele que me tenga lástima, que soy pobre, que tengo hijos, y que me haga algún obsequio, que de todo necesito y sabré corresponder sus finezas. Que tomé el partido de regresar, porque he sabido esta novedad, y que mis caballos no me aguantarán a volver.

Le dije: —Hermano, nunca pensé, que tú me dejaras antes de tiempo, y escuchadme: Dejo volver a los peguenches, porque viven muy lejos, y porque sus ofertas están recibidas y ratificadas ante nuestros jefes, pero las tuyas, sólo

a mí las has hecho, que necesitas ratificarlas en presencia de su excelencia. No me aparto que eres hombre formal, jefe como dices, y que en todo tiempo sabrás cumplir; pero con todo, el señor virrey tendrá mucho gusto de conocerte, y hacerte entender de todos modos su amistad. Esta me has franqueado, y en ningún tiempo sería más útil al señor virrey que ahora, pues, así como en igual caso él te ayudaría, ahora podréis ofrecérselo. Caballos no te faltarán; tendrás prorratas, y cuando no, yo te daré caballos, aunque te siga como perro a pie, haré esto en gratitud de tus finezas; hazme el gusto de ir conmigo. Tú estás cerca de estas fronteras, pudieran los enemigos quererse internar, y el señor virrey prevenirte algunas advertencias útiles para nuestros dominios y los tuyos; no te acobardes que virrey es allí, y ha de ser en cualquiera de estos terrenos que esté. ¿No ibas a Buenos Aires, que está lejos de este punto como Córdoba? ¿Y por qué no vais a Córdoba, que es igual camino, y el mismo virrey el que está allí? Ea, amigo, ánimate, que encadenaré esta fineza a las otras que te debo.

Contestó, que si le aseguraba que el señor virrey le daba unas estriberas de plata iría. Le respondí, que si el señor virrey no se las daba, yo le daría las mías aunque quedase a pie; y me entregó el bastón en prueba de que me acompañaría. Se despidió para su alojamiento, y yo me puse a escribir para su excelencia, para el señor gobernador intendente de Concepción, y para el señor capitán general, dándoles noticias de estas resoluciones.

El 11 temprano siguieron para Córdoba los oficiales alojados, y los indios peguenches se despidieron de mí, llorando como criaturas. Les di cartas para mis jefes, y les prometí que en llegando a Concepción vendría visitarlos a Antuco, en donde tendrían un buen día con bastante vino y buenos víveres. Respondieron, que hasta entonces

tendrían gusto, y el pobre viejo Manquel me suplicó que desde Mendoza, por Malalque le escribiese, pues allí encontraría indios. Le aseguré que lo verificaría, y dándoles para que comprasen una vaca, les di el último abrazo, y ellos sus agradecimientos.

Al comandante le pedí prorratas, para caminar al siguiente día: puso dificultad, porque todo el vecindario estaba irreducible; y prometiéndome que haría lo posible, hizo salir a buscar, y se recogieron algunos caballos mancos y estropeados, peores que los que me fueron a encontrar.

El 12 amaneció al llover, y pareciendo a las ocho que abriría el día, mandé la prorrata a lo de Carripilun, con orden que fuese antes un mensajero a saludarlo, y a preguntarle que si le parecía, caminaríamos. Al salir el chasque, llegó su yerno a decirme, que decía su suegro, que era su hermano y amigo, que su hijo le había llorado mucho toda la noche, porque no fuese a Córdoba, que quería complacerle, si lo tenía a bien, y que mandaría a su yerno, y a un mocetón para que si el señor virrey lo necesitaba lo mandase llamar con ellos, que estaba pronto a salir otra vez, que se mandaba ratificar y ofrecerle tres mil indios. Me pareció muy buena la determinación, le mandé el bastón, y algunos panes como particularísimos en el país, con finas expresiones: y al punto despidiéndose mandó sus chasques. Yo me fui a recomendar al dragón Contreras, a fin de que lo asistieran y cuidaran con esmero: le di seis pesos al dueño de casa, y al comandante le supliqué lo atendiese, y socorriese quedándole obligado, no sólo al mayor agradecimiento, sino a la satisfacción.

A este mismo comandante le dejé doce mulas y ocho caballos que se habían enflaquecido; diez y ocho armamentos de enalbardar, con sus correspondientes aderezos; una tienda de campaña con sus recaudos, ocho cargas de sacos,

un cordel para la mensura de los ríos, y una sonda de plomo, dos costales de lona, un grueso rollo de látigos, un barril de cinco cántaros, con sunchos de fierro, una carga de petacas, y una famosa escopeta con su recámara oculta en la culata, para guardar municiones; con la advertencia que la escopeta, petacas y barril, dos caballos y una mula eran míos, y lo demás perteneciente a la real hacienda, para que como tal se cuidase, y entregase o por mi orden, o la de su excelencia. A la una de la tarde, después de mil incomodidades, que dieron las caballerías de prorrata, salimos del fuerte con destino al de la Esquina, y a las cuatro leguas alojamos a la orilla de una laguna de agua dulce. Los campos de la misma especie que los hemos andado, y muy abundantes de aguas detenidas.

El 13, proseguimos por el camino, y a las ocho y media leguas llegamos a la posta de la Esquina. Inmediatamente pasé con el pasaporte a presentarme al comandante del fuerte, y me contestó, desde que se enteró de él, que ni tenía soldados, ni arbitrio para dar auxilio; que nadie le obedecía, ni él tenía a quien mandar, y que para mi silla me prestaría un caballo. Le di los agradecimientos por su oferta, haciéndole presente que mi servicio era a mi costa, y yo no gozaba del auxilio; que la mayor parte de mi comitiva el rey debía conducirla, y para ésta era, y dos indios. Pero que si no había, seguiría mi ruta como pudiese, y le daría cuenta a su excelencia de su respuesta. Le pregunté que si por aquí no había algún oficial de milicias. Me respondió, que había un capitán, pero no sabía cómo se llamaba, ni a dónde vivía. Traté con él un rato, y me devolví a la posta en donde me alojé. El estado de este fuerte es lo mismo que el de Melincué: está situado a la costa del río Tercero, y lo mismo la posta, y algunas poblaciones de particulares que hay. Por todos estos cam-

pos, y los que ayer pasamos hay saladillo, y como deberán ser comunes por todas las Pampas que me restan conocer, como lo son por las que he pasado, cualquiera viento o virazón que se levante, es tan frío, como los de cordilleras nevadas, por las partículas salitrosas. Tengo observado que las más noches se escarcha el tintero, y el agua que queda en la olleta, u otra vasija, dentro de mi tienda.

El 14, paré por adquirir noticias más ciertas de la residencia de su excelencia. El 15, salí tomando de esta posta dos caballos para los dos indios, y seis reyunos que tenía el maestro de la posta, y siguiendo el camino real de carretas, a las cinco leguas llegué a la posta de la Cabeza del Tigre, cuyo intermedio dicen es de siete leguas, y por ellas he satisfecho dos caballerías, así como veinte y tres de Melincué a la Esquina, cuando habrán sólo catorce. En este espacio que hoy anduve, se me cansaron dos animales, y resolví el parar uno o dos días, a fin de que descansasen. El 16, recibí contestación del señor virrey, en que, aprobando las determinaciones que tomé con los indios, me ordenase pase a Córdoba.

El 18, seguí el mismo camino hasta el puesto de Carranza.

El 19, hasta lo del sargento Arregui.

El 20, hasta la posta de los Zanjones.

El 21, hasta la de Gutiérrez, de donde me separé de mi comitiva, con sólo mis criados e indios.

El 22, hasta la de la Herradura.

El 23, hasta la del Tío Pujio.

El 24, hasta el río Segundo.

El 25, hasta Córdoba, en que me presenté al señor virrey, a las ocho de la noche, y puse en sus superiores manos la carta del señor gobernador intendente de Concep-

ción, de fecha 27 de marzo, y los demás recaudos que acreditan mi expedición.

Se enteró su excelencia de aquellos puntos principales de mi derrota, me dio las gracias de parte del soberano por mi servicio, y me ordenó ocurriese a su presencia con el emisario de Carripilun, para el siguiente día.

Lo verifiqué a las nueve y media de la mañana: recibió la embajada del indio; lo trató con particular amor y obsequio. Le ponderó la benevolencia y magnanimidad de nuestro monarca: le hizo presente cuanto estimaba la franqueza y ofertas de su jefe Carripilun, manifestándole también los deseos que tenía de conocerlo y tratarlo. Para que lo llegase a entender, le mandaría regalos, que lo asegurasen de cuanto le había dicho, y de la amistad con que debía mirarnos en lo adelante: que así como se reconquistase la capital, lo mandaría llamar para merecer el gusto de conocerlo, y conferenciar con él sobre la importancia del proyecto que me hizo venir por sus tierras. Que se debería esperar tres o cuatro días, mientras se concluían los agasajos que se le harían a él y a su jefe; y volviéndose a mí, me encargó cuidase y atendiese al emisario, dándole cuanto apeteciese, y le avisase del diario que se impendiese en él: y para que el indio fuese mejor servido, que le pasase una lista de lo que considerase más apreciable para Carripilun.

Al siguiente día la puse en sus manos, y en el momento se dignó dar providencia para que se hiciese su contenido. Me preguntó del diario de mi viaje, y le hice presente lo traía concluido con todos los recaudos precisos, según las instrucciones que se me dieron; pero que teniendo que mandar copias de él, al señor capitán general de Chile, y al señor gobernador intendente de Concepción, esperaba de su favor me permitiese algunos días, para que se saca-

sen los ejemplares precisos. Aprobó el que cumpliese con exactitud las órdenes de mis jefes, recomendándome la prontitud en llenarlas. Y tomó su excelencia su partida para incorporarse con el ejército, que antes estuvo preparando para reconquistar la capital, habiendo tenido la bondad de dejar despachado al emisario, y habiéndome yo ofrecido para acompañarlo, me previno lo siguiese, hasta que el indio saliese de la ciudad.

Éste, al despedirse de la señora virreina, le pidió camisas, calzoncillos y calzones, para vestirse a nuestro uso; y la señora, complacida de su buen deseo, se las mandó hacer, por cuya causa tuve que demorarme en aquella ciudad, hasta el 8 de agosto, y el 13 alcancé a su excelencia a la cabeza del ejército, sólo cincuenta leguas de esta capital, en donde le pedí permiso para adelantarme a fin de internarme a ella, y arbitrar extraer mis intereses que tenía adelantados para mis gastos, y también para hacerme práctico de muchos puntos, que para el caso de la reconquista, me serían útiles, para cumplir las órdenes que se me dieran. Me lo concedió: pero habiendo entrado el 16, y sido reconquistada el 12, por las tropas de Montevideo, según me han dicho, determiné parar aquí, hasta vencer las copias que dije antes, debían sacarse del diario.

De las que es una ésta, y está corregida y enmendada por el original a que me refiero. Ciudad de Buenos Aires, setiembre 20 de 1806.

LUIS DE LA CRUZ

TASACIÓN

De lo que puede importar la compostura del camino, desde el fuerte de Antuco hasta la Capital de Buenos Aires; esto es, facilitándolo con la amplitud requerida, para rodar carruajes de ida y venida, sin estorbarse.

- | | |
|---|------|
| Nº 1. — Por desembarazar el plan de Antuco, de algunas piedras sueltas medianas, y desmontar el espacio de diez varas o doce de ancho, hasta una montaña clara de robles, Cía., que son 14 cuadras | \$ 6 |
| 2. — Por rozar dicha montaña, y apartar piedras en la costa del poniente de Malalcura, cuyo precio es de 2 cuadras | „ 10 |
| 3. — Por ampliar la costa del oriente de dicho estero, apartando toda la piedra que en él hay, y emparejar un corto pretil que tiene a dicha parte, hasta el lugar del alojamiento de los indios, que son 4 cuadras | „ 25 |
| 4. — Por el allanamiento de la subida y bajada de un cerrillo, cuyo piso es are- | |

nisco y con piedra redonda, que puede rodarse fácilmente en el lugar, que se nombran Cerrillos	„	150
5. — Por el roce de algunos arbustos, y componer con la suficiente extensión el terreno que media desde los Cerrillos hasta el estero de los Coygues	„	10
6. — Por ampliar la siguiente cuadra a dicho estero, que es predegosa y con alguna subida, su piso también es arenisco ..	„	50
7. — Por emparejar y partar las piedras en la subidilla siguiente al estero de los Lures, hasta el otro de los Colegues, que son 3 cuabras	„	100
8. — Por el roce de arbustos, algunos árboles, emparejar el piso, y botar piedras 7 cuabras hasta el Fuerte viejo ..	„	50
9. — Por facilitar la caja del estero de Tubuleubu, que es de una cuadra bien pedregosa de piedras sueltas	„	100
10. — Por el allanamiento del terreno algo pedregoso, con arbustos y árboles, hasta vencer el repecho pedregoso de más de cuadro en el estero de Coyguico ..	„	250
11. — Por el allanamiento de la punta del Cerro del Volcán, que hace risco a la Laja, y tiene una bajada y subida de 3 cuabras, su piso arenisco con piedra ..	„	700
12. — Por la composición franca en el lugar de la Pichi-Escoria, cuyo atravieso es de 1½ cuadra	„	250
13. — Por lo que se invertirá en apartar piedra suelta, y emparejar algunos cortos		

- | | | |
|--|---|-------|
| repechillos, que median hasta el lugar del Chacal | „ | 250 |
| 14. — Por facilitar el segundo atraveso de escoria, pasado el Chacay, que es de 12 cuadras | „ | 1.000 |
| 15. — Por el demolimiento y separación de otro espacio de escoria, y facilitar una corta subida que hay, hasta llegar a un salto de la Laja, que ha formado en su caja una profunda pesa | „ | 700 |
| 16. — Por igual trabajo en el escorial restante, hasta el frente de un árbol de coygue que pende del Cerro del Toro, cuyo espacio es de 3 cuadras con subida .. | „ | 700 |
| 17. — Por facilitar un espacio de 5½ cuadras: es de tierra arenisca hasta el origen de Laja | „ | 100 |
| 18. — Por abrir y deshacer 8½ cuadras de escoria férrea, que está al dar vuelta como para el Cerro del Volcán, y es la peor | „ | 1.800 |
| 19. — Por apartar piedras medianas, echar otras a rodar, y caldear algunas sueltas muy grandes, que a fuego se desmoronarán, e impiden el tránsito de carretas, cuyos estorbos hay en 10 cuadras | „ | 400 |
| 20. — Por facilitar algunos cortos faldeos, y un repecho suave y bajada que hay, hasta llegar al lugar de la Cueva .. | „ | 300 |
| 21. — Por ampliar la falda de la subida y bajada que se presenta pasada la Cue- | | |

va, hasta llegar a la vega de los Pichonguines	„	200
22. — Por lo que podrá importar el emparejar varias faldillas y pasos del estero, desde los Pichonguines, hasta el plan de la cordillera de Pichachen	„	500
23. — Por hacer de caracol la subida del poniente de Pichachen, en las faldas paradas que tiene, y para el allanamiento de dos cajoncillos por que bajan dos arroyos	„	3.000
24. — Por ídem en la bajada del oriente de dicha cordillera	„	2.500
25. — Por el allanamiento de varias faldas de puntas de lomas, algunos pedregalillos, y cajoncillos de esteros, que hay en las 5 leguas 34 cuadras hasta Butacura, desde el citado Pichachen	„	2.000
26. — Por lo que importará la compostura de la subida de Butacura, apartar la piedra que hay en el plan de la Capilla, franquear dos o tres estrechos que hay para carros en un cajón, y una subidilla y bajada para llegar a Neuquén	„	300
27. — Por lo que podrá gastarse en el atraveso de la cordillera de Puconi Maguida, o Chollol Maguida, y los siguientes embarazos que se presentan hasta Tilque, cuyo espacio es de 8 leguas 14 cuadras	„	15.000
28. — Por lo que se gastará desde Tilque, en un atraveso de lomas con piedras, hasta el lugar de Auquinco	„	3.000

29. — Desde Auquinco hasta Tril	„	2.300
30. — Desde Tril a Cobuleubu	„	2.800
31. — Desde esta orilla hasta pasado Quini- co, cuyo campo es de 6 leguas, 23 cuadras	„	4.000
32. — Desde Quinico, hasta pasado Chadi- leubu	„	2.000
33. — Por una barca chata, que haga 25 ó 30 tercios de cargamento	„	500
34. — Desde dicho río, hasta la ciudad de Buenos Aires	„	1.000
Suma pesos	\$	46.051

Según el conocimiento que tengo en el trabajo de allanar los terrenos, y franquear los estrechos y faldas para el tránsito de carretas, me parece que con los 46.051 pesos podrá componerse, desde Antuco a Buenos Aires, fuera del costo de herramientas, que deberán ser de 25 azadones, otras tantas hachas, 12 palas y 8 barretas, 12 carretillas, y otras tantas angarillas. Buenos Aires y setiembre 20 de 1806.

LUIS DE LA CRUZ

DERROTERO

De Angueñan desde Antuco, ó Fuerte de Ballenar, hasta Meuco, por los mismos rumbos y derezera que aparecen en la precedente demostracion; y mudando direccion, desde este punto hasta Buenos Aires, como se sigue.

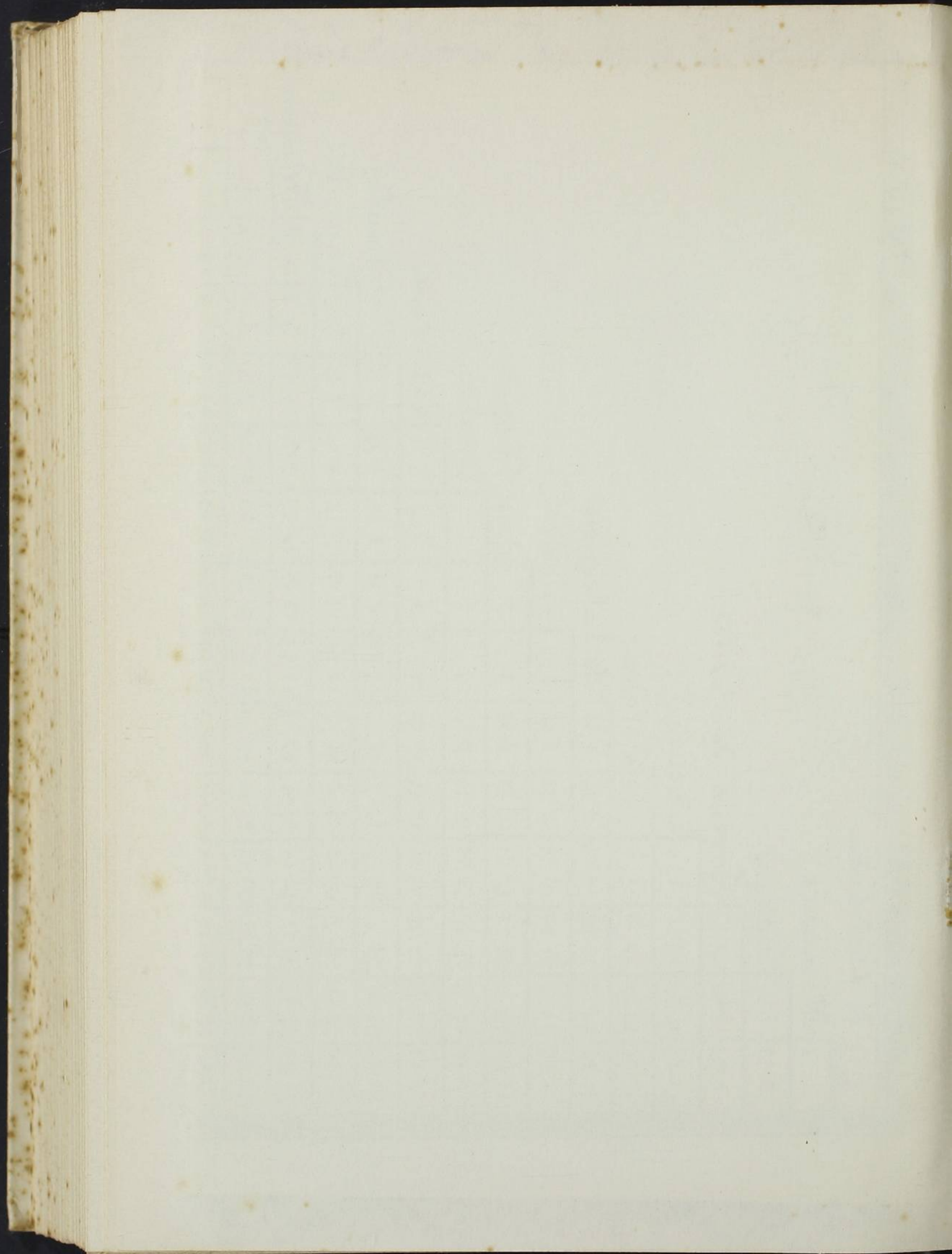
RUMBOS DES- DE MEUCO.	LEGUAS DE SEIS MIL. VARAS.	NOMBRE DEL ALOJAMIENTO.	PARCIALIDA. DES Y DESPOBLADOS.	DISTANCIAS DE LOS LUGARES.
Desde Bullenar.	83 2	A Meuco.		83 2
Este 4.º al N. E.	9	Chaquilque.		9
	5 16	Chillen.		5 16
	4 20	Malalguuca.		4 20
	3 24	Quilquil.		3 24
	5 16	Colo Lanquen.	Caynapan.	5 16
	3 24	Tuay.	Manquecheu.	3 24
	4 20	Aldirinanco.	Quilan.	4 20
	3 24	Lelbu Mapu.		3 24
	5 16	Leubuco.		5 16
	3 24	Catrilechi Mamil.		3 24
	2 28	Trilis.		2 28
	2 28	Moncolo.		2 28
	3 24	Mallin Lanquen.		3 24
	4 20	Pichi Lob.		4 20
	4 2	Cuma Lob.		4 2
	2 28	Chalaque.		2 28
	2 28	Gualaunelu.		2 28
	3 24	Buta Guencul.		3 24
	4 20	Leubu Mapu.		4 20
	5 16	Lonco Guaca.		5 16
	9	Lujan.		9
	14	Buenos Aires.		14
				191 4

PRIMERA PARTE.

los alojamientos y distancias que se vencieron en el viage
el fuerte de Ballenar hasta la ciudad de Buenos Aires, por

SEGUNDA PARTE.

SALIDAS		DIAS. MESES.	RUMBOS DEIDE ANTUCO.	CUADRAS	LEGUAS	NOMBRES	PARCIALIDADES	DISTANCIAS
V	JORNADAS.			DE 150 VARAS.	DE 6 MIL VARAS.	DE ALOJAMIENTOS.	Y DESPOBLADOS.	DE LOS LUGARES
19	25	MAYO.	Este sueste.	8	8	Desaguadero.		Leguas — Cuadras.
"	"		Este nord-este.	36	36			2 16
20	29		Nord-este.	24	24			
"	"		Nord-este 4.º este.	28	28	Tripague.		4 20
21	31		Idem.	180	4 20	Travesia.		
22	1	Junio.	Idem.	72	1 32	Meuco.		7 8
"	"		Este nord-este.	180	4 20			
23	3		Nord-este 4.º este.	36	36	Tolvan.	Angueñan.	
"	"		Idem.	109	2 28			
24	4		Idem.	54	1 14	Butatequen.	Llamiñanco.	4 2
25	5		Idem.	36	36	Rimeco		36
"	"		Idem.	109	2 28			5 16
26	6		Idem.	109	2 28	Curralaquen.	Gobern. Carripilum.	
27	9		Este nord-este.	54	1 14	Rinanco		1 14
28	12		Nord-este 4.º este	108	2 28	Calchague		2 28
"	"		Esto 4.º sueste	36	36			
29	13		Este nord-este.	90	2 10	Putrilmalai.	Payllaquin	3 6
30	15		Nord-este 4.º este.	36	36	Nahay.	Guencullan.	36
"	"		Idem.	36	36	Loncorcho.	Maligubou.	36
31	16		Idem.	36	36	Relequen.		36
32	17		Nord-este.	109	2 28	L'ehinque.		2 28
33	18		Nord-este 4.º nord.	144	3 24	Pol Lauquen.		3 24
34	19		N. rto 4.º nord-est.	72	1 32	Michinguelu.	Millanan.	1 32
35	20		Idem.	90	2 10	Rinanco Lob.		2 10
36	21		Idem.	154	3 34	Guentean Lob.		3 34
"	"		Idem.	76	1 36	Guaguaca.	Roniñanen.	1 36
37	22		Nor-nord-este.	90	2 10	Guentean.	Ena.	2 10
38	24		Idem.	136	3 36	Pirbia Lob.		3 36
39	25		Nord-este 4.º nord.	41	1 1	Blancomanca.		1 1
40	26		Idem.	189	4 29	Chicalco.		4 29
41	28		Idem.	144	3 24	Lauquenco.		3 24
42	29		Idem.	41	1 1	La Ramada.		1 1
"	"		Idem.	81	2 1			6 39
43	30		Nord-este 4.º este.	198	4 33	Chipailaquen.		
44	1	Julio.	Sur sud-este.	1	1	Chadilaquen.		1
"	"		Nord-este 4.º nord.	152	3 32			8 12
45	2		Idem.	180	4 20	Sauce.		
46	4		Idem.	216	5 16	Siete Arboles.		5 16
47	5		Este nord-este.	180	4 20	M. lincus.		4 20
								92 7



DESCRIPCIÓN

DE LA

NATURALEZA DE LOS TERRENOS

QUE SE COMPRENDEN

EN LOS ANDES

POSEÍDOS POR LOS PEGUENCHES

Y

LOS DEMÁS ESPACIOS HASTA EL RÍO DE CHADILEUBU

RECONOCIDOS POR

DON LUIS DE LA CRUZ

ALCALDE MAYOR PROVINCIAL

DEL ILUSTRE CABILDO

DE LA CONCEPCIÓN DE CHILE

BUENOS AIRES

IMPRENTA DEL ESTADO

1835

DESCRIPCION

DE LA

NATURALEZA DE LOS TERRENOS

QUE SE COMPRENDEN

EN LOS ANDES

POSEIDOS POR LOS PEQUEÑOS

Y

LOS DEMAS ESPACIOS HASTA EL RIO DE CHADLEBU

RECONOCIDOS POR

DON LUIS DE LA CRUZ

ALCALDE MAYOR PROVINCIAL

DEL DISTRITO CABILDO

DE LA CONCEPCION DE CHILE

BUENOS AIRES

IMPRESA DEL ESTADO

1885

DESCRIPCIÓN

De la naturaleza de los terrenos, etc.

Aunque parezca bien ponderada la fecundidad y riqueza de los terrenos de Chile por algunos de los que los conocieron, y por otros que con noticias escribieron de su fertilidad, abundantes producciones, y riquezas; pero yo me atrevo a decir, que ninguno de ellos pudo por entonces hacer un completo dibujo de aquellos espacios, con consideración a las pocas poblaciones españolas que había, y por eso la muy poca agricultura, sin cuyo ejercicio nada puede decirse de un terreno en general.

Yo soy oriundo de aquellas provincias, y sin embargo de que aún no tengo cuarenta años, y que la mayor parte de los que cuento los pasé en colegio sin nociones de los campos, tengo conocidos, desde diez y seis años a esta parte, tantos terrenos por muy fértiles, tantas minas que se han descubierto, tantos montes, tantos baños, tantas frutas, y en fin, tantas nuevas poblaciones, que si se tratara de ellos, se necesitarían volúmenes enteros para describirlos. No fuera de más dar algunas noticias, por lo importante que serían para conocer la utilidad que resultaría a Buenos Aires del camino en proyecto: pero mis interrump-

pidas tareas me lo impiden, y sólo me contento con hacer ver, que en aquella época apenas dos navíos de comercio extraían trigos y vinos de Concepción a Lima, y en el día son trece los de esta carrera: y aún se ven estos frutos con más abundancia que entonces. La gruesa de diezmos ha subido con exceso a más de los dos tercios; y cuando entonces de cada partido o provincia se formaba apenas una compañía, o un escuadrón de milicias, hoy se presentan en las asambleas uno o dos regimientos arreglados, fuera de las compañías sobrantes. Las cadenas de montes inmediatos a la mar, que en partes tienen hasta veinte leguas de latitud, y en la que menos diez, aun en mis días las conocí desiertas y sin más aplicación que para el uso de las maderas, y de algunas cortas bacadillas; y hoy están llenas de poblaciones, sementeras, haciendas, chacras y minas de oro de lavadero. Los planes del poniente de los Andes, cuyos valles los ocupaban los indios peguenches y se ignoraba su fecundidad, hoy se ven poblados de nosotros, de nuestros bienes y de nuestra agricultura, que produce un ciento por uno, como lo tengo dicho en la introducción a Antuco, toldería que fue de nuestros amigos montañeses. Cuando entonces no estaban examinados los puertos, ni sus puntos a propósito para astilleros, hoy tenemos, a más del de Talcahuano, en el que sólo en el año pasado se botaron al agua dos fragatas, el de San Vicente, el del Manzano, el del Morro, el de la Boca de Andalien, y el del Tomé, en cuyos puntos se han trabajado varias embarcaciones grandes, y medianas, sin que ninguna haya tenido la menor novedad. Las maderas de ligues, cipreses, pellines, y otras varias, que abundan en los montes inmediatos a la costa, y con exceso los cipreses, para arboladura de buques de alto bordo, en los montes al occidente de los Andes, se conducen con suma facilidad, las primeras

por el río de Andalien, que parte las montañas de la costa, y desemboca a la mar entre el castillo de Penco el viejo, y el puerto de Talcahuano; y las segundas por el Biobío, que cursa desde la cordillera, por los partidos de los Angeles, Rene, y Puchacay, a costear por las goteras de Concepción, y a introducirse en el Océano, cerca de San Vicente. Son tan apetecibles y de tanto aprecio estas maderas, que a más de los buques que allí se construyen en ellas, las llevan en tablones, y en otras piezas al Callado, para las carenas de los navíos que giran a otras costas.

Es consiguiente el aumento de vecinos, que se conocen en el obispado de Concepción, el aumento de minas que se trabajan, y las que frecuentemente se descubren abundantes, y que pasa por lo regular, de veinte y tres quilates su calidad. Recién se trabaja en Puchacay una de lavadero, en las que han salido pepas de valor de 300 y 500 pesos, que se cambiaron en la Concepción, y no menos ponderadas otras en Itata que han enriquecido a varias personas.

Las abundantes producciones de aquellas tierras, las minas, y las crecidas sumas de dinero, que se reparten en la tropa veterana que resguarda la frontera y costas de Concepción, la hacen rica, sin embargo de que sus cuantiosos y apreciables frutos, no tienen otra extracción que para Lima, y algunos vinos para la capital, que es Santiago.

Como las lluvias las dispuso allí la naturaleza, con un orden proporcionado a la necesidad de que de ellas tiene el terreno hasta ahora no se necesita del arbitrio de riegos para los campos. Todas las viñas que son de cepa baja, todas las sementeras de trigos, todas las chacras, y en fin, todas las mieses y frutos que se cosechan, son sin otra agua que la llovida. Así logran de un maduro completo, y

tienen mejor sazón y más consistencia que las que se recojen en el obispado de Santiago, en el que son de rulo todas las plantas y siembras, desde pasado Maule hasta Copiapó, provincias más boreales.

Los vinos de Concepción son exquisitos, y de embarque su mayor parte; cuando los de Maule para abajo, son sin cuerpo, sin color, y sin aguante, que se ven en la necesidad de reducirlos a aguardiente para darles salida.

Los trigos de Santiago son prietos, y de una miaja floja por el riego, cuando los de la Concepcin son blancos, y tan rendidores, que dan el aumento de un 22 y 23 por ciento, según la experiencia lo demuestre. Por esta causa son de mucho más aprecio en Lima, y se pagan con más valor; pero es beneficio que resulta a los cargadores, y no al público, que los malbarata por su abundancia, y por la falta de buques en que remitirlos.

Como los navíos que surcan aquellos mares, ya se destinan a Valparaíso, ya a Talcahuano, según los correspondientes de los interesados, y todos con cargamentos de azúcares, mieles, algodones, tucuyos, pabilos, etc., de que carece todo el reino de Chile, y es en Santiago mucho mayor el consumo, así por la mayor población, como por el repartimiento que se hace a Mendoza, San Juan, Córdoba, etc., y los cargamentos de cascarilla y cacao, que de Lima también debe venir allí por precisión, para trasladarlos por el único camino de la Concagua, a la capital de Buenos Aires, es consiguiente que al puerto de Valparaíso concurran muchos más buques, y como éstos de retorno cargan o reciben trigos, de ahí resulta la mayor salida de ellos. La división que he dicho hizo la naturaleza en aquel reino con el río de Maule, la política la deslindó en dos obispados; a saber: el de Santiago hasta dicho río, y desde ahí hasta Chiloé, el de la Concepción, y éstos en varias

provincias. Ya hubo algún escritor, que en esta subdivisión padeció algunos equívocos, especialmente en las dimensiones y puertos.

Al partido o provincia de Maule, le dio puerto y astillero, cuando la Providencia se lo negó. Es bien público y constante, que los vecinos de Talca han trabajado mucho para conseguirlo, y sólo merecieron el título de la Nueva Bilbao, por la embocadura de aquel río en la mar. Les sirvió también para emprender la construcción de algunas embarcaciones, con la vana esperanza de que las podrían sacar con industriosas maniobras: pero bien público es, que de las cuatro que fueron, sólo salió un bergantincillo; pero no pudo ni por su pequeñez volver a entrar. La fragata del caballero Irigaray, que por haber creído a unos talquinos y a un constructor se determinó hacer allí, y que se perdió, dio mucho que trabajar al gobierno de la Capital y de la Concepción, para arbitrar modo de sacarla, pues fue cedida al Soberano: pero ni aún con este poder se echó fuera. El coronel de marina, don Isidoro Guerra del Postigo, fue comisionado para el reconocimiento de este puerto, y dijo bien claro, que las basuras y bancos de arena era imposible quitarlos, para hacerlo útil. Con todo, los de Talca porfiaron en construir otra embarcación, y sucedióles lo mismo: se comisionó otra vez a don José Antonio de Irizar piloto de mucha instrucción, y éste repitió lo mismo, asegurando, que aun cuando pudiese salir alguna embarcación mediana, no podría entrar con las fuerzas humanas. A más de que, aquélla es una costa de mares bravísimos, y presentada a los vientos, que sería poner en riesgo cualesquiera intereses que en embarcaciones se transportasen.

Repitiendo otra vez, como dije al principio, que nada puede decirse con acierto de lugares que no tenga uno

experimentado, debo también dudar de la fecundidad de los dilatados valles y planes que se encierran en los Andes, y se contienen en los llanos, que desde los montes median hasta este río. Los peguenches que habitan aquellos pagos, no tienen otro oficio que el de nómades o pastores. No tienen siembra alguna, ni se mantienen sino de carnes de caballo, vaca, oveja, guanaco, marra, avestruces, etc.; y viven a modo de los salvajes. Hablaré en esta parte sólo por inferencia que tengo en los campos chilenos.

La tierra negra, entre amarillosa, suelta, porosa y suave al tacto, es la que en nuestro continente llamamos trumagosa, y distinguimos por fecundísima, y de admirables producciones. Pues tales son las de los valles de las sierras, en la mayor parte de su extensión; y aunque en muchos lugares sea pedregosa, por esta misma causa debe ser más fértil, porque la piedra hace conservar más la humedad, y fertiliza las plantas de un superior modo.¹

Debe suponerse que entre los Andes, toda siembra debe hacerse desde octubre hasta diciembre, y las cosechas, desde febrero hasta marzo, en cuyos tiempos, aseguran aquellos habitantes, son extremosos los calores; y deberá ser cierto, porque yo experimenté algunos en abril bastante recios: supongo también en que por esta razón se endurezcan con brevedad las tierras en los sitios menos húmedos y más gredosos. Ni uno ni otro obsta para prometerse seguras cosechas con abundancia. En los cajones que hay en los Andes se encuentran, como he dicho en el diario, mil esteros que bajan de las quiebras de las colinas,

¹ Las tierras de Mamilmapu, y las siguientes hasta las fronteras de Buenos Aires, son mejores para crianzas, y para todas clases de siembras, en todos tiempos, que las de los Andes, y las que de allí restan hasta Chadileubu.

y riegan con naturalidad los planes; así en caso de seca podrían soltarse las aguas a las sementeras, y regarse según la necesidad. En nuestros cajones de las tierras marítimas acostumbramos nosotros sembrar y cosechar en los tiempos referidos; y como aquellos montes están inmediatos a la Concepción y rinden copiosamente, de ellos se abastece la ciudad de cebadas, maíz, frijoles, garbanzos, chícharos, batatas, alberjas, lentejas, y otros granos, que no sólo sufren para aquel consumo, sino también para el del puerto de Talcahuano, para el de las embarcaciones de comercio, y aún para el de los ingleses americanos, que frecuentemente arriban a aquel puerto en busca de víveres.

Las sementeras grandes de trigo que se hacen en Chile, en los lugares mediterráneos, son de abril o mayo, porque son tierras enjutas, y gozan de las aguas del invierno; pero en los bajos o vegas, no se siembran hasta que no se enjuguen, que es por setiembre, o principios de octubre, y suelen cosecharse con mayor aumento. Las chacras de frijoles, maíz, garbanzos, etc., en ninguna parte se entierran hasta pasados los hielos, y todas las siembras se logran con la sazón necesaria.²

En el lugar de Rimemallin, al que llegué el 12 de abril, encontré una porción de rábanos y nabos fecundísimos y tiernos, producidos sin duda de algunas semillas que llevaron los indios entre el trigo o cebada que traen de nuestra frontera, que me hicieron acordar de los que producen las vegas más fértiles de Itata. También se ven por allí algunos tiernos arbolillos de duraznos; más acá,

² En todos los espacios desde Mamilmapu hasta el Río de la Plata, pueden practicar iguales siembras, y lograr las mismas cosechas que en Chile, si cultivaran las tierras como en aquel reino.

en Butacura, dos frondosos manzanos, y en la orilla del Tocoman, tres tan abultados y fecundos, que hasta entonces tenían frutas como los cultivados en Chile. Asimismo en las poblaciones que fueron de indios, manchas de mostazales, cuyas plantas parecían de arbolillos, según su corpulencia. ¿Y cómo se podrá dudar de la fertilidad de estos terrenos, y que en ellos se lograrían muy grandes cosechas? En ellos hay también lugares inútiles, como son la parte mayor de las sierras, que son formadas o de arenas, o de peñasquerías, y otras muchas minadas de ratas, zorros, zorrinos, quirquinchos, y de otros animales, que ni aun a pie, puede en ellos andarse. Otros que por su naturaleza son estériles, y esto se ve desde Chadileubu con más frecuencia hasta salir de los montes, y desde Chadico, hasta este río. El diario da en esta parte bastante idea, pues siempre he tenido el cuidado de anteponer a los acontecimientos del día la esterilidad del país.³

En todos los llanos siguientes a las cordilleras, que son buenos, no encuentro embarazo para que se pudiese sembrar, a entrada de invierno, los trigos y cebadas; y con atención a que en ellos hiela como en Chile, postergan las sementeras de legumbres más delicadas para la primavera. Aunque hay muchos retazos areniscos, hay también entre ellos otros muchos firmes: y así unos con otros son lugares buenos para crianza de animales, en los que procrearían con abundancia. Todos los campos están llenos de arbustos, y los más despoblados de pastos que ahora vi, me parece que en la primavera abundarán de alfilerillo y cualputra. La belleza del cielo en los Andes, y la

³ Los terrenos que median entre esta capital y Meuco, todos son de una clase: demuestran en sus pastos la fertilidad. Sólo hay algunos espacios sin leña y sin agua, pero nunca estériles.

claridad de la atmósfera de día y de noche, es lo mismo que en Chile. Las cuatro estaciones del año, dicen sus habitantes, son bien conocidas, y ellos las distinguen muy bien, como se dirá en el tratado de sus costumbres.⁴ Desde que comienza la primavera, que ellos la aclaman, con el brote de los árboles, hasta pasado abril, llueve poco y no nieva. En mayo caen algunos aguaceros, y cortas nevazones, que alcanzan a las cimas, pero se deshacen las nieves con prontitud. A principios de junio ya frecuente uno y otro, se cubren todos los montes de blanco, esparciéndose en los meses subsiguientes las nieves hasta algunos bajos, y esto dura hasta fines de agosto, o principios de setiembre, que ya se empieza a trajinar, tanto por los indios como por los españoles.⁵

El camino que he traído se cierra en dichos meses, desde el Chacay exclusive hasta Rimemallin, cuyo espacio es de 12 leguas 23 cuadras. Véase el estado de las distancias, rebajando lo que dista el Chacay del fuerte de Ballenar. En dicho Chacay invernan animales de los españoles de Antuco, y en Rimemallin indios, según ellos mismos me lo aseguraron: uno y otro ejemplar es suficiente prueba para creer que en estos sitios no debe cargar nieve. No es decir esto que en los montes restantes para el levante no nieva, sino que como la ruta se dirige ya por cajones o sus in-

⁴ Desde que se pasa de Luanco, ya la atmósfera es más turbia de día y de noche, por consiguiente el cielo no tan claro. Cuando no hay luna, son las noches oscurísimas.

⁵ Los indios afirman que las nevazones no pasan al levante de los Andes, pero sí son frecuentes los granizos, especialmente en primavera. También, que desde mayo hasta octubre, según su cómputo, llueve, pero no en temporales deshechos como en Chile, que duran ocho y más días, porque acá uno o dos son las aguas, y después abonanza.

mediaciones, esto es, a la costa de esteros abultados, y bajos amplios, no carga de modo que impida el tránsito, ni la habitación de aquellos naturales, ni el que se mantengan al raso del campo sus cuantiosas haciendas.

En la estación de invierno debe por lo natural ser aquél un clima frigidísimo; pero también es cierto, que deben aminorarlo los muchos minerales que allí abundan, y lo abrigado de los vientos que es aquel lugar en las más partes por el encadenamiento de los montes. Ya dije en el diario, estando en Tilquí, de una nevazoncilla que cayó con un corto aguacero, y al siguiente día, que fue el del reconocimiento que hice del camino de la Capilla, pasé la noche en la cima de la cordillera de Puconi Maguida, sin más cama que el avío, ni más cubierta que el poncho. Cayó una copiosa helada sobre las partes de nieve que quedaban; fue grande el frío que sentí, pero mayor los he experimentado en los llanos debajo de mi capa, y en las comodidades de mi cama.⁶

El temperamento aquel es saludable, sin duda, pues no hay enfermedad común que conozcan aquellos habitantes. Las aguas, carnes y yerbas tan gustosas y nutritivas, cual lo manifiestan la robustez de los indios, la hermosura, la sanidad, pelo lacio, y corpulencia de los ganados vacunos, ovejunos, cabríos y caballadas. Muy raro es el indio que muere mozo, de enfermedad natural; y ninguno hay que descubra en el semblante ni en los demás accidentes, los años que tiene. Muchos vi que pasaban de cincuenta años, y no manifestaban treinta, y entre ellos el cacique Manquelipi, que me pareció hombre de veinti-

⁶ Desde que se sale al poniente de los Andes, son muchos mayores los vientos y fríos; y por consiguiente los calores más activos, cuando el día o noche está en calma.

cinco años, y después me contó que el año de 68 era ya hombre guerrero. Los alimentos duran mucho tiempo sin corromperse; y experimenté que la carne fresca me duró intacta, y con el mismo gusto de fresca, trece días, sin embargo de cargarse encostalada y de haber pasado esos días calores fuertes. Lo mismo sucede con las frutas que los indios traen de nuestras fronteras, que se secan antes de corromperse, y con los animales que mueren en el campo, que se desecan, y así duran años; y es de notar que llegan a mudar el color del pelo, que al cabo todas las clases se vuelven pardos. Como veía que todos los animales eran de un color; dije a los indios no criasen de aquella clase de animales, pues notaba que de un pelo sólo morían. Con este reparo me instruyeron que el tiempo era el que los reducía a aquel color.⁷

El cordón de los Andes, según todos los prácticos dicen, es mucho más bajo, cuanto más al sur corre o se allega. Por consiguiente, convienen en ello todos los indios peguenches y guilliches que habitan en sus espacios y aun añaden que cuanto más al norte, se cierran más temprano de nieves, y se abren más tarde: es regular por las mayores alturas de las sierras. Sobre este particular me dediqué a tratar con los ancianos de aquellas reducciones, y me dieron pruebas de experiencia para acreditarlo. Manquel me aseguró, que al otro lado de Limay-leubú, puede pasarse por sobre las más bajas, sin nieve, del oriente al poniente de los Andes. Carrilon me contó que los guilli-

⁷ Desde Chadileubu al levante, ya la carne dura muy poco sin corromperse, y no tiene el buen gusto que la de los Andes. También son desabridas las aves; los animales muertos se pudren, y los indios no viven tanto. Por esta razón suponen, que en Mamilmapu hay muchas brujas que les hacen daño y los matan.

ches, en lo rígido del invierno, comunicaban el éxito de sus malones a los llamistas, y aun les pedían auxilios si los necesitaban; que es conforme con lo que sabemos en nuestras fronteras, y en fin, me refiero a la relación que me hizo Manquel. En Butacura, la tradición nos asegura que por Canigalo, o en esos espacios debe ser el camino antiguo de las ciudades imperiales, Osorno, Valdivia, Villa-Rica, etc., a la de Buenos Aires. Da alguna idea de ello la carta del padre jesuita Imonsff, que se halla en Valdivia, cuyo testimonio se me remitió de allí, que es del tenor siguiente: "Antigua ciudad de Villa-Rica, y marzo 4 de 1716. En esta fecha se cumplen cuarenta años, días ha que me hallo empleado en el reconocimiento de estos terrenos, movido de las noticias, que por diferentes sujetos y varios papeles he tenido de sus ricas minas, su amenidad y demás proporciones para la humana existencia. Y a la verdad, que después de conocer por tan verosímiles aquellas relaciones (es que nunca por mi concepto habían merecido cultivo en el campo del aprecio) no me queda escrúpulo para escribir, que tuvo la nota de mi pequeña pluma, la que con rasgos de cosmógrafo tomó el empleo de relacionar las particularidades de esta arruinada ciudad: pero no obstante que estas noticias tuvieron la suerte de no ser el óleo como merecían y merecen siempre, se deben estimar, porque sirven de norte al humano entendimiento, que las quiere examinar, por dar a conocer al público ser este arruinado pueblo el tesoro mayor que puede conocerse en este reino; pues por todo su distrito se encuentran minas abundantísimas de oro, plata, cobre, plomo y estaño; y lo mejor es de diamantes. Se halla esta citada Villa-Rica en 38° y minutos, situada a la parte del sur de una grandísima laguna, y sobre la ribera de ella, tres leguas distantes de su volcán. En lo poco que me

parece, tengo andado a distancia de cuatro leguas, en el potrero del cacique Pucon, en una quebrada, he visto un mineral de cobre tan abundante, que muchos peñascos muy grandes son la mitad de este metal, y otros se cubren con venas tan gruesas, como brazos de hombres, de modo, que para su beneficio sólo tendrá la industria el costo del cincel. A su inmediación se halla un riquísimo lavadero, en la falda de un risco, de cuyo arroyo llevo dos piedras, que aunque pequeñas, tendrán algo más de una onza de oro, y tan franco y limpio, que pienso daría de baja al más copioso de los que se conocen a poca distancia. He visto varias bocas, minas y labores, aunque sólo he examinado los metales de una, y conozco no quiso la Divina Providencia, siguiese el progreso de estas riquezas, por lo mucho que se extiende la codicia en la posesión de tan inconstante dicha. A seis leguas de esta población, he visto unos cerros nombrados Vehipiró, todos de pedernal, y llenos de labores, en que se manifiestan las vetas de saque, por donde desentrañaban lo más firme, siguiendo la guía de los diamantes; y aunque éstos no están visibles, no le queda duda a mi experiencia, abundan de diamantes estos dichos cerros.

"Deseoso de reconocer alguna parte del camino que corre al otro lado de la cordillera, tan ponderado por estos indios de bueno, y trabajado por los antiguos pobladores, en lo poco que he logrado internarme, iba advirtiéndome en la cordillera, que se pasa la mayor parte sin la menor subida, y sólo después de la laguna, se sube un cerro bajo, algo montuoso, para salir a las campañas, a las que inmediatamente que se sale, se encuentra una hermosa laguna, y al pie de ella, un volcán nombrado Rico Leufú. No sé cómo se pueda ponderar la hermosura de este lago, y su volcán plantado en la mitad de tan singular llanura,

y siendo éste el camino para Buenos Aires, que me aseguran estar inmediato, y lo conozco por mi observación, puede este volcán servir de guía a cualquiera que intente dirigirse a aquella ciudad. Últimamente, padre mío, el diario y sus figuras, que llevo trabajado con tanta eficacia, darán más que admirar, que cuanto yo pueda decir, estando muy despacio, que ahora no es decir nada, por escribir tan de prisa. P. Imonsff."

Ninguna razón me dieron los peguenches, de los lugares que cita esta carta, ni del volcán que pone en las llanuras del occidente. Puede haberse apagado como el de Paye, y otros anónimos, que ya sólo se conocen por las escorias; y como esos lugares son en tierras de los guilliches, a las que no transitan por ser sus rivales, también puede haberlos, y no tener noticias de ellos. Lo cierto es, que el nombre de aquella ciudad da a entender las riquezas de que abundaría.

Volviendo pues a mi asunto. Los vientos en los Andes, son de la misma cualidad que en Chile, y causan los mismos efectos. El norte y noroeste atraen las lluvias, y por el contrario el sur y el sudeste las disipan. Los primeros aseguran temporal, y los segundos serenidad. El barómetro, que los indios tienen para conocer estas variaciones, es el frío o calor, y así, hay frío aseguran bonanza, y cuando no lo hay, lluvia.⁸

Ello es cierto que el norte y sus laterales, para penetrar aquellas regiones, atraviesan la zona tórrida, y deben de ser así cálidos y lluviosos, por la multitud de vapores de que cargan al pasar por entre los dos trópicos; y el sur, como viene inmediatamente del polo antártico, ha de ser

⁸ A esta parte de la cordillera es al contrario, como lo expreso en el siguiente capítulo.

fresco y seco, y así aquellos salvajes en su vida, al cabo son racionales para hacer inferencia, según sus observaciones.

Experimentándose, pues, allí las lluvias y serenidad por las mismas estaciones y vientos que en Chile, debe suponerse que los temporales y truenos suenan al mismo tiempo, o con corta diferencia en ambas regiones. Los indios aseguran que los truenos suenan en el mar, y los oyen ya más lentos, ya más recios, según la distancia. Por consiguiente, siendo dominante el sudoeste en Chile, todo el tiempo que el sol se halla en el hemisferio austral, y que entonces no sufre el contraste de los vientos lluviosos, arrebatada del cielo, e impele hacia aquellos montes, los vapores, que condensados se desharían en lluvias, si amontonados en nubes no los descolgara rápidamente, penetrándose por los cajones de los Andes hasta hacerlos pasar a esta parte del oriente; donde chocando con los que llegan del mar del norte, se deshacen en copiosos aguaceros, granizos y truenos que se ponderan en estas provincias orientales, por el estío. Pero es tan notable este orden, que apenas pasa uno de las cordilleras cuando lo experimenta.

El día que llegué a Luanco lo noté, porque desde las ocho de la mañana sopló norte, y se fue cerrando la cordillera, pero reventando el sudoeste tuvimos granizada, agua y truenos en muy poco rato. En el cordón de los Andes son frecuentísimas las exhalaciones; muchas noches las vi cuando habíamos tenido de día calor; y también los indios aseguran, que aparecen en el verano globos de fuego que corren para Chile, y los suponen que son originados del volcán.⁹

⁹ También las hay en los Pampas, y tierras vagadas de indios. según dicen ellos.

La mayor parte de aquellos terrenos abunda de materias sulfúreas, bituminosas, y férreas que, incendiadas con la humedad de las aguas subterráneas, hacen despedir humo a varios cerros. Apenas hay muy pocos elevados, que no estén llenos de erupciones de escoria; bastante prueba de lo que digo. Otros se han conocido por volcanes, como el Filgu, el Payer, etc., cuyas cenizas, hasta más de 30 leguas al levante, las viene notando. En el día, sólo arde el de Antuco, y el de la Villa Rica, pero ni el uno ni el otro, con aquella actividad que antes tuvieron. El de Antuco está unido con la sierra Velluda, monte elevadísimo; ambos mantienen la nieve en su cima por mucho tiempo. El volcán es de arena gruesa, y el otro de peñasquerías, y entre los cajones que forman estas rocas se perpetúa la nieve.

Las partes inflamables de que se componen aquellos terrenos son la causa de los temblores frecuentes que experimentamos en Chile, y los indios aseguran los sienten muy fuertes. Pero ellos tienen la ventaja, que nada temen, porque no experimentaron ruina por ellos, ni usan edificios que puedan venirles encima: se ríen de ellos, diciendo, que se sacudió el caballo.¹⁰

El suelo es allí tan limpio como el aire. No se encuentra vívoras, ni serpientes, osos, lobos, ni tigres, ni otra especie alguna de animal venenoso; ni aun sapos, ni ranas conocen aquellos indios, si no los vieron en las humedades de nuestras fronteras. Sólo hay leones, pero cobardes como los de nuestros bosques, que huyen de las gentes, y se alejan de las poblaciones, y lugares que se trajinan. Ninguna suerte de insectos infesta el aire, sino algunos zancudos; y por último ni aun piques hay, para que gocen de la misma

¹⁰ En Mamilmapu no se sienten los temblores.

comodidad en esta parte que disfrutamos los del obispado de la Concepción.¹¹

Así, pues, como desde Talcahuano se viene insensiblemente subiendo hasta la cima de Pichachen, desde ésta se viene insensiblemente bajando hasta este río, y presumo seguirá el descenso hasta la misma capital de Buenos Aires. Aquellas aguas corren todas hacia el poniente, introduciéndose, ya al río de Laja en su carrera, ya a la laguna de su origen. Éstas corren hacia el oriente, abultando al estero de Ringuileubu, que concluye al río de Neuquén.¹²

Son muchos los ríos menores que descenden para esta parte de la cordillera, o que se forman de aquellas fuentes en los terrenos de los peguenches, y de que hasta ahora no había noticia. El diario la da exacta, puntualizando todos los que hemos pasado, pero mi deseo se extendió a indagar los demás, que se comprenden en los espacios que poseen nuestros peguenches fronterizos, y según las noticias que me dieron, son las siguientes: ¹³

De la cordillera de Pichachen, como en el diario expongo para esta parte, corre Ringuileubu, y le entran de norte a sur (además de los que allí digo le confluyen de sur a norte) Franleubu, Guanleubu, Moncol, esto es hasta Butacura, independiente de muchos arroyos de poca importancia que desde allí, hasta las juntas con Neuquén, que son a distancia de tres leguas al oriente, se le introducen de sur a norte, Nirri-leubu, Coyaque, Chacayco y el Tocaman, compuesto de muchos esterillos.

¹¹ Desde que se pasa de Mamilmapu, ya dicen los indios hay víboras, pero no cuentan de su veneno, ni de las contras; pero sí les temen embravecidas.

¹² Sigue el orden hasta Buenos Aires.

¹³ En Mamilmapu no hay ríos, sino aguas detenidas.

El río de Neuquén viene de norte a sur, al pie del poniente (por el lugar de la Capilla) de la cordillera de Puconi Maguida, o Chollol Maguida, como otros dicen, y descabezándola para tomar su curso hacia el levante, recibe a distancia de tres leguas de Butacura, como dije, a Ringuileubu, y luego al Tocaman.

En ese atravieso a la capilla le entran a Neuquén, de poniente a oriente, Rarin-leubu, Lig-leubu, Butale-leubu, Tubanco, Duguegue, Iguera-leubu; y de oriente a poniente, Millancehico, Gutalon, Barbarco, Itaylinco y Pichi-barbarco.

Como he dicho, Neuquén desde las juntas de Ringuileubu, y el Tocaman, toma al oriente hasta salir de los Andes, y en esta carrera desde aquel punto, se le introducen por la ribera del sur, Buta-leubu, Raqueco, Triuquico, Taquimilá y Pichi-Neuquén, que es el estero de las Salinas Grandes desde cuyas juntas se le incorporan, el río Maculeubu, que baja al oriente de las cordilleras, desde cuya incorporación, ya Neuquén se titula Macum-leubu; cuyo nombre disfruta el espacio de cincuenta leguas hasta juntarse a Limay-leubu. En todo este intermedio sólo le entra a Mucum-leubu, el río de Cubunco, y esto es a distancia de legua y media de haberse juntado con Neuquén.

Volviendo a Neuquén en las juntas de Rinquileubu, de norte a sur, le entran el río Cudi-leubu, que se forma de los esteros Burinechinguí, Quilmague, Daquen, Coritun, del Azufrado, Trincanmatal, y de Ligcó.

Más al oriente, a distancia de tres leguas, se le introduce el estero de Tilqui, y otros muchos de menos consideración, pues hay tantos arroyos en aquellos montes, como quebradas o bajos tienen los cerros, y en todos ellos hay mallinares. Todos estos ríos y esteros que he nombrado, los he conocido, o vi sus embocaduras, y muchos de ellos

pasado, como se verá en el diario; a excepción de Richi-Neuquén, y Mucum-leubu, que es el río más grande que nace al oriente de estos montes que quedaron al sur.

Nadie podrá dudar que Neuquén, desde las puntas de Cadi-leubu, sea navegable de embarcaciones menores; y por él sería fácil introducirse a Limay-leubu, y por éste, hasta la costa patagónica.

De Tilqui para acá, tenemos los esteros de Auquinco y Tril, que se resumen, el primero, en una laguna salada, que ya he ponderado en el diario, y el segundo, en la vega de Tril. Más a esta parte, a distancia de seis leguas veintiocho cuabras, está el famoso Cobu-leubu, que es río de tanta agua como Neuquén, y le entran de los Andes, hacia la parte del sur. Currimunin-leubu, Collimamil-leubu, Ranguilco-leubu, Liucuyum-leubu, Coiqueio-leubu y Yammechi-leubu. Este río toma al oriente desde que se desprende de los montes, y lo venimos costeando a una vista, hasta cerca de Puelec, desde cuyo lugar, toma su curso al sur, para la costa patagónica, y aseguran todos los indios prácticos, que sin disminución se introduce a la mar.

Entre las demás que tienen por suyas estos peguences, cuentan los ríos Trapa, Uñodquin, Uyese, Quirco, Gueyca, Pichicobuleubu, Malalque-leubu, Guatachacayco, Pilaguanco, Nubulco, Palaunelu, Chacayco, Ailon, Papacayo, Llobcha, Liguaranca-leubu, Ruquin-leubu, Llimalal, Guraco, Munulco, Tricalmal y Chadileubu. De alguno de éstos se forma el estero del Pino, que corre para la laguna de la Laja, por entre las cordilleras del poniente. De otros se forma Picho-Neuquén, y Mucum-leubu, y de los otros Cariguenaque-leubu, estero que divide a los guilliches de estos peguences, y entra a Limay-leubu.

Todas las aguas de estos esteros, a excepción de Augumeo, Pechineuquén, Triuquico, Tril y Colu-leubu, que son

salobres, las demás son frigidísimas, dulces, delgadas, y muy cristalinas. No puede uno verlas sin que muevan a tomarlas, y puede hacerse con satisfacción, que no harán daño. La más especial calidad que tienen, es el ser diluyentes, y en tanto extremo, que conforme se bebe, se come. Las aguas de Chile son ponderadas, pero la mejor de todas ellas no iguala a la peor entre los montes: todas ellas corren por sobre cepas de apio, y en sus vertientes es tanta la abundancia que hay de esta saludable yerba y su fertilidad, que en muchas partes estorba para andar con franqueza.

Con sólo esta noticia, de las muchas y bellas aguas que riegan aquel país andino, y que no hay duda, la mayor parte de ellas sean de minerales, puede inferirse su salubridad, amenos prados y deliciosos sitios. En todo el atravesado de cordillera no vi otra laguna de consideración, que la de Laja. Ella es un estanque de agua profundísimo, cual puede considerarse la detienen montes, hasta subirse por ellos, para lograr del copioso derrame que se llama río de la Laja; porque revienta sobre lajas, y la mayor parte de su caja se forma de ellas. A esta laguna le entran una porción de esteros, que entre todos deben formar igual cuerpo de aguas, al que contiene dicho río; pues ni tienen motivo para resumirse en aquel lugar, ni otro desagüe. La laguna es de agua clara, dulce y muy fría: continuamente está en movimiento; su circunferencia será de diez a doce leguas, pues hacia el norte, noroeste y este, hace entrada de mucha extensión a las sierras. Todos aquellos montes son asperísimos y de peñasquerías inaccesibles; pero ponderan los indios que entre ellos hay valles primorosos, a los que suelen introducir caballadas para que engorden. En la costa de esta laguna noté un sinnúmero de langostas muertas, del tamaño de un palmo. Pre-

gunté, que si se criaban por allí, y me contestaron que no: que serían provenientes de las pampas, en alguna manga que le tocó caer en el agua, y con el flujo salió fuera. Ya dije en el diario, que en el Tocaman había dos fuentes de aguas termales, en las que se bañan los indios, y sanan sin más unción de sus quemaduras, que voluntariamente se hacen para guardar el fuego (que ya explicaré en el tratado de costumbres), de los granos de que se inficionan por su imponderable mugre, y aun de la vista que regularmente padecen. Pero antes de llegar a estas aguas hacia el norte del abra de Pichachen que pasamos, me han asegurado estos indios, el dragón de Baeza y el capitán Jara, hay otros dos baños casi juntos, que el uno es de agua hirviendo, donde echan los viajeros tronchas de carne, y se cuecen muy pronto; y que a los pasos de ambos pujios sale un arroyo de agua fría.

Azufradas también las hay en otras muchas partes, pues por el camino que gira río arriba del estero del Pino, para los pinares, se encuentra un monte que por muchas partes brota azufre limpio, y por sí purificado, de cuyos minerales sacan en costales, y se podrían extraer todas las cantidades que se quisiese.

Este monte, me han dicho, está lleno de arroyos, y todos con el gusto a azufre. El estero que se introduce a Cudileubu antes de llegar a Tilqui, desde más de una cuadra de distancia, al llegar a él, ya se percibe el olor a azufre; y es tanta su composición, que noté al pasarlo por las chispas que saltaban a los estribos y botas, en el momento se cuajaron.

Siendo en mi concepto la mayor abundancia de minerales en los Andes, cuanto más al oriente se hallan, son también de peor azufre las aguas; y así desde Tilqui, ya son desabridas o salobres.

Lo mismo es este río de Chadileubu, cuyo nacimiento es de la cordillera llamada Ocupal, que está más al sur del lugar de Cusa, por donde corre el Diamante. A este Chadileubu, me ha dicho Puelmanc, se le introducen en los montes los esteros, Pelaguen-leubu, Chacayco-leubu, Pichamalal-leubu, y Lober-leubu, y que en toda la travesía de la pampa sólo le entra Potrol, más al sur de este sitio, cerca de las juntas con el Diamante. Según la descripción que hago en el diario de los ríos, debe inferirse, que éste es el de mayor cuerpo, pero regulo que no es por razón de sus aguas, sino del sitio que tiene poco descenso, y así está alagunado. A distancia de cinco leguas de este punto se junta con el Desaguadero, al cual se le incorpora dicho Diamante. En toda esta costa hay lagunas que se originan por derrames del río.

Pasando los que me restan, y que los reconozca, expondré lo que sienta sobre el lugar que deba preferirse para el tránsito, a fin de ahorrar pensiones a los viajeros.

En todos los montes, y aun en los intermedios hasta este río, se encuentran muchos cuerpos marinos, ya calcinados, ya petrificados. Estas cualidades no sólo se notan en las superficies de los Andes, sino también en profundidades de bastante consideración, como se ve en los derribos de los torrentes. No debe quedar duda, por estos indicios, que las aguas del mar tuvieron mansión en todos estos terrenos.

El cordón de los Andes, que se dice compuesto de tres líneas, yo lo he visto, y con suma atención, que se compone de innumerables, y son unas serranías inexplicables e incomprensibles a un hombre. Sólo puedo decir que es una cadena de cerros, que tan presto ve uno una cordillera que corre de norte a sur, como andando unas pocas cuadras, la ve de oeste a este. Y en fin, yo no atravesé

otra cordillera que Pichachen y la de Cocholmaguida, y por una y otra parte del camino vine dejando montes sin orden en altura ni en dirección, porque unos se unen con otros, y otros están separados.

Entre la infinidad de sierras, es cierto que apenas habrá alguna que no oculte primorosos valles, aguas y minerales útiles. Hay muchas enteramente de yeso, otras de talco, otras con vetas de piedra cardenillo, otras de calcáreas, de cristales, de pedernales, de piedras férreas, de jaspes y con muchísima frecuencia de todas clases de canteras.

Desde Neuquén hasta Tilqui hay muchos minerales de carbón de piedra, y por todos los cerros materiales volcánicos. Todas estas minas están, en vetas que de uno a otro cerro trascienden, y se hacen tanto más armoniosas, cuanto más se manifiestan a la vista. Son comunes también las buenas gredas: de ellas trabajan las indias ollas para cocer sus comidas, y tinajones para que fermenten las chichas: unas y otras piezas son de mucha consistencia. También me aseguraron había olorosas, de color entre amarillento. Lo que yo vi fueron tierras suaves coloradas, negras, amarillas, blancas y azulejas, todas finísimas, y que se desprecian como de peor condición.¹⁴

Para hacer narración de las clases de piedras que allí se ven, sería necesario formar un cuaderno voluminoso, y así sólo daré noticia de las más notables, que son negras y lustrosas como el azabache por todas partes con recortes, en la que parece anduvo el arte: otras blancas calcientas, con el centro de un pedernal finísimo, y éste hermoseado con venas encarnadas, azules y blancas. Otras redondas y

¹⁴ Hay gredas en Mamilmapu, y de ellas forman sus vasijas las indias.

areniscas, en cuyo interior tiene de alma un caracol de piedra más sólida, de color negro: otras blancas con una porción de engranujado o de color blanco o verde, y entonces relucientes, o encarnado, y entonces como coral: otras de cristal finísimo, y de figuras particulares. Son tan comunes estas minas de piedras por el cajón de Cayden, y desde la Capilla hasta fuera de los Andes, que sería gastar tiempo determinar con particularidad los lugares.¹⁵ Muchas veces euve que pensar sonaba campana, por haber tropezado mi caballo en una piedra; no es ponderar, pues las hay tan llenas de metales, que dando las unas con las otras, resulta un eco tan sonoro, como el de una pieza de cobre, o una platina de hierro. De estas piedras hay mezcladas extensiones grandes. De los pedernales finos no se hace allí caso, pues los hay en abundancia de todos colores y clases: de piedra redonda, a manera de balas de todos calibres, hay tres cerros, uno en Trueco, otro en las Salinas Grandes, y otro por la Capilla.

En el diario, he dicho la distancia de la ruta, en que quedó el poderoso Payen, y el monte de Chachaguen. Los peguenches aseguran que en éste está el otro de manifiesto, como allí expreso, y que en su cima o espinazo, hay una barra de oro macizo bien gruesa. No me faltó voluntad de haber pasado a este cerro, que está solo en el campo fuera de los Andes, pero no lo hallé por conveniente, por no manifestar interés a los indios.

Los minerales de sales, descubiertos hasta ahora, son muchos. Los más conocidos y frecuentados son el de Yuquiscó, que es de sal de piedra subterránea, y supongo que su extensión será mucha, porque la boca-mina está

¹⁵ Todas clases de piedras son muy escasas en Mamilmapu para los laques que usan.

cerca del río Neuquén, y el estero que riega el valle, sale de una loma a distancia de más de una legua; que siendo salado, como lo es, de su origen, puede muy bien ser, porque la mina alcanza o pasa de su nacimiento, y las de Pichineuquén, en donde se recoge la sal sobre la superficie de la tierra; pero se halla en tanta abundancia, que es inagotable, porque conforme la extraen, se reproduce.¹⁶

Antes de la sublevación del año 70, tengo noticia que en todo el obispado de Concepción no se gastaba otra sal que ésta, y también que entonces no se conocían allí las diarreas de sangre, que hoy matan a muchas gentes.

El origen o causa de esta enfermedad, se supone así por la sal de Guacho: yo tengo entendido lo mismo, porque entre los indios es hasta ahora desconocida semejante dolencia; y en la frontera muy poco común. También he notado en dos capitanes, que enfermaron en los Ángeles de diarreas de humor; y habiéndolos llevado a Concepción, para mejor curarlos, se les pasaron a desangre, y perecieron al muy poco tiempo, como se acostumbra la sal nociva.

El consumo que hace el obispado de Concepción de sal de Guacho es grande, y sería muy útil el tomar providencias, para que se extrajese otra cantidad de estas salinas, a fin que de ésta sólo se gastase.

Nada difícil sería extraer esta sal de cuenta de su majestad y justipreciándola al precio que se vende la otra, tendría el erario una entrada considerable, se daría mejor salud al público, y quedaría la utilidad en nuestra patria, a quien la Providencia le deparó estas minas.

Yo bien presumo que este axioma no será bien recibido,

¹⁶ Hay también salinas en las Pampas, y las aguas las más de ellas son salobres. De estas sales consumen estas provincias, sin embargo de la multitud de gentes que la habitan.

ya por algunos interesados en el comercio, ya por los que se pensionarían en la expedición a Salinas, y que dirán que el principal renglón que los peguenches tienen para permutar trigo, es la sal, y que sacándose del modo proyectado, no tendrían ellos este comercio, y así que no lo permitirán.

Satisfago; los peguenches son racionales y muy interesados a su bien y utilidad. Hágaseles ver el proyecto y asegúreseles cambiar por trigo de cuenta de su majestad, toda la sal que sacasen hasta a Antuco, y verán que admiten el partido de muy buena gana, porque así se privan de andar de casa en casa, y en buenos términos de no ser estrechados para malbaratar su efecto. A su majestad le costará allí el trigo a 4 reales fuertes, y siendo la costumbre del cambio, saco de trigo por otro de sal, tiene más cuenta al erario esta permutación, que las sacadas de las salinas. Lo cierto es que el ingreso sería grande, y que el proyecto produciría otras muchas utilidades a la corona por parte de los indios.

Al principio del diario, cuando hago relación del reconocimiento que hice de la escoria que tapó el camino antiguo de Prancoyan, expongo que noté en ellas mucha parte de sales, a manera de piedras cristalizadas de color amarillo, y son más frecuentes en costras, y en florecencia por casi todos los montes, hasta donde alcanzaron las cenizas volcánicas.

Todo el terreno de los Andes es salitroso, y se deja ver, porque los animales apenas dejan de comer, cuando toman alguna playa para lamer, cuyo ejercicio es comunísimo en caballos, vacas y ovejas. Desde la orilla de Neuquén hasta este río Chadileubu, no se ve bajo que no tenga una pulgada de grueso el salitre sobre el haz de la tierra, y de consiguiente agua que no tenga su composición.

Por el lugar de la Capilla se encuentra un monte de polcura, y según afirman los indios, hay otros muchos. Ésta es una piedra aluminosa entre cristalizada, de grano fino de color pálido y sabor vidriólico, con que preparan a todo paño para que tome el color perfecto del tinte que quiera dársele. Así también hay otras minas de piedras cardenillos entre verdosas del mismo color.

También se encuentran minerales de peces o breas, materias de que usamos en Chile para embetunar nuestras vasijas de vino, a fin de que no se pasen.

Siendo toda la cadena de los Andes un terreno, cuya mayor parte se compone de materias metálicas (según aseguran los naturalistas) en opinión de los mineralogistas deben ser estériles. Lo son en mucha parte, pues las sierras están desnudas, y sin otra cubierta que algunas matas de coyrones, y arbustos espinosos descoloridos y lánguidos. Cuanto más al oriente se camina más notable, es esta infecundidad, y sólo los bajos y planes son los amenos y fecundos.

Según esta razón, en los valles no habría mina, que sería cosa rara, por ser todo un terreno; pero infiero no debe suponerse, porque la causa que ellos dan para la infecundidad de las tierras minerales, es por los nocivos vapores que exhalan, pero como éstos en los bajos deben contenerse por las continuas humedades, riegos y demasiados rocíos, no puede damnificar con vigor a los vegetales. También no estando las minas en el haz, y siendo mucha parte de los terrenos de los bajos, de los rodados de las alturas, deben irse anualmente en éstos profundizándose más los materiales metálicos, y por consiguiente debe ser más difícil despedir sus nocivos vapores, desde que se encumbra a una luna que da vista al delicioso valle de Auquenco. Ya todo el oriente de los Andes se reduce a lomas bajas, y

las más de ellas estériles y pedregosas. Así muchos cerrillos desde lejos manifiestan el color de sus tierras, y como son tan diferentes, esta variedad presenta tal gusto a la vista que sirve de entretenimiento.

Todos los arbustos que en la estación había, estaban ya sin hojas, por cuya razón no explico su figura, para el mejor conocimiento, como que son muchos desconocidos en Chile. Es comunísimo entre los españoles ponderar las actividades de las yerbas medicinales de la cordillera, y es cierto que con este título se llevan a Concepción la canchalagua, naneu, violeta, doradilla, zarza, etc. Pero me he desengañado ahora que éstas ni otras yerbas de este rango se crían en las sierras, sino en los montes del poniente cuya extensión es vasta, y se componen de las mejores y más elevadas maderas. No por esto faltan otras medicinales. La más común, y que se da con más fertilidad es el apio; vi vástagos de más de dos varas de largo. Todas las aguas corren sobre piedras, pero aun sobre éstas se hallan muchísimas matas.

Hay algunas malvas, trébol, del arrastrado que llamamos gualputra, y del elevado parecido a la alfalfa, que sólo se distingue en la flor, que la tiene éste amarilla. Es consiguiente el alfilerillo que siempre anda unido con la gualputra, y esto depende sin duda de los terrenos. Es yerba aromática, y de un gusto agradable entredulce: no hay pasto que engorde más a los animales que el alfilerillo; es medicinal para curar fístulas, llagas etc.: aun en el peor estado; y cuando los caballos están lastimados en el lomo, con sólo revolcarse en el alfilerillo sanan. Esta virtud, que sólo la presume el abate Molina, se ha descubierto de poco tiempo a esta parte, por eso la anoto. Se encuentra en algunas partes ortiga de la común, y en muchas de la

brava. Entre los mallinares, que es una especie de pajilla delgada, se ve llanten, paco y yerba-buena.¹⁷

En las poblaciones que han sido de indios, se hallan mostazales, algunas frondosas matas de trigo y cebada, así como otras de tomate y ají. No debe esperarse el que se multipliquen, porque como los indios se mudan con todas sus haciendas, y para aquerenciarlas al lugar, las mantienen muchos días en inmediaciones de sus toldos, los animales las desolan y consumen, ya comiéndolas, ya trillándolas.

En algunas quebradas de los montes, vi alverjilla silvestre, pero es especie distinta de las alverjas que nosotros usamos. Hay también en los bajos, sanguinaria, verdolaga y mucha romaza blanca y colorada, carizillo, y duraznillo, todos purgantes.

Los demás arbustos, que se encuentran cerca de los arroyos, están entretejidos con relbun boquisillo, útil para los tintes colorados.¹⁸

En partes señaladas, dicen los indios, hay poquil, que es otra tinta para amarillo y verde, y también muy pocos maques, de cuyas ramas usan para teñir negro.

Los pangues son comunísimos por todas las humedades, y en algunas playas areniscas se halla payco. Esta yerba es más común fuera de los Andes.

Para sus tinturas se valen de la polcura, y relbun para el colorado. Del robo pangue-manques, y de una enredadera, que llaman quintral, para el negro del añil, que lo

¹⁷ Es muy común en las tierras de Mamilmapu el trébol, gualputra y alfilerillo aromático, pero el pasto coyron es el que cubre generalmente los campos.

¹⁸ No se ha descubierto hasta ahora el relbun por los habitantes de Mamilmapu.

compran entre nosotros, para azul y verde, con la distinción, que para el verde dan con añil a los hilos un color sajón, y de esta suerte los echan en la tinta de amarillo, y cogen verde, o al contrario de amarillo los echan al añil, y salen verdes. No usan más colores en sus manufacturas o tejidos que estos cinco.¹⁹

En Butacura, Triquico, Tocaman, Cudileubu, Cobuleubu y Puelce hay mucho carrizo, en cales y pajales. De éstos se hacen los techos de los ranchos en todo Chile, los aparejos para mulas, las esteras de cama, etc., y en las costas de este río, son montes inmensos los que hay de estas pajas.²⁰ Los arbustos en todos los Andes, y en todos los campos hasta este río, abundan, y en partes son montes espesos, que sería necesario rozar para las rectilíneas.

Todos son de madera tiesa, enjuta y dura; y tan espinosos que como no los atiendan, ya se hacen respetar, dejando en las carnes o ropa señales de su bravura. Así son todos de consistencia para el fuego, y aunque no tienen corpulencia para estaquerías de cercos, se podrían formar de ellos quinchas, que serían muy respetadas de los animales. Las clases de arbustos son romerillos, rarales, chacayes, pichis-gualles, yaques, collimamines, quilos, cuparra, caman, treuten, curimamil, miqui, sanqui, quitreu y soyes.²¹

¹⁹ Todos los indios compran los tintes a los peguenches y guilliches, y principalmente los de Mamilmapu y pampas.

²⁰ Desde Chadileubu al Levante, abundan mucho más el carrizo, enea y totora, para los ranchos.

²¹ Los arbustos de Mamilmapu, son el chayin, que da un fruto rojo, parecido a la muntilla; olcoyes, que es una especie de retamilla; pataguas, que es un arbusto fornido para el fuego; el durazno, que es otro que da un fruto como nuestros duraznos pelados; es amarillo y dulce, y lo llaman los indios uvas, soyes

De éstos dan frutos los soyes, unas vainas que encierran unos porotillos, el trenten una especie de uva dulce, y los michis un grano parecido a la murtilla. De todas hacen chichas, restregándolas en agua tibia, y dejándolas en unos vasos de greda para que fermenten.

En toda la cordillera no hay otros árboles, que pueden servir sus maderas para fabricar, que los leyngas, llaullakis, guifones, maitenes y sauces. Los leyngas dan unas bellotas parecidas a las de los robles, que comen los indios. De las tres especies de árboles primeras, sólo se encuentran desde el Volcán hasta todo el cajón de Pichacheu al oriente, y de las otras, por todas las costas de los ríos.

Desde Puelce hasta este río, se ven algunos árboles de chicales, pero no de mucho cuerpo: su color es verde limón, y de él goza hasta la corteza del tronco, por lo que es particularísimo; da una fruta como avellana, pero con hueso, y cierto manjar entre el ollejo, que estando cocida, es bien agradable: también en este intermedio hay algunos espinillos o quiscos.

Ninguna especie de gusanos vi en los montes, por más exámenes que hice de ellos. De insectos, sólo conocí una mariposa, toda verde, con el centro blanco; esto fue en Rimemallin; y aunque madrugaba mucho y en toda la noche vigilaba el estado de mi gente, jamás columbré ni una luciérnaga; sólo los zancudos abundaban, y mucho más desde que sale uno a las llanuras.²²

Todos los ríos tienen cauques, lisas, truchas y pochás, y treca. De todas las semillas hacen chicha. Los árboles son espinillos, quicos, chicales y chempil, mamil. Ni éstos, ni los arbustos tenían hojas para poder explicar su figura.

²² Lo mismo digo de los espacios de las Pampas, solo sí vi muchas hormigas.

este pescado es de particular gusto, como que se cría sin lodo, y entre piedras: la espina sí la tiene más tiesa, que el que se cría en el mar, lagunas o ríos remansos, porque entonces no tiene que pugnar con las corrientes, como entre los montes.²³

Los pájaros son escasos en los Andes; sólo vi cóndores, gallinazos, taros, águilas y halcones: una u otra avecilla de las menores reparé, y de ella doy noticia en el diario, como cosa particular, y de las gallinas entre los indios.

Desde que sale uno de los montes, ya encuentra infinidad de perdices; las hay de tres especies, mayores como una gallina, menores y mínimas. Las menores son de carne regular, pero las demás desabridas y pajizas. En Chile no son tan abundantes, pero allí es la perdiz una de las aves más particulares que se conocen, no sólo por el buen sabor de su carne, sino porque tiene también cierta fragancia que llama al apetito.²⁴

Patos se encuentran en todos los ríos, lagunas y humedades, pero mucho más cisnes, coscorobas, garzas, flamencos y gaviotas. Jamás vi, ni en las costas del mar, tanta pajarería. De todos, el más apreciable es el cisne, por lo fino de la última pluma que tiene desde la pechuga hasta el vientre inclusive. Da una piel de más de tres cuartas de largo, y de tercia de ancho; es propia para regalillos, y otros destinos que las mujeres saben darles.²⁵

²³ En el río Chadileubu, hay mucho pescado, lo vi en diferentes veces; y una ocasión que se tendió la red, que ya estaba en pedazos, salieron tres cauques hermosos.

²⁴ Perdices son comunísimas, de las tres clases.

²⁵ Todas estas especies de aves, son más comunes en las Pampas: en todas las lagunas se cubren de ellas, y los campos están llenos de torcazas, tordos, cotorras, y de cuantas aves hay en Chile.

Todos estos naturales son afectísimos al plumero, o como ellos dicen, perquin, que es un penacho de plumas blancas, amarillas y coloradas, lo más común. Los trabajan de plumas de los avestruces, y son muy sueltas y finas, las que dan por los muslos, vientre y otras partes del cuerpo.²⁶

De las aguadas de los Andes, y aun de los mallinares más húmedos toman los indios, con perros, muchos guíllines o chinchimenes que son una especie de gatos marinos, cuyo pelo interior es tan fino como la seda, y no menos suave. De este pelo se fabrican sombreros tan finos y durables como los de castor que traen de Europa.

Hay otra especie de gatos monteses de color aplomado con manchas negras. El pelo no es tan suave como el de los guillines; hay también coipus entrepardos, quiques, guiñas, y muchos chingues o zorrinos. De las pieles de estos animales forman los indios sus sobrecamas o cobertores por medio de unirlos, cosiéndolos unos con otros, cuya operación hacen las indias. Como todos son distintos, así en colores como en especies, forman un matiz bastante agraciado.²⁷

Todos estos animales corren poco; y por medio de los perros los toman con facilidad; y es de notar que el chingue es el más manso de estas especies, lo que atribuyo a la aventajada arma que trae consigo para defenderse. Ésta es de un humor fetidísimo que despide, desde que se ve acosado, pero es tan activo que infesta todo el contorno.

²⁶ El mismo uso hay entre los indios de Mamilmapu, pero aunque en las Pampas hay multitud de avestruces, la pluma no es tan fina como la de los Andes; y así compran de ellas los plumeros.

²⁷ Más abundan acá estos animales, y aun el mismo uso de sus pieles.

Los perros se recelan de ellos por esta causa, pero a fuerza de alentarlos los indios, se acercan, y con su ayuda los vencen; y los indios no se incomodan con estas pestilencias; así andan por lo común tan fétidos, que no es posible aguantarlos, y fue una de las incomodidades que me acompañaron en todo el viaje, porque fueron muy pocos los días que no hicieron presas de estos animalillos.

Ya he dicho que en los Andes hay leones bobos; los hay también por todo el camino de la misma clase, y en este terreno he visto muchos rastros de ellos.²⁸

Cuatro especies de animales que se guardan bajo de concha, conocí desde los montes hasta este lugar, a saber, quirquinchos, peludos, mulillas y matacos. El abad los nombra, picos, peludos, mulitos y bolas; todos son de carne delicadísima, especialmente asados. También hay tortugas en los llanos.²⁹

Vizcachas hay por todos los campos, venados o pudas, infinidad de guanacos y marras, que son liebres, y en los montes algunos huemules. Las pieles de todos son útiles.³⁰

En las riberas de este río Chadileubu, y del que se le sigue, hay muchos cerdos alzados, su origen es ignorado, pero con atención a que estas tierras son habitadas de indios, desde inmemorables tiempos, según me han dado razón los peguenches, habrán procedido de algunos que dejaron en sus mutaciones.³¹

También dicen hay otros animales que nombran oop, cuya corporatura es como la del perro, pareciéndosele

²⁸ Los hay de la misma clase en las Pampas, y algunos tiques también.

²⁹ Es más frecuente encontrarlas en estos llanos.

³⁰ Abundan más en las Pampas.

³¹ No comen cerdos estos indios, ni los tienen, pues yo les di jamón, y apenas lo probaban algunos.

también en la cabeza, hocico, patas y cola, y las orejas de vaca; ponderan que la lana que le cubre, es como la de oveja, de una cuarta y más de largo, muy suave, y de color encendido o alazán.³²

Los peguenches tienen crías de caballos, vacas, ovejas, cabras, gatos, y varias razas de perros. Todos estos animales son de mayor corpulencia que los nuestros, y la causa es, las mejores aguas, pastos, y más extensión que gozan, pues siempre están remudando campos en que talar yerbas nuevas y sin trillarse. Estamos en Chile persuadidos, que estos caballos peguenches, son de mala calidad; esto es torpes, flojos, y muy mal enseñados; pero ya he conocido lo contrario, porque he visto caballos muy lindos, ágiles, generosos, y de bellas propiedades. Lo que ellos hacen es vender los que no les sirven, ni les parece bien, y de aquí resulta la mala opinión en que están estas castas.³³

Entre todos los montañeses, es el indio más rico el cacique Treca: tiene mucha hacienda y el cuidado de mantener divididas las manadas de yeguas según los colores, y lo mismo el ganado lanar. Este indio es afable, de rostro agraciado, callado y amigo fiel de los españoles; pero no por esto deja de tener las demás propiedades de los indios.³⁴

³² Confirman la existencia del Oop estos naturales.

³³ Estos habitantes de Mamilmapu y Pampas, tienen las mismas castas, pero son de menos cuerpo e iguales a las nuestras de Chile, y especialmente muchos caballos ágiles, delgados de cabeza y de manos: vi varios opulentos, lindos y aguillillas.

³⁴ Estos indios ponderan de más rico a Millalen, otros a Carripilun, y otros a otros caciques. Carripilun nada tiene que le haga merecer este título, sino es su buen talento para ra-

Ninguna otra cosa digna de atención he notado desde mi introducción a los Andes, aunque mis luces son muy limitadas por haber acomodado esta descripción de modo que mereciera algún aprecio. Me queda el consuelo de que la he trabajado con buena voluntad, y que es tan verdadera, como que he traído en todos los días una apun-tación de los objetos que he visto y que he examinado. Con la misma prolijidad, he atendido al conocimiento de los naturales, a que se reduce el siguiente tratado.

ciocinar, y una arrogancia natural que lo distingue entre lo común de los indios.

TRATADO

*Importante para el perfecto conocimiento de los indios
peguenches, según el orden de su vida*

Por más investigaciones y diligencias que practiqué entre los caciques viejos y de mejores luces, sobre averiguar si tenían algún monumento o tradición de su origen, nunca pude descubrir de ellos en esta materia otra razón, que sus primeros padres nacerían en estos terrenos, así como debieron nacer los primeros de las otras parcialidades, que las contemplan desde su origen, diversas, sin más relación que la del paisanazgo. Por esta causa conserva esta tribu la desunión con las otras; y de unos en otros días se asaltan, maloquean o roban, sin que les reprima ni contengan las paces que celebran en los parlamentos generales de Chile, a que todos asisten.¹

Siendo igual en lenguaje con el de los guilliches, llanistas, y demás tribus, parece que en el establecimiento sólo sería una; y mucho más siendo una la fisonomía de todos,

¹ Desde tiempo inmemorial dicen los indios de Mamilmapu, los hubieron en sus lugares, pero no saben de dónde vinieron.

una la corpulencia, etc., según el conocimiento y noticia que de ellos mismos tengo.²

Aunque estos peguenches han sido ponderados por de mayor corpulencia, pero no es así, pues los he conocido a casi todos, y no vi uno que fuese más que grande, ni noté mayor corpulencia que la común entre nosotros y demás naciones. Sus aspectos son regulares y no tienen otra fantasía en corregir la naturaleza que en taladrarse las orejas para traer un aro de metal o de hilo colgado, y en pintarse la cara con diferentes colores.

Unos se cubren el rostro con una banda negra, dejando sólo libres las orejas y garganta; otros tiran por sobre los ojos y narices, hasta las orejas una línea de dos dedos de ancho, otros se afeitan los carrillos, otros se pintan sobre cejas y bigotes, otros el cuello y párpados de los ojos, otros sólo la nariz; y en fin cada uno a su antojo, dibuja en su cara lo que les parece más propio para estar más lindo: con este fin lo hacen según lo aseguran.³

Los colores que gastan en estos afeites son negro, colorado, azul y blanco, con la diferencia que el blanco no lo ocupan sino para echar algunas líneas a la orilla de los otros.

El negro con que se entintan es sacado de cierta piedra muy negra que llaman yama. Ésta la muelen restregándola una con otra, hasta que queda en polvo finísimo, luego le echan grasa derretida de cordero, con cuyo beneficio resulta una argamasa suave, renegrada y lustrosa. El color lo extraen de otra piedra que llaman coto, pero es color

² El lenguaje es uno, una la corporatura y fisonomía con la de los peguenches; sólo más rubios de pelo son éstos.

³ Los aros de las orejas, y el pintarse la cara, es más común entre los indios e indias de las Pampas, y las tintas las compran a los peguenches y guilliches.

más fino que el de tierra, el azul de otra, que llaman co-diu, y el blanco de otra que llaman palan: con este propio título invocan otra piedra amarilla, con la que dan color a las botas, morriones, coletas, etc.

Este uso de pintarse, o teñirse la cara es común entre hombres y mujeres. Aseguran hacerlo para parecer bien, y algunas veces por hacerse desconocidos, en cuyo caso gastan del negro, cubriéndose todo el rostro.⁴

La encarnadura de estos indios es por lo común prieta, inclinada a rojo, y debo decir que en su infancia no son tan oscuros, sino que se queman con los rigores del sol, aires y demás intemperies que sufren.⁵

Aunque la estatura de estos peguenches es regular de dos varas, poco más o menos, pero son más robustos, nerviosos y fuertes que los demás indios.

Ninguno vi deforme, pero sí muchos enfermos de la vista, que les debe provenir de lo afectos que son a calentarse en el fuego, y a bañarse cuando más caldeados están, y también por lo sutil y delgados que son aquellos aires, que reciben siempre calientes.

Su pelo es negro, pero las puntas tiran a rubio, la cara redonda, los ojos confusos, la nariz por lo regular chata, la boca mejor hecha y más chica que la de los peruanos, los dientes blancos y durables, las piernas musculosas y bien formadas, y los pies y manos pequeños.⁶

Son abundantísimos de pelo, y lo atraen de atrás para adelante, sujetándolo por medio de una faja, con que se circulan la cabeza por la frente que llaman tarinlonco. De esta suerte el dobléz de atrás les cubre un poco el cerebro,

⁴ Lo hacen con el mismo objeto estos indios.

⁵ Tienen la misma encarnadura.

⁶ No son éstos tan formados como los peguenches.

y las puntas les caen a la frente sobre las cejas. Para este tarinlonco suelen tener pañuelos europeos los más ricos.⁷

En los rostros de las mujeres noté una proporción casi igual al de los indios, pero siempre más finas, como lo exige el sexo. Ninguna vi de particular, algunas regulares, y una feísima, que fue el día que de Rimemallin pasé a la capilla, en cuyo camino encontré a la mujer Llanqueman: ella era negra por naturaleza, todo el rostro peludo, lagañosa, y de pésimas facciones, tanto que me espantó.

Toda esta nación vive sin cuidados ni fatigas; y siendo de complexiones fortísimas, como he dicho, por causa del temperamento, a más de los 60 años empiezan a encanecer: tampoco se arrugan, ni encalvecen hasta muy viejos. Hay muchos septuagenarios, y todavía conservan el rostro entero, la dentadura completa y la cabeza cubierta.

Cuando conocen cobardía son intrépidos y atrevidos, y tímidos y cobardes, cuando al enemigo suponen de más fuerzas, o de valor. La experiencia, con el frecuente trato de ellos, me lo ha enseñado. La guerra la miran como la última desgracia; y ésta es la causa por que sus malocas las dan a traición, y cuando suponen descuidado al enemigo. Todas ellas se dirigen a robar principalmente, y si encuentran desprevenidos y sin fuerzas a sus rivales, a acabarlos, a desolarlos, y a cautivar cuanto muchacho y mujer encuentran; en cuya presa ponen su mayor interés.

Son interesados, desconfiados y maliciosos; y es tan común, que parece el constitutivo de la nación. Cualquier regalo o dádiva que se les haga, es suficiente para conseguir de ellos lo que se quiera. Las chupas y demás obsequios que les hice, junto con la esperanza de que el señor

⁷ El traje es uno entre estos indios y los peguenches, y lo mismo en las indias sin la menor variación.

virrey les había de volver a regalar en Buenos Aires, fue lo que venció a mis compañeros peguenches para venir conmigo. Calcúlese ahora que importa lo que se les ha dado, y puedan recibir con las pensiones que son consiguientes a un viaje largo; las pérdidas de sus animales, y el maltratamiento de los otros, con los demás perjuicios que por su ausencia pueden resultarles en sus toldos. Cada día me preguntaban, lo que el señor virrey les daría; y que si no los regalaba; ¿que si los regalaría el señor capitán general de Chile; que si el rey sabría de su venida, para que los premiase; que les tuviese yo lástima, y les diese bayetas, paños y otras especies para lucir entre los suyos, y llevar a sus mujeres; y en fin, tantas cosas de éstas que poco tiempo les quedaba para pensar en otras. Yo siempre les contestaba con indiferencia, diciéndoles que lo que yo no podía dar, no podía asegurar; pero que me presumía que el señor virrey y mi jefe de Chile, los regalarían; y que en sabiendo de sus servicios, el rey mi señor les dispensaría gracias, por donde se hiciesen más respetados y memorables; pero para ello debían mantenerse firmes en su amistad, y ser fieles vasallos de su majestad. Con esta esperanza de día en día caminaban, pero siempre temiendo que no se les había de cumplir.⁸

Les encuentro razón, para el recelo y desconfianzas que tienen de nuestras promesas; y confieso que es efecto de nuestros malos e infames procedimientos con ellos. Los españoles que se internan de amigos, a sus terrenos, y los capitanes y tenientes que por lo común es gente ordinaria

⁸ Son lo mismo éstos, como se puede colegir del diario. Tienen en sus tierras muchos españoles cautivos, unos y otros que se ocultan, y éstos son nuestros peores enemigos. Carripilun tiene varios y entre ellos dos esclavos.

e ignorante, y de pensamientos ridículos, les dicen lo que no es, les prometen lo que no les pueden cumplir, les dan una cosa por otra, les venden otra por dos tantos más de su valor; y como después conocen haber sido engañados, de aquí resulta el recelo que tienen de toda la nación. Nuestros jefes, para tratar con los indios, se ven precisados a valerse de estas personas, que los conocen, que les tienen perdido el miedo, y les entienden el idioma. Pero tengo también observado que, dando los recados tergiversados, o por su ignorancia, o por su malicia, dicen lo útil de él, y nada de la sustancia: añaden promesas y concluyen con que si les concederán cuanto pidan y quieran. Esto es imposible, y aquí está que quedan descontentos e incrédulos para lo sucesivo. También la comisión les sirve de utilidad, porque como prometen tanto, les queda el blanco de pedirles: ellos largan con la esperanza de que por medio de los emisarios tienen que merecer, y como esto no se cumple o satisface, queda el indio quejoso, y no contra el comisionado, que se sabe disculpar, sino contra el jefe. Si por esa clase de gente no fuera, no serían capaces los indios de negarse a ningún proyecto nuestro, que si quiera les proporcionase mediana comodidad. Y en fin vuélvanse atrás los ojos y se verá que las sublevaciones de indios siempre se originaron por causa de los capitanes de amigos o de gentes ordinarias, y si posible fuera que nuestras ideas se les comunicasen por gentes de bien y de buenos conocimientos y tratos, se introducirían en ellos otros caracteres tan distintos, que se formarían nuevos hombres, pero esta afortunada mutación, según el sistema regular, me parece por ahora imposible.

El vestuario que usan estos indios se reduce a dos mantas cuadradas, de dos y media varas de latitud, y de longitud lo mismo, son tejidas de hilos torcidos, a semejanza

del barragán: para el diario comúnmente son azul turquíes, y para los días de lucimiento, con fajas de otros colores, que matizan varias labores que forman. La una de ellas, doblándole a lo largo más de la tercia parte, se la envuelven a la cintura, en la que la atan con una faja angosta, y llaman a esta manta chamal. Sobre esta atadura dan una lazada corrediza a una mancornia de dos piedras redondas, como de dos libras de peso, forradas en piel fresca de caballo, que las unen con una cuerda de dos y media varas de largo, lo que llaman laques o bolas; y la otra que tiene una boca en el centro, de media vara se la calan por la cabeza, para cubrir con ella todo el cuerpo, lo que llaman poncho. El chamal les alcanza sólo hasta la pantorrilla, y aunque muchos traen desnudas las piernas y pies; pero los más usan botas fuertes, que las hacen de pieles de gaymules, curtidas sobre frescas con cenizas, para pelarlas, y sobadas a mano, las dejan suaves como el mismo ante, dándole también el color de éste con la piedra amarilla, de que ya traté. Estas botas suelen hacerlas de las pieles de corva de vaca, caballo, etc., y es en esta forma. Descue- ran las piernas del animal, desde el músculo hasta la uña, la corva le sirve de talón, la caña de pie, y el músculo de pierna para la costura que deben darle. Usan en lugar de cáñamo o de pita, de los nervios del espinazo de todo animal, que las indias lo benefician: de esta suerte extraen los nervios, los ponen al sol, y estando casi secos los mascan con los dientes, hasta desunirlos y deshacerlos, como nosotros haríamos con la tascadera; y estando en estopa los hilan; pero es tan fuerte el hilado, que cosen con ellos los sacos, todos costales, y cuanto se les ofrece, y nunca les faltan sus maniobras para la costura. Regularmente andan con sólo el chamal, y lo demás del cuerpo en cueros,

o cuando más con el poncho rebosado, pues sólo para montar a caballo se calan el poncho.⁹

Son afectísimos a la chupa y al sombrero galoneado; éste se lo ponen sobre el tarrilenco, y aquella a raíz del cuerpo, con el pecho y vientre desnudo. El que tiene esta gala es tenido por rico.¹⁰

Son afectísimos al caballo, como que todo su ejercicio es en ellos; se sientan airosamente en la silla, y son diestrisimos y muy sueltos para correr, revolver, y hacer otras funciones. Los frenos y avíos son iguales a los nuestros, sólo los distinguen en sudaderos, tejidos de labores preciosas que ponen debajo de la silla, que cubre el caballo, desde la cruz y espaldillas, hasta los cuadriles ijares. En Chile, todos los campanistas o guazos, que así los llamamos, gastan estribos de madera, en figura de un triángulo, con un hueco en que entra la punta del pie, pero estos indios todos traen estriberas, o de alquimia, o de fierro, o de un palo elástico, que llaman pislo, del que forman un aro para cumplir. Raro es el peguenche que no tiene cabezadas aforradas en plata, y espuelas de lo mismo, hay muchos que tienen de estas alhajas tres, cuatro y cinco pares, granjeadas o por la permutación de ponchos, mulas, o vacas, o por los casamientos de sus hijas, o parientas o por despojo de los malones.

Todas las peguenchas son también aficionadas al caballo y muy jinetas, como que son las campanistas, y que ellas salen a las permutaciones con las cargas, y a las guerras a despojar, como diré con más explicaciones a su tiempo.¹¹

⁹ Es lo mismo entre éstos y el chamal; suele ser de paño de segunda.

¹⁰ Es lo mismo entre estos: y por una chupa, dan dos animales.

¹¹ No tienen la menor diferencia estas indias de aquéllas, ni

Estas indias se visten también con dos mantas, o turquíes o siempre rojas. Son éstas más angostas a proporción de la estatura que tienen; la una de ellas que llaman quedeto, se la envuelven al cuerpo: dejando la cruzadura para adelante, la prenden por sobre ambos hombros con unos alfileres, y les queda todo el cuerpo cubierto hasta los talones y los brazos desnudos; a la cintura se atan un cinto, de un palmo o menos de ancho, que llaman quepigue, cuyo cinto tiene su hebilla para apretar, y lo forman de anchiquiras falsas celestes, que nombran conos. Estas piezas es uno de los adornos en que ellas ponen más cuidado para su lucimiento, porque lo suelen matizar de varios colores de chaquiras. Teniendo el cuerpo ya adornado así, se ponen la otra manta sobre los hombros a manera de capa, que llaman iquilla, y éstas las prenden sobre el pecho con un agujón, cuya cabeza es un círculo de plata estirada que llaman tupo. A la garganta usan unas sartas de estos conos, envueltas en dos o tres ocasiones, a manera de rosario, hasta más de veinte sartas de llancatus de todos colores o chaquiras. En las muñecas de las manos pulseras, y en las piernas otras iguales de las mismas cuentas, que llaman quichiques. Para la cabeza trabajan un entrenzado de las mismas cuentas falsas o chaquiras que el cinto, manillas y carcarañales. Este enrejado tiene la forma de una concha de galápago o tortuga: lo nombran todo entero tapagué; pero para explicarlo lo dividen en tres partes, a saber, delantera, casco y trasera; a la delantera titulan tol, al casco tapagué, y a la trasera guillatol. Las tres partes tienen distintos enrejados; la delantera está hecha muy tupida, el centro más claro y en cuadros; la

en sus costumbres ni en ritos; sólo que algunas de éstas se visten de paño de segunda y están más llenas de chaquiras. El paño lo compran en las Salinas, y también las chaquiras.

trасera a manera de chirimoya o concha, y mucho más claro, así para que quede más suelto, como para que quede en cada extremo de la concha que hace la labor, que por una campanillita o un cascabel que haga al andar sonido. Del uno y otro costado del centro o tapagué pende todo sartas de hilo a las mismas chaquiras, que son para afianzar a la cabeza, y sobre el tejido de la delantera de chaquira de otro color, bordan una cruz, figura que les parece la más armoniosa, de esta alhaja o joya, que ellos aprecian en sumo grado; es consiguiente una caterva de varas de hilo a las mismas cuentas para envolverse al pelo, que lo practican en esta forma; y advierto que sus peines es un manojo de boquis o raicesillas delgadas de que nosotros usamos para barrer las casas. Con él se encarmenan ^{11a} bien todo el pelo, por medio de los dedos lo dividen en dos partes, y en este estado se calan el tapagué, quedando las dos sartas que dije, sobre las ataduras. Afianzan entonces aquellas sartas al atracado o ligadura del pelo, y con la otra multitud de varas de chaquiras ensartadas se lo van envolviendo hasta formar una cabal coleta, que regularmente les llega hasta una cuarta más abajo de la cintura. Para que estas coletas no tengan movimiento para adelante y les estorben al agacharse, les corren por la espalda otro hilo de chaquiras mezclado con cascabeles, con el que las usan. Cualquiera movimiento que hagan es una sonaja, y como la tienen por belleza, se mueven mucho más de lo preciso. Las coletas enchaquiradas llaman quitroque. Algunas que no tienen chaquiras para envolverse el pelo, lo hacen de quinchas tejidas de hilado, con labores a manera de cintas, en las orejas traen unos grandes zarcillos grandes de plata cuadrados, o unos aros; y en los dedos de las manos muchas sortijas. Todos los

^{11a} Encarmenan, desenredar el cabello.

ensartes que hacen, y tejidos de estas chaquiras son en los hilos de nervio, que son perpetuos, porque el hilo de lana sólo lo emplean en sus mantas y ponchos.

La nación peguencha se reduce a tres tolдерías, o más bien, vive en tres partes separadas, que se contienen en los grados 34 y 37 minutos de latitud sur. Los demás al norte, están al oriente de Maule, que son los Malalquinos; estos tratan con los españoles de Chile y los de Mendoza. Los de mediodía están al oriente de Chillan: éstos salen a Vilquico, Chillan y Tucapel; y los más al sur, son los que están al oriente del partido Guilquilemu y de los Ángeles, que los divide el río de la Laja, y éstos son los de Antuco, por donde he venido. Todas estas reducciones usan del mismo traje.¹²

Desde estos peguenches de Antuco hasta el Estrecho Magallánico, restan tres parcialidades de indios, que todas las llaman guilliches. La primera más inmediata a los peguenches, son los de Guerahueque, que es el general; los otros que se les siguen, los de Canigcolo, y los otros los patagónicos.

El traje de los guilliches de Guerahueque es el mismo que el de los peguenches, y el de los Canigcolos, unos al modo de los patagónicos, y otros al de los Guerahueque, según la nación con que más se versan.

El vestuario de los patagónicos se reduce a un braguero de piel de venado, o de otro animal de aquellas selvas, y una manta para arrebozarse, compuesta de muchas pieles

¹² Estos indios son tres parcialidades: los de Mamilmapu, que son los que viven en los montes de minas para acá; los de las Pampas, que son los que viven al oriente de estos montes; y los guilliches, que son los que habitan al de las Salinas, hacia la costa. Todos visten lo mismo: ls costumbres son unas; los guilliches con pampistas se maloquean.

que llaman lloyca. El de las indias, o un delantal que les cubre hasta las rodillas, que lo meten entre las piernas al sentarse, y a otras lloyca, igual a la de los indios que se la prenden al pecho, y luego a la cintura, y entre una y otra prendedura, sacan los brazos para su ejercicio.

Los guilliches de Canigcolo, con los magallánicos son amigos, y un mismo cuerpo para defenderse; y maloquean, como ya tengo referido en las noticias que doy en el diario; pero vuelvo a los peguences de mi tránsito.

Sus habitaciones son de pieles de caballo, cocidas unas con otras por medio de las cuerdas que de los nervios de los caballos sacan. Son en dos paños, y cada uno se compone de seis u ocho. Para armarlos ponen las indias unos horconcillos, clavados a sus fuerzas de menor a mayor; para que tengan descenso las aguas sobre la horqueta de los horcones, algunas varillas o cañas de coliu atravesadas; y sobre este armamento, tienden por una y otra parte el paño de pieles, que forman una carpa: pero con la distinción, que éstos quedan abiertos en la cumbrera para que salga el humo, por cuyo abertor, que es de una cuarta de ancho, entra el hielo y el agua. La vista que presentan estas habitaciones es feísima, y su interior incómodo, puerco y desordenado. Según las mujeres que hay adentro, son las divisiones, pero son deslindadas con sólo la piel de un caballo, o por medio de una varilla, puesta sobre dos horquillas. Sus colchones son dos o tres pieles de ganado lanar; sus cubiertas lloycas de guanaco, chinkes, zorros, marros, vizcachas, etc., y cada cosa de éstas brota grasa de caballo por todas parte, y una fetidez insufrible. El fuego lo mantienen de continuo adentro; la carne tirada sobre los pellejos o pieles que usan para sentarse, o para su cama, o para el caballo, y en fin aquello todo es una mugre y un desaseo. Las indias barren el toldo y el patio, pero

¿de qué sirve que no haya basura, si todo está fétido y pasado de grasa? ¿Así también de qué sirve, que ellos y ellas se bañen de madrugada todos los días, si sus cuerpos, sus pies, sus manos, brazos y cabeza están con unas costras de grasa, que no saldrían sino con jabón y agua caliente?

Estas habitaciones o toldos están juntos tres, seis, u ocho; por lo común el del cacique con sus mocetones, sus establecimientos son en las orillas de los ríos o esteros, y cerca de ellos mantienen sus haciendas, que las ven todos los días. Desde que ya están talados los campos se mudan a otro sitio, cuya mutación llaman quinantu: esta costumbre hace que el que más hacienda tiene, menos dure en un lugar.

De la constitución política y leyes de los peguenches

Esta nación, que se contempla independiente de las demás, no tiene con ninguna alianza estrecha, ni guarda subordinación a sus propios jefes, sino por un efecto de tolerancia, que a cada nada la atropellan.

Los más antiguos ancianos, o los más ricos, son los que se titulan caciques o guilmenes. Este título, que se granjean por sus hechos, si los de sus antepasados fueron también recomendables, brilla más en el sujeto. Por este orden, el hijo de un cacique, que no es valeroso, que no se hace rico, que no ha hecho hazañas meritorias, nada es, y se mira como un mocetón despreciable; y entonces el título de cacique lo hereda el indio de la reducción más guapo, de mejores discursos y comodidades.

Los caciques no tienen jurisdicción alguna para castigar ni premiar a nadie. Cada uno es allí juez de su causa,

y por consiguiente a nadie se tiene respeto. Así si un Guilmen, quiere atropellar a un mocetón y éste se siente de mayores bríos, carga con su jefe, lo acuchilla, y hace en él cuanto puede, y lejos de merecer castigo, se hace recomendable, porque habiendo rendido a un Guilmen, que es decir un hombre fuerte, ha dado pruebas de mayor ferocidad: resta que si el cacique tiene más parientes que el mocetón, se dan todos por agraviados, y asaltan al mocetón, para que les pague, y de no, hacer lo mismo con él. Esta resulta es el único freno que tienen; pero de cualquier modo, el mérito de haber estropeado al cacique no lo pierde, aunque pierda sus bienes.

Los delitos que se contemplan mayores y dignos de castigo, son el homicidio, el adulterio, el robo y la hechicería. El que mata debe ser muerto por los parientes del difunto, o debe con pagas compensar la injuria a los mismos parientes. La adúltera paga con la vida, pero ha de ser con la licencia y consentimiento de sus parientes, porque de lo contrario perece en manos de ellos el marido que la mató. El ladrón ha de pagar lo que roba, y cuando no tenga cómo satisfacerlo al damnificado, se hace pago con la hacienda del pariente más inmediato del delincuente.

El abad Molina dice que los padres de familia no están sujetos a ninguna pena cuando matan a sus hijos o mujeres, pero esto debe ser entre los araucanos; porque entre éstos no son dueños naturales de estas vidas, sino por el contrario, el padre que mata a un hijo, los parientes de la madre lo asesinan a él.

Los hechiceros o hechiceras mueren quemados por los parientes del delincuente, y éstas son justicias que frecuentan mucho, pues todo el que muere, muere de daño.

Hechos los funerales, consultan el adivino o adivina. Ésta, mediante una caterva de pagas que le han de dar,

declara la bruja que hizo la muerte, y sin más autos, todos los parientes del difunto le caen de madrugada a la hechicera; la traen a una hoguera de fuego violento que encienden en el campo, la toman unos de los pies y otros de las manos, y sobrevestida la tienden sobre el fuego, reconviniéndole confiese las demás brujas que le ayudaron a hacer la muerte. La infeliz culpa a quien se le antoja, y diciendo que ya no tiene más a quien delatar, la consumen en el fuego hasta reducirla a cenizas; y en los días siguientes a las demás que culpó, si no tienen estas inocentes alguna porción de bienes con que saciar su codicia.

Poco tiempo antes de introducirme yo por Antuco se hizo una célebre justicia de éstas, entre mis recién amigos peguenches. Fue causada por la muerte de un indio viejísimo, llamado Topa Languen, padre de mi amigo Treca. Es de advertir que en el día no tienen los peguenches adivina, y así con la muerte de este anciano se veían confusos sin hallar a quien culparla: se juntaron todos los parientes, y según unánimes acordaron, resolvieron mandar a los llanos a un emisario que consultase sobre la materia con una adivina. Fue el mensaje con las dádivas correspondientes, y hablando con ella, ésta le dijo, que la mujer del gobernador Manquel, llamada Petuy, y un mocetón sobrino suyo, nombrado Gueyquin, habían sido los que hicieron el daño. Volvió el emisario, y se juntaron para oírlo, y así que dio su razón, se desprendió Treca de la junta con otros parientes, fueron a la casa de Manquel, y allí mismo mataron a los delincuentes. La pobre mujer de Manquel con los dolores del agravio que le causaba Treca, gritó que la suegra de éste era la bruja, y así que Manquel lo supo, lo que llegó a su toldo, fue también con los suyos y mató a la suegra de Treca. En esta ocasión

no usaron del fuego, porque temieron a la crecida parentela de Manquel.

Este sistema de proceder es allí un manantial de crecidos desórdenes, opuesto al aumento y conservación de su nación, y a la pública y privada seguridad; y cuando por el capricho de las fingidas adivinas se culpa la muerte a alguna persona de otra tribu, entonces son los fuertes malones, saqueos y guerras hasta poder merecer a la hechicera.

Del gobierno militar, armas y modo de hacer la guerra

El gobierno militar es más razonable que el civil. Al-
gún agravio u ofensa es el que hace siempre tomar las
armas, y para ello le tratan y consultan de esta manera.
El agraviado visita a todos los caciques, hace presente a
ellos sus quejas, y luego que ya están todos enterados, se
convocan para un juego de chueca, o una bebida. Entre
los placeres de la diversión, o de la boda, el más viejo de
los ulmenes o guilmenes, hace relación puntual de la
ofensa que se le irrogó a uno de su nación; acrimina el
agravio con las más vivas expresiones, hace ver la satis-
facción con que podría compensarse, y concluye exhor-
tando a todos sus compatriotas a tomar las armas, para
vengarse, como lo hicieron sus autores. Después de esto
todos hablan libremente, y si el partido mayor es de que
se tomen las armas, se divide a favor de éstos; se emplaza
allí el día siguiente en que deben juntarse de nuevo, ya
dispuestos para la guerra, y siendo a cada uno de obliga-
ción llevar a su costa víveres, caballos y armas, concurren
a la citación sin la menor falta. En este caso el que hace
de general, para dar el avance, es el agraviado; y en es-
tando en postura de combatir, o cerca de los enemigos,

hacen todo el juramento en honra de su nación de morir o vencer. La hora en que avanzan es al venir el día, como más acertada para encontrar al enemigo desprevenido; anteponen vigías para indagar si duermen o no, y si están en sosiego, con profundo silencio se acercan a los toldos, de allí comisionan a los más liberales para que se apoderen de las lanzas que comúnmente las mantienen clavadas en el patio, y luego que regulan que van llegando a ellas, de montón se dejan ir sobre la toldería, matando al que se les presenta, haciendo lo mismo con el que huye, y cautivando a las mujeres y chicos y robando cuanto encuentran.

Si recelan que alguno pudiera haber huido, y que pueda comunicar a otro de los suyos el malón, salen unos con la presa hecha, y otros se desparraman a buscar las haciendas de campo, que siempre las hallan; pues hacen a los prisioneros confesar su paradero. También arrean todas las demás que encuentran, y caminan seguidamente hasta juzgarse libres.

Cuando el agravio es en común a toda la nación, hace de general el cacique más valeroso; y en este caso deben concurrir al ejército todos los de la tribu. Hubieron tiempos en que los guilliches de Guerahueque estuvieron en guerra con estos peguenches, y así todo el año estaban con las armas en la manos, y tenían unidas sus tolderías: entonces suele llegar el caso de que se encuentren los campos. Me ha contado el dragón Pedro Baeza, que ha hecho 19 campañas en auxilio de estos peguenches, que en una ocasión iba con otros seis españoles, y toda la peguenchada, bajo el mando de Rayquan, en busca de los guilliches, que recibió una carta del comandante del cuerpo de dragones, y de la plaza de los Ángeles, don Pedro Nolasco del Río; en que le decía que tenía noticias, por medio de los

capitanes de amigos de los llanos, que los guilliches, para maloquear a los peguenches, habían formado un cuerpo de mil ochocientos indios, los que ya habían salido de sus terrenos; y así que se sujetasen y acampasen en algún malal o castillo, de los que hay en los Andes por naturaleza, y ocultasen los indios sus haciendas, porque de otro modo no escaparían. Que así como llegó la carta al dragón, se juntaron a indagar su contenido, y enterados de él, le preguntó Raycan a Baeza: ¿Qué disponía? Que él le contestó que ya estaban en el campo y no sabía tener miedo a mil ochocientos indios, como ellos se sujetasen a sus órdenes. Raycan prometió que se contendrían, y dispuso se adelantasen batidores por razón de la seguridad de los campos. Salieron doce exploradores, nombrados por Raycan, escogidos de ciento cuarenta peguenches, que eran los que iban. Al poco rato regresaron cuatro de las espías con noticia de que se columbraba por el camino que llevaban una grande polvareda. Poco después vinieron otros confirmando la noticia, y al oscurecerse los demás añadiendo que venía un grueso ejército de guilliches, que se habían encontrado con sus batidores, que se habían hablado, y preguntado de una y otra parte ¿en qué andaban? Ellos contestaron que en malón, y los guilliches también confesaron que venían a lo mismo, más que el ejército que traían venía en cinco divisiones, que mandaban Cohiquimilla y su hijo Pichí Coiquimill, ambos deseosos de hacer conuco a Baeza, Neupaya, Guerahueque y Nayquepaña; que habían de vencer o morir, y que al siguiente día se verían las caras. Con este recado se acobardaron los peguenches, y quisieron huir: aquella noche trató Raycan con Baeza, quien le dijo que huir, por ningún pienso, y viéndolos con este valor, exhortó a los suyos a que se adelantasen, que no debían huir, porque los perseguiría el enemigo hasta

acabarlos; que imitasen a los españoles, y que él sería el primero que acometiese. Así los alentó, y bien temprano estuvo la gente a caballo. Montó Raycan, y habiendo solo por medio del enemigo una loma, subió con doce mocetones a la cumbre, y empezando a escaramuzas y a gritar, hizo señas a su campo le siguiesen. Así lo verificó, y en el bajo, que era bastante dilatado, vieron formados a los guilliches en ala, cuya fila ocupaba toda la extensión de la vega. En el centro del ala estaba Coiquimill y su hijo, y poniéndose los peguenches en la misma formación, a distancia de dos cuadras, mandó preguntar el general guilliche, ¿que si no venían más gentes; que cuántos españoles les acompañaban, y qué armas traían? Le contestó Raycan, que sólo traía ciento cuarenta hombres con lanzas, y seis españoles con fusiles; que no traía más indios, por ser estos suficientes para acabar con ellos, y que ya podían acometer, porque el día era corto. Con la contestación quedaron suspensos por más de media hora, Baeza se acercó a Coiquimill, y le dijo: ¿por qué no se movían? ¿que si no venían a maloquearlos; que si tenían miedo a los ciento cuarenta hombres, o a los seis españoles? Pero Payguan lo hizo llamar a que tomase su lugar en el centro: que apenas lo tomó, cuando en la misma formación que estaban, embistieron los guilliches, y al estar a tiro logró el suyo Baeza, matándole el caballo a Coiquimill: murió de otro tiro de fusil su hijo. Los peguenches en el momento se dividieron en trozos para cargar por todas partes; mataron de una lanzada a Coiquimill, que andaba a pie; se cerraron a cuchilladas, quebraron las lanzas, para poderlas usar como chuzas; y en fin, muy poco tiempo tardaron los guilliches en huir, pues notaron la muerte de su general. Y fue tan impetuosa la fuga, que muchos de ellos se precipitaron de un risco, en el que perecieron; y los demás,

por entretener al enemigo que los perseguía, tiraron para otro plan en el que tenían cerca de tres mil caballos, que de diestro habían traído, cuya idea fue acertada, porque allí los peguenches se embelesaron en posesionarse de la caballada: hecha esta presa, se volvieron victoriosos. Renocieron el campo, y sólo hallaron ochenta y tantos guilliches muertos, que ya los tenían desnudos las indias de los peguenches, que venían con ellos, sin recibir otra pérdida nuestros amigos, que tres muertos, y unos pocos heridos.

No encuentra Baeza de otra batalla o encuentro que los indios hayan tenido en los diez y nueve años que los acompaña de auxilio, pues sus guerras son a traición; y una de las más memorables malocas que han dado los peguenches, fue la que dieron al famoso Llanquítur, guilliche, que asolaba los campos de Buenos Aires, robaba las caravanas que viajaban para Chile, y cautivaba muchos españoles, entre los que fue uno el canónigo Cañas. Cuando la pérdida de este eclesiástico, hizo nuestro jefe el señor don Ambrosio O'Higgins exquisitas indagaciones por saber de su paradero, sin embargo que de las fronteras de Buenos Aires, Córdoba y Mendoza se aseguraba que lo habían muerto los indios. Mandó muchos capitanes de amigos a sus tierras, con el destino de que tomasen noticia de su existencia. Entre ellos a un Xavier Poblete, que por varios servicios útiles que entre los indios había hecho, gozaba de sueldo doble. Este se internó por Antuco, y cumpliendo con la orden del gobierno, poco tardó en que supiese que dicho canónigo estaba vivo en la toltería de Llanquítur, que hasta entonces se vestía de negro con calzones y capote, y aún rezaba todos los días en un libro mediano; que su oficio era de ovejero, y en fin, se le hizo una pintura tan cabal de su cuerpo y facciones, que no

desmentía de la filiación que llevaba. Toda esta noticia se la dio un indio llamado Colimilla. Contento con el hallazgo, descubrió que su entrada solo había sido por adquirir noticias de este sujeto, que quería rescatarlo el señor don Ambrosio. Éste, que conocía el carácter de los indios, a todos los que mandó les previno que no dijese a lo que iban, pues se aventuraba la diligencia. Salió Poblete, comunicó el hallazgo: pero poco tardó en saberse también que Llanquitor, así como supo que Poblete había andado adquiriendo noticias del canónigo, lo había hecho degollar. Irritado don Ambrosio contra Poblete, porque se había descubierto, le privó del sueldo, y de que tuviese el menor trato con los indios. Este hecho de Llanquitor, y las antecedentes iniquidades que había obrado, fueron causa de que auxiliase a los peguenches, para que lo maloqueasen. Les dieron veinte y seis dragones, y franqueza a todos los españoles que quisiesen entrar con esta tropa. Se juntaron más de cien, los mismos que se internaron por Antuco, con siete peguenches que los fueron a recibir. La primer jornada que hicieron fue a la Cueva, en donde se entregaron confiadamente al sueño; pero como Llanquitor ya tuviese noticia de que entraban españoles, y los estuviese vigilando aquella noche, de madrugada se les echó encima, y aunque pudieron ganarse a los montes, les tomó los avíos, municiones, víveres y caballada, matando a tres, que cuidaban del potrillo. No contento con esto, pasó a derrotar los indios que vivían en Coyaque, y les robó sus caballadas, robándose también a las mujeres y chicos que pudo apresar.

Enterado don Ambrosio del lance por los mismos españoles que a pie volvieron a Antuco, mandó a Baeza con 25 dragones, y otros tantos milicianos voluntarios. Llegaron a Coyaque, donde se hallaba el cacique peguenche

Quintrequi, con un campo de trescientos veinticinco indios de lanza, y más de cien sin ella. Allí se incorporaron, pasaron a Picachen, y siguiendo su derrota para Cuyencó, en donde suponían a Llanquítur, haciendo las exploraciones convenientes, divisaron una toldería que la juzgaron de él. De madrugada la avanzaron; huyeron los habitantes de ella, a excepción de tres que alcanzaron y mataron; robaron cuanto hallaron en las poblaciones, cautivaron porción de mujeres y muchachos, y por último de aquellos campos se trajeron siete mil y más animales, entre caballos y vacunos.

Viniendo de regreso con el despacio que requerían estas haciendas, a los tres días les alcanzaron los guilliches, pero volvieron a ser derrotados, perdiendo de nuevo la caballada que traían de remuda, y mucha parte de la que montaban, porque muchos de ellos salvaron sus vidas a pie en los montes. Entre estos guilliches venía mi compañero Puelmanc, que asegura Baeza era el más guapo, alentado e intrépido, y un Quilar, compañeros que eran de Llanquítur, y de Carripilun, que hoy vive en Mamilmapu, y he de pasar a ver. En fin, sin otra guerrilla llegaron los peguenches victoriosos y llenos de haciendas a sus terrenos, sin más pérdida que de seis indios y dos españoles que murieron en el segundo avance. No cito el tiempo de estos acontecimientos, porque ni el dragón, ni los indios se acuerdan de él.

Desde entonces no pararon para invadir a Llanquítur, y a fin de engrosar más su ejército, convocaron a los peguenches de Malalque. De éstos vinieron treinta, y pasados dos meses de esta expedición que he referido, emprendieron otra, dirigiéndose al lugar de los Andes, nombrado Carrera Malal, por cuyas inmediaciones tenían sabido paraba Llanquítur. Ya que estaban a distancia de un día de

camino de este lugar, dispusieron para avanzarlos el mayor descuido. A la media noche, toparon una caballada que la cuidaban dos indios, a los que apresaron, y preguntándoles por Llanquitor, y de quiénes eran aquellos caballos, confesaron que Llanquitor estaba alojado en una piedra a distancia de media legua, y más hacia ellos un campo de llanistas, de quienes eran aquellos caballos que cuidaban. Que Llanquitor estaba allí acopiando gente; que esperaba quinientos indios para el otro día, y otros quinientos para el otro, y en teniendo estos mil quinientos juntos, haría venir a aquel sitio su ejército, para con toda aquella indiada pasar a acabar con los peguenches. En el momento mataron al uno de estos indios y al otro lo tomaron de práctico, hasta que los puso cerca del campo de los llanistas, que eran quinientos. Allí también le quitaron la vida, y haciendo suspensión, resolvieron dividir su gente. La una parte para que asaltase a estos llanistas, y la otra que fuese en busca de Llanquitor, que distaba poco. No tardaron mucho en echarse sobre el campo, que descansaba en el sosiego del sueño, lo desalojaron escapando pocos, que pudieron refugiarse en los bosques de la ribera de un arroyo, que allí cerca corría. Llanquitor sintió al enemigo, pero al tiempo que ya estaba sobre él; pudo montar a caballo e incorporarse entre los mismos que lo buscaban. Así vivió algunos minutos más, mientras fue desconocido, y averiguado que él era, lo degollaron cuando la aurora se asomaba. La misma suerte tuvieron diez o doce que con él estaban: la empresa les dio a los peguenches muchísimos despojos. De dos mil animales caballar pasaban los que tomaron, porción de vacas, muchas indias cautivas, y entre ellas cinco españolas, que traía consigo Llanquitor, de las que eran una la Petronila Pérez, que encontramos en Puelce, que ésta hizo

fuga del campo de los peguenches, y se volvió a los guiliches.

Estos dos felices malones que lograron los peguenches, los ensoberbecieron de tal modo, que pensaron volver tercera vez, pues les incomodaba la vida de Carripilun, capitanejo de Llanquitar, la de Puelmanc, la de Quilan y otros indios sediciosos. Hicieron su junta, y resolvieron que pasados otros dos meses lo harían, y por entonces mandarían al señor don Ambrosio la cabeza de Llanquitar, dándole cuenta del buen éxito de sus expediciones, y de lo que tenían determinado para volver tercera vez. Este caballero, a quien no puedo menos de hacer justicia, aun en sus cenizas, que tuvo el feliz acierto en el trato de indios, que los contuvo e hizo de ellos lo que quiso, tratándolos bien cuando lo merecían: los animó al tercero avance que le dieron en el tiempo prefijado, y con la mayor felicidad, pues trajeron trece mil animales, mucho número de indias, y de indios cautivos, y entre éstas una hija de Carripilun, que los demás de su familia con él y sus parciales caciques escaparon.

Ya los peguenches, saciados sus deseos de haciendas, pensaron en descansar, y determinaron que los españoles regresasen a la frontera. Carripilun, que supo que se hallaban sus enemigos sin el auxilio de los soldados, se previno de un numeroso ejército compuesto de guiliches y llanistas, con ánimo de acabar con los peguenches, a quienes suponían descuidados, y sin fuerza. Poco tardaron también los peguenches en saber esta determinación, y para asegurarse, ocultaron en potreros distantes sus haciendas, y ellos con sus familias se ganaron al malal de Calbuyan, que es una especie de fuerte en el cerro de Caycaden. Hasta este sitio vino Carripilun, y viéndolos en puesto tan mejorado, se acercó solo al malal, y les pidió

que le entregasen a su hija que le tenían cautiva, y se retiraría con sus tropas sin hacerles daño. Que les prometía también que él y toda su familia abandonaría aquellos montes, y buscaría otra parte más distante en que vivir con alguna tranquilidad. El peguenche Calbuquen le contestó que él y sus parciales eran la causa de las guerras que se habían dado, pues desde el año 70 que se unieron a los guilliches y llanistas, para sublevarse en contra de los españoles, les empezaron a repetir malocas a ellos; que les consumieron y acabaron no sólo sus haciendas, sino sus familias enteras. Que por todas partes se veían sus campos despoblados, pero que supuesto prometía retirarse con su gente, y vivir lejos de ellos, le entregaría su hija, con la que se retirase en buena hora. Que esta acción no era procedente de miedo, sino de cierto amor que le conservaba, como que había sido uno de sus hermanos, uno de los suyos, pues no podía negar era peguenche ranquino, así como lo era también Puelmanc y Quilan, con quienes podría acompañarse en su retirada. Luego le sacaron y entregaron a su hija; se retiró con su campo, como lo prometió, y no tardó mucho tiempo en trasladarse con los ranquelinos, que vivían a Mamilmapu, que es donde vive ahora, como he dicho.

De las antecedentes guerrillas debe inferirse que ni los indios son tan valientes como lo suponen, ni tan fieles y constantes para sus empresas, como los tienen: porque siempre se venden de una u otra parte.

Los peguenches fueron consumidos, hasta que tuvieron nuestro auxilio, y sin embargo de ser tan corto como ha sido siempre, triunfaron desde entonces. Carripilun no se hubiera contentado con su hija, si no hubiera temido su destrucción después por los españoles; pues tenía bastantes pruebas dadas que nada deseaba más que la aniquilación

de los peguenches. Nada puede ofrecérceles más doloroso a los indios que abandonar sus tierras, y así pudo el temor impeler a Carripilun a que se mudase a Mamilmapu. Volvamos, pues, al sistema militar.

Cuando la sublevación se intenta, sea general contra nación extranjera, se corre entre ellos la flecha, conforme el abad Molina lo describe, en su compendio de historia civil, al fol. 69; pero nunca deja de saberse entre nosotros, como se supo la del año 68 hasta 70 por varias partes, y en especial entonces por el cacique Manquel, tío del actual, que la comunicó, según asegura repetidas veces.

El caso es, y nuestra infelicidad, que despreciándose las noticias de riesgos, que debían examinarse por nuestros jefes, nos hallamos en ellos sin precauciones, ni arbitrios tomados para superarlos. De aquí se originan las pérdidas y atrasos, que son consiguientes a un movimiento repentino, y lo peor no poder hacer escarmiento al enemigo. Si entonces los llanistas y guilliches, que se sublevaron para robarnos como lo hicieron, hubieran sido derrotados en nuestras propias tierras, a las que se introducían, no hubieran robado al santo obispo Maran, en su expedición a la visita que iba a practicar a Valdivia; y si entonces no se les hubiera tolerado esta criminosa acción, no hubieran ahora impedido el que la tropa que debía ir a Valdivia no transitase por el camino franco, que se trafica de Concepción a aquella plaza.

En el día, todas las tropas de indios son de caballería, y no se cuenta de otra que traiga infantería, que la de Canigcolo, cuando viene a sus malones, auxiliado de los patagónicos o magallánicos, que éstos carecen de caballo.

Las armas que tienen los peguenches son lanzas, laques y un machetón o catana, que así llaman; pero de ningún modo espadas ni sables: que no las apetecen ni saben usar.

también gastan honda, y quinchunlaque, que es una piedra sola aforrada en piel, y pendiente de una cuerda, a distinción de los laques, que son tres piedras o dos unidas. Las masas de fierro, que suponen entre ellos, son las mismas lanzas que quiebran, para poderlas usar en atropellando o estrechándose al enemigo. Todas estas armas son sumamente incómodas para la guerra, y en errando el primer tiro, ya les es difícil acertar ni poderse servir de ellas, si no es el machete. Para salir a la guerra, tienen unos sombreros de cuero de vaca duro, con las costuras tapadas con hojas de lata, colete del mismo cuero, que es una casaca a manera de aquellas antiguas, que les tapa hasta las rodillas, y un cuero que les cubre el pescuezo. Yo no sé cómo puedan moverse, ni qué uso pueden hacer de sus manos. A varios hice vestir de estos aperos, pero estaban punto menos que un tronco. El morrión o colete lo mantienen pintado con varias rayas o figuras horrorosas, para atemorizar al enemigo. A esto es a lo que se dirigen todos los indios, y si no lo consiguen, son como la veleta. Para la guerra sacan el mejor caballo, el mejor herraje, la mejor espuela, el mejor avío, &a., movidos de la idea que allí llevan aquellas prendas, para que no les falte en la otra vida.

La nación más belicosa y brava entre los indios de todo el continente, es la de estos peguenches, según todos confiesan, y es de inferir sólo del antecedente de la separación que tienen de todas las demás, sin embargo de ser la menor en número, y de que todos la temen. Mi trato con ellos ha sido el más especulativo que pueda darse; estuve porción de días viviendo con ellos; puedo decir, no hacían acción que no la mirase, y me enterase de ella. Vengo en el mismo ejercicio con los que me acompañan;

pero no pensé que hubiesen racionales tan flojos, ni tan entregados al abandono del sueño como ellos.

Son ágiles en el caballo, pero para subir a él, han de estar sin frío, o a lo menos que sea ya tarde; han de estar sin hambre y sin sueño. Ellos, es cierto, velan por sus malones, pero esta vigilia la pagarían muy pronto, si toparan con otra nación que fuera más vigilante; porque a la segunda o tercera noche ya se entregan enteramente a dormir sin cuidado, ni de su vida ni de sus intereses. Las noticias que se dan de los indios, son por aquellos sujetos que con ellos tratan, pero como éstos duermen como ellos, ¿qué dirán con fundamento?

Los despojos de la guerra entre los peguenches, son de los que los toma, y de ningún modo repartibles; y así por no perder lo que se les representa a la vista, suelen muchas veces exponer sus vidas y aun perecer. Llevan a la guerra para despojar a los muertos a sus mujeres, hijos y parientes chicos, o que no tienen armas, que de éstos hay muchos; y así mientras los unos matan, las familias están tendiendo la vista por donde pueden agarrar más, y levantándose a los cerros, para observar por donde se hallan las haciendas: y son tan desunidos en esta parte, que si no se logra otra presa que una tropa de caballos, y ésta la halló uno, éste se la lleva, sin que tengan acción a ella ningún otro.

El mejor despojo y más apreciable, es el de las mujeres e indiecillos: la causa es ésta. Si la mujer le agrada al que la cautiva, se casa con ella, sin tener que pagar, y si no le acomoda y la quiere otro, le paga cuanto quiere el dueño, y a sus demás parientes de éste, lo mismo que si fuera su hija. También puede venderla a cualquiera otra nación; también canjear con ella otro pariente, y entretanto sirve de esclava, pero siempre dándole buen trato, porque

son muy humanos y caricativos. Los chicos y chicas se aprecian para servirse de ellos, y también para venderlos a los españoles comerciantes. Su precio es de treinta a cuarenta pesos.

De su religión y funerales

Todos ellos creen en un Dios, que crió todas las cosas, y que las gobierna. A él piden cuanto desean, que los proteja y favorezca y cuando les sucede mal, se juzgan abandonados de él. Culpan de autor de las desgracias al Gueculbu, que es otro ente maligno, que causa todos los males. A las hechiceras tienen por secuaces de este ente; la yerba venenosa es su efecto, y así todas las desgracias dependen de él. No usan de manera alguna de sacrificios, ni dan el menor culto exterior. Creen que Dios debe favorecerlos por precisión, que no deben rogarle porque les socorra, pues como padre debe atenderlos en sus necesidades. Que las acciones del hombre son libres, y por malas que sean, Dios no se ofende de ellas.

Son agoreros, creen en los sueños, en el llanto de un perro, en el presentárseles una zorra, y en fin en tantas ridiculeces, porque las creyeron sus padres, que ni con razones, ni con la experiencia salen de su error.

Conviene en que son formados de cuerpo y alma, que el cuerpo se corrompe, y el alma va a cimentarse a la otra parte del mar, en donde debe gozar de una vida eterna, y de todos los animales y frutos que allí hay, que son comunes. Sólo dicen que hay en ese lugar mucho frío, y para que su espíritu no lo padezca, se queman con un tizón los brazos, las piernas y todo el cuerpo, diciendo que es guardar fuego, para que Dios no le dé allí frío.

Cuando alguno muere se juntan a llorar los amigos y parientes; se sientan en pelotones y lloran por largos ratos. Al cadáver lo exponen vestido con su mejor ropa, tendiéndolo de costado en su cama. Hacen todos en el duelo memorias de sus hazañas, y beneficios que hizo: representan la falta que hará a la nación y a su familia, y concluido el llanto, cena el concurso, y velan todo el resto de la noche.

Al siguiente día, con gran acompañamiento, sacan el cuerpo del toldo, teniendo ya ensillado el mejor caballo del difunto, y con el mejor avío: sobre éste le tumban atravesado, y por debajo de la barriga le atan los pies con la cabeza y manos, de modo que quede firme; así llevan tirando el caballo de la rienda, hasta la sepultura de sus antepasados. En otro caballo cargan la cama y demás aperos, con que lo han de enterrar, y en estando en el sitio, abren el sepulcro, hacen a un lado los huesos que encuentran, le forman un encatrado de madera, que ponen en el plan, sobre que tienden la cama, lo acuestan y tapan hasta el pecho; desnudan su caballo, y cerca de las manos le ponen el freno, espuelas, laques, silla, su machete, etc., ollas con comida, cuchara de palo o de aspa, cántaros con agua, y alguna chicha si encuentran o tienen. Forman otro encatrado, más arriba del cuerpo, para que no le aplaste la tierra, sobre él tienden alguna piel de caballo, y sobre esta tierra le cargan la tierra hasta tapar el vacío. Los caballos en que los llevaron y cargaron la cama, los ahorcan y dejan allí, cerca de la sepultura.

Pero si el difunto fuere rico, se hace convite, que se llama voyquecaquin, que significa fiesta de canelo; y entonces, pasada la primera noche del velorio, sacan el cuerpo del toldo, y lo depositan entre unas piedras o leños, por ahí cerca de la población; mientras se busca el vino, o

fermenta la chicha. Estando uno u otro conseguido, vuelven todos los convidados y parientes a sacar el cadáver con toda solemnidad, le ponen espuelas, lo acomodan en su caballo como antes lo dije, y lo toma tirando el pariente de más respeto, para llevarlo al cementerio. Sigue en un trozo toda la comitiva, tras él va una porción de viejas lloronas y mozas, que las imitan; atrás las cargas de licores, y más a la retaguardia vacas, ovejas, caballos y yeguas, entre cuyos animales se incorpora el cargamento del equipaje. Llegan al lugar de la sepultura, tienden cerca de ella la cama del difunto, y lo exponen de costado: se forma un círculo de todo el acompañamiento, puesto en pie; se previene el sepulcro del modo más cómodo, y lo mismo el catre, y a un lado de este círculo se hace una gran hoguera de fuego. Matan las reses que fueren suficientes para la boda, se hace la comida, y todo este tiempo el duelo está parado y llorando. Se avisa que ya está la comida y reprimen el llanto; se empieza a servir para los más respetados, y antes de comer, cada uno de éstos dice al cadáver, yacapai, tirándole una presa, que quiere decir, eso te brindo: lo mismo sucede después con el licor; y de ese modo, en pie, acabándose ya el llanto, pasan el resto del día y noche siguiente, comiendo, bebiendo y cantando. Al otro día echan el cadáver a la sepultura, le acompañan el fiambre, licores, ponchos, piezas de plata, todo el avío o armas, y cuanta alhaja tenga. Lo tapan, y se sigue dejar ahorcados sus mejores caballos, yeguas y demás animales. Concluida esta ceremonia, que finaliza con nuevo llanto, la carne que sobró de los animales muertos para el convite, se reparte entre todos, y se las llevan desde allí para sus casas, que ya salen separados. Los sentimientos que hacen los parientes del muerto, son tan grandes, que duran mucho tiempo; y si pasados un año o dos, llega alguno

a lo de la viuda, que no la hubiese visto después de la muerte, hay nuevo llanto, con relación de cuanto pasó en la enfermedad y en el entierro.

Las mismas ceremonias gastan o acostumbran en los entierros de las mujeres, con sola la diferencia, que a proporción del sexo es el equipaje que les acompaña.

Los casados creen encontrarse con sus mujeres en la región de los muertos, y aun continuar entonces el matrimonio; y diciéndoles yo, que estaría aquel reino sumamente aumentado con las generaciones, contestaron que no, porque las almas no tienen allí cuerpo, que es preciso para la generación; y como en replicándoles, se refieren a que así lo entendieron sus progenitores, de cuya razón no salen, nada se adelanta en quererlos sacar de sus errores.

Regularmente los sueños provienen, de que los espíritus de sus parientes o amigos fueron los que, viniéndoles aconsejar, les dijeron lo que había de sucederles, y así lo creen como nosotros el Evangelio. Solo dicen sueñan las almas grandes, esto es, los Ulmenes viejos o viejas, o aquellas personas valerosas dignas de creérseles, y capaces de dar consejos.

Como en muchas partes de los montes, se ven conchas y otros vestigios de la mar petrificados, les traté de diluvio. Me contestaron, así decían sus mayores, que el mar había crecido por todos los terrenos, pero también habían crecido sus cerros, y así escaparon sobre ellos sin que les alcanzase el agua, desde cuyo tiempo existen sus magui-das tan elevadas. De estos principios no pueden sacarse, porque deben sujetarse al dicho de sus antepasados, que no tuvieron interés en engañarlos.

De los tiempos y otras nociones

La común cuenta que hacen de los tiempos es por lunas, y así se entienden para cuanto determinan. El año dividiéndolo en doce cuyenes. La mitad de éstos los designan en el brote de una yerba, que llaman chilla, el que celebran con la voz adantripantui (se partió el año) cuyo brote es a fines de julio. Los significados que dan a los cuyenes o meses, son los siguientes:

Gualenquiyeu	enero, mes de calor.
Ynanquiyeu	febrero, tiempo 2º de calor.
Atenquiyeu	marzo, tiempo de piñones.
Unemnimi	abril, tiempo de la yerba perdiz.
Ynamquiyeu	mayo, tiempo en que sigue la yerba.
Ynee-curiguenu	junio, tiempo 1º del cielo negro.
Llaque-cuye	julio, tiempo 2º del cielo negro.
Peuquen	agosto, mal tiempo para las viejas.
Ynan-curiguenu	setiembre, tiempo de brotes.
Guta-paguin	octubre, el brote crecido.
Guequilqueyen	noviembre, tiempo de desganchar.
Villa-quiyeu	diciembre, tiempo de necesidad.

A este mes llaman el de la necesidad, porque ya entonces se les han consumido los granos que traen de nuestras fronteras.

Las estaciones las computan en cuatro partes: la primavera, que llaman tripantú; el estío, gualentripantú; el otoño, deumatranquem, y el invierno, puquen. De el día y noche no hacen división, y para sus cuentas, sólo nombran las noches: de modo que si deben citarse para den-

tro de tres días, su explicación es para dentro de tres noches o cuatro, etc. La hora de mediodía la distinguen por el sol de que lo miran a su frente, lo que llaman ranquianto, y la de la media noche, ranquipun; y aunque solicité de ellos, si tenían algunas reglas de las estrellas para conocer las estaciones de la noche, me contestaron que no: que cuando habían estado mucho tiempo despiertos, o habían dormido mucho, suponían fuese la mitad de la noche.

A las estrellas denominaban huaglenú; a los cabrillos, nau; a las cabrillas, nau; a la cruz antártica, pronchoyque; a las tres Marías, gueluitru, y a la vía láctea, leubu. A los planetas no saben distinguirlos. A todo el cielo llaman guenumapu, y a los países de la luna, quilenmapú, a los cometas titulan cherrubé. Cuando vienen hacia sus tierras son pronósticos de grandes guerras, pero cuando se inclinan a otros países, no hacen caso de ellos.

Los eclipses de sol, que llaman layante, que es decir, murió el sol, son pronósticos que algún grande de sus tierras debe morir, y los de la luna, que nombran con la expresión layquiyan, denotan que algún español de grande autoridad morirá.

Para las medidas de líquidos y sólidos no tienen regla, porque usan de la permutación, midiendo en vasijas mayores o menores, conforme a lo que se interesan, cuyo convenio llaman gueluy.

De su retórica, poesía, medicina y comercio

Sin embargo de ser una gente selvática, y sin instrucción alguna, es muy apreciable entre ellos el saber hablar bien, y tanto que, cuanto más elegante son en su modo de producirse, se hacen más respetados y de más estima-

ción. Por sola esta circunstancia suben al grado de Guilmenes, porque al de elegantes producciones lo suponen guapo, así como al tonto, cobarde y necio. En sus cagui-nes o juntas de bebidas, hacen oraciones larguísimas, y entonces esfuerzan a sus descendientes que se instruyan, que adquieran noticias, y demás que pueda ilustrarlos.

Como a sus hijos los crían sin hacerles conocer lo que es temor ni respeto a nadie, y ellos observan desde chico que el que más puede, más vale, que jamás ha de ser castigado porque no obedezca, ni acate a sus padres, se fomenta en todos un espíritu de arrogancia y desembarazo imponderable que nosotros no conocemos. Mas como saben que por ser elocuentes han de merecer las atenciones de su nación, se convidan, entremeten e introducen sin el menor reparo a echar una arenga de media hora, o de una, que en dos palabras podía decirse, y cuanto mayor es el concurso, mayor ha de ser la oración, y con espíritu la vierten. Son exactísimos en hablar su idioma con puridad, porque si el orador mezcla alguna expresión mal dicha o extranjera, se ríen y lo critican en público, repitiéndola.

El estilo de sus oraciones es sumamente figurado, alegórico, altanero, y compuesto de frases; esto es, para lamentar sobre asuntos de entidad, o a los primeros conocimientos de un sujeto respetable, cuyas parlas llaman cuyatu. Sus oraciones constan de todas las partes esenciales: no faltan en ellos exordio, narración clara, su confirmación con fundamento, y su afectuoso epílogo. Cualesquiera que los oiga orar, conjeturará son hombres instruidos y no tan brutos como lo son en las demás funciones. No deja de haber entre ellos algunos poetas, que los distinguen con el nombre de entugli. Sus obras se reducen a hacer narración de las hazañas de sus antepasados, de sus trabajos y muertes, de sus pasiones, amores etc. Ello es

cierto que en sus juntas, con sus expresiones vivas, de tal modo conmueven al corazón de sus compatriotas, que los hacen llorar, cuando tratan de cosas lúgubres, o saltan de contento, cuando de cosas alegres; y ésta es prueba de la fuerte actividad y arte en su modo de producirse. En poesía tengo presente un verso, que referiré.

El mebin ni Niculantey ..	Fui a dejar mi Neculante
Tilqui mapu meun	A las tierras de Tilqui.
Anca maguida meum	Oh! homicidas faldas de cerro
Ayquinchey ni pello men-	Que en sombras o moscas lo
chey	conviertes.

Un general, llamado Niculante, pereció en Tilqui, dando malón; y sobre su muerte es la composición, que consta de otras muchas cuartetas, que no pude aprender, ni las sabe ninguno de los que me acompañan.

No tienen otros médicos que las machis: éstas usan, al principio de las enfermedades, de algunas yerbas medicinales para darlas en bebidas en sus aguas, o para aplicarlas en flotamentos, a fin de destruir con estos arbitrios el daño que tiene el enfermo. También usan del agua revuelta con pólvora y jabón, que traen de la frontera, para darla a todo enfermo, ponderando ser eficasísimo remedio: a esta bebida suelen aumentarle piedra lipe. Sin cosa esta medicina no descansa del dolor, hacen una operación que llaman catatun, y es de esta suerte. Toman entre los dos dedos la piel de aquella parte que duele al enfermo, la levantan cuanto pueden, y le pasan el cuchillo de una a otra banda, de modo que queda la piel rota por los dos costados, y por ambas partes le entran pólvora, y si no hay, le dejan que desangre un poco y luego atan las heridas. Si el dolor es interior, se hacen abrir por el vacío; le sacan un pedazo de bofe, que se lo come el enfermo;

después lo cosen con hilado de lana teñido con relbun, y muchos de los que sufren esta operación bárbara sanan. Si estas diligencias no son suficientes, entra el machitun, que es de dos maneras.

Mollviuntum y Marcupiquelem. El primero se hace de día, a consecuencia de haber soñado la machi, que ya era tiempo de hacerlo; porque el daño se iba arraigando mucho en el enfermo: y para verificarlo ponen en el patio de la casa dos maitenes, en cada uno de ellos se cuelga un tambor y un jarro de chicha, y en círculo al pie de cada árbol ponen otras doce vasijas del mismo licor. Allí cerca se ponen maniatados un carnero y un potrillo, del color que diga la machi deben ser; siendo esta circunstancia precisa, y la del color de los ojos que estos animales deben tener, para esperar el buen efecto. Preparados estos requisitos, se saca el enfermo en su cama, y se pone al lado del sol de los árboles. Ya acomodado, tocan dos mujeres unos tamborcillos; da la machi la tonada y verso que debe cantarse, y todo el concurso comienza a bailar y cantar, dando vueltas alrededor de los árboles, y del enfermo. Entretanto, la machi toma una quita con tabaco encendido, y con el humo que recibe en la boca, incienso a los árboles, vasijas y animales, por tres veces. El baile continúa, y la machi pasa a incensar al enfermo; seguidamente le descubre la parte que le duele, y para sacarle el daño con la sangre, le empieza a chupar con la boca tan fuerte, que le extrae por allí porciones de sangre. En esta operación, como debe hacer la machi tanta fuerza, suda, se inflama, y los ojos se le encarnizan, y estos accidentes dan a entender a los asistentes que es efecto del guecub que saca. Luego que está muy fatigada, se hace loca, y unos vienen a sujetarla, y otros a sacar al potrillo sobre vivo el corazón. Lo pasan a la médica; ésta lo recibe pal-

pitante, toma una bocanada de sangre, y la desparrama al sol. Pasa con él a lo del enfermo, le hace una cruz en la frente con el mismo corazón, y después le unta de aquella sangre por todas partes del cuerpo; para lo que lo paran desnudo como estaba: prosiguen iguales ceremonias con el del carnero, y concluidas, se repite el baile. Al enfermo ya lo meten en la danza, sosteniéndolo para que no se caiga: si se alegra es seña de que vivirá, y si no, de que es de muerte, porque ya estaba pasado el tiempo de curar el daño, y que haría más de cuatro meses a que lo recibiría. Entran al enfermo al toldo, y se acaba el machitum, comiéndose el concurso los dos animales muertos, sin perder ni una mínima parte, y si algo sobra con los huesos, lo cuelgan a algún árbol, para que los perros no lo coman.

El segundo es que puestos los dos maitenes, forman en circunferencia una era de ramas y cayrones, dejándole una sola puerta para el poniente. Sacan al enfermo, y lo colocan en su cama entre los dos árboles, y a uno y a otro lado se le paran dos viejas, y a los pies y cabeza, dos viejos. El concurso se pone en circunferencia por dentro de la era, y seis mozas, adornadas a su uso, y agarradas de las manos a las espaldas de las viejas: cerca de la puerta tiene la machi un jarro con tinta blanca, para afeitar. Doce hilos de una vara de largo, dos palitos de media vara de longitud, con plumero en la punta, y dos calabazas con algunas piedras dentro. Los dos palos los da a las viejas, que lo han de tomar en la mano derecha, también las dos calabazas, para que, en siendo tiempo, los hagan sonar con la izquierda, siguiendo al tambor. Los dos jarros los pasa a dos indios, para que él en el vacío tome sangre de un caballo, que ya tienen amarrado para quitarle el corazón e hígados, con las que teñirá las mozas, y el del

afeite blanco haga lo mismo. Los doce hilos los reparte para que así como salga el corazón, los de estos hilos hagan doce rosarios de aquellas entrañas, y se los cuelguen a las viejas al cuello, y prepara también a dos, con el destino de que el uno corte la cabeza al caballo, y sin el labio de arriba se lo pase a un viejo, y el otro lo rabone, y dé la cola al otro viejo. Con todas estas prevenciones dadas, y que los concurrentes las tienen de antemano bien aprendidas, empieza la machi a tocar el tambor de la tonada y versos de la canción: le acompañan las viejas con las calabazas, y las mozas bailan sin moverse de su sitio. Pasado un rato de danza, manda se le extraiga al caballo el corazón, se lo pasan con brevedad; y los destinados al jarro, cabeza, cola y sartas de hígados, acuden a cumplir con su destino. Ella hace con la sangre y corazón lo mismo que en el otro machitum; y entre tanto ya las mozas están afeitadas de sangre y tinta blanca. Las viejas con llacatus de entrañas, y un viejo con la cola, y el otro con la cabeza riéndose, la machi arrecia con su música; las mozas no se pueden contener de risa. Un viejo le menea la cola al enfermo, el otro le presenta la cabeza, todo el concurso baila y canta, y no paran hasta levantar al enfermo, paseándole dentro de la era, y que le siga por detrás y adelante la mojiganga. Muchos que se mejoran con alegrarse al ver aquella fiesta, viven, y otros que se empeoran, mueren en ella. Se acaba lo mismo que el otro, colgando en un árbol elevado las reliquias del animal muerto.

De la arrogancia de los peguenches, su caridad, manera de saludarse, y sus nombres

Ya tengo dicho del corto número de que esta tribu se compone; y que se mantiene independiente, y sin unión

de las otras de indios: Sola se encuentra bastante para invadir y maloquear a las demás, y para saberse defender de ellas, cuando lo exige el caso. Parece ésta bastante prueba para probar, no sólo su arrogancia, sino su heroicidad; esto es respecto a las otras naciones.

Nuestra amistad la disfrutaban desde el año 70, en que sucedió la última sublevación de los llanistas, costinos y guilliches contra nosotros, en que no quiso comprenderse, por más instancias que estas parcialidades le hicieron, y que la reducción de Ranquil, se les sublevó también. No contentos con no haber aceptado la flecha, así que supieron que nuestro maestro de campo, Cabrito, estaba sitiado en Angol, se ofrecieron a sacarlo, y se introdujeron a los llanos con este objeto. Quiso la suerte de aquel jefe, que el sitio se retirase, y pudiese haber salido sin el auxilio de estos peguenches: pero ellos, ya que no vencieron el sitio, porque se retiró, les robaron a los llanistas cuanto quisieron. Entonces esta tribu no sólo no tenía amistad con nosotros, sino que era la más retirada, y la que menos nos trataba. Discúrrase, pues, hasta dónde llegó entonces su arrogancia.

Esta acción, digna de nuestra mayor gratitud, y de la más fina correspondencia, hizo se les ofertasen nuestras fuerzas, nuestras industrias y armas, para los casos que pudieran necesitar. Desde el año 73, en que se consolidó la paz con nosotros de las naciones conspiradas, se declararon contra éstos peguenches, por los dos resentimientos que conservaban de no haber querido unirse, y haberles ido a robar sus haciendas; los maloquearon desde entonces frecuentemente, les aniquilaban sus haciendas, les robaban sus familias. ¿Y acaso se rindieron alguna vez, manifestaron cobardía o indigencia de auxilio? ¿No tenían nuestra promesa empeñada para socorrerlos? Jamás

se llegó el caso que nos ocupasen, ni que saliesen a tratar con nuestros jefes, sobre el estado en que se veían. ¿Y no es ésta más que arrogancia de ánimo?

Ya casi devorada esta nación por los llanistas, guilliches y sus sublevados ranquelinos, en el año 1784, se le apareció un día a sus toldos el famoso guilliche Llanquitor con un grueso ejército, diciéndoles que habían de ser prisioneros suyos, o habían de convenirse a su unión para salir a un mismo tiempo por todos los boquetes de los Andes a Chile, a acabar con los españoles, y quitarles toda sus haciendas. Los gobernadores peguenches eran en esa época Quintrequi y Curilipi. Como se veían sin fuerzas y sin arbitrios para resistir, convino Quintrequi, en cuyo toldo se hallaba Llanquitor; pero advirtiéndole que debía también tratar con Curilipi. Se llamó a éste, y enterado de la solicitud de Llanquitor, contestó que el negocio era arduo y digno de tiempo para pensarlo, que se le dieran tres días de plazo, y en ellos contestaría (sólo una arrogancia imponderable podría imitar a la de este indio). Se le concedieron, y él se retiró en el momento para su toldo: pero así que llegó a él, mandó un chasque a Malalque, a lo del general Ancar, su pariente y amigo, comunicándole el estado de las cosas, y que le diese consejos y auxilios. No volvió el emisario en el plazo, y él tomó el partido de ocultarse entre los montes, con treinta y tantos mocetones y sus mujeres. Llanquitor, que se vio engañado, tomó todas sus haciendas, y marchó con ellas con Quintrequi y su penguenchada, para su tierra, a fin de tomar allá las medidas de verificar su proyecto.

Al siguiente día de la partida de Llanquitor, llegó el propio con 70 malalquinos de auxilio, caballada, y recado de Ancar, diciéndole que antes muriese que reducirse a los guilliches. En el momento Curilipi animó su gente, y

les dijo que habían de ir a alcanzar a Llanquitor, redimir a sus compañeros, desolarlo y rescatar con aumento sus animales. Ensillaron y salieron por los mismos rastros, tras del campo. Al otro día al alba estuvieron sobre él, los suyos se le vinieron, se escapó Llanquitor a pie, se apoderó de porción de prisioneros y cautivos, de toda la caballada y de los avíos, y entre ellos el de Llanquitor, que andaba en el del canónigo Cañas, con sus estriberas y herraje. Se internó más a las tierras guillichas, robó más haciendas, y regresó con toda la nación cargado de victorias. ¿Y no es ésta arrogancia?

El hecho fue publicándose, hasta haber pasado al occidente de los montes. Llegó a oídos de nuestro jefe O'Higgins, quien le mandó dar los agradecimientos, los parabienes de sus victorias, y suplicarle que saliese a verlo que lo regalaría. No quiso salir, pero le contestó al recado: otro rasgo más de su arrogancia. Le instó por segunda vez don Ambrosio, y entonces salió a verlo. Este caballero lo regaló, y por fuerza le dio 50 españoles que le acompañasen y le auxiliasen para su defensa, desde cuya época se ha seguido favoreciendo a esta nación, a quienes debemos finezas recomendables y dignas de aprecio.

Estos indios se tratan entre sí con particular benevolencia, y ésta proviene de la misma insubordinación que tienen; porque como no dejan de conocer, que unos a otros se necesitan, que por medio de sus amistades, de su caridad, y de sus servicios adquieren partidos, quieren tenerse seguros unos con otros, además de los sentimientos de hermandad y humanidad que ellos conservan. Éstos se extienden entre ellos a las demás tribus, pues cuando llegan a sus toldos, los reciben muy bien, los obsequian y sirven en cuanto pueden.

Se deduce también su caridad de las expresiones finas

con que se saludan y despiden. En las primeras es *manimari* con un abrazo, y en las segundas *amuquellan*: —ya me quiero ir, amigo, ¿qué me mandáis?

Los que son de un nombre que se titulan Lacú, se aman mucho, y para hacerse hermanos y unir sus voluntades, se cautucan, esto es, de uno de los dos se le entra de alba al toldo del tocayo, a pedirle alguna cosa de su mayor aprecio, que no la puede negar; se la entregan y quedan unidos, y pasado un año puede el otro hacer lo mismo, pero no antes. Los que convienen en sólo parte del nombre, se llaman Apé, y entre éstos no hay lacutum.

Los parientes de sanguinidad se llaman con la voz *adquini*, y los políticos *millanes*.

Con el sombrero no gastan cortesía cuando lo tienen, ni la reciben; y del cariño y afabilidad se pagan tanto, que se hacen pesados y molestos.

Sus nombres son compuestos, del nombre propio de sus padres, y de algún adjetivo que el padrino les pone en el bautismo, que acostumbran.

Pasado algún tiempo desde el nacimiento del niño, los padres solicitan a un amigo o pariente, para que lo bautice, y conociéndolo señalan día, y se previenen para caquín. El padrino, que es el bautizante, convida a todos sus amigos y deudos. Bien temprano con sus convidados se marcha para la casa del infante, lleva a una yegua o caballo gordo. Luego que llega al patio hace echar al suelo este animal, y le amarran las piernas y manos. Sobre el vientre del tumbado pone un poncho, o unas espuelas, y tras él todo el concurso le imita, poniendo allí un regalo para el chico. Ya que la bestia está con una cima de prendas encima, pide el padrino a su ahijado, y lo pone sentado sobre los regalos; otro le saca el corazón al caballo sobre vivo, y se lo pasa saltando al padrino, quien con

él le hace una cruz en la frente, diciéndole: —así te has de llamar. Éste es el adjetivo, porque el propio de la casa, lo tuvo desde que nació. Todos los presentes con gritos repiten el nombre puesto: recibe el padre al niño, y el padrino le presenta el corazón al sol, como rociándolo con la sangre que destila, y piden todos en alta voz, por la vida de aquella criatura, por su felicidad; que sea guapo, elocuente, y sepa defender a su nación. Concluida esta ceremonia, que sucede lo mismo con las hembras, sin otra variedad que los regalos son a proporción del sexo, se sigue la boda y la bebida que dura hasta que se acaba la carne, chicha o vino que tienen.

De los matrimonios y ocupaciones domésticas

En ninguna nación son tan útiles las mujeres para las familias como en ésta. En cada una de ellas miran los padres y parientes cierta parte de sus haciendas segura, al contrario de nosotros, que desde que nacen ya empezamos a trabajar para educarlas y adquirir bienes, para proporcionarles una dote que les pueda facilitar un marido honrado, y de igual jerarquía, que es difícil. El indio que tiene muchas hijas y parientas es rico, aunque no tuviese otra hacienda que ésta, y por el contrario, pobre el que abunda en hijos y parientes varones, la razón se deduce del orden de sus matrimonios, que es el siguiente.

El que solicita casarse, comunica su intención a todos sus parientes, con el objeto que le ayuden, como es costumbre, a costear las pagas que debe costarle la mujer. Convenidos por precisión, les intima el novio el tiempo en que han de ir con las presas a pedir la novia, y el lugar en que deben juntarse. Antes de amanecer está toda la pa-

rentela en el sitio prefijado; tres o cuatro de los más ancianos y elocuentes de la junta, se adelantan a llegar a la casa o toldo donde ella vive. Recuerdan éstos a los padres de la muchacha, se levantan y los hacen entrar a la habitación donde ella vive. Antes de saludar, le tiran por el suelo algunas de las donas que llevan, y entonces se abrazan y hacen relación de la solicitud que llevan, formando un panegírico sobre los méritos del novio, y los de sus antepasados. El padre contesta recomendando también el mérito de su hija, y concluye diciendo, que hable con la madre, que es la que debe cederla. Pasan al rincón donde está la madre, y diciendo ésta que por su parte no hay embarazo, vuelven a tratar con el padre sobre las prendas que quiere por su hija. Éste pide a proporción de los parientes que tiene, para poder contentarlos a todos, y concertados uno de estos emisarios vuelve al lugar de la junta para que toda ella se allegue al toldo con todos los bienes que traen. Así que llegan al patio, la primer diligencia que hacen es tumbar al suelo los caballos, yeguas y vacas que traen, a los que maniatan. Se sigue que de uno en uno van entrando al toldo callados y dejando en el suelo cual el herraje, cual el poncho, cual las espuelas, etc.: y así van como van saliendo, se van sentando en el patio con las piernas cruzadas en el suelo, hasta formar un medio círculo. Dentro de éste se sienta el novio con su madre, dos o tres parientes de los más inmediatos, que también vienen con la comitiva. Entre éstos ponen un asiento alto, formado de ocho o diez mantas, y ya que está de esta suerte el teatro, sale el padre de la novia, saluda muy serio en común, y dice: —Ahí está dentro, sáquenla. Se levantan las mujeres con gran prisa y entran preguntando, ¿cuál es? —A cuya interrogancia, la primera que está por ahí contesta, —ésta, y ya la encuentra con un palito en la mano

derecha, y dentro de él una piedra verde que llaman llanca. La toman de la izquierda, la sacan tirando para afuera; al salir se le pone presente, o su futuro suegro, o el pariente más inmediato del novio, a quien entrega en sus manos la llanca, y luego, la sientan sobre las mantas.

En aquel asiento recibe los quedetos e iquillas que le traen de obsequio. Sus nuevos parientes son los que la cubren de la cabeza para abajo; matan uno de los animales amarrados, le sacan el pecho y el corazón; medio lo cuecen en agua, y han de comer todos los del concurso. Concluida esta comida se retiran, llevando el novio a su mujer para sus toldos, en donde se hace la boda para el siguiente día, o para cuando la difieren. Este es el más frecuente método que estilan en sus casamientos, pero suelen hacerlo también por medio del rapto, y esto es cuando los contrayentes tienen trato con anticipación, y se presume que por alguna parte no convengan los padres.

En este caso se roban la muchacha, y a los tres días vienen los parientes del novio a pedirla: su introducción es a la misma hora de la mañana, tirando las prendas como en el antecedente. Piden perdón por el rapto, ponderando que el amor fue el que movió al exceso; que ya el casamiento lo tienen hecho por su voluntad, y así sólo esperan su consentimiento, para dar todas las demás dádivas que falten, y puedan salir a luz los novios y celebrarse. Condescienden los padres, y los emisarios hacen venir a los novios con los animales y otras presas. Reciben éstas, y continúan las ceremonias que he referido en el antecedente.

Ya concluidos los matrimonios, se sigue el que el padre de la novia convoca a sus parientes, para repartir las dádivas. Suelen quedar muchos descontentos, a los que después el novio debe gratificarlos.

La poligamia es permitida; pero como es tan costoso casarse con muchas, solo lo hacen los ricos.

Cuando tienen dos o tres mujeres, la más antigua goza de más autoridad, y gobierna. A ésta la llaman Unemaurne, a la segunda Ramincurre, y a la tercera Inanicurre. Entre sí suelen estar celosas; pero los indios hacen muy poco caso de que ellas se disgusten; y este mismo desprecio las reprime. Para dormir con ellas, tienen el régimen de dos noches con cada una, y no pueden variar de él, por la antigua costumbre que es.

Por esta misma regla de gobierno sólo pueden hacerse dentro de sus toldos dos fuegos; y así, si pasan de dos las mujeres, deben unirse a uno las más modernas. La que está de turno en dormir, lo está también en dar de comer y beber al marido; a quien tratan con sumo amor y respeto, y lo nombran, ya con el título de piñán, ya con el de buta.

Cuando tienen forasteros en sus toldos los acomodan en el mejor lugar fuera de los serrallos de sus mujeres, que son de apariencia, como he dicho, le ponen cerca un indio: con el pretexto de que no le suceda alguna desgracia.

Las mujeres no sólo deben cuidar de las ocupaciones domésticas y labores interiores, sino que también han de atender al avío del marido, a su freno, espuelas, caballos, etcétera, y así son tan pensionadas estas infelices, como los oficios de las esclavas, y mucho más.

Las mujeres deben hilar, tejer para vestir al marido, vestirse ellas y a sus hijos. También deben con sus labores comprar los trigos, maíz, ají, añil, y en fin cuanto necesitan en su casa. De fuera deben traer, a sus hombros, el agua y la leña; deben buscar el caballo y ensillarlo, para que el marido lo monte, y desensillarlo cuando llegue. Sus hijos en nada de estos servicios le alivian, porque no tie-

nen facultad para poderlos mandar, y cuando lo hiciesen no les obedecerían ni podrían castigarlos: sólo sus hijas le ayudan a llevar a cabo de algún modo su pesada tarea.

Aunque las mujeres tienen el cuidado de barrer el toldo y patio todos los días, como lo llevo expresado, y por esta atención se halla allí el suelo sin basura, y también a limpiar los herrajes, espuelas, uples, y tupos; pero los demás trastes como camas, pellejos, lloicas, mantas y ropa están pasados de sebo y mantas de caballo, que por todas partes vierten mugre y fetidez. Así están ellos; y por particularidad conservo, que vi una chinilla en casa de Manquel con los brazos y piernas limpias: les pregunté a ellos ¿por qué no se fregaban?, y me respondieron que no era cona el que no andaba mugroso. Ellas suelen lavar sus mantas, pero el jabón que usan es la sangre del caballo, que las pone en peor estado.

No son así en sus partos, porque apenas paren se van a bañar al río, y bañan también la criatura, y en volviendo al toldo, es a trabajar en sus ocupaciones, y a preparar chicha para celebrar con los suyos su feliz parto. Sus reglas no les impiden tampoco el baño diario.

En las primeras reglas, las muchachas tienen boda ponderada que se comunica a toda la reducción, y acostumbran entonces las siguientes ceremonias: Así que la moza se siente enferma, lo avisa a su madre, y ésta sin dilación, en una esquina del toldo, le acomoda un serrallo de ponchos y la mete en él, con orden que no levante la vista para mirar a ningún hombre. Muy del alba la toman dos mujeres de las manos, y la sacan al campo para que corra velozmente largo trecho. Vuelve cansada, y así la encierran en el serrallo: al ponerse el sol repite igual correría, y al otro día muy temprano la hacen hacer tres atados de leña que debe irlos a dejar al camino más inmediato de su

casa, y los ha de poner en tres distintas partes. Esta es una seña que da a la nación, de que ya hay otra mujer, y en seguida se convida generalmente a todos los indios para que concurren a la celebración del estado útil a que entró la india.

Para criar los chicos mantienen un cajoncillo de tablillas amarradas, que llaman dichas. Ahí dentro ponen unos pellejos de pieles de carnero, envuelven a la criatura en una mantilla de bayeta; con una faja les atan por encima de los brazos, y a los pies les dan otra ligadura, y así lo echan a la dicha, en la que vuelven a atarlo. De esta suerte se cuelga el cajoncillo a la espalda, y andan con él por todas las partes que se les ofrece, a pie o a caballo: si lloran lo toman en los brazos, y le dan el pecho sin moverlo: lo paran afirmándolo en cualquier poyo, y suelen también colgar de las dos puntas la dicha, para mecerla de un latigo que dejan suelto, para tomarla desde donde están trabajando. Las ligaduras que dan a los hijos para contenerles los brazos y piernas, dicen los indios, es con el objeto de que forcejeen, y se críen más fuertes y forzudos; y el uso de la dicha para que su formación sea recta, y para traerles con más comodidad. Así todos ellos son bien plantados y soldadescos.

Cuando las criaturas empiezan a dar pasos, regularmente las tienen desnudas, a fin de que sin el estorbo del chamal, puedan andar con franqueza: pero después ya la cubren con su propio traje. Yo concibo que vestuario más incómodo que la manta arrollada a la cintura, que les cubre hasta las pantorrillas, estrechándoles el uso de las piernas, no pudo idearse por estos indios. Por más ágiles que sean para montar a caballo, esto es, para tomar la estribera y subir la otra pierna sobre el caballo, necesitan aflojarse la manta, y así de doble tiempo que nosotros; por

esta incomodidad deben desnudarse, y ponerse bragueros para sus funciones, juegos, etcétera.

La educación que dan a sus hijos, sólo se reduce a contarles las hazañas, o hechos valerosos de sus padres y parientes, para criarles grande espíritu; y a ponderarles cuánto importa saber hablar con arrogancia, para alegar en favor de la nación en la materia que les ocurra. También les instruyen de sus tierras, y de la de sus antepasados, a fin de que no pierdan sus derechos, y en especial de toda la parentela; pero esta instrucción se reduce a dar lecciones en las bebidas y lugares públicos, que es allá muy rara vez.

La libertad que goza la infancia es sin límite, y así pueden hacer cuanto se les antoje. Cuando oyen alguna insolencia de la boca de un hijo, o que cometen algún delito que ellos lo saben, los celebran, los aplauden, y los elogian, diciendo que aquellas acciones son promesas y muestras de grandes hombres. El castigo lo miran como principio para debilitar las fuerzas, el valor y la arrogancia; y así gustan que los niños hagan lo que quieran.

De sus alimentos, músicas y otros pasamientos

La comida frecuente de estos indios es la carne de caballo, de cuyos animales tienen grandes manadas y buenos arbitrios para adquirir porciones, como se colije del diario, especialmente de las observaciones hechas en Puelce. Comen, a más de esta carne, todas las demás que se proporcionan en sus terrenos, y fuera de ellos cuando andan. Su comida común es en asado, pero que apenas se chamusque por encima. También en cocido, y por consiguiente antes de estar en sazón. Al tiempo de matar la res, se comen cruda la riño-

nada, todo el cebo, y el librilla, si estaba preñada la cría. A la carne, conforme se enfría, le sacan con las uñas la gordura y se la comen también. Al tiempo de degollar el animal aprovechan la sangre, o en hacer morcillas, o en lavarse la cara y la cabeza con ella.

Cuando la res es tierna, la deguellan, levantándola otro de las manos. Luego le amarran el gollete, para que retroceda la sangre a las entrañas: dejan pasar un rato, la abren, y sacan sobre caliente los hígados y corazón hinchados con grandes pedazos de sangre, y en el momento se lo comen, ponderando su delicadeza; esta muerte la llaman ñachi.

Los granos que comen son cocidos, pero como ya he dicho, son éstos traídos de nuestras fronteras, porque ellos no tienen siembra alguna ni trabajan en ninguna manufactura, más que en sobar algunas pieles para botas, correas, colleras para uncir animales, y manecas para las manos, y aun en estas obras tienen parte sus mujeres, como que las he visto trabajar en ellas. Los granos que nos permutan es por sal, caballos, vacas, ovejas, ponchos, mantas, etcétera; y para estos cambios llevan a sus mujeres, a fin de que ellas carguen con toda la pensión, y también de cuidarlos cuando se embriaguen, y lo hacen con vicio siempre que se les proporciona.

El trigo regularmente lo reducen a harina tostada, que llaman mirci, y de estas harina hacen dos diferentes comidas, una con agua fría, que llaman ulpo, y otra con agua caliente, que llaman checan. Lo mismo hacen con la de cebada, ambas son sustanciosas, y de buen gusto. Las papas las cuecen, y llaman mallo; pero son más aficionados a comerlas asadas. Son comedores, y nuestros guisos los celebran mucho, ponderándolos entre los suyos. Jamás tuve un día que no se viniesen a mi toldo al tiempo de comer,

sin embargo que siempre cuidé repletarlos antes, a fin de que no me creyesen más solícito de mi comodidad que la de ellos, y no hubo ocasión que no comiesen con ansia.

Son afectísimos al pan, pero no lo acostumbran. Algunas veces por cosa particular lo hacen: y de esta suerte. Humedecen el trigo sobre pieles, luego lo estregan entre los pies a que suelte el pellejo, lo sacan, y de ahí entre dos piedras lo muelen, cuya harina nombran ringo.

Sin más beneficios hacen la masa, que la asan entre la ceniza caldeada que llaman chapica, o la fríen en grasa, que es lo más frecuente.

La bebida ordinaria es agua, y las cervezas que acostumbran en sus funciones son de trigo sancochado y mascado; de michi, que es una fruta morada y muy dulce; de querén, que es una fruta de un bosquecillo; de cuparra, que es una fruta blanca entre los montes, y fuera de ellos colorada; de piñones de guigan, y de maíz. Todos estos caldos los entibian para echarles a las vasijas, en que fermentan.

Los pinales empiezan casi a los confines de la tierra de los peguenches con los guilliches; pero como son tan flojos, se dedican poco a irlos a traer, siendo una fruta tan delicada y de tanto alimento como es.

Para comer se sientan en un pellejo de oveja con las piernas cruzadas. El rale, con que la mujer les sirve la comida, se lo ponen en el suelo. Toman la troncha que han de comer con la mano izquierda; y entre los dedos van trozando los pedacillos que se han de echar a la boca, para lo que sirven de un cuchillo que todos tienen. Si el guiso tiene caldo, lo beben con el mismo rale; y todo lo acaban, aunque hayan otros que los estén mirando, porque de un plato no pueden convidarse; y así si hay veinte platos han de servirse si alcanzan, y de no, se quedan mirando los

desgraciados. Ni aun estos rales o platos de que se sirven, los hacen estos indios, sino que los compran a los guilliches y a otros.

Para sacar fuego tiene eslabón, y cuando no, usan del repu, que son dos palos de coliu o rarín, que restregando el más delgado sobre el más grueso, hacen salir un aserrín, que con el calor del movimiento se incendia. El sauce es palo también muy pronto a incendiarse.

Diariamente hacen tres comidas, por la mañana, a mediodía y antes de oscurecer. Vela no usan jamás. En los convites públicos que tienen, es su gasto, carne y chichas.

Es más solemne el que tiene vino, y más abundancia de bebida; entonces dicen treguaquimey; pero cuando no, es golinquelay; que malo estuvo y no bebimos. Es tan gustoso a esta nación embriagarse, que se llevan bebiendo, mientras dura el licor, y suelen pasarse seis y ocho días sin otro alimento que el vino, y así se enferman después.

Varias veces en sus caguines tienen música, y cuando la hay se reduce a unos pitos de caña y tamborcillos, de los que usan las machis en sus curaciones. Al compás de estos tétricos instrumentos, cantan y bailan una danza que llaman puelpurum, que es de esta manera. Se desnudan todos los danzantes, poniéndose bragueros de pieles sobadas; se pintan el cuerpo, piernas y cara con tinta de varios colores. Las cabezas se cubren de plumas de avestruz, y se cuelgan en el cuello, hombros y corbas, cascabeles; y otros, del bragueros un cencerro de caballos. Luego se forma un círculo de todos ellos, dentro del círculo una fogata de fuego, y cerca de él se ponen los músicos. Comienzan éstos, y unos tras de otros empiezan a danzar moviendo con ligereza los pies, lo mismo la cabeza, haciendo tañido con las manos, y balando con la boca. Ésta es una tarea que no se acaba muy pronto, porque el sufrimiento cada

uno se interesa ostentarlo en esta ocasión, y una diversión tan celebrada, que cuando llega a conseguirse, dura la junta dos y tres días. Las mujeres no se mezclan en baile con los hombres, ni éstos con las mujeres, que se les llega su tiempo; pero éstas no se desnudan.

Son afectísimos a jugar: y así en todos los convites arman juegos de lo que acostumbran, que son los dados, la pilma, el guaro, los villigues, y la chueca. A los dados, raro es el indio que no juega: son de la misma clase que los nuestros, pero no tan bien hechos. Cada uno ha de jugar con los suyos, y así los cargan todos los aficionados. Juegan con los españoles, y así les ganan cuanto tienen.

La pilma, que es una especie de pelota llena de viento, la juegan entre seis u ocho: para ello se desnudan, poniéndose bragueros. Hacen una raya en círculo, y dentro de ella se forman en dos filas, cada uno al frente de su contrario, y cada fila con su pilma. La una la tiene el del costado derecho, y la otra el del izquierdo: dan a un tiempo el bote en el suelo, levantan la pierna para tomarla, y darle al contrario que debe recibirla, y retornar con ella; si no le toca en alguna parte del cuerpo, pierde el de la pilma una raya, y si el otro no la recibió, pierde otra; pero hay más, que siempre que la pilma sale de la raya, pierde otro punto, y éste es el que la tira. Cuando no da al contrario y sale fuera, entonces pierde la raya de la salida, y la de la errata, que son dos: pero si la da, y sale, entonces pierde la raya de la salida el que debía recibirla. Como la ganancia resulta de las erratas y salidas de la pilma, y están tan cerca unos de otros en el círculo, que es corto, saltan, para que se pase por debajo, se agachan, y en fin, tienen tanto arte y ejercicio, que es casi incomprensible.

Así el del guaro, que es quechú o triángulo de madera, con varios punos embutidos de alquimia o plomo: para

jugarlo, hacen un hoyo en el suelo, como una fuente regular al frente de los dos contrarios: clava cada uno por su parte doce palitos, y en el campo o trecho que queda al lado del sur desocupado, que lo nombran río, ponen tres; el del medio mayor, que llaman islas; más al sur de estas islas clavan un palo ladeado hacia el norte, y ha de tener una vara de alto, y en la punta le ponen una argolla, por donde puede entrar el guaro. El que es mano lo agarra, pasa por la argolla, y lo suelta para que caiga al hoyo: si gana, quita un palito al contrario, y lo bota; y si pierde, hacen lo mismo con él, y en el hueco que queda del palito, introducen uno de la isla, y así repiten, quitando, cambiando y recogiendo, lo que se hace ininteligible. No hay español que lo entienda, por más que haya vivido con ellos. Para jugar este juego, gritan, exclaman, llaman la suerte, se muerden los brazos, y se los tajan con el cuchillo, como si lo hicieran con un hueso. Vi a uno de los que acompañaban a Mariñan, con los brazos hechos pedazos: y preguntando, que quién lo había lastimado. Que él mismo, para ganar a su contrario.

Los lligues son cuatro palillos de dos caras, por la una pintados, y por la otra blancos: se tiran juntos; si caen con las pintas para arriba, ganan, y si para abajo, pierden. Este juego es común también entre las indias.

La chueca la juegan lo mismo que lo explica el abad Molina en su historia civil, al f. 125 y 26, tratando de los araucanos; pero las peleas o pendencias que entre éstos se arman, sólo se extienden a sujetarse del pelo, y no a otra parte del cuerpo.

Esto es cuanto concierne a las costumbres y conocimientos de estos indios, y lo que puede dar una idea cabal de ellos, desde su formación.

PROYECTO
DE TRASLACIÓN
DE LAS
FRONTERAS DE BUENOS AIRES
AL

RÍO NEGRO Y COLORADO

POR
SEBASTIÁN UNDIANO Y GASTELÚ

*Al que se agrega el itinerario de un camino, desde Buenos
Aires hasta Talca, por José Santiago Cerro y Zamudio*

BUENOS AIRES
IMPRENTA DEL ESTADO
1836

PROYECTO
DE TRASLACION
DE LAS
FRONTIERAS DE BUENOS AIRES

AL
RIO NEGRO Y COLORADO
POR
SEBASTIAN UNGIANO Y CASTILLO

Al que se agrega el itinerario de un camino desde Buenos
Aires hasta Talca, por José Santiago Castro y Zamudio

BUENOS AIRES
IMPRENTA DEL ESTADO
1898

TRASLACIÓN DE LAS FRONTERAS AL RÍO COLORADO Y AL RÍO NEGRO

Don Sebastián de Undiano y Gastelú podría llegar a representar un prototipo del español llegado a América al servicio de la corona española, pues tiene las características más salientes que distinguen a varias personalidades que sirvieron durante la época colonial.

Después de haber estudiado y trabajado en su tierra natal, pasó al Río de la Plata, donde se dedicó al comercio. Más tarde ingresó al servicio del gobierno y realizó algunas incursiones en los territorios limítrofes entre las posesiones del blanco y del indio, llegando a tener una noción bastante cercana a la realidad actuante entre las diferencias que separaban a ambas organizaciones sociales.

En este aspecto se mostró muchas veces comprensivo de las brutalidades cometidas por los blancos y de las necesidades de los indios para poder vivir su paz y asimilarse de manera paulatina al estadio de vida superior. Sin embargo recomendó en sus escritos la necesidad de usar la mano dura con aquellas tribus o parcialidades de aborígenes que se mostraban remisas a la penetración del blanco.

Sus conocimientos sobre la situación de las fronteras, le distinguieron entre sus contemporáneos e hizo que las au-

toridades españolas le nombraran para realizar una inspección de las guardias y fortines. Esto lo cumplió en 1796.

Años más tarde —1803— se trasladó a Mendoza por cuestiones de negocios, y en su breve estada intervino en muchas represiones de ataques de indios. Ya en Buenos Aires —1804—, fue nombrado capitán de milicias de caballería y destinado a cumplir algunos cargos militares y administrativos, siendo su desempeño siempre correcto.

Durante las invasiones inglesas de 1806 y 1807 intervino en la defensa y reconquista, y después de 1810 su vida transcurre dedicada a los negocios. Regresó a España en 1827 y falleció dos años más tarde.

De sus trabajos y observaciones, José J. Biedma en su *Crónica histórica del Río Negro* se hizo eco con palabras encomiásticas, rescatando su prédica y sus trabajos del olvido.

La tarea que se le encomendó tenía por miras la traslación de las fronteras con los indios hasta las márgenes de los ríos Colorado y Negro, como la mejor manera de terminar con los continuos ataques de los indios y, al mismo tiempo, poder contar con un amplio territorio para la expansión de la agricultura y la ganadería.

El informe elevado al término de su viaje contiene interesantes observaciones sobre los terrenos reconocidos y el estado de las guardias y fortines. De esas observaciones realizadas es posible destacar, en primer lugar, su consejo sobre la desproporción que observó entre las armas y municiones existentes en los centros militares y los regalos que se hacía a los indios. Indicó que los primeros estaban en inferioridad, por lo que recomendó aumentarlos y disminuir las dádivas.

En la realización del viaje lo acompañó Manuel Pinaso, hombre experimentado en nuestra campaña por haber rea-

lizado incursiones en territorio indio y llegado hasta las Salinas Grandes en varias expediciones para buscar sal.

A lo largo de sus páginas se recogen algunas motivaciones que investigaciones posteriores han demostrado falsas. Uno de ellas, y para dar un ejemplo concreto, es el nombre de Luján. Indica que este nombre se dio por haber muerto en las cercanías del lugar un capitán de ese nombre en un combate con los indios.

Este encuentro tuvo lugar el 15 de junio de 1536, Corpus Christi, en el que los españoles sufrieron una importante derrota a manos de la tribu mandada por el cacique Luján, de la nación Lojas.¹

También atribuye el nombre de Melincué al apelativo de un cacique de la zona, lo que en este caso es correcto. Muy interesante resulta comparar la descripción que hace Undiano y Gastelú de este centro poblado y su comparación con las descripciones que de la Cruz y Azara realizaron oportunamente y que están incluidas en la presente reedición de la *Colección* de Pedro de Ángelis.

Un error muy importante es el que comete el relator al decir que los indios querandíes eran llamados pampas, utilizando ambas designaciones como sinónimos.² Los querandíes y los pampas fueron parcialidades indias completamente distintas, tanto en lo etnográfico como en lo cultural.

El error debe atribuirse a las descripciones que se hicieron desde los primeros tiempos de la conquista de la región del Río de la Plata, pues los primeros ocupaban en sus

¹ Ver Lehmann Nische, R., *Topografía regional rioplatense*, y *Luján* en *La Prensa*, 7 de diciembre de 1929, y E. Ruiz Guíñazú, *Garay, fundador de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1928.

² En la página 35 de la edición de de Angelis.

correrías una zona marginal sobre el litoral de dicho río, al tiempo que los pampas también lo recorrían. Este contacto esporádico y la presencia de indios en la región circunvecina al asentamiento de la ciudad de Buenos Aires, ha dado lugar a que en los referidos relatos se hable de indios querandíes y pampas como si fueran una misma parcialidad, ya que los relatores eran soldados y no hombres de ciencia. El doctor Milcíades Alejo Vignati, en sus medulares trabajos ha establecido la diferencia que existe entre ambos, por lo que remitimos al lector a ellos para una mejor y más detallada información.

En la misma página del original indicada anteriormente se refiere a la propiedad de los animales *baguales*. Dice que estos animales no tenían dueño establecido y pertenecían a quien los pillare. Al respecto es necesario recordar que en las actas del extinguido Cabildo de Buenos Aires, publicadas hace muchos años, se da el origen de los baguales en los caballos y yeguas escapados o dejados por la expedición de don Pedro de Mendoza y que sus propietarios originales son los hijos y descendientes de los primeros conquistadores al afirmar "... por donde les pertenece a los dichos hijos de los primeros conquistadores ser suyos y gozar destos dichos caballos zimarrones como a gente que de sus padres los heredaron y sustentan la dicha tierra a su costa y minción y sin ser ayudados de Su Magestad ni de otra persona ..."³

La diferencia en años que separa a ambas observaciones sobre los baguales y cimarrones, nos indican la variación del concepto original y los cambios ocurridos entre la composición social de la clase gobernante en la ciudad y cam-

³ Actas del extinguido Cabildo de Buenos Aires, 16 de octubre de 1589, t. I, pág. 51, Buenos Aires, 1907.

paña de Buenos Aires. Para la época de Undiano y Gastelú ha desaparecido prácticamente de los estratos de gobierno la clase de descendientes de los conquistadores iniciales y ha aparecido otra clase que la reemplazó, menos interesada en la propiedad incierta de las manadas salvajas y, por ello, sin ejercitar el dominio legal sobre ella.

Entre las razones que tuvo don Sebastián de Undiano y Gastelú para aconsejar la traslación de las fronteras hasta los ríos Colorado y Negro, figuran la expansión que tendría en nuestra actual campaña bonaerense la cría de las mulas destinadas a las minas del Alto Perú.

Resulta importante la coincidencia de varios relatores y viajeros sobre esta actividad en la época de la colonia, ya que no ha sido suficientemente destacada en los diversos trabajos sobre la economía colonial. Sin embargo, por la reiteración de su mención es de sospechar que tuvo una importancia mucho mayor a la que en la actualidad se le da. A nuestro criterio, de no ser así, no se la mencionaría tan reiteradamente y con palabras que la señalan como muy activa.

Además, las palabras del relator indican la importancia comercial que tenía en el momento en que le tocó realizar el viaje de informes, por lo que es de sospechar que en esos momentos superaba económicamente a las actividades del vacuno y del yeguarizo, que se han destacado siempre, ya que estas últimas estaban relacionadas con el comercio exterior y las primeras con el comercio interior.

Con respecto a la vida de los soldados en los fortines y las guardias recorridas, el relator se refiere a ello con palabras muy duras para las autoridades coloniales y llamó al trato que se les daba *inhumano*.

Aseguró que los indios espiaban la marcha de las partidas exploradoras, cercándolas por la tarde, avanzando

por la noche y matándolas *por la madrugada infaliblemente*.⁴

Para remediar esta situación propuso un cambio en el sistema, que en su momento no se realizó, pero que tuvo ejecución muchos años más tarde.⁵

Las ideas de Undiano y Gastelú sobre el adelantamiento de las fronteras coinciden con las de Azara y con varios otros escritores de la época, ya que sostuvo la necesidad de dar ayuda y propiedad de la tierra a los soldados.

Esta idea respondió a los conocimientos que en su época se tenían sobre la colonización militar de los romanos y los beneficios que rindió en un momento de la expansión imperial y ha perdurado durante muchos años en los hombres que se ocuparon del tema y que tuvieron realización práctica en las colonias militares del Chaco.

Sostuvo Undiano y Gastelú la idea de que la propiedad de la tierra afincaría a los soldados al suelo que les tocaba defender y que, al estar rodeados de un núcleo familiar, vivirían en mejores condiciones espirituales, por lo que sus tareas serían mucho más eficaces.

El plan de traslación se centró en la posesión militar y efectiva de la isla de Choele-Choel, pues por la ubicación estratégica serviría para terminar con las incursiones que los indios realizaban. Pensó que los indios se adentraban a los territorios de los blancos recorriendo desde la cordillera el curso de los ríos Colorado y Negro y desde allí desprendían partidas guerreras, por lo cual la isla referida sería el centro de hostigamiento y represión de los desplazamientos indios.

⁴ Corresponde a la página 38 de la edición Príncipe.

⁵ Al respecto remitimos al lector a nuestro trabajo *Historia para argentinos*, t. II, en la que se inserta la documentación correspondiente.

También estimaba que la posesión de esta base cortaría los caminos para el traslado de los animales robados en los ataques.

Ambos conceptos tienen el error de conceptualizar como únicos caminos las riberas de los referidos ríos para entrar o salir, pues en su momento no se conocían los caminos interiores de la pampa, las rastrilladas, que de laguna en laguna la cubrían prácticamente en todas las direcciones.

Otro error muy común en su época fue el decir que el río Diamante desembocaba en el río Negro. Al tratar el *Diario* de dos Luis de la Cruz nos hemos referido al tema, por lo que no deseamos reiterarlo.

El trabajo publicado por de Ángelis, con ligeras variantes en la redacción, se encuentra en el Archivo General de la Nación, Biblioteca Nacional, sección Manuscritos, dto. N° 1.814, con el título de *Expedición sobre conquista de tierras en el río Negro, con un mapa sobre las pampas de Buenos Aires*, y su fecha es del 1° de febrero de 1796.

ANDRÉS M. CARRETERO

ADVERTENCIA DEL EDITOR *

El proyecto que publicamos sobre la extensión de que es susceptible nuestra frontera, es debido al celo ilustrado de un español, que pasó gran parte de su vida en este país. Residió en Mendoza, donde se enlazó con una familia respetable, y tuvo relaciones íntimas con el comandante Amigorena, a cuyo lado empezó a recorrer el vasto territorio que se despliega al este de los Andes.

La idea de ocupar la isla de Choele-Choel es la que domina en este proyecto; y todas las ventajas que pueden sacarse de esta ocupación están tan claramente indicadas, que el que prescindiese de la fecha, creería que esta memoria fuese un comentario apologético de la última campaña del señor general Rosas.

Undiano permaneció en este país hasta el año de 1827, en cuya época por un disgusto doméstico regresó a Europa, y falleció poco después en Pamplona, su patria.

* Esta advertencia pertenece a la edición de De Angelis.

PROYECTO

De traslación de las fronteras de Buenos Aires, etcétera

REPRESENTACIÓN AL REY

Señor:

Don Sebastián de Undiano y Gastelú, capitán del regimiento de voluntarios de caballería de milicias disciplinadas de la ciudad de Mendoza, virreinato de Buenos Aires, deseoso del mayor bien del Estado, me atrevo a proponer a vuestra majestad la conquista pacífica de diecisiete mil leguas cuadradas de tierra, situadas en el mejor suelo del universo, y en una de las orillas de su extendidísimo imperio: conquista para la cual no hay que chocar con ninguna potencia extranjera, porque toda ha de hacerse en un país que pertenece a la corona de Castilla. Tampoco ha de derramarse sangre, porque algunas pequeñas tribus de indios errantes, que discurren por él sin asiento fijo, al modo que andaban antes los gitanos por esa península, ni querrán, ni podrán oponerse al proyecto que en ninguna manera les perjudica. Ellos, desde el año de 1784, poco o nada han dado que hacer, y si ahora no cometen hostilidades, con ser que tienen una retirada segura, es de creer

continúen en la misma buena armonía al verse cercados de los establecimientos que voy a proponer. Tampoco han de ocasionarse erogaciones a la hacienda pública, porque con lo que produce el ramo de guerra que se administra en esta capital, y se destinó a la seguridad y población de estos campos, comprendo que habrá suficiente dinero para ocurrir a los gastos que se han de impender; ni menos ha de necesitarse sacar tropas del Viejo Mundo para las guarniciones de los fuertes que se han de fundar; porque trasladando a ellos la que hay en los que actualmente tenemos en estas fronteras, me parece que quedará bien defendida la nueva línea, si se atiende a que ésta ha de formarse de la natural defensa que proporcionan los dos caudalosos ríos, Negro y Diamante, y hasta los cuales deberán avanzarse fronteras, desde esta capital hasta Mendoza, que es a lo que se reduce todo el proyecto. Los terrenos de que trato son los comprendidos entre el río Negro del sud, y las fronteras de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza. Ellos forman una figura de cuatro lados desiguales, que aunque no son en todo rigor rectilíneos, por las inflexiones de las costas y de los ríos que se ven por sus extremidades, puede muy bien, si se mira el todo, y hablando en términos geométricos, llamarse un trapecio.

En sus dos ángulos agudos viene a caer la boca del río de la Plata y Mendoza, y a los de los obtusos corresponde la confluencia del río Diamante con el Negro, y la desembocadura de éste en el océano Atlántico austral. Su mayor lado es el del norte, y lo forman las fronteras dichas, tomadas en toda su extensión este-oeste, desde Buenos Aires hasta Mendoza, el cual he corrido muchas veces. Síguese por el ancho el lado del oeste, que se extiende desde los 32 grados 56 minutos de latitud sud, en

que está Mendoza, hasta los 30 grados escasos, en que el piloto don Basilio Villarino colocó la confluencia del Negro con el Diamante. Este lado lo forma este último río, que corre desde la jurisdicción de Mendoza, y el camino que desde aquella ciudad se dirige hasta la unión del Diamante con el actual, el cual también he reconocido en dos expediciones hechas por aquel lado contra los indios del sud; habiéndonos internado en la del año 84, hasta los toldos de los Manantiales, no muy lejos de la junta del Diamante con el Negro. El tercer lado, que por su extensión debe seguirse a los dos precedentes, es el del este, que lo compone la costa de Patagones, desde el río de la Plata hasta la desembocadura del Negro, y que han recorrido muchos por mar, y aun atravesado por tierra.

El 4º último y menor lado, es el del sud, que forma la caja del río Negro, desde su confluencia con el Diamante hasta el océano. Éste lo anduvo Villarino: resultando de aquí, que están vistos los cuatro ángulos y los cuatro lados de tan extendido trapecio, que comprende no menos que diecisiete mil leguas de superficie. No puede dudarse de la óptima cualidad de todos los terrenos que encierran aquellas dilatadas extremidades, que han sido casi todas atravesadas y recorridas, ya desde Buenos Aires y Santa Fe, ya desde Córdoba, San Luis y Mendoza, en las varias expediciones hechas, desde sus respectivas fronteras, contra los indios pampas cuando las invadían: y se ha visto que se componen de unas muy pastosas y grandísimas planicies, llamadas *pampas*, interrumpidas de lomas y cañadas, y de medianas y frondosas serranías, con muchos bosques de buenas maderas a trechos, en especial hacia el oeste, entre los meridianos de Córdoba y Mendoza. Ellos están situados entre el 4º y 6º clima, en el mejor de la zona templada meridional, y por su situación geo-

gráfica, deben ser los parajes que no se han visitado de la misma ventajosa cualidad que los ya vistos o acaso mejores, mayormente no habiendo cordilleras que alteren su benigno temperamento. Podrá decirse que tan grande país tiene pocos ríos: es verdad que no tiene más que el Negro, Colorado, Diamante, Tunuyán o Bebedero, y otros más pequeños, que caen luego a la costa, o al de la Plata, y todos distantes del centro; pero lo que importa es, que se pueblen las riberas del Negro y del Diamante, fijándose en ellos y no en otra frontera, que no tardaría muchos años en irse poblando todo lo demás, sin que quedase nada yermo. ¿No tenemos pobladas de muchos y grandes pueblos las secas llanuras de la Mancha? Por ¿por qué no éstas, mucho más frescas que aquéllas? ¿Éstas, donde el agua se halla tan cerca, que nadie dudó encontrarla de cuantos se han establecido y establecen, sin más agua que la de sus pozos de balde, en estas fronteras de Buenos Aires y en las de Santa Fe y Córdoba? La sierra de la Ventana, la del Volcán, las cañadas que siguen, llenas de manantiales, desde donde se pierde el río Quinto hasta las cabeceras del río Colorado: los parajes de las Víboras, Mamilmapu, y otros muchos, donde los indios hallan el agua sin más trabajo que el de cavar unos pequeños pozos con sus cuchillos o machetes: las muchas y grandes lagunas que hay repartidas por todas esas pampas, inducen a creer muy prudentemente que en todo el país, contenido entre los linderos expresados, no hay lugar alguno que no pueda habitar el hombre. ¿Qué no debe esperarse, pues, de una tierra como ésta, si aprovechándose de sus inmensas llanuras, de las aguas de los caudalosos ríos Atuel y Diamante, y de la elevación de su origen, se acudiese a la hidrometría, y se cruzase todo él de canales de riego y de navegación? ¿Y qué, si reduciéndose a cajas más estrechas

y sólidas las aguas de los ríos Tunuyán, ríos Quinto y Cuarto, se dirigiesen al sud con el mismo objeto? Ni se diga que estos dos últimos son de poco caudal, porque mucho más pobre es el Manzanares, y en él se ve de cuánto es capaz el hombre, cuando sabe usar de este elemento con acierto.

Poblaríase, pues, este país, comenzando por la traslación de los fuertes de esta frontera de Buenos Aires a la orilla izquierda o septentrional del río Negro: ellos son seis, y seis los fortines, y con el que ya hay en la desembocadura de aquel río Colorado, en sitios convenientes, serían suficientes a cubrir la distancia que hay desde ella hasta la junta del Diamante: teniendo el cuidado de peinar bien las barrancas, dejando el menor número de pasos que sea posible, y quedando éstos precisamente dominados de nuestro cañón. De este modo, aprovechándose de la natural defensa que presta este río caudaloso y navegable, quedaría enteramente a cubierto nuestra línea por la parte del sud, estableciendo los principales fuertes en los pasos, y colocando en los intermedios atalayas, fortines y telégrafos, por cuyo medio corriesen en pocos minutos los avisos por toda ella.

En la confluencia del Diamante con el Negro sería bien poner la mayor fuerza, ya por ser éste el punto más remoto de nuestras fronteras actuales, ya también por oponer la mayor resistencia a las avenidas de los indios ranqueles y guilliches, que en caso de atacarnos habrá de ser más bien por aquel punto que por otro: por allí ha sido y es el paso de los indios serranos que se dirigen a las pampas del sud (que hoy lo hacen por Choele-Choel), dando la vuelta al oeste, buscando el paso del Negro frente al Payen, y cayendo luego al dicho del Diamante para lograr su ingreso al país vedado. Por tanto digo, que la defensa

de este punto exige la mayor atención. La ribera del Diamante, que he corrido algunas veces, y que desde el ángulo que forma donde recibe el Atuel, compone el lado del oeste del trapecio, debe también asegurarse con mucho cuidado; porque si no, de poco serviría fortificar el lado o línea del sud por el río Negro, y dejar éste indefenso en la larga distancia desde la una a la otra junta. El Diamante no es río tan grande como aquél, y por lo mismo es más fácil hallarle paso, aunque siempre a nado: en muchas partes son pantanosas sus orillas, y ésta es la mejor defensa. Sus aguas son buenas, y corren desde la jurisdicción de Mendoza, siempre por terrenos llanos. Para defenderse sería acertado escarpar todas sus barrancas, y empanatar toda la ribera opuesta en cuantas partes fuese posible, de modo que no quedasen más pasos que los dominados por nuestros fuertes. Éstos podrían establecerse después de un maduro examen y reconocimiento en los parajes más propios, trasladando para ello, a la izquierda de este río, todos los que hay en las fronteras de Córdoba, San Luis y Mendoza.

Al río Diamante, y poco más arriba de su junta con el Atuel, que distará de Mendoza 65 leguas al sud, podría trasladarse el fuerte y villa de San Carlos, que fundó en aquella frontera nuestro marqués de Sobremonte, siendo gobernador intendente de Córdoba. Apenas se hallará sitio de mejores proporciones para una gran ciudad. Dos ríos caudalosos, de buena agua, bellísimo temperamento, muchos pastos, leña en abundancia, terreno llano, muy extendido y de la mejor calidad, con despejados horizontes por norte-sudeste con el Atuel y Diamante, en la mejor disposición para sangrarlos y regar cuanto se quiera. Buenas muestras de ricos minerales en la sierra inmediata del oeste, y unas salinas inagotables de excelente sal en sus

inmediaciones, es lo que ofrece ese bello paraje a la vista de un observador. Mas desde esta junta es navegable el Diamante por el caudal de aguas que lleva, su poca corriente, y no tener salto alguno; por lo cual, del establecimiento que aquí se fundase podrían conducirse por agua todos sus frutos y producciones hasta el mar, con mucho ahorro de fletes y seguridad, y también dirigirse los auxilios y las órdenes por toda nuestra línea, y los socorros en caso de asedio de algunos de los fuertes, que no es de esperar.

Con las tropas que hoy hay en las fronteras dichas, me parece sería suficiente para establecernos sólidamente en los puntos principales de la nueva línea; es a saber, por lo que mira al río Negro, en Choele-Choel e isla inmediata más arriba de este paso; y por lo que toca al Diamante, en el que se ve más abajo de los Manantiales. En el de la esquina de San José, en el de los Algarrobos, y en la confluencia dicha del Diamante y el Atuel, y en algunos otros de que se haría un reconocimiento prolijo, si se tuviere por conveniente asegurarlos.

Para este reconocimiento deberían partir dos expediciones: una desde nuestro establecimiento del río Negro, a la manera de la de Villarino, que podría dirigirse con dos chalupas hasta la unión de este río con el Diamante; y otra, que marchando desde Mendoza, fuese por la derecha de este río último hasta encontrarse con la del Negro, volviendo a la retirada de una y otra a rectificar las observaciones hechas en la entrada. Bien que la de Mendoza sería muy conveniente que hiciese su viaje de vuelta por la izquierda, para reconocer la unión del Tunuyán con el Diamante, que yo no pude ver el año de 1784, que anduve por allí, a causa de las grandes crecientes de aquel año, que hicieron salir de madre dicho río, inundando a mucha

distancia los campos inmediatos, y estorbando el acercarse debidamente a reconocer este punto geográfico: por lo cual sería también muy bueno que la expedición de Mendoza llevase dos canoas o botes por el río; y una y otra confiadas al mando de sujetos que diesen una descripción completa de los dos ríos, levantando planos exactos de ellos, y designando los sitios para el establecimiento de los nuevos fuertes.

Todas las poblaciones nuevas necesitan auxilios: los que pueden darse a las proyectadas gravitarían sobre el ramo de guerra; y se indemnizarían luego con el aumento de cueros. Porque, ¿quién duda, que poblados de fuertes y de villas estos dos ríos, se abriría un comercio grande de unos artículos tan precisos como el cuero, el sebo y carne salada para Europa, de mulas para el Perú y Chile, y que a proporción habrían de recrecer los derechos? Dos clases de hombres son los que pueblan las fronteras actuales; esto es, soldados que llaman blandengues, y paisanos que viven bajo el cañón de los fuertes, no apeando de ochocientos a mil los que hay de estos últimos en cada uno de los fuertes de la línea de frontera de esta capital. A unos y otros sería bien repartirles los terrenos en toda propiedad y de balde, con lo cual se les vería edificar, cultivar y mejorar las posesiones, siendo ésta una cadena que fija a los hombres por los siglos de los siglos. A cada blandengue sería bueno anticiparle ochenta pesos, para que hiciese su casita; porque al cabo ellos son los que defenderían y asegurarían la nueva línea, como pobladores natos y seguros, y unos verdaderos agrónomos. Militares, y con el dinero de sus sueldos, fomentarían y vivificarían al paisano que quisiera ser poblador. A éstos sería conveniente anticiparles la misma cantidad sin calidad de devolución, y además un real diario por familia el primer año, procurando que

unos y otros sean casados, y asignándoles plazo para que lo hagan los que fuesen solteros.

Yo no puedo entrar en mayores detalles sobre el particular, porque, para hablar con fundamento, es necesario esperar las resultas de los dos expedientes dichos, y me limito sólo a decir que miro muy factible y fácil establecerlos, como llevo insinuado, en toda la línea referida: pues aunque quedarían algunos bárbaros en los países intermediarios, no habría motivo para temerlos, ni es bien que esto se diga entre españoles acostumbrados a vencer naciones mucho más numerosas y valientes. Además que, no se atreverían a insultarnos, viéndose cortados; sino más bien se reducirían a vida social, pena de ser exterminados o expulsados al otro lado del Negro o del Diamante, en caso de arrostrarse o cometer la menor hostilidad.

Pues, supongamos que se viesan pobladas y llenas de fuertes y poblaciones las riberas de estos dos ríos caudalosos. ¡Cuán prodigiosa seña la multiplicación de los ganados, en unos campos tan pastosos y propios para este objeto! ¡Y en unas estancias tan seguras como habría en su izquierda, con los pasos cortados de estos ríos, para que ni una cabeza se extraviase al sur, ni al oeste! Entonces se verían las numerosas tropas de mulas, vacas y caballos, caminar de fuerte a fuerte, y de Chile a los mercados: unas por el camino del Planchón en la cordillera, que cae poco más al sud del paralelo de la junta de los ríos Diamante y Atuel, y sale a Curicó, y otras por el de la Cruz de Piedras, que entra por los Papagayos, y sale por el río Maipú a Santiago. Entonces se verían nuestros bastimentos llegar a las ahora desiertas costas patagónicas, en busca de cueros, de sebo y de las lanas que produciría con asombro el nuevo trapecio, y surtir la Europa toda de estos renglones tan importantes y entonces, por último, desde el estableci-

miento de la junta de los ríos Negro y Diamante, podrían reconocer las riquezas del próximo y famoso cerro de Payen, y hacerse excursiones muy útiles a la historia natural y a la geografía de las antiguas tierras magallánicas, de cuyas interioridades nada sabemos. Y viniendo ahora de las extremidades al centro, ¿quién ha de dudar, que poco a poco se habrían de poblar los bellos países que encierran tan extendidos y seguros confines? Primeramente se dilatarían nuestras estancias, saliendo del estrecho y vergonzoso recinto en que las fijó Garay en 1580, y en que hasta ahora subsisten: después se irían abriendo caminos desde las viejas hasta las nuevas fronteras, haciéndoles pasar por las mejores aguadas, y ocupando éstas y las Salinas con establecimientos fijos; y después progresivamente todo lo demás de tan inmensos terrenos, donde, por decirlo así, no hay desecho.

En tiempos anteriores se pensó en asegurar la embocadura del río Negro; la entrada desde Mendoza por el Diamante está llana; y las utilidades que han de seguirse de ello son incalculables. Todo, pues, incita a continuar; pero la conquista ha de ser pacífica; al menos así lo he llegado a creer, después de haber tenido conmigo sólo muchas consultas y meditaciones.

DEREOTEROS Y VIAJES

A LA

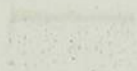
CIUDAD ENCANTADA O DE LOS CÉSARES

QUE

SE CREA EXISTENTE EN LA CORDILLERA

AL SUR

DE VALDIVIA



BUENOS AIRES

IMPRESA DEL ESTADO

1890

DERROTEROS Y VIAJES

A LA

CIUDAD ENCANTADA O DE LOS CÉSARES

QUE

SE CREÍA EXISTIESE EN LA CORDILLERA

AL SUD

DE VALDIVIA

BUENOS AIRES

IMPRENTA DEL ESTADO

1836

DERROTADOS Y VAIJES

A LA

CIUDAD ENCANTADA O DE LOS CÉSARES

QUE

SE CREA EXISTIR EN LA CORDILLERA

AL SUR

DE VALDIVIA

Buenos Aires

IMPRESA DEL ESTADO

1898

1898

LA LEYENDA DE LOS CÉSARES

La conquista de América, además de los hombres, trajo las leyendas, los mitos y las supersticiones.

Desde el mito de los gigantes de la Biblia, hasta la leyenda de las fuentes de la eterna juventud de la Edad Media, pasando por la de los naufragos, de las Siete Ciudades y de las Amazonas, las mentes enfebrecidas de los hombres frustrados, los cuerpos golpeados de los derrotados y las esperanzas inalcanzables de los postergados, poblaron esta tierra americana.

Desde América Central hacia el sud, estas leyendas y mitos fueron poblando las regiones a medida que los blancos penetraban o llegaban. En la región del Río de la Plata apareció la leyenda del monte que lloraba plata, del lago encantado fueron surgiendo a medida que los españoles recogían de los indios relatos que daban ideas de tierras maravillosas, donde las riquezas y los seres fabulosos surgían a cada paso.

Hoy se sabe que estas leyendas eran relacionadas con el imperio de los incas y que sus animales, sus riquezas, sus costumbres, como también sus plantas, eran adornadas por las deformaciones de los relatores indios y nuevamente deformadas por la imaginación de los oyentes.

Un caso patente de imaginación es la leyenda de los

Césares, nacida a consecuencia del fracaso de Caboto en 1529.

Documentalmente se sabe con certeza que éste y su gente estaban en el fuerte de Sancti Spiritu para el referido año y que allí dio permiso a quince personas para que se internaran en la tierra a fin de descubrir "...minas de oro e plata e otras riquezas que hay en aquella tierra...", como manifestó el testigo Juan María en el pleito sostenido por Caboto contra Catalina Vázquez. Otro testigo que se expresó en el mismo dijo que eran catorce los hombres salidos.

Pedro Morales, otro testigo en el mismo juicio, dijo que esos hombres se dirigieron unos a los querandíes, otros a los curacuraes y otros por el río Curacuraz (¿Carcarañá?).

De todos los salidos sólo volvieron los que acompañaban al capitán Francisco César, manifestando haber visto maravillas en oro, plata, piedras y otras cosas. Ante esas noticias, Caboto acordó hacer una entrada a la tierra para buscar las riquezas descritas.

Este capitán Francisco César, según algunos era portugués y según otros español nacido en la provincia de Córdoba. Intervino con Pedro de Heredia en la expedición a Cartagena, después de sus intervenciones en el Río de la Plata acompañando a Caboto. Sufrió contrastes militares y políticos en la nueva región en que se encontraba, por lo que se decidió a expediciones en la sierra de Arike, donde se decía que estaba situado el Dorado.

En marcha tras esa leyenda, combatió casi permanentemente con los indios comarcanos y en el valle del Cauca derrotó al feroz cacique Nitubara y tras múltiples penalidades regresó a Cartagena.

El respeto que los soldados le tenían y la probada valentía de que siempre dio muestras, hicieron que Valdillo

lo reclutara como teniente general en la segunda entrada al Dorado. En esta marcha enfermó de fiebres en Iraca y fue enterrado en Cori. Su vida fue una continua aventura donde el espíritu romántico y aventurero se antepuso a las miserias y frustraciones de la vida cotidiana de las primeras conquistas de los españoles en América. Sus probadas virtudes personales impidieron en varias oportunidades levantamientos de los soldados contra sus jefes y logró que siempre se mantuviera el orden jerárquico, aun en los momentos más desalentadores. Fue el fundador de Antioquia y su nombre dio nacimiento a una de las leyendas que perduró más años en esta parte de América.

Posiblemente el nacimiento de la leyenda sea la necesidad de evadir a la vulgaridad, a la mezquindad y a la negatividad cotidiana, embelleciendo la vida y dándole un encanto de que en la realidad carece. Por ello, tal vez, los hombres de Caboto magnificaron los relatos oídos a Francisco César y a sus acompañantes.

En *La Argentina*, de Rui Díaz de Guzmán, se dice que al regresar César de su incursión al interior de la tierra encontró a Sancti Spiritu despoblado y destruido, por lo que decidió, junto a sus compañeros, volver a internarse. El relato de Rui Díaz de Guzmán lo llevó a recorrer un territorio hasta una cordillera muy alta que los condujo hasta el Perú.

Los relatos de César y sus compañeros tal vez no fueran fantasías con que pretendían ocultar una incursión inútil, sino los relatos que los indios que encontraron a su paso les dieron del imperio del Perú. Hay un dato que corrobora esta suposición y se refiere a la ropa bien hecha. Ninguna organización de indios en esta parte sud del continente estaba, como los incas, vestida con tanta pulcritud

y por ello es que en los relatos de los otros indios y de los españoles se hiciera referencia precisa a esta circunstancia.

Los datos documentales existentes demuestran que la proyectada incursión a la tierra fue postergada y Caboto, junto con García, desobediente como él, del compromiso tomado en la capitulación respectiva, se internaron juntos por el Paraná y Paraguay, llevando como compañeros de aventura a César y los hombres que lo acompañaron.

Hasta aquí la constancia documental y verdadera de César, pues con posterioridad, sus aventuras corridas en el norte, como dijimos antes, sirvieron de ingrediente necesario para las conversaciones de campamento. Estimamos que nadie puso en duda las aventuras reales vividas por César en la región de Cartagena, que muchos compañeros de ellas las divulgaron en el Perú y que estos relatos llegaron a conocimiento de hombres del Paraguay, donde vivió un tiempo el capitán Francisco César, es el vínculo de la trayectoria para mantener vivo el recuerdo de su entrada a la tierra desde Sancti Spiritu y las riquezas relatadas como vistas y no como oídas contar. Este círculo deletéreo se basaba en hechos históricos concretos, pero carecía de una realidad indestructible, viviendo siempre en los relatos tradicionales y llegando a las obras escritas, como en el caso de Rui Díaz de Guzmán, nuevamente deformadas para quedar ante la posterioridad.

Desaparecido Francisco César de esta parte del continente, la leyenda perduró y se atribuyó el nombre del iniciador a otras aventuras, desgracias y fantasías, ahora ubicadas en el extremo sud del continente.

Cuando Simón de Alcazaba alcanzó el estrecho de Magallanes estalló una revolución que lo mató, pero que fue reprimida con dura mano. Restablecido el orden, algunos

cabecillas fueron muertos por los leales y algunos de los revoltosos obligados a dejar las naves y quedar abandonados en tierra.

Años después—1540— llegó al estrecho otra expedición, conocida comúnmente como la expedición del obispo de Placencia. Esta expedición sufrió un duro contraste en aguas del estrecho de Magallanes, pues la nave capitana naufragó y sus tripulantes, salvados casi en su totalidad, debieron buscar refugio en las costas de Tierra del Fuego.

Nada se supo de éstos ni de los anteriores náufragos, pues ni la expedición despachada por Valdivia, ni la encabezada por Juan Ladrillero, como Francisco Drake, supieron dar cuenta ni noticia de ellos en sus correrías por la zona del estrecho.

La primera mención que se hizo de ellos consta en la obra del padre Rosales *Historia General de Chile*, repitiendo los conceptos en la *Conquista espiritual*.

Se los suponía viviendo casados con indias en una ciudad de fantasía que habían levantado.

Esta leyenda no era llamada de los náufragos, sino de los Césares, y las riquezas fabulosas que se aseguraba encerraban dentro del recinto de la ciudad era el tesoro de los Césares.

La leyenda circuló por las costas y los caseríos llegando a Santiago de Chile y Perú, de donde fue llevada a Paraguay, tomando en algunos lugares nombres diferentes pero manteniendo la esencia de su origen y transformación.

Ante los embrujos de la leyenda cayeron los soldados, las autoridades y hasta los sacerdotes. El padre Lizárraga, famoso y legendario redactor de una interesante descripción de nuestro territorio, aseguró haber oído relatos sobre una ciudad ubicada en los confines de los Andes y que estaba dispuesto a dar crédito a los mismos.

La segunda expedición que dejó gentes en la Patagonia fue la de Sarmiento de Gamboa, que en 1584 fundó la población que llamó *Nombre de Jesús*, trasladada poco más tarde hasta cerca del actual emplazamiento de Punta Arenas y a la que rebautizó *Rey don Felipe*. El desgraciado destino de esta expedición hizo que los pocos habitantes que quedaron en ella desaparecieran sin dejar rastros de su destino final.

En la carta del estrecho de Magallanes, publicada por Hulsius en 1626, se indica la ubicación de la última población mencionada como si hubiera sido una ciudad fortificada con fuertes murallas en medio de una tierra pelada y desierta.

Allí terminó la vida cierta de estos españoles en el extremo sud de la Patagonia, pero la fantasía de los hombres de su época no permitió aceptar este destino deslucido y triste, por lo que en torno a ellos se siguió tejiendo con los hilos de la imaginación para convertir la malla de los relatos en una maravillosa ciudad, rica en metales preciosos, con altas murallas inaccesibles y sus habitantes dados a una vida regalada.

Los Césares que se conocen no fueron solamente los Césares blancos, sino que también los hubo indios. La leyenda dice que muchos indios del Perú, ante la incursión de los españoles abandonaron sus territorios y se internaron al sud, hasta ubicarse en una región no precisada de los Andes del sud o en alguna zona de la Patagonia donde reconstruyeron el esplendor de su imperio.

Una variante de las dos leyendas —blancos e indios— tuvo sus relatores y adeptos, pues se aseguraba que los blancos perdidos y los indios huidos se habían encontrado en su deambular y contadas sus desgracias se habían unido para buscar juntos su destino mejor. El resultado de

esta unión fue la existencia de una ciudad rica, fabulosamente bella, ubicada como todas las anteriores en una región no determinada, pero cierta y real, vista por otros indios y entrevista por algunos blancos que no podían precisar la ubicación al no haber podido llegar a ella por las guardias que la cuidaban. Se aseguraba en algunos de los relatos que perros muy inteligentes la custodiaban; otros, por su parte, señalaban que existía la *Ciudad encantada de los Césares* en un descampado de un tupido bosque y que en él había señales de cruces y cartas colgadas de cestos donde se advertía a los intrusos del fin cruel que les esperaba si trasponían el límite de seguridad.

Sus pobladores eran —para algunos relatores— altos, blancos, de cabellos rubios, cubiertos de ricas armaduras, que vivían en casas hermosamente construidas al estilo europeo, poseedores de inmensos rodeos de vacas y ovejas.

Se daba por descontado que sus riquezas en minerales preciosos eran incontables.

Estas leyendas tuvieron también sus versiones parciales, como fueron los *césares chilenos*. Estos césares nacieron de la presencia en algún lugar del sud de Chile, de náufragos. Esto se conocía por relatos de los indios y se aseguraba que vivían en circunstancias muy parecidas a las indicadas anteriormente.

Puede asegurarse que casi nadie escapó al hechizo de esta leyenda, pues hasta religiosos convencidos, como el padre Mascardi, realizaron incursiones en busca de la *Ciudad encantada de los Césares*.

Mascardi salió de Chiloé en las postrimerías del año 1670, acompañado por una princesa india que se había convertido al cristianismo. Es necesario resaltar que en los relatos sobre estos viajes del padre Mascardi, la dignidad de la india que le acompañaba era de princesa, reme-

morando a la distancia las dignidades de los relatos femeninos de la Edad Media.

Esta incursión terminó en nada, por lo que dos años más tarde realizó otra, llegando en su penetración hasta los restos del campamento levantado por el inglés Juan de Narbourough, que había incursionado en la Patagonia con intenciones de tomar posesión de ella. Como es sabido, Mascardi murió a manos de los indios después de haber regresado de esta expedición en busca de los césaes.

En las Cartas Anuas, de la Compañía de Jesús, correspondientes a los años en que Mascardi expedicionó, se encuentran numerosos e interesantes detalles de sus viajes.

En 1707 en Lima se dio a conocer el relato que Silvestre Antonio de Rojas hizo sobre el *Derrotero de un viaje desde Buenos Aires a los Césares*, que años después incorporó Pedro de Ángelis a su *Colección de obras y documentos*. En este relato se dieron unas informaciones tan descabelladas que ni los mismos españoles las pudieron creer. Rojas había permanecido entre los indios por más de diez años, llegando a alcanzar la dignidad de cacique entre los pehuenches.

Con posterioridad a Rojas aparecieron los intentos o escritos relacionados con los Césares de Pedro Jerónimo de la Cruz, José Quiroga, José Cardiel y el padre Lozano, que no se animó a negar rotundamente su existencia y que dio tres ciudades en las cuales podía estar la representación material de la leyenda.

Por su parte el padre Falkner, pese a lo asegurado por el padre Furlong, escribió en 1760 sobre los Césares, aun cuando en ocasión de su *Descripción de la Patagonia* se abstuvo de mencionarlo. El relato de Falkner está tomado sobre el relato de Rojas mencionado anteriormente.

Por su parte Ignacio Pinuer, en 1744, dio a conocer su

Relación con las noticias adquiridas sobre una ciudad grande de los españoles que hay entre los indios del sud de Valdivia, e ignota hasta el presente.

Pinuer realizó tres entradas a la región en que estimaba estaba situada la ciudad de los Césares, guiado por un indio viejo y ladino, llamado Turín, que en su idioma significa traidor.

El resultado fue desastroso, pues de la ciudad no tuvieron noticias ciertas, pero en su relato —publicado por de Angelis— asegura datos concretos sobre la vida de los habitantes de la tan buscada ciudad.

Por su parte Manuel José de Orejuela, sacerdote como Mascardi y convencido como tantos otros de la existencia de los Césares, solicitó reiteradamente a las autoridades de Valdivia auxilios materiales para expedicionar, que terminó por convencer a éstas e hizo que publicaran su hoy famoso *Informe y dictamen*, recogido oportunamente por Pedro de Angelis en su *Colección*.

La insistencia en los relatos de los indios y la coincidencia sobre los datos aportados, sobre la existencia de ciudad o ciudades en la Patagonia, provocaron la sospecha en las autoridades de Buenos Aires, de que las tierras patagónicas estaban siendo pobladas por extranjeros, posiblemente ingleses. Sobre estas sospechas y las medidas tomadas para conjurar la penetración hemos de ocuparnos en otro lugar, por lo que no hemos de hacer mayor referencia.

A medida que el tiempo transcurrió, la leyenda de los Césares se fue diluyendo y perdiendo fuerza. Sin embargo, no todos pudieron aceptar que se trataba de una leyenda y sostuvieron el convencimiento de su existencia real.

Entre estos últimos hay que mencionar al padre Menéndez, que, siguiendo las huellas de Mascardi, incursionó en

la región del Nahuel Huapi y allí recogió la noticia transmitida por los indios de la existencia de una ciudad llamada *Chico Buenos Aires*, mandada por el *cacique Basilio*. Esta ciudad tenía campanas y sus habitantes sembraban la tierra y fabricaban pan.

Estas noticias eran ciertas, pero alejadas por completo de la leyenda, ya que la ciudad era Carmen de Patagones y su cacique Basilio Villarino, pero cuando estas noticias ciertas llegaron, Menéndez había sido muerto por los indios.

El padre Cardiel, por su parte, también creyó en la existencia de los Césares y aseguró que esto podría ser como el caso de los *batuecas* en España. Este caso de los *batuecas* también es el resultado de la credulidad popular, ya que es un valle ubicado en la provincia de Salamanca y que para fines del siglo xvi se estimó como recién descubierto y poblado por los árabes. Esto dio lugar a que Alonso Sánchez publicara en 1632, en su *Rebus hispaniae*, una leyenda de amor y sobre la que Juan E. Hartzenbusch escribió una comedia de magia y amor. Por extensión se dice en el habla hispana "estar en *batuecas*", como sinónimo de estar en *babia*, distraído, sin atender a los que hablan.

Este significado popular puede aplicarse con toda justeza a los que escribieron sobre la leyenda de los Césares y también a todos los que creyeron en ella, pues estaba muy lejos de la realidad cotidiana que les tocaba vivir. Posiblemente los escritos sobre esta leyenda afirmando su existencia no fuera más que un escapismo psicológico que intentó cubrir con mágicas palabras los fracasos.

Documentos sobre los Césares. Existen en el Archivo General de la Nación algunos documentos referidos a los

Césares que se dan a continuación de acuerdo a la numeración de la Colección Biblioteca Nacional, sección Manuscritos:

- Carta de Hernando Arias de Saavedra al rey sobre conquista al país de los Césares, 604, Dto. N° 7.369.
- Carta del padre Lozada a Juan de Alzola sobre los Césares, s/f., Dto. N° 6.383.
- Derrotero del viaje de Buenos Aires a los Césares presentado al rey por S. A. Díaz de Rojas, s/f., Dto. N° 1.881.
- Derrotero, camino cierto y verdadero de la ciudad de la Santísima Trinidad puerto de Santa María de Buenos Aires hasta la ciudad de los españoles, que por otro nombre llaman la ciudad encantada, 1760, Dto. N° 1.992.
- Ídem anterior, N° 5.506.
- R. O. acusando recibo de la comunicación sobre descubrimiento de los Césares, 1778, Dto. N° 265/15.
- Derrotero de Buenos Aires a la ciudad de los Césares, por Felipe Haedo, 1779, Dto. N° 1.988.

ANDRÉS M. CARRETERO

Césares que se dan a continuación de acuerdo a la numeración de la Colección Biblioteca Nacional, sección Manuscritos.

— Carta de Hernando Arias de Saavedra al rey sobre conquista al país de los Césares, 604 Dto. No 7369.

— Carta del padre Loxada a Juan de Alcala sobre los Césares, 571 Dto. No 6383.

— Detractorio del virre de Buenos Aires a los Césares por sentido al rey por S. A. Diaz de Rojas, 571 Dto. No 1381.

— Detractorio, camino cierto y verdadero de la ciudad de la Santísima Trinidad puerto de Santa Marta de Buenos Aires hasta la ciudad de los españoles, que por otro nombre llaman la ciudad encantada, 1760 Dto. No 1302.

— R. O. acordando recibir de la comunicación sobre descubrimiento de los Césares, 1778 Dto. No 25515.

— Detractorio de Buenos Aires a la ciudad de los Césares por Felipe Huelo, 1779 Dto. No 1928.

— Detractorio de Buenos Aires a la ciudad de los Césares por Felipe Huelo, 1779 Dto. No 1928.

— Detractorio de Buenos Aires a la ciudad de los Césares por Felipe Huelo, 1779 Dto. No 1928.

— Detractorio de Buenos Aires a la ciudad de los Césares por Felipe Huelo, 1779 Dto. No 1928.

DISCURSO PRELIMINAR

A LAS

NOTICIAS Y DERROTEROS

DE LA

CIUDAD DE LOS CÉSARES

Pocas páginas ofrece la historia, de un carácter tan singular como las que le preparamos en las noticias relativas a la *Ciudad de los Césares*. Sin más datos que los que engendraba la ignorancia en unas pocas cabezas exaltadas, se exploraron con una afanosa diligencia los puntos más inaccesibles de la gran cordillera, para descubrir los vestigios de una población misteriosa, que todos describían, y nadie había podido alcanzar.

En aquel siglo de ilusiones, en que muchas se habían realizado, la imaginación vagaba sin freno en el campo interminable de las quimeras, y entre las privaciones y los peligros, se alimentaban los hombres de lo que más simpatizaba con sus ideas, o halagaba sus esperanzas. El espectáculo inesperado de tantas riquezas, amontonadas en los templos y palacios de los incas, avivó los deseos y

pervirtió el juicio de esos felices aventureros, que no contentos con los frutos ópimos de sus victorias, se prometían multiplicarlos, ensanchando la esfera de sus conquistas.

El contraste entre la abundancia de los metales preciosos en América, y su escasez, tan común en aquel tiempo en Europa, y más especialmente en España, explica esta sed inextinguible de oro en los que marchaban bajo los pendones de Cortés y Pizarro. La disciplina militar no era entonces tan severa que frenase la licencia del soldado, y escarmentase la prevaricación de los jefes. Nervio principal del poder de los reyes, y ciegos instrumentos de sus venganzas, los ejércitos disfrutaban de la impunidad con que suele recompensarse esta clase de servicios, y ninguna barrera era capaz de contener el brazo de esos indómitos satélites del despotismo. Si hay quien lo dude, contemple la suerte de Roma, profanada por los soldados de un general de Carlos V, casi en la misma época en que sus demás caudillos anegaban en sangre a regiones enteras del Nuevo Mundo.

Ninguna de las pasiones nobles, que suelen agitar el corazón de un guerrero, templó esa sórdida ambición de riquezas, que cegaba a los hombres, y los hacía insensibles a los mismos males que sufrían. Los planes que se frustraban eran fácilmente reemplazados por otros no menos efímeros y fantásticos; y las últimas empresas sobrepujaban casi siempre en temeridad a las que las habían precedido. No contentos con lo mucho que habían disipado, buscaban nuevos recursos para fomentar su natural propensión a los gustos frívolos, cuando no era a los vicios ruinosos.

Bajo el imperio de estas ilusiones, acogían todas las

esperanzas, prestaban el oído a todas las sugerencias, y estaban siempre dispuestos a arrostrar los mayores peligros, cuando se les presentaban en un camino que podía conducirlos a la fortuna. Es opinión general de los escritores que han tratado del descubrimiento del Río de la Plata, que lo que más influyó en atraerle un número considerable y escogido de conquistadores, fue el nombre. Ni el fin trágico de Solís, ni el número y la ferocidad de los indígenas, ni el hambre que había diezmado a una porción de sus propios compatriotas, fueron bastantes a retraerlos de un país que los brindaba con fáciles adquisiciones. Pero pronto reconocían su error, y el vacío que dejaba este desengaño hubiera sido abrumante, si no hubiesen tenido a su disposición un *Dorado* y los *Césares* para llenarlo.

Estas dos voces, que son ahora sin sentido para nosotros, fueron entonces el alma de muchas y ruinosas empresas. Los gobiernos de Lima, Buenos Aires y Chile, distrayéndose de las atenciones que los rodeaban, tendían la vista hacia estas poblaciones misteriosas, reiterando sus conatos para alcanzarlas; y las noticias que circulaban sobre su existencia, eran tan circunstanciadas y concordes, que arrancaban el convencimiento. Se empezó por repetir lo que otros decían, y se acabó por hablar como testigos oculares.

De los Césares sobre todo se discurría con la mayor precisión y evidencia. Eran ciudades opulentas, fundadas, según opinaban algunos, por los españoles que se salvaron de Osorno y de los demás pueblos que destruyeron los Araucanos en 1599; o según otros, por los restos de las tripulaciones de los buques naufragados en el estrecho de Magallanes. "La ciudad principal (puesto que se contaban hasta tres) "estaba en medio de la laguna de *Payegué*, cerca de un estero llamado *Llanquecó*, muy correntoso y profundo. Tenía murallas con fosos, rebellines y una sola

entrada, protegida por un puente levadizo y artillería. Sus edificios eran suntuosos, casi todos de piedra labrada, y bien techados al modo de España. Nada igualaba la magnificencia de sus templos, cubiertos de plata maciza; y de este mismo metal eran sus ollas, cuchillos, y hasta las rejas de arado. Para formarse una idea de sus riquezas, baste saber que los habitantes se sentaban en sus casas en asientos de oro. Gastaban casaca de paño azul, chupa amarilla, calzones de *buché*, o bombachos, con zapatos grandes, y un sombrero chico de tres picos. Eran blancos y rubios, con ojos azules y barba cerrada. Hablaban un idioma ininteligible a los españoles y a los indios; pero las marcas de que se servían para herrar su ganado eran como las de España, y sus rodeos considerables. Se ocupaban en la labranza, y lo que más sembraban era *ajíes*, de que hacían un *vasto comercio* con sus vecinos. Acostumbran tener un centinela en un cerro inmediato para impedir el paso a los extraños; poniendo todo su cuidado en ocultar su paradero, y en mantenerse en un completo aislamiento. A pesar de todas estas precauciones, no habían podido lograr su objeto, y algunos indios y españoles se habían acercado a la ciudad hasta oír el tañido de las campanas.”

Estas y otras declaraciones que hacían, *bajo juramento*, los individuos llamados a ilustrar a los gobiernos sobre la *gran noticia* (tal era entonces el nombre que se daba a este pretendido descubrimiento) excitaron el celo de las autoridades, y la más viva curiosidad del público. Este fervor, y los proyectos de expediciones que le fueron consiguientes, empezaron con el siglo xvii, y continuaron hasta el año de 1781, en que la corte de España encargó al gobierno de Chile de tomar en consideración las propuestas del capitán don Manuel Josef de Orejuela, que solicitaba auxilios de tropa y dinero para emprender la conquis-

ta de los *Césares*. Con este motivo se pasaron al fiscal de aquel reino nueve volúmenes de autos, que se conservaban en los archivos, para que aconsejase las medidas que le pareciesen más conducentes a llenar los objetos consultados. Este magistrado procedió en su examen con los principios del criterio legal, que no duda de lo que se apoya en declaraciones *juradas, explícitas, concordantes y terminantes*. Las objeciones que se hacían contra estos asertos le parecieron cavilaciones de hombres acostumbrados a dudar de las cosas más evidentes. Puso en cotejo la incredulidad con que se oyeron los vaticinios de Colón sobre la existencia de un nuevo mundo; los muchos e importantes descubrimientos debidos a las solas indicaciones de los indios, y buscó en la historia de los naufragios célebres una explicación fácil al origen de estas poblaciones ocultas.

Hay errores que merecen ser excusados y en los que pueden incidir los espíritus más rectos y juiciosos: tal nos parece el del fiscal de Chile. Su convencimiento es completo: no sólo creía en los *Césares*, sino que se esforzaba a que todos les creyesen. *Con semejantes atestaciones*, exclamaba en su entusiasmo, *parece que ya no debe dudarse de la existencia de aquellas poblaciones*. Y realmente ¡cuán peligroso sería en un juez un sistema de investigación llevado hasta la incredulidad y el escepticismo! ¡Cuán insuperables serían las trabas que opondría al curso de la justicia una conciencia *incontentable*, que desconfiase de la razón, y protestase contra sus fallos!...

No eran hombres vulgares los padres Mascardi, Cardiel y Lozano, y todos ellos participaron de este engaño, trabajando con ahinco para generalizarlo. Uno de ellos fue víctima de su celo apostólico: los otros estaban dispuestos a imitarle, por la persuasión en que estaban de hallar un

pueblo, falto de los auxilios de la religión, aunque viviese en la comodidad y la abundancia.

Sin embargo, esta justificación de un error que ya no es posible disfrazar, debe esparcir dudas sobre muchos hechos históricos, por más auténticos y calificados que sean. Hay épocas en que la razón se ofusca al contemplar objetos nuevos e inusitados; y expuesto el hombre más juicioso a una serie continua de impresiones violentas, deja de analizarlas, y baja insensiblemente al nivel de las inteligencias vulgares, que todo lo ponderan y admiran. Para cumplir con el precepto del sabio, *nil admirari*, se necesita estar en el pleno ejercicio de sus facultades, y haber contraído cierto hábito de dominar sus sentidos, siempre propensos a fascinar, y a engañarse. ¡Cuán distantes estaban los conquistadores de América de este estado de sosiego! Para ellos todo era motivo de arrebató. El espectáculo de un nuevo mundo, de pueblos nuevos, de nuevas costumbres, y más que todo, esas fuentes inagotables de riquezas, que brotaban por todas partes con más prontitud que el mismo deseo de poseerlas, mantenían a los hombres en una dulce y perpetua éxtasis. Sin tomar el opio como los musulmanes, probaban las mismas sensaciones, y les costaba trabajo arrancarse de ellas.

Con estas disposiciones se forjaron tantas mentiras, y se formaron expedientes para acreditarlas. Los casos más inverosímiles, los sucesos más extraños, las declaraciones evidentemente falsas y absurdas, encontraban siempre testigos, y un *escribano* para certificarlas. El que quisiera recopilar estos embustes, formaría una obra voluminosa, y tal vez divertida. Garsilaso, el menos crédulo de sus contemporáneos, no ha podido sustraerse de este embeleso; ya exagerando la sabiduría de las antiguas instituciones del Perú; ya sus tesoros, ya la fecundidad de su terri-

torio. Le habían quedado algunas dudas sobre la magnitud extraordinaria de un *rábano* del valle de Cuçapá, del que había oído hablar vagamente, y se encontró en Córdoba con un caballero español, que acompañaba al gobernador de Chile cuando se trató de reconocer y *probar* este hecho. Este español le dijo: "*a fe de caballero hijo-dalgo*, no sólo vi cinco caballos atados a las ramas del rábano, sino que comí de él, y lo hallé muy tierno." Con este motivo le habló también de un *melon* del mismo valle de Ica, que pesaba cuatro arrobas y tres libras, y del que se tomó fe y testimonio *ante escribano*! De este modo cundía el fraude por obra de aquellos mismos que debían atajarlo, y se sorprendía la conciencia pública hasta en los documentos auténticos.

La poca instrucción que reinaba en las clases privilegiadas, favorecía estas imposturas, y hacía más difícil su manifestación. La geografía, que debió haber adelantado en proporción de los descubrimientos, quedaba estacionaria; y sólo al cabo de muchos años se pensó en reconocer lo que había sido ocupado. De conformidad a los primeros informes sobre la localidad de los Césares, los geógrafos los habían colocado en una abra de la Cordillera Nevada, entre los 45 y 50 grados de latitud austral: y no obstante, había jefes que preguntaban por la *gran noticia* a los indios Chiquitos, y otros que la buscaban en las riberas del Atlántico! La gravedad con que el fiscal de Chile funda su dictamen en 1782, prueba que hasta entonces conservó todo su crédito esta patraña.

La solicitud del capitán Orejuela, que dio mérito a este informe, puede haber sido dictada por un exceso de candor, o por un cálculo de malicia. En ambos casos tiene el mérito de haber dejado concentrado en un solo foco las

varias opiniones que se han vertido sobre este asunto, y cuya lectura es más que suficiente para clasificarlas.

De los distintos papeles a que se refiere el fiscal de Chile, hemos extractado lo que nos ha parecido más conducente a formar el juicio del público, relegando al olvido muchos pequeños detalles que nada hubieran añadido a su convencimiento. Estos documentos nos han sido franqueados, parte por el señor coronel don José María Cabrer, y parte por el señor doctor don Saturnino Seguro, cuya liberalidad y benevolencia sólo podemos retribuir con este testimonio estéril de nuestro agradecimiento.

Buenos Aires, 28 de enero de 1836

PEDRO DE ANGELIS

DERROTERO

De un viaje desde Buenos Aires a los Césares, por el Tandil y el Volcán, rumbo de sudoeste, comunicado a la corte de Madrid, en 1707, por Silvestre Antonio de Rojas, que vivió muchos años entre los indios peguenches

Los indios de esta tierra se diferencian algo en la lengua de los pampas del Tandil o del Volcán. Dirigiéndose al sudoeste hasta la sierra Guaminí, que dista de Buenos Aires ciento sesenta leguas, se atraviesan sesenta leguas de bosques, en que habitan los indios mayuluches, gente muy belicosa, y crecida, pero amiga de los españoles.

Al salir de dichos bosques se siguen treinta leguas de travesía, sin pasto ni agua, y se lleva desde el Guaminí el rumbo del poniente. Al fin de dicha travesía se llega a un río muy caudaloso y hondo, llamado de las Barrancas: tiene pasos conocidos por donde se puede vadear.

De dicho río se siguen cincuenta leguas al poniente, de tierras estériles y medanosas, hasta el río Tunuyán. Entre los dos ríos habitan los indios picunches, que son muchos, y no se extienden sino entre ambos ríos.

De dicho río Tunuyán, que es muy grande, se siguen treinta leguas de travesía, por médanos ásperos, hasta

descubrir un cerro muy alto, llamado Payen. Aquí habitan los indios chiquillanes. Dicho cerro es nevado, y tiene alrededor otros cerrillos colorados de vetas de oro muy fino; y al pie del cerro grande uno pequeño, con panizos como de azogue, y es de minerales de cristal fino. Por lo dicho resultan, hasta el pie de la cordillera, 330 leguas de camino: y las habrá a causa de los rodeos precisos para hallar las aguadas y pasos de los ríos. Pero por un camino directo no puede haber tantas, si se considera que desde Buenos Aires a Mendoza hay menos de 300 leguas, abriendo algo más el rumbo desde aquí casi al poniente con muchas sinuosidades; y el Payen, según el rumbo de la cordillera, queda al sur de Mendoza.

*Prosigue el derrotero al sur, costearo la cordillera
hasta el valle de los Césares*

Caminando diez leguas, se llega al río llamado San Pedro, y en medio de este camino, a las cinco leguas, está otro río y cerro, llamado Diamantino, que tiene metales de plata y muchos diamantes. Aquí habitan los indios llamados diamantinos, que son en corto número.

Cuatro leguas más al sur, hacia el río llamado de los Ciegos, por unos indios que cegaron allí en un temporal de nieve, habita multitud de indios, llamados peguenches. Usan lanza y alfanje, y suelen ir a comerciar con los Césares españoles.

Por el mismo rumbo del sur, a las treinta leguas, se llega a los indios puelches, que son hombres corpulentos, con ojos pequeños. Estos puelches son pocos, parciales de

los españoles, y cristianos reducidos en doctrina, pertenecientes al obispo de Chile.¹

En la tierra de estos puelches hay un río hondo y grande, que tiene lavadero de oro. Caminando otras cuatro leguas hay un río llamado de Azufre, porque sale de un cerro o volcán, y contiene azufre.

Por el mismo rumbo, a las treinta leguas, se halla un río muy grande y manso, que sale a un valle muy espacioso y alegre, en que habitan los indios Césares. Son muy corpulentos, y éstos son los verdaderos Césares.

Es gente mansa y pacífica; usa flechas, o arpones grandes, y hondas, que disparan con mucha violencia: hay en su tierra muchedumbre de guanacos que cazan para comer. Tienen muchos metales de plata, y sólo usan del plomo romo, por lo suave y fácil de fundir. En dicho valle hay un cerro que tiene mucha piedra imán.

Desde dicho valle, costearlo el río, a las seis leguas se llega a un pontezuelo, adonde vienen los Césares españoles que habitan de la otra banda, con sus embarcaciones pequeñas (por no tener otras), a comerciar con los indios. Tres leguas más abajo está el paso, por donde se vadea el río a caballo en tiempo de cuaresma, que lo demás del año viene muy crecido.

En la otra banda de este río grande está la ciudad de los Césares españoles, en un llano poblado, más a lo largo que al cuadro, al modo de la planta de Buenos Aires. Tie-

¹ Pocos años después que anduvo el autor en aquella tierra, los indios puelches, se amotinaron, y mataron al doctrinero jesuita. No se sabe si fueron muchos los culpados, pero sabiendo que entraba gente de Chiloé a castigarlos, desampararon su reducción, y se huyeron: de modo que la expedición de Chiloé no tuvo más efecto que haber averiguado dicha huida.

ne hermosos edificios de templos, y casas de piedra labrada y bien techadas al modo de España: en las más de ellas tienen indios para su servicio y de sus haciendas. Los indios son cristianos, que han sido reducidos por los dichos españoles. A las partes del norte y poniente, tienen la Cordillera Nevada, donde trabajan muchos minerales de oro y plata, y también cobre: por el sudoeste y poniente, hacia la cordillera, sus campos, con estancias de muchos ganados mayores y menores, y muchas chacras, donde recogen con abundancia granos y hortalizas; adornadas de cedros, álamos, naranjos, robles y palmas, con muchedumbre de frutas muy sabrosas. Carecen de vino y aceite, porque no han tenido plantas para viñas y olivares. A la parte del sur, como a dos leguas está el mar, que los provee de pescado y mariscos. El temperamento es el mejor de todas las Indias; tan sano y fresco, que la gente muere de pura vejez. No se conocen allí las más de las enfermedades que hay en otras partes; sólo faltan españoles para poblar y desentrañar tanta riqueza. Nadie debe creer exageración lo que se refiere, por ser la pura verdad, como que lo anduve y toqué con mis manos.

(Firmado) *Silvestre Antonio de Rojas*

Dicho Silvestre se embarcó para Buenos Aires en los navíos de don José Ibarra, el año de 1714. La copia de su carta o memorial está autorizada por don Francisco Castejón, secretario de su majestad en la Junta de Guerra del Perú, con fecha de 18 de mayo de 1716, para remitirla al presidente de Chile, de orden del rey.

Los más tienen por falso lo que contiene dicho informe. No me empeño en justificarlo; pero me inclino a que es cierto lo principal, de haber tal ciudad de españoles, más

hacia Buenos Aires, o el estrecho de Magallanes, y lo fundo en las razones siguientes:

La primera es que el autor, después de referir al rey su historia, asegurando que los peguenches lo cautivaron en la campaña de Buenos Aires, yendo a una vaquería con un don Francisco Ladrón de Guevara, a quien y a su comitiva mataron dichos indios, añade, que el haber salido de entre ellos, estimulado de su conciencia para morir entre cristianos, y restituirse a su patria, dejando las delicias del cacicazgo, fue también para informar de dicha ciudad al rey nuestro señor, lastimándose mucho de la poca diligencia que para su descubrimiento hicieron en los tiempos pasados los ministros, a quienes los reyes, sus antecesores, le habían encargado.

Silvestre Antonio de Rojas no es nombre supuesto, porque don Gaspar Izquierdo afirma que lo conoció en Cádiz, en tiempo que le comunicó en sustancia lo mismo; y se lamentaba del poco caso que se había hecho de materia tan importante. Que el dicho Rojas, aunque fue pobre de Buenos Aires, con dinero que heredó de un hijo suyo en Sevilla, había comprado armas con que armar una compañía de soldados de a caballo para el dicho descubrimiento, y las volvió a vender.

Que no era imaginario dicho informe, se deduce de que su copia simple me la prestó en Chile don Nicolás del Puerto, general que fue de Chiloé; quien me afirmó, que, en virtud de este informe, se escribió a los Césares, el año de 1719, por un señor oidor, de quien era amanuense dicho don Nicolás, y por orden de aquella Real Audiencia, una carta que un indio ofreció llevar, y volver con la respuesta. Esta carta yo la vi, cuando el tal indio estuvo en esta ciudad de Buenos Aires a pedir a su señoría algún socorro de caballos, que no se le dieron, y sólo se le

ofreció regalarle si conseguía carta de los Césares, y la traía a su señoría antes de llevarla a Chile.

Que el dicho indio fuese embustero, es posible; pero don Nicolás del Puerto cree que lo mataron los indios puelches, u otros; porque en la entrada que se hizo de Chiloé por el alzamiento de dichos puelches, pareció en poder de un indio no conocido, la carta referida, que él reconoció en Chiloé por ser de su letra. También me informó dicho don Nicolás del Puerto, que en ocasión de hallarse en Chiloé, y en el estrecho de Magallanes, en un brazo de mar que entra tierra adentro, sacando los españoles de un navío que se le perdió, un indio de aquella tierra, a quien tomó afición, le comunicó, con gran encargo del secreto, que por esta parte de la cordillera había un pueblo de españoles; pero que los indios no querían que se supiera, y que si sabían que él lo había descubierto a algún español, lo matarían sin duda.

Dicho don Nicolás del Puerto me hizo relación de que este indio aseguraba, que aquel brazo de mar se juntaba a otro, que cree ser el estrecho de Magallanes, por donde fácilmente se podía navegar a dicho pueblo de españoles.

Añade el mismo don Nicolás, que los vecinos de Chiloé desean hacer el descubrimiento, sin embargo de lo necesario que sería rodear en la cordillera para hallar un camino; pero que sólo lo impide su mucha pobreza; y que le parece que se empeñarían en 2 o 3.000 pesos, si se les anticiparan para los avíos del viaje.

Las tradiciones que hay en Chile, de lo que declararon allí dos hombres que salieron de dicho pueblo, a los 30 años de fundado, acreditan que no es fábula, y se conforman con el derrotero de Silvestre Antonio de Rojas. Porque dicen, que habiéndose perdido el navío en la altura de 50 grados, salieron a tierra con lo que pudieron salvar y

cargar; y caminaron seis u ocho días al noreste, hasta un paraje, donde se asentaron y poblaron, por haber sujetado allí, y rendídoseles más de tres mil indios con sus familias.

Y suponiéndose, por vía de argumento, que declinaron un grado y medio del polo, quedaron en $48\frac{1}{2}$ de la equinoccial. Buenos Aires está en 34 grados, 36' y 39", la diferencia es 13 grados 53' y 21", que por ser el rumbo de noreste al sudoeste, con poca diferencia, viene como un tercio, y habría de distancia 31 grados, leguas poco más o menos. Si se atiende a las 48 leguas que Silvestre Antonio de Rojas pone desde el Payen hasta los Césares, caminando de norte a sur, con los 33 grados que refiere hay de Buenos Aires al Payen, no se diferencia mucho de lo que tendrá la mitad del camino, y de lo que aumenta el rumbo del poniente: porque lo demás que cae en las pampas, alejándose del sudoeste, que es como quien endereza al mismo estrecho, queda del camino de dicho derrotero cerca del mar, otro tanto cuanto hay por el cabo de San Antonio en la boca del río de la Plata.

También se ignora si después mudaron dichos dos hombres su población más al noreste, porque entonces quedarían más cerca de Buenos Aires de lo que estaban al principio.

También se conforma la distancia que hay desde Mendoza hasta el cerro de Payen, con el viaje que hizo al descubrimiento de dicho cerro, el año de 1701, don Nicolás Francisco de Reteña; siendo corregidor de Mendoza; que los que fueron con él regulaban en menos de 150 leguas algunos, y otros en más; estando como está Mendoza al norte de los Césares, distaré 250 leguas de ellos.

En dicho año de 1701, entrando don Juan de Mayorga a recoger ganado desde la punta del sur, estando muy tierra adentro, se infiere llegaría hasta cerca de 100 leguas

de los Césares. Aseguran en Mendoza, que fue a buscarle un indio de aquellas cercanías, trayéndole dos caballos ensillados a la jineta, y dijo eran de dos caballeros que habían salido de los Césares en busca de españoles, y que los indios de la facción de que era cacique, inadvertidamente los habían muerto.

Fuera de otras noticias confusas, que mal explicadas de unos en otros indios, han llegado en varios tiempos a Buenos Aires, este año de 1740, examiné con industria a un indio de los de la cordillera de Chile, llamado Francisco, a quien los indios, que acá llamamos Césares, habían traído muy muchacho por esclavo. Preguntádole si era de las naciones peguenches o puelches, o de qué nación; contestó, que lo sacaron de su tierra tan niño, que no se acuerda; sino que es muy tierra adentro, más allá de los peguenches y puelches, haciendo la seña, como que está a la parte del sudeste de los puelches, y adentro de la cordillera, que mira a Chiloé, aunque no sabe dar razón de dicho Chiloé.

Pero, preguntado si cerca de su tierra está la de los indios que llaman Césares; respondió, que estaban cerca de allí; pero más cerca de Buenos Aires. Y preguntado, si en su tierra oyó decir que cerca de los indios Césares había una población de españoles; contestó, en propios términos, que era cierto que había españoles, pero que estaban más acá de los indios Césares, hacia el mar, y que la gente de aquellos parajes, inmediatos a los Césares, tienen vacas y caballos, como los españoles de por acá. Añadió dicho indio, que los indios de aquellas partes no quieren que se oiga que hay tales españoles.

Este indio lo conocí mucho, por haberme servido en el viaje a Chile, a fines del año de 1738. Es de natural silencioso y sencillo, verídico en su proceder, y cuando diese

tales respuestas de invención suya, mal podría acaso acertar en circunstancias concordantes con la relación del dicho Silvestre Antonio de Rojas; ni éste, si fuese tan embustero, que hubiese en su fantasía fabricado su relación tan adecuada a las tradiciones y a la razón que da el dicho indio Francisco.

Se ha reparado en que Silvestre Antonio de Rojas no expresa en su informe qué modo de cristiandad, uso de sacramentos, y gobierno eclesiástico tienen los españoles Césares, ni qué república y leyes civiles observan; el vestuario y las armas que usan; obrajes y otras circunstancias que calla; ni lo que discurren de los otros españoles de estas partes, de que tal vez tendrán noticias tan dudosas y confusas como nosotros de ellos. Pero este reparo no me hace fuerza, considerando que dicho Rojas entraría por algún acaso a la tierra y ciudad de los Césares, como indio peguenche, disimulado de los otros indios, y atendió sólo a lo visible, sin detenerse en tales particularidades; y por la relación tan sencilla que hace en su informe, se advierte que su cuidado se redujo a informar a su majestad ser cierto que había tal ciudad de los Césares españoles.

Muchos, o los más creen imposible que sea cierta dicha relación, arguyendo que de serlo hubieran salido dichos Césares en busca de otros españoles; pero se les responde que no es de maravillar esta omisión en ellos, cuando la nuestra es mayor en no haberlos procurado buscar, sabiendo que hay distancia cierta hasta la costa del mar, que corre desde el estrecho de Magallanes hasta la Bahía de San Julián, en cuyo intermedio es preciso que estén, si no es fabulosa su existencia: y que es de persuadirse que los indios sus comarcanos les ponderarían que es imposible llegar por entre naciones bárbaras, y caminos inaccesibles, a abrir comunicaciones con los demás españoles de estos

reinos: porque la política de los indios, aunque bárbaros, será engañarlos, para que no haya motivo de que los españoles los conquisten, y descubran las riquezas de que no quieren usar; lo que observan rigurosamente, sólo por ocultarlas a los españoles: por conocer que ni dominación, ni comercio han sido la epidemia de infinidad de indios que habitaban antes las tierras, que al presente tienen pobladas los españoles.

También puede haber entre los tales Césares españoles la política natural de no descubrirse a quienes los dominan, para que no alteren el modo de gobierno, y leyes municipales entre sí acordadas, con que puede ser estén bien hallados: pues la parcialidad entre ellos dominante, más que-rrá carecer de las utilidades que les podía proporcionar la sujeción al rey de España, que decaer de la autoridad, que pueden pensar establecida en su descendencia.

Ni fuera temerario creer, que como lo hicieron los pocos que empezaron a restaurar de los moros el reino de Aragón, hayan dichos españoles Césares fundado alguna, aunque muy pequeña monarquía, con tales fueros y libertades de los súbditos, y limitaciones de la soberanía, que aborrezcan absolutamente en común la novedad del gobierno, y de las leyes a que no están acostumbrados.

Y suponiendo que aunque haya 350 leguas por mar de aquí al paraje que señala dicho derrotero, se podría a poca costa descubrir con un navío y una falúa en menos de tres meses de ida y vuelta, y salir de tantas dudas, no deja de ser notable el descuido que hay en esto: y aun cuando no fuese cierta la noticia de dichos Césares, podrían a la venida descubrir con una buena chalupa, las ensenadas y puertos que hay desde el Cabo de San Antonio al estrecho de Magallanes, y si los dos grandes ríos de las Barrancas y Tunuyán son navegables tierra adentro, con otras cir-

cunstancias que pueden ser muy importantes al servicio del rey, y seguridad de esta parte de América: porque sin duda su majestad enviaría providencias para asegurar que en ningún tiempo cayesen en poder de extranjeros los puertos de San Julián, y otros que se descubriesen después.

CARTA

*Del padre jesuita José Cardiel, escrita al señor gobernador y capitán general de Buenos Aires, sobre los descubrimientos de las tierras patagónicas, en lo que toca a los Césares
(11 de agosto de 1746)*

Señor gobernador y capitán general

Me alegraré que vuestra señoría se halle con la cabal salud que mi deseo le solicita para universal bien de estas provincias.

Estando en esta nuestra estancia de Areco, retirado de la misión de españoles, que no pude proseguir más que por 15 días, a causa de la defensa o guerra contra los indios, he recibido respuesta de mi provincial a la carta que le escribí recién llegado del viaje del mar, enviándole el diario del viaje, y pidiéndole que informase al Consejo Real sobre el celoso y eficaz porte de vuestra señoría acerca de dicho viaje. Contiene la respuesta tres puntos: en el primero me dice estas formales palabras: "Haré lo que dice el señor gobernador, de escribir al Consejo, como su señoría lo merece, por su celo y eficacia en servicio de Dios, y del rey; que quizá si no hubiese sido por él, nada se hubiera hecho. Yo me alegrara mucho de poder servir a vuestra señoría en cosas de mayor monta; pues además de otros títulos milita en mí el de paisano."

En el segundo me pide, que ruegue a vuestra señoría me dé una certificación firmada de los gastos que los tres padres hemos hecho en el viaje, porque así conviene. Ruego a vuestra señoría, me haga este favor, como de su benevolencia lo espero: podrá venir esta certificación con él que lleva esta carta, enviándola para eso al Colegio.

En el tercero me dice, atendiendo a mis deseos, que, "luego que halle coyuntura emprenderá el viaje del Volcán, que es sierra distante de Buenos Aires como cien leguas al suroeste; para ver si allí hay forma y paraje a propósito para formar un pueblo de indios serranos, que los padres del de los Pampas tienen apalabrados; y penetrar desde allí a los célebres Patagones y Césares, hasta el estrecho de Magallanes. Porque habiéndose frustrado esta empresa por mar, por lo inhabitable de sus costas, como hemos visto, dice que no halla otro modo para esta tan famosa misión, por tantos años pretendida por el ánimo real, y del nuestro, sino principiando por dichos serranos, y prosiguiendo por sus inmediaciones a los inmediatos." Larga y tarda empresa, por cierto, si así se toma: más pronta y eficaz la espero yo por la actividad, y celo cristiano y real de vuestra señoría, especialmente si vuestra señoría considera bien lo que aquí dice.

Sabido es que el Papa, como vicario de Cristo en la tierra, entregó al rey católico la América con sus islas, haciéndole tutor de todos los habitantes, para que como tal procurase su reducción al cristianismo, con su poder, y con el ejemplo de sus vasallos. Penetrado su majestad de esta obligación, no cesa, por espacio de tres siglos, de hacer lo posible en cumplirla, ya despachando continuas cédulas a los virreyes y gobernadores, exhortándoles a lo mismo, y prometiéndoles favores a los que se esmerasen en este tan cristiano celo; ya premiando colmadamente a

los que en este punto se han adelantado, como se puede ver en las historias de este Nuvo Mundo; ya enviando continuamente ministros evangélicos a su costa, y señalando en casi todas las provincias buen número de soldados que les sirvan de escolta en sus ministerios. Pues además de los muchos que tiene pagados para esto en Filipinas, Marianas y Méjico, en sólo la provincia del Nuevo Reino, que comprende solamente desde Panamá hasta el reino de Quito, tiene pagados exclusivamente para este intento cuatrocientos soldados, con sus cabos respectivos, y con sueldo mayor que el de Buenos Aires: y en Buenos Aires tiene pagados para lo mismo cincuenta con su capitán; especificando que hayan de ser para escolta de los padres jesuitas de la misión de Magallanes y Patagones, que es de aquí al Estrecho. Todos estos soldados, de todas estas provincias, son para solos los misioneros jesuitas, y no de otra religión. Los cincuenta de esta ciudad de Buenos Aires los señaló su majestad desde el año de 1684, de que no dejará de haber cédula en ese archivo; y manda su majestad que vayan siempre a obediencia de los misioneros. Así lo refiere don Francisco Xavier Xarque, deán de Albarracín, en la historia que escribió de los misioneros del Paraguay, y lo mismo manda que se efectúe en las demás provincias.

Acerca de estas tierras de Magallanes, ha puesto su majestad especial empeño; pues habrá poco más de cuarenta años, que envió una misión entera para estas tierras, y en ella venían padres escogidos, de tierras frías, para que mejor pudiesen aguantar los fríos de hacia el Estrecho. Una condesa se hizo protectora especial de esta misión, dio varias alhajas para ella, que están todavía depositadas; y el altar portátil, que en este viaje marítimo hemos llevado, es uno de estos dones. Comenzóse a disponer el

viaje, señaláronse soldados, buscábanse víveres, y cuando no faltaba más que caminar, lo deshizo todo el enemigo común, por intereses particulares de algunos. No era vizcaíno el gobernador, ni tenía bríos, eficacia, ni empeño de tal; que si los tuviera, poco hubiera podido Satanás.

Hasta ahora han estado todas esas miserables naciones en manos del demonio, cayendo cada día al infierno. ¿Qué corazón cristiano lo podría sufrir, y siendo próximos nuestros redimidos con la sangre de un mismo rey y señor? Basta un rastro de cristiandad, sin ser necesario ser recoleto, para mover a compasión a cualquiera, haciéndole poner los medios posibles para ello; especialmente a los que tienen autoridad y poder para hacerlo. Nuestros padres, así de Chile, que es otra provincia, como de aquí, han empleado varios arbitrios; pero como para ello es menester el brazo seglar, y éste ha faltado, también han faltado ellos.

Acerca de estas tierras hay más especiales motivos, que acerca de otras, para procurar su conquista, así espiritual como temporal; porque además de haber, tierra adentro, naciones de indios labradores, según se tiene noticia de los de a caballo comarcanos, y también de a pie; estas dos calidades de ser labradores, y de a pie, son, según nos muestra la experiencia, más favorables para recibir el Evangelio, que si fuesen de a caballo, o vagabundos sin sementeras, que es casi imposible el convertirlos.

Además de esto digo, que hay graves fundamentos para creer que hay también poblaciones de españoles, y quizás con algunas minas de oro y plata, lo cual ha dado motivo a la decantada ciudad de los Césares.

Los fundamentos son éstos: el suplemento a la historia de España por Mariana, y los mapas modernos dicen, que el año de 1523, entraron por el estrecho de Magallanes,

cuatro navíos españoles: los tres se perdieron en el estrecho, y el cuarto pasó a Lima. En 1526, fue la flota de Molucas: pereció en el Estrecho la capitana, y las demás pasaron a dichas islas. En 1535, entraron en dicho estrecho algunos navíos, amotinóse allí el equipaje, y los hicieron naufragar. En 1539, entraron otros tres navíos: el primero naufragó, el otro volvió de arribada, y el tercero pasó. Después (no dicen en qué año), don Pedro Sarmiento llegó al Estrecho con cuatro navíos para poblar, y hacer escala de los demás, como ahora pretendíamos nosotros. Antes del Estrecho, a la entrada, formó una población con el nombre de Jesús; y en ella dejó 150 hombres de guarnición. Más adelante, en el centro del Estrecho, echó los fundamentos para una ciudad, con el nombre de San Felipe. Todos dicen, que en varios parajes del Estrecho hay leña y agua dulce, y por eso haría allí esas dos poblaciones; las cuales cosas no se encontraron en las costas, antes del Estrecho en los puertos que hay: que si se encontraron con pastos y tierra de sembrar, yo juzgo que hubieran sembrado los españoles.

Pobló, pues, Sarmiento estos dos parajes, y a poco tiempo, por las muchas calamidades, frío, hambre, y no venirle socorro, se volvió a España. Esto dice dicho suplemento y los mapas. ¿Qué se hizo, pues, de toda esta gente, que en tantos navíos se perdió? ¿Se ahogó toda? No por cierto, porque el Estrecho es muy angosto en partes: dicen aun los modernos que es de sola media legua, y por esto es cosa fácil el salvarse los naufragantes. Cuentan que de tres navíos, habiéndose perdido los dos, y volviendo el uno, vio éste a toda la gente en la orilla; que aunque le pedían que los llevase, no se atrevió a ello por falta de víveres y de buque, y con toda la gente de los demás navíos perdidos sucedería lo mismo. Presúmese, pues, que toda esta gente

habría emparentado con los indios, y tendrán sus poblaciones a trescientas o cuatrocientas leguas de aquí.

El que no se haya descubierto en tanto tiempo, no me hace fuerza; pues las Batuecas, en medio de España tan poblada por todas partes, estuvo tantos centenares de años, o sin descubrirse o con muy poca o dudosa noticia de que hubiese tal gente. Y pocos años ha, en medio del reino de Méjico, mucho más poblado de cristianos que estas partes, se descubrió una nación hasta política, de quien existían varias dudas de si la habría o no. Y más arriba de la Nueva Vizcaya y del Nuevo Méjico, en donde los mapas antiguos ponen la gran ciudad de Quiriza, de quien se decían tantas o más ponderaciones que las que se hacen de los Césares, y a cuya empresa o conquista fueron tropas españolas, y se volvían cansados de la dificultad, diciendo que estaba encantada (vulgaridad que dicen luego para cohonestar su falta de empeño y constancia), se descubrió la nación de los Pitos, gente efectiva, que vive en ciudades con edificios altos de suelos, y éste es el encanto. Con que habiendo aquí más dificultades que en lo dicho, no debe hacer fuerza el que hasta ahora no se haya descubierto. Ni tampoco me hace fuerza lo que dicen algunos, que si hubiera tales Césares o poblaciones, era imposible que alguno de ellos no hubiera venido acá: porque si ninguno de estas partes ha penetrado más que doscientas leguas de aquí hasta el río del Sauce, por las dificultades que se han ofrecido ¿qué extraño es que ellos, teniendo menos medios, y quizás sin caballos, no hayan podido penetrar hasta nosotros?

Pero vamos adelante, mostrando más fundamentos. En la vida del santo padre Nicolás Mascardi se dice, que siendo rector del colegio de Chiloé, ahora 60 ó 70 años, viendo que en el archivo de una ciudad de Chile había una rela-

ción de dos españoles, en que decían que habían salido huyendo del Estrecho por un homicidio que había sucedido en una población de españoles que en dicho paraje había, formada de la gente que se perdió en un navío que naufragó, y cotejando con esta relación las noticias que daban los indios, se determinó a ir en busca de ellos. Encontró en el camino una nación de indios, harto dócil, que le pidió el bautismo. Pasó hacia el oriente. Salió al camino un cacique, que le dio una ropilla de grana, un peso de fierro, y un cuchillo con especiales labores en el puño, y le dijo: has de saber, que tantas dormidas de aquí (así cuentan las jornadas), hay una ciudad de españoles. Yo soy amigo de los de esta ciudad. Por la voz que corre de indios a indios, han sabido, que un sacerdote de los cristianos, anda por estas tierras: desean mucho que vayas allá; y para que creas que es verdad, me han dado estas señas. El padre no pudo penetrar allá, ni ellos pudieron juntarse con el padre por los indios enemigos. Envío dichas señas a Chile, y allí conocieron el cuchillo por su especial cabo, y dijeron que era del hijo del capitán tal (que no me acuerdo del nombre), que años había se había perdido con su navío en el Estrecho. Pasó adelante, donde le dijeron otros indios, que de otra ciudad habían salido en su busca dos españoles vestidos de blanco, que era el traje que allí todos usaban, y que llegando a una gran laguna, no pudieron pasar, y se volvieron. Tampoco pudo penetrar acá el padre. Dijéronle que más adelante había un muchacho, que había estado algún tiempo en una de esas ciudades, y que sabía la lengua de los cristianos: llegó allá el padre, dio con el muchacho, y vio que sabía español, aunque pronunciaba mal. Prosiguió en busca de esta ciudad, y otros indios más bárbaros lo mataron: aunque otros dicen que los mismos que lo guiaban por codicia de

los abalarios que llevaba para ganar la voluntad de los que encontraba. Eran su escolta y su guía unos pobres indios traidores, como lo son de genio. Después de la muerte de este padre, por las noticias que de él se adquirieron, resultó el venir la misión de que hablo arriba.

Hay más: un cristiano español o mixto, hizo una relación, que anda por Buenos Aires, en que dice en suma, que llevándole cautivo, o de otra forma, llegó a una de estas ciudades, de que cuenta grandezas, y que en cierto paraje antes de llegar, había un cerro de diamantes, y otro en otro paraje de oro. Un corregidor del Perú, llamado Quirós o Quiroga, cuenta en suma en su relación, que siendo de diez años, estando en Amberes, se embarcó en un navío, y que caminando por las costas de Magallanes, mucho antes del Estrecho, y metiéndose con la lancha por un riacho, saltando a tierra, dieron con él, el piloto, y todos los de la lancha, unos hombres que los llevaron por tierra, y que llegaron a una gran laguna; que allí los metieron en una embarcación, y aportaron a una isla en medio de ella, en donde había una gran ciudad e iglesia, donde estuvieron tres días; que no entendían la lengua; y que al partir les dieron dos cajoncitos de perlas, que se cogían en aquella laguna. Que por señas, y por nombrar rey y Papa, entendieron que les decían que era para ellos: que el piloto como hereje se las llevó para sí: que creciendo, y siendo ya mozo, dio cuenta de todo al consejo, prometiendo señalar la costa del riacho, por donde entraron: que le señalaron cuatro navíos; y que suscitándose en este tiempo la guerra del emperador y Felipe V, se deshizo el viaje, por lo cual pretendió un corregimiento, que consiguió en el Perú. Estas y otras muchas cosas dice en su relación; y se asegura que murió poco ha.

Añádase a esto lo que cuenta una cautiva, que llevada

a muy distantes tierras, hacia el suroeste, encontró unas casas, y en ellas gente blanca y rubia; y que estando ella muy alegre, juzgando ser gente española, se le ahogó todo el contento, viendo que no les entendía palabra. Además de esto los indios están continuamente diciendo, que hay tales poblaciones, y muchos de ellos convienen en que, en medio de una gran laguna, hay una gran isla, y en ella desde la orilla se ve una gran población, en la cual descuella mucho una casa muy grande, que piensan ser iglesia; y que otra pequeña está siempre echando humo, y que desde la orilla se oyen tocar campanas: y dicen que desde el volcán (de que hablé arriba) a donde dice, mi provincial "que yo vaya" hay solamente seis días de camino, al andar de ellos, que es ligero. Estos y otros fundamentos hay para creer que haya dichas poblaciones en este vasto espacio de 400 leguas. Creo que estas noticias están mezcladas con muchas fábulas, mas habiéndose perdido tantos navíos, no puede menos de haber algo de lo que se dice, y que por algo se dijo, pues que *no hay mentira que no sea hija de algo*. Lo de no entenderse la lengua es muy factible; siendo aquella población del español corregidor, y la otra de la cautiva, de gente holandesa o inglesa; que también dicen que se han perdido en el Estrecho navíos holandeses. La historia de Chile por el padre Ovalle trae algunos naufragios de ellos; y también puede ser que algunos españoles con el mucho tiempo, hayan perdido la lengua española, usando la que aprendieron de sus madres indias, con quienes se casaron los primeros. ¿Cuántos hay en el Paraguay, que no saben la lengua española? Y si se conservaran los primeros españoles que se casaron con las indias, sin que ningún europeo fuera allá, no se usara, ni se sabría ya otra lengua que la del indio, y aun con tanta mezcla de europeos, que cada día van allá, la len-

gua que comúnmente se usa, es la de los indios guaraníes, como en Vizcaya la vascongada? ¡Oh, cuánto me alegrara que vuestra señoría, sin hacer caso de algunos que quieren pasar por críticos y discretos, haciéndose incrédulos a todo, pusiese todo empeño en averiguar este punto, consiguiendo con su eficacia lo que otros no han podido! ¡Cuán de veras le serviría yo a vuestra señoría en cosa que puede ser de tanto servicio de Dios, y del rey! De Dios, pues si encontráramos españoles, éstos, sin sacerdotes tantos años, estarán con muchos errores en la fe y las costumbres, como el pueblo de las 400 casas, que dice el clérigo agradecido Ordóñez, que encontró hacia Filipinas, de un navío que había naufragado 70 años antes, que tenían su cabildo e iglesia, a donde iban a rezar todos los días de fiesta en lugar de misa, por no tener sacerdotes. Pero cada uno estaba casado con tres o cuatro indias, diciendo que para multiplicarse, y poderse así defender de los indios enemigos, les era aquello lícito (¡qué de teólogos hace la depravada naturaleza), y tenían otros varios errores. Sin hablar de la docilidad de los indios para el cristianismo, que en tanta variedad de naciones se puede encontrar.

Este descubrimiento se podrá hacer con 300 paisanos de esta gente estanciera, sin gastos reales; llevando cada uno 5 ó 6 caballos, y otras tantas vacas, pues esta gente no gasta pan ni bizcocho. Con caballos y vacas todo tienen, y con sólo darles pólvora y bala, de 6 a 7 libras de cada cosa (pues muchos usan lanza) estaba hecho el gasto. Porque hacha, barretas, azadas, palas para hacer pozos a falta de agua, empalizadas para defensas de enemigos, etc., todos llevarían de sus casas, y cueros para pasar ríos. Si yo, que soy conocido por estas partes, viniera a cada partido, y juntándome cada sargento mayor su gente, les hiciera una exhortación, animándolos a la empresa, poniendo-

les delante los grandes bienes que de ella se seguirían al servicio de Dios, del rey, y aun el suyo propio, por lo que se podría hallar de preciosidades a trueque de cuentas de vidrio y otros abalorios, como las lograron los que descubrieron a Méjico y al Perú, y en caso de no hallarse esto, que los tendría vuestra señoría muy en la memoria para sus aumentos; y más si con esto se les leyese un papel en que vuestra señoría les hiciese estas debidas promesas: si esto se hiciese, es factible, que sin más aparato ni gastos, se conseguiría el intento. El viaje debería hacerse por setiembre, porque de aquí hasta el río del Sauce, por el verano, suele haber falta de agua, y aun de pastos. Desde ahí hasta el Estrecho, dicen los indios que en todas partes hay agua y pastos. Habría de durar seis a ocho meses, si se registrara bien todo: y para tantos meses eran menester cinco reses para cada uno, y con cabos que fuesen de empeño (que si no son escogidos, luego se cansarían), todo se conseguiría, y vuestra señoría, además del premio que se le guardaría para la otra vida, lo tendría grande del rey nuestro señor. Nosotros acá no buscamos sino la honra y servicio de Dios, de aquel gran Señor, a quien no correspondemos, sino haciendo mucho por su majestad, y con sólo su honra y gloria estamos contentos.

Si a vuestra señoría no le agrada este proyecto, o si no tuviere efecto el juntar la gente de este modo, puede vuestra señoría discurrir otro con gastos reales, o a costa de particulares, que quieran entrar en la empresa. En todo estoy a las órdenes de vuestra señoría, que Dios guarde los años de mi deseo. Estancia de Areco, y agosto 11 de 1746. B. L. M. de V. S. su más afecto servidor y capellán.

JOSÉ CARDIEL

CAPÍTULO

De una carta del padre Pedro Lozano al padre Juan de Alzola, sobre los Césares, que dicen están poblados en el Estrecho de Magallanes

Bien sé que en esta materia no faltan fundamentos que absolverían mi juicio de la nota de temerario; pues aquí me ha dicho el señor rector, que en su tiempo pasó por Córdoba un flamenco que había salido de los Césares para Chile, porque habiéndose perdido su navío, fue a dar a aquella tierra, de donde lo llevó don José Garro a Europa. Otros mozos se perdieron en la vaquería, y fueron a dar a aquella laguna, en cuya orilla oyeron campanas. El año de 512, salieron, según creo, por la Concepción, algunos de dichos Césares, de los cuales uno entró en Chile en la Compañía; y aun en Chile parece se ha tenido por muy cierto que hay dichos Césares; pues aun el venerable padre Antonio Ruiz de Montoya, en un memorial que presentó a Felipe IV, después de haber estado cuatro años en Madrid, y en el que responde a nueve calumnias contra esta provincia, rebatiendo la segunda, de que los padres ponen mal a los españoles con los indios, en uno de los párrafos en favor de los padres, dice así: A los Césares

pretendieron conquistar los españoles. Entraron con grandioso aparato por sus tierras; pero escarmentados en los indios de Chile sus vecinos, no quisieron recibir el yugo. Y hubo allí religioso de la Compañía, que les hablase mal e indujese a no recibir a los que pretendían conquistarles. Tengo en mi poder dicho memorial, que es de 11 hojas de a folio. Y el año de 1673, entró desde Chiloé el venerable padre Nicolás Mascardi, en busca de ellos; pero le martirizaron en el camino, y un papel que habrá 6 años me dio el padre Rillo, dice así: "El año de 1711, por invierno, cuando está cerrada la Cordillera, salió a la ciudad de Chiloé, que cae de la otra parte de la Cordillera hacia el estrecho de Magallanes, uno de los Césares españoles, quien hizo relación de cómo en un ángulo de la Cordillera, que cae de esta banda, están situadas tres ciudades de españoles, de los navíos que se perdieron en dicho estrecho de Magallanes, viniendo a poblar estas Indias en tiempo de Carlos V; que por los llaman *Césares* (relación que dio un español antiquado), las cuales tres ciudades quizo llamar a una, y la más populosa, los Hoyos, la otra el Muelle, y la tercera los Sauces. Distan según los cosmógrafos, y por relación del dicho, 160 leguas de la ciudad de Mendoza, 140 de la de San Juan Luis de Loyola, 190 de la de San Juan, 286 de Buenos Aires. De Chillan ciudad de la otra banda, de la Cordillera 130 leguas, y 10 de Calbuco, lugar de los Aucaes chilenos. De manera que dichos Césares, según esta nueva relación, caen tierra adentro, en el centro de la serranía, distante de la costa de Magallanes lo que dichas ciudades, de la provincia de Cuyo, poco más o menos, según ellas distan de la dicha costa. Por la parte del norte, donde está Mendoza, circunda a dichos Césares una laguna de muchas leguas, la que les sirve de fortificación y muro contra las invasiones de los indios caribes,

como son los puelches, muyuluques y otras naciones. Con algunas tienen contratadas embarcaciones, cambiando a los indios mieses, trigos, legumbres, y ropas, por vacas que pasan embarcadas por la laguna. No tienen otro metal que el de la plata, de que gozan en abundancia, y de él fabrican rejas de arado, cuchillos, ollas, etc. Este hombre César salió a una nación de indios, que llaman *Cumas de Chiloé*, y de allí lo dirigieron a dicha ciudad. Salió a pie, que no usan caballos, como las demás naciones de indios de aquellas serranías. Entróse en la compañía de dichos, en la provincia de Chile, y hoy es coadyutor. En este mismo año de 1711, el general don Juan de Mayorga, vecino de Mendoza, sin tener noticia de la salida de dicho César, por estar cerrada la Cordillera, hizo y juntó gente en dichas tres ciudades de la provincia de Cuyo, por mandato del gobernador y presidente de Chile, don Juan Francisco Uztariz, y entró por el mes de setiembre de dicho año a descubrir dichos Césares, con una guía española, que los indios habían cautivado en las vaquerías; y habiendo éste tenido noticia cierta de los Césares, por haberlos visto de lejos (aunque no se comunicó con ellos, porque los indios lo impedían), huido de su poder, dio esta noticia a dicho general Mayorga, quien pidió licencia a su presidente para esta entrada. Y habiendo entrado, como llevo dicho, y dado la primera batalla a los indios, en el camino (donde tomó 200 piezas de las familias de los indios, mató hasta 30 indios guerreros, y apresó algunos), se les amotinó la gente española, diciendo que los iba a entregar a la muerte, y hacerlos despojos de los bárbaros, y con esto se volvió sin efecto. Y habiendo dado tormento a un indio gándul de los apresados, para que confesase lo que sabía de los Césares, dijo, que sabía eran españoles, y que así los llamaban ellos: y por ser de esta parcialidad, que los había

visto, y que siete caciques con siete parcialidades estaban esperando a dicho general y su gente, más acá de la sierra, para matarle con todos los suyos, debajo de palabra de amistad. Hasta aquí dicho papel, que, como dije, me dio el secretario Rillo, y que parece sea de letra del célebre padre Lezana. Pero sea de quien se fuere, lo cierto es, que, aunque no tan a menudo en lo que refiere, discrepa poco en la sustancia del de Villaruinas. Y que no se hayan hallado en tanto tiempo los Césares, no es prueba de que no los hay, como no lo fuera de que no había Canarias, porque no se hubiesen descubierto hasta los años de 1200; ni que no había Indias, el no haberse descubierto hasta los tiempos de Fernando el Católico; ni que no había Batuscos, el no haberse descubierto hasta el reinado de Felipe II, y esto estando en el riñón de España. Con todo eso yo no lo creo, y sólo envié dicho papel, como antes dije a vuestra señoría reverendísima, para que se entretuviese en el viaje, para lo cual cualquier patraña sirve; pero ésta no deja de tener su apariencia de verdad.

PEDRO LOZANO

DERROTERO

Desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, que por otro nombre llaman la "Ciudad Encantada", por el padre Tomás Falkner, jesuita (1760)

Llegando a la ciudad de la Santísima Trinidad, puerto de Santa María de Buenos Aires, y provincia del Río de la Plata, se saldrá de ella, y se caminará por el camino abierto que hay de las carretas, que es el que trajinan los de Buenos Aires a la sierra del Tandil. Hay de esta sierra en adelante indios que llaman pampas: es un gentío que corre todas las campañas, los cuales suelen hacer algunas hostilidades en las gentes que salen a los campos a vaquear, y hacer faenas de sebo y grasa.

Distante de esta sierra, como cosa de 80 leguas, tirando para el poniente, se hallará otra sierra que llaman Guaminí, que está por un lado distante del mar cosa de dos leguas: tiene esta sierra por la parte del norte una laguna de aguas permanentes muy grande, llamada Guaminí, de donde toma el nombre la misma sierra. En esta laguna se suelen juntar hasta seiscientos y ochocientos indios pampas, de diferentes naciones, y solamente en el tiempo de cosecha de la algarroba, para hacer sus paces unos con

otros, poniendo sus ranchos alrededor de la laguna, para entrar con tiempo al monte, que dista de allí como cosa de cuatro leguas poco más; en cuyo monte hay mucha cantidad de algarroba, de donde se proveen para su mantenimiento, y para hacer la chicha para todo el año, que es la bebida usual que ellos estilan.

Desde esta laguna hasta pasar a la otra parte del monte, hay de travesía, por una parte, setenta leguas, en parte más, y en parte menos: con la advertencia de que en medio de este monte habitan otros indios llamados *mayuliches*, y serán como cuatro o cinco mil por todos; los cuales salen a correr las campañas por la parte del poniente; y es gente muy belicosa, doméstica y amigos de los españoles.

Saliendo de este monte, tirando siempre hacia el poniente, se pasa por unas campañas dilatadas, cuya travesía es de treinta leguas, sin que se halle una gota de agua, por ser la tierra muy arenosa y estéril de todo pasto, donde apenas se encuentra tal cual árbol. Pasada dicha travesía, se halla un río muy grande y hondo, que sale de la Cordillera grande de Chile, y va dando vueltas, atravesando dichas campañas. Este río es profundo, y lleno de barrancas muy ásperas en algunas partes, y por esta causa tiene sus pasos señalados, por donde se pueda vadear: que por eso es llamado río de las *Barrancas*.

Pasado este río, prosiguiendo por las dichas campañas estériles, siempre siguiendo el mismo rumbo, se encuentra otro río llamado Tunuyán, distante uno de otro cincuenta leguas por algunas partes. Entre estos dos ríos habitan otros indios llamados picunches; son en gran número, los más bravos que hay en todas las campañas, y no se extienden a más que entre los dos ríos.

Saliendo de este río, y siguiendo siempre el rumbo del poniente, se entra por una campaña llena de médanos muy

fragosos y ásperos, tierra muy seca y estéril. Caminando por entre los médanos, como cosa de treinta leguas, se descubre, mirando al poniente, un cerro grande nevado, muy alto, en forma de columna, llamado el cerro de Payen. En dicho cerro están los indios chiquillanes, que son muy domésticos y familiares con los españoles, y llegarán al número de dos o tres mil indios. Tiene este cerro grande muchos cerros colorados alrededor, los cuales son todos de metales de oro muy rico, y al pie de este cerro grande hay otro pequeño, que es de azogue, el cual se presenta como de un cristal muy fino.

Desde este cerro grande se dirige el rumbo al sur, y a cosa de cinco leguas se encuentra un río, llamado el río Diamante: dicho así porque nace de un cerro negro, pasado de plata; y con muchos diamantes. Más adelante de este cerro negro, como cosa de cinco leguas, se encuentra otro río, llamado de San Pedro. Entre estos dos ríos, esto es, entre el Diamante y el de San Pedro, habitan unos indios llamados diamantinos, gente de que los más de ellos son cristianos, que se huyeron de los pueblos españoles, por las violencias de los encomenderos. Son estos indios muy labradores, y serán en número de 400. Este río de San Pedro es muy temido de toda clase de indios, por lo fragoso que es, y porque sólo tiene pocos pasos, por cuanto lo más del año está crecido.

Prosiguiendo siempre el mismo rumbo hacia el sur, a distancia de cuatro leguas, se encuentra otro riachuelo, que llaman Estero: llámase también el riachuelo de los Ciegos, por haber habitado allí en tiempos antiguos unos indios que se cegaron de resultas de un temporal grande que hubo de nieve. En este riachuelo o estero, habitan una multitud de indios, que llaman peguenches, cuyas armas son lanzas y alfanjes, que usan también todos los demás.

Estos indios peguenches corren hasta la Cordillera Nevada, por la parte del poniente, y por la parte del sur comercian con los Césares o españoles.

Caminando siempre por el mismo rumbo, cosa de treinta leguas más o menos, se encuentran otros indios, llamados puelches. Estos indios son muy altos y corpulentos, y tienen los ojos muy pequeños: son tan pocos, que no llegan a seiscientos, y son también muy parciales y amigos de los españoles, con quienes desean tener siempre trato. Esta gente está a la boca de un valle muy grande, de donde sale un río muy caudaloso, llamado el río Hondo, el cual es criadero. Dicho río Hondo nace de la falda de unos cerros colorados muy ricos, pasados de oro, y mucho cobre campanil, que es la madre de dicho oro en grano. Estos indios tienen su cura o párroco, el cual depende del obispo de Chile, siendo los más de ellos cristianos.

Prosiguiendo siempre al propio rumbo del sur, se encuentra, como a distancia de tres leguas; otro río que llaman el Río del Azufre, por tenerlo en abundancia; y este río, nace de la raíz de un volcán. Caminando el mismo rumbo, como cosa de treinta leguas o algo más, se encuentra otro río grande, muy ancho, y muy apacible en sus corrientes; y este río nace en la Cordillera de un valle grande espacioso, y muy alegre, en donde están y habitan los indios Césares. Es una gente muy crecida y agigantada, tanto, que por el tamaño del cuerpo no pueden andar a caballo sino a pie. Estos indios son los verdaderos Césares; que los que vulgarmente llaman así, no son sino españoles, que anduvieron perdidos en aquella costa, y que habitan junto al río que sale del valle, en las inmediaciones de los indios Césares; y por la cercanía que tienen a esta nación, les dan vulgarmente el mismo nombre,

no porque en la realidad lo sean. Estos indios Césares es gente mansa y apacible: las armas que usan son flechas grandes o arpones, con que se guarecen y matan la caza, que son los guanacos que hay abundantes en aquellas tierras. También usan estos indios de la honda con que tiran una piedra con gran violencia; y estos indios son los que trabajan en los metales de plomo romo, y lo funden a fuego; y el modo que tienen de fundir así los metales como el plomo, es diferente del nuestro, porque nosotros los españoles lo fundimos en hornillos, y ellos lo funden en otra fábrica que llaman *guayras*.

En el dicho valle grande y espacioso, donde habitan estos indios Césares, hay un cerro grande muy alto y derecho, y al pie de este cerro, se encuentra un cerrillo negro muy relumbrante, que parece tener metal de plata, y es de piedra imán muy fina, y hay piedras del tamaño de tres cuartas; y si se buscase, se hallarían más grandes; que es cosa de admiración. Estos indios no trabajan sino en este metal, por ser suave y blando, y no explotan los otros metales ricos de plata: lo uno, porque no los saben fabricar, y lo otro porque no hay azogue, y por esta causa no hacen aprecio de metales más ricos, aunque hay muchísimos.

Saliendo de adentro del dicho valle, por la orilla del río grande, como cosa de 6 leguas abajo, se halla el paso, o portezuela por donde llegan los españoles que habitan de la otra parte del río, con sus embarcaciones pequeñas, que no tienen otras; y como cosa de tres leguas más abajo, se halla el paso por donde vadean los de a caballo, por el tiempo de cuaresma, como tengo referido, por estar lo más del año muy crecido el dicho río.

Descripción de la ciudad de los Españoles

Esta ciudad, que llaman la *Ciudad Encantada*, está en la otra parte de dicho río grande que he referido, poblada en un llano, y fabricada más a lo largo que en cuadro, casi en la misma planta que la de Buenos Aires. Tiene esta ciudad muy hermosos edificios de templos, y casas de piedra labrada, y bien tejadas al uso de nuestra España. En las más de ellas tienen los españoles indios cristianos para la asistencia de sus casas y haciendas, a quienes los propios españoles, con su educación han reducido a nuestra santa fe católica. Tiene dicha ciudad, por la parte del poniente y del norte, la Cordillera Nevada, en la cual han abierto dichos españoles muchísimos minerales de oro y de cobre, y están continuamente explotando dichos metales.

También tiene esta ciudad, por la parte del sur hasta el oriente, dilatadas campañas, donde tienen los vecinos y habitantes sus estancias de ganados mayores y menores que son muchísimos; y heredades para su recreo, con mucha abundancia de todo género de granos y hortalizas: adornadas dichas heredades, con sus alamedas de diferentes árboles frutales, que cada una de ellas es un paraíso. Solo carecen de viñas y olivares, por no tener sarmiento para plantarlos.

También tienen por la parte del sur los habitantes de esta ciudad, cosa de dos leguas poco más, la mar vecina, de donde se proveen de rico pescado y marisco para el mantenimiento de todo el invierno. Y finalmente, por no ser molesto en esta descripción, digo que es el mejor temperamento, y más benévolo que se halla en toda la América, porque parece un segundo paraíso terrenal, según la abundancia de sus arboledas, ya de cipreses, cedros,

pinos de dos géneros; ya de naranjos, robles y palmas, y abundancia de diferentes frutas muy sabrosas: y es tierra tan sana que la gente muere de puro vieja, y no de enfermedades, porque el clima de aquella tierra no consiente achaque ninguno, por ser la tierra muy fresca, por la vecindad que tiene de las sierras nevadas. Sólo falta gente española para poblarla, y desentrañar tanta riqueza, que está oculta en aquel país; por lo que ninguno se admire de cuantos a sus manos llegase este manifiesto, porque todo lo que aquí va referido, no es ponderación, ni exageración alguna, sino la pura verdad de lo que hay y es, como que yo mismo lo he andado, lo he visto y tocado por mis manos. Tiene de jurisdicción dicha ciudad 260 leguas, más que menos.

RELACIÓN

*De las noticias adquiridas sobre una ciudad grande de
españoles, que hay entre los indios, al sur de Valdivia,
e incógnita hasta el presente, por el capitán don Ignacio
Pinuer (1774)*

Habiendo, desde mis primeros años, girado el poco comercio que ofrecen los indios comarcanos, y las jurisdicciones de esta plaza, me fui internando, y haciendo capaz de los caminos y territorios de los indios, y especialmente de su efectos, como es constante a todos los de esta plaza. Con este motivo tenía con ellos conversaciones públicas y secretas, confiándome sus más recónditos secretos, y contándome sus más antiguos monumentos y hechos inmemoriales. Mas entre las varias cosas ocultas que me fiaban, procuré adquirir noticias, que ya, como sueño o imaginadas, oía en ésta entre mis mayores; y haciéndome como que de cierto lo sabía, procuraba introducirme en todas, para lograr lo que deseaba. Tuve la suerte muchas ocasiones, que los sujetos de mayor suposición entre ellos, me revelasen un punto tan guardado y encargado de todos sus ascendientes; porque aseguraban que de él pendía la conservación de su libertad.

Esta es la existencia de una ciudad grande de españoles: mas no satisfecho con sólo lo que éstos me decían, seguía el empeño de indagar la verdad. Para ello cotejaba el dicho de los unos con los informes de los otros, y hallándolos iguales, se me aumentaba el deseo de saber a punto fijo el estado de aquella ciudad o reino (como ellos lo nombran), y tomé el medio de contarles lo mismo que ellos sabían, fingiéndoles que aquellas noticias las tenía yo y todos los españoles por la ciudad de Buenos Aires, comunicadas por los indios pampas, picados de haber tenido una sangrienta guerra con los mismos guilliches. Pero que los de Valdivia nos desentendíamos de ellas, temiendo que el rey intentase sacar aquellos rebeldes, en cuyo caso experimentaríamos las incomodidades que acarrea una guerra. Con oír estas y otras expresiones, ya me aseguraban la existencia de los *Aucahuincas* (así los nominan), el modo y trato de ellos: bien que siempre les causaba novedad, como los peguenches, siendo tan acérrimos enemigos de los españoles, diesen una noticia tan encargada entre ellos para el sigilo; y esto dorado con algunas razones, producidas en lo inculto de sus ingenios: a lo que regularmente les contestaba que de un enemigo vil mayores cosas se podían esperar, aunque no era de las menores el tratarlos de traidores, y de que como ladrones tenían sitiados y ocultos hasta entonces aquellos españoles, privando a su rey de aquel vasto dominio. Este es el arte con que los he desentrañado, y asegurándome de las exquisitas noticias que pueden desearse para la mayor empresa, sin que por medio de gratificación, ni embriaguez, ya medio rematados, ni otro alguno, jamás lograrse de ellos cosa a mi intento, antes sí una gran cautela en todas las conferencias que sobre el particular tenía con ellos, cuidaba de encargarles el secreto, que les convenía guardar,

pues sus antepasados, como hombres de experiencia y capacidad, sabían bien los motivos de conservarlo. Y si sucedía, como acaeció muchas veces, llevar en mi compañía alguno o algunos españoles, me separaba de ellos para hablar de estos asuntos. procurando salir al campo, o a un rincón de la casa con el indio, a quien le prevenía que callase, si llegaba algún compañero mío, pues no convenía fiar a todos aquel asunto, porque como no eran prácticos en los ritos de la tierra, saldrían hablando y alborotando. Este régimen, y la cautela de no mostrar deseos de saber, sino sólo hablar como por pasatiempo de lo que ambos sabíamos, he usado con los indios sobre treinta años, teniendo la ventaja de hablar su natural lengua, por cuyo motivo ejerzo hoy por este gobierno (después de otros empleos militares), el de lengua general de esta plaza, en donde a todos les consta la estimación que hacen de mí aquellos naturales. Así adquirí las evidentes noticias que expongo al monarca, o a quien hace su inmediata persona, diciendo:

Que en aquel general alzamiento, en que fueron (según antiguas noticias), perdidas o desoladas siete ciudades, la de Osorno, una de las más principales y famosas de aquellos tiempos, no fue jamás rendida por los indios; porque aunque es cierto que la noche en que fueron atacadas todas, según estaba dispuesto, le acometieron innumerables indios con ferocidad, hallaron mucha resistencia en aquellos valerosos españoles, que llevaron el premio de su atrevida osadía, quedando bastantes muertos en el ataque, con poca pérdida de los nuestros. Pero sin embargo determinaron los indios sitiar la ciudad, robando cuanto ganado había en los contornos de ella, y frecuentando sus asaltos, en los que siempre quedaron con la peor parte. Pero, pasados seis o más meses, consiguieron por medio

del hambre ponerlos en la última necesidad; tanto que por no rendirse, llegaron a comerse unos a otros; y noticiosos los indios de este aprieto, los contemplaron caídos de ánimo, por lo que resolvieron atacarlos con la ayuda de los que acababan de llegar victoriosos de esta plaza; y en efecto hicieron el último esfuerzo, embistiéndola con tanta fiereza que fue asombro. Pero el valor de los españoles, con el auxilio de Dios, logró vencerlos, matando cuantos osaron subir por los muros, donde pelearon las mujeres con igual nobleza de ánimo que los hombres; y aunque vencidos los indios, siempre permanecieron a la vista de la ciudad, juzgando que precisamente los había de rendir el hambre, como tan cruel enemigo. Pero los españoles, cada vez con más espíritu, se abastecieron de cadáveres de indios, y reforzados con aquella carne humana, y desesperados ya de otro recurso, determinaron abandonar la ciudad, y ganar una península fuerte por naturaleza que distaba pocas leguas al sur (cuyo número fijo no he podido averiguar, pero sé que son pocas) en donde tenían sus haciendas varias personas de la misma Osorno, de muchas vacas, carneros, granos, etc. Salieron con sus familias, y lo más precioso que pudieron cargar; con las armas en las manos marcharon, defendiéndose de sus enemigos, y sin mayor daño llegaron a la península, la que procuraron reforzarla, y después de algunos días de descanso, hicieron una salida, y vengaron en los enemigos su agravio, pues dejaron el campo cubierto de cadáveres, volviendo a la isla no sólo con porción de ganado, sino con cuanto los indios poseían, y continuaron fortaleciéndola.

Consta la magnitud de esta península, según la explicación de los indios, como de treinta leguas de longitud y seis a ocho de latitud. Su situación está en una hermosa laguna, que tiene su principio del volcán de Osorno, y a

quien igualmente da agua otro volcán, que llaman de Guancqué; pues aunque éste está distante del otro, por el pie de la Cordillera se desata en un río pequeño que camina hacia el sur, y se incorpora en esta laguna, con cuyo socorro se hace formidable. Ella está al pie de la Cordillera, y dista del volcán de Osorno siete a ocho leguas poco más o menos; y es madre del río Bueno. Es tan grande, que ninguno de los indios da noticia de su término; es profunda, y muy abundante de peces: en ella tienen los españoles muchas canoas para el ejercicio de la pesca, y para la comunicación de tres islas más pequeñas, que hay en medio de dicha laguna o mar, como los indios le llaman. Ésta no abraza el contorno de la isla, sí sólo la mayor parte de ella, sirviéndole de total muro, un lodazal tan grande y profundo, de tal manera que un perro (como los indios se explican) que intenta pasarlo, no es capaz de desprenderse de él. Tampoco este lodazal hace total círculo a la isla; pues por el principal extremo, que es al norte, hay de tierra firme entre la laguna y el pantano hasta veinte y más cuadras (según dicen los indios), y es la entrada de esta grande población o ciudad, siendo la parte por donde se halla fortificado de un profundo foso de agua, y de un antemural rebellin; y últimamente de una muralla de piedra, pero baja. El foso tiene puente levadizo entre uno y otro muro: grandes y fuertes puertas; y un baluarte, en donde hacen centinela los soldados. Según los indios, el puente se levanta todas las noches.

Las armas que usan son, lanzas, espadas y puñales, pero no he podido averiguar si son de fierro. Para defensa de la ciudad tienen artillería, lo que se sabe fijamente, porque a tiempos del año la disparan: no tienen fusiles, para su personal defensa usan coletos. También usan otras armas, que los indios llaman laques, y son dos piedras amarradas

cada una en el extremo de un látigo, en cuyo manejo son diestrísimos, y por esto muy temidos de los indios.

La forma o construcción que tiene la ciudad no he podido indagarlo, porque dicen los indios, que nunca les permiten entrar, pero que las más de las casas son de pared y teja, las que se ven de afuera por su magnitud y grandeza.

Ignoro igualmente el comercio interior, y si usan de moneda o no; pero para el menaje y adorno de sus casas, acostumbran plata labrada en abundancia. No tienen añil, ni abalorios, por cuyo motivo dicen los indios que son pobres. Hacen también el comercio de ganados de que tienen grandísimas tropas fuera de la isla, al cuidado de mayordomos, y aun de los mismos indios. Ponderando éstos la grandeza de que usan, dicen que sólo se sientan en sus casas en asientos de oro y plata (expresión de los españoles que salen fuera). También han tenido comercio de sal, esto es, hasta ahora poco la han comprado a los peguenches, que por aquella parte a menudo pasan la Cordillera, y son muy amigos de éstos; como asimismo lo han tenido con los indios nuestros, que llamamos guilliches, pero ya les ha dado Dios con abundancia un cerro, y proveen a sus indios comarcanos.

Según exponen los indios, usan sombrero, chupa larga, camisa, calzones bombachos, y zapatos muy grandes. Los que andan entre los indios regularmente están vestidos de coletos, y siempre traen armas.

Los indios no saben si usan capa, porque sólo los ven fuera del muro a caballo; se visten de varios colores; son blancos, barba cerrada y por lo común de estatura más que regular.

Por lo que respecta al número de ellos claro está es muy difícil saberlo, aun estando dentro de la ciudad: no por

eso dejé de preguntar repetidas veces a varios indios, los que respondieron, considerase si serían muchos, cuando eran *inmortales*, pues en aquella tierra no morían los españoles.

Con este motivo me informaron de que no cabiendo ya en la isla el mucho gentío, se habían pasado muchas familias, de algunos años a esta parte, al otro lado de la laguna, esto es, al este, donde han formado otra nueva ciudad. Está a las orillas de la misma laguna, frente de la capital; sírvele de muro por un lado la laguna, y por el otro está rodeada de un gran foso, ignoro si es de agua, con su rebellin, puerta fuerte, y puente levadizo como la otra. La comunicación de las dos está por mar, por lo que tienen abundancia de embarcaciones. También tienen artillería, y el que en ésta manda, está sujeto al rey de la capital. Nada puedo decir con respecto al orden interior de gobierno de aquel rey de la capital; pero sé por varias expresiones de los indios, que es muy tirano: lo que confirma la noticia siguiente.

Habiendo salido de Chiloé un chilote en el mes de octubre de 1773 (no sé con qué destino) llegó a avistar la principal ciudad de aquellos españoles, pasando por medio de los indios, suplicándoles tuviesen caridad de él, pues se veía allí sin saber a dónde. Al llegar la noche tocó las puertas de la ciudad (siempre las tienen cerradas), asomóse un soldado. y haciéndole las regulares preguntas, de quién vive, etc., respondió era chilote, y que allí había llegado perdido, y que se hallaba sin saber qué tierra era aquélla. A lo que en lengua de indio respondió el soldado, se admiraba de que los indios le hubiesen dejado pasar vivo, pero ya que logró esa dicha se retirase prontamente antes que algún otro le viese (a todos se prohibía llegar allí) o él se viese precisado a dar parte a su rey, quien si

lo supiera (así lo relató el chilote a los indios) mandaría buscarlo por cuantos caminos había para quitarle la vida, pues era hombre muy tirano, y que con su gobierno ambicioso tenía a la plebe en la mayor consternación, y esta es voz común de los indios. Volviendo al chilote que escapó del rigor de aquel tirano, y ya entre los indios, algunos de ellos se ofrecieron a acompañarle, pero en la primera montaña, le quitaron la vida: cuya noticia se me trajo por indios de mucha verdad del fuerte de San Fernando, a orillas del río Bueno, luego que sucedió; y esto tiene a los indios llenos de temor. Este suceso del chilote ha dado motivo entre aquellos españoles (persuádome es la plebe) para el empeño de poner señales en el cerro, que llaman de los Cochinos, que es donde se divisa la ciudad principal y laguna, único y más inmediato para llegar a aquella tierra como lo expondré. En este sitio acaece, en lo que no hay duda, que los españoles ponen una espada con zapatos; los indios la quitan, y ponen un machete. Los españoles ponen una cruz; vienen los indios quitan la cruz, y ponen una lanza, toda de palo. Los españoles ponen redondas piedras como balas, y después de estas amenazas de unos y otros, están constantemente hallando los indios en aquel propio sitio del cerro, varios papeles, o cartas puestas en una estaca, cosa que tiene a los indios consternados, pues ni se atreven a quitarlos, ni se apartan de allí, manteniéndose en continua vigilancia, temerosos que algún papel de estos salga entre ellos, y dé en manos de nosotros. Esta noticia y la del chilote, se han divulgado por toda la tierra adentro, y, como digo, se hallan cuidadosos.

Para más asegurarse de nosotros, aquel rey tiene trato anualmente con los indios de su jurisdicción que son muchos, y para explicar su crecido número dicen éstos que

parecen llovidos, aunque no muy valientes; a quienes tiene tan gratos, por estar precisamente a sus órdenes. Tiene caciques al modo nuestro, y uno superior entre ellos con quien tiene más estrecha amistad. Con estos hace sus juntas, convocando también a los peguenches, con quien conserva gran familiaridad; y así suelen hallarse multitud de vocales en las juntas que hace. El punto de que con mayor esfuerzo se trata con todos aquellos indios, es sobre que no permitan llegar ninguno de afuera por los caminos que tenemos para allá, ni por la Cordillera inmediata a ellos, y que si alguno lo intentase, que lo maten, sin la menor conmiseración. Lo que hace creer se hallan contentos en su retiro aquellos españoles, supongo serán los superiores, y que aquellos signos de papeles, etc., serán de la plebe, que, oprimida, desea sacudir el yugo.

Sin embargo cuando por orden de nuestro excelentísimo señor virrey, don Manuel de Amat, capitán general entonces de este reino de Chile, se emprendió aquella famosa salida para los llanos, que fue terror de los indios, sé de cierto, por varios de éstos que me lo aseguraron, fue público en esta plaza, que estando disponiéndose los nuestros para ella, llegó la noticia a aquellos españoles, con la que ordenaron salir a encontrarse con nosotros, no sé con qué fin. Estando en estas disposiciones, llegó nuestro campo a orillas de río Bueno, en donde la noche de su llegada tuvo aquél tan notorio ataque, que habiendo oído los españoles de la laguna en el silencio de la noche, a la inmediación de la ciudad, los tiros de los pedreros y esmeriles, salieron a los dos o tres días con 300 hombres, según los indios se explican y tiraron derechos para río Bueno. Al segundo día de su marcha supieron la retirada de los nuestros por los mismos indios, pero con todo no desistieron del empeño de caminar; en cuya vista los indios aquella noche

hicieron su consejo, y resolvieron atacarlos a la mañana, y si posible fuese acabarlos: con efecto presentaron la batalla en la que pelearon unos y otros con grande valor, y que duró algunas horas, pues disputaban con iguales armas: murieron un sin número de indios y bastantes españoles, pero quedó el campo por éstos, aunque con la muerte de su esforzado capitán. La noticia de esta pelea procuraron oscurecerla, encomendando con pena de la vida su sigilo, para que no llegara a nosotros.

El camino de menos ríos, aunque más dilatado, para aquellas dos ciudades, es el que llamamos de los Llanos, por donde marchó nuestra tropa hasta el río Bueno. Este camino consta de una montaña como de catorce leguas de largo, principia en el río de Anquechilla, en donde tenemos nuestra continua centinela para los indios, y termina en Guequeciona: de ahí hasta el río Bueno no se ofrece montaña ni loma, y sí arroyos pequeños. De Anquechilla al río Bueno, se regulan seis días de camino. Este río es ancho, profundo y sin corriente: de ahí para la ciudad de los españoles es todo llano, hasta llegar al cerro ya dicho de los Cochinos. Este es un bajo, en el que hay muchos cochinos alzados, de los que se aprovechan los españoles, y también los indios. Al pie de este cerro, por la banda de la ciudad, hay dos riachuelos, ambos de vado; el primero llamado Yoyelque, y el segundo Daulluco: éste es el más cercano a la ciudad, que dista como cuatro leguas, tomando el camino de un pedregal grande, siempre a orillas de la laguna, hasta llegar a la primera fortaleza de foso.

El segundo camino es el que llamamos de Guinchilca, o Ranco: éste es el más derecho, pero de muchos ríos y arroyos, pues saliendo de la plaza hay el Guaquelque, o Cuicuitelfu, Collitelfu, Guinchilca (se pasan cuatro veces, pero todos son de vado) y río Bueno. Saliendo de Valdi-

via, hay como veinte leguas de montaña, y termina ésta en Ghinchilca, en la que hay tres ríos de los dichos. El camino de la dicha montaña es ancho y llano, con algunos malos pasos, fáciles de componer. Lo más fragoso de él se puede andar por el río, hasta un lugar de indios, llamado Calle-calle. Antes de llegar al río Bueno se ofrece una montaña baja, poco espesa, y de pocas leguas, al fin de la cual se da con el Río Bueno. De ahí a poca distancia, siguiendo el camino de los españoles hasta el fuerte de Osorno, caminando al sur, de allí al este, cosa de una jornada, está la ciudad de Osorno, pero en seguida de dicho fuerte al sur, a muy corto trecho, se da con la gran laguna de Ranco que es el asilo de los españoles, y sigue a orillas de ella por el pedregal. Este camino es de carretas, y no hay la pensión de trepar cerro alguno, desde Guinchilca a la ciudad: por él se manejaban antiguamente los de Osorno. En la distancia que hay de Guinchilca a aquel pueblo, se presentan varias ruinas de fuertes pequeños, que según la tradición de los indios eran escala o jornadas, que hacían los que de esta plaza iban a aquella ciudad. Esta es toda la serie de noticias, que de aquella incógnita ciudad he adquirido, a costa de incesantes trabajos, de cuya existencia no me queda duda, y en todo tiempo me obligo a mostrar el camino, o caminos que conducen a ella: lo que aseguro por Dios Nuestro Señor, y esta señal de la cruz, y mi palabra de honor. Y para mayor prueba de la verdad, expongo a continuación los principales sujetos o caciques, después de otros muchos de menos suposición, que me han asegurado, con algunas noticias más que pongo, dadas por varios que no cito, concordando unos con otros en el modo de decir y explicar lo que de aquella ciudad saben.

El cacique Marimán me aseguró haber divisado la ciu-

dad desde el cerro de los Cochinos, que se halla en la laguna de Ranco, y que sabía eran los españoles de Osorno, que nunca fueron vencidos, que son muchos, y muy valientes. Sabe que por falta de víveres desampararon su tierra, después de haber comido gente muerta, y ganaron aquella isla, en donde encontraron mucho ganado y grano de las haciendas que allí tenían varios españoles acaudalados de la misma Osorno: que la causa de guardar tanto sigilo era porque no los tuviésemos tributarios como en los tiempos antiguos: que están inmediatos a la Cordillera. Que la ciudad desierta está próxima a los españoles, y aún se mantiene murada, que sólo han caído las puertas, y de las torres las medias naranjas; que hay otro fuerte de la citada ciudad, mirado con pocas ruinas. Hasta hoy es una isla que hace la misma gran laguna de Ranco al principio de ella, de donde no divisan la población de españoles. Que este fuerte nadie lo habitaba: las armas que usan eran espadas y lanzas: que tienen artillería, porque hacen a tiempos las descargas.

Dos indios de las cercanías de aquellos españoles me exponen igualmente, añadiendo tienen amistad con los indios inmediatos, con quienes hacen sus juntas.

Por el indio Quaiquil supe igualmente, y añadió los había visto: eran corpulentos, blancos y rubios; que la entrada en la isla es por una garganta corta de tierra, que tiene un foso, muralla, puente levadizo, y muchas embarcaciones: que usan espada y lanza, tienen artillería, lienzos y plata, y mucho ganado mayor y menor. Según comprendí, su vestuario es musgo, y a lo antiguo; que cuando la función de los Llanos, habían salido a encontrarse con nosotros, pero que los indios les dieron guerra, y que se mandó guardar secreto con pena de la vida.

El cacique Carriblanca, al año de la función de los Lla-

nos, habiendo yo pasado a su tierra, se valió de mí para que le consiguiese la entrada en esta plaza (estaba privado a los de su jurisdicción), para comunicar al señor gobernador ciertos asuntos; y haciéndole cargo del motivo que tenía para no dar paso a la ciudad de los españoles alzados, y porque guardaba secreto en una cosa tan sabida, me respondió, que desde sus antepasados tenía obligación de guardar sigilo, y de negar el camino como dueño de él. Pero que si ya lo habían declarado otros, mal podía negarlo él, y me dio las mismas señas que los otros, añadiendo que del río Bueno a los españoles hay día y medio de camino; y que le dijese a mi gobernador que en el caso de querer reconocerlos, no fuesen tan pocos como el año antecedente, sino que pasase de mil hombres la tropa, pues eran muchos los indios que había. Todo lo que hice presente al gobernador don Tomás Carminate, quien respondió que nada creía de aquello, y que el comisario le decía no convenía viniese a Valdivia dicho cacique; y con mi respuesta que esperaba, dejó de venir.

En el mismo mes, conversando con Pascual, cacique del otro lado del río Bueno, delante de Tomás Silva, vecino de esta plaza, me dio las mismas señas que los anteriores; y expuso que cerca de su casa hay un cerro bajo o loma, de donde no sólo se divisa la ciudad, sino hasta la ropa blanca que lavan, y bajado este cerro, habrá cuatro leguas de distancia por el pedregal o orilla de la laguna.

El mismo Pascual, a mediados de este año de 1773, hablando con Gregorio Solís, vecino de esta plaza, le contó la serie de señales que he dicho, mostrándole desde su casa el sitio donde las ponen, y añadió, como que le consultaba, ¿qué premio le parecería que le daría nuestro rey, en el caso de descubrir el camino de la ciudad? Que ya consideraba lo harían rico, y capitán de sus tierras, pero

que aquello era conversación. Este Solís era hombre de verdad, y muy conocido entre ellos.

El capitanejo Necultripay me comunicó haber estado en varias ocasiones a lo de estos españoles, acompañado de los indios inmediatos a los dichos. Le supliqué me llevase una carta, y me respondió no podía, por los motivos de brujería, que ya dije; y también por ser costumbre entre ellos ir acompañados entre aquellos indios, los que si lo entendieran, le quitarían la vida. Pero que si el gobernador resolvía reconocerlos, iría de guía, y en su defecto a nadie se lo dijese, que él se ofrecía, porque perdería la vida. Noticia que expuse a don Félix Berroeta, gobernador de ésta, quién la agradeció mucho, y me encargó continuase con toda eficacia la correspondencia con estos indios, ofreciéndome para el fin del descubrimiento, si era necesario, todo su caudal. Pero con su muerte se frustraron nuestras ideas. Después de algún tiempo la misma noticia expuse a don Juan Gartan gobernador de ésta, quien sin examinar las circunstancias, me dijo que todo lo tenía por fábula. En cuanto a las armas, situación, caudales y vestimenta, coinciden las señales del capitanejo con las precedentes. A los pocos días me vi con el hijo del citado capitanejo, que me expuso lo mismo que su padre, sin haber estado presente cuando su declaración.

Contra, indio de respeto entre ellos, me declaró igualmente que los antecedentes, y que no los ha tratado, más sabe que hay mucha gente, y de valor, que nunca los han vencido, y sabe son los de Osorno.

Cumilaf, el del otro lado del río Bueno, me aseguró vivía inmediato a los españoles de la laguna, que son acaudalados de plata y ganado; pero pobres en fierro y añil, y que tampoco tiene abalorios, dando las propias señas en situación, armas y caminos.

Guisieyau expone lo mismo, y añade ha estado dos veces en aquella ciudad: la una vez entró a comprarles ajíes con los indios inmediatos, y me mostró un caballo que le había vendido por un sable, y la marca que tenía ésta en cifra.

Amotripay y sus hijos lo mismo declararon, sin temor alguno: son indios de respeto entre ellos; viven de la otra parte del río Bueno.

Lancopaguy, lo mismo, y muy por menor de la situación, armas, caudales y caminos.

Gedacoy, igualmente, añadiendo era mejor camino el de Ranco por ser más llano, aunque de más ríos, y todos convienen en esto. También me dijo que la causa de no dar paso los indios por aquel camino, ni admitir conchabados es, porque no vean las ciudades, y tengan noticia por allí de aquellos españoles.

Calfuy da noticia hasta del nombre de los caciques, amigos de los españoles.

Rupayan da cuenta de la situación, armas, caudales y de haber encontrado sal.

Artillanca manifiesta lo mismo.

Antipan se explaya más sobre las circunstancias de la laguna y fortaleza de la primera ciudad, y situación de la segunda, y las islas que hay dentro de la laguna.

Paqui dice que sabe están los españoles en aquella isla, y da muchos detalles, los que concuerdan con las exposiciones precedentes.

Todos los citados son entre ellos personas de suposición, para formar total concepto de la verdad que expresan, especialmente combinándose sus declaraciones, como también las de otros indios pobres, y de poca autoridad. Y para que en todo tiempo conste esta información de la incógnita ciudad de Osorno, además del juramento que

tengo hecho, me sujeto a la pena que se me quiera imponer, en el caso de no ser cierta la existencia de estos españoles, en el lugar que nomino. Y por ser así, lo firmo en la plaza de Valdivia a tres días del mes de enero de 1774.

IGNACIO PINUER

COPIA

*De la carta escrita por don Agustín de Jáuregui, presidente
de Chile, al excelentísimo señor virrey del Perú*

Excelentísimo señor

D. Ignacio Pinuer, capitán graduado, y lengua general de la plaza y ciudad de Valdivia, me remitió una relación jurada y circunstanciada de las noticias que tenía de personas que en ella cita, de existir a la orilla de la laguna Ranco, madre del río Bueno, distante poco más o menos de cuarenta leguas de aquella plaza, y tres o cuatro de la antigua desolada ciudad de Osorno, hacia el sur, dos poblaciones de españoles, cuyos causantes insinúa haber sido originados de la expresada ciudad, y que en el alzamiento general del siglo pasado en que destruyeron los indios siete ciudades, se mantuvo ésta sitiada mucho tiempo de los bárbaros; pero que al fin consiguieron salir libres, y ocultarse en aquellas inmediaciones en donde se situaron, aprovechándose de las proporciones que ofrece el paraje en que se hallan, resguardados de la misma laguna, y en un lodazal impenetrable; sin quedar más que un estrecho camino que sirve de entrada y salida, de muy fácil defensa; a que han añadido fosos, y rebellines con puente levadizo, libres por

esta industria de ser invadidos de los infieles comarcanos, sobre quienes parece que en la actualidad tienen adquirido dominio y subordinación, concurriendo a las juntas a que los citan con la obligación de guardar secreto de su permanencia en aquel oculto destino: que tienen murallas y casas de juncos, alguna artillería y buenas armas. Inmediatamente libré providencia, para que el gobernador de aquella plaza hiciese con toda cautela y reserva información de los hechos expuestos, examinando con la solemnidad del juramento al autor de las noticias referidas, y a los demás que expresaban ser sabedores de ellas. Y supuesto su allanamiento de acreditar la verdad por los medios que proponía, que lo auxiliase en lo posible y preciso; advirtiéndole que para asegurar el ascenso a su informe, procurase traer algunas prendas de las particulares que tengan, o de que usen aquellos españoles. Antes de que llegase a manos del referido gobernador esta providencia, recibí las que había dado sobre el mismo asunto, en virtud del aviso de D. Juan Enriques, cadete de aquella guarnición, que concordaban en sustancia con lo que dijo Pinuer, acompañándolas con carta de 28 de febrero de este año, en que se incluye una copia que dirigió por el mismo cadete a los que tuviesen el mando de las antedichas poblaciones, a efecto de que supiesen lo inmediatos que estamos los de su nación, y el deseo de descubrirlos y sacarlos de aquel cautiverio, y la felicidad que les proporcionaba la Divina Providencia para el más claro conocimiento de nuestra sagrada religión, incitándoles a la comunicación. Igualmente se comprenden las formalidades legalizadas, y las declaraciones del cadete Enriques y de su ordenanza Baltasar Ramírez, soldado de aquella plaza, de haber llegado a casa del cacique, nombrado Lipique, que vive en la entrada del Rancón, a distancia de veinti-

cuatro leguas de la plaza. Que allí entregó la carta al soldado Ramírez; que éste pasó con ella disfrazado de indio a la del cacique, llamado Limay, ocho leguas más adentro, y que de allí dio la carta al indio, nombrado Quaripangui, para entregarla a los españoles que distan diez leguas hacia la Cordillera: obligándose, en fuerza de lo que se le gratificaba, a volver con la respuesta dentro de un mes, añadiendo el soldado haberse visto en grande peligro, a causa de un grande trozo de indios que llegaron a lo del citado cacique Limay, con el fin de quitarle la vida, porque sabían ser su solicitud el descubrimiento de los españoles, según lo que había dicho otro soldado, nombrado Marcelo Silva, al cacique Pallaturreo, y otros, y que todos estaban alborotados con este motivo. — El gobernador concluye diciendo, que siempre será necesaria la fuerza, por el empeño con que los indios los ocultan; y aunque por ahora no hay mayor fundamento para asentir a dichas noticias, ni hacer por ellas novedad, llevaré adelante las providencias que faciliten mejor, y den una idea más fundada de lo que haya en realidad. Persuadiéndole desde luego que, a ser ciertas estas poblaciones, serán de las que se solicitaban con el nombre de los Césares, por conformarse las tradiciones de su ubicación con las noticias referidas, de cuya resulta daré puntual noticia a V. E. en la primera ocasión que se presente. — Nuestro Señor guarde a V. E. muchos años. Santiago, 29 de marzo de 1774. Exmo. señor: B. L. M. de V. E., su más rendido servidor.

D. AGUSTÍN DE JAUREGUI

Exmo. señor, D. Manuel de Amat.

NUEVO

*Descubrimiento preparado por el gobernador Valdivia
el año de 1777*

Salieron del fuerte de Río Bueno dos cadetes, un sargento, el condestable y seis soldados, acompañados de varios caciques de indios; y dirigiéndose hacia el este, a cosa de 34 leguas dieron con la laguna de Puyechué, donde formaron una canoa y pasaron algunos a la otra banda de dicha laguna, que tendrá como 4 leguas de diámetro, y 25 de circunferencia, con nueve islas inhabitadas; la que reconocieron. De este paraje caminando al sud, a cosa de seis leguas de distancia, hallaron otra laguna, llamada Llavequegué, donde fabricaron otra canoa, en la cual se embarcaron siete para reconocerla, y costeándola por la banda del este, al cabo de tres días llegaron a su fin, al pie de la Cordillera, donde descubrieron un volcán al estnordeste, cuyo nombre ignoran. Y no hallando más que tremendos riscos y montañas, volvieron al alojamiento de Llavequegué o Llauquehuc, y después al Puyechué, a donde llegaron siete días después que los demás.

En este paraje, instando de nuevo a los indios que los guiasen al descubrimiento, quedaron de acuerdo en que

seguirían el viaje dentro de tres días. Al cabo de este tiempo, salieron divididos en dos partidas; siguieron viaje por tierra a pie, con sus bastimentos y municiones a las espaldas, ocho soldados con su sargento, y llegaron a la orilla de la laguna de Llavequegué; y hallando la canoa en el mismo sitio en que la habían dejaron, pasaron al día siguiente a una punta opuesta, y en el otro navegaron cosa de dos leguas, hasta un arenal donde desembarcaron. Los indios, acompañados de la otra partida, siguieron adelante, abriendo camino por montañas y cordilleras en todo aquel día, y al siguiente se unieron, y todos juntos pasaron un fuerte temporal, que duró tres días y cuatro noches; y pasado éste, siguieron dos días más de camino, y en el primero, hallándose en un alto de la Cordillera, descubrieron el extremo de una laguna grande, y una tierra baja muy dilatada.

Caminando más adelante, se echaron los indios en tierra, diciendo que no podían más, y viendo que ni por ruegos ni ofertas, pudieron conseguir que prosiguiesen adelante, subieron a un árbol de más de treinta varas de alto, de donde descubrieron una laguna grande de tierra llana y dilatada con una isla en medio, que después dijeron los indios, ser ésta la laguna Puraya, y que la isla que tenía se llama Jolten, habitada de indios y españoles. Habrían caminado en los tres días como doce leguas, según su cómputo, desde la laguna Llauquehuec hasta este paraje, de donde marcaron la laguna de Puraya al sudeste; y hallándose sin guía, bastimentos, ni fuerza, determinaron volver al fuerte de Río Bueno.

En la última entrada, acompañados de varios indios, pasaron la laguna de Puñechué, y la de Llauquehuec, donde hallaron sus canoas; y usando de ellas como antes, por la misma derrota llegaron a las señales que les dio el indio

Turin, que fueron un pedregal y riachuelo, en cuyo arenal quedaron cinco con cuatro indios cansados, aburridos y escasos de víveres. Pero siguiendo adelante los demás, declararon unánimes, que después de reconocido el pedregal y riachuelo, no habiendo ya montaña que romper, subieron al volcán de Purarauque, que se forma de pampa de piedra menuda, quemada como escoria, y subiendo hasta la mitad de la altura, ya tocando la nieve, hicieron alto para pasar la noche. Que al día siguiente oyeron tiros de artillería, y saliendo de allí a reconocer con la vista lo que alcanzasen, faldearon el cerro por la izquierda, y guiados por la seña, descubrieron la pampa grande del otro lado con el riachuelo, y una laguna que estaba entre riscos al pie del volcán; pero desfallecidos, por no haber comido dos días, y lastimados los pies de tanto andar, pues juzgaban que anduvieron más de veinte leguas, en los nuevos días, hasta Puñechué, y de allí todos juntos al Río Bueno.

Generalmente convienen, según las relaciones de los indios, en que hay tales españoles, diciendo algunos que son ingleses, diferenciando algunos en las poblaciones, pero concordes en que son muchos, y en que se defenderán, porque son muy guapos: y los distinguen en dos naciones diversas, expresando que los morohuincas están muy lejos o retirados, fortalecidos en sitio superior, y unidos con los peguenches, a quienes hacen sus parlamentos, y aun dicen que tienen noticia que les entran embarcaciones. A otros llaman aucahuincas, que dicen están junto a la laguna de Puraya: que éstos son de Osorno, y que tienen guerra con los morohuincas.

DECLARACIÓN

*Del capitán D. Fermín Villagrán, sobre la ciudad
de los Césares (1781)*

Yo, el capitán de dragones de este Real Ejército, y comandante de dicha plaza, D. José María Prieto: habiendo tenido orden verbal del coronel de caballería, maestro de campo, general y gobernador de esta frontera D. Ambrosio de O'Higgins, para tomar declaración al capitán de la reducción de Maguegua, D. Fermín Villagrán, sobre noticias que ha adquirido en su dicha reducción, por un indio guilliche, de un establecimiento de españoles, situado en un paraje llamado *Muileu*, le hice comparecer ante mí, y le mandé hacer la señal de la cruz, bajo la cual prometió decir verdad, y lo que sabe sobre este asunto, con toda individualidad en cuanto fuese preguntado: y habiéndolo sido sobre qué es lo que sabe del citado indio; dijo: —Que habiendo pasado a su reducción a dejar al cacique Loncomilla, de resultas de haber bajado éste a ver al señor maestro de campo de esta plaza, deseoso de averiguar el paradero de ciertas cautivas españolas que tenía noticia paraban entre los guilliches, habló con un indio de esta nación, llamado Gechapagué, a quien preguntó por dichas cautivas, y le respondió, que allí en su lugar no había ninguna.

Replicó el capitán que sabía haberlas allí o en otro, y respondió el guilliche, que en otro lugar de más adentro las había, y que éstas ya los españoles las estaban comprando. Y preguntándole a dicho indio, ¿qué españoles las compraban? Respondió que eran unos que estaban en un paraje nombrado *Milecí*. Y preguntándole a dicho indio, ¿qué a dónde era ese paraje? Respondió, que a donde entra en el mar el río de *Meuquén* o *Neuquén*, a la otra parte de la Cordillera. Y preguntándole, cómo habían llegado allí aquellos españoles? Respondió, que en cuatro o cinco embarcaciones. Y preguntándole, qué número de gentes españolas había en aquel lugar? Respondió, que habría mil personas. Mas también le preguntó dicho capitán al citado indio, de qué armas usaban aquellos españoles? Y respondió, que tenían cañones de artillería muy grandes, y que tenían bastantes. Y preguntándole asimismo de qué vestuario usaban? Respondió, que de paño. Y preguntándole, ¿que cómo, o de qué se mantenían allí dichos españoles? Respondió, que luego que llegaron habían padecido muchas necesidades, y que en el día se bastimentaban por los indios con vacas y caballos que les llevaban a vender; y que los españoles, también salían de diez en diez a tratar con ellos, y hacer este conchabo. Y añadió dicho indio, que los dichos españoles decían que aquel establecimiento distaba de su tierra ocho días de navegación; y que lo que llevaba declarado, no sólo lo supo por el indio referido, sino por otros tres más, quienes le relacionaron lo mismo. Y siéndole leída esta declaración, dijo: no tener más que decir, añadir ni quitar a lo que lleva declarado; y que ésta es la verdad, so cargo del juramento que lleva hecho. En el que se firmó y ratificó, y firmó junto conmigo en dicha plaza, mes y año.

FERMÍN VILLAGRÁN. JOSÉ MARÍA PRIETO

INFORME

*Y dictamen del fiscal de Chile sobre las ciudades de los
Césares, y los arbitrios que deberían emplear
para descubrirlas (1782)*

El fiscal de Su Majestad en lo criminal, en consecuencia y cumplimiento del superior decreto de V. S., de 16 de abril último, ha reconocido los nueve cuadernos de autos que se han formado sobre descubrir las poblaciones de españoles y extranjeros, que se presume hay en las alturas y parte meridional de este reino; y asimismo el que se crió el año de 1763, a instancia del gobernador y vecinos de la provincia de Chiloé, sobre la apertura del camino de Osorno y río Bueno. Y en inteligencia de cuanto de ellos resulta dice: —Que, aunque enterado de la arduidad del asunto, que comprende este expediente, ha procurado despacharlo con la brevedad posible, le ha sido forzoso retardar su respuesta hasta hoy, así porque le ha sido indispensable hacer detenidas reflexiones en cada uno de los diez procesos a que está reducido, como porque el despacho diario de los negocios concernientes a su ministerio le han embrazado mucha parte del tiempo que ha corrido desde el citado día 16 de abril hasta el presente. En esta atención,

y cumpliendo con la superior orden de V. S. contenida en el enunciado decreto, expondrá lo que le ocurra acerca de las expediciones proyectadas en estos mismos autos.

1º El objeto que las ha motivado es descubrir si en las alturas que en este reino se miran, desde los 40 grados hasta el estrecho de Magallanes y cabo de Hornos, hay algunas poblaciones de españoles o colonias de extranjeros, como por tradición de largos tiempos se nos ha anunciado. Y en realidad, atendidas las actuaciones que formalizó el coronel D. Joaquín de Espinosa, mientras tuvo a su cargo el gobierno de la plaza; y presidio de Valdivia, parece no deba dudarse de la existencia de tales poblaciones o colonias, para cuyo esclarecimiento y evidencia basta reconocer el dicho uniforme, y la atestación antigua y moderna de los caciques y principales indios que han trabado amistad con los españoles de la mencionada plaza.

2º En el primer cuaderno de las enunciadas actuaciones se reconocen cuatro declaraciones, tomadas al capitán graduado D. Ignacio Pinuer, comisario de naciones de aquella jurisdicción; y en todas ellas asegura bajo de juramento, que con motivo de la amistad estrecha que de muchos tiempos a esta parte ha profesado con los caciques e indios de aquellos contornos, y de la relación de parentesco con que les ha tratado, le han comunicado, que de la antigua ciudad de Osorno, al tiempo que fue invadida por los indios, se retiraron después de un largo sitio algunas familias tierra adentro, y se situaron en un paraje que era hacienda de los mismos españoles de Osorno. Que habiéndose defendido allí mucho tiempo, dieron contra los indios, y juntaron muchos ganados de los suyos que se llevaron a su fuerte: y que en ese mismo paraje se mantienen hasta hoy, el cual dista de Osorno como cinco o seis leguas, porque hay un pedregal grande que dar vuelta. Que se han

mantenido en ese sitio a fuerza de valor: que los indios les han hecho muchas entradas, y no los han podido vencer: que para salir les impide ser una sola la entrada, en la que hay un cerro donde tienen un centinela los indios para avisar si alguno sale, y atajarlo, como ha sucedido con algunos: que son muchos los que lo han intentado, y han sido muertos por los indios, por lo que sólo se mantienen defendiendo las entradas. Que es cierto tienen dos poblaciones: la principal es una isla en donde ya no cabían, por lo que se han pasado a la tierra firme en frente, desde la que se comunican por agua; porque donde está la ciudad principal, es en medio de una laguna, y sólo tiene entrada a la tierra por un *chapad*, o pantano, en que tienen puente levadizo. Que sabe tienen artillería, aunque pequeña, y usan de las armas de lanza y espada: que es mucho el número de gente, y visten camisa, y según explican los indios, calzón de buchí y chupán, porque no saben explicarse. Que tienen casas de teja y paja, fosos y revellines: que tienen siembras de ají, que es con lo que comercian con los indios, quienes les llevan sal de la que sacan de Valdivia: que también les llevan hachas y cosas de fierro, por vacas y caballos que tienen muchos. Que hablan lengua española, pero que, aunque los indios les han llevado indio ladino, no les entienden bien. Que también hablan lengua índica, y que usan marcas, hierros españoles en las vacas y caballos, los cuales ha visto el mismo Pinuer. Finalmente testifica que también sabe que éstos no son los que llaman *Césares*, porque hay otras poblaciones españolas hacia el Estrecho, que según dicen los indios son de navíos perdidos. Que su conocimiento y trato con ellos, de 40 años a esta parte, sus entradas a la tierra, y el llamarlos parientes, y amigos con alguna sagacidad que ha puesto para saber de este asunto, le ha hecho noticioso de que es cierto lo

expuesto, y de que existen tales poblaciones, porque lo ha oído decir a indios principales caciques de razón, y lo ha confrontado con lo mismo que ha oído a otros, y todos concuerdan en una misma cosa. Que el haberlo ocultado los indios es, porque de padres a hijos se han juramentado el callarlo, y es rito o ley ya entre ellos; y aun por esta razón se han mantenido alzados, sin nuestra comunicación, todos los de la otra banda. Que sabe que este juramento y sigilo ha sido, porque tienen por abuso decirse unos a otros, que si los descubrían los harían esclavos los españoles, y los sujetarían a encomiendas: por cuya causa al que han sabido formalmente que los han descubierto le han quitado la vida. Que el saberlo el declarante es porque, habiéndose dado muchos años ha por pariente de dos caciques de los alzados, del otro lado del río Bueno, nombrados Amotipay y Necultipay, éstos con gran secreto se lo contaban, y por haber Amotipay venido a verle, a su regreso le dieron veneno los indios, y que Necultipay ofreció al declarante llevarlo a la ciudad, pero que no se verificó por haber fallecido, dejándolo por heredero de sus tierras. Que hoy día ya se habla de esto con menos reparo entre los indios, porque dicen que se ha publicado; y que ahora tres años se hizo una gran junta de los indios alzados, y en ella ofrecieron primero morir que rendirse, ni desamparar sus tierras, porque tenían noticias de que los españoles de Chiloé, salían en solicitud de estos otros españoles, y poblar primero a Osorno. Y en otro lugar confirmando estas mismas noticias, dice: que hacia el cabo de Hornos, hay otra población, que discurren los indios ha resultado, y aun aseguran que proceden, de navíos extranjeros perdidos, y que hay tres ciudades grandes y otras pequeñas; lo que le ha asegurado el indio que las ha visto. Y más adelante, que será necesaria tropa para hacer este descubrimiento, por-

que no duda que se ha de oponer mucha indiada, que es gente aguerrida, y que conoce sus terrenos. Que hay muchos retazos de monte y río, y la distancia será cerca de 40 leguas: y que todo se ha de vencer a fuerza de armas; pues, aunque no hagan frente formal los indios, harán emboscadas y avances de noche, o la multitud puede obligarles a presentar batalla formal: y así, que considera ser convenientes mil hombres, atendiendo también a no saberse con certidumbre si estos españoles querrán entregarse o mantenerse allí con el dominio que han establecido.

3º Lo mismo, aunque con menos puntualidad, testifican Gregorio Solís, Marcelo Silva, el cadete D. Juan Henriques, Francisco Aguto capitán de Amigos, de la reducción de Calle-calle, el lengua general D. Juan de Castro, Casimiro Mena, Baltasar Ramírez: y el reverendo padre lector Fr. Buenaventura de Zárate, guardián del convento de D. Francisco de la Isla de Macera, declara, que habiendo tenido en su servicio, por espacio de 6 años, a un indio cristiano, llamado Nicolás Confianza, muy ladino y enterado de nuestra religión e idioma, siendo ya de edad de 60 años, cayó enfermo, y estando desahuciado, y disponiéndose para morir, le dijo: que quería hacer por escrito una declaración que hallaba por muy conveniente al servicio de Dios, porque tenía mucho temor de ir a su divina presencia, sin manifestar lo que sabía. Que habiéndole tomado como pudo su dicho, declaró: que siendo mocetón, hizo una muerte en Calle-calle, jurisdicción de Valdivia, con cuyo motivo se fue fugitivo a los llanos, y de allí al otro lado del río Bueno, donde lo amparó un cacique tío suyo; haciendo de él mucha confianza para sus tratos y conchabos. Que con esta ocasión le enviaba hacia la ciudad de los españoles que hay, procedidos de los de Osorno, junto a la Cordillera, a que viese a otro cacique que servía de

centinela a dichos españoles. Que era cierto que estaban allí fundados y establecidos con ciudades fortificadas, y una noche oyó hablar dos de ellos con el cacique donde estaba alojado, sobre un conchabo de lo que llevaba dicho indio, que eran hachas ysal: que los españoles traían ají, lienzo y bayeta, con lo que canjeó, o conchavó, y el lienzo era como el de Chiloé. Que es verdadera la existencia de estos españoles, y que el castellano que hablan no es muy claro: y por último que decía esto, estando ya para morir, y conocía el trance en que se hallaba, y la cuenta que había de dar a Dios. Que este indio era muy racional y cristiano, por lo que el padre declarante asegura, que no sólo en esta ocasión, sino en otras muchas conversaciones antes de este lance, siempre le había referido lo mismo, con cuyo respecto dice, que tiene satisfacción de la verdad de cuanto el indio decía.

4º A fojas 49 del mismo cuaderno 1º se reconoce la declaración que se tomó al indio Santiago Pagniqué, morador y vecino de Ranco, y en ella se ve que por el riesgo a que se exponía de que lo matasen sus compatriotas, en caso de saber que él había declarado lo que ellos tanto ocultaban, expresó con lágrimas en los ojos, que sabe real y verdaderamente que están los españoles en la laguna de Puyequé, pasado la que se repecha un risco, y hay un estero que llaman Llauqueco, muy correntoso y profundo, y es en donde los indios tienen su centinela, para no dejar entrar ni salir a ningún español, de una parte ni otra. Que par dar la vuelta a entrar donde están los españoles, hay mucha risquería, pero que del cerro de Llauqueco se divisa la población, y algunas colorean como tejas. Que hay muchos españoles, y que se visten de lienzo, porque siembran mucho lino, y tienen paño musgo y colorado que tiñen con *relvun*. Que tienen iglesia, lo que sabe por otro que

estuvo allí seis días en tiempo que hicieron una procesión, y que la tienen cubierta de plata, que parece una ascua. Que a este indio lo llevó a escodidas un cacique que mandaba el centinela, y le encargó que no le viesen, porque le quitarían la vida aquellos españoles. Que desde que nació sabe que están ahí esos españoles; y desde Valdivia allá hay cinco días de camino, con otras particularidades que refiere; entre las que expresa los ríos y esteros caudalosos que hay que pasar, y los indios que guardan la entrada.

5º El cacique nombrado Artillanca, que lo es de la reducción de Guinchilca, declara a fojas 50 que están allí aquellos españoles, en la laguna de Puyequé: que él tiene conocimiento de muchos años a esta parte, y desde que tiene uso de razón, sabe que allí están acimentados. Que todos los indios con quienes ha comunicado, y particularmente sus padres y abuelos, siempre le han contado lo mismo, adquirido de aquellos indios que tratan con los españoles. Que éstos son muchísimos, y tienen su rey, pero que según sabe de cierto, ellos no han querido salir, porque ahora años hicieron un parlamento, y dijeron en él que tenían todo lo que había menester, y no querían sujetarse al rey de España. Que ahora tiempo tuvieron estos españoles una campaña con los indios fronterizos, en la que mataron a seis caciques principales y a muchísimos indios. Que después acá no han tenido guerra, pero que tienen muy cuidado el camino, para que no se salga, ni entre a su población; y que donde está el centinela hay una angostura, en donde los españoles suelen poner una cruz; pero los indios la quitan y les ponen una macana con sangre. Que tienen iglesia grande en su población, y mucha plata y oro que allí sacan. Que visten de musgo y colorado, son muy guerreros, tienen ganados y siembran mu-

cho. Que si los nuestros quisieran ir allá, hallarían mucha oposición, porque hay muchos indios alzados que lo impiden. Que el camino más derecho para ir a estas poblaciones es el de los Llanos, mejor que por Guinchilca; y que aunque en tiempo del gobernador don Juan Navarro, se le preguntó sobre este asunto, lo ocultó, porque ha tenido miedo si decía algo, de que lo matasen sus contrarios. Pero que ahora estaba tan agradecido del cortejo que le había hecho don Joaquín de Espinosa, y tan satisfecho de su amistad, que no había podido callarle nada, y así le había abierto su pecho, para decirle la verdad de todo lo que sabe.

6º A fojas 89 declara el cacique Llanicapichun, de la reducción de Rancho, con el indio Santiago Pagniqué, que es cierto y evidente que se hallan allí aquellas gentes españolas en el otro lado de una laguna grande, nombrada de Puyegué: que es mucha la gente que hay, toda blanca, como nosotros: que usan de los mismos vestidos, que tienen casas, murallas, y embarcaciones con que se manejan en la laguna, y salen a pescar. Que tienen también armas de fuego; y que no sólo hay esta población sino otra más adentro: que ellos están prontos a guiar a los nuestros, si quieren pasar allá, pues ya conocen que queremos buscar a los de nuestra sangre. Que tenían parlado ellos sobre el asunto con los indios puelches, de las inmediaciones de sus tierras, y les habían ofrecido ayudar a los españoles si entraban a sacar a los otros. Que se oponen a esta entrada muchos indios que hay hasta llegar a la laguna, que son los que siempre han defendido la entrada y salida de aquellas gentes. Que desde la casa de Llanicapichun, hasta llegar a la orilla de la laguna, desde donde se divisan los españoles que se buscan, hay veinte y cuatro horas de camino montuoso, con algunas angosturas y ce-

rrillos. Que hay dos ríos que pasar, cuyo tránsito puede facilitarse con armar embarcaciones, que es muy fácil a los nuestros: y que así estaban ya prontos a guiarnos, esperando sólo la determinación del gobernador, a quien ocurrirían siempre que sus contrarios les quisiesen insultar, por haber declarado estas noticias.

7º A fojas 26 el cuaderno segundo depusieron los caciques de Río Bueno, Queupul, Neyguir, Payllalao, Teuqueñen y Millagueir, que era cierto que estaban allí tales españoles, obligándose a enseñar la población y a poner a los nuestros con el cacique Cañilef en paraje donde la divisasen, y lo mismo aseguraron a Francisco Agurto, Blas Soto, Miguel Espino y Tomás Encinas, los caciques Antili, Guayquipagni, Tagollanca, Leficura, Cariñancú, y otros seis más, según consta de la carta de fojas 35 de este propio cuaderno segundo, cuyas noticias confirmaron al cadete don Manuel de la Guarda: añadiendo el apronto de sus lanzas, y que era preciso para ir sin susto, que la marcha para el descubrimiento debía ser por el mes de setiembre, y antes de que se abriese la Cordillera, para no tener así temor de que los peguenches y pulches saliesen a impedirles el paso.

8º Francisco Agurto declara nuevamente a fojas 49, que con motivo de haber sido uno de los que fueron al otro lado del río Bueno en la escolta que se dio al cacique Queupul, como parcial nuestro, consiguió hablar sobre la existencia de los españoles, nominados *Césares*, con varios indios, a quienes por haber hallado muy adictos al gobernador y a los españoles, pudo ya sin cautela tocarles este asunto de ellos, siempre cautelosamente promovido. Que de estas conversaciones resultó que el cacique Neucupangui, que tiene su habitación y terreno adelante de río Bueno hacia las cordilleras, le comunicase

que los españoles que buscábamos, estaban a este lado de la Cordillera; pero que fuera de éstos había al otro lado, a orillas del mar, otros *Huincas*, o españoles muy blancos, que eran muchos, y se hallan allí poblados de navíos perdidos; que eran muy valientes, tenían murallas, y no se darían por bien. Que eran muy ricos, y tenían comercio, porque entraban embarcaciones en su puerto. Que esta gente se comunicaba con otros llamados *Césares*, por un camino de risquería, que sólo a pie se podía andar, en que tardaban dos días. Que toda esta declaración la oyó el declarante, igualmente de otro cacique, llamado Imilguir, también de tierra adentro, y que no duda de su certidumbre por la ingenuidad con que le hablaban en este particular, pues diciéndoles el que declara: —“esos serán los de Chiloé”, respondieron: —“ésos están por ahí abajo, que no ignoramos nosotros para dar esta noticia”: lo mismo que repite este declarante a fojas 78, contando los pasajes que le ocurrieron al entrar a la laguna de Puyegué.

9º A fojas 15 dice la india María, natural de Naguelguapí, que su madre tenía amistad con unos españoles que se hallaban inmediatos a su tierra, y que con el motivo de haber caído enferma, la llevó a una islita, en donde había un religioso y una señora de edad: que el religioso tenía los hábitos como los de San Francisco, y la quiso bautizar, y ponerle por nombre *Teresa*. Que dicho religioso estaba en la isla como misionero, y a ella ocurrían a rezar algunos indios. Que inmediato a la isla hay una población, situada de la otra banda de la laguna de Puyegué, en la cual hay algunos indios y muchos españoles, los que habitan en unos altos, sin permitir entrar a los indios. Y a distancia de un día de camino, hay otra población, cuyos dueños tienen muchas armas de fuego,

y hablan distinta lengua que los primeros, los cuales tienen muy pocas armas de fuego, y sí muchas lanzas. Que mantienen continua guerra con los de la segunda población por causa de sus ganados; y que los primeros, según lo que la madre de la declarante le tiene dicho, usan del vestuario como nosotros, y por zapatos, *sumeles*. Que tienen comercio con los otros, de quienes se proveen de lienzos, añil y chaquiras, y que tienen una especie de lana que se cría en árboles, la que traen de la otra banda de la Cordillera, hacia el Cabo de Hornos, conchavándola a los indios. También que aquellos españoles solicitan saber de nosotros, pero que los indios les infunden temor, diciendo: *que somos muy temerarios y tiranos*, y que por un río grande que es de mares, se comunican los de una población con otra, por unas barcas grandes.

10. A presencia de semejantes atestaciones, parece que no debe ya dudarse de la existencia de aquellas poblaciones, bien sean de españoles, o bien sean de extranjeros, que según el uniforme dicho de los indios, hay en la una y otra banda de la Cordillera hacia la parte del sur, y en la altura del estrecho de Magallanes y Cabo de Hornos: porque aunque no puede negarse que han producido con alguna variedad sus asertos y noticias, en cuanto a la situación de tales poblaciones, esto puede provenir de varias causas y motivos. El primero de la misma naturaleza de los indios, que siendo sumamente recelosos del español, muy tímidos y observantes de sus ritos como leyes inviolables, según lo advierte Francisco Agurto, a fojas 98 vuelta, y en su declaración de fojas 96, no es inverosímil persuadirse, que ya que descubren el secreto, para ellos misterioso, y de la mayor gravedad, varíen en una u otra circunstancia. El segundo, de que los intérpretes o lenguaraces no hayan entendido bien lo que ellos

han querido decir, explicando los lugares de la situación. Y el tercero, de que los mismos indios por su rudeza no hayan sabido explicar este punto. Y así debe atenderse principalmente a la substancia de lo que declaran acerca de la efectiva existencia de dichas poblaciones, mayormente estando todos contestes en cuanto a este punto, sin que lo contrario arguya el éxito de las expediciones hechas a costa del coronel don Joaquín de Espinosa, de que da puntual razón el reverendo padre fray Benito Delgado, en su carta a fojas 99 del 5º cuaderno, y a fojas 127 los cadetes don Miguel, y don Manuel de la Guarda, don Joaquín, y don Juan Ángel Cosío, el sargento Gregorio Pinuer, el condestable Pedro Álvarez, los cabos Teodoro Negron, y Feliciano Flores, y los soldados Francisco Agurto, Baltasar Ramírez, Miguel Espino, Tomás Encinas, Andrés Olguín, y Domingo Monte-alegre. Pues, confesando que no pasaron a mucha distancia de las lagunas de Puquequé y Llauquigue, ni llegaron a la otra laguna de Puaylla, que divisaron desde un alto de la Cordillera, donde vieron algunos humos, y que oyeron unos tiros, como de esmeril o pedrero, los que pudieron ser efecto de los volcanes inmediatos, no debe tenerse esto por documento suficiente que califique absolutamente la falsedad del común y general aserto de los indios, y mucho menos cuando los caciques, en el acto mismo de reconocer estos españoles las precitadas lagunas, ratificaron las mismas noticias aseverando que los moro-huincas de la segunda población son ingleses, y que son muy guapos, que están muy lejos, y muy fortificados, como se ve a fojas 35 y fojas 36 de dicho 5º cuaderno.

11. Si vuestra señoría recuerda las memorias de las épocas anteriores, hallará que nuestra nación española no tuvo mejores ni iguales fundamentos para haber hecho

los descubrimientos que admira todo el orbe. Después que el almirante don Cristóbal Colón, obtuvo las noticias que le comunicó el piloto Alonso Sánchez de Huelva, de la nueva tierra que había visto, juzgándolas por sueño de su propia república, y las coronas de Portugal, Francia e Inglaterra, a quienes convidó con ellas: —después que habiendo vencido inmensos trabajos, logró descubrir la isla nombrada Guanani, que últimamente se llamó de San Salvador, no tuvo otro comprobante de la existencia de las demás que halló, que el dicho y aserto de los indios. Cuando Barco Núñez de Balboa descubrió la tierra, en que se fundó la villa de Santa María, la antigua del Daryen, no tuvo otro antecedente para saber de la situación del mar del sur, y de las tierras del Perú que el dicho de un hijo del cacique Careta, apuntándole con el dedo hacia el mediodía. El marqués don Francisco Pizarro, habiendo navegado hasta la tierra del Tumbez, no tuvo otro fundamento para creer la existencia del Cuzco, su riqueza y poderoso imperio, que el dicho de los mismos indios tumbeces. Y en fin el adelantado don Diego de Almagro, para haber tomado a su cargo el descubrimiento y conquista de este reino de Chile, no tuvo más fundamento que las noticias que le comunicaron en el Cuzco los indios de aquella jurisdicción, igualmente que el inca Mango sucesor de los dos hermanos Guacan y Atahualpa. Con que se concluye, que el simple dicho y aserto de los indios, por los efectos que en todos tiempos ha causado, no debe despreciarse enteramente, y mucho menos cuando es uniforme y conteste entre los mismos que lo producen.

12. Bien es, que el demasiado deseo de nuestros españoles por las riquezas y metales preciosos, ha llegado a fabricar en sus ideas algunos países o poblaciones ima-

ginarias en estas Américas, cuya fantasía se ha apoyado con el embuste de los indios, que por apartar de sí a los nuestros, han procurado empeñarlos en el descubrimiento y conquista de algún país riquísimo, que fingían hacia tal o tal parte: como sucede en el Perú, donde corre la opinión de que entre aquel reino, y el Brasil hay un dilatado y poderoso imperio, a quien llaman el *Gran Paytiti*, donde dicen se retiró con inmensas riquezas el resto de los incas, cuando se conquistó el Perú por los españoles, sustituyendo el nuevo imperio en lugar del que habían perdido: sobre cuyo descubrimiento y hallazgo se han dedicado muchos con esmero, y gastado crecidas cantidades, sin otro fruto que el desengaño. En la provincia de la Guayana, que está al sur de Caracas, se dice asimismo que hay un pueblo, a quien llaman *el Dorado*, por ser tan rico, que las tejas de las casas son de oro; y al norte del nuevo Méjico, que hay un país denominado la *Gran Quivira*, reducido a un imperio floridísimo, que se formó de las ruinas del mejicano, retirándose allí cierto príncipe de la sangre real de Montezuma. Y aunque sobre descubrir esta Gran Quivira, no se han impendido gastos algunos, pero sí se han erogado muchos sobre el Dorado, sin que se haya conseguido otro favorable efecto, que el que han tenido las expediciones del *Gran Paytiti*. Y teniendo presente estos acaecimientos, algunos críticos han colocado las poblaciones de los españoles, que llaman *Césares*, entre los países imaginarios, fundando su opinión en los antedichos ejemplares, y en que no han podido ser hallados, sin embargo de la solicitud con que muchas veces han sido buscados: como entre otros sucedió con el padre Nicolás Mascardi, de la Compañía de Jesús, apóstol de las indias de Chiloé, que habiendo entrado tierra

adentro en demanda de estas poblaciones, el año de 1673, sólo consiguió morir a manos de los indios poyas.

13. Mas aquí tenemos otros fundamentos sólidos, que hacen verosímil la existencia de los españoles, a que el vulgo ha querido denominar los *Césares*, porque los indios que la han declarado uniformemente, nada han dicho de ponderación que pueda mover a codicia, pues han asegurado que tienen lino, que tienen casas de paja y totora, que tienen artillería menuda, pocas armas de fuego, y muchas lanzas, con otras particularidades, que no militan en el imperio del *Paytití*, y población del *Dorado y Gran Quivira*. Han expresado que semejantes poblaciones de españoles proceden de los que se salvaron en el asedio de las siete edades, acaecido en el año de 1599; y siendo todo esto muy verosímil, como también que puedan ser de los que habitan la ciudad de las Infantas que se desapareció en aquel tiempo, sin que se pudiese saber el fin que tuvo, ni dónde estuvo situada, no hay desde luego razón, para que, inclinándonos a la opinión de los críticos, creamos que son fingidas e imaginarias tales poblaciones. A lo que se agrega otra reflexión, que nace del naufragio que han padecido algunas naves en el estrecho de Magallanes. Según nos cuentan las historias, entre las armadas que se han perdido en ese estrecho, una fue la de cuatro navíos que despachó el obispo de Placencia para poblar las islas Malucas; los cuales habiendo llegado con buen tiempo al Estrecho, hallándose veinte leguas dentro de él, se levantó por la proa un viento tan recio, que no pudiendo volver atrás ni tener por donde correr, dieron los tres de ellos en tierra, y se perdieron; pero no la gente, que ésta se salvó. La cuarta nave tuvo mejor suerte, porque corriendo fortuna, pudo desembocar otra vez al mar del norte, y sosegada la tempestad, volvió

a embestir al Estrecho, y llegó al paraje donde se habían perdido las compañeras, hallando en aquellas riberas la gente que se había salvado en tierra: los que viendo la nave, comenzaron a hacerle señas, y a gritar a los que iban dentro, pidiéndoles que los recibiesen; pero que no lo hicieron, porque los bastimentos que habían quedado eran tan pocos, que temían no bastasen aun para los del navío.

14. Ahora pues, como no se sabe con certidumbre qué se haya hecho de estos hombres, y se dice, por otra parte, que en la realidad hay gente de Europa poblada hacia el Estrecho de nuestro continente, no es difícil persuadirnos que, viéndose perdidos, se entrasen tierra adentro, y emparentando con alguna nación de indios de los que allí existen, se hayan ido multiplicando de manera, que se hayan dejado sentir de las naciones más vecinas, y de éstas pasado a otras las noticias, que siempre han corrido muy vivas, de que en efecto hay tales gentes en aquel paraje, a quienes llaman *Césares*: sin duda por la traición de que, reinando el emperador Carlos V, salió un navío cargado de familias para poblar este sitio, y varando en la costa el bajel, entraron ellos tierra adentro, y formaron la citada población. Consideraciones todas por que los geógrafos la han situado en una abra de la Cordillera Nevada, entre los 45 y 50 grados de latitud.

15. Cuando no hubiesen otras razones que fundasen la necesidad de indagar la real y verdadera existencia de estas poblaciones, serían sin disputa, en concepto del Fiscal, un poderoso motivo, para que por todos los medios posibles se procurase salir de toda duda y equivocación; pero habiendo sospechas vehementísimas, que casi hacen evidente el establecimiento de naciones extranjeras en los terrenos que hay del estrecho de Magallanes para el

norte, tampoco hay arbitrio para que dejen de verificarse las expediciones que propuso el coronel don Joaquín de Espinosa, en su carta de 4 de marzo de 1778, que se halla a fojas 143 del cuaderno 5º.

16. Sobre las noticias que de ellos han dado los indios, y quedan ya apuntadas, concurre la notable circunstancia de haber sido siempre este fertilísimo reino el objeto de la envidia de las naciones extranjeras, especialmente de la inglesa. Prueba de ello es el continuo desvelo con que esta potencia se ha dedicado a indagar la situación de los puertos, costas y ensenadas de nuestra América meridional, y los viajes que practicaron al mar pacífico los piratas Francisco Drake, el año de 1579, entrando al puerto de Valparaíso; Tomás Candish, o Cavendish, el de 1587, dejándose ver en la isla de Santa María y Valparaíso; Ricardo Achines en el de 1593; Oliver de Noort el de 1599; Jorge Spilberg en el de 1615, con seis navíos; Jacobo Lemaire, Guillermo Schouten y Guillermo Fiten el de 1616; Henrique Beaut, que el de 1633 con una escuadra considerable salió de Pernambuco, y entró en el mar del sur; por el estrecho de Lemaire. Era su ánimo tomar el presidio de Valdivia, y fundar allí una colonia: pero habiendo desembarcado su gente, y empezándose a fortificar en aquel sitio, el gobernador de la plaza y su guarnición, ayudados de los indios, los desalojaron a cuchilladas, obligándoles a abandonar el puesto. Henrique Morgan, el de 1669, Carlos Henrique Clarke, el de 1670; y el de 1680, Bartolomé Charps, Juan Guarlen, y Eduardo Valmen saquearon los puertos y lugares abiertos de las costas del Perú y Chile. Y en el presente siglo, Tomás Colb, el año 1708; Juan Chilperton el de 1720; Eduardo Wernon el de 1740 y el de 1741 el vicealmirante inglés, Jorge Anson; y en fin el viaje del

comandante Byron, hecho alrededor del mundo, y la descripción puntual que de orden del almirantazgo ejecutó del Estrecho, mencionando sus bahías, puertos, ríos y ensenadas, el año de 1764.

17. Estas consideraciones, unidas a las que con maduro acuerdo hace el capitán don Manuel Josef de Orejuela en las tres representaciones que ha exhibido con fechas de 21 de noviembre de 1781, 18 de febrero, y 12 de abril del corriente año, califican en tanto grado la sospecha de que los ingleses se hayan poblado y fortificado en algunos de los puertos que hay desde la bahía de San Julián para el sur hasta el Cabo de Hornos, que apenas habrá hombre prudente que, reflexionando con detenida meditación la materia, dude de semejantes establecimientos. Pero como es éste un punto de los más graves e interesantes al Estado, es forzoso que el distinguido celo de vuestra señoría para remover todo escrúpulo de duda, no omita diligencia, por leve que sea, a fin de esclarecer estas sospechas. Y supuesto que el capitán Orejuela, en el capítulo 12 de su representación de fojas 5 del 9º cuaderno, expresa haber reconocido cierta declaración tomada al reverendo padre prior del convento de San Juan de Dios del presidio de Valdivia, en que aseguraba que, habiendo salido de Cádiz el año de 750, en el navío *El Amable María*, en la altura de 50 grados de latitud al sur, descubrió en uno de los cerros de aquel estrecho, que tenían a la vista, un hombre embozado en una capa azul, con sombrero negro redondo; y una mujer igualmente vestida de azul, que se reconocía serlo por la ropa talar, acompañados de un perro grande blanco y negro; a quien habiendo llamado a la voz con señas, no respondieron palabra: y otra de los reverendos padres misioneros venidos en el *Toscano*, en que

constaba, que a la altura de 37 grados de latitud, por la parte del sur, encontraron una embarcación inglesa de dos palos, que dijo se entretenía en la pesca de ballena, y los obsequió con un barril de aceite de ella, en correspondencia de otro de aguardiente, con que el capitán español los cortejó; sería muy oportuno y conveniente, que una vez que no se encuentran en estos autos semejantes declaraciones, se sirva mandar vuestra señoría, que informe el citado padre prior del convento de San Juan de Dios de Valdivia, y los religiosos misioneros venidos en el *Toscano*, sobre los pasajes mencionados; y que expresando el capitán Orejuela, cuál es la persona que le ha comunicado las noticias que refiere en los capítulos 32, 33 y 36 de su representación de fojas 5, se le tome igualmente su declaración jurada al tenor de los hechos relacionados en los capítulos 33, 36 y 37.

18. Convendrá asimismo se tome igualmente declaración al caballero francés Mr. Romanet, que se dice hallarse hoy en Buenos Aires, empleado en nuestra marina real, y destinado entre otros oficiales de este cuerpo a la división de los límites con Portugal, para que exponga con la debida claridad, si es cierto que cuando acompañó a Mr. de Bougainville en el viaje que hizo alrededor del mundo, al desembocar el estrecho de Magallanes, por donde pasaron al mar del sur, vieron un *sloop* a corta distancia; el cual, sin embargo de hallarse bien cerca de tierra, inmediatamente viró de bordo, y giró para ella; por lo que al instante lo perdió de vista la fragata francesa. Y en esta atención puede vuestra señoría, siendo servido, pasar el correspondiente oficio al excelentísimo señor virrey de Buenos Aires, a efecto de que su excelencia disponga lo que tenga a bien sobre esta impor-

tante diligencia, y que remita dicha declaración a vuestra señoría para que se agregue a los autos.

19. Y por lo que respecta a los medios y arbitrios que propone el nominado capitán para la mejor defensa de este reino, especialmente en cuanto a que la escuadra, que ha despachado su majestad para el seguro de estos mares, se destine a guardar la plaza de Valdivia, dándose a su comandante la comisión de inspeccionar aquella fortaleza y artillería, y a esta capitanía general las facultades del excelentísimo señor virrey, para que, en el caso de ser preciso variar las órdenes que se comunican a los comandantes, pueda resolver y mandar cuanto convenga al real servicio puede vuestra señoría, siendo servido, consultarlo con su excelencia, remitiéndole testimonio íntegro de este cuaderno 9, en que se incluyen las tres representaciones hechas por el capitán don Manuel de Orejuela, a fin de que la consumada práctica y pericia de su excelencia en el arte de la guerra disponga lo que tuviere por conveniente; pues el fiscal cree que el único seguro medio de guardar este reino es el de que se acceda a las propuestas que sobre este punto hace el precitado don Manuel: por lo que desde ahora pide y suplica a vuestra señoría se sirva hacer formal instancia en aquella superioridad, a efecto de que cuanto antes se dé este destino a la escuadra real en la plaza mencionada.

20. Con lo expuesto hasta aquí, ha evacuado el fiscal su respuesta en orden a los puntos concernientes a poblaciones de españoles y establecimientos de extranjeros en nuestro continente, y así concluirá su discurso acerca de estos mismos puntos, con expresar a vuestra señoría la substancia y concepto que ha formado de lo que el indio guilliche Guechapague y los caciques Curical, Guillapan-gui y Quiñaguirrí comunicaron al capitán de la reducción

de Maquegua, don Fermín Villagran, y ha expuesto en las declaraciones que de orden del maestro de campo, general de la ciudad de la Concepción, se le recibieron, y constan a fojas 99 y 102, del citado cuaderno 9.

21. En una y otra expresa Villagran haberle asegurado los antedichos caciques e indios, que había una población de españoles, que estaban comprando a las cautivas, los cuales se han situado a la orilla del río Miuleú, cuyo traje es de paño azul, y otros de amarillo; el sombrero chico y apuntado de tres picos, y mantienen comercio con el cacique Curihuentú, que dista de ellos dos leguas, y que en distancia de seis, tierra adentro de la desembocadura de dicho río en la mar, está la nueva población muy bien fortificada con su estacada, y mucha artillería gruesa. Y aunque don Manuel de Orejuela, en vista de esta declaración, procura fundar que es de ingleses este nuevo establecimiento, el fiscal cree y conceptúa que no es así, sino que éstas son nuestras nuevas poblaciones, que de orden de su majestad se han verificado en la Bahía sin Fondo, como el excelentísimo señor virrey de Buenos Aires lo anuncia a vuestra señoría en su carta, fecha en Montevideo, a seis de mayo de este año. Manifestará la razón en que funda su dictamen, y quedará la materia tan clara como la luz del día.

22. Según el mapa geográfico de la América Meridional, dispuesto y grabado por don Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, impreso en Madrid el año de 1775, el río Mianlú, Leubú o Sanquel, que los indios llaman Miuleu o Neuquen, es el mismo río que nosotros le llamamos Negro, el cual toma su origen de las lagunas de Guanachi, desde donde corre norte sur, hasta la altura de 38 ó 39 grados de latitud, y desde ahí sigue del occidente al oriente con alguna oblicuidad, hasta desembocar en

el mar, donde se forma la Bahía sin Fondo. Conque si esto es así, y constante que las nuevas poblaciones de españoles se hallan situadas en la expresada bahía, en que el río de Miuleú desemboca al mar, es evidente la verdad con que hablaron los caciques e indios guilliches al capitán Villagran, y que no debe por esa parte recelarse establecimiento de extranjeros, quedando así enteramente desvanecido el concepto que acerca de este punto ha formado el capitán Orejuela.

23. Pero como subsisten vigorosas las demás razones y fundamentos que forman una más que semiplena probanza de la realidad del establecimiento de nuestros enemigos en aquellos propios terrenos, por eso, con justísima razón el poderoso invicto monarca, que felizmente nos gobierna, tuvo a bien expedir la real orden de 29 de diciembre de 1778, en que, a consecuencia de las actuaciones que promovió el distinguido y ardiente celo del coronel don Joaquín de Espinosa, se sirvió adoptar las oportunas y bien fundadas reflexiones que le hizo esta capitania general, en apoyo de la propuesta que el coronel don Joaquín explicó en su carta de fojas 143, del cuaderno 5, dejando a la discreción de este superior gobierno el arreglo de las expediciones que han de ejecutarse, con el importantísimo objeto de descubrir semejantes establecimientos, y salir de una vez de dudas y equivocaciones: graduando el tiempo en que convenga se verifiquen con la menos costa que sea posible: formando a este efecto las instrucciones que havan de observarse, y cuidando de precaver en ellas todos los riesgos que las pueda empeñar en la pérdida de gentes, sin una necesidad muy urgente, y qu no pueda remediarse o alcanzarse, por razón de haber de hacer sus marchas por parajes desconocidos. En la inteligencia de que, el señor capitán general de este reino

ha de entenderse en derecho con el excelentísimo señor virrey del Perú, para cuanto le ocurra sobre este particular: a cuyo fin le ha prevenido su majestad preste los auxilios de tropa y demás que sea conveniente para la consecución de esta empresa.

24. Esta real resolución, y las que se contienen en las órdenes de 2 de diciembre de 1774, 10 de agosto de 75, 18 de julio de 78, y 29 de diciembre de 78, que se contienen en el 7º cuaderno, manifiestan la decidida real voluntad, acerca del efectivo envío de las expediciones proyectadas por el coronel don Joaquín de Espinosa, en su citada carta de fojas 143 del 5º cuaderno. Y en esta virtud, lo que hoy únicamente resta, y de que se debe tratar, es del tiempo en que convendrá ejecutarse estas expediciones, y del modo y circunstancias que deban observarse antes, y en el acto de su verificativo.

25. El excelentísimo señor don Agustín de Jáuregui, siendo gobernador y capitán general de este reino, inteligenciado de la juiciosa conducta del coronel don Joaquín, y del mérito que sobre este particular tenía contraído, puso al cargo y mando de este oficial las operaciones referidas, y le ordenó en carta de 20 de agosto de 1779, que para formalizar las correspondientes instrucciones, con total arreglo a las soberanas intenciones de su majestad, y al religioso espíritu que manifiesta la misma real orden de 29 de diciembre, le previno, que con la posible anticipación y reserva le expusiese cuanto considerase preciso y necesario para habilitar dichas expediciones, de modo que, por falta de víveres, bagajes, armas, municiones y pertrechos no tengan que padecer necesidades, peligros, ni atraso en las marchas a su destino: lo que podría facilitarse de estos auxilios y provisiones en la plaza de Valdivia y su jurisdicción; y lo que había de llevarse en el navío del

situado, así de esta capital como de la de Lima. En el concepto de que habían de ser dos las expediciones: las que, a un tiempo determinado, debían salir una por Chiloé, y otra por Valdivia. Le previno también que le informase si le ocurría reparo, en que de las cuatro compañías que habían de venir del Callao, se remitiesen dos a Chiloé, para que a su abrigo puedan venir las milicias que destinare el gobernador de aquella provincia a reunirse con las que saliesen de esta otra plaza, y la tropa que las había de acompañar; y asimismo, si habría caballerías bastantes, para las remontas que se consideran precisas, haciendo atención al número de que se hubiese de componer la expedición.

26. Previno su excelencia igualmente al coronel don Joaquín, le informase, qué tiempo le parecía el más a propósito para la salida, a efecto de adelantar las órdenes correspondientes al más breve apronte de las provisiones de boca y guerra, y de todos los útiles que comprendiese necesitarse, como el de los agasajos que más apetezcan los naturales del tránsito, dándole razón de unos y otros. Y considerando lo que importa conferir también la materia con el gobernador de Chiloé, antes de ocurrir al excelentísimo señor virrey del Perú, por los auxilios de tropa y demás que fuese preciso, le dirigió un pliego rotulado a dicho gobernador, para que lo remitiese a Chiloé, en alguna piragua, o embarcación de particulares; con orden de que la comprase de cuenta de su majestad, si fuese capaz de poderse continuar en ella la correspondencia con aquella provincia, y en él de que no la hubiese, que dispusiese la construcción de una, adecuada al fin enunciado: haciéndole otras prevenciones conducentes a procurar la mayor seguridad de la expedición, y el acierto de la ruta que se ha de elegir, y a facilitar el debido cumplimiento

de la real orden de su majestad, con la prontitud deseada. Y sin embargo de ser necesarísima la decisión de estos puntos, no se encuentra en los autos razón ni carta alguna del coronel don Joaquín, en que explique su dictamen en cuanto a ellos; ni tampoco la respuesta que debió dar el gobernador de esta provincia de Chiloé, en consecuencia del pliego que se le dirigió por la vía de Valdivia.

27. En las cartas de fojas 83 y 84 del 7º cuaderno, fechadas a 12 de junio de 1780, expresa el excelentísimo señor don Agustín de Jáuregui, siendo aún presidente de esta Real Audiencia, quedar en su poder la que en contestación de la suya de 14 de febrero escribió al coronel don Joaquín el gobernador de Chiloé don Antonio Martínez y la Espada, con fecha de 27 de marzo, la misma que con otra de 15 de abril le dirigió dicho coronel, consultándole los medios que le ocurrieran para facilitar la expedición por la parte sola de Valdivia, atendida la imposibilidad que ponía el mencionado gobernador, de no ser factible se hiciese salida de aquella provincia para Osorno, por los motivos que expuso: añadiendo en la de fojas 84, quedaba también en su poder la razón que con la citada carta de 15 de abril se incluyó de lo que a don Joaquín le había parecido añadir a la anterior, remitida para la expedición proyectada, y que todo se agregaría al expediente de la materia para tenerlo presente cuando hubiesen de darse las últimas providencias, con arreglo a lo resuelto por su majestad. Y según lo que estas dos cartas ministran, se comprende, que *de facto* el coronel don Joaquín de Espinosa evacuó el informe de aquellos puntos que se le previnieron en la de 20 de agosto de 79, o a lo menos que expuso su dictamen sobre algunos de ellos: y pues conducen en gran manera para que vuestra señoría pueda tomar sus medidas en este grave y delicado asunto, parece

corresponde se sirva mandar, que así en la secretaría de cámara de esta Capitanía General, como en la escribanía de este superior gobierno, se busquen y soliciten esos documentos, para que se agreguen a los autos de la materia. Y en el caso de que no se encuentren, que se escriba una carta orden al teniente don Marcelo de Arteaga, albacea del coronel don Joaquín, previniéndole solicite entre los papeles de este oficial el borrador de la carta de 15 de abril de 780, escrita a esta Capitanía General, y el de la razón con que la acompañó; y sacando copia puntual de uno y otro, la remita a manos de vuestra señoría, para los fines que convengan al real servicio.

28. Bien es que el capitán don Manuel de Orejuela tiene absueltos todos esos puntos en sus enunciadas representaciones, en que ha expuesto parecerle conveniente, que se haga una sola salida por Chiloé con mil hombres de tropa arreglada, y quinientos más para allanar los caminos, y conducir los bagajes, pertrechos de guerra, y demás que ocurra en tan vasta empresa: refiriendo el número y clase de armas, y los otros preparativos de guerra y boca, que conceptúa indispensables. Y por el mismo caso de estar opuestos los dictámenes, pues el coronel don Joaquín en su citada carta de fojas 149 del quinto cuaderno, propuso que era suficiente el número de cuatrocientos hombres de armas, así para allanar el antiguo camino de Osorno a Chiloé, como para verificar los descubrimientos que se apetecen, haciéndose a un mismo tiempo dos entradas por Valdivia y por Chiloé, es forzoso que vuestra señoría reconozca todos los papeles y cartas, que sobre esto hubiese escrito el coronel don Joaquín, mayormente estando también opuesto el dictamen del gobernador de Chiloé don Antonio Martínez y la Espada, según se enuncia en la citada carta de fojas 83 del cuaderno séptimo.

29. Entre los muchos y buenos arbitrios que propone don Manuel Orejuela, parece al fiscal muy oportunos y convenientes dos. El primero, el de llevar la expedición las canoas de viento, necesarias para el tránsito de los ríos y lagunas que se ofrecen en el camino, fabricándose de pieles de lobos marinos, a poca costa, en que pueden cargarse de 15 a 18 quintales, y conducirse cuatro hombres, a más del que fuere a regresarla. Y el segundo, el que se traslade toda la gente y guarnición que hoy existe en la isla de Juan Fernández, y se reúna en la plaza de Valdivia: pues siendo ésta la llave de todo el reino, a ella se debe aplicar todo el cuidado, y la mayor fuerza, siendo excusada la del presidio de Juan Fernández, porque esta isla estará bastantemente guardada, siempre que se dé orden a los navíos de la carrera que la reconozcan en los viajes que hicieren de Valparaíso al Callao, y tengan cuidado de avisar, lo que en ella notasen, a este superior gobierno y al de Lima. Cuyo pensamiento, apoyado con el ejemplar de la traslación hecha de la población que había en las islas Malvinas a la bahía de San Julián, es un argumento eficaz de la conveniencia, y aun necesidad que hay de que se verifique la traslación que propone don Manuel de Orejuela. Sobre que vuestra señoría con sus superiores luces resolverá lo que le parezca más acertado y conveniente al real servicio, graduando los demás arbitrios que insinúa, según lo exigieren las actuales circunstancias, y las que puedan ocurrir, para el mejor acierto de las expediciones proyectadas.

30. Ya que con haber fallecido el coronel don Joaquín Espinosa, no han podido tener efecto todas las diligencias prevenidas por el excelentísimo señor don Agustín de Jáuregui, en su carta de 20 de agosto de 1779, concernientes no sólo a conservar la amistad contraída con los caci-

ques de Quinlchilca, Ranco y Río Bueno, sino a adelantarla, y adelantar también, si fuere posible, las noticias de la verdadera situación de los establecimientos que se pretenden descubrir, y la de los caminos más cómodos para llegar a sus poblaciones, sería desde luego muy conveniente que el notorio celo de vuestra señoría confiriese esta comisión al sargento mayor, don Lucas de Molina, o a otro oficial de honor de la plaza de Valdivia, que hubiere manifestado deseo positivo de lograr el hallazgo de tales poblaciones: ordenando al gobernador de la plaza, que lejos de poner embarazos en la práctica de estas diligencias, tan interesantes al Estado, contribuya por su parte, cuanto le sea posible, dando al comisionado los auxilios que pidiere y necesitare para el desempeño de su comisión.

31. En esta virtud puede vuestra señoría, siendo servido, mandar que el comisionado haga presente a los caciques amigos, por medio de Francisco Agurto, Baltasar Ramírez, u otros emisarios de su confianza, el deseo de verles y manifestarles el agrado que han causado al rey, a vuestra señoría, y al gobernador de la plaza, las expresiones y operaciones, con que en el tiempo del gobierno de don Joaquín de Espinosa, dieron pruebas de su lealtad y verdadera amistad con los españoles; y que con este motivo procuren adelantar las noticias de los parajes en que realmente existen los establecimientos de españoles y extranjeros, si los hubiere, y la de los caminos más cómodos para llegar a sus poblaciones: aprovechando las ocasiones que se les presenten de contraer nuevas amistades, y de ponerlos en estado de que ellos mismos rueguen por el descubrimiento de dichas poblaciones, y ofreciéndoles que, mediante su generosidad, serán bien regalados ellos, sus mujeres e hijos. Que persuadan también a los caciques amigos que procuren convidar a los caciques vecinos, a

que hagan el mismo allanamiento y propuesta, y de este modo consigan irse internando hasta donde puedan, y purificar las noticias que vayan adquiriendo, haciéndose al propio tiempo capaces de los caminos y parajes por donde pueda seguir la expedición con mayor comodidad y seguridad, y arreglarse los alojamientos, encargando para ello a estos emisarios que demarquen con cautela los sitios y distancias, y que se informen por dónde se iba antes a Chiloé, con respecto a ser uno de los principales objetos de las expediciones proyectadas, franquear la comunicación con aquella provincia; y que importa muchísimo saber con fijeza cuál sea el antiguo camino, o el paraje por donde sea más pronto y seguro el tránsito a ella.

32. Del propio modo puede vuestra señoría prevenir al comisionado que en atención a haber declarado Domingo Monte-Alegre, natural de Chiloé, que el cacique Tanamilla, distante tres leguas del fuerte de Río Bueno, le comunicó que un chilote se hallaba cautivo abajo de Osorno en los Juncos, en un paraje nombrado Poyigué, que éste sabe dónde están los españoles, y que el cacique le ofreció lo llevaría, si quisiese, a que hablase con él, a cuya propuesta asintió, pero que no lo ha vuelto a ver; proponga al mismo Monte-Alegre si se allana a reconvenir al cacique, para que lo lleve a hablar con su paisano, procurando se verifique la entrada de este español, si es que no se encuentra en ello riesgo de su vida, pues si es cierta la relación del cacique, no hay duda que el cautivo, no sólo dará razón del sitio en que existen los españoles y extranjeros, sino también del camino de Chiloé, y si le cautivaron los mismos indios juncos, o los de otras naciones más avanzadas a aquella provincia, como de lo demás que tenga visto o sabido, con motivo de haber vivido entre aquellos bárbaros.

33. Asimismo será conducente, que el comisionado ha-

ga que Francisco Agurto procure que el cacique Manquemilla le cumpla la oferta que le hizo, de que haría llamar a su sobrino Antuala, que vive en las inmediaciones de la laguna de Puraylla, para que hablase con él, según se expresa en las actuaciones remitidas por el coronel don Joaquín de Espinosa, de resultas de la expedición que hizo a su costa, y corren desde fojas 125, hasta fojas 140 del cuaderno 5º. Pues cuando no se adelante la adquisición de más claras luces de la ubicación de los establecimientos que se buscan, se conseguirá que la expedición pueda seguir sin mayor riesgo, y por caminos rectos o menos ásperos, hasta la citada laguna de Puraylla, o hasta donde alcance la correspondencia de Antuala con los caciques e indios de más adentro. Advirtiéndoles también que tengan particular cuidado de averiguar, si los indios intermedios son muchos o no, para que vuestra señoría en esa inteligencia, pueda determinar la fuerza que parezca suficiente: y en fin, que el comisionado empeñe su celo y capacidad, en que los emisarios o exploradores, bien instruidos de sus prevenciones, adelanten cuanto sea posible en esta importancia.

34. Las mismas reales órdenes están respirando la suavidad con que su majestad quiere se verifiquen estas expediciones, y por eso el principal cuidado que en ellas se ha de tener, es y debe ser, evitar el recelo y desagrado de los indios, y de todo punto el uso de las armas. a menos que no haya otro recurso para defender las vidas, repeliendo la fuerza con una defensa natural; y conseguir por medios suaves la internación, hasta que no quede duda de si hay o no los establecimientos que se solicita descubrir: asegurándoles de la buena fe con que se camina, y captándoles la voluntad, para que espontáneamente se reduzcan a nuestra amistad y pidan el establecimiento de

misiones en sus tierras; y lograr con este antecedente la oportunidad de proponerles, ser para ello preciso que queden españoles que acompañen a los misioneros, y los defiendan de los rebeldes o enemigos de los mismos indios.

Para consolidar la amistad con ellos, se les puede hacer presente la que los de la frontera de la Concepción tienen trabada con nosotros: el amor y caridad con que les mira nuestro soberano, la misma que profesa a todos los indios en general. Que no quiere, ni apetece otra cosa que el bien espiritual y temporal de todos ellos; que a este fin ha destinado en esta capital un hermoso colegio, en que sus hijos sean adoctrinados y enseñados, costeando la real hacienda los maestros necesarios, para que se hagan tan sabios e instruidos como los mismos españoles; y que en esa atención se les proponga deliberen enviar los suyos a este colegio, asegurándoles que serán bien tratados, queridos y regalados; cuyas insinuaciones no sólo convendrá que las expresen a los caciques de aquella jurisdicción los emisarios o exploradores sobredichos, sino también el comisionado, el gobernador de plaza, y aun el oficial u oficiales a quienes se hubiere de encomendar el mando de las expediciones, el tiempo y cuando hubiese de llegar y pasar por sus terrenos.

35. Y ya que ha llegado el caso de hablar del modo y arbitrios que pueden presentarse para el logro de que estos naturales, abdicando de sí aquella ferocidad que les acompaña, y aquel odio y rencor implacable que han concebido contra la nación española, no dejará el fiscal de apuntar uno que le ocurre, y le parece concerniente y oportuno. Las mismas actuaciones, que comprenden estos autos, están acreditando que los indios de la jurisdicción de Valdivia, y todos los de esta nación en general, lo que aborrecen entrañablemente es considerar que puede llegar el caso

de que los españoles los reduzcan a servidumbre, o sujeten a encomiendas, como lo practicaban y practicaron luego que fundaron las ciudades de Osorno, Imperial, Villa Rica, Angol, Valdivia, Infantas y Loyola, cuya total destrucción provino del deseo que asistía a los subyugados de verse libres de esta especie de esclavitud. En las propias actuaciones habrá notado vuestra señoría que aún subsiste en el ánimo de los indios, muy vivo el recelo de caer en ese infortunio, y que por eso han soltado una que otra expresión relativa a estos puntos, ya diciendo que los españoles son muy temerarios y tiranos, y ya que los han de hacer esclavos, o sujetarlos a encomiendas, si se juntan con los aucahuincas que se salvaron del asedio de la ciudad de Osorno.

36. No es este tema nuevo en los indios de Chile, sino muy antiguo, y viene de muy atrás. Prueba de ello son los pasajes ocurridos al padre Luis de Valdivia, el año de 1612, con los caciques e indios de la frontera de la Concepción. Viendo la majestad de nuestro católico rey don Felipe III, lo poco que aprovechaban los medios de la fuerza y del rigor para sujetar a los indios chilenos, que tan soberbios e insolentes se hallaban con las victorias que habían tenido, y con la toma y ruina de las ciudades que nos destruyeron, se dignó resolver, que totalmente se mudase de estilo en esta conquista, y que dejando del todo la guerra ofensiva, se redujese sólo a la defensiva: considerando que por este medio se reducirían los indios más fácilmente a la fe, y la recibirían con más amor y aplicación, viéndose libres del tumulto, y ruido de las armas, para lo cual se valió de la prudencia, celo y eficacia del citado padre Luis de Valdivia, religioso de la extinguida compañía de Jesús, eligiendo por gobernador a don Alonso de Rivera, que a la sazón lo era del Tucumán, y antes

lo había sido de Chile. Luego que este religioso llegó a la Concepción, empezó a tratar con los indios de guerra, de los medios de la paz que de parte del rey les ofrecía, dando principio por las naciones cercanas, que eran las de Arauco, Tucapel y Catiray, a quienes envió los mensajeros que tuvo por convenientes. Noticiosos los indios de esta novedad, resolvieron se hiciese una junta con el padre Luis en Nancú, lugar que está en medio de todo Catiray, para que allí se tratase del negocio propuesto, y de los conciertos de paz y amistad que deseaban; a cuyo fin se habían congregado diez parcialidades.

37. Habiendo el padre resuelto su salida, y llegado al lugar en que le esperaban los caciques, se echaron sobre sus brazos, mostrando gran contento de su llegada a aquellas tierras, y tomándole de la mano Guayquimilla, que era el más principal de ellos, se la besó en nombre de todos los demás, y le hizo un elegante razonamiento, diciendo que “de su alegre venida no solamente estaba regocijada la gente a quien llevaba tan grande bien, pero que los mismos brutos animales, las yerbas, las flores, las fuentes; y los arroyos saltaban de placer y contento”. Después de estas primeras cortesías, se sentaron a razonar y discurrir sobre las materias de las paces; y entre otras razones, dijo uno de los tres caciques: —Padre, todos los indios principales desean la paz, aunque el pueblo y los soldados no se pueden persuadir de que los españoles la quieren y la desean. A que replicándole el padre: ¿cómo podía ser eso, cuando el rey lo había enviado sólo a ese fin, por el cual se había arrojado a los peligros de tantos males, hasta llegar a sus tierras; y que eso mismo, y no otra cosa, pretendían el señor gobernador, los maestros de campo y capitanes? Respondió el cacique: —No dudo de eso que dices; lo que se duda es, que los españoles quieran paz,

que sea paz. Bien sabemos que gustarán de la que llaman ellos paz, y yo no la tengo por tal, que es que nosotros nos rindamos, y nos sujetemos a ellos, y les sirvamos como a nuestros amos y señores; y esto no es paz, sino ocasión de las inquietudes, perturbaciones y guerras, que hemos tenido hasta aquí. Paz es la que tienen los españoles entre sí, y la que tienen los indios entre nosotros, gozando cada uno de su libertad, y de lo que tiene, sin que ninguno se lo quite, ni quiera mandarle, ni tenerlo debajo. Esto llamamos paz, y ésta la abrazaremos muy de corazón. Pero si no tratas de esta paz, y quieres la que los españoles llaman paz, no verás que la admitamos mientras el sol gire por el cielo.

38. Vea ahora vuestra señoría si es nuevo en los indios el sistema de resistir toda especie de servidumbre y sujeción al español. Ninguna otra cosa aborrecen más, que el hecho de privarles de la natural libertad con que todos nacemos, y así quieren gozar de la misma que disfrutan los españoles entre sí, y los mismos indios unos con otros. Por lo que parece al fiscal que el remedio eficaz, de que los naturales de la jurisdicción de Valdivia, y demás que residen tierra adentro hasta el estrecho de Magallanes y cabo de Hornos, se reduzcan, será proponerles que gozarán de una total libertad, sin que jamás llegue el caso de que se les reduzca a esclavitud o encomiendas; y que tampoco se les pensionará con tributos, ni otros pechos, aunque sea dispensado la disposición de la ley 9, título 4, libro 4 de las recopiladas de estos reinos: previniéndoseles que serán tratados como los mismos españoles, sin diferencia alguna, pues son vasallos de un propio soberano, cuya real benignidad ha tenido a bien adoptarlos por tales, y recibirlos bajo su poderosa protección y amparo.

39. Ni este pensamiento puede oponerse en manera al-

guna a la política que hasta aquí se ha observado con esta nación, porque atendiendo a que los del reino del Perú reconocían a los incas por sus soberanos y reyes, y les pagaban sus contribuciones en prueba del vasallaje que les rendían, como no ha sucedido esto así con los del reino de Chile que residen tierra adentro, no parece disconforme que, aunque a aquéllos se les pensionase con el tributo que señala la ley, se dispense con esta semejante contribución, una vez que, según nos cuentan las historias, los emperadores peruanos, no llegaron, ni pudieron pasar con su conquista, de la tierra de los promocaes, y río caudaloso de Maule, que divide la provincia de este nombre de la de Cauquenes, por la ferocidad y bravura de los que habitan en esa parte hacia el sur; quedando el río señalado por términos del imperio, de orden de Yupanqui, décimo inca de aquella dinastía. Con que, si es constante que los indios no reducidos, que son los que hay desde el caudaloso río Bio-bio, para el sur, hasta el estrecho y costas patagónicas, no reconocen otro soberano ni rey (a excepción de algunos amigos de la frontera), que a sus caciques particulares, sin retribuirles pensión alguna en señal de vasallaje, no sería desde luego extraño que se les tratase de la paz y amistad con los españoles, con el pacto de las insinuadas excepciones; practicándose lo mismo con los de la frontera de este reino, a fin de que se vayan domesticando, y viendo que nuestras ofertas son ciertas, y nuestra amistad sincera, se procuren españolizar, casándose indios con españolas, y españoles con indias, a cuyo propósito sería oportuno autorizar a los de una y otra nación.

40. Los felices principios, que por efecto de la providencia facilitaron la adquisición del terreno en que hoy se halla situado el fuerte de Río Bueno, y establecida la misión que con instancia pidieron sus caciques, en la cual

se han percibido ya los frutos que manifiesta el plano de fojas 47 del octavo cuaderno, dan sin duda fundada esperanza de que no acaso se han logrado estas ventajas en cerca de siglo y medio que no se oía la voz del evangelio en aquellas tierras, y de que el Altísimo quiere ya dispensar los arbitrios de que nuestra sagrada religión se plantifique en un terreno, cuyos habitantes se han mostrado hasta aquí contrarios nuestros; y prometen al mismo tiempo unos agigantados progresos en la importante empresa de descubrir las poblaciones que han motivado la resolución de las expediciones de que se trata; y así sería desde luego reprehensible delante de Dios y del mundo, sacar del seno de la barbarie la semilla de la verdadera doctrina que acaba de sembrarse con arreglo a los dogmas de la religión, y a las soberanas y muy piadosas intenciones de nuestros católicos monarcas, que sólo han anhelado con religioso celo las conquistas espirituales, lo que forzosamente sucedería si se adhiriese a las repetidas instancias que ha hecho el actual gobernador don Pedro Gregorio de Echenique, sobre que se quite y destruya el mencionado fuerte, sin más fundamento que los recelos y desconfianzas que le asisten de la infidelidad de los indios que lo pidieron, haciendo con esto retroceder el estandarte de la fe, cuando todos estamos constituidos en la gloriosa obligación de llevarlo, y propender a que se conduzca hasta los extremidades de la tierra. Por estas justas consideraciones que trascienden a las utilidades del Estado, no debe mirarse con indiferencia lo que se ha ganado sin violencia, por lo que es indispensable aplicar el hombro a mantener aquel puesto, y sin perjuicio de una prudente economía, sostener, aunque sea a más costa, la guarnición que en él se halla, y aun aumentarla, según se reconozca por los informes del comandante y del padre misionero, de la dis-

posición de ánimo de los caciques; previniéndoseles con anticipación y sagacidad, que en prueba del aprecio que ha hecho su majestad de la voluntaria oblación que le hicieron de aquel terreno, se ha dispuesto remitir algún número más de hombres que los defiendan de sus contrarios.

41. El actual gobernador, no acomodándose a lo que su antecesor practicó en desempeño de su cargo, funda su instancia para la destrucción del fuerte antedicho, no sólo en sus recelos y desconfianza de los indios, sino también que éstos continúan en su idolatría y vicio de poligamia, igualmente que en los pocos o ningunos progresos que ha hecho la misión allí establecida. Y aunque acerca de esto último nada tiene que decir el fiscal, sino poner a la vista de vuestra señoría el plan presentado a fojas 47, por el reverendo padre procurador general de estas misiones: pero en cuanto a lo demás, no puede menos que recordarle la memoria de lo que dispone la ley 2, título 4, libro 4 de las recopiladas de estos reinos. En ella verá vuestra señoría cuánta es la prudencia que se previene para semejantes casos, y cuánto conviene la suavidad, y el que no se quiten a los indios las mujeres, ni los ídolos, a fin de que no se escandalicen.

42. Y no sólo convendrá que se mantenga este fuerte en Río Bueno, sino también que se construyan otros dos o tres, con cuyo respeto se sostenga el que existe fabricado a instancia de los mismos caciques, bien sea en las inmediaciones de Osorno, o no muy lejos de la provincia de Chiloé, como lo propone el sargento mayor don Lucas de Molina, en el informe que dio con fecha de 30 de marzo de 79, y consta a fojas 10 del octavo cuaderno, o en los parajes que se consideren a propósito: reencargándose muy particularmente al actual gobernador la subsistencia, am-

paro y refacción del que se halla construido en Río Bueno, por las ventajas que promete igual avanzado establecimiento de nuestros españoles.

43. Y descendiendo al punto del allanamiento del antiguo camino de Osorno, para facilitar la comunicación de la plaza de Valdivia con la provincia de Chiloé, y de la reedificación de la ciudad perdida del mismo nombre de Osorno, a que también se dirigen las expediciones proyectadas, halla el fiscal, que lejos de perjudicar en lo más leve a los indios, les traen, por el contrario, evidentes ventajas y utilidades. Ellas son bastante visibles, y no pueden esconderse aun al más intonso, porque no es posible haya prudente a quien se ofrezca el pensamiento de que conviene a estos infieles continuar en su infidelidad, y vivir despojados de todos los beneficios que trae consigo la sociedad, y la vida civil y cristiana. Si se mantienen en el estado mismo que ahora se ve, a más de no gozar de los benéficos efectos de una instrucción política, pierden de contado aun la esperanza de la vida eterna, que es lo más precioso y apetecible. Con que debe concluirse, que si alguna razón de conveniencia hay en la apertura del mencionado camino, y reedificación de la antigua ciudad de Osorno, es muy principalmente aplicable a los indios que residen en aquella jurisdicción.

44. Bien ve el fiscal que nada de esto podrá verificarse, sin una vigorosa oposición de los mismos indios, que, llevados de aquel rencor que profesan a nuestra nación, y del concepto que han formado de que los españoles, si vuelven a poblar sus tierras, los han de reducir a servidumbre o encomiendas, como antes lo hacían, lo resistan. Pero si con anticipación se les advierte que iguales resoluciones y establecimientos se dirigen a su propio bien, por guardarlos de que les insulten los enemigos de la co-

rona de España; y que quedarán gozando de su propia libertad, sin que español alguno les pueda obligar a servir, ni impedirles su libre albedrío, con las otras insinuaciones que quedan referidas en los párrafos 35, 39 y 40, le parece que no será tanta la oposición, pues al cabo tienen alguna luz de razón, con que no pueden dejar de distinguir la realidad de su propia conveniencia.

45. Y cuando estas insinuaciones no les moviesen al voluntario allanamiento, siempre sería justo se verificase la apertura del camino y reedificación de la ciudad, porque nuestros católicos monarcas tienen legítimamente fundado su supremo dominio, aun en las tierras que se hallan ocupadas y pobladas por los indios: pues siendo ellos tan bárbaros, incultos y agrestes, que apenas merecen el nombre de hombres; y necesitando por lo mismo de quien, tomando su gobierno, amparo y enseñanza a su cargo, los reduzca a vida humana, civil, sociable y política, para que con esto se hagan capaces de poder recibir la fe y religión cristiana, una vez que nuestros mismos soberanos han tomado sobre sí este cargo, no debe dudarse de la legitimidad con que se intenta la sobredicha reedificación, con ese laudable objeto, aun prescindiendo de los otros muchos títulos que legalizan aquel supremo dominio, y no refiere ahora el fiscal, por ser constantes a vuestra señoría, y notorio a todo el mundo, a pesar de la envidia de los extranjeros y herejes que han querido disputarlos.

46. Y si la ejecución de uno y otro proyecto es útil y ventajosa a los indios, según va fundado, no lo es menos para la nación española, y para el Estado todo, pues sus resortes son necesariamente la mayor seguridad del reino, sus plazas y fortificaciones, y el remedio de que las de Valdivia y Chiloé se provean de cuanto necesitan para subsis-

tir, siguiéndose de aquí los ahorros de la real hacienda, y el aumento de ella, con adelantarse los comercios.

47. Sobre estos dos puntos tiene ya vuestra señoría mucho avanzado, porque en el expediente formado sobre la apertura del antedicho camino de Osorno, aparece la empeñosa instancia que el año de 763 hizo el vecindario de la provincia de Chiloé, ofreciéndose allanarlo y romperlo a su costa, con tal que se les diese el auxilio de la tropa necesaria. Con esto hay ya un principio de mucha consideración, para verificar el proyecto, que siendo tan importante y útil al Estado, igualmente que a la población de Chiloé, debe llevarse a puro y debido efecto, teniéndose presente el informe que el gobernador y Cabildo hizo sobre este asunto en 6 de febrero de 1753, y corre desde fojas 26 hasta fojas 33 del precitado cuaderno, señalado con el número 98.

48. Allí se asienta que será mejor y muy ventajoso se reedifique la ciudad en la costa, con el fin de que, en el caso de ser insultada por los enemigos de tierra, pueda con facilidad ser socorrida de la provincia de Chiloé en piraguas, y de la plaza de Valdivia en sus lanchas: y desde luego este pensamiento está conforme con lo que dispone la ley 2, título 5, libro 4 de las recopiladas de estos reinos, en que se previene, que las tierras que se hubieren de poblar, tengan buenas entradas y salidas, por mar y tierra, de buenos caminos y navegación, para que se pueda entrar y salir fácilmente, comerciar y gobernar, socorrer y defender; pues estando tierra adentro, se haría más difícil, por ser más forzoso a los socorros abrir camino con las armas, y mucho aumento de éstas para la seguridad de las escoltas y bajeles que quedasen en el puerto aguardando las resultas. Y sobre el reparo que pudiera hacerse, de que estando la población en la costa se expondría a

los insultos del enemigo de Europa, responde muy bien el Cabildo: esto es, si donde hubiere de hacerse hay puerto capaz de fondear navíos, por la misma razón conviene que allí esté la ciudad, para guardarlo y defenderlo, y no dar lugar a que el enemigo se apodere de él: y si no lo hay, está desde luego libre la población de este recelo, pues eso mismo será causa de que no se arrime a la costa; mayormente reinando en ella en los mejores tiempos del año la travesía que les obligará hacerse a la mar, o a perder sus embarcaciones. Por cuyas razones contempla, y con bastante fundamento, que la población se haga y verifique en la costa, en que además sus vecinos podrán disfrutar del beneficio del peje y marisco.

49. Del mismo modo parece oportuna la construcción de un fuerte a la entrada del camino por la parte de los indios juncos, el cual ha de ser la puerta y seguridad del de aquella provincia, por donde todos han de pasar, y los socorros y escoltas; y hacer mansión segura para seguir jornada, así los que salgan de la provincia para la ciudad, como los que vayan de ella a la provincia. Y también es indispensable que se fabrique otro fuerte en el paraje donde se fundase la ciudad, para que a su abrigo esté y duerma el vecindario con el correspondiente seguro, e igualmente otros que se consideren precisos, conforme a lo dispuesto por la ley 7^a del precitado título y libro, según el conocimiento que se adquiriera de aquellos terrenos, con la idea de que sea perpetua la población, y el camino expresado. A cuyo propósito deberán los fuertes proveerse de la correspondiente tropa y armas; a que podrá contribuir en gran manera la guarnición destinada a la isla de Juan Fernández, en el caso de que se disponga su traslación, como oportunamente lo ha propuesto el capitán don Manuel de Orejuela, cuyas producciones en cuanto a estos

puntos, reproduce el fiscal enteramente, para que vuestra señoría haga de ellas el uso que su perspicaz penetración y consumada pericia militar tuviese por más acertado y conveniente. Añadiendo que desde ahora contradice una y muchas veces el que los españoles, que hubiesen de entrar a abrir el camino y poblar la ciudad de Osorno, hagan a los indios el más leve daño, ni les tomen cosa ninguna de sus bienes, haciendas, ganados ni frutos, sin que primero se les pague, y dé satisfacción equivalente: procurando que las compras y rescates sean a su voluntad y entera libertad; y pide que sean castigados aquellos que les hicieren mal tratamiento o daño, como expresamente lo previene la ley 8^a del antedicho título y libro de las recopiladas de estos reinos.

50. Conoce el fiscal que las circunstancias actuales de la presente guerra con la nación británica, lo exhausto del real erario, la necesidad de mantener reforzadas las plazas y presidios de este reino, y las inquietudes de él del Perú, de donde deben venir los correspondientes auxilios, pueden entorpecer la ejecución de las expediciones proyectadas: pero si vuestra señoría reflexiona, que aun después de declarada la guerra se expidió la real orden, fecha en San Ildefonso, a 6 de setiembre de 1779, que se halla a fojas 3 del expediente seguido por el capitán don Manuel de Orejuela, sobre la asignación y goce de su sueldo, en que se le mandó saliese inmediatamente de la corte, y se pudiese en marcha para esta ciudad a cumplir la comisión conferida a esta Capitanía General, verá que la real voluntad es, que se verifiquen dichas expediciones, aun en estas propias circunstancias, aunque sin noticias de las citadas revoluciones del Perú, que han inferido tan crecidos gastos a la real hacienda. Sin embargo de lo cual, como sobre este asunto debe vuestra señoría entenderse

con el excelentísimo señor virrey, en conformidad de la enunciada real orden de 29 de diciembre de 1779, puede, siendo servido, hacerle la correspondiente consulta, y proceder de acuerdo con su excelencia en la deliberación de este importante y grave negocio; que, en sentir del fiscal, sería más fácil y expedito si pudiesen verificarse las reales intenciones, y la solicitud de los establecimientos que se desean descubrir, por medio de algunas embarcaciones pequeñas que navegasen por alguno de los ríos que desembocan en el mar y costas de Chiloé. Sobre todo, vuestra señoría con sus acendradas luces, resolverá lo que le parezca más acertado y conforme a las soberanas intenciones de su majestad. Santiago, 31 de julio de 1782.

DR. PÉREZ DE URIONDO

DESCRIPCION
DE PATAGONIA
1845
POR DON JUAN
MANUEL ROSAS
1847
Buenos Aires

Que comenzo en el mes de Mayo de 1845, y se concluyo en el mes de Agosto de 1847. En esta obra se describe la geografia, historia, y estado actual de la provincia de Patagonia, segun los datos que se han podido conseguir hasta ahora.

Que se imprimio en Buenos Aires en el mes de Agosto de 1847.

at the beginning of the year 1774, the
colonies were in a state of rebellion
against the British government. The
British government had imposed a series
of taxes on the colonies, which they
considered unjust. The colonies had
refused to pay these taxes, and the
British government had sent troops to
enforce them. The colonies had
formed a Continental Congress, which
had declared their independence from
the British government. The British
government had refused to recognize
their independence, and the war had
broken out. The colonies had fought
the Battle of Bunker's Hill, and had
won a tactical victory. However, the
British government had been able to
maintain its position in New York
City, and the war had continued.

THE HISTORY OF THE UNITED STATES OF AMERICA

DESCRIPCIÓN
DE PATAGONIA
Y DE LAS
PARTES ADYACENTES
DE LA
AMÉRICA MERIDIONAL

Que contiene una razón del suelo, producciones, animales, valles, montañas, ríos, lagunas etc. de aquellos países. La religión, gobierno, política, costumbres y lengua de sus moradores, con algunas particularidades relativas a las Islas de Malvinas

ESCRITA EN INGLÉS

POR

DON TOMÁS FALKNER

QUE RESIDIO CERCA DE 40 AÑOS EN AQUELLAS PARTES

BUENOS AIRES

IMPRENTA DEL ESTADO

1835

DESCRIPCION
DE PATAGONIA
Y DE LAS
PARTES ADYACENTES
DE LA
AMERICA MERIDIONAL

Que contiene una noticia del suelo, producciones, animales,
ríos, montañas, rios, lagunas etc. de aquellos países. La
religion, gobierno, costumbres y lengua de sus
moradores, con algunas particularidades relativas a las
Islas de Malvinas

ESCRITA EN INGLÉS

POR

DON TOMÁS FALKNER

QUE RESIDIO CERCA DE 40 AÑOS EN AQUELLAS PARTES

BUENOS AIRES
IMPRESA DEL ESTADO

1835

OBSERVACIONES A LA DESCRIPCIÓN DE FALKNER

Muy acertadamente don Pedro de Angelis anota en el proemio a la Descripción, que antes del padre Falkner, Pigafetta, Margal y Ovalle, habían escrito obras que trataran de la Patagonia señalando también que estas últimas obras trataban sobre la periferia y no sobre el interior del territorio aludido.

En unos pocos trazos señala la biografía del jesuita, cometiendo algunos errores de información que han sido muy señalados por escritores eruditos de nuestra época. Uno de ellos es el haber indicado al escritor y viajero como de origen protestante.

En el texto del mencionado proemio, de Angelis acusa a Falkner de haber escrito su libro, para servir a los intereses de la corona británica, basándose en algunas palabras del traductor de la obra, Machon, oficial español destacado en Londres.

Durante muchos años esta versión sobre la intención de la obra escrita por el padre Faulkner, ha sido tomada como antojadiza, asegurándose que si bien las palabras del redactor encierran una alerta para el gobierno de su tierra natal, también lo eran para el gobierno al cual había servido durante la mayor parte de su vida. Sin embargo no es muy descabellada la intención de atribuir a Falkner

propósitos ocultos, pues hace poco tiempo el doctor Diego L. Molinari, en su trabajo *Orígenes de la frontera...* señala con claridad que la versión dada a conocer en 1774, era la fuente de inspiración para numerosos aventureros al servicio de la corona inglesa y que las alusiones referentes a las posibilidades de ocupación no escaparon a la percepción de los primeros ministros ni de los estrategas de la política exterior británica pues numerosos planes de expansión tenían como objeto secundario o principal la ocupación de la Patagonia en su totalidad o en alguna parcialidad.

Por otra parte los eruditos escritos del doctor Ricardo Caillet-Bois, sobre las Islas Malvinas, aportan suficiente material documental, como para comprender que lo indicado por el padre Faulkner sobre la desidia del gobierno español, en esa parte del continente americano, y el espíritu individualista de los habitantes de nuestra campaña, eran valuados como elementos de consideración.

Se ha dejado de lado en la mayoría de los trabajos que tratan sobre la obra de Falkner, que las Islas Malvinas son parte de la Patagonia y que su ocupación en la época de la colonia por parte de los ingleses, no es ajena al espíritu de la obra en sí misma. Como este tema escapa al presente trabajo no hemos de extendernos más, remitiendo al lector a la copiosa bibliografía posible de consultar, pero no queremos dejar de señalarlo como implícito en el contexto general.

Es posible señalar, pues existen documentos, que el padre Faulkner recibió dinero al término de su obra. Este dinero fue pagado por el gobierno británico. Además es muy sospechosa la práctica desaparición del jesuita después de su expulsión de América, en el viaje de España a Italia, para aparecer en Inglaterra, su tierra natal. Hasta

el padre Furlong, en su trabajo sobre el autor de la descripción, señala que no hay pruebas, para indicar cómo hizo para viajar ni de qué medios se valió para ello. Esto da una pauta por demás interesante para ser investigada con minucia, pues posiblemente en ese período de su vida, es donde se encuentre la clave de su trabajo.

Su vida. El padre Falkner nació en Manchester el 6 de octubre de 1702. Allí cursó la escuela de primeras letras y después se trasladó a Londres para seguir la carrera de medicina, siendo alumno de Newton y de Ricardo Mead. Logró que ambos lo distinguieran y han sido vertidas opiniones en el sentido de que fue uno de los pocos alumnos preferidos por ambos maestros.

Según el padre Furlong, se recibió de médico, entró al servicio de la South Sea Company y comisionado por la Royal Society para realizar estudios sobre aguas y yerbas en América.

Por gentileza del doctor José Luis Molinari, que ha tenido la amabilidad de aportarnos numerosos conocimientos por él reunidos, podemos asegurar que el padre Faulkner no se recibió de médico, pues recién a su regreso a Inglaterra, se le otorgó un título equivalente al de doctor honoris causa, que las facultades inglesas otorgaban a aquellos que habían practicado la medicina sin haberse recibido de médicos.

Es cierto que estuvo al servicio de la South Sea Co., pero no parece ser verosímil su designación por parte de la Royal Society, sobre todo por el hecho de que en esos momentos el autor de la Descripción no era nadie de nombradía, que no había completado sus estudios universitarios y que estaba al servicio de una empresa de negreros.

Cumpliendo tareas indicadas por su empleador, Falk-

ner pasó a Guinea (¿1729-1730?) y de allí a Buenos Aires, con una carga de negros. En nuestro puerto estuvo muy poco tiempo, internándose después hasta Chile, con los negros vendidos y a vender en aquel destino.

El padre Furlong ha indicado la fecha probable de arribo a Buenos Aires, indicando el 7 de mayo de 1730, pero datos ciertos sobre este punto no existen hasta la fecha.

De regreso a Buenos Aires enfermó, recibiendo ayuda de los jesuitas. Ingresó a esta compañía el 14 de mayo de 1732, pasando a Córdoba, donde se ordenó en 1739. En este destino estuvo a cargo de la farmacia. Tres años después viajó a Santiago del Estero, cumpliendo misiones de la compañía de los jesuitas.

En 1744 fue destinado a fundar reducciones en territorio de la actual provincia de Buenos Aires, sobre la zona costera. Llegó hasta lo que se llama en la actualidad Laguna de los Padres, distante 16 kilómetros de la ciudad de Mar del Plata. Esta misión de reducción contó con el apoyo inicial de los indios de la zona y de otros que se acercaron a los establecimientos, pero por episodios desgraciados ocurridos en torno a la persona del cacique Galelián, los indios se retiraron y abandonaron a los padres jesuitas, debiendo Falkner, abandonar la región y retirarse hasta la Reducción de la Concepción.¹

Ese mismo año Falkner se internó en las pampas, rumbo a Mendoza, de donde tomó noticias de las cantidades de animales yeguarizos que vagaban en libertad y que según su versión le impidieron continuar la marcha por tres días.

¹ Galelián y algunos pocos indios fueron tomados prisioneros por los españoles y enviados encadenados a España. Por ello, en el relato de Luis de la Cruz aparece la referencia que un indio hace sobre el ser enviado al otro lado del mar.

Entre 1744 y 1746 permaneció en la ciudad de Buenos Aires. Este último año acompañó al padre Cardiel en su internación hacia las Sierras del Volcán, con intención de fundar la Reducción de Nuestra Señora del Pilar, ubicada, según su versión "... junto a una laguna que los españoles llaman Laguna de las Cabrillas, a tres leguas de la costa del mar ..." Esta reducción se fundó con indios pampas y serranos.

Es interesante consignar a esta altura de la vida de Falkner que los documentos de la época que lo mencionan, dan tres versiones de su apellido, siendo Falconer el que más reiteradamente se repite.

La vida de esta reducción fue muy precaria, pues varias veces el padre Falkner debió internarse en busca de comida y la política de los indios con respecto al establecimiento hizo que debiera abandonarse. Por ello en 1751 el autor se encontraba nuevamente en Buenos Aires, siendo destinado al año siguiente a la estancia de los jesuitas, ubicada en Areco, donde permaneció hasta 1756.

En este destino realizó viajes en distintas direcciones, tomando conocimiento de distintas regiones y en uno de ellos descubrió los restos de un animal prehistórico para él desconocido y que estudios posteriores indican como el gliptodonte.

De este destino pasó a Santa Fe y luego a Córdoba, donde desempeñó el cargo de profesor de matemáticas en la Universidad. Allí lo sorprendió la expulsión. Traído a Buenos Aires con unas pocas pertenencias que le permitieron llevar, fue embarcado en el buque Venus el 29 de setiembre de 1767, rumbo a Cádiz, donde arribó en 1768. En julio de ese año partió rumbo a Italia, junto con otros padres jesuitas, deteniéndose en el camino para atender algunos enfermos, sin que se conozcan las circunstancias

de su llegada a Inglaterra, donde se sabe que vivía en setiembre de 1771. En este destino permaneció hasta la fecha de su muerte, acaecida el 30 de enero de 1784. Tenía 77 años de edad.

Obras del padre Faulkner. Además de su conocida *Descripción de la Patagonia*, publicó o dejó escritas, o se han dado con su nombre las siguientes obras:

- 1) *Derrotero de los Césares*, publicado en la Colección de Obras y Documentos, dirigida por Pedro de Angelis y puesta en duda como verosímil por el padre Furlong;
- 2) *Sobre los pampas*, tomada sobre el Capítulo IV, de su *Descripción*;
- 3) *Acerca de la Patagonia*, publicado en 1788, reeditado en 1783, reproducción facsimilar en Buenos Aires, 1929, y en castellano en el mismo lugar en 1954. Esta obra, en opinión de Canals Frau, no le pertenece, siendo la paternidad de la misma de Thomas Pennat, sobre anotaciones y escritos de Falkner.

Además de estas obras referidas a nuestro país, el padre Falkner escribió algunas obras sobre anatomía humana, botánica y mineralogía de América que no detallamos, por no entrar en el tema que tratamos.

Descripción de la Patagonia. Esta es la obra que más se ha destacado del autor y por ella ha merecido muchos comentarios elogiosos, como también duras críticas.

La primera edición apareció en 1774, publicada por Herford: Printed by C. Puch; and sold by T. Lewis, Russell-street, Covent-Garden, London (bigote) MDCCXXIV.

Esta edición fue reproducida en forma facsimilar por

Arthur E. S. Newman, Chicago, 1935. Contiene notas biográficas y nombres científicos de la fauna y la botánica mencionada en la obra.

La primera edición contiene dos hojas de mapa confeccionado por el autor. Estas hojas son de 47 x 73 cms. y abarca de los 3 a los 51 grados de latitud y de 39 a 62 grados de longitud. Su autor indica con claridad que lo confeccionó sobre la base del mapa de D'Anville, mejorado por Bolton y la parte del sur que comprende las Islas Malvinas y el Estrecho de Magallanes, sobre la base del mapa de Bernetti. Esas versiones originales fueron corregidas y mejoradas por Falkner, en base a sus observaciones directas, especialmente en la costa oriental "... que visité en 1746, como también en la región del Cabo San Antonio ..." como son sus propias palabras.

El padre Furlong le atribuye la responsabilidad de otro mapa aparecido con posterioridad, aproximadamente en 1783, sin que pueda afirmarse ni negarse de manera categórica sobre el tema.

Uno de los ejemplares de la Edición Príncipe puede consultarse en la Biblioteca y Museo Mitre, sección Lenguas.

Existe otra versión en inglés de la obra de Falkner, extractada de sus apuntes originales, con prólogo de William Comb, que no tiene referencias directas al tema que prologa, salvo algunas frases aisladas.

Otra versión en inglés de la Descripción es la *Account of the Native Tribes who inhabit the Southern Extremity of South America, extracted chiefly from Faulkner's Description of Patagonia*. Printed for Longmann, Hurst, Rees, and Orme Paternoster Row, 1809.

También en inglés se conoce la versión dada por Porter Cornelius, publicada en *The River Plate Magazine*,

tomada de la traducción de Machón, Buenos Aires, 1864, tomo I.

En castellano se conoce la versión parcial dada a conocer por Pedro de Angelis, tomada sobre la traducción de Machón, que comentamos.

Esta versión se dio a conocer nuevamente en Buenos Aires, en 1900, por la Librería Nacional de J. Lajouane y Cía., con prólogo de Carlos L. Gallardo.

Otra versión en castellano, es la publicada en la *Historia argentina, revista de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1854, sin prólogo ni indicación de la fuente original.

En 1911, la Universidad de la Plata dio a conocer la traducción de la obra realizada por Lafone Quevedo, con prólogo y notas del mismo, que ha sido considerada durante muchos años como la más completa conocida en castellano.

Esta edición contiene los mapas que acompañaron a la edición de 1774, en la Edición Príncipe.

Se conocen también varias versiones alemanas, debiendo destacar como las más importantes, la publicada en Gotha en 1775, con prólogo de *Der Vebers*. Esta edición es completa y el prólogo muy importante. También en alemán se conoce la versión del capítulo VI, realizada por Julius Platzmann, con pie de imprenta en Leipzig, 1899 y contiene un mapa completo, plegable.

Las versiones francesas son varias, siendo la más importante la realizada en París, en 1887. Es de hacer notar que las versiones en francés tienen la característica de variaciones en las portadas, aun cuando el contenido fuera el mismo.

División de la obra. La versión original tiene un prefacio firmado por Berkekey y un prólogo de Falkner. Con-

tiene, como se señaló antes, dos mapas. La obra está impresa en 4º y tiene en total 144 páginas. Se dividió su contenido en 6 capítulos: 1º) sobre suelo y producciones de Santiago del Estero y zonas circunvecinas; 2º) sobre las características de las actuales provincias de Córdoba, Buenos Aires, Santa Fe y Banda Oriental. En este capítulo menciona sus hallazgos arqueológicos; 3º) descripción del país de los indios que se extiende desde el sur de Buenos Aires hasta las Islas Malvinas y Tierra del Fuego. Es el capítulo donde se hallan graves errores geográficos, cuando trata de regiones no visitadas personalmente; 4º y 5º) sobre las tribus de indios que conoció, dando noticias de su organización y costumbres; 6º) sobre las lenguas habladas por los indios.

Valoración de la obra. La *Descripción de la Patagonia*, que para el padre Furlong debería llamarse Descripción de la provincia de Buenos Aires y de la Patagonia, reúne los elementos suficientes para perdurar en el tiempo y ser un clásico insustituible para conocimiento de la región que trata como también para la sustentación de trabajos científicos.

Estas condiciones lo han colocado al autor en un lugar de privilegio, que posiblemente no pensó nunca en alcanzar. Los estudiosos de nuestra etnografía deben recurrir permanentemente a la obra de Falkner, tanto para documentarse y apoyar sus teorías, como para destruir versiones antojadizas o erradas del autor.

Por ello estimamos que las palabras de Milcíades Alejo Vignati sobre esta obra son muy justas cuando dice su respeto hacia la persona y al sacerdote, pero que "...el libro *Descripción of Patagonia*, verdadero tesoro de errores, de

exageraciones, de anacronismos ..." no puede estar en sus consideraciones respetables.²

Por ello los entusiasmos encomiásticos del padre Furlong, a quien por nuestra parte respetamos intelectualmente y también como persona y sacerdote, deben ser puestos en tela de juicio.

El padre Furlong, en su conocido librito sobre Falkner, aporta interesantes documentos extraídos de los repositorios documentales de España e Italia, como de las Cartas Anuas de la compañía religiosa a la que pertenece. Con ellos defiende a capa y espada la probidad del autor de la *Descripción* y ataca despiadadamente a Pedro de Angelis. Le acusa de ignorancia sobre pequeños detalles de su vida —a las que nos hemos referido anteriormente— olvidando que de Angelis no tuvo la oportunidad de consultar los repositorios mencionados ni acceso a los mismos por no ser de la orden. Además y esto nos sorprende en el padre Furlong, le hace cargos sobre su ignorancia documental al valorar la importancia de la obra *Descripción de la Patagonia*. Creemos que no es posible hacer este tipo de cargos, cuando entre de Angelis y el padre Furlong hay más de un siglo de diferencia. En este tiempo se han dado a conocer documentos aclaratorios que el primero no podía llegar a conocer y estimamos que la mejor apreciación del valor de la obra es haberla incluido —trunca— en el tomo I, de su colección.

Esto solo serviría para destruir las prevenciones sobre las cualidades y calidades intelectuales de Pedro de Angelis, pero su versión parcial tiene la virtud de haber ahorrado al lector de aquel momento todos los errores suprimidos. Esto también podría considerarse como otro va-

² Vignati, *op. cit.*

lor de la versión criticada, pues en la actualidad es necesario publicar la obra con tantas notas aclaratorias, que su lectura puede llegar a convertirse en un verdadero galimatías.

Afortunadamente el doctor José Luis Molinari ha sorteado con inteligencia este peligro y la versión que está preparando para ser publicada por la Academia Nacional de la Historia, es una joya de conocimientos y medida. Agradecemos al doctor Molinari la deferencia que ha tenido al permitirnos conocer algunas de sus interesantes notas al libro, cuya traducción también le pertenece.

El padre Falkner tomó muchas de las observaciones insertas en su obra de la escrita por Alonso de Ovalle. Este religioso jesuita se ha destacado como educador, escritor y orador. Realizó sus estudios en Córdoba y llegó a rector del Colegio de San Francisco Javier, en Santiago de Chile. Pasó a España en 1640 y a Roma en 1646 cumpliendo misiones de su orden. Regresó a América y falleció en San Pablo de Lima en 1651, cuando tenía cincuenta años de edad. De toda su producción escrita, ha quedado con caracteres especiales la *Histórica relación del reino de Chile y de las misiones y ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús*. Esta obra recoge las experiencias personales y es al mismo tiempo un resumen de todos los conocimientos históricos atingentes a Chile hasta el momento de su aparición. También contiene referencias importantes a las misiones de los jesuitas en la región cordillerana que corresponde al actual territorio argentino de Cuyo y Neuquén. Por ello, la mayoría de los escritores de época lo han tomado como fuente de información impostergable.

Pese a la erudición de su autor, la obra contiene numerosos errores de información e interpretación, por lo que las aseveraciones de Falkner, tomadas de esa fuente, con-

tinúan los errores. Es muy notable, en ese aspecto, las variantes que presenta la descripción geográfica y los nombres atribuidos a los ríos, montañas, valles y lagos, pues viajeros posteriores demostraron que los cursos o los accidentes geográficos tenían otra ubicación u otro nombre, como es el caso del diario de Villarino, que está incluido en la presente Colección de Obras y Documentos dirigida por Pedro de Angelis y del que hemos de ocuparnos oportunamente.

En la versión de Machón publicada por de Angelis, se han cometido algunas trasgresiones a la versión en inglés, que han servido a los críticos para asestar duros golpes al director de la obra. Un ejemplo de ello es la descripción del camino de Córdoba a San Francisco, en el que se dice que es camino sin dificultades. El impresor y director ha preferido esta acepción, queriendo significar que es camino llano.

Otra observación que puede hacerse al texto dado a conocer por de Angelis es la indicación de que al Río Tercero, desde Cruz Alta, lo llaman Carcarañal, cuando corresponde este último nombre a otro río distinto.

Con respecto al Río Quinto, se indica la existencia de un accidente que en la actualidad no existe, pues este curso de agua tenía comunicación superficial con la actual laguna situada en las cercanías de la ciudad de Junín, llamada en alguna época Laguna del Potroso. Esto se reitera, cuando señala que el Río Quinto descargaba sus aguas en la Laguna referida, de donde nace el Saladillo.

Muy importante es la observación que hace Falkner sobre la cría de mulas en el sur de Córdoba y Santa Fe, con destino a las minas del Alto Perú. Este dato ha quedado relegado al olvido entre los comentaristas de nuestra economía virreinal o colonial, pues por casi unanimidad se

centró el lugar de su cría en la Provincia de Santa Fe, dando el nombre de Candiotti, como el criador por antonomasia. Esto se divulgó muy especialmente con la lectura del libro de los hermanos Robertson, en traducción de Aldao y en el relato que Concolorcorvo realiza en su *Lazarillo*, especialmente por la descripción que hace de las ferias en el norte.

Al respecto es posible señalar que a consecuencia de la rebelión de Tupac Amarú y las sucesivas, las regiones de Salta, Jujuy y Alto Perú se despoblaron de mano de obra indígena, por lo que los propietarios de tierras se vieron obligados a transformar sus explotaciones de netamente agrícolas en ganaderas.

Este cambio se efectuó en base a que las nuevas explotaciones requerían menor concurso de mano de obra y servían para abastecer los reclamos de las actividades mineras en lo concerniente a animales de carga. Con ello se restringió la corriente de ventas desde el litoral y se produjo en la zona antes mencionada un nuevo proceso de redistribución en la propiedad rural. Este proceso aún no se ha estudiado en profundidad, pero ha sido bastante señalado por Cornejo y Alperín Donghi.

Un raro fenómeno anota Falkner en su *Descripción*, referido a las erupciones volcánicas, cuando señala la virtual lluvia de cenizas en una extensa zona. Al respecto indica que los volcanes de la cordillera eran muy importantes y su actividad casi constante, pero al respecto son muy pocas las noticias que han llegado hasta nosotros sobre las erupciones y terremotos, por lo que es posible señalar que en este aspecto existe en el narrador un poco de exageración. Con respecto a la lluvia de cenizas, es de recordar que hace menos de cincuenta años, se registró un fenómeno muy parecido al descripto y que las mismas

llegaron desde la cordillera hasta la ciudad de Buenos Aires. Este fenómeno provocó numerosas reediciones de leyendas que al poco tiempo fueron cayendo en el olvido, pero es posible señalar que los perjuicios ocasionados a la economía de la provincia de San Luis fueron muy importantes, pues el manto de cenizas cubrió la mayor parte de la zona dedicada a alfalfares, matando los sembrados y anulando la acción de muchos años de labor.

Las palabras de Falkner referidas a la extensión territorial bajo el mando efectivo de los blancos en la actual provincia de Buenos Aires, al indicar que no pasaban del Salado, coinciden con las descripciones efectuadas por don Pedro Andrés García, en 1820.

Esta coincidencia a través de tantos años de diferencia, demuestra claramente la inutilidad de los esfuerzos realizados para penetrar en el desierto y expresa también que recién después de Rosas la penetración pudo realizarse con efectividad, al cambiarse los métodos de penetración.

Falkner y su traductor señalan las Islas Malvinas con el nombre que le dan los ingleses y es de recordar que en el momento de ser publicado el libro, estas islas ya habían sido usurpadas. Es de extrañar que de Angelis, tan cuidadoso en todos los proemios e introducciones para destacar la acción de Rosas en el gobierno, dejara pasar esta denominación sin hacer ninguna referencia a la misma, ni a la situación en que se encontraban.

Una de las observaciones del autor sobre la técnica del malón, coincide casi perfectamente con otras relaciones correspondientes a épocas anteriores o posteriores a su viaje, especialmente con el relato que hace don Luis de la Cruz. Falkner señala con claridad que los avances se efectuaban de noche, en pequeñas partidas disgregadas y que "la luz de la luna impedía descubrir su número".

Son muy numerosas las indicaciones equivocadas que contiene el libro en su versión original, como son cuando dice las orientaciones con respecto a los puntos cardinales. Uno de ellos es la indicación que hace al referirse al rumbo de las sierras de La Rioja y Catamarca, señalando el este, cuando corresponde el oeste.

Otros errores muy graves que comete el autor, se refieren a las parcialidades indias, por sus divisiones étnicas, introduciendo denominaciones especiosas que nada tienen que ver con la realidad y que responden a una designación autojadiza y a las que nos hemos de referir más adelante.

Entre las observaciones que es dable realizar a la obra de Falkner, son las indicaciones sobre la vida de los indios. Éstas están basadas la mayoría de las veces sobre las conversaciones que dice haber mantenido con Cangapol, el legendario cacique, llamado por los españoles cacique Bravo, por su ferocidad. Para Falkner este cacique fue un buen amigo y su esposa una continua fuentes de informaciones al punto de haber permitido su representación en el plano que acompaña la obra. La figura allí representada, no es obra directa de Falkner, pero ha de haber tenido su aprobación. Allí se ve a un indio muy bien plantado, adornado con ropas y armas que la crítica posterior ha demostrado no pertenecer a ninguna de las parcialidades indias conocidas por el autor y un error muy señalado es el del arco y la jabalina con que el referido Cangapol aparece armado. El arco por su forma no era de los indios americanos y la jabalina, posiblemente se haya incluido en reemplazo de la lanza, pero que no era usada en esta parte del continente.

Los animales que circundan las figuras, distan mucho de parecerse al zorrino, la mulita o el armadillo que quieren representar. Esto posiblemente se deba atribuir al di-

bujante y no al autor, pero de todas maneras no son la fiel expresión de los que estimamos este último vio y comprobó en los largos años de América.

Cangapol, como buen indio, dio informaciones interesantes a su amigo e interlocutor, pero se cuidó muy bien de decir la verdad y nada más que la verdad, pues las versiones dadas por Falkner se alejan bastante de ella. Puede decirse que las palabras de Falkner son un aspecto de la verdad, pero no ella en su totalidad.

Errores más notables en la versión de Machón. Un cotejo minucioso de la versión que Pedro de Angelis publicó, sobre la base de la traducción de Machón, con el original permite apreciar numerosos errores en la redacción de las palabras, especialmente en los nombres de los indios indicados. Como no pretendemos hacer una exposición detallada de los mismos, damos una síntesis de los más importantes, con el deseo de que sirva de fe de erratas:

<i>Donde dice</i>	<i>Debe decir</i>
Iyalep	Ayalep
los Guilliches y Moluches	los Guilliches o Moluches
Pay-yuy	Poy-yus
juntamente	justamente
Huique	Hurique
Tehuelches	Tehuechets
Casu-Leubu	Cusu-Leubu
Cangapol y su hijo Cangapol	Cangapol y su hijo Cacapol
Peguenches	Pehuenches
Taluheche	Taluhet
Cangapol	Cacapol
Hercanantu	Tsencanantu
Cangapol	Cacapol (2 veces)
confusiones	conjugaciones
Luchan o huan	Luhuan o Huanque

*Donde dice**Debe decir*

comiyagui

coniyagui

Cani

cuni

Peiyus

Poiyus

Tehuelches

Talugets

Puelches

Puhelches

Las denominaciones usadas por Falkner. En el extenso territorio de nuestras pampas, extendidas desde San Juan y Mendoza hasta el Río de la Plata y el océano Atlántico y desde el sur de Córdoba y Santa Fe hasta más allá del Río Negro, vivieron indios que se denominaron con distintos nombres, de acuerdo a los relatores, pero que genéricamente se conocieron como pampas.

Esta designación, para Luis de Valdivia, debía ser dividirse en dos, pues a su criterio existían los *Pampas Allentiac* y los *Pampas Milcayac*.

Para Falkner esa división debía reconocerse con los nombres de *Taluhet* y *Diuihet*. Estas divisiones, basadas en sus apreciaciones personales, dan divisiones arbitrarias. La primera, tomada sobre la base del idioma y la segunda, por sus costumbres. En ambos casos se comete el error de atribuir a estos indios pampas, el tronco araucano.

El hecho de que hablaran para la época de los cronistas mencionados una lengua araucana más o menos deformada, no implica necesariamente que fueran étnicamente araucanos. Además de las diferencias antropológicas, los araucanos fueron fundamentalmente sedentarios con hábitos de agricultores, mientras que los pampas lo fueron nómades y cazadores. El error, a nuestro criterio, se debe atribuir a haber confundido la extensión territorial ocupada con las características etnográficas. En este error

cayó Rosas y los que prologaron su diccionario, llamado *pampa* y que contiene palabras araucanas.¹

BIBLIOGRAFÍA

- Diccionario de biografías nacionales*, Londres, 1889.
- Sánchez Labrador, José: *El Paraguay católico*, Córdoba, 1936.
- Outes, F.: *Diario de viaje y misión del Río del Sauce. Los aborígenes de la República Argentina*.
- Pabón, Pedro P.: *Diario . . .*, Colec. de Obras y Documentos . . ., Buenos Aires, 1837.
- Furlong, Guillermo: *Entre los pampas de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1938, *Tomás Falkner*, Buenos Aires, 1954.
- Quesada, Vicente G.: *Los indios de la Provincia del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1903.
- Lehmann-Nitsche, R.: *El grupo lingüístico "Het"*, La Plata, 1949.
- Rojas, Ricardo: *Historia de la literatura argentina*, t. II.
- Mitre, Bartolomé: *Catálogo razonado de las lenguas americanas*, Buenos Aires.
- Benigar, Juan: *El valor documental de la obra de Falkner*.
- Muste: *Vida entre los patagones*.
- Zeballos, Estanislao: *La conquista de 15.000 leguas*.
- Trelles, Ricardo: *El padre Falkner*, *Revista Patriótica del Pasado*, t. I.
- Biedma, José: *Crónica histórica del Río Negro*, Buenos Aires, 1905.

ANDRÉS M. CARRETERO

¹ Juan M. de Rosas, *Diccionario y gramática de la lengua pampa*, con estudios previos de Suárez Caviglia y E. Stieben, Buenos Aires, 1954.

DISCURSO PRELIMINAR

A

LA TRADUCCIÓN CASTELLANA

DE LA DESCRIPCIÓN DE LA PATAGONIA

POR

FALKNER

Cuando salió a luz el original de esta obra, cuya versión al castellano presentamos ahora al público, esta parte del continente americano empezaba a ser el objeto de las investigaciones de los sabios. Sometida nominalmente a la dominación española, se había mantenido en un estado absoluto de separación y de independencia. Sea que se le mirase con indiferencia; o más bien que se le considerase como una conquista ardua y superior a los exiguos recursos de que podían disponer, cierto es que muy pocas fueron las tentativas que se hicieron, en el curso de más de dos siglos, para extender hacia el sur los límites del virreinato de Buenos Aires.

La expedición más antigua, de que se ha conservado memoria, es la que hizo personalmente el gobernador Hernandarias de Saavedra, en 1605, para descubrir las *ciuda-*

des de los Césares, de cuya existencia nadie dudaba entonces. Pero eran tan confusas las noticias que se tenían de ellas, y tan poco adelantados los estudios geográficos, que en vez de dirigirse al oeste para acercarse a la Cordillera, donde la voz común señalaba los establecimientos de estas poblaciones misteriosas, siguieron el rumbo de la costa, y fueron a dar a la Bahía sin Fondo.

Los sucesores de Saavedra no sólo no pensaron en penetrar en el territorio ocupado por los indios, sino que solicitaron su alianza, para mantenerlos en sosiego, y preservar a la provincia de sus irrupciones. Estas treguas, aunque efímeras y dudosas, abrieron el camino a los misioneros, que desde muchos años anhelaban de predicar el evangelio en estas remotas regiones. Tuvieron sus entrevistas con algunos caciques, y cuando les pareció que podían confiar en sus promesas, fundaron una primera reducción en las orillas del Salado, a dos leguas de la mar magallánica cerca del cabo San Antonio. Empezaron sus trabajos evangélicos el 6 de mayo de 1740, siendo gobernador de estas provincias, el señor don Miguel de Salcedo, que concurrió por su parte al buen éxito de esta empresa.

Los jesuitas, que no sólo eran misioneros sino administradores, dieron a las tribus que se sometieron a su dirección, una especie de organización municipal, condecorando a sus jefes y caciques con el título y las atribuciones de corregidores. La mayor dificultad que encontraron fue acostumar a los indios a una vida más arreglada y laboriosa: pero ya lo habían conseguido, y los campos inmediatos a la *Concepción* (que tal era el nombre de la nueva colonia) fueron por primera vez labrados por mano de sus antiguos e inertes moradores.

Uno de los arbitrios, de que más se valieron los misioneros para acreditarse entre sus neófitos, era el ejercicio

de la medicina. La primer prueba que daban de su habilidad en esta parte, bastaba a cimentar su crédito, y a extender su influjo más allá de lo que podían esperarlo de sus exhortaciones. Los padres Strobl y Querini, que estaban al cargo de la nueva doctrina, no tenían práctica, y tal vez faltaban de conocimientos en el arte de curar, y ya se habían visto en conflicto en algunos casos que se habían ofrecido de prestar su auxilio a los enfermos. Solicitaron, pues, del célebre padre Machoni, que ocupaba en aquel tiempo el lugar de provincial de los jesuitas, la cooperación de un compañero que les ayudase en estos trabajos.

Precisamente acababa de entrar en la Compañía Tomás Falkner, joven inglés que había acompañado a Buenos Aires un buque de Cádiz en calidad de cirujano. Hijo de un hábil profesor de Manchester, empezó sus estudios bajo la dirección de su padre, y fue a perfeccionarse a Londres en la clínica de los hospitales. Su habitación, inmediata al Támesis, le puso en contacto con la gente de mar, y le proporcionó el conocimiento del capitán de un buque, que hacía el tráfico de negros en la costa de Guinea. La narración de sus viajes, de sus aventuras, y de sus mismos peligros inflamaron la mente del joven facultativo, que se decidió fácilmente a acompañarle en su próximo viaje. Poco después de su regreso a Inglaterra, emprendió otro a Cádiz, en donde se embarcó para Buenos Aires. Una enfermedad que le sobrevino, cuando el buque se preparaba a zarpar de esta rada, le hizo perder la ocasión de volver a Europa. Solo, aislado, falto de relaciones y de recursos en una tierra extraña, cuyo mismo idioma le era desconocido, tuvo que ampararse de los que por instituto profesaban la caridad y la filantropía. Hijo de irlandés, y católico, aunque nacido en un país disidente, invocó con

confianza los auxilios que necesitaba. La aplicación que hizo de sus conocimientos médicos en su propio individuo, inspiraron a los jesuitas que lo asistían, el más vivo deseo de poseerlo; y sea que obrase en él la gratitud, sea que se hallase bajo el influjo de sentimientos más elevados, no tardó en decidirse a pronunciar sus votos.

La extensión que habían dado los jesuitas a sus trabajos evangélicos, mantenía en una actividad extraordinaria a sus operarios, y sobre todo a los que, como Falkner, estaban iniciados en los secretos de la higiene. Así es, que desde el día en que entró en la Compañía, hasta la supresión de esta orden, pasó del Paraguay a Tucumán, y de las pampas del sur a los bosques impenetrables del Chaco.

Encargado por el gobierno español de reconocer las costas del virreinato de Buenos Aires, empezó a mirar el país bajo un nuevo aspecto, y fue acopiando materiales para una obra que, según parece, destinaba al ministerio inglés. Nos es sensible hacer dudar de la lealtad de este escritor: pero son tan claras y evidentes las indicaciones que hace en varios párrafos de su obra, que no es posible equivocarse sobre sus intenciones.

Tal vez la persecución del gobierno español contra los jesuitas influyó en esta conducta, que aun así no queda justificada. Sean cuales fueran los motivos de disgusto que tenga un extranjero contra el país que le acoge, nunca debe conspirar contra él, ni proporcionar armas a los que aspiran a invadirlo o usurparlo: y tal fue el objeto que se propuso Falkner al emprender la descripción de Patagonia.

“Si alguna nación intentara poblar este país, dice en un capítulo de su obra, podría ocasionar un perpetuo sobresalto a los españoles, por razón de que desde aquí se enviarían navíos a la mar del sur, *para destruir en él todos sus puertos*, antes que tal cosa o intención se supiera en

España, ni aun en Buenos Aires. Fuera de que se podría descubrir un camino más corto para navegar este río con barcos hasta Valdivia: podríanse reunir también tropas de indios moradores de sus orillas, y los más valientes de estas tribus, que se alistarían con la esperanza del pillaje; de manera que sería muy fácil el rendir la guarnición importante de Valdivia, y allanar el paso a la ocupación de Valparaíso, por las que se aseguraría *la conquista* del reino de Chile." El cargo que hacemos a Falkner es tan grave, que nos hemos creído con la obligación de justificarlo.

Prescindiendo de las miras que tuvo en reunir estos apuntes, no se le puede disputar el mérito de haber sido el primero y el más exacto historiador de la región magallánica. En los antiguos tratados de geografía, y en la descripción general del mundo, esta parte del globo era representada como un vasto desierto entre el océano y las últimas ramificaciones de la Cordillera de los Andes. D'Anville, acostumbrado a construir sus mapas con los materiales que encontraba en los libros, siguió el mismo método en la carta que publicó de la América meridional, la que sin embargo fue por mucho tiempo mirada como la descripción más exacta de estos países. Pero tan impuras eran las fuentes en que bebió aquel geógrafo, que se necesita todo el respeto que inspira una gran celebridad para disimular sus errores.

Cuando apareció este mapa, la corte de España empezaba a despertarse de su letargo, y a mirar con menos indiferencia sus posesiones ultramarinas. La cuestión promovida por la Academia de las ciencias de París, sobre la *figura de la tierra*, había creado una noble rivalidad entre las cortes de Madrid y de Versailles, empeñadas ambas en facilitar la solución de este gran problema. Tres expediciones, salidas de los puertos de Francia y España, bajo los

inmediatos auspicios de Luis XV y de Felipe V, se dirigieron al ecuador y al polo, para medir y comparar los arcos del meridiano. Estas operaciones fueron confiadas a los primeros astrónomos de aquella época, y basta recordar los nombres de Bouguer, Condamine, Maupertuis, Clairaut, Monner, Camus, Godin, Jorge Juan, Ulloa, para hacer graduar el interés que inspiró esta empresa.

Pero, mientras que se desplegaba tanto celo en adelantar los conocimientos astronómicos que debían perfeccionar los geográficos, el hemisferio austral, por la naturaleza misma de estas investigaciones, quedó desatendido e inmóvil en medio de este gran impulso dado a los trabajos científicos. Desde el año de 1618, en que los Nodales, por orden de Felipe III, vinieron a los mares del sur a cerciorarse del descubrimiento hecho por los holandeses del Estrecho de Lemaire y del Cabo de Hornos, hasta 1745 en que volvieron a explorarse estos parajes por los PP. Quiroga y Cardiel, ningún paso se había dado para satisfacer cuando menos, la curiosidad pública sobre la existencia de una *nación de gigantes*, que se decía habitar las costas de Patagonia; y fue menester que otra exigencia de la ciencia de los astros empujase a los astrónomos a dirigir sus miradas hacia el polo antártico. En 1768, el gobierno inglés, tan propenso a extender la esfera de los conocimientos humanos, puso a las órdenes del célebre e infortunado capitán Cook, un buque de guerra para emprender un viaje circumpolar, y observar el tránsito de Venus por sobre el disco del sol, desde alguna de las islas del gran Océano Pacífico. Las regiones australes, visitadas por Anson, Byron, Bougainville, fueron reconocidas por Carteret, Wallis y Cook, cuyos esfuerzos reunidos contribuyeron a desterrar los errores que se habían perpetuado hasta entonces en la configuración de nuestro país. El gobierno español, que

hubiera debido tomar una parte principal en estas tareas, se contentó con destinar la fragata *San Antonio* a reconocer la costa, desde el promontorio de este nombre hasta el estrecho de Magallanes.

Pero todos estos trabajos eran meramente gráficos y exteriores. Las observaciones de los marinos no se extienden más adentro de la costa, y su rápida aparición en algunos de sus puntos, no les deja el tiempo necesario para estudiar la índole de sus habitantes. A este vacío suple la obra del P. Falkner, que, aunque no siempre exacto en sus detalles topográficos, merece crédito en lo demás, por haber vivido por muchos años entre las tribus que describe. El conocimiento, aunque superficial, que tenía de sus idiomas, era bastante a ponerle en relación con ellos, y a examinar con más esmero sus usos y costumbres. Puede creérsele, cuando se descubre cierta conformidad y analogía entre lo que escribe, y lo que observó al cabo de cincuenta años el señor Cruz, cuyos viajes hemos reunido de intento en el mismo volumen.

Estas nociones adquiridas a costa de grandes privaciones y de incesantes peligros, no deben mirarse con desdén, aunque se les note algún defecto. ¿Cuál es el libro de geografía que no manifieste sus errores al que lo compare con los que le son posteriores? ... El de Falkner no medra por grandes conocimientos, pero no deja de presentar en sus páginas alguna indicación útil, y otras que, sin serlo, tienen una importancia relativa, por señalar el estado en que se hallaba la geografía de estos países en la mitad del siglo pasado.

Otra prueba del crédito de que ha disfrutado esta producción, es el haber servido de texto para la formación del gran mapa de América Meridional, del que se ha valido el señor Arrowsmith, y que publicó en Madrid en 1775,

don Juan de la Cruz Cano y Olmedilla: nada hemos visto hasta ahora que deje en problema el mérito de estos mapas. Lo que sí parece destinado a eclipsarlos es el diario de la expedición al Colorado y al Río Negro, al mando del ilustre general Rosas, que ha recorrido en triunfador los mismos parajes descriptos por Falkner. El espíritu de orden, que no es la menor prenda de este benemérito magistrado, ha presidido a todas las operaciones de su memorable campaña, y no dudamos que cuando las demás atenciones que le rodean le dejen el tiempo necesario para coordinar los materiales preciosos que tiene acopiados, se derramará una gran luz sobre el territorio y las tribus que ha conquistado. Lo que se ha impreso ya, aunque en trozos aislados, da una idea sumamente ventajosa de estos trabajos, que, a más de las operaciones militares, abrazan la topografía, los cálculos astronómicos y los reconocimientos hidrográficos. Sólo entonces podrán ratificarse las imperfecciones de los demás viajes existentes; porque esta nueva descripción de un país poco conocido, la hace el que lo ha examinado, y hecho examinar bajo los auspicios de la victoria.

La versión de la obra de Falkner, que publicamos por primera vez, fue emprendida, poco después de haber aparecido el original en inglés, por don Manuel Machón, oficial, como se titula, de la secretaría del Consejo de Hacienda, *por lo respectivo a millones*. Se nos ha asegurado por personas inteligente, que la corte de Madrid se opuso a la reproducción de este escrito, y no podemos atinar con el objeto de esta prohibición: porque si fue, según se cree, por el recelo de que se divulgasen las noticias, de los puntos vulnerables de estas colonias, que daba el padre Falkner, de nada servía ocultarlas en España, mientras que circulaban libremente en el extranjero. Al contrario, im-

portaba dar la mayor publicidad a estas tramas de los enemigos de la monarquía española.

Este escritor sobrevivió por muchos años a la destrucción de su orden, y murió tranquilamente en Spetchley, cerca de Worcester, llenando las funciones de capellán en casa de un católico. Su obra fue publicada en inglés con el título que le hemos conservado, traducida al alemán y al francés, quedando inédita la versión castellana que debió haberles precedido.

PEDRO DE ANGELIS

DESCRIPCIÓN*

De Patagonia, y de las partes adyacentes, etcétera

No me propongo dar la descripción del reino de Chile, por haberlo ya hecho Ovalle, sino sólo la de aquellas partes que he visto, y que son menos conocidas en Europa.

He tomado la mayor parte de la costa que describo, en el mapa de la América meridional, formado por Mr. d'Anville, y perfeccionado por Mr. Bolton: las islas de Falkland según los últimos descubrimientos, y el Estrecho de Magallanes, en el de Mr. Pernetty, capellán que fue de la escuadra de Mr. Bougainville.

He hecho algunas alteraciones en las costas del levante, y acerca del cabo de San Antonio, adonde he vivido algunos años. En la descripción del país adentro he seguido en general mis propias observaciones, habiendo caminado por gran parte de él, y apuntado la situación de aquellos parajes, sus distancias, ríos, bosques y montañas. Donde no pude penetrar, he seguido la relación que me hicieron los indios nativos, y los españoles cautivos que han vivido muchos años entre ellos, y logrado después su libertad: uno de los cuales fue el hijo del capitán Mancilla

* En las páginas siguientes el lector va a encontrar, indistintamente, las acepciones Falkner, Faulkner y Fakner. Las dos últimas son, por disimilación, apócopos de la primera. Falkner, Kakner: léase Falkner.

de Buenos Aires, que estuvo 6 años prisionero entre los tehuelches, y que había viajado por la mayor parte del país: de lo que también me instruyó el gran cacique Congapol, que residió en Huichin, a la orilla del Río Negro. He puesto también cuidado en sacar su semejanza y vestido, igualmente que la de su mujer Hueni, como está representado en el mapa. Los españoles le llaman el *cacique bravo*. Tenía siete pies, y algunas pulgadas de alto, y era bien proporcionado. Su hermano Suaisman tenía cerca de seis pies. Los patagones y puelches son altos y corpulentos, pero no he visto ninguno de raza de gigantes, de quienes otros hacen mención, aunque vi personas de diferentes tribus de los indios meridionales.

Todas mis observaciones, y las informaciones de otras personas, me obligan a representar este país mucho más ancho, de poniente a levante, de lo que aparece en el mapa de Mr. d'Anville, lo que no puedo conciliar con las relaciones de los indios, ni con lo que yo mismo observé. Aun por lo que respecta al país de los españoles, me parece está equivocado, haciendo la distancia entre Córdoba y Santa Fe cuarenta leguas menos de lo que es en realidad. El camino es un campo raso, sin el menor ribazo entre estas dos ciudades; y sin embargo no hay correo que se atreva a ir de una a otra en menos de cuatro o cinco días, andando en cada uno veinte o más leguas.

He caminado por entre estas dos ciudades, igualmente que por entre ellas y Buenos Aires, cuatro veces.

No creo que persona alguna haya hecho observación cierta de la longitud en estas partes, para que podamos fijar la diferencia de su meridiano: debiéndose atribuir los yerros de los geógrafos, que representan a este país más angosto de lo que es en realidad, a la dificultad de tener

una cuenta exacta de las latitudes, en pasando el Cabo de Hornos, por razón de la velocidad y variedad de las corrientes. En la traducción inglesa del viaje de don Antonio Ulloa a la América meridional, tom. 2, capítulo 2, se podrá ver una razón particular de esto.

DESCRIPCIÓN

*De la parte más meridional de la América, con sus valles,
montañas, ríos, etcétera, gran Río de la Plata,
con sus brazos, pesca y puertos*

Aquella parte de la jurisdicción de Córdoba, que está al sur del río Segundo (país en otro tiempo ocupado por los puelches septentrionales), se extiende más de cincuenta leguas, entrando en la de Buenos Aires, más allá de la Cruz Alta. La primera vez que fui a aquellos parajes, encontré algunas tropas de estos indios, que aún habitan a las orillas de los ríos Segundo y Tercero, y unos pocos a las del Cuarto y Quinto. Todo el país, entre el río Segundo y el Tercero, tiene cerca de doce leguas de travesía, siendo lo más selvático; pero acercándose al río Tercero cesan los bosques.

Los ríos que bañan este país nacen de las altas montañas de Yacanto, Champanchín y Achala, las cuales casi lo son tanto como los Andes de Chile, formando una especie de brazos de las del Perú. Todos estos ríos, excepto el Tercero, se vuelven salados a pocas leguas después de pasar por las quiebras de las montañas de Córdoba, y aquellas llanuras se disminuyen, por la sequedad del suelo arenisco, y se estancan, o se pierden finalmente en alguna laguna.

El río Tercero es el más considerable de todos ellos. Antes de pasar las montañas de Córdoba (donde tiene un gran despeñadero), se engruesa con la unión de los ríos Champachín, González, del Medio, Quillimsa, Cachucorat, la Cruz, Luti y del Sauce; pero llegando a las llanuras, parte de las cuales son muy areniscas, se sepulta durante el verano, y vuelve a salir a alguna distancia. En tiempo de lluvias crece mucho, y lleva gran cantidad de madera en su rápida corriente. Hace muchas vueltas, encerrando grandes campos; y sus orillas, en más de veinte leguas después que deja las montañas, están cubiertas de sauces. El país por donde pasa, cría excelentes ganados, teniendo muy buenos pastos y tierra para trigo, y produce también en algunos parajes melilos, y una especie de zarzaparrilla selvática: al cabo de veinte leguas se vuelve salado, pero no tanto que sea del todo malo para beber. De este modo toma su curso hasta la Cruz Alta, donde le llaman Carcarañal, por sus muchas vueltas; y continúa desde el nortenordeste al sureste, hasta que entra en el Paraná, en el rincón de Gaboto, cerca de dieciocho leguas de Santa Fe.

No hay cosa particular en los ríos Cuarto y Quinto. Su producto es casi el mismo que el de los primeros, excepto que hay grande escasez de madera en los parajes por donde pasan. Sus campos están llenos de ganado, muy bueno para la labranza. El río Quinto, cuando sale de madre, tiene comunicación por canales por el Saladillo, el cual se desagua en el de la Plata.

Entre este país, y las llanuras de S. Juan y Mendoza, (habitación de la segunda división de los puelches septentrionales, o tehuelches), están las montañas de Córdoba y Yacanto, que forman una larga cadena por entre sus quiebras, con muy malos pastos, subidas y bajadas, casi perpendiculares e inaccesibles para carruajes. Las cimas

de estas montañas distan de 17 a 20 leguas unas de otras. El país intermedio contiene muchos valles fructíferos, regados con arroyos y riachuelos, y adornados con colinas y ribazos. Estos valles producen todo género de árboles frutales, como melocotones, manzanos, cerezos y ciruelos, y también trigo, si la tierra es cultivada: pero son más famosos por las crías de ganados, ovejas y caballos, y especialmente mulas. La mayor parte de estas últimas, que pasan anualmente al Perú, se crían en este país, y hacen su mayor riqueza, pues conducen en ellas la plata y el oro, desde las minas de Potosí, Lipes y el Perú.

En las faldas occidentales de las montañas de Yancanto, o Sacanto, hay muchas cesáreas pertenientes a los españoles; que convidados tanto por la fertilidad del terreno, susceptibles de todas suertes de labranza, estando bien regado por los riachuelos que bajan de las montañas, como por la facilidad de criar ganado, no habiendo más bosques que los necesarios para fuego y edificios, han fijado allí sus establecimientos con la seguridad de no ser molestados por los indios, quienes incomodan a los que viven más hacia el mediodía.

Todo el resto del país hacia el norte, entre estas montañas y el primer desaguadero, consiste en llanuras, con sola la agua que dan los arroyos: tiene muchos y buenos pastos, pero está despoblado. Algunas veces van allí los tehuelches y peguenches en pequeñas tropas a cazar yeguas silvestres, o robar los pasajeros, o carromateros que pasan de Buenos Aires a San Juan y Mendoza.

Este país rinde poco para exportar a Europa, excepto los cueros de bueyes y vacas, y algún tabaco que prospera muy bien en el Paraguay: pero no obstante es de importancia para los españoles, porque todas las mulas, o la mayor parte de las que tienen en el Perú, van de Buenos Ai-

ies y Córdoba, y algunas pocas de Mendoza; sin lo cual de ningún modo podrían traficar, ni tener comunicación alguna con los países vecinos, respecto de que sólo las mulas pueden pasar por aquellas ásperas y altas montañas del Perú; donde no es posible criar estos animales, siendo aún de corta vida los que pasan allí, por razón de su fuerte trabajo, malos caminos y falta de pastos; de manera que la pérdida de este país podría atraer la del Perú y Chile. El camino de Buenos Aires a Salta es bueno para carruajes; pero las mulas, conducidas de aquel paraje y Córdoba, están obligadas, después de una jornada tan larga, a detenerse un año en Salta, antes que puedan pasar a Potosí, Lipes o Cuzco.

La gente de estos países no sirve para soldados; fuera de que se halla tan disgustada con el gobierno español, por la pérdida de su comercio, la carestía de todos los géneros o mercaderías de Europa, y sobre todo por los exorbitantes tributos, etc., que se alegraría sujetarse a cualquiera nación que la librase de la actual opresión; y sin embargo en todo este país no hay más guarnición que unas pocas tropas regladas en Buenos Aires y Montevideo; cuyas dos plazas tomadas una vez, asegurarían la rendición de las demás, con sólo marchar por ellas: a cuyo fin sería asistido el enemigo por los navíos del país, acarreando a los españoles, la pérdida de aquellas dos plazas, la de los únicos puertos que tienen en estos mares, donde sus navíos, que deben pasar al Cabo de Hornos para el mar del sur, pueden recibir algún socorro. Antes de la expulsión de los jesuitas de las Misiones del Paraguay, habrían podido tener muy grande auxilio de los indios guaraníes que estaban armados y disciplinados, y que los ayudaron a sujetar las sublevaciones del Paraguay, y a echar los portugueses de la Colonia del

Sacramento, habiendo sido la mayor defensa de este importante país.

La parte de la Cordillera, situada al poniente de Mendoza, es muy alta, y siempre está cubierta de nieve; por cuya razón llaman los indios a toda esta hilera de montañas, *Pian Mahuida*, esto es, montaña blanca, o *Lil Mahuida* esto es, montaña nevada. Pásase algunas leguas por valles muy grandes, cercados de altas montañas, antes de llegar a la mayor cumbre que es altísima y escarpada, con muchos y profundos precipicios, siendo el camino en algunos parajes tan estrecho, y sumamente peligroso, por razón de sus grandes y prominentes peñascos, que apenas hay bastante lugar para pasar por él una mula cargada. Los huecos y cóncavos, siempre tienen nieve aun verano, habiendo en el invierno grande peligro de morir allí helado. Muchos han experimentado esta desgracia, intentando pasarlas antes que la nieve estuviese en algún grado derretida. Al pie de estos precipicios hay muchos arroyos y ríos, que están, por decirlo así, encarcelados en orillas altas y perpendiculares; siendo tan estrecho el espacio entre ellas, que en algunos parajes se puede salvar de uno a otro lado con gran facilidad, bien que es imposible bajar por ellas. Estos ríos y arroyos dan muchas vueltas en las montañas y precipicios, hasta que salen a las llanuras, donde se aumentan considerablemente. Para subir y pasar la grande cumbre, se necesita un día de jornada en Mendoza y Coquimbo, y casi lo mismo en algunos parajes, según los informes que he recibido.

Estas montañas producen tan grandes pinos, como los de Europa, siendo su madera más sólida y más dura que la nuestra. Es también muy blanca, y se hacen de ellos diferentes mástiles, y otros materiales para fábrica de navíos: de manera que, como observa Ovalle, los navíos construi-

dos en los mares del sur, duran frecuentemente 40 años. Del fruto cocido de estos pinos hacen provisiones para muchos días; teniendo el gusto muy semejante a la almendra cocida, aunque notan ser muy aceitosa. Producen también estos árboles mucha trementina o goma, que se cría en una masa algo más dura y más seca que nuestra resina, pero mucho más clara y transparente, aunque no tan amarilla. Los españoles la llaman y usan como incienso, pero es un error, pues no tiene otra fragancia que la resina, bien que es un poco más fina.

Los valles al pie de la Cordillera son en algunos parajes muy fértiles, regados por riachuelos, pues producen, estando bien cultivados, excelente trigo, y variedad de frutos, abundando asimismo de manzanas silvestres, de que los indios hacen una especie de sidra para su uso diario, ignorando el modo de conservarla. Los volcanes, o montañas de fuego, de que abunda esta parte de la Cordillera, pueden competir con el Vesuvio, Mongibelo, o algunos de los que conocemos en Europa, por su magnitud o furiosas erupciones. Estando en el volcán bajo el cabo de San Antonio, fui testigo de una gran porción de cenizas que llevaron los vientos, y oscurecieron toda la atmósfera, esparciéndose sobre una gran parte de la jurisdicción de Buenos Aires, y uno y otro lado del Río de la Plata; de manera que la yerba estaba cubierta de ellas. Prodújolas la erupción de un volcán cerca de Mendoza, llevando los vientos las cenizas más ligeras a la increíble distancia de más de 300 leguas.

El país de Buenos Aires, antigua habitación de los que-randíes, está situado a la parte meridional del Río de la Plata. La costa es baja y húmeda, con muchos pantanos, y su orilla está cubierta de bosques, cuya madera sirve para el fuego. Este país es llano con tal cual ribazo, de-

biéndose admirar que, en toda esta vasta jurisdicción, en la de Santa Fe, y la de Santiago del Estero, no se encuentra piedra, siendo el producto natural del país; sucediendo lo mismo hasta llegar a las montañas del volcán Tandil y Cayrú, al suroeste de Buenos Aires.

El país entre Buenos Aires y el río Saladillo (límites del gobierno español, al sur de esta provincia), es del todo llano, sin árbol ni ribazo alguno, hasta llegar a las orillas de este río, el cual dista cerca de 23 leguas de las colonias españolas. Este país tiene como 20 leguas de ancho, desde el nordeste al sudeste, confinando con los lugares de Matanza y Magdalena. Al norte del Saladillo hay muchas y grandes lagunas y valles profundos. Las lagunas que conozco son, las de la Reducción, Sauce, Vietes, Chascomús, Cerrillos y Lobos. Al sudoeste de este país hay una laguna larga y angosta de agua dulce, cerca del río San Borombón, cosa rara en este país, distante ocho leguas de las colonias españolas más inmediatas. Cerca de seis leguas más adelante, está el gran río, o por mejor decir, la laguna de San Borombón, formada de las aguas que sobran a las de la Reducción, Sauce, Vietes y Chascomús. Cuando se hinchan con grandes lluvias, algunas veces se extienden a una milla de ancho, no teniendo orilla ni caída, sino un fondo llano. Cuando está más crecida esta laguna, sólo tiene una braza de profundidad en el medio, y la mayor parte del año suele estar enteramente seca. Después de correr doce leguas, desde la de Chascomús, entra en el Río de la Plata, un poco más arriba de la Punta de Piedra.

De este río al Saladillo hay doce leguas, caminando al sudoeste. El país intermedio es bajo y llano, como los demás, y en algunas partes tiene abundancia de pastos, especialmente a las orillas del Saladillo. En años secos, faltando la yerba en las orillas del Río de la Plata, todo el

ganado, perteniente a los españoles de Buenos Aires, pasa a las orillas del Saladillo, donde encuentra alguna yerba, por razón de la humedad y profundidad de la tierra.

Estas llanuras se extienden al occidente hasta el Desaguadero o territorio de Mendoza, y no tienen más agua que la que cae del cielo, y se recogen en las lagunas, excepto la de los tres ríos: el Desaguadero, Hueyquey y el Saladillo. Este país no está habitado ni cultivado por indios ni españoles, pero abunda en ganados, caballos silvestres, venados, avestruces, armadillos, gamos, patos silvestres o ánades, y otras cazas.

El río Saladillo, por razón de ser salado, sólo se bebe por el ganado: casi todo el año tiene tan poca agua, que en un paraje, llamado el Callighen, a ocho leguas de su boca, donde es muy ancho, no llegan las aguas a los tobillos, y aun a su boca no podría pasar un barquito cargado. Sin embargo, a principios de octubre, le he visto crecer tan prodigiosamente, que llegaba a sus orillas en veinticuatro horas, y con un brazo de agua, en el paraje mencionado, de un cuarto de milla de ancho, y esto sin caída de mucha agua en sus contornos.

Estas avenidas generalmente duran dos o tres meses. El Saladillo nace de una laguna, donde se descarga el río Quinto que pasa por San Luis. Esta laguna, cuando sobresale con lluvias o nieves derretidas que caen de las montañas, causa la inundación de aquel río: el cual, como toma su curso por el distrito de Buenos Aires, pasando hacia el mediodía, acercándose a las primeras montañas, volviéndose después al norte y otra vez al este, recibe las aguas de muchas y grandes lagunas, que salen de madre en tiempo de lluvias: pero cesando éstas, aquel río está casi seco. A sus orillas, a cosa de ocho leguas de su boca, hay muchos bosques de un árbol llamado tala, que sólo

sirve para el fuego, o hacer vallados. El último de estos bosques, llamado la isla Larga, llega hasta cerca de tres leguas de la entrada del Río de la Plata.

Este río es uno de los mayores de toda América, y entra en el mar por una boca de setenta millas de ancho: algunos dicen que sólo tiene sesenta, y otros lo extienden a ochenta. Llámánle el Río de la Plata desde el paraje donde se junta con el Uruguay, corriendo con el nombre de Paraná más arriba de su principal brazo. En este río entran los del Bermejo, Pilcomayo, que pasa por Chuquisaca, y el Paraguay (de donde toma aquella provincia el nombre), que va por la ciudad del Paraguay, o Asunción, comunicándose por brazos navegables con las minas de oro portuguesas de Cuyabá y Matogroso, como también con el Perú, de la misma manera que el Paraná se comunica con las del Brasil, y montañas de San Pablo.

En las orillas del río Carcarañá o Tercero, cerca de tres o cuatro leguas antes que entre en el Paraná, se encuentran muchos huesos de un tamaño extraordinario que parecen humanos: algunos son mayores que otros, y con proporción a personas diferentes en edad. He visto huesos de muslos, costillas y varias piezas de calaveras. Vi también dientes de tres pulgadas de diámetro, en sus bases.

Estos huesos, según me informaron, se hallan también en las orillas de los ríos Paraná y Paraguay, igualmente que en el Perú. El historiador Garcilaso de la Vega Inca, hace mención de haberse encontrado tales huesos en el Perú, diciendo que los indios tienen tradición de que los gigantes habitaron aquellos países antiguamente, y que Dios los destruyó por el crimen nefando.

Yo mismo encontré una concha de un animal de huesos sexagonales, teniendo cada hueso lo menos una pulgada de diámetro, y la concha casi tres varas de ancho. Pare-

cía en todo, excepto en el tamaño, a la parte superior de la concha del armadillo, la cual sólo tiene una cuarta de ancho. Algunos de mis compañeros encontraron también cerca del río Paraná un esqueleto de cocodrilo, o lagarto, y yo vi parte de las vértebras, cada una de las cuales tenía cuatro pulgadas de grueso, y cerca de seis de ancho. Por la medida, o examen anatómico de estos huesos, está bien asegurado que este tamaño extraordinario no nacía de la adquisición de otra materia; porque hallé que las fibras de estos huesos eran mayores, a proporción de aquel tamaño. Las bases de sus dientes estaban enteras, pero sus raíces gastadas, pareciendo exactamente a la figura de un diente humano. Estas cosas son bien sabidas de todos los que han vivido en este país, pues de otro modo no me atreviera a escribirlo.

El río Paraná tiene la extraordinaria propiedad de convertir muchas sustancias en una piedra muy dura. Cuando fue la primera vez descubierto, era navegable por navíos pequeños, hasta la ciudad de la Asunción; pero desde entonces se ha llenado de tanta arena, que aun los menores barcos mercantiles, no pueden pasar de Buenos Aires. Los mayores bajeles y navíos de guerra, están obligados a descargar en Montevideo, necesitándose de pilotos buenos en este río, para libertarse de los dos bancos, llamados el banco Inglés, y el banco de Ortiz, y de tropezar en la Punta de Piedras, que se extiende muchas leguas debajo del agua, y cruza todo el río. El canal del norte es más estrecho y más profundo; el del mediodía más ancho y menos profundo. El opuesto al banco de Ortiz no tiene tres brazadas de agua, con un fondo áspero y pedregoso. Este río tiene dos inundaciones cada año, una grande y otra pequeña, provenientes de las lluvias que caen en aquellos vastos países, de donde el Paraná y el Paraguay tienen su

nacimiento. La pequeña sucede por lo común en julio, y se llama la avenida de los pejerreyes cubriendo las más veces todas las islas del Paraná. La grande inundación empieza en diciembre, y dura todo enero, y algunas veces febrero, subiendo de 5 a 6 varas sobre las islas; de manera que sólo se pueden ver las copas de los árboles más altos de que abundan las islas de este río. En este tiempo dejan aquellos parajes, y nadan hacia tierra firme los leones, tigres, ciervos y aguará-guazú. En las avenidas extraordinarias algunas veces han pensado los moradores en desamparar la ciudad por miedo de un diluvio; bien que, cuando estas avenidas entran en el Río de la Plata, sólo cubren los países bajos que están a sus orillas.

Algunas de las islas del Paraná tienen dos o tres millas de largo con gran porción de madera, sirviendo de pasto o abrigo a los leones, tigres, capibaras, o cochinos de ríos, lobos de ríos (los que me parecen ser como la nutria en Europa) aguará-guazú, y muchos cocodrilos. El aguará-guazú es una especie de zorra grande con la cola larga: *aguará* en lengua paraguaya quiere decir zorra; y *guazú* grande. A la zorra común dan el nombre de aguará-chay.

Este río abunda de pescados de todo género, con escamas y sin ellas: algunos conocidos y otros no conocidos en Europa. Los que tienen escamas son, el dorado, el pacú, el corvino, el salmón, el pejerrey, la liza, el boga, el sábalo, el dentado y otros de menor clase. Los que no la tienen, son el mongruyo, el surubí, el erizo de agua, tortugas y bagres.

El dorado se halla en grande abundancia en la mayor parte de los ríos del Paraná, y suele pesar cada uno 20 ó 25 libras: su carne es blanca y sólida.

El pacú es el mejor y más delicioso pescado que se encuentra por estos ríos. Es grueso y ancho, semejante a

nuestros rodaballos, de un color oscuro y mixto, con mezcla de amarillo. Es ancho de dos tercias de largo; sus escamas son pequeñas, y su cabeza no tiene proporción con el cuerpo. Este pescado es de grande estimación, y rara vez se encuentra sino en la primavera y en el estío: estando bien salado se mantiene algunos meses seco; pero después, siendo muy gordo, se vuelve rancio. Me parece que es algo semejante a nuestra tenca, aunque mucho más ancho.

El corbino es también de grande estimación, y se encuentra a la boca del Río de la Plata, donde se mezcla el agua salada con la dulce. Es del tamaño del bacalao, pero en figura semejante a la carpa, tiene muchas y grandes espinas, y sus escamas son anchas. De este pescado, en su estación, se toman grandes cantidades cerca de Maldonado y Montevideo para enviar a Buenos Aires, Córdoba, etc.; es muy regalado, ya fresco, ya salado.

El salmón no tiene semejanza con los nuestros, pues es seco e insípido sin comparación.

Los pejerreyes (o como lo llaman los españoles, pescado de rey), es una especie, o muy semejante a nuestro *smelt* (pequeño pez de 3 ó 4 pulgadas de largo, llamado por los ingleses *smelt*, cuya especie no me acuerdo haber visto en España) o *sparling*, en color, figura y gusto, y aun en el tamaño; sólo que la cabeza y la boca son mayores. No frecuenta el agua salada, sin embargo que el Río de la Plata tiene abundancia de ellos. En las avenidas del Paraná, en el mes de julio, suben a este río en grandes cantidades, un poco más arriba de Santa Fe, y dejan sus huevos en los riachuelos que entran luego en el Paraná. Los pescadores los cogen con anzuelos, los abren, secan y venden en las ciudades inmediatas: tienen excelente gusto, y su carne su muy blanca, y sin grasa. Cuando están frescos

se tienen por gran regalo; se han de secar sin sal, porque ésta inmediatamente los consume, y si se mojan, después de colgados para secar, se corrompen: son tan estimados como el pacú y el corbino.

El liza en su figura, tamaño y gusto, parece a nuestra marcarella, pero no tiene tan buen color, ni es tan delgado hacia la cola. Este pescado no pasa del Río de la Plata, en cuya boca, y en tiempo de avenidas, se encuentran millares. Sólo algunas veces suelen entrar con los novilunios y plenilunios en el río Saladillo; donde una noche en dos o tres redadas, saqué bastante porción para mí y mis compañeros para toda una cuaresma. El sábalo y boga son semejantes a nuestra carpa en los ríos Paraná y la Plata: pesan de tres a cuatro libras. Todos los ríos de estas provincias abundan de estos peces, y así son muy baratos, haciendo los moradores gran provisión de ellos, tanto salados como secos: es necesario mucho cuidado al comerlos por la muchedumbre y pequeñez de sus espinas. La boga, cuando fresca, parece mejor que el sábalo, aunque éste es más largo y ancho: el modo de cogerlo, es en red.

El dentado (así llamado por sus grandes y agudos dientes) es algo inferior al sábalo: suele pesar ordinariamente de libra a libra y media, y aunque es de buen gusto, rara vez se come por el número grande de sus espinas. Es el pescado más espinoso que he visto.

Además de éstos hay un pescado ancho y chato, llamado palometa, lleno de espinas pero gustoso. Las aletas con que bogan son feas y agudas, y llegan con ellas a los pescadores, que las cogen con demasiada prisa. Son intolerables las heridas que hacen con sus espinas; pudre e inflama de tal manera, que dan calentura, convulsiones, y tétanos, o extensión de nervios, terminando algunas veces en muerte.

Pescado sin escama

El mongrullo es el pescado más grande que se encuentra en este río; hay algunos que piensan un quintal, y tienen dos varas de largo: su piel es lisa, y el color ceniciento, algo inclinado a amarillo. Su cabeza está llena de espinas; su paladar áspero, y su gola o tragadero ancho: es muy fuerte y pesado, y pide una red firme, y gran fuerza para cogerlo.

El surubí es casi del tamaño del mongrullo y nada inferior en el gusto: su cabeza es casi una tercera parte de su cuerpo, y toda espinas: tiene la boca muy grande y chata, y su tragadero ancho. Su piel suave y de color ceniciento, pintada como la de un tigre: su carne blanca, sólida, sana y de buen gusto, siendo el mejor de los pescados sin escama.

El patí no es de menor tamaño que los dos mencionados, aunque lo es su cabeza y tragadero. El color de este pez es como el del mongrullo, su carne es algo amarilla, y se estima tanto como el surubí.

El armado es grueso y fuerte, pero no grande: su espalda y costados están llenos de puntas fuertes y agudas: cuando le cogen, gruñe y hace lo que puede por llegar. Por lo que es necesario darle en la cabeza antes de tocarle con la mano. Este pez pesa ordinariamente de cuatro a seis libras; su carne es blanca y sólida.

Las rayas son tan abundantes en el Paraná, que los bancos de arena están enteramente cubiertos de ellas: son de figura oval, de cerca de tres cuartas de vara de largo. La espalda es negra, y el vientre blanco, son chatas como las nuestras; tienen la boca en medio del vientre, siendo ciertamente la mejor parte de la carne. Las faldas sólo tienen tres pulgadas de ancho, y son mucho más delgadas que las nuestras. Como ésta es casi la sola parte comestible, no

tienen mucha estimación. La cola de este pez es larga y angosta, a la raíz de la cual sobre la espalda tiene una cola puntiaguda con dos filos, semejante a una sierra de dientes pequeños, con que hiere a los que se le acercan. Las llagas hechas con esta espina, atraen algunas veces muy malas consecuencias, porque frecuentemente se quiebra la espina en la herida, y no puede sacarse sino por una incisión peligrosa en las partes tendinosas de los pies. La llaga es insufrible, inflámase y no supura, ocasionando calentura con convulsiones, que terminan en ofiótomos o tétanos, y causan al fin la muerte.

El erizo de agua es muy semejante al armado, y al erizo. Está armado de espinillas, pero no tan fuertes, ni tan numerosas como las de estos últimos: su piel casi de color gris, y parece llena de arrugas: gruñe como el armado cuando lo cogen, y su carne es muy sabrosa: rara vez pesa dos libras, siendo aún menores los que se cogen en los pequeños ríos o arroyos, donde no pasan de media libra.

Los bagres son en todo, excepto en la magnitud, semejantes al patí: rara vez pesan libra y media, y los más, mucho menos: tienen en cada aleta, cerca de la cabeza, una espina fuerte y aguda, y se debe llegar a ellos con cuidado luego que son cogidos, porque viven largo tiempo fuera del agua. Su carne mollar y de buen gusto, y se pescan ya con redes o con anzuelos.

Daré aquí razón de un animal extraño anfibio, que se cría en el río Paraná, cuya descripción jamás ha llegado a Europa, ni se ha hecho mención de él, por los que han descubierto este país. Lo que voy a decir nace de las declaraciones unánimes de los indios, y de muchos españoles que han obtenido varios empleos cerca de este río: fuera de que yo, durante mi residencia a las orillas de él, por espacio de cuatro años, vi una vez uno de ellos, de

manera que no se puede dudar de la existencia de tal animal.

En mi primer viaje a la costa de Madera el año 1752 sobre el Paraná, estando a la orilla gritaron *yaguarú*, y mirando vi un grande animal al tiempo que se arrojó al agua desde la orilla; pero no tuve el necesario para examinarle, con algún grado de precisión.

Llámanle *yaguarú* o *yaguaruich*, que en lengua de aquel país significa el tigre de agua. En la descripción de los indios, se supone ser grande como un asno, de la figura de un lobo marino, o nutria monstruosa, con garras puntigudas y dientes fuertes, las piernas gruesas y cortas, la lana larga, muy velludo, con la cola larga con disminución hasta la punta.

Los españoles lo describen de otro modo: con la cabeza larga, la nariz aguda y recta como la de un lobo, y las orejas derechas. Esta diferencia puede nacer de que su especie se haya visto pocas veces, y aun entonces haya desaparecido tan repentinamente, que no habrá dado lugar a examinarle; o de que tal vez habrá dos especies de este animal: tengo por más segura esta última información, por haberla recibido de personas de crédito y reputación. Encuéntrase cerca del río, echado sobre la arena, de donde, oyendo el menor ruido, se arroja inmediatamente al agua.

Destruye el ganado que en grandes rebaños pasa todos los años al Paraná, y sucede que, haciendo una vez su presa, no se ve más que los bofes y entrañas de lo que ha agarrado, flotando bien presto sobre el agua. Vive en las mayores profundidades, y especialmente en los remolinos causados por la concurrencia de dos corrientes, y duerme en las cuevas profundas que están a la orilla.

Puertos del Río de la Plata

Los puertos de este río son Buenos Aires, la Colonia del Sacramento, la bahía de Barragán, el puerto de Montevideo, y el de Maldonado; hay otros muchos para navíos menores, especialmente a las bocas de varios ríos que corren hacia él. Buenos Aires (hablando con propiedad) no tiene puerto, sino sólo un río abierto a todos vientos: por lo cual están obligados los navíos a anclar a tres leguas de tierra por falta de agua en la costa. Los vientos, especialmente los del sur, son muy violentos, y por esto están los navíos por lo común provistos de cables y áncoras, de una fuerza extraordinaria para este paraje.

El puerto de la Colonia del Sacramento es algo mejor, por razón del asilo que recibe de la isla de San Gabriel y la tierra más alta, pudiendo los navíos anclar cerca de la playa; no obstante lo cual está demasiado abierto, y expuesto a los vientos, y tiene algunas peñas y escollos, siendo absolutamente necesario un buen piloto para navegar por él con seguridad.

La bahía de Barragán, que está 12 leguas al sudoeste de Buenos Aires, es también muy ancha y abierta, y la tierra baja alrededor, no pudiendo los navíos de carga mayor llegar más que a dos o tres leguas de tierra. El abrigo que tiene (si tal se puede llamar) es sólo algunos bancos de arena que rompen la fuerza de las olas, pero al mismo tiempo son muy incómodos para los que entran y salen, y peligrosos en una fuerte tempestad, si se rompen los cables.

Montevideo es el mejor y el único puerto de este río. Bien manifiestan los españoles la importancia de esta plaza, por el extraordinario cuidado que han tenido en fortificarla, habiéndola hecho más fuerte que Buenos Aires.

La entrada de este puerto es angosta, y en medio de un estrecho formado por dos puntas de tierra. Sobre la occidental hay una montaña, que se puede ver a la distancia de más de doce leguas, de donde esta plaza toma su nombre: es muy peligroso navegar cerca de aquella punta, por las muchas peñas que tiene debajo. La entrada es muy profunda, y más segura por la parte oriental.

Detrás de la occidental, hay una batería graduada, construida muy cerca del agua. Cuando la vi era sólo de piedra y barro; pero creo que después ha sido reedificada con cal. La bahía tiene desde la entrada, más de legua y media de largo, y esta misma bahía es casi redonda: en ella, hacia el este, hay una pequeña isla abundante en conejos, llamada por los españoles, la Isla de los Conejos. La tierra que la circunda es tan alta que ninguna tempestad puede incomodar en este puerto (aunque las hay muy grandes en el río); estando el agua de él tan mansa como la de un estanque, y con la bastante profundidad para navíos de primera clase; de los cuales vi allí uno, perteneciente en otro tiempo a los estados de Holanda, y entonces al marqués de Casa Madrid, que había entrado a descargar en aquel puerto: el fondo de éste es un barro mole.

Detrás de la batería está la pequeña ciudad de Montevideo, la cual ocupa toda la parte de un promontorio que forma la oriental de la bahía. Sus fortificaciones están al norte, hechas según las reglas modernas de la arquitectura militar, consistiendo en una línea tirada de mar a mar, o del centro del puerto al río; y todo el promontorio se encierra en un baluarte, o ángulo en el medio, que hace cara al lado de tierra: está bien provisto de artillería, y es muy fuerte con garitas para soldados, todo a prueba de bomba. Hacia la villa hay sólo una muralla con un foso a ambos

lados. Esta plaza tiene un gobernador y una guarnición de 400 a 500 personas de tropa reglada.

El otro lado de la bahía está sin fortificaciones, y la gran montaña sin garita siquiera: si ésta se tomara podría ser de gran perjuicio a la batería, ciudad y guarnición, por razón de su altura, aunque está a 4 ó 5 millas distante de la ciudad.

El último puerto es Maldonado, el cual está abierto, con la entrada al norte del Plata, y al abrigo de los vientos del este, por una pequeña isla que tiene el mismo nombre. Aquí tienen los españoles un fortín con un destacamento de soldados. No sé más de este puerto.

El lado septentrional del Río de la Plata es desigual, con cuevas, montañas, etc., regado por muchos arroyos y ríos, algunos muy grandes, pero los mayores son los de Santa Lucía, el Uruguay y el Río Negro. Este país es muy fértil, y produce toda suerte de ganados, cuando está bien cultivado, y tiene también mucha madera. Todos los ríos y arroyos son de agua fresca: hay muchos caseríos pertenecientes a los españoles; pero el país al norte de Montevideo es poseído por los minuanes infieles.

Las charonas y garoes (dos de estas naciones) fueron en otro tiempo muy numerosos; pero han sido enteramente destruidos por los españoles. En este territorio había antiguamente mucho ganado silvestre y doméstico, procreando en él más que a la parte meridional del Río de la Plata. Aunque se ven grandes rebaños de ovejas y ganado vacuno, pero pocos caballos. El territorio español confina por el norte con el Río Grande, que le divide de las colonias portuguesas en el Brasil.

*Continuación de la descripción del país indiano,
con sus valles, montañas, ríos, etcétera,
Tierra del Fuego, e islas de Falkland*

Al sur de la villa de la Concepción, que está sobre la parte meridional del Río de la Plata, está el monte de la Víbora, con dos bosques espesos casi redondos. Cerca de cuatro leguas al sur de ellos está el monte del Tordillo, que consiste en un gran número de bosques situados sobre un ribazo rodeado de un valle. Sus árboles son como los de los bosques del Saladillo. Lo más es bajo y llano con yerba alta y aguanosa, donde se crían armadillos, ciervos, avestruces, caballos silvestres, así como en los bosques leones y tigres.

Desde el Saladillo hasta las primeras montañas no hay río ni riachuelo, ni más agua que la que se coge en las lagunas en tiempo de lluvias.

Cerca de 15 ó 20 leguas al sudoeste o este, por sur de los bosques del Tordillo, está el gran promontorio del Cabo de San Antonio, que forma la parte meridional del Río de la Plata. La figura de este cabo es redonda, y no puntiaguda como está representado en algunos mapas. Éste es una península, y su entrada al occidente sobre una laguna pantanosa, que viene del mar, o del agua salada del Río de la Plata. La mayor parte es de barro con muy poca tierra encima, y está regado en invierno por unos pequeños riachuelos de agua salada, que generalmente se secan en verano. Sus pastos no son tan buenos, ni la yerba tan alta como las del Tordillo y Saladillo. Al mediodía de este promontorio entra un brazo del océano occidental, formando una bahía y terminando en lagunas. No se sabe si esta laguna, o bahía, puede servir para estancia de navíos, respecto de que jamás se ha sondeado,

no atreviéndose a llegar allí los navíos por miedo de los bancos, que llaman Arenas Gordas. He rodeado alguna parte de esta laguna, y pasado los canales por los cuales otros tienen comunicación con la bahía; pero fue con gran peligro, no sólo por los pantanos, sino también por los tigres, que son más numerosos de lo que he visto en parte alguna. Sobre los bordes de estas lagunas hay bosques muy espesos, de tala y sauco, donde se refugian estos animales, cuyo alimento es el pescado.

Hacia la costa hay tres hileras de arena: la más cercana al mar es muy alta y movediza a todos vientos, pareciendo montañas a alguna distancia; la segunda está a media milla distante de la primera, y no es tan alta; la tercera aun dista más, y está muy baja y angosta, no llegando la arena a dos pies de alto. La tierra entre estas hileras es estéril, y no cría yerba. La península abunda de caballos silvestres: es de advertir, que entraron en ella de los países vecinos; pero que jamás hallaron camino para salir, circunstancia que atrae allí a los indios para cazarlos. Este pequeño territorio se llama por los españoles el Rincón de Tuyú, porque el país inmediato tiene este nombre en más de 40 leguas al occidente. *Tuyú* en lengua india significa bárbaro, que es el suelo de aquel país, continuando así, hacia el mediodía, hasta cerca de 10 leguas de las primeras montañas.

Las hileras de arena arriba dichas llegan a tres leguas del Cabo de Lobos, teniendo al poniente pantanos bajos de dos o más leguas de ancho, que se extienden toda la costa antes de llegar a la tierra más alta del Tuyú, no lejos de los bosques del Tordillo. En este país hay muchas colinas pequeñas, que se extienden del levante al poniente, distantes unas de otras tres leguas. Comúnmente son dobles, habiendo al pie de cada una de ellas una laguna de una,

dos, y aun de tres millas de largo. Las más principales de estas lagunas son las del Bravo, el Palantelén, Lobos, Cerrillos, etc. Las mencionadas colinas forman en general altos, y collados hacia las lagunas, las cuales sin tener ríos, riachuelos, ni fuente alguna que las supla, rara vez carecen de agua, sino en tiempo de gran sequía. Los españoles los llaman cerrillos, de que aún hay algunos al otro lado del Saladillo.

Este país, en ciertos tiempos del año, abunda de un número increíble de caballos silvestres, y por esto se juntan en él para hacer sus provisiones los tehuelches, y algunos de las tribus de los puelches, guilliches y moluches. Hacen sus pequeñas casas movedizas sobre las referidas colinas, y van todos los días a la caza, hasta tener suficiente provisión para volverse a sus tierras respectivas.

Cerca del mar, y casi junto a las hileras de arenas, hay una laguna grande, llamada la Mar Chiquita, que está cerca de cinco leguas del cabo de Lobos, teniendo otras tantas de largo, aunque sólo dos o tres millas de ancho. Es salada y tiene comunicación con el océano por un río que atraviesa los bancos de arena. Hay dos, o tres ríos pequeños, que salen del norte de la montañas del Volcán y Tandil, y cruzan la llanura, de poniente a levante, causando algunos pantanos, y vaciándose finalmente en dicha laguna. Estos ríos son de agua dulce, crían bagres, y gran número de nutrias, como ya he dicho. Los mayores vienen del Tandil, y entran en la punta septentrional de aquella laguna.

Al norte de estos ríos es mucho mejor el terreno, y la yerba alta y verde, hasta el pie de las montañas. No hay bosques ni árboles sueltos, pudiéndose ver las montañas en día claro a distancia de 2 leguas, sin embargo de no ser muy altas: tan llano y nivelado está este país.

Estas montañas están dispersas, y sus valles intermedios son muy hermosos. Comienzan a 6 leguas de la costa, y continúan hasta 40 leguas hacia el poniente: desde su nacimiento empiezan a ser particulares y están cubiertos de yerbas, hasta cerca de 10 varas de sus cumbres, en donde hay muchas piedras casi en forma de muralla que cerca la montaña, excepto un cabo que declina gradualmente. Esta parte declinante se divide en montecillos y valles, con sus riachuelos que se juntan en el llano, y forman una corriente común.

En las cimas de estos montes hay un grande espacio con variedad de peñascos, y colinas con profundos arroyos que corren entre ellas. Hay también bosques de árboles bajos y espinosos que sirven para el fuego. La variedad de este país es de dos, o tres leguas de largo, en algunas partes de una legua de ancho, y en otras más, especialmente hacia el cabo que declina. Al pie de estas montañas hay muchos manantiales que caen en los valles, y forman arroyos. Los senderos, por donde se sube a ellos, son pocos y muy angostos. Los indios los tapan o cierran para asegurarse de los caballos silvestres que cogen en el Tuyú, y los echan a pacer sobre estas cimas, de donde no pueden salir con facilidad por otra vía que estos pasos estrechos.

Entre estas montañas hay un espacio llano de dos o tres leguas de ancho con tal cual ribazo, regado por riachuelos que corren, ya por medio, o ya alrededor, formados de las fuentes o manantiales que nacen de las montañas. Estos valles son muy fértiles, con el terreno negro y profundo, sin mezcla de arcilla: están siempre cubiertos de tan buena yerba que el ganado engorda en poco tiempo. Estos pastos por lo común están bien cerrados por un lado con las montañas, pero muy abiertos al norte y noroeste. No he

visto en el distrito de Buenos Aires paraje alguno tan capaz de ser beneficiado como éste: el único inconveniente a que está sujeto es la falta de maderas para la fábrica de casas; lo que en pocos años, y con no mucho trabajo se podría remediar, mayormente cuando hay materiales bastantes para fabricar casas, que podrían durar y servir, cubriéndolas de cañas, hasta que tuviesen lo necesario para hacerlas mejor.

Los riachuelos que salen de estas montañas, alguna vez entran en el mar, o forman lagunas, y de ellas son algunas de una legua y más de largo. Una es de figura oval, que se extiende de montaña a montaña, y es muy tempestuosa cuando la baten los vientos. Hay otra, que la llaman la laguna de Cabrillos, y tan larga, aunque más angosta que la primera. En esta laguna hay un gran número de patos de varios géneros y colores; algunos tan grandes como gansos. Vense a un lado de ella colinas, y al otro una orilla alta y quebrada: por una punta le entra un pequeño río, que sale de las montañas, y no teniendo canal por donde vaciarse, corre bajo de tierra, hasta que a la distancia de una legua entre la laguna y la costa vuelve a salir.

La parte de las montañas, que están al este, y más inmediatas al mar, se llama por los españoles Volcán, por error o corrupción del nombre indiano Vuulcan, teniendo al sur una abertura muy grande, que es lo que significa Vuulcan en la lengua moluca. No hay volcanes, aunque la palabra española manifiesta haberlos en este país.

La parte intermedia se llama Tandil, tomado de una montaña de este nombre, más alta que las demás. La última punta de esta hilera de montañas se llama Cairu.

Al este de aquel Vulcan, o grande abertura hacia el mar, no está la tierra tan igual en el espacio de dos leguas; pero después es llana con sus riachuelos, donde, igual-

mente que en el suelo quebrado y costanudo, hay algunos bosques espesos y casi impenetrables, en los cuales se halla con abundancia un árbol bajo y espinoso, y saucos de seis a siete varas: su fruto es como el del nuestro, pero bueno para comer, teniendo un poco de agrio con una dulzura agradable. En los países al norte de Buenos Aires y Córdoba, etc., este fruto es amargo y fastidioso, y el árbol no crece tanto. Junto a la costa, a cosa de tres millas, el terreno es más alto, y continúa a lo largo de la costa por cuatro leguas, siendo muy fértil, con ricos pastos donde presto engorda el ganado.

Cerca de la playa en esta parte hay dos colinas pequeñas y redondas, llamadas los Cerros de los Lobos Marinos. La playa consiste en peñas altas, y grandes piedras. Hay muchos rebaños de lobos y leones de mar, que (como ha escrito lord Anson en su viaje) duermen sobre aquellas peñas, en cuyas cuevas crían los cachorros.

Más abajo, hacia el sur, toda la boca del río Colorado, o primer Desaguadero, tiene sus orillas perpendiculares, de tan grande altura que inspira horror al mirarlas; pero terminan en arenas y bajíos. En esta costa hay muchos ríos y riachuelos que cruzan las llanuras, desde las dichas montañas y entran en el océano.

Este país, entre las primeras montañas y el Casuhatí, es llano y abierto, y los indios comúnmente necesitan cuatro días para pasarle cuando andan sin tiendas. Los pampas que van al río Colorado, se dirigen desde el volcán más cercano a la costa, y pasan entre el Casuhatí y el mar, cerca de 15 leguas al este de la montaña, y casi otro tanto desde el mar al poniente, para evitar un desierto arenoso, llamado Huecubu-mapu, o país del Diablo; donde ellos y sus familias se perderían si hubiese viento al tiempo de pasarle.

El Casuhatí es el principio de una hilera de montañas que forman una especie de triángulo, del cual éste es el primer ángulo, y desde aquí se extiende un lado del triángulo, hasta la cordillera de Chile, y el otro termina en el Estrecho de Magallanes: pero no de modo que no esté algunas veces interrumpido por valles y continuadas montañas, que corren del norte al sur haciendo varios rodeos. La parte que forma el Casuhatí es la más alta. En el centro de algunas montañas menores nace una muy alta, que iguala a la Cordillera, y está siempre cubierta de nieve, a cuya cumbre rara vez se atreven a subir los indios.

De esta alta montaña se deriva el nombre de Casú, que en lengua de los indios de Puel, significa una montaña, y batí, alta. Los moluches o molucas la llaman Uutyalel, montón grueso. De la parte del sur de esta montaña nacen algunos arroyos y corrientes, que tienen profundas crillas cubiertas de mimbres, de que se sirven los indios para hacer cestos, o corrales para encerrar sus ganados. Corriendo hacia el sur se junta y forma un pequeño río, que va al sudeste, y entra en el Hueyque-leubu, o río pequeño de los sauces, a cierta distancia de su boca. Las montañas de Casuhatí, continuando tres o cuatro leguas hacia el poniente, tienen una abertura de 300 varas de ancho, por la cual los que toman este camino (y no el de Casuhatí, o el río Colorado) están obligados a pasar. Llámase Huaminí, y tiene a los dos lados ásperas y casi perpendiculares montañas. Todo el país inmediato a ella está cubierto, y tiene buenos pastos. La disposición oportuna de estas colinas, para tener como encerrado en ellas el ganado, los arroyos, las llanuras del poniente, y la grande abundancia de caza, son la causa por que los indios de diferentes naciones lo habiten siempre.

Al poniente de este vasto país de Tuyú, hasta los bos-

ques que están frente del Casuhatí, está el país de los guiliches, teniendo los bosques al sur, los theuelches y la jurisdicción de Córdoba al norte, y los peguenches al poniente. La parte de este país que está hacia el este, está abierta con muy pocos bosques, algunas matas y muy sujeta a inundaciones, por las grandes lluvias que caen en ella, y el sobrante de muchas lagunas. Algunas de ellas que están al poniente y al sur de la tierra, producen una sal fina y cristalina como la de San Lucas. Los españoles de Buenos Aires van cada año a estas lagunas con su guardia de soldados para defenderse, y su ganado, de los ataques de los indios, y cargar 200 ó 300 carros de sal. La distancia entre Buenos Aires y estas lagunas es de 150 leguas. Son muy largas y anchas, y algunas de ellas rodeadas de bosques a buena distancia: sus orillas son blancas con sal, que no pide más preparación que ponerla a secar al sol.

Más adelante al poniente hay un río con muy altas y perpendiculares orillas, llamado por los españoles el río de las Barrancas. Los indios le llaman Hueyque-leubu, o río de mimbres, que nacen en sus orillas. Este río es muy grande, aunque no tanto, comparado con el Río Colorado, y el Negro. En general se puede vadear, pero también tiene a veces algunas avenidas de las lluvias y nieve derretida que recibe. Fórmase en un país llano, entre las montañas de Achala y Acanto, y el primer desaguadero, o Río Colorado, de un gran número de arroyos que salen de estas montañas; y toma su curso hacia el sur y sudeste, hasta que para a 12 ó 14 leguas al este de Casuhatí, y entra en el Océano, después de haber recibido otro pequeño río que nace de aquellas montañas. Pero tengo algunas dudas, por relación de los indios, que este río se vacíe inmediatamente en el océano, y no en el río Colorado, poco más arriba de su boca. Todo este país abunda de caballos silvestres, so-

bre todo la parte del este, que está más cerca del Tuyú y las montañas.

El país entre el Hueyque-leubu y el río Colorado es casi lo mismo, aunque hay más lagunas y pantanos entremezclados con bosques.

El primer Desaguadero, o río Colorado, es uno de los mayores ríos de este país. Nace de un gran número de corrientes, que vienen del lado occidental de la Cordillera, casi tan alto como Chuapá, la villa más septentrional de Chile, y tomando un curso casi directo del norte al sur, coge todos los ríos que nacen del lado de la Cordillera, y gran porción de nieve derretida. Tiene una corriente muy rápida y profunda, casi a diez leguas de San Juan y Mendoza. Cerca de este último recibe las aguas del gran río de Tunuyán, y otro llamado el río del Portillo, que se le junta, y se pierde poco después en las lagunas de Guanacache.

Estas lagunas son famosas por las muchas frutas que se cogen en ellas, pero aun lo son más porque esconden en su seno tan grande río, pues parece que aquí se sepulta, terminando sólo en algunos riachuelos y pantanos, bien que a pocas leguas de ellos vuelve a salir, haciendo muchos riachuelos, que se juntan otra vez, y forman un río común arriba dicho. El camino por este río consiste en montañas, valles y cumbres pedregosas con muchos bosques, y tan espesos, que sólo se pasan por dos senderos muy estrechos que conducen al río Colorado. Uno se dirige hacia el poniente y otro al mediodía, continuando dichos bosques más de 20 leguas al norte del Colorado, y extendiéndose al sur hasta el segundo Desaguadero, aunque no tan espesos, y al poniente hasta el río Sanquel, en donde disminuye notablemente su espesura. A cosa de 5 ó 6 leguas al poniente del río Hueyqué, y en medio de los bosques, hay un gran es-

tanque de sal, y a la misma distancia, otro más adelante. Hay también otros dos, uno al mediodía y otro al norte, con abundancia de sal limpia, de que se proveen los indios en grandes cantidades para sus jornadas. Hállase asimismo otro gran estanque de sal no lejos de la costa, entre el primero y segundo Desaguadero.

Desde el río Hueyqué hasta el primer Desaguadero, o río Colorado, hay cuatro, y algunas veces cinco días de jornadas con tiendas, cuyo camino, por la parte que se inclina al mediodía, va por entre bosques espesos y bajos. Desde allí, dirigiéndose aún al poniente sobre la orilla de este río, y dejando los bosques al norte por 5 ó 6 días, se podrá llegar a un paraje, donde se viene al norte y se dobla al este, y allí se pasa, dejándose ver desde las montañas más altas (después de una larga jornada directamente al mediodía por unos parajes peñascosos, ásperos y cubiertos de bosques donde apenas hay lugar para descansar) el río Negro, o segundo Desaguadero, que corre por un valle profundo y de cerca de dos leguas de ancho, por uno y otro lado de dicho río.

Este río es el mayor de Patagonia: se vacía en el océano occidental, y es conocido por varios nombres; como el segundo Desaguadero, o el Desaguadero de Nahuelhuapí. Los españoles le llaman el gran Río de los Sauces, algunos indios Choelechel; los puelches, Leubu-comó, o el río por antonomasia, y Curúleubú quiere decir río Negro, que es el nombre que le dan los guilliches y peguenches. El paraje por donde le pasan desde el primero al segundo desaguadero, Choelechel.

No se sabe exactamente la fuente u origen de este río, pero se supone tener la del río Sanquel: compónenle muchos ríos y arroyos. Va escondido por entre peñas quebradas, y se estrecha en un canal profundo y angosto, hasta

que finalmente se manifiesta otra vez con grande y rápida corriente algo más arriba de Valdivia, pero al lado opuesto de la cordillera. A poca distancia de su aparición se descargan en él muchos ríos, algunos grandes que vienen de la cordillera, y entran principalmente en el norte de ellas.

Un tehuel, o cacique meridional, me describió sobre una mesa como unos dieciséis ríos. Díjome sus nombres, pero no teniendo a mano materiales para escribir, no pude apuntarlos, y se me olvidaron. Añadió además que no sabía paraje alguno de este río, aun antes que entrasen los menores en él, que no fuese muy ancho y profundo. Ignoraba dónde nacía, y sólo dijo que venía del norte. Era hermano del viejo cacique Cangapol; parecía hombre de 60 años, y había vivido todo su tiempo a la orilla de este río.

De estos ríos, que entran por la parte septentrional, hay uno muy ancho y profundo, y nace de una gran laguna cerca de 12 leguas de largo, y casi redonda, llamada Huechun-lauquen, o laguna del Límite, la cual está dos días de jornada de Valdivia, y se forma de varios arroyos, fuentes y ríos que nacen de la cordillera. Además de este río envía la laguna al levante y al mediodía, lo que forma parte del gran río, y puede enviar otro brazo al poniente que comunique con el mar del sur, cerca de Valdivia: pero esto no lo puedo afirmar por no haberlo examinado suficientemente.

También viene de hacia el norte otro pequeño río, que sale del pie de la cordillera, y cruza el país desde el noroeste, al sudoeste descargándose en el Desaguadero, en el espacio de día y medio de jornada al este de Huechun, país del cacique Cangapol. Llámanle Pichen Picurtuleubu, esto es, río pequeño del norte, para distinguirlo del Sanquel, que también entra en el segundo Desaguadero;

siendo cada uno de ellos llamado por los indios, el río del norte. La boca de este río dista de la del Sanquel, cerca de 4 días de camino.

El río Sanquel es uno de los mayores de este país, y puede pasar por otro Desaguadero de las montañas nevadas de la cordillera. Viene del norte muy lejos, corriendo por entre montañas y precipicios, y engrosándose con los muchos arroyos que se le juntan en el camino todo. El paraje, donde primero se deja ver, se llama el Diamante, cuyo nombre le dan también los españoles. A corta distancia de su origen entran en él muchos arroyos que nacen del pie de la cordillera más al norte, y más abajo hacia el mediodía, el río Solquen. Este río es tan grande, que los indios del río Negro, llaman indistintamente a su corriente, Lauquel-leubu, y Solquen: es ancha y rápida, aun en su primera aparición, y crece con la unión de muchos arroyos y fuentes que recibe de las montañas, y del país húmedo por donde pasa, por el espacio de trescientas millas, tomando un curso casi directo desde el norte al sur para el este, hasta que entra en el segundo Desaguadero, o río Negro por una boca ancha.

En el confluente de estos dos ríos, hay un gran remolino, por donde no obstante se atreven a pasar los indios nadando a caballo. Sus orillas están cubiertas de cañas, y de muy grandes mimbres.

Hacia el sur del grande, o segundo Desaguadero no entran sino dos ríos de alguna consideración. Uno se llama Lime-leubu por los indios, y por los españoles el Desaguadero de Nahuel-huapí, o Nauvelivapí. Los chilenos dan el mismo nombre al río Grande, pero es un error, porque ignoran algunos de sus brazos, de los cuales éste es solamente uno, y no tan grande como el Sanquel, y mucho

menos que el principal brazo, aun en su primera aparición fuera de la cordillera.

Este río continúa con grande y rápida corriente, desde la laguna Nahuel-huapí, casi al norte, por entre valles y pantanos, cerca de 30 leguas; recibiendo grandes arroyos de las montañas inmediatas, hasta que entra en el segundo Desaguadero, algo más abajo del que viene de Huechunlauquen, o laguna del Límite. Los indios le llaman Limeleubu, porque los valles y pantanos por donde pasa, abundan en sanguijuelas, y los guilliches le llaman Lime, y al país Mapu-lime, y a sus moradores limechéés.

La laguna de Nahuel-huapí es la mayor que forman las aguas de la cordillera (según la relación de los misioneros de Chile), pues tiene 15 leguas de largo. A un lado junto a la orilla está una isla baja, llamada Nahuel-huapí, o la isla de Tigres: Nahuel significa tigre, y huapí, isla. Está situada en una laguna rodeada de bocas y montañas, de donde nacen manantiales, arroyos y nieves derretidas. También entra en esta laguna, por el lado meridional, un pequeño río que viene de Chonos, en el continente, enfrente de Chile.

El otro río, que entra en el segundo Desaguadero, y viene del sur, es pequeño, y llamado por los indios Machileubu, o río de Hechiceros; pero no sé la razón porque sale del país de los guilliches, y corre del sur al norte, descargándose al fin en el río principal, más abajo del Limeleubu.

El segundo Desaguadero toma desde aquí su curso, haciendo una pequeña vuelta hacia el norte, hasta llegar a Choelechel, donde se acerca a 10 o 12 leguas del primer Desaguadero. luego se vuelve al sudeste, hasta que entra en el océano.

A corta distancia, más abajo de esta última vuelta, hace

un gran círculo formando una península, que es casi redonda; cuyo cuello, o entrada tiene cerca de 3 millas de ancho, de 6 leguas de travesía. Llámase el cercado de los tehuelches, o Tehuel-malal. El río tiene, hasta la formación de esta península, altos ribazos, y montañas por uno y otro lado, pero tan distantes, que hay en muchos parajes entre ellas y el río, dos o tres millas de ancho, muy abundante en pastos. En estos parajes se acercan más las montañas al agua: las orillas están cubiertas de sauces, y contienen unas pocas islas acá y allá, entre las cuales hay una muy grande en el país del cacique Cangapol, donde éste y sus vasallos guardan sus caballos para que los peguenches no se los hurten. Jamás he oído que haya alguna cascada en este río, o sea vadeable por alguna parte. Es muy rápido, y las avenidas muy extraordinarias, cuando las lluvias y nieves derretidas bajan de la parte occidental de la cordillera; comprendiendo todas las que caen desde el grado 55 hasta el 44 de latitud meridional, haciendo una hilera o cadena de montañas de 720 millas. Las avenidas de este río son tan rápidas y repentinas, que, aunque se oigan a mucha distancia el golpe y ruido que hacen entre bocas y peñas, apenas da lugar a las mujeres para bajar sus tiendas, y cargar su bagaje, ni a los indios para asegurarse y pasar sus ganados a las montañas. Estas avenidas causan frecuentemente muchas desgracias, pues estando anegado todo el valle, arrastra su impetuosa corriente, tiendas, ganado, y algunas veces ganados y niños.

La boca de este río, que se abre en el océano Atlántico, creo que jamás ha sido sondeada. Llámase la bahía Sin Fondo, por su gran profundidad, o porque no la tiene como algunos piensan. Cuál de las cosas es, no lo sé, aunque me inclino que la llaman así por lo primero; porque no puedo pensar que un río tan rápido, que corre cerca de

300 leguas, desde el pie de la cordillera, entre peñascos y piedras, pudiese llevar consigo gran cantidad de arena, ni que, aun llevándola, pudiese hacer asiento a su boca contra la fuerza de tan violenta corriente. Los españoles la llaman la bahía de San Matías, poniéndola en el grado 40 y 42 minutos de latitud meridional, aunque en el mapa de monsieur d'Anville está puesta dos grados más allá de Lineu. No pienso que la distancia es tan grande entre el primero y segundo Desaguadero, conviniendo todos los indios conmigo en cuanto el paraje donde uno y otro río entran en el mar, y por esto he tomado en mi mapa una distancia media.

En la expedición del año de 1746 para examinar la costa etc. entre el río de la Plata y el estrecho de Magallanes, no se examinó la boca de este río, porque aunque instaron al capitán de navío a que diese las disposiciones necesarias para ello, no hizo caso, ni tomó razón alguna cuando se acercó a su latitud, diciendo en defensa de su conducta: "Que sus órdenes sólo se extendían a ver si había algún puerto capaz de una colonia, cerca o no muy lejos de la boca del estrecho de Magallanes, donde pudiesen abastecer sus navíos en su pasaje al mar del sur. Que él había bien mirado y medido todo, desde el puerto Gallegos, sin encontrar paraje alguno apto para formar en él una colonia, por la esterilidad del terreno, y falta de leña y agua. Que había hecho bastante para aquietar el ánimo del rey de España, con respecto a los celos que podría tener de una potencia del norte, siendo tan loca, que intentaba hacer un establecimiento en donde todos debían perecer. Que la bahía Sin Fondo estaba muy distante del cabo de Hornos, para que viniese dentro del círculo de sus instrucciones. Que su provisión de agua fresca no era bastante

para llegar al río de la Plata, y que no estaba cierto de encontrar alguna más a la boca del río Sauces."

Una colonia a la boca de este río sería mucho más conveniente para los navíos que van al mar del sur, que en Buenos Aires, donde un navío suele estar quince días o un mes antes que pueda salir, por razón de los vientos contrarios, y la dificultad de pasar sobre los bajíos sino con marea alta: necesitando además de esto una semana para llegar a la bahía Sin Fondo, mientras que un navío, que saliese de esta bahía, podría llegar en dicho tiempo, doblar el cabo de Hornos, y pasar el mar del sur.

Si alguna nación intentara poblar este país podría ocasionar un perpetuo sobresalto a los españoles, por razón de que de aquí se podrían enviar navíos al mar del sur, y destruir en él todos sus puertos antes que tal cosa o intención se supiese en España, ni aun en Buenos Aires: fuera de que se podría descubrir un camino más corto para caminar o navegar este río con barcos hasta Valdivia. Podríanse tomar también muchas tropas de indios moradores a las orillas de este río, y los más guapos de estas naciones, que se alistarían con la esperanza del pillaje; de manera que sería muy fácil el rendir la guarnición importante de Valdivia, y allanaría el paso para reducir la de Valparaíso, fortaleza menor, asegurando la posesión de estas dos plazas, la conquista del reino fértil de Chile.

En este puerto de la bahía Sin Fondo sería más practicable una colonia que en las islas de Malvinas, o de Falkland, o en los puertos Deseado, y de San Julián, por razón de la abundancia de leña y agua: de ser muy bueno para la agricultura, y capaz de mantener sus moradores. Son muy grandes las conveniencias que hay para fundar una colonia en las tierras de los tehuelches, estando defendido por este grande y rápido río que forma, por decirlo así,

un foso natural de 18 millas de largo, en un paraje fecundo y abundante en pastos, liebres, conejos, volalla silvestre, venados, etc., pudiéndose también coger en este río pescado de varios géneros.

Débase también considerar que los nuevos colonos podrían proveerse de ganado, como vacas, caballos, etc. En el mismo paraje, y a poca costa podría establecerse asimismo un comercio con los indios, quienes por los vidrios azules, cuentas de rosario, cascabeles de latón, sables, puntas de lanzas y hachas, cambiarían su ganado para el uso de la colonia, y aun pellizas finas para enviar a Europa; siendo tan raro navío en estos mares, que todo esto se podría hacer y mantener muchos años, sin que los españoles lo supiesen. Los españoles, por ejemplo, estuvieron establecidos largo tiempo en las islas Malvinas, antes que nación alguna de Europa tuviese noticia de ello.

Los bosques de sus inmediaciones se componen del mismo género de árboles que ya se ha descrito, a excepción de uno que los indios tienen por sagrado; el cual produce una goma de la misma consistencia y color que nuestra cera amarilla. En quemándole despiden un olor fragante muy diverso de nuestras gomas de botica: nunca vi este árbol, pero los nativos me dijeron que era pequeño: He tenido algunas porciones de goma, de la cual mezclada con cera hacen bujías.

Toda la costa, por cosa de 20 leguas al sur del segundo Desaguadero, es un país seco, estéril, con muy poco pasto, e inhabitado por hombres ni bestias, excepto algunos guanacos que bajan de cuando en cuando de las montañas vecinas al poniente. No tiene más agua en una parte del año, que la que se coge en las lagunas, después de las grandes lluvias, en cuyo tiempo bajan los indios a este país por encerrar los difuntos, visitar los sepulcros, recoger sal

en la bahía de San Julián, o sobre la costa. Vense algunas colinas pedregosas, aquí y allá; en una de las cuales cerca del puerto Deseado, se halló también un mineral metálico de una especie de cobre.

En el viaje hecho en el año de 1746, no se descubrió en toda esta costa río alguno, aunque en todas partes (especialmente en los puertos descritos en los mapas antiguos) bajaron los españoles a tierra, y registraron alrededor de diferentes puertos. Convenciéronse del error en que estaban, siendo probablemente ocasionados por los remolinos que hacían las aguas, al volverse de la tierra en mareas menores. Por lo que mira al río Camarones, descrito en el mapa de monsieur d'Anville, con tres bocas al fondo de la bahía de San José (y no en la de Camarones, como lo he visto en mapas antiguos), lo he puesto así en el mío por su autoridad: pero se debe observar al mismo tiempo, que no se descubrió tal río en dicho viaje, aunque entramos en esta gran bahía. Quizá la distancia en que estaba el navío de la playa sería tan grande, que no podíamos hacer ciertas nuestras observaciones. Es verdad que los indios hablan de un río del país Chulelaw; pero no pude descubrir de dónde venía, ni adónde terminaba, ni si siendo pequeño, se sepultaba en aquellos desiertos, como sucede a otros grandes ríos descritos en el mapa.

En la bahía de los Leones, bajaron a tierra los españoles, y no encontraron río alguno. En la de Camarones, no había cosa notable, sino muchas y grandes peñas que parecían una ciudad anegada. Tenía tan poca agua esta bahía, que la fragata se quedó en la peña hasta que volvió la marea. En la de Gallegos también desembarcaron, pero los llamaron antes que pudiesen examinar si había o no río alguno.

El territorio de los tehuelches y otras naciones patago-

nas, confina con las partes occidentales de este país inhabitado, y según la relación de algunos cautivos españoles que rescaté (uno de los cuales había vivido allí tres años), toda esta tierra consiste en valles cercados de hileras bajas de montañas, regados por fuentes y arroyos, que se estancan en pequeñas lagunas secas en verano. De manera que muchos de sus moradores se van en esta sazón a vivir al segundo Desaguadero, llevando consigo sus mujeres y familias, bagaje, etc., y aun algunos pasan al Casuhatí, Vulcan, y el Tandil.

Estos valles abundan en pastos con pequeños bosques para el fuego. Hay muchos guanacos, de cuya piel hacen en algunas partes sus tiendas, y no menor número de antas, cuyas pieles venden los tehuelches a los puelches para armarse con ellas.

El anta es una especie de ciervo, pero sin astas; su cuerpo es como el de un asno, su cabeza larga, menguándose hasta que acaba en un pequeño hocico. Su cuerpo muy fuerte, sus hombros y ancas muy anchas, sus piernas largas y fuertes, y sus pezuñas hendidas como la del ciervo, pero algo mayores. La fuerza del anta es muy grande, pues es capaz de arrastrar un par de caballos: cuando está acosada abre su camino por entre los bosques más espesos, rompiendo todo lo que se le opone. No me consta que se haya domesticado este animal, aunque no es feroz, ni dañña, sino a las chacras o plantaciones; pero no es dudable que sería muy útil, por razón de sus fuerzas, si se le pudiera hacer trabajar.

En este país no hay caballos silvestres, y los domésticos son muy superiores de hermosura y fuerza a los de la América meridional: aguantan largas jornadas, sin más provisión que lo que pacen en el camino, y exceden a todos en coraje y ligereza. Hay también mucha caza menor, de

que viven principalmente los indios. Encuéntrase igualmente gran cantidad bezoar occidental, no sólo en los estómagos de los guanacos y vicuñas, sino también en los del anta, aunque el de éste es más ordinario y común. Cuando se administra en cantidad considerable, promueve muy bien un diaphoresis. Experimenté que daba grande alivio en los dolores de estómago, desmayos, etc. Su dosis consiste en un dracma, o dos escrúpulos, tomado en cualquier cosa; bien que se podría administrar mayor cantidad con toda seguridad. En muchos casos vale más que el polvo de oculi, cancron, o polvos de testáceos, y otras sustancias minerales. He tenido algunas de estas piedras que pesaban 18 onzas.

Hay mucha especie de volalla en esta tierra, como pichones, tórtolas, ánades, faisanes, perdices, etc., de las cuales hago mención, como útiles, aunque los indios no las estiman. Vense también aves de rapiña, como águilas, buitres, milanos, lechuzas y halcones, pero no leones ni tigres, sino en la cordillera.

El país de los guilliches, frente de Tehuel-mapu, y al sur de Valdivia, es según relación de los misioneros, muy pobre y destituido de todo lo necesario para vivir en él; sucediendo lo mismo a toda la costa más abajo de Chile hasta el estrecho de Magallanes.

Los moradores de esta costa viven principalmente del pescado, y se distinguen por el nombre de chonos, pay-yus y rey-yus. De estas dos últimas naciones, los que viven lejos de la costa cazan a pie, siendo muy ligeros, y criados en este ejercicio desde la niñez. Envíase de Valdivia y de otros puertos del mar de Chile gran parte de los víveres necesarios para los misioneros, y guarnición española que está en Chile.

En esta isla hay una pequeña ciudad, o más bien villa,

llamada Castro, donde reside un capitán español, o teniente gobernador.

Las montañas de los guilliches son mucho menores que las que están hacia el norte, de modo que no pueden andar en todos tiempos del año, a más de que tienen muchas aberturas. Están cubiertas de bosques, donde se halla un árbol peculiar a estos parajes, que los indios llaman lahuan, y los españoles alerce. No me han descrito lo que tiene de particular, pero me parece ser del género del pino, teniendo la ventaja de poderse hender de arriba abajo en tablas de cualquier espesor de líneas rectas, quedando más liso e igual que si se aserrasen. Estos árboles, como me han dicho, son muy grandes, pero no puedo decir cuál es por lo común su diámetro.

Si las plantas o semillas de este árbol se transportasen a Inglaterra, es muy probable que prosperarían en ese reino, por ser su clima tan frío, como el donde se crían.

Es de mucha estimación por su hermosura y duración; y no debo omitir que por medio de los ríos de Nahuelhuapí, Sanquel, y Longen, se podrían trasportar grandes cantidades de este árbol, pinos, etc., al gran río de los Sauces, y a la bahía de San Matías, para la construcción de navíos, casas, etc.

Los guilliches tienen una especie de tabaco, que machacan cuando está verde, y le componen en rollos gruesos y cilíndricos. Es de color verde oscuro, y cuando le fuman despiden un olor fuerte y desagradable, algo diferente del tabaco de Virginia. Es tan fuerte, que luego embriaga, y por eso pasan la pipa de uno a otro, tomando muy poco a la vez, porque de otro modo aniquilaría los sentidos.

El país de los tehuelches, que viven más cerca de los estrechos, como los leuau-cunis, y los yacana-cunis, es casi lo mismo que el de los otros tehuelches. Tiene tierra aden-

tro, bosques altos, y una pequeña mata, que produce una fruta semejante a nuestras moras, pero más caliente: cómese, y es muy propia para el clima.

La Tierra del Fuego se compone de varias islas: las del occidente son pequeñas y bajas, llenas de pantanos e inhabitables, estando frecuentemente llenas de agua; pero las del este son mayores, y la tierra más alta, con montañas, y bosques habitados por los indios yacana-cunis, quienes tienen frecuente comunicación con los españoles y franceses, que iban allí por leña desde las islas Malvinas, o Falkland. No sé si hay alguna caza en estas grandes islas fuera de la volalla; pero es muy creíble que los indios no viven en ellas con sólo el pescado, porque es muy dificultoso el cogerle en estos climas en tiempo de invierno.

En el año de 1765, o 66, se perdió un navío español en la costa de la isla del Fuego, cerca de 14 leguas de la boca del Estrecho. La tripulación que se salvó, hizo por sí un barco de bastante porte para transportarse con sus provisiones a Buenos Aires, donde informaron al gobernador don Pedro de Zeballos, que los indios nativos de esta isla habían sido muy humanos y caritativos, ayudándoles a pasar madera para la construcción de su barco, y asistiéndoles en todo. Que asimismo habían sido muy liberales, en distribuir entre ellos los géneros de más valor, como sedas, brocados, tisúes, etc., estimando esta gente más los paños ordinarios para estar bien abrigados. Que al principio bajaron con sus armas, arcos y saetas, echándolas por tierra en señal de paz y amistad, inclinando el cuerpo, y luego saltando, rascándose y palmoteando. El gobernador envió relación de todo a la corte de España, y propuso establecer una colonia en esta isla; pero estando entonces los franceses tratando sobre la compra de las islas Malvi-

nas, se frustró el prudente designio del gobernador, quien tuvo orden de retirarse a España.

Tami, cacique de yacana-cunis, me dijo que usaban de una especie de flota para pasar a veces los estrechos, y que tenían comunicación con los de su nación; de que se sigue que este país tiene las conveniencias de leña, agua y suelo; y que si se pudiera hallar algún puerto tolerable, sería mucho más conveniente, y auxiliaría mejor el pasaje al mar del sur, que las colonias de las islas de Falkland.

Estas islas son muchas, algunas pequeñas, pero dos muy grandes. Lo que puedo referir tocante a ellas, es conforme a la relación que me han hecho algunos oficiales españoles (que fueron a tomar posesión de ellas de los franceses, y transportar allí a los españoles de Buenos Aires), y un artillero francés que navegó desde el río de la Plata hasta el puerto de Cádiz, y había vivido muchos años en aquellas islas. Todos éstos fueron testigos de excepción.

Son tan bajas y pantanosas dichas islas, que después de una lluvia no se puede salir de casa sin hundirse en el lodo hasta las rodillas. Las casas son de tierra, y están verdes y tomadas del moho por la excesiva humedad del país, no pudiéndose hacer ladrillos por falta de fuego. Los colonos han sembrado varios géneros de granos, como trigo, cebada, guisantes, habas, y otros cosas: pero la tierra es tan estéril, que todo se redujo a yerba y paja, sin rendir fruto alguno. Con toda la industria de los franceses por muchos años, sólo pudieron coger un poco de ensalada, y estercolándola con la basura de las vacas, puercos y caballos. Los únicos animales peculiares a estas islas son pingüinos, y avutardas, siendo sólo estos últimos comestibles, matándolos con escopeta, y cuando hay pocos se venden muy caros: cógese también algún pescado, pero en tan corta cantidad, que no basta para los moradores. Es tan grande la

pobreza de este país, que el gobierno español de Buenos Aires estuvo obligado a enviar navíos cada tres o cuatro meses, para mantener la gente y guarnición, sin que pudiese esperar retorno alguno; y aunque enviaron puercos, vacas, y caballos a estas islas, su clima es tan frío, húmedo y estéril que jamás criaban. De manera que estos gastos durarán mientras dure la colonia. No hay leña, ni cosa que sirva para el fuego, sino una mata baja como el acebo, y está en abundancia, por cuya razón están obligados los moradores a enviar los pequeños barcos por leña a la Tierra del Fuego. El agua es el único bien que tiene este país, además de un buen puerto, el cual no obstante no responde al fin de este establecimiento, porque como este país de la soledad es tan abierto al norte o noreste, necesita un navío tener viento de este lado para entrar en él. Ahora pues, como un tal viento es el más favorable para pasar el cabo de Hornos para el mar del sur, sería perder tiempo entrar en dicho puerto, mayormente cuando debe esperar viento contrario para salir de él, y luego otro para navegar al cabo mencionado; y esto en un paraje, donde no hay esperanzas de hacer otra provisión de agua.

Los franceses enviaron gente a estas islas en la última guerra, para asegurar un puerto a sus navíos, que venían de las Indias orientales para el mar del sur, carrera necesaria para libertarse de los corsarios ingleses. Pero acabada la guerra, y cansados de una colonia tan pobre y miserable, y de tan grandes gastos, cesando su fin, determinaron dejarla, con la intención no obstante de cobrar o recobrar (si fuese posible) el dinero que habían expendido en ella: a cuyo fin representaron estas nuevas adquisiciones de una manera tan favorable a la corte de Madrid, que el rey de España acordó pagarles 500.000 pesos (otros dicen 800.000, y otros aún los alargan hasta un millón), para

que cediesen esta colonia a España, de cuya cantidad había de recibir una parte el rey de Francia, quedando el resto para monsieur Bougainville, su propietario, y la permisión de vender en Buenos Aires algunas mercaderías compradas con este dinero en Río Janeiro. Todo esto se hizo presente con grande libertad por el capitán de una fragata española al gobernador de Buenos Aires, en presencia de monsieur Bougainville, quejándose del modo con que engañaban al rey de España, y protestando que la persona encargada de recibir dichas islas, no podía, por el respeto y lealtad que debía a su soberano, y a las obligaciones de buen cristiano, aceptar dicha entrega hasta dar aviso, y recibir nuevas órdenes de la corte de España; siendo evidente que la habían engañado. No pareció conveniente a monsieur Bougainville contradecir la exposición de este oficial, quien además de ser el mismo testigo de vista, podía corroborarla, si fuese necesario, con testimonios de cien personas, que habían arribado poco antes de la exportación de los franceses que estaban en aquella isla.

Los españoles transportaron a su colonia dos frailes franciscanos con un gobernador, quienes luego que la vieron se llenaron de melancolía, y el gobernador, coronel Catán, a la vuelta de los navíos para Buenos Aires, declaró con lágrimas, que tenía por dichosos los que habían salido de tan miserable país, y que él mismo se alegraría mucho poder dar a otro su comisión, y volverse a Buenos Aires, aunque fuese en clase de grumete.

Relación de los moradores de la parte meridional de América

Los indios que habitan estas partes, se distinguen por las denominaciones generales de moluches y puelches. Los

moluches, o molucas, son conocidos entre los españoles por los nombres de aucas y araucanos. El primero de éstos es un mote, que significa rebelde, salvaje o bandido. La palabra *aucani*, significa rebelar, levantar o amotinar, y se aplica a hombres y a bestias y así *auca-cahual*, significa caballo silvestre, *aucantun*, *aucantul*, gritería o levantamiento.

Llámanse moluches de la palabra *molun*, que significa declarar guerra, y moluche es un guerrero. Están dispersos por el país, y lado oriental y occidental de la cordillera de Chile, desde los confines del Perú hasta el estrecho de Magallanes, y se dividen en diferentes naciones de picunches, peguenches y guilliches.

Los picunches son los que viven más hacia el norte, y se dicen *picun*, que significa en su lengua norte, y *che* gente. Habitan las montañas, desde Coquimbo hasta casi más abajo de Santiago de Chile. Éstos son los más valientes y altos entre los moluches, especialmente los que viven al poniente de la cordillera, entre quienes están los de Penco, Tucapel y Arauco. De estos últimos llaman por error los españoles araucanos a todos los demás indios de Chile. Los que viven al este de la cordillera, llegan hasta más abajo de Mendoza, y se llaman, por los que viven al otro lado, puelches; *puel*, significa este; pero por otros que viven hacia el sur, se llaman picunches. Conocí algunos de sus caciques, cuyos nombres eran Tseucanantu, Piliquepangí y Caruloncó.

Los peguenches se acercan a los picunches por el norte, y llegan desde frente de Valdivia hasta 35° de latitud meridional. Toman su nombre de la palabra *peguen*, que significa pino, porque el país abunda de tales árboles. Como viven al sur de los picunches, algunas veces se llaman guilliches o pueblo meridional, pero más generalmente se

llaman peguenches. Sus caciques se llaman Colopichun, Amolepí, Nocolasquen, Guenulep, Cusuhuanque, Colnancon, Iyalep, y Antucule: este último era joven, y a todos los conocí muy bien.

Estas dos naciones fueron antiguamente más numerosas, y mantuvieron largas y sangrientas guerras con los españoles, a quienes casi echaron de Chile, destruyendo las ciudades de Imperial, Osorno y Villa Rica, y matando dos de sus presidentes, Valdivia y don Martín de Loyola: pero están ahora muy disminuidas, no pudiendo hacer revista de cuatro mil hombres entre todos ellos, lo que nace de las frecuentes guerras que han tenido con los españoles de Chile, Mendoza, Córdoba y Buenos Aires, con sus vecinos los puelches, y aun los unos con los otros; igualmente que del aguardiente que compraban a los españoles, y su *pulcú* o chicha, que hacen en su país. Muchas veces empeñan hasta sus mujeres e hijos a los españoles, por aguardiente con que se embriagan, y matan unos a otros; sucediendo rara vez que la parte ofendida aguarde largo tiempo la ocasión de vengarse. Las viruelas introducidas en este país por los europeos, causan mayores estragos entre ellos, que la peste, desolando villas enteras con sus malignos efectos. Este mal es mucho más fatal a estas gentes que a los españoles o negros, por razón del grosero vestido, mala comida, falta de cobertura, medicinas y cuidado necesario. Sus parientes más cercanos huyen de ellos para evitar el mal, dejándolos perecer aun en medio de un desierto. Ha cerca de cuarenta y cinco años que la numerosa nación de guilliches, habiendo cogido este mal en las cercanías de Buenos Aires, hizo diligencia para huir a sus propias tierras, distante doscientas leguas, caminando por entre vastos desiertos. Durante su larga jornada dejaron tras de sí sus parientes y vecinos enfermos, solos y

sin más asistencia que un cuero levantado contra el aire, para abrigo, y un jarro de agua. Este mal redujo tanto su número, que no tienen ahora más de trescientos hombres capaces de tomar las armas.

Los guilliches y moluches meridionales llegan desde Valdivia hasta el estrecho de Magallanes, dividiéndose en cuatro naciones. La primera llega hasta Chiloé, y más allá de la laguna de Nahuel-huapí, y habla la lengua chilena. La segunda son los chonos, que viven cerca de la isla de Chiloé. La tercera se llama pay-yuy, o peyes, y viven en las costas, desde el grado 48 hasta 51 de latitud meridional; y desde allí hasta el estrecho de Magallanes, el país es habitado por la cuarta nación, llamada rey-yus o reyes. Estas tres últimas naciones son conocidas por el nombre de buta-guilliches, porque son más altos y gruesos que la primera, llamada pichi-guilliches, o pequeños guilliches. Parecen también diferentes gentes, porque su lengua es una mezcla de la de moluche y tehuel. Los otros guilliches y los peguenches hablan del mismo modo uno y otro, diferenciándose sólo de los picunches en el uso de la letra s en lugar de la r, y de la d, donde otros el ch.; por ejemplo: romo por somo. Una mujer huaranca, por huasanca. Mil buda, por bucha grande. Estas naciones son numerosas, especialmente los vutu-guilliches. Los caciques de la primera, o pichi-guilliches, eran Puelmanc, Paniacal, Tepuanc, a quienes vi, con otros muchos, de cuyos nombres no me acuerdo. Los puelches u orientales (así llamados por los de Chile, porque viven al oriente de ellos), confinan por el occidente con los moluches, hasta abajo del estrecho de Magallanes, donde terminan por el sur con los españoles de Mendoza, San Juan, San Luis de la Punta, Córdoba y Buenos Aires por el norte, y con el océano por el este. Tienen diferentes nombres, según la situación de sus res-

pectivos países, o porque fueron en su origen de diferentes naciones. Los de hacia el norte se llaman tehuelches; los del occidente y mediodía, diviheches, los del sudeste guiliches, y los del sur de estos últimos tehuelches, o en su propia lengua, tehuel-quni; esto es, hombres del sur.

Los tehuelches confinan por el occidente con los picunches, y vienen al este del primer Desaguadero, hasta las lagunas de Guanacache, en las jurisdicciones de San Juan y San Luis de la Punta, dispersos en pequeñas tropas, y rara vez fijos en un paraje: hay algunos en la jurisdicción de Córdoba, a las orillas de los ríos Cuarto, Tercero y Segundo; pero la mayor parte, o fue destruida en sus guerras con los otros puelches, y moscovios, o se refugió entre los españoles. En otro tiempo había alguno de esta nación en el distrito de Buenos Aires, a las orillas de los ríos Luján, Conchas y Matanza, pero ya no los hay. Sus caciques eran Mugelup, Alcochorro, Galeliam y Mayú. Han quedado tan pocos de esta nación, que casi no pueden levantar trescientos soldados, haciendo sólo una especie de guerra pirata en pequeñas partidas, excepto cuando están auxiliados de sus vecinos los picunches, peguenches y diviheches, y aun entonces no pueden poner en campaña más de 500 hombres. Esta nación y la de los diviheches son conocidos por los españoles, con el nombre de pampas.

Los diviheches confinan por el occidente con el país de los peguenches, desde el grado 36 hasta el 38 de latitud meridional, y se extienden a lo largo de los ríos Sanquel, Colorado y Huique, hasta 40 millas de Casuhatí por el este. Tienen el mismo genio vagabundo que los taluheches, y no son más numerosos, por haber sido destruidos en sus ataques con los españoles, tomando parte algunas veces con los taluheches, otras con los peguenches, y haciendo sólo frecuentemente sus incursiones, sobre las fronteras de

Córdoba y Buenos Aires, desde el Arrecife hasta Luján, matando los hombres, cautivando las mujeres y niños, y robando el ganado. Los caciques de esta nación eran, Concalcac, Pichivele, Yahati y Dunoyal.

Estas dos naciones subsisten principalmente con la carne de las yeguas que cazan en pequeñas cuadrillas, de 30 a 40 cada una, en las vastas llanuras entre Mendoza y Buenos Aires, donde suelen encontrarse con grandes tropas de españoles, enviados a propósito, para ejecutar las leyes del talión, o a lo menos con igual crueldad: pero no es el único peligro que corren, porque si los tehuelches o guilliches han llegado al Casuhatí, o al Vulcan y Tandil, al tiempo que los diviheches y taluheches están para retirarse con su presa, se echan sobre ellos (particularmente en parajes donde están obligados a pasar, para que descansen sus ganados), matando a todos los que se resisten, robando a los demás, y levantándose con la caza.

El país de los puelches, o gente oriental, está justamente entre el río Huique, y el primer Desaguadero, o río Colorado, y se extiende al segundo Desaguadero o río Negro; pero vagan continuamente, moviendo sus habitaciones, y separándose por motivos frívolos, y muchas veces sin más razón, que su natural inclinación a vagar. Este país abunda en todo género de caza menor, como liebres, armadillos, avestruces, etc.; produce pocos o ningún guanaco. Cuando suben a la montaña del Tandil, y el Casuhatí, por escasez de caballos, son tan poco expertos en la caza, que se vuelven a sus casas sin cosa alguna, a menos que sus vecinos los tehuelches no se la den, o no tengan la fortuna de sorprender algunas cuadrillas de los peguenches, quienes vuelven generalmente bien provistos. Por otra parte es una pobre gente inocente y sincera, y más hombres de bien que los moluches y tehuelches; son muy

supersticiosos, inclinados en extremo a la adivinación y hechicería, y fácilmente engañados. En general son altos y robustos, como sus vecinos los tehuelches, pero hablan diferente lengua. Aunque en tiempo de paz es gente humilde y tranquila, son en el de guerra audaces y altivos, como experimentaron los tehuelches y diviheches, muy a su costa; pero ya están reducidos a un pequeño número, habiendo sido la mayor parte destruidos por la viruela. Sus caciques, que aún viven, son Geijeihu, y Daychaco.

Los tehuelches que se conocen en Europa, con el nombre de patagones, han sido llamados, por ignorar su idioma, tehuelches, porque *chu* significa patria o morada, y no gente, lo que se expresa por la palabra *che*, y más al sur por la palabra *cuní*. Éstos y los checheheches, se llaman por los españoles serranos o montañeses: subdividense en varias ramas, como son los leubuches, o gente del río, y calilliches, o gente de las montañas, entre los cuales están los chulilau-cunis, lehuau-cunis, y yacana-cunis; todos éstos, excepto los del río, se llaman por los moluches, vuchaguilliches.

Los leubuches viven a las orillas del norte y sur del río Negro, o como ellos le llaman, Casu-leubu. Al norte tienen un vasto país; pero no habiendo, por razón de la espesura, posibilidad de ser habitado, sólo se encuentran bosques, lagunas y pantanos, llenos de cañas fuertes y espinosas, a las que llaman sanquel, de forma que por allí está cerrada toda comunicación. Pero marchando hacia el poniente por el pie de la cordillera, vi hacia el este, que por la costa está abierta. Parece que esta gente está compuesta de tehuelches, y checheheches; pero hablan más bien la lengua de estos últimos, con una pequeña mezcla de tehuel. Extiéndense por el este hasta los checheheches, y por el poniente se juntan con los peguenches y guilliches;

confinan por el norte con los diviheches, y por el sur con los otros tehuelches. Caminando alrededor de la gran laguna Huechun-lauquen, llegan de Valdivia en seis días de jornada desde Huichun. Parece que esta nación es la cabeza de los checheheches, y tehuelches, y sus caciques Cancapol y su hijo Cangapol, como unos pequeños soberanos de los demás. Cuando declaran la guerra se juntan inmediatamente con los chuchuheches, tehuelches y guilliches, y con los peguenches, que viven más al sur, poco más abajo de Valdivia.

Por sí mismos son pocos en número, teniendo gran dificultad en levantar 300 hombres capaces de tomar las armas, por causa de la viruela, que redujo el número de los checheheches, y porque habiéndose juntado y pasado a las llanuras de Buenos Aires para atacar con una partida de thaluheches cerca de la laguna de los Lobos al famoso don Gregorio Mayu-Pilqui-ya, fueron vencidos por éste, y obligados los que quedaron a retirarse al Vulcan con los vestidos, que por desgracia, poco antes habían comprado en Buenos Aires infectados de las viruelas. Disminuyéronse también mucho en las guerras con sus vecinos al norte los picunches, peguenches, y taluheches, quienes aliándose, bajan algunas veces del lado de la cordillera, y los sorprenden; en cuyo tiempo, no tienen otro recurso para librarse de los enemigos que atravesar el río nadando, lo que los otros no pueden hacer; pero con la prisa y confusión de la fuga, dejan sus hijos detrás, caen en las manos de los enemigos inhumanos, que los degüellan, sin perdonar aun los de cuna. Sin embargo, no son siempre estos ataques tan secretos que no tengan algunas veces noticias de ellos, y no escapan entonces muchos de la furia de esta bárbara nación, cuyo cacique Cancapol hace vanidad de mostrar a sus huéspedes montones de huesos, calaveras,

etc. La política de este cacique es de mantener la paz con los españoles para que su gente pueda cazar con seguridad en los campos de Buenos Aires, dentro las fronteras de Matanza, Conchas y Magdalena, y las montañas: no permitiendo que las otras tribus pasen de Luján, para mantenerla también al sur; a cuyo fin se ponen sus caciques y confederados a cazar en los meses de julio, agosto y setiembre, en los parajes donde pueden observar los movimientos de sus enemigos, a quienes muchas veces atacan y destruyen, pero por esta razón jamás hicieron estos indios la guerra a los españoles (aunque son en extremo celosos de ellos), hasta el año de 1738 y 40, cuyos motivos fueron los siguientes.

Los españoles, con poco juicio y mucha ingratitud, echaron de su territorio a Mayu-Pili-ya, el único cacique taluheche que los estimaba, obligándole a retirarse a tal distancia que no pudiese recibir socorro alguno, expuesto a sus enemigos, hechos tales, defendiendo los territorios de los españoles del resto de sus paisanos y picunches. Después de la muerte de este cacique, algunas partidas de los taluheches y picunches atacaron las caserías del río Areco y Arrecife, guiados por Hencanantu y Carrulonco, adonde acudieron los españoles con su mariscal de campo don Juan de San Martín para coger los ladrones. Pero como llegaron tarde, se dirigieron al sur para no volverse con las manos vacías. Allí encontraron las tiendas del viejo Caleliyan con una mitad de su gente, que no sabiendo lo que había pasado, estaba durmiendo sin la menor sospecha de peligro, y entonces sin examinar si éstos eran o no los agresores, hicieron fuego sobre ellos matando muchos con sus mujeres e hijos. Los demás despertándose, y viendo el triste espectáculo de sus mujeres y niños muertos, se resolvieron a no sobrevivir a tal pérdida, y cogiendo las ar-

mas, vendieron sus vidas tan caro como pudieron; pero al fin fueron degollados con sus caciques.

El joven Caleliyan estaba entonces ausente; pero teniendo noticia de lo que había pasado, se volvió en ocasión que los españoles se iban retirando; y viendo a su padre, parientes y amigos degollados, resolvió vengarse prontamente, a cuyo fin llevando como unos 300 hombres, se echó sobre la villa de Luján, mató gran número de españoles, tomó algunos cautivos, y robó algunos millares de ganado. Sobre esto levantaron los españoles con toda brevedad (aunque no bastante para coger un enemigo tan ligero) casi 600 hombres de su milicia y tropa reglada. No pudiendo alcanzarle se volvieron alrededor de las lagunas de sal, y bajaron al Casuhatí donde estaba el cacique Cangapol con algunos indios, que prudentemente se habían retirado. Hallándose chasqueados aquí, fueron por la costa hacia el Vulcan, donde encontraron una tropa de guilliches, quienes no siendo enemigos, salieron sin armas a recibirlos, no teniendo la menor sospecha de peligro alguno. Pero sin embargo de esto, y de haber intercedido a favor de estos pobres un oficial de la tropa española, fueron cercados, y tallados en piezas por orden del mariscal de campo, quien concluida esta victoria marchó con su gente al Salado, que está cerca de 40 leguas de la ciudad, y casi 20 de las quintas o caserías de Buenos Aires, donde un cacique tehuel, llamado Tolmichi-ya, pariente de Cangapol, amigo y aliado de los españoles, estaba acompañado bajo la protección del gobernador Salcedo. Este cacique con la carta del gobernador en la mano, y mostrando su licencia, fue muerto de un pistoletazo que le dio en la cabeza el mariscal del campo. Todos los indios tuvieron esta desgracia, quedando cautivas las mujeres y niños, con el hijo menor del cacique. Por fortuna el mayor

había salido dos días antes a cazar caballos silvestres, con una partida de indios.

De tal manera exasperó esta cruel conducta del maestro de campo a todas las naciones de puelches y moluches, que tomaron al punto las armas contra los españoles, quienes se vieron de repente atacados desde las fronteras de Córdoba y Santa Fe, todo a lo largo del río de la Plata, frontera de 400 leguas; de modo que les era imposible defenderse, porque los indios se echaban en pequeñas partidas volantes sobre muchas villas y caseríos a un mismo tiempo, y la luz de la luna impedía el descubrir su número; y así mientras los españoles los perseguían por una parte, dejaban los demás sin resguardo.

Cangapol, que con sus tehuelches había vivido hasta entonces en gran amistad con los españoles, se irritó sumamente al ver la maldad ejecutada con su hijo, la muerte de sus amigos los guilliches, la de su amado pariente, y otros, y manera indigna con que trataron sus cadáveres; y aunque entonces tenía cerca de 60 años, salió al campo a la cabeza de mil hombres (otros dicen cuatro mil) compuestos de tehuelches, guilliches, y peguenches: se echó sobre el distrito de la Magdalena, distante cerca de 4 leguas de Buenos Aires, y repartió sus tropas con tanto juicio, que limpió y despobló, en un día y una noche, más de 12 leguas del país más poblado y abundante. Mataron muchos españoles, e hicieron cautivas un gran número de mujeres y niños, y robando además, pasadas de veinte mil cabezas de ganado, fuera de caballos. En esta expedición los indios sólo perdieron un tehuelche, el cual apartándose de los demás con esperanza de hacer presa, cayó en manos de los españoles. Cangapol hijo de Cangapol, fue perseguido y alcanzado; pero los españoles no se atrevieron a atacarle, aunque eran dos veces más numerosos, porque ellos

y sus caballos estaban de tal modo cansados, en una marcha de 40 leguas, sin tomar refresco alguno.

Los moradores de Buenos Aires, teniendo aviso anticipado de este ataque, por los fugitivos, se vieron en la más terrible consternación. Muchos oficiales militares corrían por las calles, con la cabeza desnuda, en un estado de distracción, habiéndose llenado de gente las iglesias y casas religiosas, adonde se refugiaban, como si el enemigo estuviera a las puertas de la ciudad. Los españoles humillados con este golpe, quitaron la comisión al mariscal de campo, y nombraron otro en su lugar, levantando un ejército de 700 hombres que marcharon al Casuhatí, no para renovar la guerra, sino para pedir paz. Todo un año se pasó después de la última victoria, sin hacer cosa alguna: en cuyo tiempo los indios, con un joven cacique Cangapol a su cabeza, levantaron un ejército de cerca de 4.000 hombres, compuesto de aquellas diversas naciones, con el cual pudiera hacer frente a todos los españoles; pero sin embargo de estas ventajas, dieron oídos a la propuesta del nuevo mariscal de campo, a quien tenían por su amigo. Éste, temiendo las consecuencias de una nueva guerra, ofreció entre otras condiciones, entregar todos los indios cautivos, sin más consideración que el redimir los cautivos españoles. Un jesuita misionero, que fue al campo español con algunos checheheches y tehuelches convertidos, representó vivamente que aquella condición era indigna e inadmisible, no evitando por este medio un próximo rompimiento. Propuso un cambio recíproco de prisioneros; pero fue tan grande el miedo de esta guerra, que no se hizo caso de su proposición, aunque muchos indios no pedían condiciones más ventajosas. Algunos caciques de los tehuelches, que habían llevado consigo sus cautivos, inmediatamente los entregaron haciendo la paz, no enten-

diendo la proposición del mariscal de campo en otro sentido, que el de la mutua entrega de sus prisioneros. Los moluches fueron por fin a Buenos Aires, y redimieron sus indios, y los de los tehuelches, sin entregar los cautivos españoles que tenían. Desde entonces los tehuelches, tentados con las esperanzas de presas, han hecho cada año incursiones en el territorio de Buenos Aires, robando mucho ganado. No obstante éste ha sido el mayor daño que han hecho hasta el año de 1767, en que habiendo sido insultados, renovaron la guerra y cautivaron mucha gente, de forma que de las escuadras españolas que los persiguieron, sólo dos se escaparon: siguiéndolos luego y alcanzándolos largamente con un cuerpo mayor de tropas, su coronel Catani: pero les pareció más conveniente no molestarlos, temiendo les sucediese lo que a sus compañeros.

Los tehuelches, que había desde el levante al poniente del río de los Sauces, donde aún hoy día habitan, confinan por el noreste con los checheheches, y por el este con un gran desierto, que empieza cerca de 40 leguas de la boca del río Negro hacia el sur, y se extiende casi hasta el estrecho de Magallanes: por el poniente lindan con los guilliches, que habitan las costas de Chiloé, y se extienden a 44 grados de latitud meridional. Todo su país es montañoso con valles profundos, pero sin ríos considerables, por lo que los habitantes están obligados a surtirse del agua de las fuentes y riachuelos, que terminan en lagunas, donde bajan sus ganados. Cuando estas lagunas se secan (lo que sucede en el rigor del verano) van por agua al río Negro, o a otra parte. Esta nación no siembra ni planta, siendo su principal alimento los guanacos, liebres y aves-truces, de que abunda esta tierra; y la carne de yeguas, cuando la pueden lograr.

La falta de este alimento hace que estén en perpetuo

movimiento, de un país a otro para buscarlo, de manera que van en grandes cuadrillas algunas veces al Casuhatí, otras a las montañas del Vulcan, o Tandil, y otras a las llanuras cerca de Buenos Aires, distante 300 o 400 leguas de su país. Entre todas las naciones del mundo no se hallaría otra más inquieta, ni más inclinada a vagar que ésta; porque ni una extrema vejez, ceguera, u otro cualquier mal, es capaz de contenerlos; son fuertes, bien hechos, y no tan cetrinos como los otros indios. Algunas de sus mujeres son tan blancas como las españolas: son cortes, civiles y de buen natural; pero muy inconstantes en guardar sus palabras y contratos; son robustos y guerreros, y no temen la muerte. Su número es mucho mayor que el de las otras naciones, y casi igual al de todas las que habitan estas partes. Son enemigos de los moluches, a quienes temen mucho, y a quienes, sin embargo de ser tan terribles a los españoles, hace tiempo habrían arruinado, si hubiesen estado tan bien provistos de caballos como ellos, sin que los diviheches, ni los tehuelches pudiesen resistir a sus fuerzas.

Al sur de éstos viven los chichilau-cunis y los schaucunis, que son los indios más meridionales que andan a caballo. *Schau*, significa en lengua de tehuel una especie de conejo negro, del tamaño de una rata del campo; y como su país abunda de estos animales, tal vez tomaría de aquí su nombre: *cuni*, significa gente.

Parécense mucho estas dos naciones a los tehuelches, con tal cual diferencia en su idioma, lo que se puede atribuir a la comunicación con los pay-yus, y rey-yus, que viven sobre las costas orientales y los estrechos.

Todos los tehuelches hablan diferente lengua de los otros puelches y moluches; y esta diferencia no solamente incluye palabras, sino también las declinaciones y confu-

siones, aunque usan algunas de las dos naciones; por ejemplo, de una montaña, llaman *calille*, y los moluches *calel*, pero los puelches *casu*. Pichua, en lengua de tehuel, es el nombre del guanaco, pero no tiene semejanza con *luchan* o *huan*, de la de los moluches, ni *yapig*, agua con *coni yagui*, aguaducho; con *cohue*, ni *cani*, gente, con *che* o *het*. Inclínome a pensar que estas naciones de tehuelches son las que los misioneros de Chile llaman peiyus, respecto que viven en el paraje de este nombre mismo, aunque es verdad que se acercan ya a la costa.

La última de estas naciones de tehuel, son los yacana-cunis, que significa gente de a pie, porque como no tienen caballos en su país, caminan siempre así: confinan por el norte con los sehau-cunis. Por el poniente con los rey-yus, de quienes se dividen por una hilera de montañas, por el este con el océano, y por el sur con las islas de la Tierra del Fuego, o el mar del sur. Estos indios viven cerca del mar, sobre los dos lados del estrecho, y se hacen muchas veces la guerra unos a otros. Usan de unas flotas ligeras, como las de Chiloé, para pasar el estrecho. Son atacados algunas veces por los guilliches, y por los otros tehuelches, que los llevan consigo, como esclavos, como que no tienen nada que perder más que la libertad y la vida. Viven principalmente del pescado que cogen, ya zambulléndose, o echándole dardos: son muy ligeros y atrapan guanacos y avestruces con sus bolas. Su estatura es igual a la de los otros tehuelches, excediéndose rara vez de siete pies, y algunas no pasan de 6: es gente inocente y de buena intención.

Cuando los franceses o españoles iban (como frecuentemente lo hacían) a la Tierra del Fuego a buscar leña para quemar en la colonia de Malvinas, esta gente les daba la asistencia que podía; y para convidarlos, y que fuesen

conocidos, colgaban una bandera blanca, porque tenían tal horror a la encarnada de que usan los ingleses, que inmediatamente huían. Los franceses atribuyen esto a haberse tirado cañonazos de algunos navíos ingleses, con cuyo ruido espantaron de tal modo a los indios, que jamás se atreven a bajar, cuando ven la bandera colorada. Esto pudiera muy bien ser; pero es cierto que se han usado varios artificios, para que esta gente no tuviera comunicación con los ingleses. Un cacique de esta nación, que vino con otros tehuelches a visitarme, me dijo que había estado en una casa de madera que andaba sobre el agua. Como dijo esto pocos años después que el almirante Anson había pasado el mar del sur, concebí que el cacique estaría en uno de los navíos pertenecientes a esta escuadra.

Todas estas naciones de tehuelches se llaman por los moluches, vuck-guiliches, o la grande gente meridional. Los españoles los llaman monteses, aunque no saben de dónde vienen: los demás de Europa los llaman patagones.

He visto caciques de todas las naciones de indios, habitantes en la parte meridional de la América, y observado que los pulches o indios orientales eran altos, pasando algunos de ellos de siete pies y medio de alto, siendo de la misma raza de los que no tienen más que seis. Los moluches o indios occidentales que viven en las montañas, son generalmente de baja estatura, pero gruesos.

Los moradores de las montañas nubladas de la Cordillera, se matan frecuentemente a sí mismos, lo que no hacen los indios orientales.

llamábanse sus caciques Cangapol, Cangapol, Yampalco, Tolimichiuya, Guelmen, Saasimiyan, Yepelche, Marique, Chuyentura, Guerquen, Clusgell, Millarsuel y Tamu.

La noticia de que hay una nación en estas partes, descendientes de los europeos, o del resto de los que naufraga-

garon, es como ciertamente creo falsísima, y sin el menor fundamento, causada de no entender la razón que dan los indios: porque si se les pregunta en Chile, concerniente a alguna colonia interior de españoles, responden que hay villas, y gente blanca, entendiendo por esto Buenos Aires etc., y así viceversa, sin tener la menor idea de los moradores de estos dos países distantes, sean conocidos los unos de los otros.

Haciendo yo a los indios alguna pregunta sobre esta parte, vi que mi conjetura era cierta, pues reconocieron, nombrándoles Chiloé, Valdivia, etc., que estos parajes eran los que ellos entendían bajo la descripción de colonias europeas.

Lo que hace más increíble haber esta colonia de los Césares, es la misma imposibilidad moral, de que 200 a 300 europeos, casi todos hombres, pudiesen sin tener comunicación alguna con un país civilizado, penetrar por medio de tantas naciones belicosas, y mantenerse como una república separada en un país que no produce cosa alguna, y donde los moradores subsisten sólo con la caza, y todo esto por espacio de 200 años (según nos dice la historia); sin haber sido extirpados, muertos o hechos esclavos por los indios, o sin perder las apariencias de europeos, entremezclándose con ellos: fuera de que no hay un pie de tierra de este continente, por donde las gentes vagabundas, no pasen cada año; pues aun el desierto inhabitado que está a la orilla del océano Atlántico, es frecuentado como paso, así para enterrar los huesos de sus difuntos, como para coger sal. Sus caciques y otros de reputación y crédito entre ellos, me aseguraron que no había gente blanca en todos aquellos parajes, excepto los que son muy conocidos de toda Europa, a saber, los de Chile, Buenos Aires, Chiloé, Mendoza, etc.

*De la religión, política y costumbres de los moluches
y puelches*

Los indios creen en dos potencias superiores, la una buena, y la otra mala. A la buena llaman los moluches Toquichen, que quiere decir gobernador de la gente. Los taluheches y Diviheches, la llaman Soychu, que significa en su lengua el presidente de la tierra, de la venida fuerte. Los tehuelches, Guayava-cuni, esto es, señor de los difuntos.

Han formado un número de deidades, creyendo que cada cual preside sobre una raza, o familia de indias, de quien se supone haber sido el criador. Unos le hacen de la raza de los tigres, algunos del león, otros de guanaco, y otros del avestruz, etc. Imaginan que estas deidades tienen sus moradas separadas debajo de alguna laguna, montaña, etc., y cuando algún indio muere, va su alma a vivir con aquella deidad, que preside sobre su particular familia, y que goza la dicha de estar enteramente borracho.

Creen que sus buenas deidades crearon el mundo y que primero criaron los indios en sus cuevas, dándoles a cada uno una lanza, arco y saetas con sus bolas de piedra para pelear y cazar, y echándoles luego al mundo para proveerse a sí mismos. Imaginan también que las deidades de los españoles hicieron otro tanto con ellos, pero que en vez de proveerlos de lanzas, arcos, etc., les dieron escopetas y espadas, y suponen que las bestias, aves y animales menores fueron criados; que los más ligeros salieron inmediatamente de sus cuevas; pero que los toros y vacas, siendo los últimos, espantaron de tal modo los indios, por razón de sus astas, que inmediatamente taparon las bocas de las cuevas con piedras grandes, a lo cual atribuyen la falta de ganado vacuno en aquel país, hasta que los españoles lo

llevaron allí, quienes con más cordura los dejaron salir de sus cuevas.

Formaron también otra creencia, que después de la muerte han de volver otra vez a sus cuevas divinas, añadiendo que las estrellas son los indios antiguos, y que la vía láctea es el campo donde van a cazar los avestruces, cuyas plumas son las dos nubes meridionales. Llevan la opinión de que la creación aun no se ha acabado, ni que todo haya venido a la uz del día en este mundo superior.

Sus hechiceros, tocando sus tambores, y haciendo ruido con sus calabazas llenas de conchas, pretenden ver debajo de la tierra hombres, ganados, etc., con tiendas de aguardiente común, cascabeles, y otras varias cosas: pero estoy bien asegurado que todos ellos, o la mayor parte, no creen en esta tontería, porque el cacique tehuel, llamado Chechuentuya, me vino a ver una mañana, y darme de un nuevo descubrimiento hecho por uno de sus hechiceros de países subterráneos, que estaban debajo del lugar donde vivíamos. Pero riéndome de él, y exponiéndole su simplicidad de dejarse engañar de tales fábulas, respondió Epucungeigu, esto es, cuento de viejas.

La mala potencia se llama por los moluches Huecusú, esto es, el vagador; los tehuelches y checheheches, Atikan, Nakannatz, y por los otros puelches, Valichu.

Confiesan haber un gran número de demonios vagando por el mundo, a quienes atribuyen todo el mal que se hace, sea a hombres o a mujeres, y aun a bestias; estando tan obstinados en esta creencia, que aseguran que todo el cansancio o fatiga de sus largas jornadas o trabajo, viene de estos demonios. Suponen que cada uno de sus hechiceros tiene dos demonios familiares, que les asisten continuamente, y les avisan todo lo futuro, y aun lo que pasa al presente, a gran distancia de ellos; que los ayudan a curar sus enfer-

mos, y pelando y echando fuera, o apaciguando los otros demonios que los atormentan. Creen también que las almas de estos hechiceros, después de muertos, son otros tantos demonios.

Dirigen enteramente su culto a esta mala potencia, exceptuando algunas ceremonias particulares que usan con respecto a sus difuntos. Para practicar su culto se juntan en la tienda del hechicero, el cual está escondido en un rincón de ella, donde tiene un pequeño tambor, una o dos calabazas rodadas de conchas, y algunas bolsas de piel pintadas, en que guarda los materiales de sus encantos: comienza la ceremonia haciendo un gran ruido con el tambor y calabazas; finge luego una epilepsia en que lucha con el diablo, que supone entra en él, teniendo los ojos levantados, las facciones torcidas, echando espuma por la boca, y sus coyunturas descompuestas; hasta que después de varias y violentas mociones, queda recto y en disposición de un hombre que se halla con epilepsia: después de lo cual vuelve como que ha ganado la batalla contra el demonio, fingiendo dentro de su tabernáculo una voz desmayada, chillona y dolorida, como si fuera de un mal espíritu que se supone vencido; y finalmente, tomando una especie de asiento en tres pies, responde de allí a todas las cuestiones que se le proponen: que sea bien o mal nada quiere decir, porque en caso de suceder lo último, se echa la culpa al demonio. En todas estas ocasiones se pagaba bien al hechicero.

Sin embargo, la profesión de estos hechiceros es muy peligrosa, porque sucede muchas veces que cuando muere algún jefe indio, matan algunos hechiceros, y especialmente si habían tenido disputa con el difunto, respecto que los indios echan por lo común la culpa a estos hechiceros, y a sus demonios. En caso de haber pestes y epidemias,

de que mueren muchos, también lo pagan los hechiceros. Por las viruelas se sucedieron a la muerte de Mayupilquiya y su gente, que casi destruyeron enteramente los Checheheches, Cangapol mandó matar todos los hechiceros, para ver si por este medio cesaba el mal.

Los hechiceros son de ambos sexos. Los hombres están obligados (por decirlo así, a dejar su sexo, y vestirse de mujer, no siéndoles permitido casarse, aunque sí a las hechiceras. Son elegidos para este oficio desde niños, dándose la preferencia a los que están más dispuestos desde su primera edad a condición femenina. Vístense muy temprano en traje de mujeres, y se les da un tambor y matraquillas, como pertenecientes a la profesión que han de seguir.

Los que padecen el mal de epilepsia, o chorea sanabita, se eligen inmediatamente para este oficio, como si fuesen los demonios mismos, de quienes se suponen están poseídos, causándoles las convulsiones, y contorsiones comunes en los parasismos epilépticos.

El entierro de sus difuntos, y reverencias supersticiosas hechas en su memoria, tienen muchas ceremonias. Cuando un indio muere, una de las mujeres más distinguidas, es nombrada inmediatamente para hacer el esqueleto del cuerpo, sacándole las entrañas, y quemándolas hasta que se hagan cenizas; descarnando los huesos, y enterrándolos luego, hasta que la carne esté del todo consumida, o hasta moverlos (lo que se debía hacer al año de su entierro, aunque algunas veces lo ejecutan a los dos meses), al lugar propio en que fueron enterrados sus antecesores.

Los moluches, talhueches y diviheches, guardan fielmente esta costumbre. Pero los checheheches, y tehuelches o patagones, ponen los huesos en alto, sobre cañas

entretejidas, hasta que se sequen, y se blanqueen con el sol y la lluvia.

Durante la ceremonia de hacer los esqueletos, se visten los indios de mantos largos de pieles, cubriendo las caras con hollín, y andando alrededor de la tienda, con unas adargas o lanzas en las manos, cantando tristemente o hiriendo la tierra para espantar los valichos o demonios. Algunos van a visitar y consolar a la viuda o viudas y parientes del difunto, esto es, si hay algo que ganar, porque nada hacen sin interés. Durante esta visita de pésame, lloran, aúllan y cantan de una manera muy dolorosa, forzando las lágrimas, y punzando los brazos y muslos con espinas agudas, hasta sacar sangre. Por esta muestra de dolor se les paga muy bien, con cuentas de vidrios, cascabeles de bronce y otras niñerías que tienen grande estimación entre ellos. Los caballos del difunto se matan inmediatamente, para ir a caballo a Alhuemapu, o país de los difuntos, reservándose sólo unos pocos para adornar la pompa funeral, y transportar sus reliquias a sus propias sepulturas.

Las viudas están obligadas al llanto, y al ayuno, por todo un año después de la muerte de sus maridos, reduciéndose a estar encerradas en sus tiendas, sin comunicación con persona alguna, a no salir de ellas sino para lo necesario de la vida, a no lavarse las manos ni la cara ennegrecidas con el hollín, y abstenerse de carnes de caballo y vaca: y tierra adentro, donde no hay abundancia de las de avestruz y guanacos, aunque pueden comer cualquiera otra cosa.

No pueden durante el año casarse mientras el luto, pues si en este tiempo ha tenido alguna viuda comunicación con algún hombre, los parientes del difunto matan a ambos, si no resulta haber sido ella violentada. No he des-

cubierto que los hombres estén obligados al mismo llanto en la muerte de sus mujeres.

Cuando transportan los huesos de sus parientes, los ponen en una piel, sobre los caballos más favorecidos del difunto, que dejan vivos a este fin, adornándolos a la moda, con mantos, plumas, etc., y caminando de esta manera muchos días, hasta que llegan a la sepultura propia, a donde hacen la última ceremonia.

Los moluches, tehuelches y diviheches, entierran sus difuntos en hoyos grandes y cuadrados. Juntan los huesos y los guardan, atando cada uno en su respectivo lugar, y cubriéndolos con las mejores telas que pueden encontrar, adornadas de cuentas, plumajes, etc. Todo lo cual se limpia o muda una vez al año. Estos hoyos están cubiertos de vigas, árboles o cañas entretejidas, sobre lo cual echan la tierra. Escogen una matrona antigua de cada tribu, para cuidar de sus sepulturas; por cuya razón se tiene este empleo en gran veneración. Su oficio es abrir cada año estas tristes moradas, cubrir y limpiar estos esqueletos, echando entonces en ellas algunas vasijas de chicha que hacen, y de que beben a la buena salud de los difuntos. Estas sepulturas no son siempre muy distantes de sus ordinarias habitaciones: colocan alrededor de ellas los esqueletos de sus caballos muertos, en pie, apuntalados o sostenidos con palos.

Los tehuelches o patagones meridionales, se diferencian en alguna cosa de los otros indios. Después de haber secado los huesos de sus difuntos, los llevan a gran distancia de sus moradas al desierto, y poniéndolos en su propia forma con los adornos ya dichos, los dejan en una choza erigida a este fin, con los esqueletos de sus caballos alrededor.

En la expedición de 1746, algunos soldados españoles,

caminando cerca de treinta leguas al poniente del puerto de San Julián, encontraron uno de estos sepulcros, que contenía tres esqueletos y los de tantos caballos apuntalados alrededor.

No es fácil figurar una forma regular de gobierno o constitución civil entre estos indios. El poco que tienen parece que consiste en un pequeño grado de sujeción que deben a sus caciques. El oficio de éstos es hereditario y no electivo, teniendo todos los hijos de un cacique derecho para tomar esta dignidad. Se encuentran algunos indios que la dejan por su poca importancia.

El cacique tiene poder de proteger a cuantos se le acogen; de componer, o hacer callar en cualquiera diferencia, o disputa, o de entregar al ofensor para ser castigado con pena de muerte, sin estar obligado a dar razón de ello, porque en estos casos su voluntad hace ley. Generalmente es susceptible de cohecho, entregando sus vasallos, y aun sus parientes cuando le pagan bien. Según sus órdenes acampan, y marchan los indios de un país a otro para morar o cazar, o hacer la guerra. Frecuentemente los cita a su tienda, donde les hace sus arengas relativas a su conducta, las exigencias del tiempo, las injurias que han recibido, y las medidas que se deben tomar, &a. En estas ocasiones ostenta, y exagera sus proezas, y mérito personal. Si tiene elocuencia es muy estimado, pero si le falta este talento, emplea por lo común un orador que supla sus veces. En casos de importancia, especialmente de guerra, cita un consejo de los principales indios y hechiceros, con quienes consulta sobre lo conducente, ya para defenderse, ya para atacar a sus enemigos.

En una guerra general, cuando muchas naciones se alían con su común enemigo, eligen un apo, o comandante en jefe de entre los viejos, y más celebrados caciques, cuyo

honor aunque electivo, ha muchos años que en alguna manera se ha hecho hereditario en la familia de Cangapol, quien va a la cabeza de los tehuelches, checheheches, guilliches, peguenches y diviheches, cuando se unen sus fuerzas. Acampan regularmente a 30 ó 40 leguas del país de los enemigos, para no ser descubiertos, y enviar sus espías a examinar los parajes y plazas que quieren atacar. Escóndense de día y salen de noche para señalar todas las casas y quintas de los lugares que se proponen atacar, observando con la mayor exactitud su disposición, número de sus moradores, y modos de su defensa. Informados bien de todo, lo participan al grueso del ejército, para que luego que se pase el plenilunio, y tengan la luz necesaria para su trabajo, marchen al ataque. Al punto que se acercan al paraje señalado, se separan en diferentes cuerpos pequeños, teniendo cada uno determinado a su ataque sobre tal casa, o tal quinta. Empiézanle a pocas horas después de media noche, matando a todos los hombres que se les oponen, y cautivando a todas las mujeres y niños. Las de los indios, siguen a sus maridos armadas con porras, varas, y algunas veces espadas, para desbaratar y robar cuanto encuentran en las casas, como vestidos, utensilios domésticos, etc., y cargadas con su presa, se retiran lo más presto que pueden, sin pararse de día ni de noche, hasta hallarse a gran distancia, y fuera del peligro de ser alcanzados por sus enemigos. Aquí paran, y reparten su presa, lo que raramente hacen sin perder las amistades, terminando por lo común en riñas y efusión de sangre.

Otras veces hacen una especie de guerra volante, con cuadrillas de 50 a 100 hombres en cada una; pero entonces no atacan sino las quintas o casas de campo, manejándose con mucha aceleración, tanto en el ataque, como en su retirada.

Sin embargo no tienen los caciques poder de imponer contribuciones, ni quitar cosa alguna a sus vasallos, ni aun obligarlos a servir tal o tal empleo, sin que se les pague, debiendo por el contrario tratarlos con la mayor benignidad, y algunas veces aliviarlos en sus necesidades, si no quieren que se sometan a algún otro. Por esto, muchos ghúlmenes, o hijos de caciques, no quieren tener vasallos, costándoles caro, y sirviéndoles muy poco. Ningún indio, o cuerpo de ellos puede vivir sin la protección de algún cacique, según la ley de aquellas naciones, y si algunos de ellos se atreviesen a hacerlo, le matarían o cautivarían al punto que fuese descubierto.

En caso de recibir alguna injuria, la parte agraviada usa de todos los medios posibles para hacerse justicia, sin embargo de la autoridad del cacique. No conocen más castigo, o satisfacción que la de pagarles o remitirles la injuria o daño hecho, con alguna cosa de valor en su estimación, porque no usan dinero, ni castigan de otro modo que quitándoles la vida. No obstante, cuando la injuria es despreciable, y el ofensor pobre, se contenta el ofendido, con sólo castigarle en las espaldas con sus bolas de piedra. Si el ofensor es poderoso, le dejan, a menos que el cacique no medie, y le obligue a dar satisfacción.

Las guerras, que estas diversas naciones tienen unas con otras, y con los españoles, nacen algunas veces de las injurias recibidas, porque son inclinados a la venganza, aunque más frecuentemente provienen de la falta de víveres, o deseo del pillaje.

Aunque dichas naciones tengan entre sí continuas disputas y desavenencias, muchas veces se juntan contra los españoles, eligiendo un apo o capitán general otras. Cada nación hace la guerra por sí misma. En las guerras con los españoles de Buenos Aires, los moluches asisten en calidad

de auxiliares, siendo elegidos sus jefes de entre los puelches, porque conocen mejor el país. Por la misma razón, en las guerras con los españoles de Chile, se eligen jefes moluches.

Sus casamientos se hacen por ventas, comprando los hombres a las mujeres, a sus parientes más cercanos, y muchas veces muy caras. Su precio son cuentas, cascabeles, vestidos, caballos o cualquiera otra cosa de estimación entre ellos. Hacen su contrato con ellas, pagando parte del precio, cuando son muy jóvenes, y muchos años antes que tengan la edad competente para casarse. A cada indio es permitido tener cuantas mujeres pueda comprar o mantener. Las viudas o huérfanas tienen libertad de casarse con quien quieran, las demás están obligadas a someterse al contrato de venta, aun contra su inclinación. Rara vez sucede, no obstante, que un indio tenga más que una mujer (aunque algunos han tenido dos o tres a la vez, especialmente los ghúlmenes o caciques), ocasionado de no haber muchas; y éstas tan caras, que ni aun una quieren.

Gastan poca o ninguna ceremonia en sus casamientos. Al tiempo señalado, los parientes conducen la novia a la habitación de su esposo, y la dejan con él, o la esposa se va por sí misma, estando cierta de ser bien recibida: la mañana siguiente la visten sus parientes, antes de levantarse, y encontrándola en la cama con su esposo, el casamiento está concluido; pero siendo forzados muchos de estos casamientos, por parte de la mujer, se desgracian ordinariamente. La contumacia de la mujer apura algunas veces la paciencia del marido, quien entonces suele echarla de casa, o venderla al sujeto que ella más quiere; pero rara vez la hiere o trata mal. Otras veces la mujer huye de su marido, y se va a su galán, el cual, si es más poderoso, o de casa más alta que el marido, obliga a éste a estarse

quieto, y aguantar la afrenta, y pérdida de su mujer; a menos que algún amigo más poderoso, no haga que el galán la restituya o componga la materia, en que por lo común se acomodan fácilmente.

Las mujeres que una vez aceptaron sus maridos, son generalmente muy fieles y trabajadoras, sus operaciones y fatigas no tienen intervalo, porque además de criar sus hijos, están obligadas a someterse a toda especie de trabajo y servidumbre, excepto cazar y pelear; y aun de esto último no están siempre exentas. El cuidado de los negocios domésticos cae enteramente sobre ellas. Traen la leña y el agua, hacen la cocina, componen la casa, remiendan y limpian las tiendas, y cosen las pieles, haciendo de las menores sus mantillas o *carapas*: hilan, y hacen ponchos o *macuñes*: cuando caminan lían cada cosa, aun los palos de sus tiendas que están obligadas a quitar y poner todas las veces que es necesario, cargando, descargando y acomodando el bagaje, atando las cinchas a las sillas, y llevando las lanzas de sus maridos, que no pueden aliviarlas jamás, aun en el mayor aprieto, sin incurrir en grande ignominia. Las mujeres de distinción o las parientas de los caciques pueden tener esclavos que las ayuden, aun en lo más penoso de sus trabajos; pero si carecen de ellos, deben aguantar como las demás. Corresponde al marido hacer las provisiones de caballos, avestruces, guanacos, liebres, jabalíes, armadillos, antas, etc., o lo que el país produce. También provee a su mujer de pieles para la tienda, y para vestirse; aunque algunas veces compran a los españoles paños, mantillas o géneros de Europa, igualmente que pendientes, cascabeles, cuentas de vidrio azules, que son entre ellos de la mayor estimación. Les he visto cambiar una poncha, o mantilla de pieles de zorras pequeñas, tan finas y hermosas como las de armiño, de cinco a siete pesos

cada una, por cuatro hilos, u órdenes de cuentas, que no valían más de cuatro peniques, o poco más de real y medio de España de vellón. Los moluches tienen grandes rebaños de ovejas, por razón de su lana, y siembran una pequeña cantidad de trigo; pero los puelches dependen absolutamente de la caza, y por esto mantienen muchos perros, que llaman *thehua*.

Aunque sus casamientos no sean voluntarios, sin embargo una vez que están de acuerdo y tienen hijos, con dificultad se separan aun en la extrema vejez. El marido protege a su mujer contra cualesquiera injurias, tomando siempre su partido aunque ella no tenga razón, lo cual causa frecuentemente efusión de sangre. No obstante, no le quita esta adhesión el derecho de reprenderla en secreto. Rara vez le pone las manos, y si la sorprende en un trato criminal echa toda la culpa al galán, a quien corrige con toda severidad, si no satisface la injuria con un buen regalo.

Tienen tan poca decencia en estos asuntos, que muchas veces envían supersticiosamente al mando de los hechiceros, sus mujeres a los bosques para prostituirse con los primeros que encuentran: pero también hay algunas que no quieren obedecer al marido, ni tampoco a los hechiceros.

Razón del idioma de los moradores de este país

Son diferentes las lenguas de estos indios. Yo solamente aprendí la de los moluches, por ser la más multivada y la más universal; y sin embargo de que una larga ausencia de los mencionados países, hizo muy dificultosa esta recolección, procuraré dar la mejor razón de ella que me sea posible, para satisfacer al curioso e inquisitivo.

Esta lengua es mucho más copiosa, enérgica y elegante de lo que se debía esperar de una gente no civilizada: los nombres tienen sólo una declinación, siendo todos de un género común. Los tres casos dativo, acusativo y ablativo, tienen la misma terminación con su adición o posición. No hay en aquéllos sino dos números, singular y plural; pero los pronombres tienen tres, debiéndose expresar el *dual*, anteponiendo la palabra (que significa dos) a la adición. También los adjetivos preceden a los sustantivos, sin mudar sus terminaciones en caso, ni en número, como *cume*, bueno: *cume huenthu*, un buen hombre u hombre de bien, *cune-huentuengni*, buenos hombres u hombres de bien. Y así lo demás.

DECLINACIÓN DE LOS NOMBRES

Singular	Plural
N. Huenthu el hombre	N. Huenthu o huenthu engn
G. Huenthu . del hombre, etc.	... los hombres.
D. Huenthumo	G. Huenthu o huenthu engn
A. Huenthunio	... de los hombres.
V. Huenthu	Y así en adelante como se
A. Huenthumo o huenthu- engu	ha hecho en el singular.

PRONOMBRES

Ynche, yo; *cime*, tú; *vie*, él; *tua* o *tuachi*, éste; *velli*, aquél; *inei*, a quien; *quisu* él solo o él mismo; *inchequisu*, yo mismo; *inchui*, nosotros dos; *inchin*, nosotros pasando de dos.

Y en la misma forma *cimitu*, *cimitu*, vosotros dos; *eimn*, vosotros. En los pronombres posesivos se une el genitivo de ellos, o el signo del genitivo, como *ni*, mío o mía; *mi*, tuyo o tuya. También *ni* solo, o solamente, está en uno

algunas veces como adjetivo o pronombre, y otras como adverbio.

Los verbos sólo tienen una conjugación y jamás son irregulares o defectivos. Fórmase de alguna parte de la oración, ya dándole la terminación de un verbo, o añadiéndole el verbo *gen*, como se pronuncia *nigen*, el cual corresponde al verbo latino *sum*, *est*, *fui*, etc.

EJEMPLO

1º *Pile*, cerca; *p'llen* o *p'llenguen*, esto y cerca; *p'lley* o *p'llenguey*, estoy cerca. 2º *Cume*, bueno; *cumen*, *cumengren*, *cumelen*, ser bueno. 3º *Ata*, mal o malo; *atan*, *atangen*, ser malo; *atal'n* o *atalcan*, corromper o hacer malo.

Los verbos tienen tres números: singular, *dual* y plural, y tantos tiempos como en la lengua griega, los cuales se forman por la interposición de ciertas partículas, delante de la última letra del indicativo, y de la última sílaba del subjuntivo, como:

Tiempo presente: Elun . . . dar	Primer aoristo: Eluabun.
Imperfecto: Elubun	Segundo aoristo: Eluye abun.
Perfecto: Eluye en	Primer futuro: Eluan.
Pretérito perfecto: Eluye elun	Segundo futuro: Eluyean.

Los subjuntivos terminan con la partícula *li*, suprimiéndose la letra *n* del indicativo, y variando todos los tiempos como los de arriba, v. g.:

Tiempo presente: Eluli	Primer aoristo: Eluabuli.
Imperfecto: Elubuli	Segundo aoristo: Eluye abuli.
Perfecto: Eluye eli	Primer futuro: El vale.
Pretérito perfecto: Eluye ebuli	Segundo futuro: Eluye ali.

Adviértese que los guilliches usan frecuentemente *eluvín* y *eluvili* en *eluyeen* del perfecto del indicativo, o del *eluye*

eli del subjuntivo. Obsérvese que para el imperativo usan frecuentemente del futuro del indicativo, y algunas veces en la tercera persona, como *elupe*, que él dé, o déjale dar.

Un indio moluche que estaba comiendo huevos de avestruz, y necesitaba sal para ello, la pidió en mi presencia con estas palabras: *chasimota iloavinquin*, déjame comerlos con sal; *iloavin* es el primer futuro, y no sé, si *quin* es más que una partícula de adorno, como en la palabra *chasimota*, en que las dos últimas letras *ta* son superfluas, y sólo usadas por la euphonia o razón del sonido: *chasimo*, sin adición alguna, es el hablativo de *chasi*, sal. Los tiempos se conjugan por todos sus números, y con estas terminaciones en el presente de indicativo.

Singular	ni mi y.
Dual	yu imu igu.
Plural	in im n'ngn.

Ejemplo

En el subjuntivo

Singular: elun. Eluinil, eluy	{	Singular: li, lime, liy.
Dual: eluy. Eluimu, eluingu		Dual: liu, limu, lingu.
Plural: elun. Eluimin, el venga		Plural: lim, lim'n, ling'n.

EJEMPLOS

Singular: eluli, elulimi, eluliy.
 Dual: elulio, elulimu, elulingu.
 Plural: eluluin, elulim'n, eluling'n.

Del mismo modo se conjugan los demás tiempos.

Adviértase que el segundo aoristo, y el segundo futuro, están sólo en el uso entre los picunches y no entre los guilliches.

El infinitivo se forma de la segunda persona del indicativo, con el genitivo del pronombre primitivo, puesto

delante a un pronombre posesivo, para significar la persona que hace o padece, pudiéndose tomar de algunos de los nombres, como: *Ni elun*, yo dar; *ni elubun*, tu dar; *ni elubin*, él dar.

Los demás posesivos son *mi*, tuyo o tuya; *yn*, suyo o suya; estos sólo se usan en el singular.

Hay dos participios que se forman lo mismo que el infinitivo, para conjugarlos por todos tiempos, uno activo, y el otro pasivo: activo, *elulu*, dando la persona, pasivo *eluel*, la cosa dada, de donde se derivan.

Elubulu: el que dio	{	Elubuel: la cosa que fue dada.
Eluyelu: el que ha dado		Eluyeel: la cosa que ha sido
Elualu: el que dará		dada.
Eluabulu: el que me debía dar		Elual, etc.: la cosa que será
		dada.

De todos éstos, y de los verbos activos, se forman los positivos, añadiendo el verbo *gen*, y entonces muda la variación o declinación dicho verbo en todos los tiempos, quedando invariable el verbo adjetivo.

EJEMPLO

Elugen: Yo he dado	Elungeuyeeli: Yo hubiera po-
Elugebun: Yo fui dado	dido ser dado.
Elugeli: Yo puedo ser dado	Elungeali etc.: Yo habré sido
	dado.

Usan también frecuentemente de la transición, con que significan tanto la persona que hace, como la que padece, por la interposición o adición de ciertas partículas para expresarlo. También lo hacen los del Perú; pero éstos se sirven de las más difíciles, y en gran número. No creo que las lenguas de las naciones de los puelches, de los de

chaco o guaraníes tengan esta particular propiedad; ni que pueda acordarme de todas ellas para satisfacer debidamente; pero sin embargo procuraré dar la mejor razón posible de estas transiciones.

LAS TRANSICIONES SON SEIS

De mi a ti o a Vds.; de V. a mí; de él a mí; de él a V., y de mí a él. La otra cuando es recíproca.

La primera transición se expresa por *eymi*, *eymu*, y *eim'n* en el indicativo; y *elmi*, *elmu*, *elmin*, en el subjuntivo, y esto en todos los tiempos, como:

Elun: Yo doy	{	Elueymu: Doy a ustedes dos.
Elueymi: Doy a usted		Elueymín: Yo, o nosotros, damos a ustedes.

Y el subjuntivo *eluelmi*, *eluelmu*, *eluelmin*, con los otros tiempos subderivativos.

La segunda transición es de usted a mí, y se expresa con la partícula *en*, como *eluen*, usted me da; la cual tiene *eluein*, y *eluein*, dual y plural.

La tercera transición es de él a mí, y se expresa así:

Singular: Elumon	{	Plural: Elumoún (cuando somos muchos)
Dual: Elumoin		

Y en el subjuntivo:

Singular: Elumoli	{	Plural: Elumoliin.
Dual: Elumoliyu		

La cuarta transición de él a ti o a ustedes, se forma añadiendo *eneu* a la primera personal singular, como *elue-*

neu, él te da, y *eymu mo*, *eimin mo*, en el dual y plural. Y en el subjuntivo, *elmi mo*, *elmu mo*, *elm'n mo*.

La quinta transición, de mí a usted, a él, a esto, o aquella, se forma con la interposición de la partícula *vi*, como:

Eluvin: Yo le doy	{	Eluviyu	{	Nosotros le damos.
Eluvimi: Tú le das		Eluvimu		
Eluvi: El le da		Eluviu	{	Nosotros le damos
		Eluvim'n		

El subjuntivo es *eluvili*.

Me parece que esto es algo equívoco con el perfecto de los guilliches: no obstante hacen uso de él, aunque conocen su impropiedad, y de otras muchas palabras susceptibles de varios sentidos; especialmente en las proposiciones, cuya inteligencia es muy difícil, por comprender cada una muchas significaciones, como puede verse en la declinación de sus nombres.

La sexta y última transición se conjuga por todos los números, modos y tiempos, del mismo modo que los verbos simples, y se forma con la interposición de la partícula *huu*, o como se pronuncia, *vu*, por ejemplo.

Eluhuun o eluvun } Yo me doy.

Ayuwimi Tú me das.

Ayuhui El se ama.

Ayuhuim'n Ustedes se aman.

Tienen otro modo particular de componer los verbos, alterando sus significaciones, y expresando cómo y de qué manera se ha hecho la cosa, con la interposición de algunas proposiciones, adverbios, adjetivos, etc., como *cúpan*, venir; *naucupan*, bajar; *naghn*, caer; *nagcumen*, hacer caer; *payllacudun*, recostarse de espaldas. Éste se deriva de *paylla*, que significa boca arriba, y *c'non*, poner o levantar; *aucan*,

rebelarse; *aucatun*, rebelarse de nuevo; *aucatuln*, hacer que se rebelen; *lan*, muerte; *lagumn*, matar; *lagumnchen*, matar indios, se componen de *lagumn*, matar, y *che*, indio; *ayún*, amar; *ayulan*, no amar.

Pen significa ver, *pevin*, yo le vi, *vemge* de esta manera, y *la*, la negativa. Y así, unidas estas palabras en *pevenge-lavin*, quiere decir, no le vi de esta manera.

Los nombres de número en esta legua son completos, y propios para expresar cualquier cantidad que sea; como, *quine*, uno; *epu*, dos; *cula*, tres; *meli*, cuatro; *kechu*, cinco; *cayu*, seis; *relge*, siete; *para*, ocho; *aylla*, nueve; *mari*, o *masi*, como los guilliches, diez. *Pataca*, cien; *huaranca*, mil.

Los números intermedios se componen de la manera siguiente: *mariquiñe*, once; *mariepu*, doce; *mariquila*, trece; *epumari*, veinte; *epumariepu*, veinte y dos; *epumariquila*, veintitrés; *cúlapataca*, trescientos; *selge-pataca*, setecientos.

Los adverbios son:

Mu, no; *may*, sí; *chay* o *chayula*, hoy o ahora; *vule*, mañana; *tvou*, aquí; *vellu*, allí; *p'lle*, cerca; *allu-mapu*, lejos; *nau*, debajo; *huenu*, sobre; *p'ule*, contra; *alupule*, distante; *chumgechi*, de aquella manera; *vemgechi*, o *vemge*, de esta manera; *mo* o *meu*, equivalen a las proposiciones latinas, *in*, *contra*, *cum*, *per*, *ob*, *propter*, *intra*. *Cay* y *chay*, puestos después de un nombre, significan, quizá; *huecu*, sin. Para dar alguna idea más clara de esta lengua, añadiré lo siguiente:

LA SEÑAL DE LA CRUZ

Santa Cruz ni gnelmeu, inchin in pu cayñemo montul-moin. Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos libranos. Dios *inchiñ in Apo*; *Chao voteh'm cay, Spiritu Santo cay, ni wimeu*. Amén. Dios Señor en el nuestro, nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Inchiñ in Chao, huenumauta, m'leymí; ufchingepe mi wi. Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. *Eymi mi toquin inchiñmo cupape, eyimi mi piel chumgechi vemgey huenu mapumo, vengechi cay vengepe tue mapumo.* Tu reino a nosotros venga, tu voluntad como es hecha en el cielo, así lo sea en la tierra, etcétera.

PRINCIPIO DE LA DOCTRINA CRISTIANA

Pregunta: *¿Chumtem Dios miley?*, ¿Cuántos dioses hay? Respuesta: *Quiñenitem*, uno solamente. Pregunta: *¿Cheum leyta Dios?*, ¿Dónde está Dios? Respuesta: *Pumo sumecay*, en los cielos. Pregunta: *¿Yney can Dios?*, ¿Quién es Dios? Respuesta: *Dios chna*, Dios Padre; *Dios Votc'hm*, Dios hijo; *Dios Espíritu Santo*. *Cayquila persona geyun*, y siendo tres personas; *quieney Dios nitea*, no son sino un solo Dios.

Todo lo cual concluiré con manifestar las significaciones de las palabras más comunes en dicha lengua.¹

Alma o espíritu, <i>púllú</i> .	Mano, <i>cúu</i> .
Cabeza y cabello, <i>lonco</i> .	Pie, o pierna, <i>namun</i> .
Cara, <i>age</i> .	Corazón, <i>piuque</i> .
Ojos, <i>ge</i> .	Niño, <i>hueñí</i> o <i>piñeñ</i> .
Boca, <i>uún</i> .	Hijo, <i>votúm</i> , cuando lo llama el padre; y si es la madre, <i>coní</i> .
Lengua, <i>queuún</i> ; y cuando es idioma, <i>dugun</i> .	Hijo, <i>ñahue</i> , cuando la llama el padre; y si es la madre, <i>coní</i> .
Nariz, <i>yu</i> .	Hermano, <i>pcñi</i> .
Dientes y huesos, <i>voro</i> .	
Cuerpo, <i>anca</i> .	
Ventre, <i>pua</i> .	

¹ Hemos tenido que rehacer este trabajo, por los infinitos errores que se notaban en el original. *El Editor*. (Esta aclaración comprende a la 1ª edición en castellano de 1835.)

Hermana, <i>lamgen</i> , o <i>lamuen</i> .	Quitar, o sacar, <i>entun</i> , y arre-
Marido, <i>vuta</i> o <i>piñom</i> .	batar, <i>múntun</i> .
Mujer, <i>cure</i> o <i>piñom</i> .	Aborrecer, <i>ghúden</i> .
Español, esto es, cualquiera	Querer, <i>ayún</i> , o <i>ayúntun</i> .
que no sea indio, <i>huinca</i> .	Vivir, <i>mogen</i> o <i>lihuen</i> .
Amigo, <i>huenúy</i> .	Voluntad, <i>duam</i> .
Camarada, <i>cachú</i> o <i>cathú</i> .	Poder, <i>pepin</i> .
Enemigo, <i>cayñe</i> .	Aprender, <i>gúneytun</i> , o <i>quim-</i>
Cinta de seda, <i>llipi</i> ; de lana,	<i>quimtun</i> .
<i>huincha</i> .	Enseñar, <i>quimúln</i> , o <i>gúneln</i> .
Mantilla o rebozo, <i>icúlla</i> .	León, <i>pagi</i> .
Gargantillas, o cuentas de vi-	Avestruz, <i>huanque</i> .
drios, <i>llancatu</i> .	Gallo, <i>alca achau</i> .
Pan, <i>cofque</i> .	Gallina, <i>achahuall</i> .
Comida, <i>yal</i> , o <i>yaghel</i> .	Lagarto, <i>palúm</i> , o <i>quirque</i> .
Comer, <i>in</i> ; comer carne, <i>ilon</i> .	Lagartija, <i>villcun</i> .
Carne, <i>iló</i> ; carne humana, <i>ca-</i>	Lago, o laguna, <i>mallin</i> .
<i>lúl</i> .	Piedra, <i>cura</i> ; y piedra azul,
Bebida, o beber, <i>putun</i> .	<i>llanca</i> .
Carta, o papel escrito, <i>chillca</i> .	Flor, <i>rayghen</i> .
Escribir, <i>chillcan</i> .	Oro, <i>milla</i> .
Palabra, <i>dugu</i> .	Plata, <i>lighen</i> .
Lanza, <i>huaiqui</i> .	Pagar, y paga, <i>cullin</i> .
Cuchillo, <i>huynu</i> .	Huérfano, <i>cuñival</i> .
Herir, <i>chúgarn</i> .	Cobre, o metal colorado, <i>cam-</i>
Soldado, <i>cona</i> ; y cuando es	<i>pañilhue</i> .
por desprecio, <i>chapi</i> .	Bronce, o metal amarillo, <i>cho-</i>
Ir, o irse, <i>amun</i> .	<i>pañihue</i> .
Sentarse, <i>anún</i> .	Color, <i>chem</i> .
Asiento, <i>anúhue</i> .	Día y sol, <i>antú</i> .
Entrar, <i>conn</i> .	Mes, y luna, <i>cúyen</i> .
Salir, <i>thipan</i> ; y cuando es de-	Año, <i>thipantu</i> .
jar un lugar por otro, <i>chu-</i>	Fuego, <i>cúthal</i> .
<i>múl</i> .	Frío, <i>uthe</i> .
Traer, <i>cupaln</i> .	Temblar de frío, <i>thúnthún</i> .

*Extracto de una carta escrita en Gottorp,
en 16 de setiembre de 1774*

En 30 de enero de 1774, salió de las Dunas, creyéndose que iba a Boston en América, el navío de su majestad, nombrado el *Endeavour*, su comandante el teniente Jaime Gordon: pero al llegar a Lizard, punta occidental de este reino, abrió el comandante su pliego en el que halló la orden de que sin pérdida de tiempo navegase en derecha a las islas de Falkland, aunque no tenía entonces más provisiones que para cuatro meses. Así lo ejecutó, y el día primero de febrero llegó a la isla de la Madera, adonde encontró otros navíos ingleses que iban a las Indias Orientales. Allí tomó algunas barricas de vino, y al día siguiente continuó su viaje hasta el 22 de abril, en que se verificó su arribo al puerto de Egmont, donde el teniente Guillermo Clayton, comandante del navío *Penguin*, y de aquella plaza, recibió las órdenes del almirantazgo, para poner a bordo del *Endeavour* las municiones que pudiesen servir, y para que él y su tripulación se embarcasen también para Inglaterra. En cuyo cumplimiento envió el teniente Gordon sus carpinteros a tierra para deshacer el navío *Penguin*, y embarcar en el *Endeavour* todo lo que pudiese aprovecharse de él, como las áncoras, cables, velas y demás municiones y pertrechos; lo que se ejecutó hasta cargar el *Endeavour*, poniendo el resto en diferentes almacenes, y dejando varias láminas con la inscripción siguiente:

“Sepan todas las naciones, que las islas de Falkland con su fuerte, almacenes, desembarcos, puertos, bahías y ensenadas, pertenecen sólo a su majestad Jorge III, rey de la Gran Bretaña, Francia e Irlanda, defensor de la fe, etc., en testimonio de lo cual y en señal de posesión tomada por Samuel Guillermo Clayton, oficial comandante de las islas

de Falkland, se ha puesto esta lámina, dejando desplegadas las banderas de su majestad británica, en 22 de mayo de 1774." En cuyo día pasaron a bordo Mr. Clayton con 25 marineros y oficiales, el teniente de marina Olive, un sargento, un caporal o cabo de escuadra, un tambor y 25 personas particulares.

El día anterior entró en la bahía un navío grande, que venía de la isla de Rhode, en la Nueva Inglaterra, para la pesca de ballenas. Había cuatro meses que estaba ausente y en gran miseria por la pérdida de todas sus áncoras, menos una pequeña, y el capitán quiso pasar el invierno en Egmont, donde había tres navíos más de Boston, que fueron también a la pesca de la ballena, y tuvieron la fortuna de coger tres cada uno, aunque sufrieron algunos trabajos por la falta de velas, jarcias y otros materiales, de que los proveyó Mr. Clayton de los almacenes del rey. Estuviéronse cuatro semanas en el puerto de Egmont y cargaron aceite, pieles y lobos marinos, con que volvieron a su tierra. Sin embargo dejó el *Endeavour* en el puerto el navío de la isla de Rhode, y estando el 23 toda la gente a bordo, se hizo a la vela para Inglaterra.

Como el tiempo era malo y tempestuoso, y el navío hacía mucha agua, tuvieron mucho que sufrir; pero la mayor desgracia fue la pérdida de su contraestre Jaime Allen y de otros dos, a los ocho días de haberse hecho a la vela. Este contraestre era diligente y exacto en el cumplimiento de su obligación, y había servido el mismo empleo en la expedición al norte, en compañía de otros. El *Endeavour* sin embargo salió de aquel clima tempestuoso, sin más pérdida, no viendo tierra desde el 23 de mayo hasta el 29 de agosto, que descubrió a Fyal, una de las islas de Azores, a donde se dirigieron para proveerse de agua, porque no tenían más que dos cuartillos cada uno

al día, y esto por algún tiempo. El día siguiente entraron en Fyal, donde tomaron agua, y algunas otras provisiones y el 31 salieron para Inglaterra estando obligados a cortar su cable y dejar el ancla.

Tuvieron buen pasaje de Fyal a Spithead, adonde llegaron el viernes. El pequeño *Pinguin* se embarcó deshecho el año pasado en el referido *Endeavour*, con carpinteros para volverlo a construir en el puerto de Egmont. Su buque era de 35 toneladas, y tenía ocho cañoncillos. Dejaron gran cantidad de municiones en dicho puerto, con pedazos de mástiles, y dos o tres botes grandes, habiendo puesto a su entrada sobre una altura las banderas de S. M. B.

Nota del traductor: He visto la descripción que hace Mr. Bougainville de las islas de Falkland, y es enteramente opuesta a la de Falkner. Mr. de Bougainville quiere probar que en dichas islas hay lo necesario para la vida, con tal que sus moradores las cultiven y hagan valer el producto de su suelo, siendo de opinión que es muy importante su población y conservación. Mr. Falkner dice, con otros muchos ingleses, lo contrario, y no sé quién tiene razón.

Í N D I C E

VIAJE A SU COSTA DEL ALCALDE PROVINCIAL DEL MUY ILUSTRE CABILDO DE LA CONCEPCIÓN DE CHILE, DON LUIS DE LA CRUZ	7
<i>El viaje de don Luis de la Cruz en 1806</i>	9
<i>Notas al viaje de don Luis de la Cruz</i>	35
<i>Bibliografía</i>	40
<i>Discurso Preliminar al viaje de Cruz a las Pampas</i>	41
<i>Viaje</i>	45
Instrucciones (47). Jornada I (71). Jornada II (77). Jornada III (80). Jornada IV (95). Jornada V (114). Jornada VI (133). Jornada VII (136). Jornada VIII (139). Jornada IX (144). Jornada X (148). Reconocimiento (151). Jor- nada XI (157). Jornada XII (163). Jornada XIII (165). Jornada XIV (177). Jornada XV (179). Jornada XVI (181). Jornada XVII (184). Jornada XVIII (187). Jorna- da XIX (188). Jornada XX (194). Jornada XXI (209). Jor- nada XXII (211).	
<i>Segunda Parte</i>	221
Jornada XXIII (221). Jornada XXIV (227). Jornada XXV (236). Jornada XXVI (237). Jornada XXVII (246). Jornada XXVIII (252). Jornada XXIX (255). Jornada XXX (258). Jornada XXXI (286). Jornada XXXII (289). Jornada XXXIII (291). Jornada XXXIV (308). Jornada XXXV (311). Jor- nada XXXVI (312). Jornada XXXVII (314). Jornada XXXVIII (315). Jornada XXXIX (318). Jornada XL (320). Jornada XLI (324). Jornada XLII (330). Jornada XLIII (333). Jornada XLIV (335). Jornada XLV (341).	

Jornada XLVI (344). Jornada XLVII (346). Jornada XLVIII (349). Jornada XLIX (351). Jornada L (355). Jornada LI (359).

<i>Tasación</i>	381
<i>Derrotero</i>	387
<i>Demostración de los días, meses, rumbos y lugares</i>	388
<i>Cuadro de la derrota</i>	391
<i>Segundo cuadro de la derrota</i>	393
<i>Tercer cuadro de la derrota</i>	395
<i>Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes poseídos por los Peguenches y de los demás espacios hasta el río Chadileubu reconocidos por don Luis de la Cruz</i>	399
 TRATADO importante para el perfecto conocimiento de los indios peguenches, según el orden de su vida	 437
 De la constitución política y de las leyes de los peguenches (449). Del gobierno militar, armas y modo de hacer la guerra (452). De su religión y funerales (465). De los tiempos y otras nociones (469). De su retórica, poesía, medicina y comercio (470). De la arrogancia de los peguenches, su caridad, manera de saludarse, y de sus nombres (475). De los matrimonios y ocupaciones domésticas (480). De sus alimentos, músicas y otros pasamientos (486).	
 PROYECTO DE TRASLACIÓN DE LAS FRONTERAS DE BUENOS AIRES AL RÍO NEGRO Y COLORADO por SEBASTIÁN UNDIANO Y CASTELÚ	 493
<i>Traslación de las fronteras</i>	495
<i>Advertencia del Editor</i>	502
 PROYECTO de traslación de las fronteras de Buenos Aires .	 503
 DERROTEROS Y VIAJES A LA CIUDAD ENCANTADA O DE LOS CÉSARES	 515

LA LEYENDA DE LOS CÉSARES 517

Discurso Preliminar a las Noticias y Derroteros de la Ciudad de los Césares 529

Derrotero de un viaje de Buenos Aires a los Césares, por Silvestre Antonio de Rojas 537

Carta del Padre Jesuita José Cardiel 548

Capítulo del Padre Lozano al Padre Jual de Alzola 559

Derrotero desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, por el Padre Tomás Falkner 563

Relación de las noticias adquiridas sobre una ciudad grande de españoles, por el capitán Juan I. Pinuer 570

Copia de la carta escrita por don Agustín de Jáuregui . 586

Nuevo descubrimiento preparado por el gobernador Valdivia 589

Declaración del capitán D. Fermín Villagrán 592

Informe y dictamen del Fiscal de Chile 594

DESCRIPCIÓN DE LA PATAGONIA Y DE LAS PARTES ADYACENTES DE LA AMÉRICA MERIDIONAL,
por Don TOMÁS FALKNER 639

Observaciones a la descripción de Falkner 641

Discurso preliminar a la traducción castellana 659

DESCRIPCIÓN de Patagonia y de las partes adyacentes, etc. 669

Descripción (672). Pescado sin escama (685). Puertos del Río de la Plata (688). Continuación de la descripción del país indiano (691). Relación de los moradores (715). De la religión, política y costumbres (732). Razón del idioma (743). Principio de la doctrina cristiana (751). Extracto de una carta escrita en Gottorp (753). Nota del Traductor (755).

LA LEGENDA DE LOS CÉSARES	517
Discurso Preliminar a las Noticias y Documentos de la	
Ciudad de los Césares	520
Documento de un viaje de Buenos Aires a los Césares por	
Silvestre Antonio de Rojas	527
Carta del Padre Juan José Camiel	518
Capítulo del Padre Lorenzo al Padre Juan de Alcala	530
Documento desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de	
los Césares por el Padre Tomás Palmer	503
Relación de las noticias adquiridas sobre una ciudad	
grande de españoles por el capitán Juan L. Ponce	510
Copia de la carta escrita por don Agustín de Jauriqui	538
Nuevo descubrimiento propuesto por el gobernador	
Valderrama	539
Descripción del capitán D. Tomás Villaverde	502
Informe y descripción del Páramo de Cajas de los Andes	504
DESCRIPCION DE LA PATAGONIA Y DE LAS PAR-	
TES ADYACENTES DE LA AMERICA MEBIDIONAL	
por Don Tomás Palmer	530
Observaciones a la descripción de Palmer	641
Discurso preliminar a la traducción castellana	633
DESCRIPCION DE LA PATAGONIA Y DE LAS PARTES ADYACENTES	
DESCRIPCION (672). Pasado sin sucesos (682). Pasado del	
Rio de la Plata (688). Continuación de la descripción del	
país indiano (691). Relación de los mandatos (717). De la	
religion, costumbres y ceremonias (732). Pasado del indio	
(743). Principio de la descripción cristiana (751). Extracto de	
una carta escrita en Gollup (753). Nota del Traductor (755).	
AVANCE ALA PATAGONIA Y A LAS PARTES ADYACENTES	
DE LA PATAGONIA Y DE LAS PARTES ADYACENTES	

ALGUNOS ORÍGENES
DE NUESTRO PAÍS

Juan V. Alsogaray
LA REVOLUCIÓN DEL '80

Armando G. Paredes
HISTORIA DEL CAAL VIANETI
Y SU ÉPOCA

Alfredo Flores
PEQUEÑOS Y BELLOS
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Jorge Roca
FRANCISCO VARGAS
EL SUYAMO INDEPENDIENTE

Facundo Quiroga
AVENTURA Y LEYENDA
ANGEL VICENTE PERAZZINI

EL CHINCHU
RICARDO LÓPEZ RIVERA
EL UNO CAMERINO EN GUERRA

CUERPO DE CAMPEÓN
DE LA GUERRA GARCÍA
ISIDORO LÓPEZ

EL PRIMER
DE LA FIDELIDAD

Armando G. Paredes
LIMASOY Y LA GUERRA
DEL NOROCCIDENTE

LAVALL Y LA BATALLA
DE CARRASCO DEBERO
FACUNDO Y LA CAMPAÑA

DE GUAYO
ACER Y LA BATALLA DE ANCA
LOS UNTEROS Y LA GUERRA

LA BATALLA
LA BATALLA DE LA GUERRA

LA BATALLA DE LA GUERRA
LA BATALLA DE LA GUERRA

LA BATALLA DE LA GUERRA
LA BATALLA DE LA GUERRA

Este libro fue compuesto y armado en
LINOTIPIA PONTALTI, Fraga 49/53 e impreso
en los Talleres Gráficos GARAMOND S. C. A.,
Cabrera 3856, Bs. As., en agosto de 1969.

$\frac{1}{9}$ vol.

Este libro fue comprado por el
Biblioteca Pública de la ciudad de
San Francisco de Asís en el mes de
Abril de 1909.

053881

ALGUNAS OBRAS
DE NUESTRO FONDO

Juan B. Alberdi
LA REVOLUCIÓN DEL 80

Armando Alonso Piñeiro
HISTORIA DEL GRAL. VIAMONTE
Y SU ÉPOCA

Alfredo Ebelot
RECUERDOS Y RELATOS
DE LA GUERRA DE FRONTERAS

Jorge Newton
FRANCISCO RAMÍREZ,
EL SUPREMO ENTRERRIANO
FACUNDO QUIROGA,
AVENTURA Y LEYENDA
ÁNGEL VICENTE PEÑALOZA,
EL CHACHO
RICARDO LÓPEZ JORDÁN,
ÚLTIMO CAUDILLO EN ARMAS
GÜEMES, EL CAUDILLO
DE LA GUERRA GAUCHA
ESTANISLAO LÓPEZ,
EL PATRIARCA
DE LA FEDERACIÓN

Ernesto Quesada
LAMADRID Y LA COALICIÓN
DEL NORTE
LAVALLE Y LA BATALLA
DE QUEBRACHO HERRADO
PACHECO Y LA CAMPAÑA
DE CUYO
ACHA Y LA BATALLA DE ANGACO
LOS UNITARIOS Y LA TRAICIÓN
A LA PATRIA

E. Ramírez Juárez
LA ESTUPENDA CONQUISTA

José María Rosa
LA CAÍDA DE ROSAS

R. Scalabrini Ortiz
POLÍTICA BRITÁNICA
EN EL RÍO DE LA PLATA

Lily Sosa de Newton
LAVALLE
DORREGO
EL GENERAL PAZ

EDITORIAL PLUS ULTRA
Corrientes 569, 1º Buenos Aires

EDITORIAL PLUS ULTRA

